

Tesis Doctoral

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

FACULTAD DE FILOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE LITERATURA ESPAÑOLA E

HISPANOAMERICANA



RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT

Los años de formación en Colombia y España

(1928-1953)

Autor: Carlos Hernando Rivas Polo

Directora: D^a Carmen Ruiz Barrionuevo

2015

Tesis Doctoral

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

FACULTAD DE FILOLOGÍA

DEPARTAMENTO DE LITERATURA ESPAÑOLA E

HISPANOAMERICANA



RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT

Los años de formación en Colombia y España

(1928-1953)

Tesis Doctoral dirigida por la Dra. D.^a Carmen Ruiz Barrionuevo, presentada en el Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana, Facultad de Filología, Universidad de Salamanca.

Vº Bº El Director de la Tesis

El Doctorando

Firma manuscrita en tinta que dice "Carlos Hernando Rivas Polo".

Fdo. D.^a Carmen Ruiz Barrionuevo

Fdo. Carlos Hernando Rivas Polo

ÍNDICE

Introducción	8
“Al escribir mi curriculum vitae...”	17
1. PERÍODO DE FORMACIÓN EN COLOMBIA (1928-1950)	24
1.1. TRADICIÓN Y MODERNIDAD	25
1.1.1. “Cuatro años millonarios...”	35
1.1.2. Los años universitarios (1947-1950).....	40
A) Colegio Mayor Ntra. Sra. del Rosario (Estudios de derecho).....	41
B) Universidad Nacional de Bogotá (Estudios de Filosofía)	43
1.2. IDEA DE HISPANIDAD	63
1.2.1. Raíces de la Hispanidad	63
1.2.2. Primera institucionalización: Consejo de Hispanidad (1940)	69
1.2.3. Segunda institucionalización: Instituto de Cultura Hispánica (1945) ..	70
1.3. ORTEGA COMO SÍMBOLO	74
1.3.1. “La soberbia estructura de la razón vital”	81
1.3.2. Las rutas de la Hispanidad	91
1.3.3. España, modelo para Hispanoamérica.....	98
2. PERÍODO DE FORMACIÓN EN ESPAÑA (1950-1953)	107
2.1. “ESPAÑA, NUESTRA HERMANA, HOSPITALARIA Y REBOSANTE”	108
2.1.1. Colegio Mayor Hispanoamericano “Nuestra Sra. de Guadalupe”	109
2.1.2. Estudios de Filosofía	126
2.1.3. Instituto de Estudios Políticos (estudios de sociología)	140
2.1.4. Otras actividades (cursos, conferencias, homenajes, lecturas).....	148
2.2. ENCUENTRO CON REYES: DESCUBRIMIENTO DE UNA VOCACIÓN	161
2.2.1. “Yo fui uno de esos que no saben que existe América”.....	163
2.2.2. Un elocuente consenso de autoafirmación continental	174
2.2.3. “Notas para una definición de Hispanoamérica”	200
2.2.4. Utopía e Imagen de América en Alfonso Reyes	218
2.3. EN BUSCA DEL CONTINENTE AMERICANO	264
2.3.1. Tras las huellas de la “Patria de la justicia”	266
1) Universidad y sociedad	268
2) De historia e historiografía.....	297

3) Política y unidad hispanoamericana.....	323
4) Literatura indigenista	334
2.3.2. “Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros”	344
CONCLUSIONES	367
BIBLIOGRAFÍA	372
I. TRABAJOS DE RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT	372
I.1. Publicados en Colombia (1948-1950)	372
I.2. Publicados en España (1950-1953).....	373
I.2.1. En la revista Correo literario (1951-1954).....	377
I.2.2. En la revista Cuadernos Hispanoamericanos (1951-2004).....	378
I.2.3. En la revista Índice (1954-1970).....	381
I.3. Publicados en Alemania (1953-1956).....	382
I.4. Otros trabajos de Rafael Gutiérrez Girardot	383
I.4.1. Publicados luego de su etapa de formación	383
I.4.2. Sobre Alfonso Reyes (1951-2003).....	386
I.4.3. Sobre Jorge Luis Borges (1952-2001)	387
I.4.4. Sobre Pedro Henríquez Ureña (1961-2001)	389
I.4.5. Sobre la Universidad (1952-2011).....	389
I.5. Entrevistas	390
I.6. Correspondencia	391
I.7. Conversaciones	392
II. TRABAJOS SOBRE RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT	392
III. BIBLIOGRAFÍA GENERAL	393

A mi fiel y dulce Sanchica, compañera de todos los dolores y asombros que nos
acompañaron en nuestra peregrinación salmantina.
A mi querido y entrañable *Charlie* Ordóñez... un cómplice y elocuente silencio.
A mi asesora y amiga, Dra. Carmen Ruiz Barrionuevo.

INTRODUCCIÓN

La presente investigación sobre los años de formación en Colombia y España (1928-1953) del ensayista colombiano Rafael Gutiérrez Girardot se encuentra estrechamente vinculada al programa de estudio y difusión de su obra, propósito liderado por el Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana (GELCIL), de la Universidad de Antioquia (Medellín), al cual se halla vinculado, desde 2006, el autor de este trabajo. Gracias a este propósito y al impulso dado al Grupo por nuestro infatigable y apasionado director, el profesor Juan Guillermo Gómez García, uno de los últimos doctorados del profesor Gutiérrez Girardot en Alemania (1998), dicho propósito ha experimentado en la última década un significativo desarrollo. Damos el listado de los trabajos publicados por nuestro grupo de investigación:

- 1993_Juan Guillermo Gómez, Bettina Gutiérrez Girardot, Rodrigo Zuleta (eds.). *Caminos hacia la modernidad: homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*. Frankfurt am Main: Vervuert.
- 1998_Juan Guillermo Gómez, Hernán castilla (eds.). *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Bogotá: Temis. Antología de ensayos.
- 2005_“Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005)”. Ibagué: *Aquelarre* 8. Monográfico de la revista del Centro Cultural Universitario de la Universidad del Tolima en homenaje a su destacada trayectoria. Número dirigido por José Hernán Castilla con la colaboración del profesor Gómez García.
- 2006_Juan Guillermo Gómez. “La imagen de América Latina en Rafael Gutiérrez Girardot”. Medellín: *Estudios de Filosofía* 33.
- 2009_Carlos Rivas Polo. “El joven Rafael Gutiérrez Girardot. Apuntes para una biografía intelectual: el descubrimiento de Jorge Luis Borges y su estimulante influencia”. Medellín: *Co-herencia. Revista de humanidades* 11, julio/diciembre, pp. 53-65.
- 2010_“Rafael Gutiérrez Girardot: un intelectual crítico y creativo de las tradiciones hispanoamericanas”. Barcelona: *Anthropos* 226. Monográfico coordinado por el profesor Gómez García.
- 2011_Juan Guillermo Gómez. *Cinco ensayos sobre Rafael Gutiérrez Girardot*. Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana.
- 2011_Carlos Rivas Polo. “Rafael Gutiérrez Girardot en la revista *Quimera* (1981-2003). Una antología ejemplar”. Santiago de Chile: *Revista Chilena de Literatura* 78, abril, pp. 257-278.
- 2011_Juan Guillermo Gómez (ed.). *Ensayos sobre literatura colombiana I. Narrativa*. Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana.

- 2011_Selnich vivas Hurtado (ed.). *Ensayos sobre literatura colombiana II. Poesía*. Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana. Estos dos libros se inscriben en un ambicioso proyecto liderado por el GELCIL, encaminado a la publicación de las obras completas de nuestro ensayista.
- 2011_ Rafael Gutiérrez Girardot. *La encrucijada universitaria*. Medellín: Asoprudea, 2011. Antología de seis ensayos de Gutiérrez Girardot sobre la universidad en Colombia e Hispanoamérica.
- 2012_ Rafael Gutiérrez Girardot. *El ensayo en lengua española en el siglo XIX*. Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana. Una de las Lecciones magistrales (Vorlensug) que Gutiérrez Girardot preparaba para sus cursos en la Universidad de Bonn, trabajo inédito traducido por el Profesor Gómez García.
- 2013_“Dossier (Rafael Gutiérrez Girardot)”. Barranquilla: *Eidos: Revista de Filosofía de la Universidad del Norte* 19, pp. 123-233. Número especial dedicado a nuestro ensayista. Incluye tres textos inéditos de Gutiérrez Girardot traducidos por el profesor Gómez García y su ensayo “Nuevas fuentes para la interpretación de la obra crítica de Rafael Gutiérrez Girardot”.
- 2014_ Juan Guillermo Gómez, Diego Zuluaga Quinter, Andrés Arango (eds.). *Ensayos sobre Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña*. México: El Colegio de México.

Como miembro del GELCIL, la presente investigación encuentra su sentido y pertinencia a la luz de este impulso colectivo por dar a conocer el perfil ético e intelectual de uno de los más destacados *humanistas* de nuestro continente. La elección de su tema obedece a la necesidad de dar comienzo al estudio de una faceta prácticamente desconocida de su periplo intelectual: sus años de formación en Colombia y posteriormente en España. No solo adelanta el primer acercamiento a esta nueva perspectiva de estudio; también se plantea como uno de los pasos previos para la elaboración de uno de los grandes proyectos del GELCIL: la elaboración de una biografía intelectual del ensayista colombiano. Es el doble propósito que moviliza el esfuerzo por dar a conocer un período que se inicia con su nacimiento (1928) y finaliza en España (1953), etapa que abarca sus años de infancia y juventud en su ciudad natal, sus vivencias como estudiante universitario en la ciudad de Bogotá y posteriormente en Madrid, momento en que decide viajar a la ciudad de Friburgo (Alemania Federal), última etapa de su proceso formativo, que no estudiamos aquí. Es el periplo de aprendizaje en lengua española que nos permite rastrear los fundamentos que sustentan el perfil ético e intelectual del ensayista colombiano.

La información empleada para elaborar la presente investigación ha sido extraída, en su mayor parte, de datos suministrados por el propio Gutiérrez Girardot. Aparte de algunas

noticias aisladas en reseñas y artículos, no existe hasta hoy un estudio dedicado a estos años tempranos. La escasa y fragmentaria bibliografía secundaria necesaria para fundamentar una adecuada aproximación al período estudiado, nos puso en la tarea de adelantar la búsqueda de otras fuentes documentales –entrevistas, cartas y conversaciones–, materiales a través de los cuales el propio Gutiérrez Girardot fue dejando invaluable noticias que resultaron de gran utilidad a la hora de iluminar aspectos de su temprana biografía vital e intelectual.

Excepto este escaso material disponible, la bibliografía recopilada por nuestras indagaciones permanece inédita. Esta consta de la correspondencia sostenida por nuestro ensayista con algunos escritores y amigos, especialmente con Gonzalo Sobejano entre 1981 y 1995 (remitida al investigador por el hispanista español), con Alfonso Reyes y con Ángel Rama (puesta a nuestra disposición por Bettina Gutiérrez, hija del ensayista, y por Juan Guillermo Gómez García), y de doce conversaciones grabadas en Bonn por el doctor Mario Correa Tascón entre 2000 y 2005, compatriota y amigo de nuestro ensayista, la última de las cuales tuvo lugar dos meses antes de su muerte, y quien tuvo a bien ponerlas a nuestra disposición. Tanto estos últimos materiales como las declaraciones del propio Gutiérrez Girardot en algunas entrevistas, resultaron decisivos para el estudio del ámbito social y cultural en el que transcurre su infancia, primera juventud y sus posteriores años universitarios.

Tampoco tuvimos a nuestra disposición una buena bibliografía del material publicado por Gutiérrez Girardot durante estos años tempranos. A los escasos datos bibliográficos extractados de libros y ensayos tanto del propio Gutiérrez Girardot como de algunos estudios sobre su obra ensayística, se suma la búsqueda que el investigador realizó en las hemerotecas de algunas bibliotecas de Colombia (Universidad de Antioquia y Biblioteca Pública Piloto, de Medellín, y Luis Ángel Arango, de Bogotá) y de España (Facultad de Filología, General Histórica, Instituto Universitario de Iberoamérica y Francisco de Vitoria, de la Universidad de Salamanca, así como la biblioteca de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo –AECID–, de Madrid). Exhaustivas pesquisas en periódicos y revistas de ambos países en los que por entonces publicaba nuestro estudiante y que arroja como resultado la primera bibliografía “completa” de Gutiérrez Girardot durante este período. Sin embargo, y con el fin de proporcionar la bibliografía completa de todo su período de formación, también acometimos la búsqueda del material publicado durante su etapa de estudios en Alemania (20 trabajos), corpus completo que puede consultarse en el apartado de la Bibliografía titulado “Trabajos de Rafael Gutiérrez Girardot”: “Publicados en Colombia

(1948-1950)”; “Publicados en España (1950-1953)” y “Publicados en Alemania (1953-1956)”. Adicionalmente, y tomando en consideración la significativa cantidad de textos de Gutiérrez Girardot aparecidos en España a lo largo del siglo XX, también anexamos a la Bibliografía el listado completo de los trabajos del ensayista colombiano aparecidos en tres importantes revistas madrileñas: “En la revista *Correo literario* (1951-1954)”; “En la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* (1951-2004)”; “En la revista *Índice* (1954-1970)”.

La pesquisa bibliográfica, sin embargo, no se detuvo allí, y a la par que elaborábamos nuestra investigación, fuimos ampliando el corpus existente hasta configurar el que a nuestro juicio se constituye en uno de los aportes más valiosos de nuestro trabajo: la primera “Bibliografía completa” de Rafael Gutiérrez Girardot (1948-2015), que por obvias razones no incluimos aquí. Sin embargo –y en consonancia con el propósito divulgativo que acompaña a esta investigación–, puede consultarse en el portal electrónico “Gutiérrez Girardot. Bibliografía completa”, creado por el autor de esta investigación¹. Además de servir a sus fines específicos, esta herramienta de trabajo busca convertirse en fundamento para la elaboración de una futura bibliografía canónica. Partimos del presupuesto de que sin una buena bibliografía, instrumento de trabajo indispensable para todo trabajo con pretensiones de rigor y objetividad, toda tentativa de estudio sobre cualquier aspecto de su obra ensayística solo puede arrojar resultados parciales.

Nuestra pesquisa bibliográfica registra 22 trabajos publicados por Gutiérrez Girardot en Colombia y 60 publicados en España, cifra importante si consideramos que fueron escritos entre los 20 y 25 años (1948-1953). Se trata de trabajos aparecidos en periódicos y revistas de Colombia y España, destinados a ofrecer a la comunidad universitaria y al público en general información sobre literatura y filosofía, notas sobre la vida cultural de ambos países, reseñas de libros y algunos valiosos ensayos, primeras tentativas críticas del joven estudiante colombiano.

Desde esta perspectiva, nuestra investigación no solo es la primera en emprender un estudio sobre sus años de formación en el ámbito de lengua española, también acomete la primera tentativa de elaboración de una bibliografía seria y confiable, no meramente “informativa”. Paralelo a estas consideraciones, nos guía un “método” de trabajo que aprendimos del propio Gutiérrez Girardot: dar la palabra a los textos del autor, fundamento metodológico sustentado en la certeza de que son ellos los que a través de una juiciosa y

¹ Véase: <http://gutierrezgirardot.wordpress.com/>

atenta lectura nos permitan extraer las constantes temáticas y estilísticas que dan forma a su actitud ética, a su relación con el conocimiento, a su visión sobre Hispanoamérica. Partimos del presupuesto de que el autor colombiano ofrece desde estos años tempranos algunas de las claves para una cabal comprensión de su trabajo posterior.

Coincidiendo con los dos momentos del período formativo de Gutiérrez Girardot, hemos dividido nuestro trabajo en dos grandes secciones:

La primera, 1. Período de formación en Colombia (1928-1950), consta de tres párrafos. En el primero (1.1. Tradición y modernidad), se aborda una aproximación biográfica a sus años de infancia y primera juventud en su Sogamoso natal, años marcados por una fuerte tradición religiosa y por la benévola presencia de su abuelo materno, figura determinante de estos primeros años de formación. Continúa con sus estudios de bachillerato en la ciudad de Tunja y posteriormente en Bogotá, donde finaliza su bachillerato (1947) – año previo al asesinato del líder Jorge Eliezer Gaitán, inicio de la llamada época de la violencia colombiana– y donde simultáneamente comienza a estudiar las carreras de Derecho, en el Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario, y de Filosofía, en el recién creado Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional, escenarios de su primer encuentro con el pensamiento moderno, donde establece importantes relaciones intelectuales. Fieles reflejos de la violenta polarización partidista de la sociedad colombiana de mediados del siglo XX, el joven Gutiérrez Girardot experimenta en estas dos instituciones los contrapuestos idearios que enfrentarían al proyecto reformista y modernizador emprendido por la “República liberal” (1930-1946) –encarnado en el Instituto de Filosofía– y la cruzada contrarreformista orientada por el partido conservador –vinculada ideológicamente al Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario–, bastión del tradicionalismo hispánico colombiano.

La constitutiva ambigüedad entre el afán modernizador y el apego a la tradición española que acompaña el proceso formativo del estudiante colombiano encuentra en la idea de *Hispanidad* el elemento decisivo para acometer una adecuada aproximación a este período. Es el objeto del segundo párrafo (1.2. Idea de *Hispanidad*), estudio de dicho concepto a la luz de las proyecciones que luego del desastre del 98 buscarían en la noción de *Hispanidad* un vínculo de acercamiento al mundo hispanoamericano, ideario acogido por la dictadura franquista como una estrategia de acercamiento “espiritual” a los países de lengua española luego de la Segunda Guerra Mundial, despliegue de una política cultural que buscaba –en medio de una insostenible situación interna desplegada por la dictadura– alguna

forma de posicionamiento frente a la comunidad internacional. El joven Gutiérrez Girardot se acogería a la retórica de la afinidad cultural y religiosa con los países hispanoamericanos desplegada por el Instituto de Cultura Hispánica, concepción teológica y providencialista de la historia que otorgaba a España (nuevamente) el puesto de pueblo elegido para la “defensa” y propagación del catolicismo en el mundo. Entre las estrategias concretas del Instituto se encontraba la creación de un amplio programa de becas, ofertas culturales e instrumentos de difusión dirigidos a los pueblos de la América hispana, programas que brindarían a Gutiérrez Girardot tanto las facilidades para viajar a España, como el entorno más favorable para llevar a cabo las actividades académicas y culturales que desarrollaría en la capital Española.

El tercer y último párrafo (1.3. Ortega como símbolo), se encuentra dirigido al estudio de los 22 artículos publicados en Colombia por el estudiante bogotano, material que encuentran en la simbólica figura de Ortega y Gasset la cifra de lo que el propio Gutiérrez Girardot llamaría *miseria y esplendor* del mundo hispánico. Sus contenidos pueden sintetizarse en los tres núcleos de problemas –filosóficos, religiosos y “misionales”– que ocuparon la atención del joven estudiante durante su período de formación en Colombia.

Orientado por el concepto orteguiano de “razón vital”, la exploración del núcleo filosófico obliga a Gutiérrez Girardot a adentrarse en el viejo debate entre Ortega filósofo *versus* Ortega ensayista-divulgador, tópico del que dependerá cualquier consideración sobre su trabajo intelectual. La razón es clara: conceder a Ortega la “jerarquía” que le permita presentarlo en el contexto de la tradición filosófica occidental y en diálogo con la filosofía europea contemporánea, pues solo dentro de este ámbito “ecuménico” adquiere validez la tentativa del joven ensayista colombiano por servirse del ímpetu vitalista de la filosofía orteguiana para recomendar a Europa e Hispanoamérica las empresas salvadoras de la *hispanidad*.

Siguiendo los anteriores lineamientos, la exploración del núcleo religioso aborda los contenidos específicos de la *Hispanidad* a través de la filosofía vital orteguiana, sintetizada en la oposición entre los conceptos de “vida ascendente” (o espiritual) y “vida descendente” (o material) y su preferencia por la primera, en otras palabras, por la verdad eterna del cristianismo. Es la orientación que rige los artículos escritos en este período, dirigidos a la exaltación de algunos poetas y escritores afectos a los ideales de la *Hispanidad* y al ataque contra aquellas tendencias que lo amenazan, como el positivismo, el existencialismo o la “disolvente” cultura francesa.

Finalmente, bajo la denominación de núcleo “misional” nos referimos a todas aquellas notas, reseñas y artículos en los que el estudiante madrileño trasmite algunas noticias sobre eventos, instituciones, publicaciones y actividades culturales españolas, realizaciones concretas que tan vivamente recomendaba a la conflictiva Colombia como lecciones ejemplares para movilizar la cultura y el pensamiento en nuestro país y en Hispanoamérica. Conforman la expresión de una vocación propagandística que se convertirá una de las características más destacadas del quehacer intelectual de nuestro ensayista.

La segunda sección, 2. Período de formación en España (1950-1953), se divide en tres párrafos. El primero (2.1. “España, nuestra hermana, hospitalaria y rebosante”), aborda las experiencias vitales, académicas e intelectuales vividas por el joven Gutiérrez Girardot en la capital española, a donde llega, en octubre de 1950, gracias a una beca de estudios concedida por el Instituto de Cultura Hispánica. En el Colegio Nuestra Señora de Guadalupe, residencia oficial de los becarios internacionales, establece amistades que serán decisivas en su desarrollo formativo. Período caracterizado por hondas preocupaciones religiosas, el entorno madrileño de estos años aportaría al joven estudiante diversos estímulos para fortalecer su fe en los ideales hispánicos como tabla de salvación para la crisis espiritual luego de la guerra europea.

Entre los motivos que lo impulsaron a viajar a Madrid se encontraba su admiración por el filósofo Xavier Zubiri. Aquellas lecciones magistrales se constituyeron, junto al *ethos* docente desplegado por el filósofo español, en la orientación humanista que fundamenta su trabajo ensayístico: el sustrato ético que conlleva todo conocimiento objetivo; la necesidad de trabajar con las fuentes primarias, materiales indispensables para una adecuada aproximación a los problemas intelectuales; la precisión conceptual –el “esfuerzo del concepto”– a la hora de abordar los problemas.

Simultáneamente con sus estudios de filosofía inicia la carrera de sociología en el Instituto de Estudios Políticos de Madrid, entorno que lo acercaría a algunos de los cuestionamientos que de modo velado aquellos intelectuales comenzaron a plantear al régimen franquista, dotándolo de algunas herramientas para la comprensión de las relaciones entre universidad, religión y sociedad. Las huellas de este periplo vital, académico y cultural –cursos, conferencias, homenajes, publicación de revistas y libros– quedarían consignadas en las periódicas noticias que envía a Colombia, informes significativamente titulados “Vida de la filosofía” o “Cartas de Madrid”, documentos que además de constituirse en

información de primera mano sobre este período estudiantil, dejaban nuevamente al descubierto su faceta de “propagandista” intelectual.

Como su nombre lo indica, el segundo párrafo (2.2. El encuentro con Alfonso Reyes: descubrimiento de una vocación), se ocupa de un hecho capital en la formación del estudiante colombiano: el “descubrimiento” de Alfonso Reyes en Madrid, acontecimiento que inaugura la vocación de Gutiérrez Girardot por el continente americano a través del simultáneo descubrimiento de la rica tradición hispanoamericana. Los ideales de unidad y justicia social para el continente americano proclamados por Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, constituyen el ideario sobre el que va a edificarse la vocación “constructiva” que caracteriza el trabajo intelectual del ensayista colombiano. De esta tradición de hombres magistrales –Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Enrique Rodó o Jorge Luis Borges, entre otros–, aprenderá el manejo del género literario que ha moldeado el curso de las ideas en Hispanoamérica: el ensayo literario y cosmopolita, género de larga tradición que se convertirá en la herramienta más adecuada para la expresión de su concepción sobre el continente.

El arribo de Gutiérrez Girardot a la capital española en la década del 50 coincide con el apogeo y consolidación del consenso de afirmación americanista iniciado a finales de la década de los 20. Período en el que se perfilan los temas y los problemas del continente americano a la luz de su relación con la herencia europea, constituye el contexto sobre el cual valorar la pertinencia de su trabajo intelectual en el marco de las relaciones entre España e Hispanoamérica durante la primera mitad del siglo XX. Estas complejas, contradictorias y fluidas relaciones constituyen el fundamento de las aproximaciones de Gutiérrez Girardot a la literatura, la historiografía literaria, el cosmopolitismo y el problema de la “definición” cultural de nuestro continente.

A este último campo dedicará unas tempranas “Notas para una definición de Hispanoamérica”, trabajo en el que ya se encuentran bosquejadas, *in nuce*, gran parte de los temas y los problemas sobre los que comenzaría a cimentarse su concepción de Hispanoamérica. Una imagen fundamentada en la tensión fundacional entre la entraña hispánica de su herencia católica y las urgentes demandas impuestas por la marcha del mundo moderno.

Otro trabajo fundacional –“La utopía americana de Alfonso Reyes”–, no solo aparece como el primero de los trabajos dedicados a su maestro mexicano; también adelanta el trazo inicial del que saldría su primer libro, *La imagen de América en Alfonso Reyes* (1955).

Publicado al final de su período de formación, configura el cierre simbólico de esta decisiva etapa. Entre sus páginas encuentra expresión una imagen del intelectual hispanoamericano como hombre de acción y pensamiento, concepción *humanista* destinada a ejercer una profunda influencia en la orientación vital e intelectual del ensayista colombiano.

El tercer y último párrafo (2.3. En busca del continente americano) aborda los artículos escritos por el estudiante colombiano durante su período madrileño (1950-1953). Este significativo corpus de trabajo no solo permite rastrear la génesis de su temprana vocación por Hispanoamérica sino valorar la pertinencia de estas primeras aproximaciones en el contexto de la reflexión crítica de mediados del siglo XX. Se encuentra dividido en dos grupos: el primero –dirigido al “interior” del continente–, comprende cuatro ejes temáticos: 1) El tema de las relaciones entre universidad y sociedad, estudiados por Gutiérrez Girardot a la luz de la Reforma universitaria de Córdoba (1918) y la posterior Reforma emprendida en Colombia por el empuje modernizador de la “Revolución en marcha” (1934-1938). 2) El tema de la historia y la historiografía literaria, en especial bajo la óptica de las problemáticas abiertas por los trabajos de Pedro Henríquez Ureña, historiografía literaria que se convertiría en uno de los presupuestos de su comprensión del proceso literario en Hispanoamérica. 3) El tema de la unidad hispanoamericana, cuyas aproximaciones dejan al descubierto su adhesión a los postulados bolivarianos expuestos por sus maestros hispanoamericanos. Concebidos al amparo de una utópica noción de “Patria de la justicia”, constituyen la expresión de la profunda inclinación social y política que orienta el pensamiento del ensayista colombiano. 4) El tema de la literatura indigenista se encuentran íntimamente relacionado a las preocupaciones sociales y políticas que determinaron el contexto hispanoamericano luego de la Segunda Guerra Mundial y el predominio político de los Estados Unidos en el escenario mundial. Constituyen, sin embargo, la génesis de la búsqueda de una expresión propia de nuestra literatura a la luz de sus relaciones entre “lo nuestro” y los desarrollos de la literatura mundial. A estas relaciones con el “exterior” se encuentra dirigido el segundo grupo de trabajos escritos por Gutiérrez Girardot en España, expresiones cabales de nuestro derecho de incorporación a la historia universal.

“AL ESCRIBIR MI *CURRÍCULUM VITAE*...”



El 3 de mayo de 1992, Rafael Gutiérrez Girardot escribe a su amigo, el periodista Bernardo Hoyos², una carta en la que luego de unas cálidas palabras le envía su hoja de vida. No conocemos los motivos de esta solicitud, probablemente destinada a algunas de las actividades culturales del destacado periodista colombiano. Las palabras que encabezan este apartado sirven al ensayista colombiano para introducir su currículum vitae, que incluye al final de la carta. A nosotros nos sirven, al igual que su hoja de vida –es el motivo por el cual las incluimos aquí–, para introducirnos en el estudio de los años de formación del gran ensayista colombiano.

² Bernardo Hoyos Pérez (1934-2012). Abogado y periodista cultural colombiano. En Londres, donde vivió cerca de nueve años (1971 a 1979), trabajó como editor de la revista *International Management* en español y como locutor en la prestigiosa BBC. Fue miembro de la Academia Colombiana de la Lengua.

Bonn, 3.5.92

Mi querido Bernardo:

tu generosidad es increíble. Tu llamada me dejó perplejo, pero me llenó de satisfacción y gratitud. Satisfacción porque tu generosidad compensa en millones luz el hecho de que mi país me trató a patadas. Lo he olvidado ya porque mi país es mi país, y puedo decir lo que Borges dijo en uno de sus primeros poemas: "mi estancia en Europa es ilusoria, siempre he estado y estaré en Buenos Aires". Mientras más tiempo he pasado en Europa, educando a ya un medio millar de estudiantes, y considerando que he organizado la mejor cátedra de hispanística en Alemania, que muy importantes colegas e intelectuales me tienen respeto y afecto y algunos me consideran compatriota, me pregunto con mayor frecuencia: y qué estoy haciendo yo aquí? Yo sigo siendo siempre un colombiano, en donde esté. Llevo ya unos 40 años en Alemania y no me he germanizado. Un funcionario alemán me dijo hace ya varios años: Usted actúa casi como un prusiano. El había pasado la mitad de su vida en exilio en Brasil. Yo le respondí que lo que a él le parecía prusianismo era en mí puro y simple republicanismo colombiano que aprendí de Bolívar y en el Colegio del Rosario. Siempre he estado en Colombia y lo más bello es que al cabo de muchos años de ausencia, tengo en mi país muchos alumnos que nunca han asistido a mis cursos. Yo pasé mis años de estudio en Europa y en la Embajada con la intención de volver a Colombia a ser profesor. Hice mi biblioteca pensando siempre en que los libros que compraba no sólo eran para mí sino libros indispensables que faltaban en las bibliotecas colombianas. Ahora tengo alumnos colombianos y veré la manera de que se cumpla el designio que me movió a comprar los libros. Otra vez cabe citar a Borges: "ahora me encuentro con mi destino sudamericano". ("al fin..." dice el original).

Al escribir mi curriculum vitae, he comprobado una vez más que es muy magro. Aunque desde que llegué a Madrid en 1950 escribí una cantidad de ensayos, reseñas etc. (el primer ensayo que publiqué en Madrid fue sobre la literatura colombiana y estuvo dirigido contra lo que había dicho sobre nuestra literatura el entonces embajador Guillermo León Valencia), nunca dejé constancia ni en forma de copia ni de registro del título. Hacia 1951 o 52 colaboré en una revista argentina... y hoy no recuerdo el nombre. Como colombiano radical, antipatriotero, sanamente anárquico ("digan, digan pa' contradecir" es muy nuestro), nunca he buscado ingresar a ninguna Academia ni a ninguna asociación, cosa muy buscada por los intelectuales de todas partes del mundo, y, en especial, en Alemania. En una tertulia me siento como pez en el agua. Pero ante un Decano o Presidente con orden del día y demás, me siento irritado y como en una cárcel. Detesto la solemnidad. Cuando diplomáticos latinoamericanos me preguntan: qué hace Usted? les respondo: trabajo en la Universidad. No les digo que soy profesor para evitar que me digan que ellos son también profesores. En general, he "ofendido"

a todos los "solemnes" no sólo por solemnes sino porque toda solemnidad está acompañada necesariamente de simulación. No tuve aprecio intelectual a Belisario Betancur, pero su política de paz y su apoyo a la cultura merecieron mi aprobación. Antes de que fuera presidente lo apodé "Beliasaurio", porque me pareció que se comportaba como nuestros "lagartos". Quevedianamente era más certero decir "Beliasaurio" que "lagarto mayor". Para algo sirve la definición según la botánica y la zoología. Es apenas justo que me lo tomara a mal. Cuando estaba en la Embajada, el espectáculo de un yerno de Rojas Pinilla, de un Agregado militar y de un Consejero economista, principalmente ebrio, me hicieron recordar el poema con el que Jorge Rojas le cuenta a Pablo (Neruda, naturalmente; había entonces otro Pablo fraternal ?) qué es Colombia. Mi adaptación de ese poema a la realidad comenzaba con esta línea: "Esta es Locombia, Pablo, ...". Lo habrán olvidado ya ? Y mis ataques a los sumos pontífices Eduardo Santos y Laureano Gómez y a Germán Arciniegas y al todopoderoso Mario Laserna, que no se ha cansado de considerar a nuestro país como un comerciante de abalorios considera a sus clientes campesinos ?

Aparte de todo, yo considero como colombiano radical que en vísperas de las grandes transformaciones del mundo, Colombia no puede quedarse atrás y que para eso es indispensable dejar atrás la solemnidad simuladora y pasar a la honradez intelectual creadora. Hace más de medio siglo, desde Rodó pasando por Henríquez Ureña y Alfonso Reyes hasta José Luis Romero se siente esa necesidad urgente y se pide ese cambio. Mi experiencia con algunos estudiantes - cuando estuve en Bogotá - y las cartas que recibo de muchos estudiantes, me permiten tener la esperanza de que nuestra juventud está cansada del largo y pesado dominio del pasado solemne y simulador y busca orientarse para el futuro.

Mi querido Bernardo: te envidio profundamente. Yo tengo en Europa una posición privilegiada. Pero con mucha frecuencia, cuando preparo mis cursos, me digo: preferiría estar en mi país compartiendo en carne propia nuestros males y dándole nuestras fuerzas para sacarlo adelante. Es lo que haces. Yo, que soy un bolivariano integral, descendiente de la familia de su querido y heroico oficial romántico, Atanasio Girardot, recuerdo una frase de nuestro Libertador: "Si la Naturaleza se opone (a nuestra empresa), venceremos a la naturaleza". Ese es el camino que tú sigues. Yo estoy lejos. Tú das las batallas. Aunque desde lejos soy un francotirador, te envidio profundamente porque estás en el frente.

Desde hace tres años tengo un nieto. Se parece totalmente a mi hija, que tiene un aspecto de criolla. El placer que causa un niño me hace recordar que tú lo has tenido. Cuéntame de él. Me alegro infinitamente de poder verte en setiembre. De estar con los amigos. De volver a mi patria, de renovar la presencia de todo lo que ella me dio.

Un fortísimo abrazo de quien tanto te agradece y te quiere,

RAFAEL GUTIERREZ GIRARDOT.

Nació en Sogamoso (Boyacá) el 5.5.1928.

Terminó el Bachillerato en el Instituto de La Salle de Bogotá en 1946.

Estudios de Derecho en el Colegio Mayor de Ntra.Sra.del Rosario y de Filosofía en el Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional entre 1947 y 1950.

Con beca del Ministerio de Asuntos exteriores de Madrid, estudió filosofía en los cursos privados de Xavier Zubiri, ciencias políticas en el Instituto de Estudios políticos de Madrid y un curso de doctorado de derecho en la Universidad Central de Madrid.

Comisionado por el Director del Anuario de Filosofía del Derecho, Prof. Enrique Gómez Arboleya, para escribir un trabajo sobre filosofía fenomenológica del derecho, viajó a Friburgo de Brisgovia, en 1953. En la Universidad de Friburgo estudió filosofía con Eugen Fink, filosofía del derecho con Erik Wolf, sociología con Arnold Bergstresser y romanística con Hugo Friedrich. Asistió a los seminarios privados de Martin Heidegger.

En octubre de 1955 obtuvo una beca de la Fundación Alejandro de Humboldt, solicitada por Hugo Friedrich que no pudo aceptar por razones personales. En ese mismo mes viajó a Gotemburgo, Suecia, donde fue docente del Instituto Iberoamericano de la Escuela Superior de Comercio de esa ciudad.

En enero de 1956 fue nombrado Canciller de la Embajada de Colombia en Bonn. Ocupó los cargos de Agregado cultural y de prensa, Jefe de la sección consular y Encargado de negocios a.i.-

En abril de 1966 fue trasladado al Ministerio de Relaciones exteriores .

Fue profesor de medio tiempo de Filosofía del derecho en el Externado de Colombia, y dirigió Seminarios en el Instituto Caro y Cuervo, en la Universidad de los Andes (ciencia política) y en la Universidad la Gran Colombia (filosofía).

En octubre de 1967 fue nombrado colaborador del Instituto de investigación social de la Universidad de Münster en Dortmund. Fue encargado de curso de sociología en la Universidad de Münster , Profesor invitado de sociología en la Universidad de Bochum y de Hispanística en la Universidad de Bonn.

En octubre de 1969 fue nombrado Prof. invitado de Hispanística en el Barnard College de la Universidad de Columbia en Nueva York.

Desde abril de 1970 es profesor ordinario (catedrático titular) de Hispanística en la Universidad de Bonn, que inauguró esa cátedra por primera vez en Alemania.

Como Agregado cultural organizó en colaboración con el agregado cultural argentino y el Departamento de Prensa del Gobierno alemán los primeros coloquios germano-iberoamericanos de literatura (1962, 1964) y sociología (1965). Fue encargado de cátedra de historia de la cultura hispanoamericana en la Escuela de periodismo de Madrid (1952-53).

Ha colaborado en la Revista mexicana de literatura y Texto crítico de México; Revista Nacional de cultura, Escritura, Zona Franca de Caracas; Revista de las Indias, Bolívar, Mito, Eco etc. de Bogotá; Sur, de Buenos Aires; Cuadernos Hispanoamericanos, Índice, Insula, Cuadernos para el diálogo, Anuario de filosofía del derecho, Arbor, Revista de Occidente de Madrid; Camp de l'arpa, El viejo topo, Quimera de Barcelona; Casa de las Américas, Habana; Merkur de Munich; Cuadernos, de París; en los semanarios Die Zeit de Hamburgo, Marcha de Montevideo y en revistas especializadas (filología, sociología, filosofía del derecho, literatura comparada) alemanas.

Libros.

La imagen de América en Alfonso Reyes, Insula, Madrid, 1956 (2a. ed como prólogo a la Antología de Alfonso Reyes, Vocación de América, F.C.E., México, 1989). - Jorge Luis Borges. Ensayo de interpretación, Insula, Madrid, 1959. - En torno a la literatura alemana contemporánea, Taurus, Madrid, 1959. - Nietzsche y la filología clásica, Eudeba, Buenos Aires, 1966. - El fin de la filosofía y otros ensayos, F. Papel sobrante, Medellín, 1966. - Poesía y prosa en Antonio Machado, Guadarrama, Madrid, 1969. - Horas de estudio, Colcultura, Bogotá, 1976. - Modernismo, Ed. Montesinos, Barcelona, 1983 (2a. ed. Fondo de Cultura económica, Bogotá y México, 1988). - Aproximaciones, Procultura, Bogotá, 1986. - Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana, Cave Canem, Bogotá, 1989. - Hispanoamérica: imágenes y perspectivas (comp. de J.G. Gómez y H. Castilla), Temis, Bogotá, 1989. - La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX, Latin American Studies Center Series, Maryland, 1991. - Estudios sobre César Vallejo, Milla Batres, Lima (en prensa).

Art. en Homenajes a Georg Lukács, Harri Meier, Hugo Friedrich, José Luis Romero, Jorge Luis Borges.

Traducciones al castellano de Hölderlin, Gottfried Benn, Peter Huchel, Paul Celan y de Martin Heidegger, Hans Albert, Theodor Schieder, Hilde Domin.

Fundó la editorial Taurus de Madrid. Fundó y codirigió la colección "Estudios alemanes", publicada primeramente en Sur de Buenos Aires y en Alfa ibérica de Barcelona. Dirige la colección "Hispanistische Studien" de la ed. Lang de Francfort/M., Berna, Nueva York, Las Vegas.

Fue nombrado Rockefeller Humanities Resident Fellow de la Universidad de Maryland (1990).

Ha dictado conferencias y cursos en Universidades alemanas y españolas, norteamericanas y latinoamericanas, belgas, suizas y francesas.

Con estas palabras termina la carta. No se detiene aquí, por supuesto, la febril actividad de nuestro ensayista. Ese mismo año aparece *Provocaciones* (Bogotá: Editorial Investigar y Nuestra América Mestiza, 1992), antología de algunos de sus trabajos de "francotirador", entre los cuales cabe destacar su implacable "Ortega y Gasset o el arte de la

simulación majestuosa”. En 1993, después de veintitrés años de actividad en la Universidad de Bonn, obtiene la emeritación académica. Con motivo de su jubilación, aparece el libro *Caminos hacia la modernidad: homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot* (Juan G. Gómez, Bettina Gutiérrez Girardot, Rodrigo Zuleta, eds. Frankfurt am Main: Vervuert, 1993). Este año escribe a su amigo Gonzalo Sobejano:

Después de 40 años de vida en Alemania, en los que no me he “germanizado” siento cada vez más la necesidad de estar con “mis gentes”. Es una cuestión absolutamente sentimental, pero somos sentimentales. Mi último curso en esta Universidad lo daré sobre Antonio Machado. Cuando termine con mis obligaciones, volveré a la filosofía. Es un retorno a la juventud, pero no como consuelo de la vejez, sino como recuperación de un largo *temps perdue* (RGG a Sobejano. Bonn, 17/4/93).

Aparecen los libros *Cuestiones* (México: FCE, 1994); *Moriré callando: tres poetisas judías: Gerturd Kolmar, Else Lasker-Schüller Nelly Sachs* (Barcelona: Montesinos, 1996); *Insistencias*. (Bogotá: Ariel, 1998); *Jorge Luis Borges: el gusto de ser modesto: 7 ensayos de crítica literaria* (Bogotá: Panamericana, 1998); *César Vallejo y la muerte de Dios* (Bogotá: Panamericana, 2000).

En 2001, es nominado por algunos escritores mexicanos –Sergio Pitol, José Emilio Pacheco, Carlos Monsivais, entre otros–, al Premio Alfonso Reyes, distinción que le es otorgada por unanimidad. Este mismo año aparecen los libros *El intelectual y la historia* (Javier Lasarte Valcárcel, coord. Caracas: La Nave Va, 2001) y el libro de homenaje *Territorios intelectuales: pensamiento y cultura en América Latina: homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot* (Javier Lasarte Valcárcel, coord. Caracas: La Nave Va, 2001).

En 2004 publica *Heterodoxias* (Bogotá: Taurus) y *Entre la Ilustración y el expresionismo: figuras de la literatura alemana* (Bogotá: F.C.E.).

Fallece en la ciudad de Bonn, el 25 de mayo de 2005. Al año siguiente aparecen los libros póstumos *Tradición y Ruptura* (Bogotá: Random House Mondadori, 2006) y *Pensamiento hispanoamericano* (México: UNAM, 2006).

Como homenaje al Maestro colombiano, dedicamos las palabras que Thomas de Quincey escribiera con motivo de la muerte de Charles Lamb:

Charles Lamb se ha ido. Su vida fue una lucha continua al servicio del amor más puro, en una esfera escasamente visitada por el aplauso de sus contemporáneos. En todo momento sus despliegues intelectuales ganaron solo una simpatía estrecha, y durante su período temprano fueron saludados con clara irrisión y desprecio, en las pocas ocasiones que no fueron reprimidos por la indiferencia absoluta. Pero lentamente todas las cosas se enderezan. Todo el mérito que se encuentra en la verdad, y es lo suficientemente fuerte, al final alcanza a una sensibilidad más alta con sus dulces exhalaciones; alcanza los órganos más altos de discernimiento, se refugia en una audiencia más selecta.

1. PERÍODO DE FORMACIÓN EN COLOMBIA (1928-50)

1.1. TRADICIÓN Y MODERNIDAD

En un breve pero sustancioso artículo titulado “El magisterio de la disidencia”, el crítico colombiano Rafael Humberto Moreno Durán afirmó que la Universidad fue, “a lo largo de toda su vida, la única patria de Rafael Gutiérrez Girardot”³. La sentencia, además de su explícita referencia al ámbito de una institución a la cual dedicaría treinta y dos años de su vida, primero como estudiante universitario, y posteriormente como docente en la Universidad de Bonn (1970-1993), también se estaría refiriendo a esa otra “patria” cuyo territorio simbólico encuentra su precisa geografía en la consustancial *universalidad* que emana de cada línea escrita por el ensayista colombiano⁴. Un mapa que coincide con el trazado de una biografía intelectual moldeada en la compleja relación que desde los inicios mismos de su formación en Colombia va a establecerse entre España y Alemania – Hispanoamérica, el otro ámbito de sus preocupaciones, paradójicamente solo surgirá más tarde, en España– y que más que “naciones” propiamente dichas, representaron dos ámbitos espirituales, dos nociones bajo las cuales comprender e instalarse en el mundo circundante.

Es cierto que “Alemania” no es aún para el joven que en 1947 comenzaba sus estudios de filosofía en la Universidad Nacional de Bogotá otra cosa que el prestigio de un pensamiento que empezaba a ser moneda corriente en la universidad colombiana, institución que iniciaba su proceso de modernización de cara a una sociedad empeñada en ponerse a la altura del desarrollo capitalista y sus modalidades de vida espiritual y material. Un pensamiento filosófico –esto es importante– que llegaría a Colombia gracias a la labor de José Ortega y Gasset y su *Revista de Occidente* (1923), publicación que ocupará un puesto de excepción en el desarrollo del pensamiento hispanoamericano de aquellos años y cuya influencia será decisiva a la hora de evaluar los inicios de la actividad intelectual de Gutiérrez Girardot y su posterior evolución.

No es un azar que el primer artículo conocido de Gutiérrez Girardot se titule “José Ortega y Gasset”⁵ y que ya aparezca entre sus páginas los nombres de Ernst Cassirer o

³ Rafael Humberto Moreno Durán. “El magisterio de la disidencia” (Prólogo) en Rafael Gutiérrez Girardot. *Pensamiento Hispanoamericano*. México: UNAM, 2006, p. 13.

⁴ Nueve años (1947 a 1956) duró el período estudiantil de Gutiérrez Girardot: Bogotá (1947-1950): estudios de derecho (Universidad del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario) y filosofía (Universidad Nacional). Madrid (1950-1953): sociología (Instituto de Estudios Políticos) y filosofía (Xavier Zubiri). Friburgo (1953-1956): seminarios de filosofía con Martin Heidegger y doctorado en Romanística bajo la dirección de Hugo Friedrich.

⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “José Ortega y Gasset”. Bogotá: *Avanzada*, 16 octubre 1948, 6.

Martin Heidegger. Escrito a los veinte años, no solo permite verificar la simultánea aparición de los ámbitos español y alemán que inauguran su bibliografía crítica; también nos permite descubrir algo más fundamental para conocer los inicios de su biografía intelectual: la profunda simpatía que en estos años profesaba al ideal hispánico de vida. Ahora bien, es evidente que si la vinculación sobre la que se asienta esta íntima comunión puede justificarse apelando a la herencia de una concepción católica y tradicionalista que desde la época colonial comienza a confundirse con la sustancia misma del hombre hispanoamericano –algo que no acontece con el legado alemán–, no sucede lo mismo si se pretende evaluar el significado que en el conjunto de su formación intelectual puedan tener los textos escritos por Gutiérrez Girardot en sus años de formación en Colombia, interpretación que solo puede acometerse teniendo a la vista –*además*– la situación de inestabilidad y violencia social y política vivida por la nación colombiana entre las décadas del 40 al 50 y las repercusiones que en este contexto dejaría el surgimiento en 1939 de la dictadura franquista, concretamente a través de la difusión de una política cultural estratégicamente dirigida a los países de Hispanoamérica luego de la derrota de Alemania y del marginamiento internacional a la que España sería sometida.

Tampoco es un azar que en medio de la crisis interna colombiana y frente al oscuro panorama internacional desatado por la Segunda Guerra Mundial, algunos sectores conservadores –y Gutiérrez Girardot pertenece a dichos sectores– optaran por acogerse a la *guía espiritual* de una política de *Hispanidad* fundamentada en una concepción teológica y providencialista de la historia que, situando a España como el pueblo escogido para la defensa y propagación del catolicismo en el mundo, postulaba como única salida a la crisis presente el retorno a las fuentes de esta larga y prestigiosa tradición. Los artículos publicados por Gutiérrez Girardot durante su período de formación en Colombia (1947-1950), antes de su salida para Europa en octubre de este último año, están impregnados de este ideal marcadamente reaccionario. Lo dejó consignado en el artículo titulado “1949, otro año de crisis” donde atribuye la crisis de América, “especialmente de Colombia” –la misma que atraviesa el mundo europeo– a un mismo “mal”: la ausencia del cristianismo, sin el cual toda cultura está “condenada a su disolución”. Por eso toca a España e Hispanoamérica, “los

pueblos divinos de la *Hispanidad*, salvar a la humanidad, para entregársela a Dios y devolverle todo su sentido cristiano”⁶.

Siendo este ideal el eje de la concepción vital e intelectual que fundamenta los escritos tempranos de Gutiérrez Girardot debemos preguntarnos por las condiciones que hicieron posible la recepción de este ideario tradicionalista en un momento en que las corrientes del pensamiento moderno irrumpían en la Colombia de los años 30 y 40 del siglo XX, exigiendo a sus intelectuales una nueva actitud respecto a las tareas de la inteligencia, al tiempo que los dotaba de un nuevo arsenal de ideas y concepciones que pondrían en cuestión los cimientos de la vida política, social y cultural vigentes en el país.

Ahora bien, más que elaborar un inventario de “influencias” –que solo nos confirmaría que tanto Gutiérrez Girardot como sus compañeros de generación leyeron estos o aquellos autores–, se trata de preguntar por el fundamento de esas “influencias”, esto es, “por las condiciones sociales y políticas, religiosas y culturales que posibilitan en el influido la recepción del influyente, por las homologías de las situaciones sociales del uno y otro”⁷. Homologías que nos permiten entender de qué manera no solo el ambiente familiar y la educación religiosa recibida por Gutiérrez Girardot en su infancia y adolescencia posibilitaron su temprana disposición para acogerse a dichas doctrinas, sino en qué medida la clase dirigente colombiana, en abierta oposición a las demandas de modernización social y política, encontraría en aquellas doctrinas reaccionarias una justificación ideológica para mantener el *status* de sus privilegios a través de una violencia social alimentada por el fanatismo partidista y religioso⁸. Como “simultaneidad de lo no simultáneo” caracterizó el marxista Ernst Bloch esta compleja red de ambigüedades a la que definió metafóricamente

⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas culturales. 1949, otro año de crisis”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 426, enero/febrero 1950, p. 130-131.

⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “El 98: ¿Solo un problema de historiografía literaria?”. Barcelona: *Quimera* 171, junio 1998, p. 27.

⁸ Es indudable que la contraofensiva reaccionaria emprendida por el partido conservador colombiano luego de la caída de la República liberal en 1946, encontró en aquellas doctrinas un apoyo ideológico para transformar en “herejía contrareligiosa” (sic) el espíritu reformista del liberalismo, transformando de paso la experiencia política en “expresión de una moralidad que requería una radical regeneración”. Se trataba del mismo mecanismo ideológico del reaccionarismo español, cuya “trama” se “condensaba en la síntesis entre unidad nacional y unidad católica, de tal forma que las oscilaciones producidas en esa mutua interconexión determinaba el rumbo del devenir español” (Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla. *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica, 1939-1953*. Madrid: CSIC, 1988, p. 28). Fundiendo en un solo vínculo unidad nacional y unidad católica, también el presidente Laureano Gómez (1950-1954) pudo ver en la ruptura de esta indisoluble unidad la causa de los males que azotaban a Colombia. En su discurso de posesión concluyó con estas piadosas palabras: “Los hombres no somos sino briznas de hierba en las manos de Dios. Quiera su mano omnipotente salvar a Colombia” (Juan Guillermo Gómez García. *Colombia es una cosa impenetrable*. Bogotá: Diente de León, 2006, p. 85).

como “coexistencia del arado y la máquina”, expresión que sintetiza el desarrollo social y cultural de aquellos sectores que frente a la compleja experiencia del empuje capitalista (vida urbana, secularización, afán de lucro, etc.) opusieron una anti-modernidad fundamentada en la “ideología de la sangre y el terruño” (mitificación de la “madre patria”, de los valores arraigados en la tradición y la religión cristiana)⁹.

En abierta oposición al estatismo de las clases dirigentes de las décadas anteriores, Gutiérrez Girardot y sus compañeros de generación iniciarían su andadura intelectual al amparo de la denominada “República Liberal” (1930-1945), período caracterizado por un decidido impulso reformista en todos los órdenes de la vida colombiana. Se buscaba poner al país a la altura de las exigencias impuestas por el nuevo panorama económico y político internacional, mientras que a nivel interno fenómenos como el crecimiento demográfico y los conflictos sociales generados por el acelerado proceso de urbanización de las ciudades, demandaban la modernización general del país. Era la coyuntura más adecuada para acometer las grandes transformaciones sociales, políticas y económicas que con urgencia requería la nación colombiana. Más tardíamente que en Argentina, México o Chile, donde las condiciones de estabilidad política y prosperidad económica permitieron el surgimiento de una vida intelectual más acorde con el desarrollo del pensamiento europeo, también en Colombia empezó a gestarse una sociedad que irreversiblemente ingresaba en la era del capitalismo industrial y su consecuente inmersión en los procesos de secularización y crecimiento urbano propios de la vida moderna. Como señala Pedro Henríquez Ureña, “con una organización menos perfecta y la anarquía todavía en acecho tras las esquinas y en ocasiones estallando en guerras civiles, el adelanto económico, si no muy señalado, no por ello dejaba de ser evidente”.¹⁰

Iniciada tímidamente en la década de los 20, al amparo de un favorable contexto internacional alentado por la Revolución Mexicana (1910), la Revolución Rusa (1917), y el surgimiento de la II República Española (1931), no sería sino hasta el primer mandato del presidente Alfonso López Pumarejo (1934-1938) cuando Colombia se orientaba decididamente –bajo la consigna de “Revolución en marcha”– hacia la industrialización y la consecuente racionalización de la actividad política y económica. Entre las reformas llevadas a cabo –en la estructura constitucional, la organización fiscal, la legislación social (que

⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “La oligarquía de los muertos”. Bogotá: *La Prensa*, 16 agosto 1988, p. 8.

¹⁰ Pedro Henríquez Ureña. *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945). Bogotá: FCE, 1994, p.165.

otorgó a las clases trabajadoras seguridad social y posibilidades de participación en la vida política a través de la organización sindical), entre otros cambios–, se encontraba la universidad y la educación, que no podía estar ausente de las transformaciones que en todos los órdenes empezaba a verificarse.

La vieja estructura de la universidad patriarcal no podía ni dar acceso a la creciente población ni preparar los técnicos requeridos por una nación que comenzaba a industrializarse. Bajo la presión de los nuevos hechos y del movimiento reformista iniciado en Córdoba, Argentina (1919), que tuvo sus adalides en la generación estudiantil colombiana que comenzaba a intervenir en la vida pública en 1930, se produjo la Reforma universitaria de 1935¹¹.

La nueva política educativa creaba el ambiente favorable para la regularización y profesionalización de la actividad intelectual. La reforma ordenó la construcción de la actual Ciudad Universitaria de la Universidad Nacional, obra del más puro “racionalismo”, integrando de este modo todas las facultades dispersas. Diseñada por el arquitecto Leopoldo Rother, bajo los planteamientos del pedagogo Fritz Karsen, la obra se sumaba a las nuevas tendencias internacionales en el campo de la arquitectura y la pedagogía¹². La Reforma de 1935 también posibilitó la fundación de la Escuela Normal Superior (1936); la reorganización de la Biblioteca Nacional y la edición oficial de algunas colecciones de literatura colombiana, entre otros proyectos. Entre los cambios operados en la universidad merecen destacarse la autonomía administrativa, la participación de estudiantes y profesores en el gobierno, la libertad de cátedra y la modernización de programas. Moderado, pero real, se introducía por primera vez el concepto de universidad como complejo de investigación y docencia en oposición a la tradicional educación doctrinaria y libresca. La fundación del Instituto de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional (1945) fue la consecuencia inmediata de este proceso secular, pues al decir del propio Gutiérrez Girardot, quien empezó sus estudios justo ese año, “esta *institucionalización* del estudio de la filosofía en Colombia, no solo pretendía renovar la filosofía parcial y anacrónica que se trillaba en todos los

¹¹ Jaime Jaramillo Uribe. “Esquema histórico de la universidad colombiana” en *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá: El Áncora Editores, 1994, p.263. Tres cambios esenciales impulsó por la Reforma de Córdoba: 1) Co-gobierno universitario; 2) Docencia y asistencia libres; 3) Revisión y reforma radical de métodos y contenido de la enseñanza universitaria

¹² Leopoldo Rother (1894-1978), arquitecto alemán educado bajo la influencia de la vanguardia arquitectónica de los años 30. Tras su salida de la Alemania nazi fue contratado por el gobierno colombiano para la planificación urbanística del Campus Universitario, ejecutada durante la década de los treinta. Fritz Karsen (1885-1951), educador alemán, encargado del diseño de los novedosos planteamientos pedagógicos adoptados para la educación universitaria estatal en Colombia.

establecimientos de enseñanza, sino preparar y formar adecuadamente a quienes tenían vocación por esta disciplina”.

Surgía la “República liberal” y su corolario reformista con el claro propósito de desmontar la mentalidad de un país regido por la ideología hispano-católica de la llamada Regeneración (1878-1898), que inaugura el gobierno conservador de Rafael Núñez y su fiel compañero, el católico Miguel Antonio Caro, gestores de la Constitución de 1886, que tan hondas repercusiones dejaría en la fisonomía ideológica y cultural de la nación colombiana (vigente hasta 1991)¹³. Guiados por una “concepción” de la política y de la vida pública entendida como la expresión de una moralidad (siempre amenazada) que requería una radical regeneración, estaban convencidos de que la orientación laica de los gobiernos anteriores (los denominados liberales “radicales” de mediados del siglo XIX) era la causante de la inestabilidad política y la desazón social. En la ceremonia de posesión a la Presidencia del general Julián Trujillo (1878-1880) –miembro del liberalismo “moderado” y sucesor de Aquileo Parra (1876-1878), último presidente del liberalismo “radical”–, Rafael Núñez, Presidente del Congreso en aquel momento y quien ocuparía la Presidencia de la República dos años más tarde (1880), pronunció un discurso en el que incluyó la frase que tanto marcaría el destino de la nación colombiana: “Hemos llegado a un punto en que estamos confrontando este preciso dilema: regeneración administrativa fundamental o catástrofe”. Amparado en estos lineamientos ideológicos, el gobierno conservador de Rafael Núñez procede a la firma (1887) de un nuevo Concordato con la Santa Sede. Esta tendencia, que tiende a confundir el ejercicio de la política con las directrices del catolicismo y a éste con la sustancia de la nacionalidad, queda patente cuando el control de la universidad pasa durante este período al control del ejecutivo, perdiendo todo elemento de autonomía:

Si los que piden la forma autonómica para la universidad creen que esto le daría un mejor carácter y más firme estabilidad, cumple decirles francamente que es bueno su propósito, pero que no es deseable. La universidad no podrá tener otra vida que la que le da el gobierno [...] la descentralización en asuntos de enseñanza es contraproducente, pues tiende a la desorganización y a la ruina¹⁴.

¹³ Rafael Wenceslao Núñez Moledo (1825-1894). Político y escritor colombiano. Ocupó la presidencia de Colombia en cuatro oportunidades entre 1880 y 1898. Líder de la “Regeneración” –que desmanteló el régimen federal de los Estados Unidos de Colombia decretado por la Constitución 1863– fue el artífice, junto con el católico Miguel Antonio Caro, de la Constitución de 1886. Miguel Antonio Caro Tobar (1843-1909). Humanista, escritor y político colombiano. Hijo del poeta José Eusebio Caro. Dirigió la Academia colombiana de la Lengua y participó en la redacción de la Constitución de 1886. Ejerció la vicepresidencia de la República (1892) y la presidencia en 1894, tras la muerte de Núñez. Autor de una *Gramática de la lengua latina* (1867), en colaboración con Rufino José Cuervo Autor. Traductor de obras de Horacio, Tíbulo, Catulo y Virgilio.

¹⁴ Jaime Jaramillo Uribe. “El proceso de la educación, del Virreinato a la época contemporánea” en *Manual de historia de Colombia*, tomo III. Bogotá: ICC, 1984, p. 326.

Fue apenas natural que quedaran de este modo clausurados los debates ideológicos que durante el siglo XIX enfrentaron las doctrinas positivistas y utilitaristas (sostenidas por los liberales) a la ortodoxia católica de los conservadores.

Durante las primeras décadas de este siglo [XX], los estudios filosóficos estuvieron dominados en Colombia por el Neotomismo, que como reacción al utilitarismo y al positivismo impuso Monseñor Rafael María Carrasquilla¹⁵ desde su cátedra del Colegio del Rosario, que durante toda la república conservadora [1880-1930] apareció como la filosofía oficial¹⁶.

Que “ni siquiera existía ya un positivismo que superar”, como escribe Jaramillo Uribe, encuentra su explicación en la aplicación de la famosa encíclica *Aeterni Patris* (1879), donde el Papa León XIII exhortaba a la restauración de la filosofía tomista en las cátedras universitarias, quedando de esta manera vinculado el espíritu tradicionalista de la Regeneración a los lineamientos de la filosofía escolástica. Su punto de confluencia fue el Concordato, el cual entregó la dirección y los contenidos de la educación y la instrucción pública colombiana a la Iglesia Católica. Como constata el filósofo Danilo Cruz Vélez en una mirada a “Nuestro pasado filosófico”, las causas de esta “anormalidad” se encuentran estrechamente vinculadas al rumbo que tomó España en el siglo XVII, al desviarse del camino que venía recorriendo con las otras naciones europeas.

Cuando en dicho siglo comenzó propiamente una historia cultural hispanoamericana, España ya se había aislado de Europa. Encerrada en sí misma detrás de los Pirineos, había decidido vivir de espaldas a la filosofía y a la ciencia que habían fundado Descartes y Galileo [...] Nuestra anormalidad filosófica fue, pues, una consecuencia de la anormalidad histórica de la madre patria¹⁷.

¹⁵ Rafael María Carrasquilla (1857-1930). Religioso, educador y escritor colombiano. Llamado el “decano de la intelectualidad conservadora”, ocupó la rectoría del Colegio Mayor del Rosario por casi cuarenta años (1891-1930). Durante este tiempo dictó sus cursos de Teología Moral, la rama más estratégica de la teología católica de la Contrarreforma. Fundador de la *Revista del Colegio Mayor del Rosario* (1905), cuyo lema *Nova et Vetera* (“Siempre antiguo, siempre nuevo”), fue el órgano oficial de la filosofía neotomista en Colombia. Autor de *Metafísica*. Este importante personaje de la vida intelectual colombiana gustaba decir que sus tres únicos títulos de honor eran: pureza tomista, patriotismo republicano e hidalguía hispana. Añadamos un dato significativo: siendo estudiante de derecho en esta institución –entonces bajo la rectoría de monseñor José Vicente Castro Silva–, Gutiérrez Girardot ocupó el puesto de jefe de redacción de la *Revista* entre 1949 y 1950. Allí publicaría algunos de sus primeros artículos.

¹⁶ Rubén Sierra Mejía. “Temas y corrientes de la filosofía colombiana en el siglo XX” en *Ensayos filosóficos*. Bogotá: Colcultura, 1978, p. 94.

¹⁷ Danilo Cruz Vélez. “Nuestro pasado filosófico” en *Tábula Rasa*. Bogotá: Planeta, 1990. De más hondo calado sociológico para intentar comprender el sustrato religioso que orienta el período de formación del joven Gutiérrez Girardot, resultan las consideraciones del historiador Jaime Jaramillo Uribe. Más que haber “decidido vivir de espaldas a la filosofía y a la ciencia”, Jaramillo explica el aislamiento de España como una consecuencia de la absoluta fidelidad a su tradición religiosa y su consecuente hostilidad a los sentimientos e ideas propias del capitalismo moderno y sus estructuras políticas y religiosas, “más o menos correlativas, como el Estado liberal democrático y el protestantismo”. Afirma que mucho antes que Nietzsche, Tocqueville o Stuart Mill, los directores del Imperio español “tuvieron el presentimiento de la crisis social y espiritual del mundo moderno”. Aunque intentaron abrirse a las nuevas tendencias, representadas por la fuerza expansiva de

No resulta extraño entonces el “auge neotomista” que dos siglos después, en estrecha colaboración con el Vaticano, insiste en mantener a Colombia alejada de las corrientes del pensamiento moderno. Era la consecuencia de la recalcitrante e inamovible ideología conservadora que bajo el signo de una “cruzada” contra el espíritu materialista y positivo de los tiempos, buscaba la restauración de aquella catolicidad sobre la que se asentaba, según ellos, los cimientos que habían dado fisonomía a nuestra nacionalidad.

Desde otro punto de vista, como ha señalado Gutiérrez Girardot, la *regeneración moral y espiritual* también buscaba preservar el sistema de privilegios y desigualdades sociales de una élite fuertemente jerarquizada, que al identificar la “sustancia de la nacionalidad colombiana” con su religiosidad y con ciertos elementos de la cultura de la hacienda en su versión señorial, es decir, al “identificar la nación colombiana con un sistema patriarcal de explotación, al cual se le *da carácter definitivo y sagrado*” se la estaba dotando, por eso mismo, de una “función de resistencia frente a cualquier impacto de la historia”¹⁸.

Desmontar la diversidad de manifestaciones de aquella mentalidad jerárquica y tradicionalista que sofocaba cualquier tentativa de cambio, cualquier apertura hacia la nueva situación espiritual surgida en Europa luego de la Primera Guerra Mundial fue la tarea emprendida por la Reforma universitaria de 1935 y por el programa económico, político y cultural emprendido por la “República Liberal”.

País de tercos hábitos retroprogresivos, no tardaría en verificarse, sin embargo, el resurgimiento de una nueva cruzada conservadora contra las tentativas de cambio iniciadas por el liberalismo y su “Revolución en marcha” (1930-1946), reacción que situaba al país –nuevamente– en el horizonte de expectativas de una *modernidad postergada*, para decirlo con el título del libro del filósofo Jaramillo Vélez. Incapaces de solucionar los graves problemas sociales y políticos que potenciaban un descontento que pronto encontraría su salida en una incontenible ola de violencia partidista conocida como “La Violencia” (cuyas consecuencias persisten en la actual sociedad colombiana), los liberales son sucedidos en el poder por el partido conservador en un período (1946-1953) que pese a su brevedad (ocho

las formas de vida del hombre sajón –“eso fue lo que intentaron los “heterodoxos” españoles, que ensayaron europeizarla desde las postrimerías del siglo XVIII”–, nunca lo lograron cabalmente. “El tipo espiritual que se había acuñado en la Península era tan firme, tan específico, que al fin prevaleció sobre todo elemento ajeno a su propia esencia”. Se plantea así el problema de la “independencia” espiritual del hombre americano, hijo de esta “anormalidad” peninsular pero enfrentado a la necesidad de romper esta tutoría secular y formarse como ser autónomo, moderno a la manera “occidental” (Jaime Jaramillo Uribe. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Editorial Temis, 1964, pp. 140-141).

¹⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “La literatura colombiana en el siglo XX”, en *Manual de historia de Colombia*, tomo III. Bogotá: ICC, 1984, 463. Subrayado mío.

años), terminaría precipitando al país en uno de los períodos más oscuros de su historia. Al primer gobierno conservador de Mariano Ospina Pérez (1946-1950) sucede el nacionalista-católico Laureano Gómez (1950-1953), depuesto por el golpe militar del general Rojas Pinilla en un desesperado intento por frenar el sangriento desorden social.

Amparado en aquella práctica que entiende el ejercicio político como un problema moral, el programa político de Laureano Gómez –segunda manifestación de una misma concepción retroprogresiva que bajo el lema de la Regeneración iniciara el Presidente Rafael Núñez (1880)– puede definirse en términos de oposición: de férrea y destructiva oposición al liberalismo y sus tentativas de secularización, tolerancia religiosa y libertad de conciencia. Con tono misional lanzó al país hacia una irreparable polarización ideológica, mientras sembraba los cimientos de una república hispano-católica y nacionalista, restauradora de la moral, la autoridad y las jerarquías tradicionales, en otras palabras, radicalmente antimoderna. Al igual que Núñez en el siglo XIX, Laureano Gómez hizo de la Iglesia su instrumento. A tal efecto, en 1948, la universidad pública fue intervenida por el gobierno y prácticamente derogado el estatuto orgánico que la regía desde 1935, entregando la dirección de la educación pública a la Iglesia. Pero no solo la Iglesia: entre sus idearios se encuentra la España del general Francisco Franco. Tomando como ejemplo la Guerra Civil Española, el belicoso Laureano Gómez encontró en la “tremenda lección de España” la justificación para emprender no solo sus duros ataques al “Frente Popular” colombiano –expresión de las alianzas del liberalismo con la izquierda, al que identificaba con el que acompañó la II República española (1931-1939)–, sino para fundamentar su propósito de restablecer el orden de una república católica: “Como en los tiempos más tenebrosos, los colombianos estamos citados a una lucha suprema *pro aris et focis*”¹⁹ [Por nuestros altares y nuestros hogares], palabras que eran un llamado a la guerra santa contra las amenazas de los “malos hijos de Colombia” –no una guerra civil, que como escribe el profesor Gómez García, “implicaría una necia atención al contenido social que la podría eventualmente caracterizar”–, bajo cuyo sagrado propósito encontraba justificación las violentas arengas de Laureano Gómez: “[...] y nosotros no podemos menos, en cumplimiento de un deber elemental, que aceptar esa declaración y tenemos que prepararnos para la guerra no solo como una cosa lícita, sino como una imperativa necesidad del momento que nos ha

¹⁹ Palabras de Laureano Gómez (*La tradición ante la barbarie*, 1934), citadas en: Juan Guillermo Gómez García. *Colombia es una cosa impenetrable*. Bogotá: Diente de León, 2006, pp. 78-79.

tocado”²⁰. Su propósito de “poner en ejecución un programa corporativista-católico de cuño hispánico”, basado en “la rebelión restauradora de Franco”, esto es, en el renacer de la propiedad, la familia, la corporación, la Patria y la Iglesia, deja en evidencia un fenómeno cuyas similares expresiones en Europa pueden ayudarnos a comprender las características ambigüedades ideológicas manifestadas por Gutiérrez Girardot y sus compañeros de generación. Nos referimos al surgimiento del fascismo –adaptando, por supuesto, la explicación de un complejo fenómeno mundial a la especificidad de la sociedad colombiana– y a dos de sus causas: en primer lugar, a “la crisis del liberalismo y su incapacidad de responder al desafío que significó la revolución comunista”, es decir, a los retos planteados por las demandas de unas masas proletarias en constante crecimiento y frente a las cuales el liberalismo claudicó a favor del “fascismo” y en segundo lugar, al mencionado fenómeno denominado “simultaneidad de lo no simultáneo” (Ernst Bloch)²¹, expresión de las agudas e irreconciliables posiciones ideológicas que caracterizaron el devenir de la sociedad colombiana durante los años de formación de nuestro ensayista.

Esta situación, definida por la sociología como “modernización parcial”, fue el presupuesto que, por un lado, posibilitaría la recepción de la actitud crítica y reaccionaria hacia la modernidad que informa los inicios de su trabajo intelectual en Colombia, y, por el otro, se constituiría en una de las condiciones de posibilidad de su posterior recepción del pensamiento moderno. Particular coyuntura histórica que encontraría en el abierto enfrentamiento ideológico entre liberales y conservadores las causas de aquella “Revolución en la tradición” con la que el propio Gutiérrez Girardot definiría el “paso de cangrejo” que ha caracterizado la evolución política y cultural de la nación colombiana: un “afán de progreso que no adelanta”, la apertura de “nuevos caminos paradójicos, que a la vez que abrían nuevos horizontes concluían en los caminos de siempre”, como sintetizaría este período años más tarde, en su magistral ensayo sobre literatura colombiana²².

Teniendo a la vista las múltiples interacciones de este complejo contexto socio-político y cultural podemos adentrarnos ahora en el estudio de las diversas facetas sobre las que se fundamenta el período de formación en Colombia del estudiante Rafael Gutiérrez Girardot: es el campo sobre el cual (a pesar de la escasa documentación) puede intentarse una cabal comprensión de su ámbito familiar, de las amistades, lecturas e inclinaciones

²⁰ *Ibid.* p. 76.

²¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “La oligarquía...”, *loc. cit.* p. 8.

²² Rafael Gutiérrez Girardot. “La literatura colombiana en el siglo XX” en *Manual de historia de Colombia*, tomo III. Bogotá: ICC, 1984, pp. 534-535.

intelectuales durante su época universitaria, así como su fugaz tentativa de participación política. Pero sobre todo, de su manifiesta inclinación por el ideal católico de la *Hispanidad* y por figuras como Ortega y Gasset, Miguel Unamuno o Julián Marías, entre otras, ideal que lo llevaría a encontrar en estos entrañables valores una guía segura para enfrentar la crisis nacional y mundial –ideológicamente cifrada en la fuerza disolvente de la cultura francesa– que atraviesa este primer período de su biografía vital e intelectual. Lo manifiestan los artículos escritos por el joven estudiante durante este período, cuyo análisis abordaremos más adelante a la luz del bosquejo histórico trazado en las páginas anteriores.

Su salida para Madrid en octubre de 1950 parece confirmar esta fugaz vocación “hispanista”. Paradójicamente, sería en España donde encontraría su verdadera vocación hispanoamericana, confirmándose así la sentencia del peruano José Carlos Mariátegui: “Partimos al extranjero en busca no del secreto de los otros sino en busca del secreto de nosotros mismos” (1928).

1.1.1. “Cuatro años millonarios...”

Rafael Gutiérrez Girardot nació en Sogamoso el 5 de mayo de 1928, una ciudad peculiar del departamento de Boyacá que por su clima, su situación de puerta de entrada a los llanos orientales y por ser una ciudad de tradición liberal se diferencia de las demás poblaciones de este departamento. Refiriéndose a esta última circunstancia –muy significativa en el contexto de aquellos años–, escribe el filósofo colombiano Rubén Jaramillo Vélez:

Como me lo decía su compañero de infancia, mi amigo y muy estimado profesor Carlos Patiño Roselli, las pocas familias conservadoras de Sogamoso eran por entonces, en efecto, la de Gutiérrez y la del propio Patiño. Su padre se llamaba Rafael María Gutiérrez. Era un dirigente del partido conservador, abogado y senador de la República²³.

Esta circunstancia puede ayudarnos a comprender no solo el origen de sus primeras inclinaciones políticas y religiosas, sino la causa de la temprana desaparición de su padre: “A los cuatro años pasé a Tunja porque mataron a mi padre. Por razones políticas. Él era jefe

²³ Rubén Jaramillo Vélez. “En la muerte de Rafael Gutiérrez Girardot”. Ibagué: *Aquelarre* 8, segundo semestre 2005, p 8.

conservador y para hacer la mayoría en el Congreso mataron a dos. A mi padre y a otro de Chiquinquirá. Entonces quedó la mayoría liberal en el Parlamento” (1-2000)²⁴.

“Razones políticas” que menciona en una carta a su gran amigo Gonzalo Sobejano²⁵, donde evocando a su padre, recuerda que por “razones semejantes [...] asesinaron a Calvo Sotelo²⁶, por quien sentí simpatía política cuando siendo estudiante de derecho descubrí que a los dos los unía biográficamente su carrera política y parlamentaria, –mi padre fue jefe destacado del conservatismo en el parlamento– e ideológicamente sus posiciones frente al problema social”²⁷ (RGG a Sobejano. Bonn, 19/8/1990)²⁸, palabras que también pueden ayudarnos a rastrear el origen de las preocupaciones sociales que tanto en el ámbito de la reflexión –sus trabajos sobre sociología de la literatura, por poner un ejemplo–, como en el aspecto ético y personal manifestaría a lo largo de su vida, como lo confirma una referencia a su abuelo materno: “Él me lo enseñó todo [...] al tiempo que me inculcó una fuerte conciencia de solidaridad social”²⁹. Este personaje, evocado en diversas ocasiones por nuestro ensayista con elocuentes manifestaciones de amor y gratitud, será quien en ausencia del padre se encargará de su formación espiritual. En la misma carta a su amigo Sobejano, afirma: “no fue mi padre [...] quien acuñó mi mente, sino mi abuelo materno, quien murió cuando yo tenía 8 años” (*Ibid*). Elocuentes en este sentido son las respuestas del ensayista

²⁴ Estas declaraciones forman parte de las doce conversaciones (inéditas) sostenidas por Rafael Gutiérrez Girardot con su amigo y compatriota, el doctor Mario Correa Tascón entre los años 2000 y 2005. En adelante se citan, entre paréntesis en el texto, así: (Nº de la conversación-año). Ver Bibliografía: Trabajos de Rafael Gutiérrez Girardot / Conversaciones. Listado completo de estos amistosos encuentros.

²⁵ Gonzalo Sobejano (1928). Poeta, crítico literario y profesor de literatura española. Es uno de los hispanistas españoles más destacados en el ámbito internacional. Radicado en los Estados Unidos desde 1963, ha sido profesor en las universidades de Pittsburg, Pennsylvania y Columbia (New York). Su larga y entrañable amistad con Gutiérrez Girardot comenzó en Alemania, donde se conocieron en 1957. Libros: *Nietzsche en España* (1967), *La novela española contemporánea: 1940-1995. Doce estudios* (2003), entre otros. Experto en *La Regenta* de Leopoldo Alas, ha coordinado la edición magistral de la Editorial Castalia.

²⁶ José Calvo Sotelo (1893-1936). Político español, líder de la extrema derecha y del partido monárquico *Renovación Española*, fue un férreo opositor del gobierno de la II República. Su asesinato, en represalia por la muerte del teniente Castillo fue uno de los detonantes que daría comienzo a la Guerra Civil Española.

²⁷ En una entrevista, Gutiérrez Girardot cuenta cómo durante su período estudiantil en Bogotá descubrió al político español: “Visitaba la *Librería Hispania* con el propósito de enterarme de las publicaciones jurídicas españolas, como el *Tratado de derecho civil* de Eneccerus, Kip y Wolf, y allí encontré un libro de José Calvo Sotelo sobre la expropiación por causa de utilidad pública. Con el mismo tema se doctoró mi padre. Me interesó su vida y supe que había sido asesinado por motivos políticos. Era, como mi padre, jefe de la derecha española”. María A. Mosquera y Patricia Tobón Ricaurte. “Rafael Gutiérrez Girardot, prólogo conservador y epílogo en la izquierda (1928-2005)”. Medellín: *Babel* 11, febrero/diciembre 2009, p. 39.

²⁸ La correspondencia de Gutiérrez Girardot (inédita) se cita entre paréntesis en el texto, así:

- Cartas de Rafael Gutiérrez Girardot: (RGG a Apellido del destinatario. Ciudad, dd/mm/aa).

- Cartas a Gutiérrez Girardot: (Apellido del remitente a RGG. Ciudad, dd/mm/aa).

Ver Bibliografía: Trabajos de Rafael Gutiérrez Girardot / Correspondencia. Listado completo de los correos.

²⁹ Zamir Bechara. “Conversación con Rafael Gutiérrez Girardot” (“años noventa”). Barcelona: *Quimera* 259-260, julio/agosto, 2005, p. 74.

colombiano a dos preguntas del “Cuestionario Proust”, en cuya simbólica brevedad se encuentra expresada la importancia de que abuelo tendría en esta época fundamental de su vida: “¿Cuál ha sido para usted la mayor desgracia? La muerte de mi abuelo” y “¿Cuál es su recuerdo más querido? Mi infancia”,³⁰ período del cual ha dejado hermosas evocaciones en algunas entrevistas:

Yo tuve la infancia más bella que puede tener una persona, que fue el hecho de que como huérfano de padre, mi abuelo materno se hizo cargo de mí y me dedicó las veinticuatro horas del día. Entonces él me enseñó en Boyacá a leer, a montar a caballo, los nombres de las piedras, de las plantas, me enseñó a pensar racionalmente, me protegió y me enseñó a que me protegiera por mí mismo. Ese es el capítulo más bello de mi vida. Con esos logros estaba en capacidad de aportar cualquier cosa³¹.

Con la familiaridad de una intimidad compartida, confiesa a Sobejano en la carta citada: “después de la muerte de mi abuelo me sentí y fui huérfano en realidad. Pero esa orfandad hace más bello el recuerdo de la infancia feliz: un breve tiempo consciente con mi padre, cuatro años millonarios con mi abuelo” (*Ibid.*). Es lo que quiere expresar la dedicatoria de su libro *Horas de estudio*, primera antología de ensayos preparada por el propio Gutiérrez Girardot: “A Juan de Dios Girardot in memoriam, mi abuelo, mi maestro, mi camarada”³².

También acompaña su primera formación la atmósfera religiosa que tradicionalmente ha orientado la vida familiar en Colombia, como puede leerse en la misma carta a Sobejano, donde al evocar ciertas experiencias compartidas le dice no atribuir las tanto a la generación común (ambos nacieron en 1928) como a

la cultura familiar y religiosa común. Y cuando hablas de tu poema a la Virgen, recordé tu bello artículo sobre la devoción mariana de Clarín y naturalmente mi devoción de adolescente a una Virgen que se veneraba (y hacía milagros, naturalmente) en un santuario cerca de mi ciudad natal [...] en la ceremonia de mi bautizo me “consagraron” a la Virgen de Monguí (*Ibid.*).

Una devoción religiosa que todavía en 1949, a los 21 años de edad, le permite describir como “hambrienta de inmortalidad” la “tendencia” de la última generación de poetas

³⁰ Debo este dato a la generosidad de Bettina Gutiérrez Girardot, hija del ensayista, quien puso a nuestra disposición la entrevista (inérita) realizada a su padre por Rodrigo Zuleta, en la ciudad de Bonn (años noventa).

³¹ Rubén Jaramillo Vélez, Juan Carlos Celis Ospina y Carlos Sánchez Lozano. “El partido liberal: es una mentira que está en crisis permanente. Diálogo con Gutiérrez Girardot” (1997). Medellín: *Babel* 11, febrero/diciembre 2009, p. 10.

³² Rafael Gutiérrez Girardot. *Horas de estudio*. Bogotá: ICC, 1976.

españoles³³. Confundidas en su ejercicio, resultaba difícil –a pesar de los esfuerzos de secularización emprendidos por el liberalismo durante las décadas del 30 y del 40–, escapar a la férrea ligazón que persistía en someter, como si se tratase de una servidumbre natural, el ámbito artístico a consideraciones religiosas.



Rafael Gutiérrez Girardot. *Horas de estudio* (1976)

Luego de la muerte de su abuelo, se traslada con su familia a Bogotá. Allí ingresa al Seminario de La Candelaria, donde será víctima de diversos tipos de discriminación, experiencia colegial que agudizará su sensibilidad social y determinará sus posteriores críticas a la sociedad “señorial” colombiana.

En el seminario había una violenta discriminación social. Como yo era de Boyacá, entonces los bogotanitos me decían que yo era “piojoso” [...] me humillaron en el seminario. El seminario de Bogotá era para aristócratas, que no admitían gentes de otras provincias, de otros departamentos. A mi eligieron porque mi madre tenía un

³³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Seis poetas españoles de la generación actual: Agustín de Foxa, José Alfaro, Luis Rosales, Dionisio Ridruejo, Federico Muelas y José García”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* N° 421-425, agosto/diciembre 1949, p. 469.

amigo que era miembro de no sé qué... Pero me humillaron porque yo llevé al Seminario la cobija de mi padre que le habían hecho a él especialmente, que era lo único que me quedaba de él. Pero como yo era de Boyacá y llevaba una cobija que no era inglesa, entonces me humillaron en cierta forma (1-2000).

Una problemática que abordaría años después en diversos lugares de su obra, y de modo ejemplar en su ensayo “Estratificación social, cultura y violencia en Colombia”, excelente análisis sociológico del “cuadro” de José María Vergara y Vergara titulado “Las tres tazas” (chocolate, café y té), “tres modas y sus formas correspondientes de sociabilidad” que sirven a Gutiérrez Girardot para mostrar el estilo pretencioso y “abultado”, presente en el peculiar “cosmopolitismo provinciano” de la invitación a la taza de té, que la moda inglesa introdujo en la sociedad capitalina alrededor de 1865, expresión de la aparición del “nuevo patriciado” bogotano, clase emergente que solo satisfacía su afán de ascenso social aristocrático cuando “compraba a altos precios en un almacén con nombre inglés”, mientras invitaban a su casa, como escribe Vergara y Vergara, a muy “pocas personas de lo más europeo que les era posible”³⁴. Sirva esta breve anotación para mostrar cómo en la base de algunos de los análisis histórico-sociológicos de Gutiérrez Girardot se encuentra una experiencia vital cuya “huella” –imperceptible en un ensayo–, puede ayudarnos a comprender los orígenes de algunas de sus polémicas observaciones alrededor de las relaciones entre literatura y sociedad.

Nacido en el campo, educado en los valores que hemos descrito, era apenas natural que sufriera un duro choque al encontrarse con una Bogotá en conflictivo proceso de crecimiento urbano y movilidad social.

Para mí hay cosas que fueron fundamentales [...] pasaba navidades en el campo y bailaba la música colombiana con las campesinas. Yo era un campesino, en cierto sentido y cuando yo volvía a Bogotá y mi madre, que tenía aspiraciones aristocráticas de la mierda [...] entonces era mal visto saber bailar pasillos y era mal visto tener ruana... Esa es mi vieja patria, mejor dicho, eso es una actitud (7-2002).

³⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “Estratificación social, cultura y violencia en Colombia”. Manizales: *Aleph* 112, enero/marzo 2000, pp. 12-14. Los antecedentes de aquella aspiración “aristocrática” observada por Gutiérrez Girardot en el Seminario de Bogotá aparecen estudiados en el capítulo “Las ciudades burguesas” (apartado “La cotidiana imitación de Europa”), de la clásica obra de José Luis Romero *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, donde el historiador argentino registra el “comportamiento sofisticadamente ostentoso” del nuevo estilo de vida de la rica burguesía ciudadana, la cual –en abierta oposición a las formas provincianas de vida existentes hasta entonces, “adquirió humos aristocráticos y llegó a convencerse de que poseía *alcurnia*” (José Luis Romero. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1999, pp. 341-342).

Más adelante, en esta misma conversación con Mario Correa, lo dirá aún más explícitamente:

Yo me siento patriota de todos los que han sido excluidos [...] Esa es nuestra patria, esa es nuestra gente. Resignada, amable, alegre, servicial, humillada, muy humillada. Esa es mi gente, esa es mi patria. Los demás, ricos del Jockey Club, del Club de los Lagartos, para mí no son de mi patria [...] los llamo “gringos sin pasaporte”, ellos están fuera del país, para ellos el país no existe (*Ibid*).

Fáciles en su formulación amistosa, hondamente sentidas, patéticamente elocuentes, las opiniones aquí citadas –si se quieren entender en su verdadera significación– deben confrontarse en su adecuado contexto: los textos de nuestro ensayista. Es lo que justifica que las transcribamos aquí; lo que explica nuestra referencia a las “Las tres tazas” de Vergara y Vergara. Solo en esta confrontación reflexiva adquiere sentido la presente tentativa biográfica³⁵.

1.1.2. Los años universitarios (1947-1950)

Universitario en Bogotá, Madrid y Friburgo; profesor él mismo en la Universidad de Bonn, la larga y entrañable vinculación de Gutiérrez Girardot con la Universidad se inicia en 1947 cuando de manera simultánea comienza en Bogotá estudios de derecho en el Colegio del Rosario y de filosofía en la Universidad Nacional de Colombia, dos instituciones que encarnaron la ambigua orientación recibida por el joven estudiante durante este período de su formación, toda vez que ambas representaron los contrapuestos idearios que en el contexto político de aquellos años, alimentarían el agresivo enfrentamiento entre el férreo tradicionalismo del bando conservador –en el poder entre 1880 y 1930– y las tendencias reformistas y modernizadoras adelantadas por el liberalismo luego de su ascenso al poder en 1930, inicio de la llamada República Liberal (1930-1946).

³⁵ Es el ámbito ético y vital que nos ayuda a contextualizar sus beligerantes ataques a la figura de Álvaro Mutis, por poner un ejemplo. El mismo Gutiérrez Girardot, por otro lado, en alguna conversación con Mario Correa a propósito de su ensayo “Entre la retórica y la transparencia: dos poetas colombianos: Álvaro Mutis y Aurelio Arturo” (Manizales: *Aleph* 119, octubre/diciembre 2001, pp. 2-46), le explica que si se ha decidido a escribir sobre Mutis “desde el punto de vista sociológico” es porque desde este enfoque “se puede decir muy bien lo siguiente: que él es un aspirante a aristócrata en un país que todavía sigue siendo para él un país de sembradores, de peones y él, el señorito, que eso es característico de la sociedad bogotana [...] yo puedo decir lo que es cierto” (2-2000).

A) Colegio Mayor Ntra. Sra. del Rosario (Estudios de derecho)

En el “bando” tradicionalista del ideario conservador puede incluirse el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, donde el joven estudiante iniciaría sus estudios de derecho. Fundada en 1653 por los dominicos, esta prestigiosa institución pasaría a convertirse, gracias al Real privilegio concedido por Carlos III en 1768 –al igual que los seis Colegios Mayores de España–, en “Colegio de Estatuto”, continuando así, en América, la tradición universitaria de Salamanca. Con la excepción del entonces rector, Monseñor José Vicente Castro Silva³⁶, a quien Gutiérrez Girardot evocará cuarenta años después por el homenaje que en 1949 tributara a Goethe³⁷ con motivo del bicentenario de su nacimiento – osada lección que “aún hoy” continúa vigente para los que empeñadamente “siguen creyendo que es posible relacionar la afición a lo Menéndez Pelayo por algunos clásicos latinos con la exigencia humanista de libertad de pensamiento”³⁸–, con esta sola y amable excepción, Gutiérrez Girardot será implacable en sus evocaciones del Colegio. Con áspero tono recordará en otro artículo algunos lugares del edificio, “el breve zaguán, oscuro y español, es decir, mezquino” y con agrio humor aquella “feligresía devota de tomistas recalitrantes [...] cauda de *rosaristas* de sacristía, castidad aguardientosa y sirvientera y humanismo malamente gramatical [...] coro mantecoso de canónigos que entonces balbuceaban con rutina y pedantería violeta [...]”. También, el día que conoció la oficina del rectorado, cuando solicitó su ingreso a la Facultad y que volvería a pisar “cuando fui nombrado jefe de redacción de la *Revista del Colegio Mayor del Rosario*”³⁹, publicación donde aparecerían la mitad de los artículos escritos por Gutiérrez Girardot en estos años.

³⁶ José Vicente Castro Silva (1885-1968). Eclesiástico, educador y escritor colombiano. Rector del Colegio durante 38 años (1930-1968).

³⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Bicentenario del nacimiento de Goethe”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* N° 421-425, agosto/diciembre 1949, p. 488.

³⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Tradición republicana y cosmopolitismo” en *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Bogotá: Temis, 1989, p. 346.

³⁹ *Ibid.*, pp. 345-346. A propósito de este trabajo, refiere en una de sus conversaciones con el doctor Correa Tascón: “Yo era director de la *Revista del Rosario* y me interesaba mucho el intercambio con las universidades de España, y había profesores de derecho conocidos que vivían en Madrid, como Luis Legaz y Garzón Valdés, que eran especialistas en Kelsen. Entonces yo entré en relación, por intercambio, con revistas españolas [...] por ejemplo, Legaz Lacambra me mandó sus libros” (3-2000). Luis Legaz Lacambra (1906-1980). Destacado jurista español, catedrático de filosofía del derecho y rector de la Universidad de Santiago de Compostela. Recibió el doctorado Honoris causa de la Universidad de Coímbra. Ernesto Garzón Valdez (1927). Filósofo argentino. Ha ejercido la docencia en las cátedras de filosofía del derecho, filosofía moral y filosofía política. Doctor Honoris Causa por las Universidades de Córdoba, Valencia (España) y Helsinki, entre otras. Hans Kelsen (1881-1973), jurista, filósofo y político austriaco, encargado del diseño de la Constitución de su país (1920). Luego de la Segunda Guerra Mundial se traslada a los Estados Unidos, donde enseñará en las Universidades de Harvard y Berkeley. Autor de obras fundamentales como *De la esencia y valor de la*

El interés de esta generación por los estudios jurídicos responde al hecho de que antes de la fundación del Instituto de Filosofía era la carrera más afín, si no la única, para aquellos interesados en el ámbito de las humanidades. Como señala Jaramillo Vélez, se trató de una “circunstancia peculiar y común a los primeros filósofos colombianos el provenir del cultivo de las disciplinas jurídicas y la profundización en la filosofía del derecho”, que tanta importancia tendría –especialmente esta última–, en el pensamiento posterior de Gutiérrez Girardot. Testigos de las dramáticas circunstancias universales que culminarían en la Segunda Guerra Mundial, es una generación que durante su etapa de formación asiste al ascenso del fascismo europeo y a un acontecimiento de hondas repercusiones en Hispanoamérica: la Guerra Civil Española y la posterior dictadura franquista. De aquí el nacimiento de esta preocupación práctica; una preocupación moral que impregnaría la actitud de una generación que asistía al desmoronamiento de todos los valores de una tradición que era preciso defender y conservar⁴⁰.

En el Colegio del Rosario Gutiérrez Girardot se relaciona con algunos estudiantes de derecho que tenían “pretensiones literarias”, como Marco Fidel Chávez y Carlos Torres de León, pero que según sus palabras “no trascendieron”. Al primero de ellos, sin embargo, dedicará unas palabras en un artículo breve titulado “Dos poetas colombianos actuales: Fernando Arbeláez y Marco F. Cháves”⁴¹. Aunque más adelante nos ocuparemos de sus artículos, quisiéramos aprovechar estas anotaciones para introducir uno de los rasgos más destacados dentro del conjunto de trabajos escritos por Gutiérrez Girardot durante su período de formación en Colombia: su constitutiva ambigüedad. Fructífera oscilación que le permitirá aquí, nuevamente –al igual que en su valoración sobre los “Seis poetas españoles de la generación actual”⁴², recurrir a las instancias de un ámbito cristiano en disolución, evocado por el ensayista con sentida nostalgia, revelándonos al paso el horizonte y los futuros alcances de sus lecturas de estudiante universitario: ya se trate de los poetas españoles –a quienes coloca en la línea de Unamuno, “el caballero de la fe loca”– o de los “Dos poetas colombianos actuales”, a quienes aplica las sentencias de Novalis utilizadas por Heidegger para demostrar que “a la poesía se le confiere el privilegiado derecho de nombrar

democracia (1920) y *Teoría general del Estado* (1925), ha sido considerado uno de los principales teóricos de la democracia del siglo XX.

⁴⁰ Rubén Jaramillo Vélez. “Introducción de la filosofía moderna en Colombia” en *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá: Argumentos, 1998, pp. 105-106.

⁴¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Dos poetas colombianos actuales: Fernando Arbeláez y Marco F. Cháves”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 426, enero/febrero 1950, pp. 107-108.

⁴² Rafael Gutiérrez Girardot. “Seis poetas españoles...”, *loc. cit.* p. 469.

a Dios”, la comparación señala la temprana soltura con la que Gutiérrez Girardot empezaba a moverse dentro de un ámbito de pensamiento diferente del español, fluctuación señalada por el crítico colombiano Moreno Durán, quien afirma que “si la Universidad Nacional le abre las puertas de la filosofía moderna y estimula su espíritu de disidencia, la Universidad del Rosario pretende encerrarlo en las celdas de la escolástica al tiempo que busca doblegar sus ímpetus”⁴³, escenario de una tensión ideológica que el propio Gutiérrez Girardot dejaría plásticamente expresado años después, en una de sus conversaciones con su amigo colombiano: “En el Rosario era obligatorio ser tomista pero yo fui muy rebelde, entonces introduje ahí filosofía moderna” (1-2000), palabras que confirman la constitutiva ambigüedad que caracteriza los años tempranos de su formación estudiantil.

B) Universidad Nacional de Bogotá (Estudios de Filosofía)

Más decisivo que su paso por el claustro rosarista será su simultáneo ingreso en el recién creado Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional de Bogotá, institución fundada en 1945 por Rafael Carrillo y Danilo Cruz Vélez, quienes junto con Cayetano Betancurt, serían sus primeros maestros⁴⁴.

Es de justicia reconocer que fueron Rafael Carrillo y Danilo Cruz Vélez quienes introdujeron la filosofía moderna en Colombia. Ciertamente es que la obra de Luis Eduardo Nieto Arteta *Lógica, fenomenología y formalismo jurídico* (1942) merece una mención en cualquier recuento sobre este capítulo de la historia de la filosofía en Colombia, pero no es menos cierto que esa obra fue conocida por muy pocos, y que su efecto e influencia no es comparable a la que tuvo la fundación del Instituto de Filosofía, anexo a la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional⁴⁵.

⁴³ Rafael Humberto Moreno Durán. “El magisterio...”, *op. cit.* p. 12.

⁴⁴ “La *llegada* de las modernas ciencias sociales a Colombia y a la Universidad Nacional [años 60] tienen dos antecedentes remotos: primero, la Escuela Normal Superior fundada en la década de los treinta del siglo XX; y, segundo, la creación de tres institutos en la Universidad Nacional, bajo la rectoría del abogado Gerardo Molina (1944-1948), prueba inequívoca de la institucionalización de estas ciencias en Colombia: el Instituto de Filosofía (1945), el Instituto de Ciencias Económicas (1946), ambos adscritos a la Facultad de Derecho, y el Instituto de Psicología (1948), dependiente de la Facultad de Medicina” (Mauricio Archila [*et al.*]. *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006, p. 29). Rafael Carrillo Luque (1907-1996), abogado y filósofo, considerado el “pionero de la filosofía moderna en Colombia”. Autor de *El ambiente axiológico de la teoría pura del derecho de Kelsen* (1944); Danilo Cruz Vélez (1920), abogado y filósofo. Entre sus libros, cabe destacar *Nueva imagen del hombre y la cultura* (1948), *Filosofía sin supuestos: de Husserl a Heidegger* (1970), *El Mito del Rey Filósofo: Platón, Marx y Heidegger* (1982) y *El misterio del lenguaje* (1995); Cayetano Betancurt (1910-1982), abogado, filósofo y escritor. Profesor de filosofía del derecho en varias universidades bogotanas y fundador de la revista *Ideas y Valores* (1951) del Instituto de Filosofía. Autor de una *Introducción a la filosofía del derecho* (1952).

⁴⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “La introducción de la filosofía moderna en Colombia” en *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Bogotá: Temis, 1989, p. 308. Luis Eduardo Nieto Arteta (1913-1956). Realizó estudios de derecho y ciencias políticas en la Universidad Nacional de Bogotá, período en el que militó en la Unión Izquierdista Revolucionaria (UNIR), liderada por Jorge Eliécer Gaitán. Ocupó diferentes cargos en el gobierno. Autor de: *La interpretación de las normas jurídicas*, exposición crítica de la obra de Hans Kelsen y *El café en la sociedad colombiana* (1956).

Más allá de la precariedad existente o las “fragilidades” de los libros de los fundadores –*El ambiente axiológico de la teoría pura del derecho de Kelsen* (1944), de Carrillo y *Nueva imagen del hombre y la cultura* (1948) de Cruz Vélez–, estos “Adanes” intentaban sentar medidas para superar el “autodidactismo inevitable no solo en ellos, sino en el país”, posibilitando de este modo el surgimiento de “una ciencia creadora, una filosofía que no fuera simple reproducción y comentario, sino que se enfrentara crítica y hermenéuticamente –se trata de lo mismo– a las corrientes del pensamiento contemporáneo [...] en vez de considerarlas como dogmas sucesivos”⁴⁶. Esto implicaba un programa basado en la disciplina y el rigor, que hiciera posible la gestación de un clima favorable a la regularización y profesionalización de la actividad intelectual en el país.

A la gestación de este clima contribuyeron decisivamente las mencionadas indagaciones de Nieto Arteta y Rafael Carrillo en torno a la filosofía del derecho, a las que cabría añadir la *Introducción a la filosofía del derecho* (1952), de Cayetano Betancurt, texto al que Gutiérrez Girardot dedica una breve reseña en donde muestra cómo su aparente limitación (la obra fue escrita antes de 1940), en realidad constituye una destacable cualidad, pues además de estar a la altura de las más recientes investigaciones del moderno pensamiento filosófico jurídico sirve para ilustrar una “etapa de la historia cultural de Colombia y de su desarrollo al compás de las inquietudes universales”⁴⁷. Una de estas “inquietudes”, referida a la obra del jurista Hans Kelsen –estudiado intensamente por todos ellos–, constituye una influencia tan decisiva como la representada por Ortega y Gasset en el campo de la filosofía. En oposición al “iusnaturalismo católico” del derecho tradicional, Kelsen elabora una teoría positiva o “iuspositivismo”, que expondrá en su libro *La teoría pura del derecho* (1935), obra fundamental en la modernización del derecho y que tanto contribuirá a la formación de los pioneros del quehacer filosófico en Colombia.

La favorable coyuntura reformista impulsada por la “República liberal” (1930-1946) será decisiva en el proceso de *normalización*⁴⁸ de la actividad y del pensamiento filosófico

⁴⁶ *Ibid.*, p. 309

⁴⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Una biblioteca de autores colombianos”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 44, agosto 1953, p. 219-220.

⁴⁸ Con esta expresión –utilizada por Francisco Romero (1891-1962) en sus “Palabras a Manuel García Morente sobre la normalidad de la filosofía” (1934)–, el filósofo argentino se refería al establecimiento en los países hispanoamericanos de una actividad filosófica (publicaciones, actividades académicas, congresos, conferencias, etc.) que superando la solitaria dedicación de unos pocos, se insertara dentro del normal desenvolvimiento de las demás actividades del intelecto. Todavía en 1985 Gutiérrez Girardot puede poner en duda la existencia de una presunta “normalidad filosófica” en Colombia, no así la validez del programa trazado por los fundadores del Instituto de Filosofía (1947): “posibilitar una ciencia creadora, una filosofía que no fuera

en Colombia. Como en el resto del continente hispanoamericano, dichas transformaciones – industrialización, crecimiento urbano y la consecuente destrucción de las viejas formas de vida provinciana– traerían cambios decisivos en la concepción del quehacer filosófico, que a partir de las décadas del 40 y del 50 dejaría de ser considerada como ornamento u ocupación de teólogos, para convertirse en ejercicio profesional, incluso en “actividad oficial y burocrática universitaria”, concentrando sus esfuerzos alrededor de dos cuestiones fundamentales:

La pregunta por el hombre y sus productos culturales, y la pregunta por el sentido de lo que la historiografía hispanoamericana y europea habían llamado, empírica e irreflexivamente, el Nuevo Mundo. Las obras de Francisco Romero y de Edmundo O’Gorman son representativas cumbres de estas dos orientaciones⁴⁹.

También, por supuesto, las nuevas corrientes de pensamiento surgidas luego de la Primera Guerra Mundial, así como la obra de algunos escritores europeos y latinoamericanos, amalgama de fuentes diversas que el historiador Jaime Jaramillo Uribe describe en términos de un implícito enfrentamiento entre partidarios políticos, como era habitual en el contexto colombiano de aquellos años:

Los grupos de vanguardia del liberalismo estuvieron fuertemente influidos por la obra de los escritores peruanos José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, el mexicano José Vasconcelos y el filósofo español José Ortega y Gasset, que *encontraba también eco en la juventud conservadora*. El pensamiento conservador recibía el influjo de la Acción Francesa y de escritores como Carlos Maurras y Mauricio Barrès, del nacionalsocialismo alemán y del fascismo de Benito Mussolini, de la derecha española y de sus líderes intelectuales Ramiro de Maeztu, José María

simple reproducción y comentario, sino que se enfrentara crítica y hermenéuticamente –se trata de lo mismo– a las corrientes del pensamiento contemporáneo [...] en vez de considerarlas como dogmas sucesivos” (Rafael Gutiérrez Girardot. “La introducción de la filosofía moderna en Colombia”, en: *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*, Bogotá: Temis, 1989, p. 308).

⁴⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Literatura y sociedad en Hispanoamérica”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 224-225, agosto/septiembre 1968, p. 590. Francisco Romero (1891-1962). Filósofo argentino. Considerado uno de los pioneros de la filosofía moderna en Hispanoamérica. Libros: *Palabras a García Morente* (1935), *Los problemas de la filosofía de la cultura* (1938), *Sobre la historia de la filosofía* (1943), entre otros. Justo un año después de su arribo a Madrid, aparece un artículo de nuestro estudiante titulado “Reflexión sobre Francisco Romero” (Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 23, septiembre/octubre 1951, pp. 271-273), reseña de Gutiérrez Girardot sobre el libro de Romero *El hombre y la cultura* (1950). - Edmundo O’Gorman (1906-1995). Filósofo e historiador mexicano. Autor de *Fundamentos de la historia de América* (1942), *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947), *La idea del descubrimiento de América* (1951) y *La invención de América* (1958), obras fundamentales en la consolidación de una nueva mirada sobre la historiografía hispanoamericana. A todos ellos Gutiérrez Girardot dedicará, como veremos más adelante, atentas lecturas y reflexiones poco tiempo después, durante su período de estudios en la capital española, a donde viaja en 1950. Quehacer programático, a este el proceso de “normalización” también se sumaría el trabajo del filósofo mexicano Leopoldo Zea (1912-2004), autor de *La filosofía como compromiso y otros ensayos* (1952), *América como conciencia* (1953), etc..

Calvo Sotelo y José Antonio Primo de Rivera⁵⁰. En cuanto implicaba una renovación tecnológica, siguiendo una tradición con antecedentes en el siglo XIX, el partido conservador, entonces en la oposición, daba una relativa aceptación a la reforma [de 1935], pero la rechazaba en cuanto significaba una renovación en la orientación filosófica, política y social⁵¹.

En mayor o menor medida, esta confluencia de corrientes y autores van a determinar los trabajos elaborados por Gutiérrez Girardot en su “período nacional”, evidenciando en su conflictiva confluencia ideológica la polarización de un período caracterizado por similares tensiones sociales y políticas. De aquí que no resulte gratuito encontrar en la figura de Ortega no solo el padre tutelar de esta generación sino el símbolo que mejor expresa, en virtud de su constitutivo liberalismo –que también resonaba *en la juventud conservadora*– las señaladas ambigüedades propias de su período de formación en Colombia.

Como era natural, “la política educativa y el espíritu de la reforma universitaria eran calificadas de materialistas y ajenas a la tradición espiritualista y cristiana del país, punto de vista que también compartía la Iglesia”⁵². Un breve recuento de la educación recibida por uno de los fundadores del Instituto, Rafael Carrillo, puede ayudarnos a comprender no solo el ambiente existente en las décadas previas a su fundación, sino cómo una educación hostil al pensamiento moderno dejaba en el interesado por la filosofía solo una posibilidad: la formación autodidacta, “mística” estudiantil que se constituiría en el verdadero antecedente

⁵⁰ José Carlos Mariátegui (1894-1930). Ensayista peruano. Autor de *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), considerado uno de los grandes teóricos del marxismo en Hispanoamérica. - Víctor Raúl Haya de la Torre (1895-1979). Pensador y político peruano. Fundador de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) y líder histórico del Partido Aprismo peruano, el más longevo y el de mayor consistencia orgánica de la política del Perú. Es reconocido como uno de los ideólogos más importantes de la política latinoamericana. - José Vasconcelos (1882-1959). Filósofo y político mexicano. Autor de *La Raza Cósmica* (1925). Fue rector de la UNAM, secretario de Educación Pública, candidato a la presidencia y gestor de una incansable labor educativa. - José Ortega y Gasset (1883-1955). Filósofo español. Considerada una de las figuras decisivas de la historia del siglo XX español. Ejerció una notable influencia en el desarrollo del pensamiento Hispanoamericano a través de la *Revista de Occidente* (1923) y de su extensa obra ensayística y filosófica. - Carlos Maurras (1868-1952). Político y escritor francés. Fundador e ideólogo del movimiento monárquico y tradicionalista *Action Française* (Acción Francesa); Mauricio Barrès (1862-1923), escritor francés de tendencia conservadora y ferviente nacionalismo, autor de *Sangre, voluptuosidad y muerte* (1894). - Benito Mussolini (1883-1945). Dictador italiano, fundador del fascismo y aliado de Hitler durante la Segunda Guerra Mundial. - Ramiro de Maeztu y Whitney (1875-1936). Ensayista español, perteneciente a la llamada Generación del 98. Vinculado al movimiento regeneracionista, su periplo intelectual va desde la inicial inclinación europeísta, expuesta en su libro *Hacia otra España* (1899), hasta *Defensa de la Hispanidad* (1934), apología de la tradición y del catolicismo como caminos para la regeneración española. Murió asesinado al inicio de la Guerra Civil. - José Antonio Primo de Rivera (1903-1936). Político español. Hijo del dictador Miguel Primo de Rivera. Fundador y líder de la Falange Española. Murió fusilado por el gobierno de la II República en el curso de la Guerra Civil Española. Como veremos más adelante, Gutiérrez Girardot recibió diferentes influencias de casi todos estos autores.

⁵¹ Jaime Jaramillo Uribe. “El proceso de la educación, del Virreinato a la época contemporánea” en *Manual de historia de Colombia*, tomo III. Bogotá: ICC, 1984, pp. 330-331. Subrayado mío

⁵² *Ibid.*

de la fundación del Instituto de Filosofía. Como recuerda Carrillo, los textos para el estudio de la filosofía en el bachillerato, escritos por tomistas –la *Lógica* de Julián Restrepo Hernández⁵³ y la *Metafísica* de Rafael María Carrasquilla–, no solo “carecían de poder de incitación” sino que se caracterizaban por una fuerza que “tendía al desvío de esa ocupación”.

Ya después, cuando viajé a Bogotá [1929] constaté que había una Facultad de Filosofía y Letras, adscrita a un colegio, donde se estudiaba únicamente filosofía confesional, de un confesionalismo recalcitrante. Luego, cuando ingresé a estudiar Derecho a la Universidad Nacional, la cátedra de filosofía estaba regentada por el padre José Alejandro Bermúdez (1886) que dictaba su clase teniendo como guía el texto de Cathrein. Era una Filosofía del Derecho de tipo escolástico. Además se enseñaba y se aprendía de memoria. No había reflexión, ni análisis de ninguna clase, no se daba la crítica ni la contradicción⁵⁴.

De este modo, la apertura iniciada por aquellos autodidactos sería la encargada de crear los prepuestos sobre los cuales la Reforma universitaria de 1935 pudo abrir las puertas a nuevas corrientes de la ciencia y del pensamiento: “movimientos de ideas como el marxismo, existencialismo, el psicoanálisis, las nuevas doctrinas del derecho público francés, la filosofía del derecho alemán, la filosofía fenomenológica y existencial, antes vedados o desechados por conservadurismo y rutina, hicieron su aparición en las aulas”⁵⁵.

Por lo que toca al estudio de las lenguas clásicas, esenciales para el acercamiento a los maestros de la filosofía griega y latina e inevitablemente relacionadas con la tradición de aquel célebre “humanismo” colombiano cuya fama llevó a Menéndez Pelayo a llamar a Bogotá la “Atenas suramericana” (1892), el mismo Gutiérrez Girardot denuncia su “pomposa esterilidad”, no solo por la deficiente formación sino porque “no se le había dado una función dentro de la universidad”. Latín y griego fueron en la sociedad señorial colombiana atributos que dieron lustre a sus poseedores, ejercicios que como en los casos de Miguel Antonio Caro o Guillermo Valencia, por poner dos ejemplos ilustres, constituyeron una “simple veneración”. El Instituto de Filosofía se propuso “dar una función al estudio de

⁵³ Julián Restrepo Hernández (1871-1919). Escritor colombiano. Autor de *Lecciones de antropología*.

⁵⁴ Carlos Sánchez Lozano. “Entrevista a Rafael Carrillo” en Juan Guillermo Gómez, Bettina Gutiérrez Girardot, Rodrigo Zuleta (eds.). *Caminos hacia la modernidad: homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*. Frankfurt am Main: Vervuert, 1993, pp. 30-31. Victor Cathrein (1845-1931). Jesuita suizo. Filósofo del derecho. Autor de *Filosofía del derecho: el derecho natural y el positivo* (1926).

⁵⁵ Jaime Jaramillo Uribe. “El proceso de la...”, *op. cit.* p. 334. Un dato que nos ayuda a comprender la importancia del psicoanálisis en estos años puede verse en la encuesta realizada en 1945 por Agustín Yáñez “acerca de los libros fundamentales de nuestra época. De acuerdo con los resultados, Sigmund Freud es uno de los autores imprescindibles en la biblioteca de un hombre culto de nuestro tiempo. En *Al filo del agua* están movilizadas sus ideas, sobre todo las expuestas en *El malestar de la cultura*” (Agustín Yáñez. *Al filo del agua* (ed. Arturo Azuela). Madrid: Colección Archivos, 1996, pp. 246-247).

estas lenguas: la de servir de instrumento indispensable para el estudio de la filosofía”⁵⁶, atención que también se extendería a otras lenguas que “o no se habían enseñado hasta ahora en Colombia, como la alemana, o que se habían enseñado con mediocre criterio escolar, como la francesa o la inglesa”⁵⁷. Como señala Moreno Durán a propósito del *pensum* del Instituto de Filosofía y Letras, “se le daba particular importancia a los idiomas, pues a las diez asignaturas propias de la carrera se añadía el estudio de cinco idiomas: griego, latín, alemán, inglés y francés”⁵⁸.

Entre los filósofos y pensadores que más influencia ejercieron en este período destaca sin lugar a dudas la figura de Ortega y Gasset, tanto por su propia obra como por la invaluable labor de divulgación acometida por la *Revista de Occidente* (1923), esfuerzo editorial que incluye innumerables traducciones de textos de filosofía, ciencia e historia, que será decisiva a la hora de evaluar la recepción del pensamiento y de la filosofía moderna – especialmente alemana– en los países hispanoamericanos. Escribe el filósofo mexicano Samuel Ramos en su *Historia del pensamiento filosófico en México* (1943)⁵⁹:

De España y por obra de la voluntad de Ortega, llegaron a nuestra América las doctrinas filosóficas que justificaban y daban calidad filosófica a la meditación sobre la realidad americana. Ortega y Gasset vino [...] a resolver el problema (el de la posibilidad de una filosofía que enfocase la realidad mexicana) mostrando la historicidad de la filosofía en *El tema de nuestro tiempo*. Reuniendo estas ideas con algunas otras que había expuesto en las *Meditaciones del Quijote*, aquella generación mexicana encontraba la justificación epistemológica de una filosofía nacional⁶⁰.

Pero no solo de una “filosofía nacional”. Como señala Zea, con Ortega y las publicaciones de la *Revista de Occidente*, “toda la América Latina entraba en posesión de los nuevos hechos, de las nuevas ideas y de una filosofía que mostraba la circunstancialidad de las soluciones filosóficas, la historicidad de todo lo humano”⁶¹. Que la ocupación con Ortega absorbía en aquellos años la atención de los pioneros de la filosofía moderna en Colombia queda patente en la respuesta de Rafael Carrillo a la pregunta por la diferencia entre el pensamiento de Zubiri y Ortega: “La única obra de Zubiri que he leído es la titulada

⁵⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “La introducción...”, *op. cit.* p. 308.

⁵⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “La literatura colombiana...”, *op. cit.* p. 534.

⁵⁸ Rafael Humberto Moreno Durán. “El magisterio...”, *op. cit.* p. 12.

⁵⁹ Samuel Ramos (1897-1959). Filósofo mexicano. Director y Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Autor, entre otros, de *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934), su libro más destacado, *Estudios de estética: ensayo sobre Diego Rivera* (1935), *Más allá de la moral de Kant* (1938), *Hacia un nuevo humanismo* (1940), *Historia de la filosofía en México* (1943).

⁶⁰ Citado en Leopoldo Zea. *La filosofía como compromiso de liberación*. Caracas: Ayacucho, 1991, p. 273.

⁶¹ *Ibid.*

Espíritu, Naturaleza, Dios (sic)⁶². Las otras obras no las he leído [...] por ello no debo entrar en una comparación con José Ortega y Gasset, cuya obra *he leído en su totalidad*⁶³. En relación con la “portentosa” gestión de difusión editorial realizada por el pensador del Escorial, baste citar algunos de los datos consignados por Cayetano Betancurt, testigo de excepción y otro de los pioneros de quehacer filosófico en Colombia:

De un catálogo de los autores que cita [Ortega], tomando en cuenta solamente a los escritores y pensadores de un siglo para acá, cuya vigencia Ortega reconocía e imponía, podemos discernir, mal contados, unos 60 españoles, 80 franceses, 35 ingleses, contra 150 alemanes. Y la Biblioteca de la *Revista de Occidente*, hasta la fecha en que Ortega deja de inspirarla realmente, muestra una proporción de escritores germánicos todavía más crecida [...] hoy comprendemos que esos libros de la *Revista de Occidente* eran, en general, los que más nos convenían como guía certera de acceso al pensamiento moderno⁶⁴.

Nadie podía escapar al “fervor de una generación aguijoneada por un brujo como aquél”, pues incluso un crítico tan implacable como Gutiérrez Girardot –en su período colombiano fiel seguidor de Ortega pero posteriormente, su más acérrimo contradictor– no dejará de reconocer 40 años después, que “frente a lo que había en Colombia, que era monseñor Rafael María Carrasquilla, la *Revista de Occidente* era una liberación absoluta, pues no había otras”, lo que no evita que a renglón seguido afirme que si bien fue una liberación, “no significa que sea filosóficamente sostenible, sino al contrario; esa liberación nos costó muchísimo porque nos trajo charlatanería y simulación”⁶⁵. Sin embargo, para los intelectuales colombianos que por aquel entonces iniciaban su andadura por el pensamiento moderno, aquel primer contacto con los alemanes les enseñaba una cosa: “que ha muerto en nosotros la *escolástica* [...] la *escolástica* como mamotreto, como esquema muerto, como enseñanza y aprendizaje estáticos, firmes, indubitables, pétreos”⁶⁶, en último término, las abiertas posibilidades para una reflexiva transformación.

De las temáticas y autores introducidos por Ortega y la *Revista de Occidente* destaca Betancurt aquel método historicista “hasta entonces desconocido entre nosotros”, consistente en presentar autores e ideas “dentro de una época, en un contexto histórico”, acercamiento que posibilitaría la elaboración de una filosofía capaz de enfocar la propia realidad, presente

⁶² Se trata del libro *Naturaleza, Historia, Dios*, publicado en 1945. La errata es elocuente.

⁶³ Carlos Sánchez Lozano. “Entrevista a...”, *loc. cit.*, p. 32. Subrayado mío.

⁶⁴ Cayetano Betancurt. “El mundo alemán a través de la *Revista de Occidente*”. Bogotá: *Eco*, Tomo III/4, agosto 1961, p. 406-407.

⁶⁵ Numas Armando Gil. “Un filósofo enemigo de formar escuela” (Entrevista). Barranquilla: *Revista dominical*, El Heraldo, 27 diciembre 1987, p. 5.

⁶⁶ Cayetano Betancurt. “El mundo alemán...”, *loc. cit.* p. 411.

en obras como *Perfil del hombre y la cultura en México* (1934) de Samuel Ramos, quien reconoce la influencia que en sus preocupaciones ha tenido el historicismo de Ortega y Gasset y con él, “todo el historicismo alemán [Dilthey, Spengler, Toynbee, etc.] que el filósofo divulgó en la *Revista de Occidente*”⁶⁷, o en el *Ensayo de una ontología del mexicano* (1949), de Emilio Uranga⁶⁸, quien se sirve del existencialismo para desentrañar el ser del hombre americano en relación con su situación concreta y con su particular legado histórico.

Derivadas del historicismo también aparecieron algunas obras que en el campo de la historiografía (*Estudio de la historia* de Arnold Toynbee) o de la sociología (los trabajos de Dilthey, de Ortega o de libros como la *Sociología del saber* (1926) de Max Scheler, la *Sociología del conocimiento* (1925) de Karl Mannheim o *Lujo y capitalismo* (1921) de Werner Sombart), sirvieron de instrumental para desentrañar el sentido de la realidad americana como parte de la cultura de Occidente, autores que muy pronto veremos citados en los trabajos de Gutiérrez Girardot escritos tanto en España como durante su período de estudios en Alemania, en la ciudad de Friburgo (1953-1956) y que junto con otros autores decisivos, reseñaría posteriormente Leopoldo Zea en un artículo reveladoramente titulado “La filosofía como instrumento de comprensión y toma de conciencia”⁶⁹. La imagen final trazada por Cayetano Betancurt deja al descubierto el entusiasmo de aquella generación ante las posibilidades que el pensamiento alemán difundido por Ortega ofrecía como “instrumento de comprensión y toma de conciencia”, parafraseando la precisa definición elaborada por Leopoldo Zea:

Libros precisos, rigurosos, esclarecedores, de esos que marcan una época y se hacen también clásicos para el espíritu [...] fueron ante todo *El origen del conocimiento moral y la psicología* (1889), de Franz Brentano, *La lógica y la fenomenología de la voluntad* (1921), de Alejandro Pfänder [...] Textos de honesta propedéutica a la filosofía de serios profesores alemanes, modelos de exposición y de exigente saber, son la *Introducción a la filosofía* (1931), de Aloys Müller, la *Teoría del conocimiento* (1929), de Hessen, la *Historia de la filosofía* (1931), de Augusto Messer. De tres grandes maestros alemanes publicó la *Revista de Occidente* obras de mayor aliento. La *Sociología* (1908), de Georg Simmel, junto con sus sutiles y maravillosos ensayos estéticos [...] Otra fue la monumental *Investigaciones lógicas* (1929), de Husserl, apenas ahora vertida al francés, y los cinco o seis libros de Max Scheler que, como *El*

⁶⁷ Leopoldo Zea. *La filosofía como..., op. cit.* p. 152.

⁶⁸ Emilio Uranga (1921-1988). Filósofo mexicano. Influido por la escuela filosófica de José Gaos. Entre sus obras destacan: *Ensayo de una ontología del mexicano* (1949), *Análisis del ser mexicano* (1952), *El pensamiento filosófico* (1962).

⁶⁹ Leopoldo Zea. *La filosofía como..., op. cit.* p. 154.

resentimiento en la moral (1927) y *El puesto del hombre en el cosmos* (1929), nadie puede olvidar⁷⁰.

Como señala Carrillo en la citada entrevista, el mismo Betancurt adaptó para sus clases de lógica el mencionado texto de Pfänder, “editado por la *Revista de Occidente* y compuesto bajo la influencia de la fenomenología. Así se introdujo en la universidad, por primera vez en su historia, una lógica fenomenológica”⁷¹.

De las grandes figuras de la filosofía contemporánea que despertaron el entusiasmo de los estudiantes por aquellos años, destaca Carrillo los nombres de Husserl y Heidegger. “En Alemania, por ejemplo, era tanto el furor por estos autores que los estudiantes de la Universidad de Göttingen tenían un *himno fenomenológico* que salían cantando después de cada clase de Husserl”⁷². No resulta extraño que en medio de esta apertura y debido al entusiasmo de sus fundadores, tanto Carrillo como Cruz Vélez decidan viajar a Europa a comienzos de la década de los cincuenta, aquel a Basilea, para escuchar las lecciones de Karl Jaspers y Cruz Vélez a la Universidad de Friburgo de Brisgovia, donde a partir de 1952 reiniciaría Heidegger su labor docente luego del veto aliado al que fuera sometido en 1945. Huellas que seguiría nuestro joven estudiante, quien luego de casi tres años de experiencia estudiantil abandona Madrid para asistir, entre 1953-1956, a los seminarios del célebre filósofo en Friburgo. A este respecto y preguntado por los cambios que esta experiencia académica pudo haber generado en el rumbo intelectual del estudiante colombiano, afirma su maestro Rafael Carrillo:

Cuando Gutiérrez Girardot se fue a estudiar a Alemania ya se había iniciado en la filosofía heideggeriana, gracias a las clases del Instituto de Filosofía que él frecuentaba. Cabe decir también que las traducciones de filósofos alemanes publicadas por la Biblioteca de la *Revista de Occidente* contribuyeron a esta iniciación. No se trató pues de un cambio en él, sino de una continuación de ese cambio.

Una “iniciación” que su viejo maestro destaca con elogiosas palabras: “Recuerdo su interés insobornable por la filosofía y recuerdo su información filosófica a su edad: información o erudición que logró, por su seriedad y autenticidad, desconcertar a sus profesores y condiscípulos”⁷³, reveladoras palabras que más allá de señalar una mera

⁷⁰ Cayetano Betancurt. “El mundo alemán...”, *loc. cit.* pp. 413-414. Buena parte de estos libros fueron traducidos del alemán para la *Revista de Occidente* por el filósofo español José Gaos antes de partir hacia su exilio mexicano, en 1939.

⁷¹ Carlos Sánchez Lozano. “Entrevista a...”, *loc. cit.* p. 31.

⁷² *Ibid.* p.31.

⁷³ *Ibid.* p. 30-32.

acumulación de conocimiento libresco, evocan la temprana manifestación de una auténtica vocación intelectual, la misma que le permitirá, según confiesa en una entrevista, no solo comenzar a leer su primer libro en alemán, *La filosofía europea contemporánea*⁷⁴, sino realizar su primera traducción en este idioma (tenía veinte años), confirmando la fidelidad a la sentencia heideggeriana según la cual, “la filosofía habla en alemán”⁷⁵.

Paralelo a aquella “iniciación” heideggeriana –evidencia ejemplar de la impronta germánica dejada en el joven estudiante por el Instituto de Filosofía, que ya nunca lo abandonaría– aparecen los antecedentes de su futuro viaje a Madrid, a donde irá con el propósito, “entre otros, de asistir a los cursos de Zubiri”. Según confiesa en una entrevista, “cuando estudiaba filosofía en Bogotá, había leído el libro de Xavier Zubiri, *Naturaleza, Historia, Dios*, que me pareció más sólido y realmente más filosófico, más asible, por así decir, que los ensayos de Ortega y Gasset, que nunca cumplían lo que prometían”⁷⁶, viaje que estaría corroborando la importancia que el ámbito español tenía para el joven ensayista y que como ya señalamos, constituye (junto con el alemán) la precisa geografía intelectual de este primer momento de su biografía intelectual.

Otros autores españoles ocuparían la atención de nuestro ensayista en aquellos años estudiantiles en Bogotá, destacándose los nombres de Unamuno, Eugenio D’Ors, Pedro Laín Entralgo, así como los poetas Luis Rosales, Leopoldo Panero, José María Valverde, entre otros. La filosofía, sin embargo, sigue ocupando el centro de sus intereses, destacándose, además de los filósofos señalados, los nombres de Manuel García Morente, así como dos brillantes discípulos de Ortega: José Gaos y Julián Marías⁷⁷.

⁷⁴ No hemos encontrado ninguna referencia de este libro.

⁷⁵ Se trata del artículo del filósofo y teólogo Joseph M. Bochensky (1902-1995) titulado “El tomismo moderno” (Bogotá: *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* 418-420, mayo/julio 1949, s/p.).

⁷⁶ Zamir Bechara. “Conversación con...”, *loc. cit.* p. 75. Xavier Zubiri (1898-1983), filósofo español, discípulo de Husserl y Heidegger. Considerado por Gutiérrez Girardot el “fruto más original” del magisterio orteguiano y el único capaz de confrontar las enseñanzas de su célebre maestro. Autor de *Naturaleza, Historia, Dios* (1947) e *Inteligencia Sentiente: Inteligencia y Realidad* (1980), entre otros títulos. Las principales valoraciones de Gutiérrez Girardot sobre Zubiri, que estudiaremos más adelante, se encuentran en su artículo “Julián Marías en el horizonte de la filosofía” (Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 15 octubre 1950, p. 1), donde ya aparecen, a pesar de su simpatía por Ortega, los primeros cuestionamientos en torno a la influyente obra del Pensador del Escorial.

⁷⁷ Manuel García Morente (1886-1942). Filósofo y traductor español. Ha publicado *Introducción a la filosofía* (1917) y *Fundamentos de Filosofía* (publicada póstumamente, en 1967), de carácter divulgativo. Son célebres sus traducciones de la *Crítica del juicio* (1914) y la *Crítica de la razón práctica* (1918), de Kant, las *Investigaciones lógicas*, de Husserl, así como *La decadencia de Occidente*, de Spengler, entre otros títulos. - José Gaos (1900-1969). Filósofo español. Discípulo de Ortega y García Morente. Autor de una variada y prolífica obra filosófica entre la que se destaca *El pensamiento hispanoamericano* (1944), *Introducción a la fenomenología* (1960), entre otros. De su ingente labor como traductor de filosofía alemana, sobresalen los nombres de Hegel, Scheler, Husserl, Kierkegaard, Fichte, Heidegger, etc. Vivió en México desde 1939 hasta su

Con respecto al ámbito hispanoamericano, a los nombres de los mexicanos Samuel Ramos y Emilio Uranga, mencionados por Leopoldo Zea, Cayetano Betancurt añade otros pensadores que comenzaron a circular en el ambiente universitario de la capital colombiana: Francisco Romero, Victoria Ocampo, García Maynez y Wagner de Reyna⁷⁸, quienes también iniciaron su formación al amparo de las obras publicadas por la editorial de la *Revista de Occidente*. Deja Betancurt para el final de su artículo los nombres de otros españoles que a partir de los años veinte también empezaron a sentir, ya a través de su magisterio directo, ya a través de sus publicaciones, la influencia de Ortega en España. Toda una generación entre los que destacan Pedro Laín Entralgo, José L. Aranguren, Gómez Arboleya⁷⁹, así como los “transterrados” García Bacca, María Zambrano, José Gaos, Francisco Ayala, etc.⁸⁰, personalidades que luego de la Guerra Civil desempeñaron un papel determinante en el desarrollo del pensamiento en Hispanoamérica, especialmente en México.

En Colombia, además de los mencionados Rafael Carrillo, Danilo Cruz Vélez, Luis Eduardo Nieto Arteta y del propio Cayetano Betancurt, recibieron los influjos de estas suscitaciones Germán Arciniegas, Naranjo Villegas y Jaramillo Uribe⁸¹, entre otros, una

muerte. -Julián Marías (1914-2005). Filósofo español. Considerado el discípulo más renombrado de Ortega, con quien co-fundaría el Instituto de Humanidades (1948). Entre sus libros destacan su *Historia de la filosofía* (1941), prologada por Zubiri, con epílogo de Ortega y Gasset y *El método histórico de las generaciones* (1949), obras publicadas por la *Revista de Occidente*.

⁷⁸ Victoria Ocampo (1890-1979). Intelectual y promotora cultural argentina. Fundadora de la revista *Sur* (1931), que junto a la *Revista de Occidente* jugaría un papel decisivo en la difusión del pensamiento europeo contemporáneo. García Maynez (1908-1993). Jurista y filósofo del derecho mexicano. -Rodrigo Alberto Wagner de Reyna (1915-2006). Diplomático, abogado, historiador y filósofo peruano. Discípulo de Heidegger y autor de *La Ontología Fundamental de Heidegger: su motivo y significación* (1945), uno de los primeros trabajos en español sobre el filósofo alemán. Consagró su existencia al servicio de la cultura y de la política exterior peruana. Considerado uno de los representantes más destacados del existencialismo cristiano en América Latina. Entre sus obras cabe destacar y *La filosofía en Iberoamérica* (1949). Tradujo a Santo Tomás de Aquino y Martín Heidegger.

⁷⁹ Pedro Laín Entralgo (1908-2001), médico y ensayista, autor de *España como problema* (1949). José Luis Aranguren (1909-1996), filósofo. Sus trabajos sobre ética ejercieron una notable influencia, en especial los libros *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* (1952) y su *Ética* (1958). Enrique Gómez Arboleda (1910-1959) filósofo y uno de los pioneros de la sociología en España, profesor de Gutiérrez Girardot en el Instituto de Estudios Políticos de Madrid.

⁸⁰ Juan David García Bacca (1901-1992). Filósofo y traductor español. Luego de su paso por Ecuador y México, fija su residencia definitiva en Caracas donde funda el Instituto de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela. María Zambrano (1904-1991). Filósofa española. Discípula de Ortega y Zubiri. Su exilio la llevará a Cuba, México, Puerto Rico y Europa. Autora de: *Hacia un saber del alma* (1934), *El hombre y lo divino* (1953) y *Persona y Democracia: Una historia sacrificial* (1958), entre otros. Francisco Ayala (1906-2009). Escritor y ensayista español. Durante su exilio vivió en Buenos Aires, Puerto Rico y los Estados Unidos. De su abundante obra mencionemos *La cabeza del cordero* (1949), *Muertes de perro* (1958) y el libro de ensayos *La invención del Quijote* (1950), etc.

⁸¹ Germán Arciniegas (1900-1999). Político, historiador y ensayista colombiano. Autor de *Biografía del Caribe* (1945). Abel Naranjo Villegas (1910-1992). Abogado y sociólogo colombiano. Estudió filosofía en Buenos Aires con García Morente y Francisco Romero. Autor de *Ilustración y valoración: una filosofía de la educación* (1952), “José Ortega y Gasset en Colombia” (1956), etc. Jaime Jaramillo Uribe (1917). Historiador

nómina no muy amplia pero que bastó para iniciar en el país, en la medida de sus posibilidades, el desarrollo profesional y autónomo de algunas disciplinas como la filosofía, la sociología, el derecho, la historia, etc. En un eufórico y quizá excesivo balance sobre aquella “trasvasación de la cultura alemana a los odres hispánicos”, Betancurt llega a comparar la labor de Ortega con

la labor que Cicerón y sus sucesores realizaron del mundo cultural griego a los moldes latinos. Roma recibió la filosofía griega, a su manera tal vez la empobreció, pero permaneció fiel a sus más hondos destinos. Así nosotros, leales a nuestra más *íntima realidad espiritual*, estamos recogiendo esencias filosóficas de las “nieblas germánicas” [Ortega], todo con el fin de que se asegure y se acreciente el haz de luz que cae sobre nuestra actual humanidad⁸².

Si las tentativas de modernización social y política emprendidas por el liberalismo encontraron su oposición en la decidida contraofensiva reaccionaria interpuesta por el partido conservador, de manera similar los anhelos de “iluminación” filosófica implícitos en la “trasvasación” del pensamiento alemán a nuestro entorno cultural encontraron un límite en aquella lealtad a una *realidad espiritual* donde hallaron sustento las “homologías” estructurales que posibilitaron a una sociedad provinciana y tradicionalista como la colombiana absorber el secular reaccionarismo hispánico que habría de determinar el lento y contradictorio proceso de *normalización* que acompaña la historia espiritual de Colombia durante el siglo XX. No podía el joven Gutiérrez Girardot escapar a una situación que habría de manifestarse en su primera producción escrita, expresión de las oscilaciones surgidas del encuentro entre su arraigo a la tradición hispánica y la simultánea apertura al pensamiento moderno, ambigüedades que nos ayudan a evaluar en su adecuado contexto el marcado carácter reaccionario de estos trabajos pero también las latentes incitaciones de una concepción modernizadora absorbida durante su período de formación en Colombia.

colombiano. Realizó estudios de sociología e historia en la Sorbona. Considerado el padre de la historia en Colombia, fundó en la década del 60 el Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, así como el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Autor de *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (1963), entre otros títulos.

⁸² Cayetano Betancurt. “El mundo alemán...”, *loc. cit.* p. 409. Subrayado mío. Nada muestra mejor el cambio de actitud operado por estos precursores en relación a la generación anterior que las palabras (1912) del escritor colombiano Luis María Mora (1869-1936), quien partiendo de la elemental pero entonces muy socorrida metáfora de que lo latino es claridad y oscuro todo lo septentrional, escribió: “No ama [Baldomero Sanín Cano] la literatura sencilla, clara, transparente, de los pueblos que se bañan en las ondas azules del Mediterráneo, sino que se embebe en las lucubraciones oscuras de los pensadores del Norte, y en las figuras abstractas de los dramas escandinavos [...] Los escritos de Sanín Cano gozan de un privilegio singular, y es que nadie los discute, o porque nos parecen muy abstractos los autores que comenta, o porque nadie los conoce ni los conocerá jamás” (Rafael Maya. *Baldomero Sanín Cano*. Medellín: Granamérica, 1973, p. 24). Teniendo a la vista la “falsa antítesis *claridad latina y tinieblas septentrionales*” utilizada por Mora, las palabras de Betancurt representan la más explícita y decidida declaración de apertura intelectual.

Una de las instancias más sensibles a los efectos de estas tensiones fue la universidad, institución que a pesar de las profundas reformas llevadas a cabo por la ley de 1935, no pudo escapar al retroceso general que los nuevos gobiernos conservadores imprimieron al devenir de la Nación. Con el ascenso a la presidencia de Mariano Ospina Pérez (1946-1950) –en cuyo mandato se produce el asesinato de Gaitán (1948)–, esta institución empieza una acelerada involución, habida cuenta de que entre “los años de 1948 a 1957 la universidad pública fue directamente intervenida por el gobierno y prácticamente abrogado el estatuto orgánico que la regía desde 1935”⁸³. Más retrógrado aún, el gobierno de Laureano Gómez (1950-1953), pondría en manos de la Iglesia el manejo de la universidad, al restaurar la filosofía tomista en los planes de estudio. Sin embargo, la semilla sembrada por esta generación pronto daría su fruto: dos años después de finalizado el mandato de Gómez y en medio de la dictadura del general Rojas Pinilla (1953-1958), aparece la revista *Mito* (1955), aventura intelectual que representó la “mayoría de edad” de la inteligencia colombiana⁸⁴.

Los antecedentes inmediatos de este “legado intelectual” se encuentran no solo en el trabajo de aquellos curiosos autodidactas que fundaron el Instituto de Filosofía y en sus primeras promociones estudiantiles sino, además, en un hecho aparentemente menor y fortuito pero rico en consecuencias: la anexión del Instituto a la Facultad de Derecho. Que el recién creado Instituto de Filosofía empiece a funcionar en las mismas dependencias de la Facultad de derecho de la Universidad Nacional puede explicarse si se tiene en cuenta un dato ya señalado: tanto los fundadores del Instituto como los demás pioneros de la filosofía en Colombia provenían del campo de las ciencias jurídicas y la filosofía del derecho. Esta confluencia generó, en un mismo espacio el afortunado encuentro de una generación destinada a iniciar el proceso de apertura a las corrientes de la modernidad, una generación que comenzaría su período de formación en el contexto del ascenso del fascismo europeo, la Guerra Civil Española y la Segunda Guerra Mundial, mientras a nivel interno el país asistía a uno de los períodos más conflictivos de su historia social y política. Para Rubén Jaramillo Vélez esta “preferencia” por el derecho encuentra su explicación en un implícito compromiso adquirido:

Una preocupación práctica, una preocupación moral tenía necesariamente que impregnar la actividad de personas que por los años de la segunda conflagración universal accedieron a la experiencia de la filosofía en Colombia. Porque lo que

⁸³ Jaime Jaramillo Uribe. “El proceso de la...”, *op. cit.* p. 335.

⁸⁴ Para el lector interesado en el estudio de esta revista, remitimos a nuestro libro *Revista Mito; vigencia de un legado intelectual*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2010.

estuvo en juego entonces fue el destino mismo de la civilización: el fascismo significaba precisamente el sacrificio de los valores y de una tradición que la filosofía tenía también como tarea preservar⁸⁵.

Lo confirma un testigo de la época, el poeta Fernando Charry Lara⁸⁶ quien en su ensayo “La crisis del verso en Colombia”, dejaba constancia de las implicaciones que para la poesía y para las actividades de la inteligencia en general tuvo la muerte de Gaitán: “Cuando, hacia 1948, se habían advertido ya nuevos signos valiosos que reflejaban un cambio de actitud en los poetas más jóvenes con respecto a la estimación de la poesía, el país se hundió en la crisis mayor de su historia”. Para escapar de una realidad que tanto en sus vidas como en su poesía solo ofrecía “la desnudez absoluta de su amargura”, intentaron otras vías de expresión: “Sus escritos en prosa obedecen tanto a este sentimiento de pudor como a la necesidad de plantear una serie de problemas vinculados al orden práctico, cuyo cerco era inevitable, y a reflejar, en nuestra zozobra, el desasosiego universal”⁸⁷. Otro testigo de excepción, el poeta Jorge Gaitán Durán⁸⁸, también dejaría expresado lo que aquellos años significaron para él y sus compañeros de generación:

Yo tenía quince años en 1940. Durante los cinco años que siguieron fuimos lo que la guerra quiso. No alcanzamos a ponernos el uniforme, pero la propaganda modeló nuestra imagen del mundo. [...] Nos correspondió el aspecto más mediocre –también el menos peligroso corporalmente– de la pavorosa contienda. Quizá esto explique que nuestra primera reacción literaria fuera una poesía desengañada o melancólica, y nuestra primera reacción política o social una desconfianza un poco fúnebre ante cualquier orden establecido⁸⁹.

En la Universidad Nacional Gutiérrez Girardot entra muy pronto en relación con estudiantes de ambas licenciaturas. “En esa época Bogotá era pequeña⁹⁰, se facilitaba la

⁸⁵ Rubén Jaramillo Vélez. “Introducción de la...”, *op. cit.* pp. 105-106.

⁸⁶ Fernando Charry Lara (1920-2004). Abogado, poeta y ensayista colombiano. Habitual colaborador de *Mito*, formó parte del Consejo de redacción de esta revista. Miembro de la Academia Colombiana de la Lengua y del Instituto Caro y Cuervo. Autor de los poemarios *Nocturnos y otros sueños* (1949), *Llama de amor viva* (1986), entre otros títulos.

⁸⁷ Fernando Charry Lara. “La crisis del verso en Colombia” en *Lector de poesía*. Bogotá: ICC, 1975, pp. 71-72.

⁸⁸ Jorge Gaitán Durán (1924-1962). Poeta, crítico literario y ensayista colombiano. Pionero de la crítica cinematográfica en Colombia. Inició estudios de derecho en la U. Nacional sin llegar a terminarlos. Hizo parte del MRL (Movimiento Revolucionario Liberal), creado por Alfonso López Michelsen, Presidente de Colombia entre 1974-1978. Fundador, con Hernando Valencia Goelkel y Gutiérrez Girardot la revista *Mito* (1955-1962). Autor de los libros de poemas *Amantes* (1959), *Si mañana despierto* (1962) y del ensayo político *La revolución invisible* (1959), entre otros.

⁸⁹ Jorge Gaitán Durán. “El Cid y nuestra juventud” (1959) en *Obra literaria de Jorge Gaitán Durán*. Bogotá: ICC, 1975, pp. 451-452.

⁹⁰ En 200.000 habitantes estima José L. Romero la población de Bogotá a comienzos de los años 40 (*Latinoamérica: las ciudades...*, *op. cit.* p. 396).

sociabilidad estudiantil porque nos reuníamos en cafés. En el centro de vez en cuando nos emborrachábamos en alguna parte, en la 22, llevábamos una vida un poco bohemia”⁹¹. Allí conocerá al grupo de estudiantes que “de dos a siete de la noche” asistían a las clases de filosofía, algunos matriculados como Valencia Goelkel, otros que como simples asistentes compartieron las lecciones del Instituto: Jorge Gaitán Durán o su compatriota Patiño Rosselli. También conoce por estos años al poeta Fernando Arbeláez, “y si a esto agregamos que otras figuras habituales en la Facultad de Derecho eran los recién egresados abogados Pedro Gómez Valderrama⁹² y Fernando Charry Lara, podemos entender que ya en ese año el grupo *Mito* comenzó su génesis”⁹³.

En este contexto conviene resaltar la presencia de nuestro ensayista en la génesis y desarrollo de la revista *Mito*⁹⁴, a la cual enviaría, desde Alemania (entre 1956 y 1961), contribuciones sobre Nietzsche, Borges, Marx, Hegel y sobre las relaciones entre “Literatura y sociedad”, experiencia editorial que abrió una vía de acceso a una modernidad largamente postergada, vinculándolo de este modo a este complejo proceso:

Mito no fue solamente un salto adamítico. La revista delata en todas sus páginas el efecto de los impulsos renovadores que trataron de florecer a lo largo del difícil medio siglo de la literatura colombiana, desde Baldomero Sanín Cano hasta las variadas suscitaciones antecesoras que surgieron del grupo de “Cántico” o del Instituto de Filosofía, por no citar detalladamente las que habían partido de la Escuela Normal Superior (objeto de las inquinas de Laureano Gómez y sus partidarios) y de la Universidad Nacional modernizada bajo el patrocinio del primer Alfonso López Michelsen⁹⁵.

⁹¹ Rubén Jaramillo Vélez, Juan Carlos Celis Ospina y Carlos Sánchez Lozano. “El partido liberal...”, *loc. cit.*, p. 10.

⁹² Hernando Valencia Goelkel (1928-2004). Ensayista, traductor y crítico colombiano. Realizó estudios de Filosofía y letras en la U. Nacional y en Madrid, a donde viajó en compañía de Gutiérrez Girardot (1950), ambos becados por el Instituto de Cultura Hispánica. Co- fundador de revista *Mito*. Su excelente y dispersa labor crítica está a la espera de una recopilación definitiva. Carlos Patiño Rosselli (?). Lingüista colombiano. Realizó estudios en las U. Nacional de Colombia, en la Sorbona y en la U. de Munich. Fernando Arbeláez (1924-1995). Poeta colombiano. Al igual que Jorge Gaitán Durán inició estudios de derecho en la U. Nacional sin llegar a terminarlos. Publicó algunos poemas en *Mito*. Autor de la antología *Panorama de la nueva poesía colombiana* (1964) y de los poemarios *Canto llano* (1964) y *Serie china* (1979). Pedro Gómez Valderrama (1923-1992). Abogado, escritor y periodista colombiano. Colaborador habitual de la revista *Mito*, formó parte de su Consejo editorial. Muy vinculado a la política, desempeñó los cargos de ministro de Educación, Consejero de Estado, así como Embajador en la Unión Soviética y España. Autor de una importante obra cuentística, en 1977 publicó su novela *La otra raya del tigre*.

⁹³ Rafael Humberto Moreno Durán. “Gutiérrez Girardot: el magisterio de la disidencia”. Manizales: *Aleph* 134, julio/septiembre 2005, s/p.

⁹⁴ “La idea de fundar la revista *Mito* nació en Madrid en el verano de 1952. Jorge Gaitán Durán estaba en París y en ese verano pasó por Madrid, en donde nos encontrábamos Hernando Valencia, Eduardo Cote Lamus y yo con él. En 1953 yo viajé a Friburgo/Br. y Hernando Valencia y Cote Lamus regresaron a Bogotá” (RGG a Sarmiento. Bonn, 12/4/2002).

⁹⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “La literatura colombiana...”, *op. cit.* p. 535-536. Baldomero Sanín Cano (1861-1957). Docente, periodista y ensayista colombiano. Amigo de José A. Silva, es considerado el iniciador

Nadie ha señalado con tanta claridad el significado de aquella coyuntura histórica como Rafael Humberto Moreno Durán, quien verá en el ambiente y en la afortunada confluencia estudiantil de aquellos años, el paradigma de la Colombia de mediados del siglo XX:

También en 1947 deambulaba por las mismas aulas, pasillos y prados un joven estudiante de la costa Caribe, matriculado en primer año en la Facultad de derecho, llamado Gabriel García Márquez [...] También pertenecía a este cenáculo un muchacho de temple aristocrático llamado Camilo Torres Restrepo, quien algunos meses después cambiaría la toga de jurista por la sotana. No deja de ser significativo comprobar cómo en ese año, antesala del “Bogotazo”, es decir, la hora cero de La Violencia que desde entonces ha asolado a Colombia, en las aulas de derecho coincidieron el más universal de los novelistas colombianos, así como el pensador más crítico e irreconciliable [Gutiérrez Girardot] y, al margen de los códigos, el joven que tras elegir el ministerio sacerdotal abjuró de los arbitrarios preceptos de las jerarquías eclesiásticas y optó por las armas de la insurrección. Desde las aulas de la ley y el orden, estos tres hombres habrían de combatir a lo largo de sus vidas y desde ángulos diferentes un sistema social y cultural que ya en esa época les resultaba insoportable⁹⁶.

Manifestación de dicho descontento fueron sin duda las fugaces tentativas de activismo político que junto con algunos compañeros universitarios, llevaría a Gutiérrez Girardot a incursionar en la política: “Los jóvenes percibimos entonces que nuestro país no podía seguir siendo un pastel que se repartían en turno los dos partidos”, declaraciones donde amplía sus anteriores apuntes sobre el devenir urbano de mediados del siglo XX –una “pequeña” Bogotá que “facilitaba la sociabilidad estudiantil”– con un rasgo revelador de la vida cultural, de la que afirma “era mucho más rica que hoy”:

Esos años (más o menos desde el 45 hasta el 50) fueron muy fructíferos: las librerías en Bogotá eran numerosas y surtidas con ediciones españolas, argentinas, mexicanas, había una librería francesa y una europea (la Librería Central), la Radiodifusora Nacional tenía emisiones musicales y literarias de alta calidad y publicaba una revista mensual de programas y con ensayos y comentarios, que se distribuía gratuitamente. El 9 de abril la masa destruyó muchas de esas librerías y con el gobierno de Laureano

de la crítica moderna en Colombia. Colaborador de la revista *Hispania* y redactor del diario *La Nación* de Buenos Aires (1934). Miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, fue subsecretario de Hacienda durante el gobierno de Rafael Reyes (1904-1098), embajador en Inglaterra y Ministro plenipotenciario en la Argentina. Autor de *La civilización manual y otros ensayos* (1925), *Divagaciones filológicas y apólogos literarios* (1934), *Letras colombianas* (1944), *El humanismo y el progreso del hombre* (1955), etc.

⁹⁶ Rafael Humberto Moreno Durán. “Gutiérrez Girardot: el magisterio..., *op. cit.* s/p. Camilo Torres Restrepo (1929-1966). Sacerdote católico colombiano. Pionero de la Teología de la Liberación en Colombia. Inició estudios de derecho en la U. Nacional (que abandonaría) y estudios de sociología en la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica). Fue cofundador de la primera Facultad de Sociología de América Latina (1960). En 1965 ingresó en el grupo guerrillero Ejército de Liberación Nacional (ELN), donde fue muerto en combate.

Gómez [1950-1954] comenzó a desmoronarse esa vida (RGG a Sarmiento. Bonn, 8/6/2002)⁹⁷.

Fue el período que les ofreció la “posibilidad de enterarnos de lo que ocurría en el mundo. Así conocíamos las posiciones que después determinaron la guerra fría: el fascismo de Mussolini [...], la Falange española y los “marxismos”: los del Apra, Mariátegui [...]”. Suscitados por esta circunstancia y por el “clima” ideológico imperante, escribe en la misma carta:

Un grupo de estudiantes de derecho, del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional, del Externado y del Colegio del Rosario [...] fundamos el “Movimiento de la Revolución Nacional”. Éramos, entre otros, Hernando Valencia Goelkel, Eduardo Cote Lamus, Cornelio Reyes y yo. Nuestro lema lo tomamos de José Antonio Primo de Rivera: “Ni izquierda ni derechas: España entera”. Nuestro propósito político era el establecimiento de la justicia social, inspirado por Mariátegui. Atacamos fervorosamente a los dos partidos⁹⁸.

Refiriéndose a estos ataques, dice en una de sus conversaciones con el doctor Correa Tascón: “Nos prestaron un periódico en que yo escribí artículos violentos contra Germán Arciniegas, contra Sanín Cano, contra Laureano Gómez, contra Eduardo Santos, violentos... contra Silvio Villegas”. También menciona en esta misma conversación la señalada confluencia ideológica que definió los rasgos de “un movimiento que [...] que era una mezcla de fascismo y marxismo, pero lo esencial era un ataque violento a los dos partidos” (1-2000), vertiente ideológica (fascismo) que el grupo colombiano tomará de los postulados de la Falange Española⁹⁹, movimiento que llevaría a sus últimas consecuencias el “nacionalismo enconado y absorbente” del regeneracionismo español a través de su relación con el fascismo italiano (*Risorgimento*), importado a España por el combativo Ernesto Giménez Caballero y su revista *La Gaceta Literaria* (1927-1932), quien encontraría en las

⁹⁷ Un ejemplo de aquellos destrozos fue *La balanza*, poemario conjunto publicado por Carlos Patiño Rosselli y Álvaro Mutis –era su primer libro–, cuya edición completa se incineró en las librerías durante los incendios del “Bogotazo” (9 de abril de 1948).

⁹⁸ *Ibid.* En una entrevista, ya citada, declara Gutiérrez Girardot: “Mi interés me llevó a seguir conociendo los contextos de la guerra civil española. Conocí el nombre de José Antonio Primo de Rivera, era un joven abogado y brillante escritor y se había dedicado a la política para reivindicar el nombre de su padre. Y que Primo de Rivera había escrito muchos discursos contra Ortega, a favor de Ortega, pero con un lema que para nosotros, los de mi época, los de mi generación, era fundamental: *Ni izquierdas, ni derechas, España entera*, y que para nosotros, traducido, era decir: “Ni conservadores, ni liberales, Colombia entera”, y eso me fascinó”. María A. Mosquera y Patricia Tobón Ricaurte. “Rafael Gutiérrez Girardot, prólogo conservador...”, *loc. cit.* p. 39.

⁹⁹ Falange Española (FE). Partido político español de inspiración fascista e ideología nacional-sindicalista fundado por José Antonio Primo de Rivera, en 1933. En 1934 se fusiona con las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS), fundadas por Onésimo Redondo y Ramiro Ledesma Ramos. Tras su unificación con el movimiento carlista que llevó a cabo el general Francisco Franco, pasarían a llamarse Falange Española Tradicionalista y de las JONS (FET y de las JONS).

páginas del órgano oficial de Falange –el periódico *Arriba* (1935)–, la explícita representación de aquellas tendencias que confluyeron en el falangismo: “el planto por la decadencia de la patria; la preocupación por un estilo viril y poético de la vida; los ataques al capitalismo judío e internacional; el militante antiseparatismo; la exaltación guerrera y militarista y la preocupación por el panorama mundial”¹⁰⁰. Más adelante volveremos sobre estas influencias, esenciales para comprender este período de la biografía intelectual de Gutiérrez Girardot en Colombia y posteriormente en España.

Solo digamos que el “programa” de este anecdótico movimiento político delata el ambiguo clima ideológico que llevaría a aquellos jóvenes intelectuales –a quienes resultaba “insoportable” la esterilidad de la política bipartidista del país, como enfáticamente lo expresaría Gutiérrez Girardot: “nosotros no queríamos ni conservatismo ni liberalismo sino otra cosa, con Mariátegui, la parte sociológica y marxistoides [sic] de Mariátegui” (5-2001)– a buscar en tendencias tan diversas e irreconciliables como el fascismo y el marxismo otros horizontes de cuestionamiento y reflexión, otras vías para superar la crisis nacional. Si del lado más reaccionario recibían los efluvios del fascismo a través del falangismo español, pensadores como Vasconcelos, Haya de la Torre y Mariátegui, dotarían a los grupos de vanguardia del liberalismo de un horizonte intelectual y político que además de plantear un programa de futuro para el continente y de autoafirmación frente a los Estados Unidos, ofrecía uno de los primeros textos dedicados al análisis crítico de la realidad social, política y cultural latinoamericana desde la teoría marxista, los *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), donde Mariátegui declara, en sus aproximaciones a “El problema del indio”, para servirnos de un ejemplo significativo, “absolutamente superados los puntos de vista humanitarios o filantrópicos [y] apostólicos”, pues como señala adecuadamente, dicho conflicto social es un problema “fundamentalmente económico”.

Más significativo que la penetración del nacionalsocialismo alemán o del fascismo italiano en el horizonte político colombiano de aquellos años, resultaría la influencia de los mencionados líderes intelectuales de la derecha española, Ramiro de Maeztu, Calvo Sotelo y José Antonio Primo de Rivera, personalidades a las que Jaramillo Uribe añade, como hemos anotado, los “influidos de la *Acción Francesa* y de escritores como Carlos Maurras y Mauricio Barrès”¹⁰¹. Entendidas en el contexto de las ya señaladas “homologías” religiosas, políticas y culturales, estas “influencias” reaccionarias solo contribuirían a plenificar el

¹⁰⁰ José Carlos Mainer. *Falange y literatura*. Barcelona: Labor, 1971, p. 31.

¹⁰¹ Jaime Jaramillo Uribe. “El proceso de la educación...”, *op. cit.* pp. 330-331

consustancial ideario reaccionario profesado por el partido conservador colombiano de mediados del siglo XX, que ya en décadas anteriores había demostrado su capacidad para frenar todo intento reformista emprendido por el liberalismo. Desde esta perspectiva, la inicial y entusiasta adhesión del joven Gutiérrez Girardot tanto al ideal hispánico como a estas poderosas “influencias”, pueden considerarse los hitos simbólicos que abren las primeras vías de acceso hacia la plena comprensión de la propia *realidad espiritual* y su corolario: la posibilidad de superar reflexivamente el arraigo a una concepción encargada de sofocar en los países de lengua española el acceso a una modernidad difícilmente conquistada.

Que aquel juvenil movimiento político haya tomado del ideario fascista (en su versión española), no solo algunas de sus orientaciones sino incluso su nombre mismo, resulta tan elocuente como la historia que movilizaría su fundación. Su denominación está tomada del punto 26 de la “Norma Programática de la Falange”, redactada por Primo de Rivera en 1934: “Falange Española de las JONS quiere un orden nuevo, enunciado en los anteriores principios. Para implantarlo, en pugna con las resistencias del orden vigente, aspira a la *Revolución nacional*”. Por otra parte, la mención de Gutiérrez Girardot a José Antonio Primo de Rivera se explica si se consideran las abundantes referencias que sus artículos dedican a las diversas manifestaciones sociales, políticas y culturales de la España franquista, que tan amplia acogida tendría, según hemos anotado, en un país tan tradicionalista como Colombia¹⁰².

La fundación en 1951 del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica (ICCH), creado bajo tutela de su homólogo español, el Instituto de Cultura Hispánica (ICH), ponía de manifiesto las tentativas del gobierno del presidente Laureano Gómez (1950-1953) de “estrechar aún más los lazos espirituales que unen a los pueblos iberoamericanos entre sí, a

¹⁰² O en Nicaragua, por poner otro ejemplo. A este respecto cabe mencionar a los poetas nicaragüenses Ernesto Cardenal (1925) y Pablo Antonio Cuadra (1912-2002), quienes compartieron con Gutiérrez Girardot beca de estudios en Madrid y quienes –según refiere Juan Goytisolo, testigo de aquellos años juveniles– profesaban “devoción a la figura inmarchita de José Antonio Primo de Rivera”, antes de que Ernesto Cardenal, por ejemplo, sucumbiera al “hechizo” de líderes “como Castro y Guevara” (Juan Goytisolo. *Coto vedado* (Memorias). Barcelona: Península, 2002, p. 197). Consignamos el siguiente dato a propósito del concepto de “influencias” manejado en este trabajo: la identificación que Cuadra y Cardenal encontraron en el proyecto nacionalista y católico de Primo de Rivera fue posterior a “la idea de construir un canon mestizo, católico y de lengua española” con el cual cimentar “el discurso institucionalizado de la cultura y la literatura nicaragüenses”, idea impulsada por José Coronel Urtecho, Luis A. Cabrales, Joaquín Pasos, Pablo A. Cuadra, E. Cardenal y Ernesto Mejía Sánchez, entre otros miembros del Movimiento de Vanguardia (1931-1933), quienes “se dieron a la tarea arqueológica de encontrar en *la tradición*, que ellos mismos estaban fundando, las marcas de la cultura hispánica” (Pedro Sarmiento. *La revista Mito...*, *op. cit.* p. 217).

estos con los de la Madre Patria, todo ello en beneficio de nuestra cultura”¹⁰³, como manifestaría el Ministro de Educación Azula Barrera el día de su inauguración, lazos que en el contexto de aquellos años provenían de una política cultural específicamente diseñada por la dictadura franquista en su afán de consolidar su desprestigiada imagen internacional.

De estos y otros vínculos espirituales está saturado el material escrito por Gutiérrez Girardot entre 1948 y 1950. Y si bien es cierto que en ellos aparece con mucha frecuencia referencias a la filosofía y al pensamiento alemán, también lo es que el eje de sus concepciones vitales e intelectuales encuentra en las “cosas de España” el campo de fuerzas que articularía las tensiones y los contenidos de ese material escrito.

Anexo I Planes de estudio sucesivos de Filosofía

Plan de Estudio Instituto de Filosofía¹ (1946)

Primer año

Introducción a la filosofía
Historia de la filosofía (primer curso)
Introducción a las matemáticas
Biología
Historia universal (primer curso: Edad Antigua y Medioeval)
Seminario de idiomas (griego y latín, lenguas vivas, lengua y literaturas).

Segundo año

Lógica
Historia de la filosofía (segundo curso)
Psicología (teoría y práctica)
Historia universal (segundo curso: Edad Moderna)
Introducción a las ciencias físico-químicas
Seminario de idiomas (latín y griego, lenguas vivas, lengua y literaturas).

Tercer año

Historia de la filosofía (tercer curso)
Gnoseología y ontología
Ética
Sociología (general y americana)
Metodología
Historia universal (Edad Contemporánea)
Seminario de idiomas (latín y griego, lenguas vivas, lengua y literaturas).

Cuarto año

Estética e historia del arte
Historia de la filosofía contemporánea
Epistemología e historia de la ciencia
Metodología y práctica de la enseñanza
Historia americana
Seminario de idiomas (latín y griego, lenguas vivas, lengua y literaturas).

¹ *Universidad Nacional. Revista trimestral de cultura moderna* 3 (junio-agosto de 1945): 402-403. También se publicó en el periódico *El Liberal* [Bogotá] lunes 27 de agosto de 1945.

¹⁰³ Rafael Azula Barrera. “La cultura hispánica”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 29 abril 1951, p. 2. Rafael Azula Barrera (1912-1997). Abogado y político colombiano. Secretario General de la Presidencia, Ministro de Comercio y de Educación Nacional bajos los mandatos de Mariano Ospina Pérez (1946-1950) y Laureano Gómez (1950-1954). Fue miembro de número de la Academia Colombiana de la Lengua.

1.2. IDEA DE *HISPANIDAD*

La idea de *Hispanidad* va a condicionar decisivamente algunas de las anotaciones de Gutiérrez Girardot en torno a la filosofía, la literatura, el derecho, la vida política y cultural, etc. Con una importante presencia en los artículos publicados en Colombia, que son los que estudiaremos en este trabajo, esta noción iría a perdurar todavía –aunque con otras connotaciones– en algunos materiales aparecidos posteriormente en España y aún en Friburgo (Alemania Federal), donde un interesante artículo¹⁰⁴, suma y compendio de esta relación, clausurará en 1955 esta etapa de su biografía intelectual (“clausura” en un sentido doctrinal: íntima, vitalmente, su relación con España será tan decisiva como su propia y entrañable tradición hispanoamericana). La importancia de su juvenil arraigo hacia España nos obliga, antes de comenzar el estudio de los 22 artículos publicados por Gutiérrez Girardot entre 1948 y 1950, a considerar el nacimiento, evolución y posterior institucionalización de una idea rectora que pudo llevarlo a percibir en una nebulosa *comunidad* hispánica de “sangre, historia y cultura” un modelo posible para superar la honda crisis en la que se debatía la nación colombiana.

1.2.1. Raíces de la Hispanidad

Nacida de la iniciativa privada de algunos sectores de la vida intelectual y comercial española, la idea de *Hispanidad* alcanza su máxima operatividad política e ideológica en los años siguientes al final de Segunda Guerra Mundial. Si se exceptúan los esfuerzos por alcanzar una normalización diplomática con Hispanoamérica y algunos acuerdos sobre propiedad intelectual, nada surge de las instancias oficiales españolas durante las últimas décadas del siglo XIX. Ni siquiera la pérdida de las últimas colonias españolas en ultramar (1898) logra cambiar una situación que en lo esencial será la misma hasta los años finales de la dictadura del general Primo de Rivera (1923-1930). Entre las iniciativas de acercamiento a Hispanoamérica más importantes llevadas a cabo por el sector privado destacan: los círculos universitarios o académicos como la Junta de Ampliación de Estudios (1907) o el Centro de Estudios Históricos (1910); algunos eventos como el “Congreso Hispano-Portugués-Americano” (1892) o el “Congreso social y económico hispanoamericano”

¹⁰⁴ “España e Hispanoamérica. Apuntes sobre la Hispanidad”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 68-69, agosto/septiembre 1955, 236-244. Una nota al inicio de este texto, informa: “El presente artículo, en versión francesa, se publica simultáneamente en la revista belga *Synthese*”.

(1900); revistas como *La España Moderna* (1889-1914), *Nuestro Tiempo* (1901-1920) o *Cultura Hispanoamericana* (1911-1925), así como los foros de discusión intelectual como el Ateneo de Madrid (1885-1912), además de los medios de negocios interesados en el mercado de ultramar (básicamente catalanes, origen de la “Casa de América”, fundada en 1910 y de la revista *Mercurio* (1901-1926, órgano de sus intereses comerciales). Muy significativos resultaron los viajes a América de pensadores y escritores como Grandmontagne (Argentina, 1887), Valle-Inclán (México, 1891-1892), Maeztu (Cuba, 1891-1895) o Rafael Altamira (Argentina, Uruguay, Chile, Perú, México y Cuba, 1909-1910), especialmente este último, quien despertaría el adormecido interés por la vida cultural española en los ámbitos universitarios y académicos de los países que visitó (*Mi viaje a América*, 1911)¹⁰⁵. También merecen destacarse las obras de algunos precursores “americanistas” como Unamuno, autor de innumerables artículos periodísticos, Ganivet (*Idearium español*, 1896), Rafael M. de Labra, o los ya citados Rafael Altamira (*Cuestiones Hispano-Americanas*, 1900) y Adolfo Posada (*Para América. Desde España*, 1910), entre otros, quienes adelantaron algunas de las iniciativas más importantes nacidas a raíz del desastre del 98¹⁰⁶.

Como declara Gómez-Escalonilla, “El Estado se contentaba con sacar partido esporádicamente de estos esfuerzos, haciendo gala de una parafernalia ampulosa y estéril, evidenciada por ejemplo en la celebración del IV Centenario del Descubrimiento de América en 1892”¹⁰⁷, motivo que llevaría a algunos escritores a oponerse a toda tentativa oficial de acercamiento a Iberoamérica y a proponer la creación, como expresaría Ganivet, de una gran “confederación espiritual hispanoamericana”. El consciente y orgulloso Unamuno, precursor del movimiento americanista, pudo escribir: “Ahora que por mal de nuestros pecados nos

¹⁰⁵ En esta importante “tradición” de curiosos viajeros –Ortega y Eugenio D’Ors viajaron a Argentina en 1916 y 1921, respectivamente, Julián Marías, etc.– debe situarse aquel grupo de poetas españoles que visitó Bogotá en 1949 (Luis Rosales, Leopoldo Panero, Luis Felipe Vivanco, Agustín de Foxa y Antonio de Zubiaurre), del cual Gutiérrez Girardot dejaría un entusiasta registro: “Seis poetas españoles...”, *loc. cit.* pp. 469-473.

¹⁰⁶ Sobresalen en esta labor precursora los nombres de Juan Valera –descubridor de Darío en sus *Cartas americanas* (1888)– y de Menéndez Pelayo, autor de la *Antología de poetas hispano-americanos* (1893–1895). Ambos autores, junto con el ya citado Unamuno, “empezaron a sentir y a enseñar que todo español culto y cabal tenía el deber histórico de ver como *cosa también suya* la extensa y varia parte de América en que se habla y se escribe castellano. Y así hasta hoy, robustecida la conciencia de ese deber por el conocimiento directo de las tierras, las ciudades y los hombres de Hispanoamérica [...] Sin la vivencia y la estimación de América que sucesivamente han expresado Altamirano, Maeztu, Ortega, D’Ors, Menéndez Pidal, Marañón, Pedro Salinas y quienes han continuado en ese empeño, ¿es posible que un español culto no sienta como *cosa también suya* la realidad del mundo hispanoamericano?” (Pedro Laín Entralgo. “Prólogo” en Antonio Lago Carballo. *América en la conciencia española de nuestro tiempo*. Madrid: Trotta, 1997, p. 12).

¹⁰⁷ Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla. *Diplomacia franquista...*, *op. cit.* pp. 17-18.

han mondado nuestras últimas colonias hemos dado casi todos en España en hablar de la gran raza hispano-americana”, interés meramente nominal, pues a los españoles las cosas de América les importan “un comino” y a los que debería interesarles, las conocen poco y mal¹⁰⁸. Afirma Unamuno: “Aquí podría yo, en propia apología presentar los memoriales que me acreditan como uno de los pocos, de los poquísimos europeos que se han interesado por el conocimiento de las cosas de América”¹⁰⁹, haciendo “por la unión espiritual de los pueblos de lengua española” mucho más que “cualquier otro y tanto como algunas de estas asociaciones”, referencia a la Unión Iberoamericana, creada por el gobierno en 1884¹¹⁰.

Los intercambios comerciales y el incremento de las comunicaciones con Iberoamérica desatadas a raíz de la Primera Guerra Mundial llamarían la atención de las clases dirigentes del país, situación que sin llegar a traducirse en una auténtica política de Estado, generó sin embargo algunas acciones concretas. Para 1917, Rafael Altamira ya enumeraba, en su libro *España y el programa americanista*, algunas de estas iniciativas: la creación de una Dirección General de Asuntos de América; la reorganización de la carrera diplomática y consular adaptadas a este continente; el establecimiento en Madrid de un Centro Oficial de Relaciones Hispanoamericanas; la mejora de las comunicaciones; la atención a inmigrantes; la preocupación por el Archivo de Indias y la ampliación de la presencia y difusión editorial española, actividad interrumpida durante la contienda civil¹¹¹.

Durante los años iniciales de la dictadura primorriverista (1923-1930) no se producirán cambios sustanciales, mientras las escasas realizaciones concretas, como la fundación del Instituto de Filología de Buenos Aires (1925), sería ejecutada por una institución como el Centro de Estudios Históricos de Madrid¹¹². Sin embargo, y debido en

¹⁰⁸ Miguel de Unamuno. “De relaciones hispanoamericanas” (1916) en *Obra Completa*, tomo VIII. Barcelona: Vergara S.A., 1961, p. 511. Lo comprobará de primera mano el propio Rubén Darío, en su célebre visita a Madrid en 1900. Los españoles no solo desconocen la literatura y la vida sociopolítica hispanoamericana, sino “la más elemental geografía [...] Toda América es tierra caliente; lo que si para París es excusable, no lo puede ser por motivo alguno para el país que nos ha enviado con sus conquistadores, su habla, religión, sus buenas cualidades y sus defectos” (Rubén Darío. *España contemporánea* (1901), Madrid: Visor, 2005, p. 234).

¹⁰⁹ Miguel de Unamuno. “Sobre la argentinidad” (1909) en *Obra Completa* IV. Barcelona: Vergara S.A., 1960, p. 810.

¹¹⁰ Julio César Chaves. *Unamuno y América*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1964, p. 467.

¹¹¹ Un testimonio de la reactivación de esta política de difusión editorial durante la dictadura puede leerse en la breve nota titulada: “Primera exposición del libro español en Bogotá” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas culturales (2)”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 427-428, marzo/junio 1950, pp. 291-292).

¹¹² Para el estudiante madrileño Gutiérrez Girardot, aquel Instituto representa una proyección ejemplar de la capacidad de la intelectualidad española para orientar la vida cultural hispanoamericana: “En la América hispánica tenemos buenos y claros ejemplos de lo que puede ser esta lección: el Instituto de Filología de Buenos Aires, fundado por Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña [...] Tenemos la esperanza de que sea el

parte a los anhelos del general Primo de Rivera por alcanzar para España un puesto permanente en el Consejo de la Sociedad de Naciones, su gobierno emprendería, a partir de 1926, importantes iniciativas, entre ellas, la reforma del cuerpo diplomático; la ampliación de la representación oficial española en Iberoamérica; la creación de una sección de América en el Ministerio de Estado y de una Junta de Relaciones Culturales, entre otras:

sea como fuere, al hacer propio parte del programa americanista, la dictadura marcó una impronta en la singladura no solo coetánea, sino también futura del movimiento. El nuevo régimen de fuerza que se instaló en el poder pocos años después encontró en su precedente primoriverista el eslabón jurídico, y en parte doctrinal, que inspiró la reconstitución de los organismos llamados a ocuparse de su proyección internacional¹¹³.

Una atención más ecuánime y menos paternalista hacia las relaciones con Hispanoamérica fue el cometido trazado luego del advenimiento de la II República (1931-1939). Significativo por sus consecuencias futuras resultó la atención que durante este período se prestó al factor cultural como elemento decisivo en la formulación de los objetivos del movimiento americanista español, como lo pone de manifiesto la “Nota sobre política exterior de España” redactada por el entonces embajador de París, Salvador de Madariaga, para quien la cultura española representaba una fuerza de cohesión moral y posicionamiento internacional: “Para España, la presencia de un vasto grupo de cultura lingüística española es, desde luego, un fin político que vale la pena de sostener y servir en sí y, además, un elemento potente de prestigio” (p. 36).

Además de estos factores, algunos de los programas estructurados en torno a las relaciones con Iberoamérica coincidían en lo esencial con el proyecto regeneracionista que a principios del siglo XX buscaría sacar al país del decadente estado en el que había quedado luego del desastre del 98.

Según la perspectiva regeneracionista, en su creación debían combinarse: la revitalización de los elementos forjadores y progresivos de la historia nacional, una imprescindible reactivación interior y la recuperación del prestigio exterior. Este último aspecto justificaba la magnitud del interés que se concedía a Iberoamérica (p. 24).

Entre las estrategias operadas durante la II República para fundamentar las tentativas de modernización estructural que el país requería, se encontraba la necesidad de crear un

ejemplo español, un ejemplo aleccionador y estimulante” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Carta de Madrid”. Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, p. 160).

¹¹³ Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla. *Diplomacia franquista...*, *op. cit.* p. 22. Para las consideraciones que siguen, citamos por esta edición, entre paréntesis en el texto.

modelo de “identidad nacional” con el cual fortalecer no solo la debilitada situación interna, sino la imagen de España en el ámbito internacional, especialmente en los países hispanoamericanos. Se buscaba un elemento aglutinador que diera sustento y afirmación a una eventual “comunidad” con Hispanoamérica, sin otro soporte real que la nostalgia de un pasado grandioso: supeditada económicamente al exterior, marginada y secundaria con respecto a la política mundial, sin lazos políticos con aquellos países... solo quedaba la retórica de una *identidad cultural común*, que en el contexto político previo a la dictadura franquista, representó una *estrategia de independencia* frente a la amenaza que para España representaba el poderío francés y anglosajón y para el futuro de Latinoamérica el nuevo imperio norteamericano¹¹⁴. A España, por supuesto, le correspondía asumir la *guía intelectual* en el proceso de “formulación de una identidad colectiva estable y única” que fortalecería la nueva conciencia nacional que precisaba el país para recobrar sus fuerzas.

El progreso cultural, científico, apoyado por su consiguiente prolongación americana, servía como palanca de una *regeneración moral* que facilitaría la modernización estructural que el país necesitaba, y que era, en definitiva, la ambición más notoria del proyecto regeneracionista–reformista español (pp. 25-26).

Es el momento en el que la política de “prolongación americana” alcanzará su más clara formulación sistemática a través de dos núcleos doctrinarios que elaborarán las lecturas reaccionarias del fenómeno americanista. Oscilando entre la “Hispanidad” y la “Voluntad de Imperio”, ambos grupos dirigirán sus postulados hacia el “terreno demagógico de enfrentamiento con el adversario político”, buscando en la tradición del pensamiento conservador decimonónico (Balmes, Donoso Cortés, Menéndez Pelayo, etc.), los fundamentos de una formulación ideológica que pondría su acento en “la esencia católica del ideal hispánico, manifestada en el curso de la epopeya civilizadora y misionera española en el continente americano”. La beligerante propaganda que los acompañó y la defensa de un modelo de sociedad autoritario y corporativo, coincidían en el deseo de “impedir cualquier ensayo de cambio que afectara a la estructura de dominación implantada en el país” (p. 27).

¹¹⁴ Amenaza de futuro vislumbrada tempranamente por el uruguayo José Enrique Rodó en su *Ariel* (1900), donde “el sereno maestro”, al decir de Gutiérrez Girardot, antes que antiimperialismo formula “una exigencia de *autoafirmación* americana e hispana, pues lo esencial de ésta no es lo emotivamente “anti”, sino lo racionalmente “pro”, es decir, la confianza en la propia dignidad y en la propia capacidad o, para decirlo con palabras Ernst Bloch, la facultad de *andar erguido*” (Rafael Gutiérrez Girardot “José Enrique Rodó, *Revisited*” en *Pensamiento hispanoamericano*. México: UNAM, 2006, pp. 145.). Tomando sus conceptos del lenguaje de Ortega, el Gutiérrez Girardot de 1948 identificaba esta “exigencia de autoafirmación” con la superioridad de la “vida ascendente” española (vitalismo elegante, riesgo, deportividad) sobre la vida “descendente” (materialismo grosero, cálculo burgués, egoísmo), característica de los Estados Unidos (Rafael Gutiérrez Girardot. “Ensayo sobre José Ortega y Gasset”. Bogotá: *Avanzada*, 16 octubre 1948, p. 6).

Partiendo de este consenso reaccionario, el primer núcleo –reunido alrededor de la revista *Acción Española* (1931-1937)¹¹⁵– aspiraba a mantener intacta aquella estructura volviendo a la senda abandonada tras la irrupción republicana, justificando tal actitud en la “protección de la naturaleza ancestral e inmanente del pueblo español”. El otro grupo –seguidores del ideario fascista español– pensaba que era necesario remozar la fachada con los nuevos vientos que soplaban en el exterior, esto es, con ideologías de cuño fascista europeo, con el fin de “conservar intactos los pilares sustentadores de la anterior organización social”¹¹⁶.

La dictadura totalitaria que gobernó el país tras el enfrentamiento civil (1939-1975), procedió a una institucionalización del “ideal Hispánico” con la intención de revitalizar en su provecho el movimiento americanista. Los fundamentos ideológicos en que se inspiró esa nueva exaltación del mundo hispánico fueron ciertamente deudores de la reinterpretación reaccionaria efectuada en el transcurso de los años treinta sobre los primitivos esquemas regeneracionistas (p. 35).

Ahora bien, si los fundamentos de esta institucionalización provenían de aquellos dos núcleos doctrinarios, su materialización concreta surgiría del Ministerio de Asuntos Exteriores, entidad encargada de la creación de los dos organismos sobre los que recaería la dirección de la política cultural del régimen franquista: el Consejo de la Hispanidad (CH), en 1940 y el Instituto de Cultura Hispánica (ICH), que lo sustituiría en 1945. Las fechas muestran, a simple vista, la decisiva influencia que la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y el triunfo de los Aliados impondrían a las ambiciosas pretensiones de la dictadura, pues si el CH nació al amparo de la belicosa exaltación imperialista proveniente del fascismo europeo y sus ansias de “espacio vital”, el ICH solo pudo acogerse a la retórica de la afinidad cultural y religiosa implícita en las tesis de Maeztu y su cruzada por el “Imperio de la fe”.

Y si es cierto que sería del ICH de donde saldrían los estímulos institucionales (becas, publicaciones, etc.) que permitirán a Gutiérrez Girardot viajar a Madrid y publicar

¹¹⁵ Publicación “doctrinal católico-monárquica”, antiliberal, antirrepublicana y clerical fundada en 1931 con el propósito de “difundir la cultura tradicional española”. Dirigida por Ramiro de Maeztu (quien propondría que se llamase *Hispanidad*), siguió los lineamientos de la “contrarreforma derechista” inspirada en *Action Française* (1898) y las “tres tradiciones”, proclamadas por Charles Maurras en 1913: *classique, catholique, monarchique*.

¹¹⁶ “El primer grito de la inteligencia fascista lo dio en España [...] Giménez Caballero. Desde *La Gaceta Literaria* comenzó a importar el fascismo italiano” (María Zambrano. *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*. Madrid: Trotta, 1998, p. 102). No sorprende que en el número inaugural de esta revista (1927-1932) apareciera el célebre artículo de Guillermo de Torre, “Madrid, *meridiano intelectual de Hispanoamérica*” (1927), que tanto revuelo causaría, especialmente en Argentina. Su “intención” acusa la misma inclinación imperialista que siete años más tarde proclamaría el Punto tercero de la “Norma Programática de la Falange” (1934): “España alega, en este amanecer de su vida futura, su condición de *eje espiritual* del mundo hispánico”. Subrayados míos.

desde muy pronto en la capital española, no lo es menos que una buena parte de los fundamentos ideológicos de sus primeros escritos provienen de las diversas retóricas que con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial desplegaría la política cultural de la dictadura franquista, cuya efectiva proyección exterior quedaría confirmada con la creación en 1951 del ICCH, fundado durante el gobierno conservador de Laureano Gómez (1950-1954) con el objetivo de “estrechar aún más los lazos espirituales que unen a los pueblos iberoamericanos entre sí, a estos con los de la Madre Patria, todo ello en beneficio de nuestra cultura [y] a la sombra misma de las banderas de Cristo”, como diría el día de su inauguración el embajador de España en Bogotá, el poeta José María Alfaro, destacado miembro del Departamento de Estudios y Orientaciones Doctrinales del ICH¹¹⁷ (pp. 60-61).

Estas consideraciones nos obligan a repasar brevemente los fundamentos doctrinarios de estos organismos, con el fin de desentrañar los contenidos específicos que pueden percibirse en los escritos de Gutiérrez Girardot.

1.2.2. Primera institucionalización: Consejo de Hispanidad (1940)

Identificado plenamente con la causa fascista, el dictador Francisco Franco pudo abrigar en los prometedores comienzos de la guerra, la esperanza de obtener un sitio de privilegio en el nuevo orden mundial que se impondría una vez finalizada la contienda. El rápido y eficaz avance de los ejércitos alemanes sobre Europa al comienzo de la guerra parecía confirmar esta esperanza. En este contexto de euforia expansiva se funda el Consejo de la Hispanidad como una herramienta de propaganda y difusión ideológica dirigida hacia los países de la América Hispánica. De aquí que no resulte extraño que en la Ley de creación se invoquen las “gloriosas tareas del Consejo de Indias” así como la “obra de expansión en el mundo” acometida por el “amoroso espíritu de la Reina Católica”, mientras que en la redacción de sus objetivos se utilizan, casi literalmente, algunos puntos de la “Norma Programática de la Falange”, concretamente el ya referido Punto tercero, donde se reitera la condición española de “eje espiritual del mundo hispánico como título de preeminencia en las empresas universales”¹¹⁸. La ley no deja lugar a dudas sobre la orientación del CH: “A él incumbirá conseguir que España, por su ideal ecuménico, sea para

¹¹⁷ José María Alfaro. “La misión de España”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 29 abril 1951, p. 2.

¹¹⁸ “Tenemos voluntad de Imperio. Afirmamos que la plenitud histórica de España es el Imperio. Reclamamos para España un puesto preeminente en Europa”. “*Boletín Oficial del Estado*, 7-XI-1940”, firmado: Francisco Franco, citado en Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla. *Diplomacia franquista...*, op. cit. pp. 233-235.

los pueblos hispanos la representación fiel de esta Europa, cabeza del mundo”, clara alusión al poderío fascista dominante en aquellos momentos, mientras se especifican claramente sus funciones, tomadas nuevamente del Punto tercero de la Norma: “Serán cuidado y providencia de este Consejo todas las actividades que tiendan a la unificación de la cultura, de los intereses económicos y de poder relacionados con el mundo hispánico” (pp. 233-235).

Además de su implícita vinculación al núcleo doctrinal del fascismo internacional reelaborado por la Falange, el CH alimentaba una nostálgica evocación a la pasada grandeza imperial a través de las ideas planteadas por Ramiro de Maeztu en su *Defensa de la Hispanidad* (1934). Su llamado a la “unidad de destino” –concepto de cuño orteguiano–, se convertiría en la bandera del nacionalismo falangista, como reza el Punto dos de la “Norma”: “España es una unidad de destino en lo universal. Toda conspiración contra esa unidad es repulsiva. Todo separatismo es un crimen que no perdonaremos”¹¹⁹. Bien pronto, sin embargo, la Falange perdería toda influencia real y efectiva. El repunte militar de los aliados y la posterior derrota de Alemania (1945) arrinconaría la pretensión inicial de la dictadura por un puesto preeminente en el panorama mundial. Solo pervivirían algunas reminiscencias de tipo simbólico –único recurso posible frente a la presión internacional–, nostalgias de un ideal ecuménico que el nuevo ICH enfocará hacia los temas culturales (y religiosos) que como ya vimos, serán en última instancia los ámbitos que mayor influencia ejercerían sobre el joven Gutiérrez Girardot.

1.2.3. Segunda institucionalización: Instituto de Cultura Hispánica (1945)

La inminencia de la derrota de los países del Eje llevaría al régimen de Franco a emprender una estrategia de acercamiento a las potencias aliadas. En un esfuerzo por desprenderse de todo vestigio aparente de fascismo, el caudillo declara que la Falange no es un verdadero partido estatal, sino un “instrumento al servicio de la unidad nacional”. A pesar de los esfuerzos, y como consecuencia de la posición asumida durante el conflicto bélico, España queda excluida de la ONU (1945) así como de las ayudas del Plan Marshall, destinadas a la reconstrucción europea. La realidad política de la posguerra determinaba de esta manera las directrices de la política exterior española, circunstancia que llevará a la

¹¹⁹ Para Mainer, la Falange recibió su mayor influencia de la concepción orteguiana de España “como un dogma nacional, como un proyecto sugestivo de vida en común” (José Carlos Mainer. *Falange...*, *op. cit.* p.18).

dictadura a adoptar una serie de medidas con el fin de contrarrestar el marginamiento y la repulsa internacional, especialmente de los Estados Unidos.

Mientras a nivel interior se ensayaban algunas medidas de apertura y flexibilización (“Fuero de los españoles”, “Ley de referéndum nacional”, indulto por rebeldía, elecciones municipales, etc.), tácticas de maquillaje que en nada modificaron la situación social y política, de cara al exterior se activaba un decidido programa de acercamiento a los países iberoamericanos, aliados potenciales en la difícil coyuntura internacional que atravesaba el régimen franquista.

En este contexto se crea el ICH (1945) como un instrumento encaminado a prestigiar la imagen de España mediante el “mantenimiento de los vínculos espirituales entre todos los pueblos que componen la comunidad cultural de la Hispanidad”, como expresamente declara el Reglamento Orgánico del Instituto: “Se evitaba ahora la utilización de términos como “política” o “poder”, presentes en la Ley de creación del CH, poniendo el acento expresamente en cuestiones de índole cultural, tratando de desvanecer las susceptibilidades motivadas por su precursor [el CH]” (p. 116). Siguiendo los lineamientos expuestos por Maeztu en su *Defensa de la Hispanidad*, el catolicismo aparecía como el motor capaz de movilizar esta nueva cruzada espiritual dirigida hacia los países Iberoamericanos, mientras la defensa de este mismo catolicismo pasó a convertirse, como señala Gómez-Escalonilla, en “el *gran argumento* de la estrategia de perduración de la dictadura española” y en uno de los mejores argumentos de acercamiento a los Estados Unidos. Lo puso de manifiesto el canciller Martín Artajo en el tradicional mensaje del 12 de octubre de 1945, donde no dudaría en alinear a la gran potencia del norte en la el eje espiritual de la comunidad hispánica, “confluencia” de las dos Américas en la que veía “una garantía segurísima de los valores espirituales que constituyen el patrimonio de nuestra civilización cristiana hoy, por desgracia, amenazados por exóticos credos impíos” (p. 112), como el comunismo, etc. Amenazas que como veremos más adelante se erigieron en una de las tácticas de *contrapropaganda* más efectivas de la dictadura para justificar su liderazgo moral, convirtiendo a la nación española en víctima de “fuerzas oscuras” –contra las cuales Gutiérrez Girardot también dirigió sus ataques– que pretendían destruir la esencia espiritual de la hispanidad y frente a las cuales la empresa católica aparecía como la gran tabla de salvación de un mundo sumido en el caos y la crisis moral.

Esta concepción teológica y providencialista de la historia otorgaba a España (nuevamente) el puesto de pueblo elegido para la “defensa” y propagación del catolicismo en

el mundo, justificando el papel de la dictadura en un momento crítico de sus relaciones internacionales luego de la guerra europea. El jugoso incremento de la subvención económica destinada al ICH –institución aparentemente independiente de las instancias del gobierno pero estrechamente vinculada al Ministerio de Asuntos Exteriores– demuestra la importancia que para el régimen tenía la creación de una simbólica comunidad *espiritual* encargada de dar legitimidad moral a una inaceptable situación política. Esta estrategia ideológica, canalizada por el ICH mediante la creación de un amplio programa de becas, ofertas culturales e instrumentos de difusión dirigido a la comunidad cultural de la América hispana¹²⁰, brindó a Gutiérrez Girardot tanto las facilidades para viajar a España, como el entorno más favorable para llevar a cabo las actividades académicas y culturales que desarrollaría en la capital Española¹²¹.

Ahora bien, si el viaje de Gutiérrez Girardot a Madrid constituye la segunda etapa de su período de formación –experiencia que significó no solo la plenificación del arraigo a su raíz hispánica, sino la “continuación” de su iniciación en la filosofía alemana–, su fugaz y juvenil período de formación en Colombia se constituye en el origen y presupuesto de todo su trabajo posterior, toda vez que ya se puede rastrear en esta primera experiencia formativa los inicios de un trabajo intelectual caracterizado por el esfuerzo de asimilación crítica de la cultura europea y su ineludible presupuesto: el arraigo en la propia, “pues sin éste no es posible asimilar, sino solo imitar. Y sin este arraigamiento, la asimilación no puede ser

¹²⁰ La cantidad y diversidad de ayudas creadas por el ICH demuestran la importancia otorgada por el régimen franquista a su política de *Hispanidad*. Entre las iniciativas más importantes, mencionemos: becas de estudio; Colegios Mayores (destinados a albergar a los becarios hispanoamericanos); creación de la Cátedra “Ramiro de Maeztu”, destinada al mutuo conocimiento de los principios que informan la comunidad espiritual hispanoamericana; secciones de Historia de América en las Facultades de Filosofía y Letras de Madrid y de Sevilla; revistas *Mundo Hispánico* y *Cuadernos Hispanoamericanos*, entre otras; fondos bibliotecarios; premios culturales “Mundo Hispánico”; creación de entidades similares en América (en 1951 se crea el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, en Bogotá); misiones culturales españolas a América y viceversa, así como intercambio de profesores y conferencistas; reuniones internacionales, congresos, conmemoraciones; etc.

¹²¹ Becado por el ICH, Gutiérrez Girardot llegaría a Madrid al Colegio Mayor Nuestra Señora de Guadalupe (fundado en 1947), donde entraría en contacto con numerosos estudiantes hispanoamericanos y españoles. También tuvo relación con el Seminario de Problemas Actuales Hispanoamericanos, con los cursos de verano ofrecidos por la UIMP y con la mencionada revista *Cuadernos Hispanoamericanos*, donde muy pronto comenzaría a publicar sus trabajos. Entre estos instrumentos de ayuda merece destacarse la revista mensual *Cuadernos Hispanoamericanos*, fundada en 1948 por el Instituto de Cultura Hispánica como órgano de difusión del pensamiento y la literatura en lengua española. Esta importante publicación ofreció a los jóvenes hispanoamericanos llegados a España la oportunidad de publicar sus primeros trabajos. Entre 1951 –fecha de su primer artículo– y 2004, Gutiérrez Girardot publicó en esta revista un total de 54 trabajos. Ver Bibliografía: Publicados en España / En la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* (1951-2004). Listado completo. Vigente luego de 65 años, en la actualidad es editada por la AECID (Agencia Española de Cooperación Internacional y Desarrollo).

crítica ni creadora”¹²², escribe Gutiérrez Girardot a propósito de su maestro Alfonso Reyes pero refiriéndose también a sí mismo, perspectiva que nos permite interpretar su entrañable vinculación con la cultura hispánica –la misma que llevaría a su admirado maestro a redescubrir a España¹²³– como una de las vías de acceso que posibilitarían su posterior descubrimiento –en tierra española– de su propia tradición hispanoamericana, acontecimiento capital de sus años de formación europea.

En este sentido, el joven ensayista trazaba un camino ya recorrido por estos viejos maestros. Como Darío cuando pisó tierra española en 1899 –experiencia que el “indio divino” acomete sin llevar sobre sí la “secular tradición europea que había considerado al mundo hispánico como inferior” y que impedía “lo elemental” para la *apropiación* del legado occidental: el “respeto lascasiano”–, también llegaba nuestro ensayista “sin ningún prejuicio”. Por eso, el Madrid de Darío (como el del propio Gutiérrez Girardot), “no es el del *hispanoamericano*, sino el del hijo de las “íclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda” y del *cosmopolitismo*”.¹²⁴ De esta doble confluencia surgirá el sólido sustrato, la orientación más segura y decisiva desde el cual comenzará a afianzarse la condición de hispanoamericano universal conquistada por Rafael Gutiérrez Girardot.

¹²² Rafael Gutiérrez Girardot. “Prólogo” en *Alfonso Reyes. Última Tule y otros ensayos*. Caracas: Ayacucho, 1991, p. XVII.

¹²³ Diez años –entre 1914 y 1924– vivió Alfonso Reyes en tierra española.

¹²⁴ “Rubén Darío y Madrid”. Madrid: *Anales de literatura hispanoamericana* 22, 1993, p. 156.

1.3. ORTEGA COMO SÍMBOLO

En 1983, mientras se encontraba escribiendo una serie de conferencias destinadas a la celebración del primer centenario del nacimiento de Ortega y Gasset¹²⁵, Gutiérrez Girardot remitía a su amigo Gonzalo Sobejano una carta agradeciéndole el envío de “un libro” de Frank Kermode, autor que “me interesa especialmente [...] porque toca el tema que tanto me interesa, el de la secularización. Hasta ahora le he visto en la literatura del siglo XIX y comienzos del XX”. Y añade:

Es un tema muy laberíntico. Ortega es un ejemplo del problema: no fue religioso católico, pero sus esquemas mentales son escolásticos. Y yo creo que esto, que es *inevitable* porque vivió en una sociedad formal o sustancialmente católica, fue lo que le impidió asimilar la filosofía alemana, y es lo que obstaculiza la modernización de nuestros países. Nuestra secularización es parcial, como nuestra modernización. Y mientras el catolicismo sea, como dice Umbral, sociológico, es decir, alimento de la vida cotidiana, esos esquemas mentales permanecerán (RGG a Sobejano. Bonn, 12/3/1983). Subrayado mío.

Sirva esta breve referencia para insistir en aquellas “homologías” que además de contribuir al señalado fenómeno de “modernización parcial” que afectaría a los países hispanoamericanos, en especial a una sociedad tan tradicionalista como colombiana, también configuró la orientación “inevitablemente” hispano-católica que caracteriza los primeros escritos de nuestro ensayista. Tres años antes y de nuevo gravitando en torno a la figura de Ortega, Ángel Rama escribe a Gutiérrez Girardot: “Querido Rafael: recibí y disfruté de la aplanadora sobre Ortega que publicaste en *La Vanguardia*¹²⁶ [...] Después de leído tu artículo, queda como un pobre arribista sin suerte, *condenado de antemano* (y esto es lo más duro de tu nota) por el medio al que perteneció”. Entonces se pregunta Rama, a renglón

¹²⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “José Ortega y Gasset. En el primer centenario de su nacimiento” (1983) en *Provocaciones*. Bogotá: Ariel, 1997, p. 75-118. Como señala en el “Preliminar” del libro, “los trabajos sobre Ortega y Theodor Mommsen, Hermann Cohen, Max Scheler y Martin Heidegger son cuatro breves conferencias radiales pronunciadas con motivo del centenario ya citado”, p. 12. Originalmente fueron publicadas en Bonn: Inter Naciones, 1983.

¹²⁶ No hemos encontrado ninguna referencia a un trabajo publicado en este periódico de Barcelona. Quizá se trate de un *lapsus* de Rama. Por la descripción dada más adelante: “de lo mejor tuyo, con ironía, desplante, rigor y un manejo grave de la lengua”, podría tratarse del artículo “Ortega y Gasset o el arte de la simulación majestuosa” (Barcelona: *El viejo topo* 54, marzo 1981), probablemente enviado a Rama antes de su publicación y confundido por este debido al mismo origen de ambas publicaciones.

seguido: “¿*Ciertamente es tan definitorio un medio para la formación intelectual?*” (Rama a RGG. Princeton, 29/10/1980). Subrayados míos¹²⁷.

La pregunta de Rama es la pregunta que implícitamente orienta la indagación de los dos primeros capítulos de esta investigación en torno a las “influencias” que en el sentido ya señalado, ejercerían sobre el joven aprendiz tanto su entorno familiar como el medio sociopolítico y cultural. Confluencia que ahora nos obliga a dirigir nuestra atención hacia el estudio de sus primeros escritos, en especial hacia el entusiasta descubrimiento del pensamiento de Ortega, admirado maestro al que dedicará posteriormente abundantes y despiadados ataques, dejándonos entrever en este cambio la evolución de una compleja pero entrañable relación con aquella figura iniciática, como traslucen las palabras que a comienzos de la década de los ochenta dirige a Sobejano, más de treinta años después, en el período de su mayor ocupación con el filósofo español:

En todo caso estoy tan empalagado de Ortega como tú de Clarín, aunque Ortega me ha irritado no solamente por ese estilo ligero y mandón de tratar las cosas, sino porque me recuerda mi iniciación en la filosofía y que el primer artículo largo que escribí y publiqué en un suplemento literario era sobre Ortega y la filosofía de la razón vital!!!! (sic)¹²⁸ (RGG a Sobejano. Bonn, 27/6/1981).

Signos de exclamación a los que acertadamente responde Sobejano dándole la razón en “lo principal”, pero añadiendo seguidamente: “Sospecho, sin embargo, que a veces te arrastra una pasión hostil hacia él, muy de esperar cuando uno, de joven, ha confiado en un maestro [...] y va uno descubriendo paso a paso sus falsedades y trapacerías, o simplemente sus fallas” (Sobejano a RGG. Sin lugar, 23/7/1981). La sospecha, sin embargo, supera la simple hostilidad de una emotiva anécdota personal. Lo demuestra no solo el sólido conocimiento que el ensayista colombiano tenía de su obra, como lo expresa en la misma carta a Sobejano: “Para ser honrado he recorrido todas las obras de Ortega, con excepción de

¹²⁷ La interrogación de Ángel Rama cobra mayor relevancia si se pone en relación –además de la experiencia formativa del propio Gutiérrez Girardot– con dos autores a los que el ensayista colombiano sí concede la posibilidad de superar las limitaciones que una formación religiosa: Hegel y Andrés Bello. Asegura que en su discusión con la tradición griega, Hegel puso “en tela de juicio muchísimas concepciones del mundo, entre otras la religiosa. Porque en Hegel hay una gran disputa con la teología aunque él fue formado en la teología [...] Todo eso que faltó radicalmente en el mundo de la lengua española, es decir, en el mundo de la lengua española faltó la capacidad de enfrentarse al mundo para denominarlo nuevamente” (p. 6). Con relación a la *Filosofía del entendimiento* (1881) de Bello y al papel de la filosofía en el siglo XIX, “función fundamental que fue sofocada por el dominio eclesiástico” escribe: “Aun cuando Bello era católico, es el primer texto secular de filosofía en el que se considera que el objeto de la filosofía es, como decía Bello si mal no recuerdo, el estudio de ciertas leyes de pensamiento, y ya no tiene en cuenta los factores teológicos sino el entendimiento, algo terrenal” (p. 20). Las citas están tomadas de la transcripción (29 páginas mecanografiadas) de una entrevista realizada a Gutiérrez Girardot por el filósofo colombiano Rubén Jaramillo Vélez. La entrevista (inédita), sin ninguna referencia a tiempo o lugar, puede fecharse a mediados de los años ochenta.

¹²⁸ Se trata del artículo: “José Ortega y Gasset”. Bogotá: *Avanzada*, 16 octubre 1948, p. 6.

algunas póstumas [...] muy poco vale la pena conservar, pues a la buena observación le sigue el gesto chulo o la superficialidad y lo echa a perder todo”; también sus esfuerzos por desenmascarar reflexivamente lo que en uno de sus ensayos más implacables llamó –a propósito del “estilo de trabajo” de Ortega–, el “arte de la simulación majestuosa”¹²⁹:

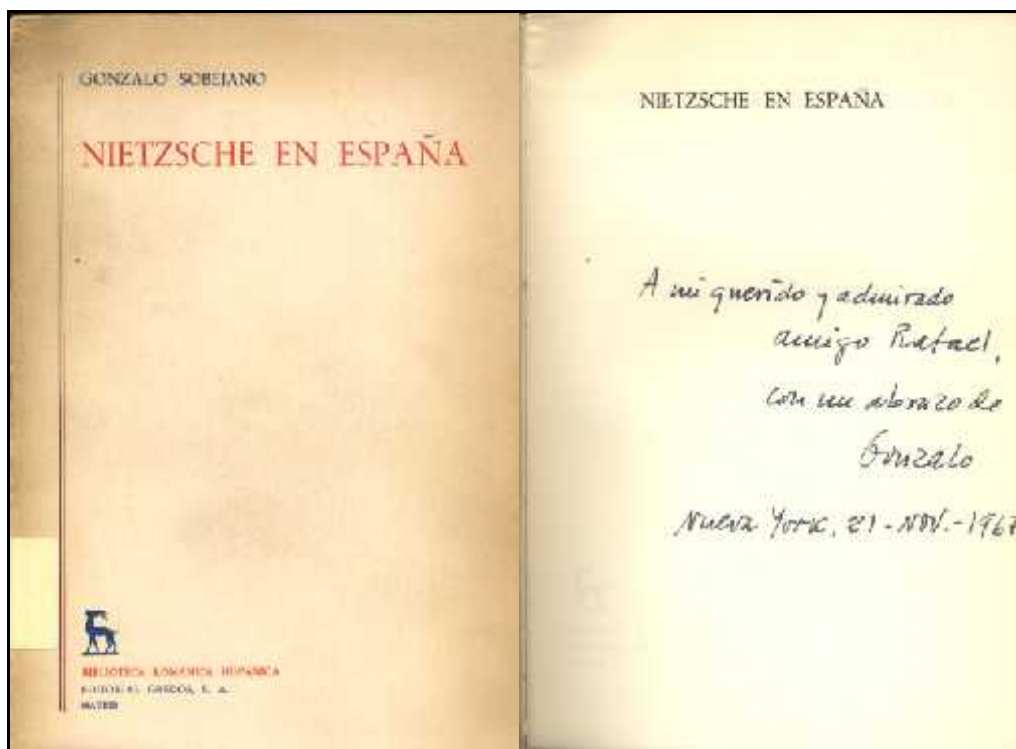
El caso es que mirado de muy cerca y detalladamente, Ortega merece ese degüello. En muchísimas ocasiones no había leído el libro que criticaba o solo había leído el índice. Pero eso parece ser un mal hispánico que viene de muy lejos: el ingenuo Feijoo rechazó y criticó a Maquiavelo y al maquiavelismo sin haber leído nunca, sin haber visto de lejos siquiera la obra de Maquiavelo, como él mismo reconoce. Y es una costumbre de tertulia (RGG a Sobejano. Bonn, 27/6/1981).

Apreciaciones que concluye con una significativa confesión: “Lo curioso es que Ortega me parece indispensable para conocer las vísceras de la vida cultural hispana, con todos sus defectos”, declaración que nos autorizan a considerar a “Ortega como símbolo”, como “cifra de lo que, utilizando un título de Ortega mismo, cabría llamar *miseria* y *esplendor* del mundo hispánico” (RGG a Sobejano. Bonn, 28/3/1983). “Mundo” que sería el del joven estudiante por su visceral y juvenil arraigo a la concepción espiritual y filosófica que lo gobierna, y que más allá de sus fragilidades, paradojas y contradicciones, o quizá por ello mismo, se constituye no solo en el presupuesto de su posterior encuentro con su vocación por Hispanoamérica, sino en la posibilidad misma de superar los condicionamientos de un medio hostil y tradicionalista, como demuestra el transcurso de un trabajo intelectual dedicado a señalar caminos posibles hacia esa misma superación.

Dos años median entre la publicación del primer artículo de Rafael Gutiérrez Girardot, en octubre de 1948 –escrito a sus 20 años, seis meses después del asesinato del líder Jorge Eliecer Gaitán– y su salida rumbo a Madrid, en octubre de 1950. Dos años en los que aparecieron en algunos medios nacionales, una traducción del alemán y 22 artículos, 13 de ellos en dos revistas: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* (11) y *Revista de las Indias* (2) y los restantes en tres periódicos: *Páginas literarias* de *El Siglo* (7), *Avanzada* (1) y *Suplemento literario* del *Diario del Pacífico* (1), diarios de la capital colombiana, con excepción de éste último, editado en la ciudad de Cali¹³⁰.

¹²⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Ortega y Gasset o el arte de la simulación majestuosa”. Barcelona: *El viejo topo* 54, marzo 1981, p. 28-32. Este mismo artículo aparecería publicado 10 años después en *Quimera* 103-104, abril/mayo 1991, p. 68-75, ejemplar dedicado a rescatar “algunos de los mejores artículos aparecidos en el *Topo*”, p. 3).

¹³⁰ Ver Bibliografía: Trabajos de Rafael Gutiérrez Girardot / Publicados en Colombia (1948-1950). Listado completo.



Gonzalo Sobejano. *Nietzsche en España* (1967)

Su significativa participación en la *Revista del Colegio Mayor del Rosario* resulta comprensible si se considera que fue en esta universidad –la primera fundada en Colombia (1653)– donde inicia sus estudios de derecho (1947) y donde posteriormente, como ya hemos anotado, ocuparía el cargo de jefe de redacción de esta publicación. Son once artículos dedicados a la difusión de eventos culturales (conferencias, congresos, exposiciones, etc.), tanto nacionales como de España e Hispanoamérica y a la reseña de libros (sociología, educación, derecho, etc.). Más allá del carácter meramente informativo de estos breves apuntes nos interesa el ferviente espíritu hispano-católico que anima sus contenidos y el implícito compromiso ideológico que por aquellos años mantenía con el espíritu cristiano de aquella venerable institución¹³¹. Siete artículos más aparecieron en las *Páginas literarias* de otro medio tradicionalista colombiano: el periódico *El Siglo*, órgano oficial del partido conservador, fundado por Laureano Gómez en 1936 como tribuna de oposición a las reformas lideradas por Alfonso López Pumarejo (1934-1938) y su

¹³¹ No solo las Constituciones originales (1653), creadas “a la manera del Colegio del Arzobispo en Salamanca [...] aún hoy rigen en lo esencial” el funcionamiento del Colegio, también sigue “fiel a las orientaciones de su fundador”, tendencia pedagógica que “propende por el rescate de los principios que constituyen un “humanismo cristiano” centrado en la persona [...]”. Tomado de la página web de la Universidad del Rosario: <http://www.urosario.edu.co> (10/7/2009).

“Revolución en marcha”. Lejos de la contienda política y enfocados hacia temas literarios y filosóficos (Camus, Goethe, Nietzsche, Ortega...), dejan estos artículos sin embargo, como veremos más adelante, rastros del talante conservador y reaccionario que caracteriza los planteamientos de Gutiérrez Girardot en estos años de formación. Finalmente, dos reseñas de libros (filosofía y derecho) alcanzaron a ver la luz en uno de los últimos ejemplares de la *Revista de las indias* (1936-1951), publicación del Ministerio de Educación Nacional del gobierno liberal de López Pumarejo, que en asocio con otras publicaciones institucionales del proyecto cultural de la “Revolución en marcha” como la revista *Senderos* (1934-1935), se constituyeron en

voceros del proyecto liberal, modernizador, que busca descubrir la cultura popular al tiempo que divulga la alta cultura universal. Su calidad fue elevada, trataron de establecer lazos estrechos con América Latina, y en ellas tuvieron amplio espacio la historia colombiana, el estudio de las culturas indígenas o la crítica sistemática y permanente de las exposiciones artísticas¹³².

Clausurada en 1951 como parte de la ofensiva reaccionaria dirigida por el gobierno conservador (1950-1954), la *Revista de las indias* sería reemplazada por la revista *Bolívar* (1951-1963, bajo la dirección del poeta Rafael Maya), “vocera de gobiernos que se definen como católicos, bolivarianos, tradicionalistas e hispanistas: el cierre a amplias vertientes de la literatura contemporánea acaba dándole cierto aire moralista que le quita energía”¹³³, donde más adelante, durante su período de formación en Madrid (1953 y 1954), el joven Gutiérrez Girardot también publicaría algunos artículos¹³⁴, movilidad editorial que no solo evidencia la tradicional polarización (pero también los inevitables roces) propios de las costumbres bipartidistas, sino algo más importante: la ya señalada oscilación ideológica del medio social y cultural donde transcurre su formación intelectual, situación paradójica donde la única certeza se encuentra en su fidelidad a las raíces hispano-católicas de nuestra cultura.

¹³² Jorge Orlando Melo. “Las revistas literarias en Colombia e Hispanoamérica: una aproximación a su historia”, en: http://www.jorgeorlandomelo.com/revistas_literarias.htm (15/7(2009).

¹³³ *Ibid.*

¹³⁴ “Yo escribí en la revista *Bolívar* gracias a Rafael Maya [1898-1972] que me eligió. Él tuvo esa deferencia conmigo. Maya era una persona áspera en el trato, pero muy generosa. También estuve cercano a la *Revista de las indias*” (Rubén Jaramillo Vélez, Juan Carlos Celis Ospina y Carlos Sánchez Lozano. “El partido liberal...”, *loc. cit.* p. 11). En *Bolívar*, además de los artículos dedicados a exaltar y difundir en Colombia las más positivas y modélicas noticias culturales de la España franquista –las llamadas “Cartas de Madrid”– también aparecieron sus “Notas e informaciones sobre la imagen de América en Alfonso Reyes” (Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, 153-159). Se trata del mismo artículo publicado por Gutiérrez Girardot unos meses atrás bajo el título “La utopía americana de Alfonso Reyes” (Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 25, enero 1952, 73-82), trabajo madrileño que se constituye en su primera aproximación a uno de sus grandes maestros y en el esbozo original del que sería su primer libro: *La imagen de América en Alfonso Reyes* (Madrid: Ínsula, 1955).

Ahora bien, más que rastrear los escasos nexos y reflexiones de este material en torno a la contienda partidista y su relación con la sangrienta coyuntura social y política vivida por el país en estos años convulsos, nos interesa rastrear las manifestaciones concretas de aquella noción de *Hispanidad* que como ya vimos se constituye no solo en el presupuesto de sus ideas estudiantiles, sino en uno de los fundamentos sobre los que se asienta su posterior encuentro con Hispanoamérica¹³⁵. Ya señalamos suficientemente el contexto político en el que surge esta vinculación, explícitamente manifiesta en la creación, en 1951, del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica (ICCH), fundación que pondría de manifiesto las sustanciales coincidencias entre la orientación de aquella institucionalización colombiana de la *Hispanidad* y el talante “misional” que caracteriza los escritos publicados en Colombia por el joven aprendiz.

Que Ortega aparezca como la figura simbólica que mejor representa su período de formación nacional, significa que tanto su figura como su obra representaron para el ensayista colombiano la mejor posibilidad para comprender, desde el ámbito de la filosofía, uno de los fundamentos de nuestra herencia hispano-católica: el secular enfrentamiento entre el arraigo a nuestra tradición y el anhelo de participar en las conquistas del pensamiento moderno, comprensión que a su vez se constituía en el fundamento de su posterior reelaboración crítica de dicho enfrentamiento desde los presupuestos de la misma filosofía, esto es, no “como partes antagónicas de una antinomia irreductible sino como “tesis” y “antítesis” de una contradicción dialéctica. La síntesis, hegelianamente hablando, sería la superación de ambas”¹³⁶.

¹³⁵ Noción fundacional de autocomprensión, la *Hispanidad* va a permitir a Gutiérrez Girardot asimilar desde muy pronto el espíritu reflexivo y cosmopolita de “maestros” como Alfonso Reyes, Borges o Hegel, por citar algunos casos paradigmáticos. Más adelante escribirá, a propósito de “nuestro abolengo hispánico”: “La literatura hispánica es parte esencial de la cultura humana [...] *Somos una parte integrante y necesaria de la representación del hombre por el hombre. Quien nos desconoce es un hombre a medias*” (Rafael Gutiérrez Girardot. “La utopía americana de Alfonso Reyes”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 25, enero 1952, pp. 76-77), citando a Reyes pero configurando su propia actitud reflexiva, orgullosa y cosmopolita sobre la que irá a sustentar no solo su consciente hispanoamericanismo sino la exigente e implacable actitud crítica y polémica hacia los aspectos más negativos de su propia raíz hispánica, paradigmáticamente encarnados en la figura de Ortega.

¹³⁶ Estas palabras sirven de marco teórico a Nelson Osorio para reorientar la lectura de la novela *Doña Bárbara*, tradicionalmente leída como expresión del conflicto entre “civilización” y “barbarie” –antinomia que en Sarmiento “no tiene solución de continuidad sino que implican la destrucción del uno por el otro”– pero que aplicadas a la novela de Gallegos abren la posibilidad de “un mundo nuevo que habría de surgir de la conjunción de la *realidad* del llano con los *ideales* de la civilización. La síntesis es, por consiguiente, una promesa, una esperanza”, citado en Domingo Miliani. “Introducción” en Rómulo Gallegos. *Doña Bárbara*. Madrid: Cátedra, 1997, pp.79-80. Proveniente del lenguaje filosófico y su capacidad para captar y resolver conceptualmente contradicciones de otro modo irresolubles, el enfoque utilizado por Osorio –que este toma, sin citarlo, del magnífico ensayo de Mariano Picón Salas titulado “A veinte años de *Doña Bárbara*” (1949)– abre

Es evidente que la vigencia y “señorío” ejercidos por Ortega entre las décadas del cuarenta y cincuenta en el ámbito de la filosofía colombiana e hispanoamericana bastan para comprender porque el primer trabajo del joven estudiante aparece dedicado al entonces admirado filósofo español¹³⁷. Publicado bajo el sugestivo subtítulo periodístico de “Guía filosófica”, es menos un trabajo de difusión del pensamiento orteguiano que una apología de la *Hispanidad* a través del prestigio que le otorga la filosofía de Ortega. Esta intención –que parte de un presupuesto: considerar a Ortega como filósofo–, va a estructurar los lineamientos sobre los que se encuentran esbozados los núcleos filosóficos, religiosos y “misionales” que orientan su fe en la capacidad “salvadora” de un ideal que da unidad y coherencia al conjunto de los trabajos publicados en Colombia.

Por razones de claridad conceptual hemos dividido este capítulo en tres partes, correspondientes a cada uno de los núcleos señalados. Antes de entrar en ellos, quisiéramos resaltar la aparición en este escrito temprano de dos características que van a definir el trabajo ensayístico de Gutiérrez Girardot: su vocación reflexiva, presente en el imperativo

un análogo marco conceptual desde el cual asignar al período colombiano de Gutiérrez Girardot –a través de la simbólica figura de Ortega– una similar función (dialéctica) dentro del conjunto de su trabajo intelectual, función que encontrará en sus posteriores y despiadados ataques al mismo Ortega, aquel “trabajo de lo negativo” (Hegel), que se constituye en la esencia misma del movimiento dialéctico. Desde esta perspectiva puede entenderse por qué la dialéctica hegeliana llegaría a convertirse en uno de los fundamentos filosóficos de su obra crítica, la cual definiría –partiendo de la interpretación hegeliana de la *Antígona* de Sófocles– como “el proceso de negación recíproca y la implícita transcendencia de lo negado [que] corre paralelo al conflicto de autoescisión y autoconciliación permanentes” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Hegel: notas heterodoxas para su lectura”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 171, marzo 1964, p. 574). Como digresión relevante, dejamos un testimonio “bibliográfico” de la importancia que la dialéctica hegeliana tuvo a lo largo del periplo intelectual de nuestro ensayista. Esta apareció esbozada en un ensayo anterior al citado, titulado: “Sobre la génesis política de la tragedia. Hegel y un género difícil”. Bogotá: *Lecturas dominicales*, El Tiempo, 1 julio 1962, p. 2, si bien su primera aproximación se encuentra en el artículo: “¿Qué es la dialéctica? Un ejercicio sobre Hegel”. Bogotá: *Mito* 33, noviembre/diciembre 1960, pp. 100-118. Cuatro años antes, en el último año de su período estudiantil en Friburgo (1953-1956), aparece su primer trabajo conocido sobre el filósofo alemán: “Nota sobre Hegel” (Bogotá: *Mito* 10, octubre/noviembre 1956, pp. 193-215). Sobre la huella dejada por la filosofía hegeliana en la edificación conceptual de su obra crítica –aún sin estudiar– resultan reveladoras dos confesiones a su amigo Gonzalo Sobejano, la primera 20 años después de publicadas las citadas “Notas heterodoxas” (1964), donde le dice: “quiero realizar un sueño o un deseo que tuve cuando en mi época de diplomata [Bonn, 1956-1966] trataba de descifrar a Hegel: escribir un ensayo sobre las interpretaciones de la *Antígona* de Sófocles por Hegel y Kierkegaard, a las que quiero agregar la muy interesante de Heidegger” (RGG a Sobejano. Bonn, 11/7/1984). Nueve años más tarde, en vísperas de su jubilación académica, en unas palabras ya citadas pero que por su significación quisiéramos repetir, escribe al mismo Sobejano: “Mi último curso en esta Universidad lo daré sobre Antonio Machado. Cuando termine con mis obligaciones, volveré a la filosofía. Es un retorno a mi juventud, pero no como consuelo de la vejez, sino como recuperación de un largo *temps perdue*. Hacia 1960 se me ocurrió escribir un ensayo sobre dos interpretaciones filosóficas de la *Antígona* de Sófocles: la de Hegel y Kierkegaard” (RGG a Sobejano. Bonn, 17/4/1993).

¹³⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “José Ortega y Gasset”. Bogotá: *Avanzada*, 16 octubre 1948, p. 6. No hemos encontrado ninguna referencia a esta publicación periodística, solo la breve mención del propio Gutiérrez Girardot, donde habla de “un suplemento literario” (RGG a Sobejano. Bonn, 27/6/1981). En adelante, todas las citas de este artículo entre paréntesis en el texto: dado que ocupa solo una página del suplemento, todas aparecen como (p. 6).

que lo lleva a fundamentar filosóficamente arraigadas creencias éticas y religiosas a partir del prestigio de la “soberbia estructura de la razón vital” orteguiana y la igualmente precoz manifestación de su talante “misional” y pedagógico, que convierte su juvenil “Guía filosófica” –tiene 20 años– en una invitación “a la juventud al conocimiento de este español, tan profundamente español” (p.6).

1.3.1. “La soberbia estructura de la razón vital”

Inicia Gutiérrez Girardot su artículo “José Ortega y Gasset” dedicando una parte considerable a demostrar que “el prejuicio de colocar a Ortega fuera de los filósofos es, como todo prejuicio, falso”. Ahora bien, antes de analizar los argumentos utilizados para desmontar dicho prejuicio debemos preguntarnos: ¿de dónde surge la necesidad de comenzar sus anotaciones sobre Ortega con un cuestionamiento a su condición intelectual? ¿de tomar partido frente a la disyuntiva: Ortega filósofo *versus* Ortega ensayista, divulgador, etc., “tópico” del que pareciera depender cualquier consideración sobre su trabajo intelectual?¹³⁸ Menos interesado en aportar un punto de vista al esclarecimiento de la tradicional polémica, la decisión de Gutiérrez Girardot de presentarlo “como filósofo y no simplemente como divulgador de filosofías” (p. 6) surge de la necesidad de conceder a Ortega la “jerarquía” que le permita presentarlo en diálogo con la filosofía europea contemporánea, de instalar su pensamiento –esto es lo decisivo– en el contexto de la tradición filosófica occidental, pues solo dentro de este ámbito “ecuménico” adquiere autoridad y validez la tentativa del joven ensayista colombiano por servirse del ímpetu vitalista de la filosofía orteguiana para recomendar a Europa e Hispanoamérica un nostálgico anhelo imperial: “volver los ojos a las ideas vitales, a las empresas formidables de salvación” (p. 6), ideal de *Hispanidad* que se constituye en el núcleo central alrededor del cual giran sus iniciales concepciones estudiantiles.

Antes de mostrar la relación de Ortega con el devenir de las corrientes filosóficas entonces en boga, empieza nuestro ensayista por deshacer la imagen corriente asociada al gran español:

¹³⁸ De los diversas posturas adoptadas, reseñemos a manera de ejemplo el trabajo de Ricardo Senabre, quien verifica cómo, mientras se cuestiona al filósofo, con los años se afirma al literato “y una perspectiva ya amplia permite ver el impacto del *modo* orteguiano en lugares muy diversos: artículo periodístico, libro de ensayos, conferencia divulgadora o discurso político”. De otro lado, Julián Marías, discípulo de Ortega, también ha “señalado con agudeza la permanencia de los modos estilísticos orteguianos” (Ricardo Senabre Sampere. *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1964, pp. 11-13).

Sin embargo y a pesar de que Ortega es un pensador, su obra da la impresión de ser la de un literato extraviado en la filosofía, como Baroja o Stendhal, y que ha llevado a cabo una labor de iniciación filosófica, tanto en España como en la América misma; pero solo eso: iniciación. La amenidad con que trata los temas, pero más que eso el hecho de no tener una obra en la que encierre expresamente un sistema cerrado y estructurado, ha hecho creer que Ortega es simplemente un manipulador de “Filosofías” y más especialmente un asiduo divulgador de las corrientes actuales alemanas (p. 6).

A propósito de esta sola labor de “iniciación filosófica” adelantada por Ortega –una de las objeciones más frecuentes en su contra–, un artículo posterior de este período plantea que si bien podría, de “manera superficial”, negársele a Ortega su “categoría de filósofo”, quién –se pregunta Gutiérrez Girardot– podría desconocer la labor realizada desde la *Revista de Occidente*. Fundamentado en esta sola labor, inesperadamente concede a Ortega, sin embargo, la categoría de filósofo pues al dar a conocer lo más importante de la filosofía alemana moderna Ortega logró “la inserción de la filosofía española en la universal”, ya que en rigor “lo que ha sido filosofía en sentido riguroso y fecundo se debe, y es de justicia reconocerlo, a la filosofía alemana”, de donde parece deducirse, en virtud de un curioso silogismo, que Ortega es “filósofo verdadero” porque divulgó una filosofía “rigurosa y fecunda” como la alemana, filosofía que gracias a su labor habría de integrarse al “genial espíritu español sin que ninguno de los dos [“espíritu” español y “pensamiento” germano] perdiera en autenticidad y profundidad, haciendo con esto filosofía española y universal. En dos palabras: filosofía verdadera”¹³⁹, inconsistente silogismo que años más tarde el mismo Gutiérrez Girardot combatirá con decidido empeño¹⁴⁰. No sobra añadir que tanto este como otros trabajos de esta época, deben ser leídos en su contexto, esto es, como manifestaciones

¹³⁹ “Ortega y Gasset y su influencia filosófica”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 5 marzo 1950, p. 2.

¹⁴⁰ De los múltiples ejemplos que podrían citarse, leamos estas palabras escritas 36 años después: “Y aunque cabe atribuir a Ortega múltiples y decisivas suscitaciones, aunque su obra intrínsecamente fragmentaria y no pocas veces penetrada de simulación desató el interés por la filosofía, lo cierto es que sus brillantes ocurrencias o, si se quiere, *aperçus*, no fueron productos de un pensamiento por cuenta propia, sino fervores dependientes y a la vez ambiguos de buscar un puesto en la historia de la filosofía. Dependientes, porque su afán de “superar” lo hacía dependiente del camino de aquel a quien quería superar. Ambiguos, porque la “superación” postulada, negaba paradójicamente el valor de aquel a quien quería superar y de quien era dependiente” (Rafael Gutiérrez Girardot. “José Ortega y Gasset y Xavier Zubiri”. Manizales: *Aleph 57*, abril/junio 1986, p. 11). A propósito de estas paradójicas negaciones, leemos en una reseña del colombiano al libro *Filosofía y vida*, del jesuita español Roig Gironella, publicada en este período: “Por cuanto a Ortega se refiere, Roig hace notar su afán de europeísmo, de estar a la última, visible en las notas puestas a ensayos como *Goethe desde dentro*, en la que pone de presente que su deuda con Heidegger es nula; que cuanto ha dicho Heidegger en *Sein und Zeit* [1927] estaba contenido ya en las famosas *Meditaciones del Quijote* [1914]”. Tímidamente, añade el entonces orteguiano estudiante: “No es de discutir esta afirmación *un poco* pedante de Ortega. El autor anota el hecho”. Subrayado mío (Rafael Gutiérrez Girardot. “*Filosofía y vida: cuatro ensayos sobre actitudes: Nietzsche, Ortega y Gasset, Croce, Unamuno*, por Juan Roig Gironella, S. J.” (1946). Bogotá: *Revista de las indias* 114, julio/agosto 1950, p. 408.

de un período de formación transcurrido bajo la “influencia” espiritual e intelectual vivida durante su infancia y primera juventud. España no era aún, o mejor, lo era de un modo oscilante y tentativo, objeto de reflexión: era una pasión, es decir, la inicial confluencia de una fe juvenil y el incipiente anhelo de conocimiento objetivo.

Con relación a la señalada asistematicidad de su pensamiento –otro de los tópicos-objeciones referidos a la obra de Ortega– Gutiérrez Girardot desestima la importancia concedida a la elaboración de sistemas como condición del hacer filosófico para acogerse a la “misión” de la filosofía, que según Nikolai Hartmann es “no tanto la de dar soluciones como la de descubrir portentos” (p. 6). Cometido que Ortega demostrará cuando en consonancia con la pulsación de los tiempos elige como fundamento de meditación filosófica la vida, la vida como “realidad radical”, trasladando las enormes tareas de la “sistematización” de sus pensamientos a toda una generación de profesores españoles, entre los que destaca Julián Marías, uno de sus más fieles discípulos¹⁴¹. El listado de “pensadores salidos de las manos de Ortega” que han intentado una “presentación sistemática de la llamada filosofía de la razón vital”, es considerable. Su enumeración se constituye en una muestra de la atenta curiosidad intelectual del ensayista colombiano. Entre otros destacados “presentadores” de la obra orteguiana, menciona

Su más fiel discípulo, Julián Marías, en una *Introducción a la filosofía* [1947] y en varias obras sobre su Maestro; Manuel Granell [1906-1993] en la *Lógica* [1949] nueva, pedida por Ortega en sus *Meditaciones del Quijote* [1913]; Eduardo Nicol en una *Psicología de las situaciones vitales* [1941]; Luis Recasens Siches en una filosofía jurídica; Samuel Ramos en una filosofía humanística. Y Xavier Zubiri, quien ha superado por muchos aspectos a Ortega; y José Gaos, en México, ambos más personales pero que conservan visiblemente el influjo del pensamiento orteguiano [...] el gratísimo expositor Manuel García Morente [...] quien hizo intentos de la misma índole de los de Marías en un ensayo sobre la vida privada¹⁴².

¹⁴¹ Y uno de los primeros en acometer dichas tareas, cuyo aporte principal se encuentra para Gutiérrez Girardot en el capítulo final de su *Historia de la filosofía* (1941), “dedicado a la exposición sistemática del pensamiento de José Ortega y Gasset, la primera de tal índole que recogía no solo cuanto avaramente había dejado Ortega en letra escrita sino aquellas insinuaciones, ideas, sugerencias y lecciones dadas en su Cátedra de Metafísica de la Universidad Central, y comunicadas en el diario coloquio de la amistad” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Julián Marías en el horizonte de la filosofía”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 15 octubre 1950, p. 1).

¹⁴² Rafael Gutiérrez Girardot. “Ortega y Gasset y su influencia...”, *loc. cit.* p. 2. Es evidente que la nómina anterior no solo demuestra el imprescindible magisterio de Ortega; en realidad lo situaba en el centro mismo de toda filosofía posible en idioma español, convirtiéndose así en símbolo y expresión del quehacer filosófico de España e Hispanoamérica. Un año después, recién llegado a Madrid, escribirá a propósito de sus primeros profesores colombianos: “A Ortega y a la *Revista de Occidente* deben estos jóvenes [Carrillo, Cruz Vélez, etc.] buena parte de su obra iniciada en Colombia [...] y hoy Colombia puede mostrar una información filosófica perfectamente al día” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Situación presente de la cultura en Colombia. *Piedracielistas y Cuadernícolas*”. Madrid: *Correo literario* 21, abril 1951, p. 8). Dos años más tarde, sin embargo, comienza a cuestionar el inicial entusiasmo por aquel ambiente que Francisco Romero llamó, “quizá prematuramente de

La mencionada “consonancia” orteguiana con el pulso de los tiempos no era para el pensador colombiano otra cosa que la verificación de aquel espíritu de época que permite a inteligencias diversas enfocar los problemas desde una perspectiva común, “aunque la manera de tratarlos sea diferente y los sistemas incluso parezcan opuestos”, pues en última instancia miran los hechos y los problemas “desde un punto de vista igual a todos.” Esta perspectiva común, cifrada en aquella “realidad radical” donde confluyen “todas las meditaciones filosóficas” del momento, lleva a Gutiérrez Girardot a hablar de “Filosofía de la vida en España, de la existencia en Alemania, pero ambas –Ortega y Heidegger– ocupándose de los problemas primarios de la vida y del ser” (p. 6), quedando de este modo ambos pensadores estrechamente emparentados no solo a nivel filosófico sino incluso en consideración a sus respectivas nacionalidades. Inédita confluencia donde pasaban, además, a compartir una supuesta “generación” común, como queda manifiesto en unas anotaciones sobre la traducción al español de *La peste* (1947) de Camus: “El existencialismo que nos presenta *La peste* dista mucho de ser el existencialismo de Heidegger, el vitalismo de Unamuno o de Ortega, realmente formidables, desde el punto de vista de su generación”¹⁴³.

Consciente de la arriesgada filiación con el ilustre filósofo alemán, procede a unificar los orígenes de sus pensamientos en una misma problemática filosófica, expresada en la común necesidad de “superar tanto el idealismo kantiano como la eterna contienda entre los dos extremos: idealismo y realismo” (p. 6). Mediada por las suscitaciones de la fenomenología y del neo-kantismo de Hermann Cohen, de quien Ortega fuera discípulo, dicha problemática conduce a Ortega a descubrir su propio camino de pensador “original y profundo”, adjetivos similares a los utilizados por Julián Marías en una referencia a Ortega recogida por el mismo Gutiérrez Girardot: “Hoy cuenta España –escribe Marías de su maestro y modelo– desde los tiempos de Suárez con un metafísico original y riguroso”¹⁴⁴. Surgida de su lucha contra el idealismo y presente en las *Meditaciones del Quijote* (1913) y posteriormente en *El tema de nuestro tiempo* (1923), la filosofía de Ortega encuentra su concreción en su teoría del “perspectivismo”: “la razón pura debe ceder su imperio a la razón vital” (p. 6). Para Gutiérrez Girardot la filosofía de la “perspectiva” orteguiana podría parecer un “pasar de filosofía en filosofía”: del apartado neo-Kant a la filosofía de la vida de

normalidad filosófica” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre la filosofía en Hispanoamérica”. Madrid: *Correo literario* 71, mayo 1953, p. 10).

¹⁴³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Una novela existencialista”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 13 marzo 1949, p. 4.

¹⁴⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “Ortega y Gasset y su influencia...”, *loc. cit.* p. 2.

Dilthey, a la “elegantemente expuesta filosofía de Bergson” o al existencialismo de Kierkegaard, pero aun teniendo mucho que ver con todos ellos, “no es rigor ni una reunión de sus especulaciones, ni una copia divulgadora de sus sistemas”. Su conclusión no deja lugar a dudas sobre su afán de prestigiar el pensamiento de Ortega colocándolo al mismo nivel del “filósofo de máxima actualidad en la vieja Europa”¹⁴⁵:

El “yo soy yo y mi circunstancia” es análogo al “dasein” de Heidegger, a la “realidad de verdad” del existencialismo alemán, pero no es enteramente una copia, ni siquiera la recolección de una incitación regada en el *Ser y tiempo* de Martin Heidegger¹⁴⁶. Si su obra, la “razón vital”, es análoga en importancia a la forma culminante de la nada y la angustia del *Ser y tiempo* de Heidegger, no puede significar sino que la generación de filósofos del siglo XX enfoca desde la “perspectiva” de la vida, de la existencia, de la angustia, la problemática filosófica. Y este hecho, palpable en la vida espiritual, solo comprueba la eficacia del “perspectivismo” (p. 6).

Escritos para medios culturales como los suplementos literarios de la prensa nacional, las publicaciones colombianas de Gutiérrez Girardot también aspiraban a difundir el panorama filosófico español, sirviendo al propósito pedagógico de fundamentar en Ortega y en algunos de sus seguidores un modelo filosófico posible para Colombia y los países hispanoamericanos. Especialmente significativos son los ya citados artículos “Julián Marías en el horizonte de la filosofía” y “Ortega y Gasset y su influencia filosófica”, destinados a rastrear dicha influencia en dos de sus discípulos más prometedores: Xavier Zubiri y Julián Marías. De aquí que dedique más espacio a resaltar sus similitudes con relación al legado de Ortega, si bien empezaba ya a percibirse la preferencia de Gutiérrez Girardot por Zubiri, “quien ha superado por muchos aspectos a Ortega”¹⁴⁷, elección que ya muestra las primeras manifestaciones de su polémico distanciamiento de Ortega: frente al exclusivo magisterio del meditador castellano, la filosofía de Zubiri comenzaba a representar para el exigente estudiante, como ya hemos señalado, un aporte “más sólido y realmente más filosófico, más asible, por así decir, que los ensayos de Ortega y Gasset, que nunca cumplían lo que prometían”, un aporte más decisivo para la consolidación de un auténtico pensamiento en lengua española¹⁴⁸. Lo diría en un artículo escrito en Alemania (al final de su período

¹⁴⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Hispanoamérica y España: noticias breves”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* Nº 421-425, agosto/diciembre 1949, p. 491.

¹⁴⁶ A este respecto, recordemos la reseña de Gutiérrez Girardot al ensayo de Roig Gironella citada anteriormente, donde este asegura que el deseo por “estar a la última” llevaría a Ortega a negar su deuda con Heidegger, a afirmar que “cuanto ha dicho Heidegger en *Sein und Zeit* estaba contenido ya en las famosas *Meditaciones del Quijote*”.

¹⁴⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Ortega y Gasset y su influencia...”, *loc. cit.* p. 2.

¹⁴⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Nota sobre Hegel”. Bogotá: *Mito* 10, octubre/noviembre 1956, pp. 213-215. Más adelante, luego de citar a Hegel a propósito de las exigentes demandas hechas a quienes buscan la

estudiantil) a propósito de un ensayo de Zubiri titulado “Hegel y el problema metafísico” (1931), donde sin mencionar el nombre de Ortega, anota esta declaración de autoexigencia intelectual: “Las palabras de Xavier Zubiri no son solamente una frase [...] sino quizá la más profunda contribución hecha en lengua española para que nuestro mundo, haciéndose consciente de los problemas mundiales, entre a formar parte activamente de la historia universal. Pero también, para que de una vez por todas, haya auténtico pensamiento en lengua española”.

Y mientras reconoce la labor de sistematización adelantada por Marías y las posibilidades de un trabajo en plena gestación –36 años y “un total de catorce libros en nueve años” tenía Marías cuando Gutiérrez Girardot escribe estas líneas– considera que aún toma “literalmente y con bastante servilismo” las sugerencias de su maestro. Pese ello, Marías representa

hasta el momento la primera cosecha de la obra de Ortega y Gasset y su significado puede verse como la culminación, hasta ahora iniciada, de un pensamiento enriquecido con aportaciones muy notables de filósofos españoles alguno de ellos superior a su mismo maestro. Me refiero a Xavier Zubiri [...] quien luego de escuchar a Heidegger y al físico Schroedinger y luego de madurar su pensamiento, propuso una nueva visión de los temas filosóficos, aún esquematizada y en proyecto¹⁴⁹.

A pesar de la latente actitud crítica hacia la obra de Ortega, afirma Gutiérrez Girardot que “sus enormes proporciones y por su típico pensamiento y estilo, engendró una filosofía española, como más adelante habré de sugerirlo con algunas reservas”¹⁵⁰. Referidas al problema de la necesaria relación entre el pensamiento y su “estilo expresivo”, estas reservas comprometen la entraña misma de la filosofía orteguiana y con ella la existencia misma de una filosofía española: “Se explica que haya filosofías denominadas por su “nacionalidad”,

gestación de un “auténtico pensamiento” filosófico, escribe: “A la apariencia de soberbia que hay en estas frases no ha de responderse con la soberbia de lo irracional o de lo *vital*”. Subrayado mío.

¹⁴⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Julián Marías en el horizonte...”, *loc. cit.* p. 1. Aunque más adelante volveremos sobre ello, no sobra mencionar que Gutiérrez Girardot asistió en Madrid a tres cursos dictados por Zubiri: “Cuerpo y Alma” (Madrid 1950-51), “La libertad humana” (Madrid 1951-52), “Filosofía Primera” (Madrid 1952-53). Treinta años más tarde, ya consolidada su postura crítica frente a un Ortega al que llamaría “divulgador del *dernier cri*” –por su costumbre de presentar los resultados últimos de una evolución sin “mostrar los caminos que habían hecho posibles esos resultados”, escribe Gutiérrez Girardot: “Tal divulgación tuvo al menos un efecto [...] Xavier Zubiri, su alumno –no discípulo– [...] tomó en serio los frívolos postulados de Ortega y Gasset. La disciplina y el rigor que él predicaba sin cumplir, más como un adorno que como un hábito intelectual, se convirtieron en Zubiri en el presupuesto tácito de su trabajo intelectual. No predicaba ni exigía rigor y disciplina, los ejercía y los consideraba una evidencia en todos –independientemente de su nacionalidad– los que se dedicaban o querían dedicarse a la filosofía” (Rafael Gutiérrez Girardot. “José Ortega y Gasset y Xavier Zubiri”, *loc. cit.* p. 8).

¹⁵⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “Ortega y Gasset y su influencia...”, *loc. cit.* p. 2.

alemana, francesa, inglesa, etc., si se piensa en la íntima relación existente entre el pensamiento y su expresión”. Si los pensamientos tienen un estilo, este no será solo obra de su autor, también dependerá del medio cultural en el cual surge, mostrando la raíz misma de donde emergen aquellos. De aquí que la filosofía de Ortega –expresión de elegancia y vigor– requiera un “lenguaje dinámico” y viceversa (“es casi un axioma”) el lenguaje de Ortega requiera una filosofía vitalista:

“La vida es quehacer”, repite a cada instante. El hombre no está ante algo fijo y permanente sino frente a una perspectiva cambiante, ha dicho con harta frecuencia. A este movilismo se acomoda su estilo. La expresión barroca es casi innegable: puede adivinarse en sus mejores y más decisivas obras. No es aventurada la afirmación de que el barroquismo es casi esencialmente español. Cuanto de hispánico conservamos en América es barroco¹⁵¹.

La afirmación es temeraria pero permite a Gutiérrez Girardot aventurar una suerte de “arquetipo” de lo esencial hispano-americano a partir del vitalismo orteguiano, imagen cifrada en el “espíritu lleno de movimiento” y en la “sempiterna vocación por el paisaje” (Eugenio D’Ors), que caracteriza la expresión barroca, cualidades que deberían bastar para abandonar el sentido peyorativo que suele dársele a este “arte de la Contrarreforma”, así como para “considerar la filosofía de Ortega como filosofía española”, en última instancia como expresión barroca de una filosofía dinámica en cuya esencia se encuentra el constitutivo barroquismo que configura la concepción del mundo en Hispanoamérica. Si “cuanto de hispánico conservamos en América es barroco” como afirma Gutiérrez Girardot, entonces este continente

siente también esa “sempiterna vocación por el paisaje” con que caracteriza D’Ors el barroco. Es más, nuestra tierra es el paisaje mismo. Inexplorado hasta ahora, espera la mirada inquisidora y aguda de sus hombres. La lección de la circunstancia, unida a ese “gastar la vida con gracia” que ya nombré antes, pues “la vida como la moneda tiene su valor en gastarla”, es del mejor provecho¹⁵².

Para el joven estudiante, la filosofía orteguiana puede ayudarnos a encontrar una filosofía para nuestro continente. Lo deja manifiesto en una referencia a la labor de José Gaos en México, quien a través de una filosofía raciovitalista ha despertado el interés por la meditación de nuestra circunstancia americana. Es una búsqueda que apremia a todo el continente y donde cada país “hace coro al llamado de la tierra, que pide una filosofía para ella”. Muda en sus detalles, de la lección orteguiana solo deben seguirse los lineamientos

¹⁵¹ *Ibid.*

¹⁵² *Ibid.*

generales, el llamado de nuestra propia circunstancia “que es nuestro paisaje, amplio y expectante”, búsqueda de una identidad nacional cuyos antecedentes pueden hallarse en la inclinación por el paisaje que en España caracterizaría a la generación del 98 y en Hispanoamérica a la narrativa de las décadas del veinte al cuarenta a través de la llamada “novela de la tierra”. Solo entonces –sin cuidarnos de trazar a priori un programa de lo que nuestra filosofía deba ser–, tendremos una filosofía americana, “porque la misma tierra se encargará de darle fisonomía propia”, expresión en la que creemos ver una clara referencia al ensayo de Pedro Henríquez Ureña titulado “El descontento y la promesa”, donde augura que una vez alcanzada “la expresión firme de una intuición artística” –filosófica en nuestro caso–, “va en ella, no solo el sentido universal, sino la esencia del espíritu que la poseyó y el sabor de la tierra de que se ha nutrido”¹⁵³.

Con respecto a la relación de Ortega con el barroco español como arquetipo de lo esencial hispano y americano, resultan de gran interés los dos artículos dedicados por Gutiérrez Girardot al ciclo de conferencias que bajo el título general de “Goethe e Hispanoamérica” pronunciara el doctor Víctor Frankl¹⁵⁴, de la universidad de Viena, con motivo del 2º centenario de Goethe, en especial “El puesto de Goethe en la evolución cultural de occidente”, que se constituyó para Gutiérrez Girardot en una prueba de las influencias ejercidas sobre Goethe por la cultura española, especialmente el Barroco, las mismas que “nos legaron los españoles en tiempos de la conquista y la colonia”¹⁵⁵. Juicio que reitera en el otro artículo dedicado al centenario, más extenso y elaborado: “Reconocemos, pues –dijo el profesor Frankl– que las raíces del espíritu goetheano se nutrieron de la espiritualidad e intelectualidad del Barroco y ante todo del Barroco español”. Una cosa sin embargo llama la atención: entre los autores citados por Frankl, nuestro

¹⁵³ Pedro Henríquez Ureña, “Seis ensayos en busca de nuestra expresión” (1928) en *Obra crítica*. México: FCE, 1981, p. 252. Las declaraciones dadas por Gutiérrez Girardot en una entrevista nos permiten suponer esta referencia a los célebres ensayos del dominicano:

“–¿Cuándo leyó por primera vez a Alfonso Reyes y a Pedro Henríquez Ureña?

–Yo descubrí a Alfonso Reyes y a Pedro Henríquez Ureña ya en Bogotá, cuando era estudiante”, aportando a continuación valiosa información sobre Reyes pero sin añadir nada Henríquez Ureña (Selnich Vivas Hurtado. “Todo lo contrario a la razón es la autoridad. Diálogo con RGG”. Medellín: *Revista Universidad de Antioquia* 235, enero/marzo 1994, p. 7).

¹⁵⁴ Víctor Frankl (1905-1997). Neurólogo y psiquiatra austriaco. Fundador de la logoterapia, considerada la Tercera Escuela Vienesa de psicología, después del psicoanálisis (Freud) y de la psicología individual (Adler). Autor del libro *El hombre en busca de sentido* (1945) donde describe su experiencia como prisionero en un campo de concentración desde su perspectiva de psiquiatra. Invitado por el gobierno nacional, trabaja como profesor en el Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional. Las tres conferencias fueron dictadas en la Biblioteca Nacional (agosto de 1949) y publicadas en la *Revista de Indias* 17 (1950).

¹⁵⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Bicentenario del nacimiento de Goethe”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* N° 421-425, agosto/diciembre 1949, p. 488.

articulista no menciona el nombre de Ortega, cuyas ideas sirven al conferencista para convertir al olímpico alemán –nutrido de la misma cultura que envió sus ideas-fuerzas a sus colonias–, en el “gran orientador de Hispanoamérica en su afán de realizar su propia misión cultural”¹⁵⁶. Valga la observación, nacida a raíz de la lectura de un artículo del ensayista colombiano Juan Guillermo Gómez García, el cual nos revela la génesis de las ideas de Frankl:

Partiendo de la tesis de Ortega según la cual Goethe no pudo comprender a Jena – vale decir, a Hegel ni a la filosofía que se generaba solo a veinte kilómetros de Weimar–, Frankl deduce de ello una circunstancia feliz para nuestro destino hispanoamericano: Goethe se ubica en un mundo prekantiano que lo hace directo discípulo del “neoristolismo de la renovada Escolástica española de la época barroca”, de Suárez y sus seguidores [...] Repite con insistencia Frankl que Goethe no solo padecía de influencia Barroca, sino que su obra sustancial parte de ese mundo espiritual dominado por la mística y los jesuitas. Más aún, el *Fausto* está destilado [...] de *El gran teatro del mundo* de Calderón¹⁵⁷.

El silencio de Gutiérrez Girardot resulta elocuente si lo leemos a la luz del exaltado elogio que dedica a Frankl y a su conferencia:

Mayor embriaguez de esencias telúricas, de amor a lo nuestro, en medio de una sobria presentación, difícilmente puede oírse de los labios de un propio hombre de esta tierra. Se nos antoja que esta es la encarnación de lo esencial hispanoamericano hecho palabra, justa y exacta por lo demás, sin exageración alguna¹⁵⁸.

Palabras que bien pueden prescindir de la señalada influencia de Ortega en virtud de un nuevo razonar “silogístico” que estaría afirmando que si Goethe pudo nutrirse de la misma espiritualidad de lo barroco español que constituye la esencia del continente americano, bien puede el genio alemán convertirse en el “gran orientador de Hispanoamérica”, ideas que lo llevan a recoger las consideraciones del filósofo Wagner de Reyna sobre la “inmutabilidad de lo barroco para Hispanoamérica” para preguntarse: “¿no ha de resultar para Hispanoamérica de capital importancia el estudio del espíritu de Goethe con el fin de aprovechar sus enseñanzas, su “universalismo”, un universalismo cristianizado, como lo pide Víctor Andrés Belaúnde, para la estructuración de nuestra propia cultura?”¹⁵⁹

¹⁵⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “El 2º Centenario...”, *op. cit.* p. 4.

¹⁵⁷ Juan Guillermo Gómez García. “La recepción de Goethe en Colombia entre dos centenarios (1932-1949) en *Colombia es una cosa impenetrable*. Bogotá: Diente de León, 2006, pp. 301-302.

¹⁵⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “El 2º Centenario...”, *op. cit.* p. 4.

¹⁵⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “El 2º Centenario...”, *op. cit.* p. 2. Víctor Andrés Belaúnde (1883-1966). Pensador católico, jurista, escritor y político peruano. Junto con José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre forman el grupo de pensadores más preocupados por la reflexión en torno a la sociedad peruana. Como político llegó a ocupar la presidencia de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Es autor de *Ensayos de psicología nacional* (1912), *Meditaciones peruanas* (1917) y *Peruanidad* (1942), entre otros ensayos.

Porque aunque no lo mencione expresamente –no lo hace en “José Ortega y Gasset”, su primer artículo–, en la base, en el sustrato más hondo de esas “ideas-fuerzas” que “nutrieron” a Goethe, que siguen nutriendo lo esencial de nuestra cultura, está el cristianismo, guía de pueblos, tabla de salvación. Es el sentido último que tienen las anteriores palabras, el mismo que anima su comentario a la última conferencia de Frankl, “El *Fausto* de Goethe y el *Martín Fierro* de Hernández. Dos mitos continentales”, donde al viejo mito de una vieja cultura –fruto del “aristocratismo intelectual” y de la individualidad de una cultura experimentada y madura–, opone la reciente gestación de una cultura joven, sin jerarquías sociales e intelectuales firmes, esencialmente comunitaria. “América fue, es y será obra del pueblo –escribe Frankl–, su filosofía consiste simplemente en la consciente entrega de su ser a la voluntad de Dios”¹⁶⁰. El juicio de nuestro ensayista no precisa comentario: “Júzguese por la salvadora intención, por el sereno llamamiento a lo nuestro, el valor que gracias al profesor Frankl ha tenido esta conmemoración”. Lección de amor a España que convierte las palabras del profesor vienés en “manual” de los que han comprendido que esta generación debe “comenzar diciendo su palabra propia”, dando a nuestra geografía una estructura espiritual que se corresponda a los “llamados” de su tierra morena, su sangre española y su realidad mestiza¹⁶¹: frente al norte protestante e individualista, la lección goetheana va dirigida a despertar en las jóvenes generaciones el sentido de la responsabilidad y el reconocimiento del verdadero significado de lo que para nosotros significa la *Madre Patria*.

¹⁶⁰ *Ibid.*

¹⁶¹ A la “sempiterna vocación por el paisaje” con que caracteriza D’Ors el barroco se suma ahora –en la versión de Victor Frankl–, la concepción goetheana de un tiempo “circular” –no la correría “sin aliento” de la experiencia occidental, sino los “graves ritmos de la tierra mestiza”–, vivencia temporal de “estructura cíclica” que se encuentra en los escritores y artistas más representativos de Hispanoamérica: *La vorágine* (Rivera), *Toa* (Uribe Piedrahita), *Canaima* (Gallegos) y *La doncella del agua* (Jorge Rojas), obras de las cuales afirma: “ninguna de ellas conoce evolución de un carácter, progreso de una acción [...] toda la acción se mueve en un círculo, incluido ineludiblemente en el ritmo de la vida, grandiosa y terrible a la vez, de la Naturaleza. Hispanoamérica la *auténtica*, la *verdadera*, la del indio, siente los clamores de la tierra y la impetuosa corriente de lo español” (subrayado mío), quedando así vinculado el ser del continente americano al ámbito ciego de la Naturaleza, a esa “embriaguez de esencias telúricas” que tanto falsearía la comprensión europea de la expresión americana y que años después el mismo Gutiérrez Girardot habría de combatir decididamente, concepción de un estado de “naturaleza” que se convirtió en el supuesto valor específico de la literatura hispanoamericana, llegando incluso a adquirir carácter ontológico. Por lo demás, términos como “Barroco”, “telúrico” o “real maravilloso” (caras de un mismo tópico miope y empobrecedor) se constituirían para el crítico colombiano en un horizonte ahistórico, semiontológico que resuelve la disputa entre tradición y modernidad a favor de la tradición (Rafael Gutiérrez Girardot. “El tema de la naturaleza en la literatura Hispanoamericana”. Bogotá: *Eco* 200, abril/junio 1978, pp. 891). Finalicemos esta extensa nota señalando que solo año y medio después, ahora en Madrid, aparece la primera tentativa de Gutiérrez Girardot por trazar una “definición de Hispanoamérica” a partir de los diferentes acercamientos hechos por la inteligencia americana en su afán por alcanzar los “contornos de nuestro ser histórico”, “definición” del todo ajena a estos tópicos empobrecedores (Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas para una definición de Hispanoamérica”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 26 agosto 1951, p. 3). Más adelante volveremos sobre este decisivo trabajo.

1.3.2. Las rutas de la *Hispanidad*

Que el interés del primer artículo de Gutiérrez Girardot no era tanto los contenidos de la filosofía orteguiana como su prestigio, queda manifiesto cuando pasa a recomendar los valores de la *Hispanidad* encarnados en la “dinámica, fervorosa y juvenil personalidad filosófica” del Maestro –atributos que el joven estudiante extiende a la nación española y con ellos a Hispanoamérica– dejando al descubierto la inclinación marcadamente misional y “propagandística” que nace con sus primeros artículos y que va a constituirse en una de las características más notorias de su talante intelectual.

Sin duda, la esquemática y más bien literaria que filosófica exposición del pensamiento de Ortega presentada en las líneas anteriores, no da una idea completa de la soberbia estructura de la razón vital. Sin embargo, incitar a la juventud al conocimiento de este español, tan profundamente español, resultará provechoso cuando sabemos que en lo ibérico está el trasfondo de nuestra desangrada nacionalidad (p. 6).

Esta relación entre Ortega y lo “ibérico” –compendio de la conciliación entre el pensamiento moderno y la concepción teológica y providencialista de España como pueblo escogido para la defensa y propagación del catolicismo en el mundo– es la que justifica el interés de Gutiérrez Girardot en su “personalidad” filosófica: “el aporte de Ortega a la filosofía moderna es variado y juvenil”: categorías como “agilidad”, “dinamismo”, “desinterés”, se convierten en una incitación a la juventud para que vuelva sus ojos hacia las fuentes de energía que animaron lo que llamará, como veremos más adelante, la “vida ascendente” del “quijotismo”, las mismas que movilizaron las grandes empresas salvadoras de la *Hispanidad*. En la oscilación entre lecciones de la filosofía y los caminos de la fe religiosa –que como ya vimos contiene el núcleo dialéctico de su propia superación–, el estudiante colombiano hallaría una guía intelectual y espiritual a los duros tiempos que le tocaron en suerte.

De aquí que en su primer artículo, la exposición sobre la filosofía de la “razón vital” derive en la exaltación de la juventud a partir de los supuestos de dicha filosofía, en los esfuerzos del pensamiento moderno por superar el viejo dilema entre materia y espíritu –en términos filosóficos, entre la exaltación de la materia (realismo, positivismo) y del yo como centro de todas las cosas (idealismo, Kant)– con el fin de elaborar una nueva consideración más humana del hombre. “Por la superación del idealismo ha llegado [Ortega] a una concepción vitalista del hombre y al mismo tiempo, a una conciliación del realismo con el

idealismo” (p. 6). Iniciada por las indagaciones de la antropología filosófica del siglo XIX y continuada en los trabajos de Max Scheler y Ernst Cassirer, encuentra su más justa expresión en la filosofía orteguiana de la “razón vital”. Esta consideración introduce en la señalada dualidad el ámbito de la “vitalidad”, fundamento de la persona humana y de la vida, a la que pertenecen “los instintos, de defensa u ofensa, de poderío o juego, el placer y el dolor, la tracción sexual, etc.”. Conciliación de lo material y espiritual, lo “vital” es la realidad donde radican todas las meditaciones sobre el problema del hombre, introduciendo en los capítulos de la filosofía del siglo XX “el culto a la vida, a lo que de irracional tiene el hombre”, nueva valoración de aquellos instintos a los que Ortega concede una importancia que “no había tenido hasta el presente” (p. 6). De esta capa vital, instintiva surge el devenir de la historia, que pendula entre dos momentos: “vida ascendente” y “vida descendente”, conceptos orteguianos de una oposición vital que sustenta la preferencia de Gutiérrez Girardot por la calidad “ascendente” de lo espiritual e inmutable sobre la pesadez “descendente” de lo material y pasajero –raíz de sus constantes ataques al positivismo, a la “disolvente” cultura francesa, etc.– en último término, su preferencia por la verdad eterna del cristianismo.

La vida ascendente corresponde al elegante desencadenamiento de los instintos vitales. Su símbolo es el “quijotismo”, la figura más grandiosamente hispana, hombre en lucha, generoso, desinteresado cuya esencia se encuentra en el riesgo, en los “valores fervorosamente defendidos de una caballería muy española, muy deportiva”¹⁶², relación que junto con otros rasgos de la España eterna, según vimos, empiezan a arraigar a partir del ambiente familiar y social que rodea su más temprana infancia:

Mi abuelo me lo enseñó todo [...] él me enseñó lo que es amor, pasión, disciplina varonil, caballeridad y lo que ya era entonces burguesamente despreciable: la fuerza moral y estética de la ética hispánica del “quijotismo”. Mi abuelo era de origen francés, pero estaba emparentado con el muy quijotesco “héroe de la Independencia” Atanasio Girardot, el oficial de Simón Bolívar que murió poniendo la bandera en una cumbre: ganó con ello y con su muerte la batalla¹⁶³.

¹⁶² Léase esta característica apología del ideal representado por don Quijote: “Sabido es que jamás hemos sido ni utilitaristas ni dados a henchir de oro las arcas con espíritu de avaro lucro, sino por el contrario, incorregibles manirroto y despilfarradores, que llevamos puestos los pensamientos en subidísimos objetos, como el Caballero de la Mancha, y dejamos los doblones en manos utilitaristas, cual dejó éste cierta bolsa llena de abundantes patacones en poder de su positivo escudero. Y aún cabe observar que dentro del positivismo de este escudero, por ser hispano, se adivina que era más ambicioso de paz y bienandanza que de abundantes riquezas” (Carlos Restrepo Canal. “Mater Hispania”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 18 mayo 1952, p. 1.)

¹⁶³ Zamir Bechara. “Conversación con Rafael Gutiérrez Girardot” (“años noventa”). Barcelona: *Quimera* 259-260, julio/agosto, 2005, pp. 74-75.

La vida descendente, por el contrario, se expresa en su inclinación por el negociante, la vida de los mercados y de los bancos, concediendo mayor valía al agiotista que al soldado, supeditando el “espíritu guerrero por la burguesía”. Frente al enérgico despliegue de la vida ascendente, la vida descendente se convierte en expresión de “debilidad constitutiva”, de insuficiencia, de falta de confianza en sí misma. Torrente espiritual de energías, la vida ascendente, por el contrario, pasa a representar la confianza absoluta, el vigor desinteresado, la capacidad de afrontar todos los retos, de “jugar el juego de la vida aún a riesgo de perderlo. Es un deporte y la muerte no significa más que un incidente en la carrera deportiva”. Y añade: “Por eso las civilizaciones guerreras preparan las grandes épocas de la cultura”, transformando una categoría filosófica como la “vida ascendente” en apología de épocas guerreras (y evangélicas), capaces de engendrar una “aristocracia de ideales y hombres generosos” (p. 6), manifestación de la honda nostalgia orteguiana por las viejas glorias de la España imperial, pero también de la tácita adhesión del joven Gutiérrez Girardot al fundamento “regeneracionista” del gobierno conservador de Laureano Gómez.

Así, la democracia significa una máxima degeneración de la cultura occidental a pesar de habersele reconocido un tono vital. Contra la democracia, hija del absurdo liberalismo, Ortega opone el restablecimiento de una jerarquía enérgica que pueda salvar al occidente de la “rebelión de las masas” por todas las concesiones que hace una democracia decrepita (p. 6).

Si España sufre por ausencia de los mejores –escribe, siguiendo el Ortega de la *España invertebrada* (1921)–, se trata entonces de “vertebrar” la Nación a partir de la formación de élites directoras que vuelvan a tomar conciencia de sus deberes, de los ideales de sacrificio y responsabilidad que animaban a los “caballeros de la Reconquista”, adhiriéndose así a una concepción tradicionalista que frente a la crisis social y política, al quebrantamiento de toda autoridad lo lleva a recomendar a una juventud angustiada y desorientada, “volver los ojos a las ideas vitales, a las empresas formidables de salvación”, a buscar en el glorioso pasado español las claves para la crisis del presente.

A este respecto resultan muy significativos los apuntes de Gutiérrez Girardot a la segunda conferencia de Víctor Frankl con motivo del 2º centenario del nacimiento de Goethe, titulada “La vivencia del tiempo en Goethe y la idea de Hispanoamericana de la cultura”. Partiendo del concepto goetheano de devenir temporal –caracterizado por un “arraigo al pasado” y por una vivencia *conservatista* que lo acerca a los griegos clásicos, “para quienes el tiempo estaba fundamentado en el amor y la *veneración del pasado*”–, deduce para el continente americano una “idea de cultura [...] muy emparentada” con ambos

conceptos¹⁶⁴. Esta concepción reaccionaria de la *Hispanidad* también se percibe en las primeras líneas de su segundo artículo sobre el centenario de Goethe, donde sostiene que la única justificación de dichas celebraciones consiste en dejarnos la “presencia del pasado en su dimensión de inmutabilidad, de absolutez. Vivificar y actualizar una *tradición*: he ahí la doble *misión* de quienes estas conmemoraciones celebran”¹⁶⁵, donde las nociones de “tradición” –como “veneración del pasado”– y de “misión” –en el sentido de “vivificar y actualizar” dicha tradición–, se enmarcan dentro de una fuerza impulsora que encuentra en la esfera de lo religioso la única garantía de “inmutabilidad y absolutez”, y en el accionar permanente de su actualización el despliegue misionero que caracteriza los escritos del estudiante colombiano.

Latente, la esfera de lo religioso comienza a manifestarse tanto en el ámbito de lo literario como en el tema y enfoque de algunos de los libros que reseñaría en aquellos años. Es el implícito cometido de la reseña que dedicara a la mencionada traducción al español de *La peste* de Camus, donde a la “angustia estereotipada” de los seguidores del existencialismo, opone la “nobleza de ideales” y el “dinamismo de juventud”, expresiones que en el contexto señalado resultan una clara referencia a los mismos “ideales” y “dinamismo” propios del espíritu cristiano de la *Hispanidad*. Esta descalificación del existencialismo (al que llama “pseudofilosofía”) convierte a Camus en un “cronista mediocre” y a *La peste* en una novela inferior a los trabajos de Julian Green, Huxley o de Hermann Hesse “en medio de su serenidad angustiosa”¹⁶⁶, toda vez que el autor obliga a sus personajes a convertirse en “instrumentos” de divulgación de las ideas de Sartre, ejerciendo esa modalidad de crítica negativa que como veremos más adelante consiste en exaltar los valores de la *Hispanidad* en detrimento de las “disolventes” tendencias del pensamiento moderno, inclinación religiosa que aparece de nuevo en dos artículos de Gutiérrez Girardot dedicados a la poesía en lengua española: el primero, a los seis poetas españoles que en 1949 visitaron Bogotá, excursión motivada, según Mainer, por el surgimiento de una “nueva conciencia poética” que a mediados de la década de los cuarenta llevaría a varios países de América Latina a cinco de sus más significativos creadores:

Rosales, Panero, Vivanco, Foxa y Antonio de Zubiaurre. Esta preocupación americanista –que pronto canalizaría el ICH–, había tenido como precedentes las giras culturales del recitador González Marín y del conferenciante Eugenio Montes,

¹⁶⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “Bicentenario del nacimiento...”, *loc. cit.* p. 489. Subrayados míos.

¹⁶⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “El 2º Centenario...”, *loc. cit.* p. 4. Subrayados míos.

¹⁶⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Una novela...”, *loc. cit.* p. 4.

realizadas durante la guerra civil española y alentadoras de unos efímeros movimientos falangistas en países del Nuevo Continente¹⁶⁷.

No hace falta insistir en las ya señaladas vinculaciones políticas que el gobierno colombiano de aquellos años mantendría con la España franquista, manifiesta en una inesperada referencia de nuestro ensayista a aquella *unidad de destino* (Ortega, Primo de Rivera) cuya reminiscencia ideológica lo llevan a valorar las aspiraciones estéticas de la actual generación española tanto por su retorno a lo tradicional como por la actualización de esta gloriosa memoria, “confluencia ideal” de una juventud lírica que entre de lo nuevo y de lo viejo, entre innovación y tradición encuentra en la señalada *unidad de destino* no solo una “frase bella y muy española”, sino el gesto de una inequívoca actitud:

Con la mirada puesta en el alma y en los valores espirituales, siempre eternos, siempre nuevos y siempre viejos [...] que vienen desde el tiempo y va para allá, a la eternidad. Tal es la tendencia de la actual generación de poetas españoles. ¡Vida! Pero vida hacia Dios, impregnada de amor a lo eterno, hambrienta de inmortalidad como la quería don Miguel de Unamuno, el caballero de la fe loca. Y vida cristiana, sencilla como las palabras misteriosas que estos cantan, como los silencios que ellos hacen, como la fe que de ellos brota en toda su obra¹⁶⁸.

También derivan hacia la esfera de lo trascendente el segundo de sus artículos dedicados a la poesía en lengua española, titulado “Dos poetas colombianos actuales: Fernando Arbeláez y Marco F. Cháves”, a quienes aplica las consideraciones de Heidegger sobre la poesía y su “privilegiado derecho de nombrar a Dios” (Novalis), poetas de los cuales afirma no interesarle ni “la génesis de su obra, ni a qué grupo pertenecen, ni las modalidades de presentación, ni de dónde vienen ciertas corrientes literarias, esto es, los poetas a quienes debe influencia”, ocupaciones de quienes dirigen su atención “no al alma del poeta sino a la figura del mismo”, palabras que parecen configurar una especie de *ars* poética donde “no es menester mencionar a Dios para descubrir su presencia”, manifiesta en la capacidad de la palabra poética para llevar a todos los hombres la “comunión espiritual, la *vida celestial* como la llama hermosamente Berdiaeff”, descubriendo el alma de ambos poetas en el “deseo

¹⁶⁷ José Carlos Mainer. *Falange...*, *op. cit.* pp. 49-50. En una de aquellas “Cartas de Madrid” destinadas a ofrecer al público colombiano el panorama general de la bullente actividad cultural madrileña, el estudiante Gutiérrez Girardot habría de referirse a Leopoldo Panero, “ya conocido de los lectores colombianos, por aquellos poemas que leyó en compañía de Luis Rosales, Antonio de Zubiaurre y Agustín de Foxá, en el año de 1950, y por su hermosísimo libro *Escrito a cada instante*, publicado en la colección *La encina y el mar*, del ICH, en el año de 1949” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Carta de Madrid”. Bogotá: *Bolívar* 22, agosto 1953, p. 321).

¹⁶⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Seis poetas españoles...”, *loc. cit.* p. 469.

de inmortalidad y su comunicación espiritual” dirigidas una hacia Dios, la otra hacia al espíritu fraternal¹⁶⁹.

Pero sería en unas “Notas culturales” –subtituladas “1949, otro año de crisis”–, donde se encuentra la más explícita declaración de la confianza depositada por el joven crítico en los valores eternos y salvadores de la *Hispanidad*. La “crisis” se refiere a la crítica situación de la producción cultural en Colombia, por lo que bastan pocas páginas al joven ensayista para dar cuenta de un panorama de ínfima producción: el libro de Rivas Sacconi *El latín en Colombia*, editado por el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, que por su rigor y calidad científica debería figurar en la producción bibliográfica de América; *Las estrellas son negras*, de Arnoldo Palacios, novela de indiscutible calidad y las *Cartas colombianas* de Eduardo Caballero Calderón, conforman lo único que entre “tantísima obra editada en 1949 puede salvarse”, añadiendo al pobre panorama una mención al poeta Carlos Castro Saavedra, al ensayista Baldomero Sanín Cano y al semanario *Crítica*, “insuperable” publicación de Jorge Zalamea. Y sin embargo, nada más elocuente que el procedimiento crítico mediante el cual Gutiérrez Girardot remonta desde un mero dato estadístico (nuestra indigente producción intelectual) hasta la verdadera causa de la crisis que nos aqueja (ausencia de Dios). Esta modalidad crítica consiste en comenzar el análisis a partir de una premisa previamente admitida –por ello mismo irrefutable y necesaria– garantizando de este modo la validez del diagnóstico sobre la crisis que nos aqueja. Esta premisa previa sostiene que hemos “olvidado el problema de nuestra sustancia interior, de nuestra personalidad cultural, lo cual es menester encontrarlo (ya el camino está señalado por las rutas de la *Hispanidad*)”¹⁷⁰. Si el ser de nuestra “personalidad cultural” ya está señalado, si ya tiene su trazo y dirección, es evidente que no solo toda “anomalía” cultural será efecto de una desviación de la ruta señalada; también es evidente que cualquier tentativa de búsqueda en una dirección diferente será de antemano considerada negativamente, juzgada como condenable traición al verdadero camino, pues “no tenemos otro”¹⁷¹. La tarea consistirá en

¹⁶⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Dos poetas colombianos actuales: Fernando Arbeláez y Marco F. Chaves”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 426, enero/febrero 1950, pp. 107-108. Nicolás Alexandrovich Berdiaeff (1874-1948), pensador ruso, uno de los máximos representantes del existencialismo cristiano. Dos de sus obras, *El sentido de la historia* (1922) y *Una nueva Edad Media* (1924), ejercieron una poderosa influencia en Hispanoamérica en los años que antecedieron a la Segunda Guerra Mundial.

¹⁷⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas culturales. 1949, otro año de crisis”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 426, enero/febrero 1950, pp. 129-130.

¹⁷¹ Es la modalidad crítica que informa el intransigente reaccionarismo promulgado por Menéndez Pelayo: “España evangelizadora de la mitad del orbe; España martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra [...] Dos siglos de incesante y

buscar esta “ruta” perdida, volver sobre sus señalados pasos desechando cualquier otro camino. De aquí que las causas de la crisis abundan en consideraciones de índole negativa (irresponsabilidades, olvidos, desconocimientos, etc.). Ya se trate de la escasa producción cultural: “puede caracterizarse esta crisis, muy a vuela pluma, por una irresponsabilidad de los escritores”, causada por la “absoluta carencia de crítica”, por la “inautenticidad” y “olvido de lo nuestro”, por la “preferencia” de otras culturas (sobre todo “francesa” que junto con el comunismo serán los caballos de batalla de los reaccionarios), no dejan de ser, todas ellas, la previsible expresión del “desconocimiento total de nuestras raíces hispánicas, es decir, universalistas y católicas (ser español es ser dos veces universal, se ha escrito)”¹⁷². Con relación a la abierta hostilidad hacia el pensamiento moderno, declara que la actual tentativa por estar a la “sombra de lo último” –“la última poesía, el último *ismo* francés, etc.”– le parece pretensión “muy digna de una señora, pero nunca de una cultura”, modas que instalándose en América, pero especialmente en Colombia, atribuye en último término a la misma crisis que atraviesa el mundo europeo, eco de un mismo “mal occidental”, auténtica causa de nuestra crisis actual:

El Occidente sin el cristianismo no es posible, es decir, una cultura sin fe en Dios y en los valores supremos del alma humana está condenada a su disolución. Toca a Hispanoamérica y a España –los pueblos divinos de la *Hispanidad*– salvar a la humanidad, para entregársela a Dios y devolverle todo el sentido cristiano del que surgió esa ya caduca cultura¹⁷³.

Entendida como falta de comprensión, de “entendimiento de nuestra misión”, la crisis fue asumida por el entusiasmo juvenil de Gutiérrez Girardot como un imperativo de difusión de la *Hispanidad*, misión evangelizadora que dirigía un sincero llamamiento a nuestros pueblos que “hoy, más que nunca, sienten la necesidad de hacer de España, caracterizada por ese su sentido religioso y divino, el eje espiritual de una cultura salvadora: católica y universal, valga el pleonasma”¹⁷⁴. Que este llamamiento se acogía a un sentimiento general (o mejor, a un modelo espiritual ideológicamente coherente con la orientación política del gobierno conservador), lo demuestra la fundación, apenas unos meses después de su salida

sistemática labor para producir *artificialmente* la revolución, aquí donde nunca podía ser orgánica, han conseguido, no renovar el modo de ser nacional, sino viciarlo, desconcertarlo y pervertirlo. [...] cuanto hacemos es remedo y trasunto débil de lo que en otras partes vemos aclamado. [...] Cuando nos ponemos a racionalistas o a positivistas, lo hacemos pésimamente, sin originalidad alguna, como no sea en lo estafalario y en lo grotesco. No hay doctrina que arraigue aquí: todas nacen y mueren entre cuatro paredes” (Marcelino Menéndez Pelayo. “Epílogo” (1882) en *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid: Rialp, 1955, pp. 146-147).

¹⁷² Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas culturales. 1940...”, *loc. cit.* p. 130.

¹⁷³ *Ibid.*

¹⁷⁴ *Ibid.* p. 131.

para Madrid, del ICCH. Preguntado por su visión de España y su destino histórico, el entonces director, Ignacio Escobar López, respondió: “tengo la impresión de que, una vez más, ha salvado en el occidente mundial la incólume tradición apostólica [...] el destino de España es nítido: guardar un depósito que se le ha confiado –la vida cristiana en su integridad– y velar por el sentido espiritualista de la vida”¹⁷⁵. Rutas de *Hispanidad* que Gutiérrez Girardot seguiría todavía en Madrid y más tarde aún, prácticamente hasta el final de sus años universitarios en Alemania (1956), juvenil y apasionado arraigo que habría de permitirle el acceso a una comprensión más honda y abarcadora de Hispanoamérica.

1.3.3. España, modelo para Hispanoamérica

Desligados de su carga belicosa y de adoctrinamiento político, quizá sea más exacto decir que Gutiérrez Girardot tomó de los señalados núcleos doctrinarios (*Acción Española* y Falange) el lenguaje de mesiánica exaltación implícito en la misión providencialista de la *Hispanidad*, un lenguaje prestado que pone de manifiesto su fe en la capacidad salvadora de un ideal que “viene desde el tiempo y va para allá, a la eternidad”¹⁷⁶, en el que pudo encontrar una guía capaz de orientar los difíciles momentos que aquejaban a la sociedad colombiana en aquellos años. Asumir la “guía” de España significaba, sin embargo, asumir el ambiguo enfrentamiento –tan característico de su período de formación– entre su vinculación a la tradición y las exigencias de modernización impuestas por la marcha histórica de Occidente. Ahora bien, este ambiguo período no solo abunda, como hemos visto, en constantes alusiones a la guía espiritual y religiosa de una *Hispanidad* salvadora. También ofrecerá una muestra de algunas noticias y realizaciones específicas (reseñas de libros, eventos e instituciones españolas) cuyas “lecciones” se constituían para Gutiérrez Girardot en modelos concretos para movilizar la cultura y el pensamiento españoles en Hispanoamérica, que tan vivamente recomendaría a la conflictiva Colombia. Es la misma actitud misionera y propagandística que adoptaría el ICCH (fundado en 1951), entre cuyas estrategias de difusión ideológica se encontraba la publicación de biografías de y sobre los

¹⁷⁵ Editorial. “Charla con Ignacio Escobar López. ¿Qué es y qué se propone el Instituto de Cultura Hispánica”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 2 septiembre 1951, p. 1. A lo ya dicho en las páginas anteriores sobre los lineamientos políticos e ideológicos que estructuraron la creación del ICCH, pueden añadirse otras palabras de esta misma entrevista sobre la orientación que movía al Gobierno Nacional a su fundación, inspirada en un “sentimiento elevado sobre el destino histórico de nuestra patria [y] cuando digo histórico quiero significar tradicionalista, radical y continuo”. Ignacio Escobar López (1928-1999). Periodista y escritor colombiano, autor de la novela *La victoria áptera* (1949)

¹⁷⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Seis poetas españoles...”, *loc. cit.* p. 469.

españoles más ilustres, de trabajos sobre la historia de España y su cultura, o la reproducción de las obras maestras de la literatura española e hispanoamericana, ciclos de conferencias, etc., incluida la fundación del Colegio Isabel la Católica, “una de las más gloriosas señoras que jamás hayan existido”¹⁷⁷.

De las noticias transmitidas por el estudiante madrileño, algunas ya mencionadas, ninguna tan elocuente como la “Nota” titulada “Coros y danzas de España”, emotiva descripción que si bien no reviste ningún interés propiamente intelectual, sí expresa una sincera emoción por las cosas de su amada España. Trajes, cantares y destrezas de la más variada ejecución –jota aragonesa, bailes andaluces y catalanes, danzas vascas, castañuelas de Badajoz y de Galicia, “brillantes las primeras, recatadas éstas últimas”– son vistas en sus diferentes expresiones regionales como una prueba de la “unidad maravillosa” de la Península “en medio de los diversos sentires espirituales”. Siente en las danzas segovianas de Castilla un sabor reminiscente y familiar: “demasiado nuestro es el espíritu castellano, demasiado profundo lo sentimos”, pues son danzas dominadas por un “hermoso sabor religioso, trascendente, casi divino”. Danzas emparentadas con la Castilla cantada por Machado, “pintada” por las prosas de Azorín, de Ortega y Gasset, expresiones que “nos trajeron la universalidad de la España eterna y nueva”¹⁷⁸.

Más adelante, en otra de sus “Notas culturales” dedica Gutiérrez Girardot una positiva valoración a la Primera exposición del libro español en Bogotá, labor editorial y cultural que muestra la producción editorial de 1939 a la fecha. No solo no está por debajo de ninguno de los otros países conocidos por la excelencia de sus ediciones y la fecundidad intelectual, sino todo lo contrario: los trabajos del Instituto de Estudios Hebraicos, del Instituto Luis Vives de Filosofía, o de tantos organismos dependientes del CSIC, etc., muestran una labor científica que en muchos campos supera, “en mucho, a las de otros países aún no repuestos de los desastres de la Segunda Guerra Mundial”. Más allá de la eventual objetividad de este último juicio –fundamentado en el presupuesto de que una “superioridad” espiritual implica una superioridad intelectual–, la reseña tiene el interés de darnos a conocer algunos de los títulos y autores –“más de cinco mil volúmenes se

¹⁷⁷ Editorial. “Charla con Ignacio Escobar...”, *loc. cit.* p. 1.

¹⁷⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas culturales. 1949...”, *loc. cit.* pp. 131-132. Estos espectáculos estaban a cargo de la Sección Femenina de la Falange dentro de su programa de propaganda y difusión ideológica en Hispanoamérica.

expusieron”¹⁷⁹ – que por aquellos años llegaban a las librerías bogotanas y que sin duda alimentaron el ambiente cultural universitario, algunos de ellos ya mencionados en estas páginas: los filósofos Xavier Zubiri, Julián Marías, Ortega y Gasset, Eugenio D’Ors y Roig Gironella –a quien, como ya vimos, dedicaría una reseña–¹⁸⁰; los poetas Luis Rosales, Dionisio Ridruejo y “los más destacados españoles de la generación actual”¹⁸¹. También menciona los nombres del arabista Asín Palacio, del “incomparable estilista, filósofo, historiador y médico” Pedro Laín Entralgo, los trabajos jurídicos de Castro, Maravall, Pietro Castro, Lacambra, etc., así como las obras de política y de filosofía política y social publicadas por el Instituto de Estudios Políticos de Madrid¹⁸², entonces dirigido por Francisco Javier Conde, de las cuales destaca los trabajos de Salvador Lisarrague, Ruiz Giménez y José Larraz, autor de *La meta de dos revoluciones*, libro reseñado por Gutiérrez Girardot del que hablaremos más adelante. Termina el apretado recorrido con la mención de las obras de los españoles *caídos*, Ramiro de Maeztu y José Antonio, quienes como ya vimos ejercieron una significativa influencia entre los miembros de su generación. En su balance final, el estudiante colombiano destaca el gran esfuerzo editorial español a favor de la cultura universal, en la que “no había casi un solo título mediocre y sí, por el contrario, muchos que están por encima de toda obra extranjera”. Frente a Francia, que lleva el “primer puesto en este camino de la disolución universal, reconforta el poder admirar las obras de quienes ya están de regreso de este camino y ofrecen en sus palabras el vigor de una fuerte esperanza en los cristianos destinos de la humanidad”¹⁸³, esperanza que extiende al incierto vaivén del orbe hispanoamericano, el cual puede sentirse acogido por la “sombra generosísima de esta nueva España”, impulsora de nuestro próximo autodescubrimiento.

Entre las actividades complementarias a la Exposición del Libro llevadas a cabo por la Biblioteca Nacional, refiere Gutiérrez Girardot a la conferencia titulada “El último capítulo de las letras españolas” –enfocada a las tendencias de la poesía luego de 1939 y a la vida literaria madrileña: tertulias del Café Gijón, el grupo de Almería, etc.)–, dictada por

¹⁷⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas culturales (2)”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 427-428, marzo/junio 1950, pp. 291-294.

¹⁸⁰ Rafael Gutiérrez Girardot “*Filosofía y vida...*”, pp. 408-409.

¹⁸¹ Es posible que esta antología, a la que dedica su reseña “Seis poetas españoles...”, *loc. cit.* pp. 469-473, haya sido encontrada por Gutiérrez Girardot en esta Exposición.

¹⁸² En este Instituto, como veremos más adelante, Gutiérrez Girardot cursaría estudios de sociología entre los años 1951-1953.

¹⁸³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas culturales (2)”, *loc. cit.* p. 292.

Julián Ayesta¹⁸⁴, agregado cultural de la Embajada y “cuentista valioso de la actual generación española de escritores”. Como veremos en el próximo capítulo, este personaje resultaría decisivo para la concesión de la beca de estudios que le permitiría a Gutiérrez Girardot viajar a Madrid.

En relación con aquellas instituciones españolas que recomendaría como modelos para el desarrollo de la vida cultural en Colombia, una de sus “noticias breves” (1949) se refiere al recién inaugurado “Instituto de Humanidades” (1948), fundado por Ortega y Gasset y su discípulo Julián Marías, “primera obra del pensador español después de haberse ocultado en el interludio de las dos guerras” (posteriormente incluirá, a través de las entusiastas “Cartas de Madrid” que enviaba a Colombia desde la capital española, un positiva mención al “ejemplo aleccionador y estimulante” del Instituto de Filología de Buenos Aires, fundado en 1925 bajo la tutela del Centro de Estudios Históricos de Madrid¹⁸⁵).

Luego de resumir el contenido de la charla inaugural de Ortega en este Instituto, dedicada al “El sistema de la Historia en Arnold J. Toynbee”, el articulista termina festejando la aparición del viejo maestro, que “tantos frutos maravillosos dio a América y España: el de su meditación filosófica”¹⁸⁶. No hace falta insistir en la decisiva influencia que para el desarrollo de la filosofía hispanoamericana tuvo Ortega y la *Revista de Occidente*, solo añadir la breve nota en la que informa sobre el Primer Congreso Nacional de Filosofía, celebrado en La Universidad Nacional de Cuyo, Argentina, el año de 1949. Entre las destacadas personalidades europeas (Hartmann, Jaspers, Abagnano, etc.) e hispanoamericanas (Vasconcelos, Ibérico Rodríguez, Wagner de Reyna, etc.) presentes en el Congreso, dedica especial atención a la conferencia del padre español Ramón Ceñal S. J. sobre la “Filosofía española contemporánea”, especialmente a aquellas figuras –Ortega, García Morente, Zubiri y Marías–, a quienes se debe “en mucho la incorporación de la filosofía a la cultura hispanoamericana”. Con una cita de Heidegger –“La palabra es la morada del ser”–, cierra el padre Ceñal una conferencia que se transforma en una invitación para que tanto hispanoamericanos como españoles asuman la tarea de “demostrar al mundo que esa palabra común y este pensar común son la expresión más rotunda e inexpugnable de

¹⁸⁴ Julián Ayesta Prendes (1919-1996), abogado, filósofo y escritor español. Como diplomático ocupó diversos cargos en Beirut, Bogotá, Amsterdam, Viena, etc. Autor de cuentos y obras de teatro, su única novela, *Helena o el mar del verano* (1952), gozó de gran popularidad.

¹⁸⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Carta de Madrid”. Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, p. 160.

¹⁸⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Hispanoamérica y España: noticias breves”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* N° 421-425, agosto/diciembre 1949, p. 491.

la verdad del ser”¹⁸⁷, en un nuevo afán por establecer un diálogo entre el pensamiento español y la moderna filosofía europea.

Puede considerarse la reseña de Gutiérrez Girardot al libro *La meta de dos revoluciones* del sociólogo español José Larraz¹⁸⁸, su primer acercamiento a la sociología, disciplina fundamental para su formación intelectual, que como dijimos, estudiaría en el Instituto de Estudios Políticos de Madrid¹⁸⁹. Más que los contenidos de la visión personal de Larraz en torno a la moderna sociología –a la que denomina “comunomía” o ciencia del bien común–, nos interesa la manifiesta comunión de Gutiérrez Girardot con la concepción católica de un libro estructurado a partir de la declarada preferencia del autor por aquella concepción “clásica” de la sociología (escuela tomista) cuya supremacía se encuentra en la “consideración del hombre con base en un supuesto teológico” –la existencia de Dios– que “informa y da carácter a la doctrina sobre la sociedad y el Estado”. Dentro de la señalada estructuración, Larraz aborda a continuación aquella “Doctrina fundacional de la sociedad contemporánea” defendida por los filósofos teístas Locke, Rousseau, Wolf, etc., –a su juicio “una desviación más que una oposición al clasicismo”– donde las nociones de justicia y bien común “subsisten teóricamente pero sin el fundamento teológico ortodoxo que le dan al clasicismo su equilibrio y justeza”, pues la idea de Dios que las acompaña, basado en un “principio racional normativo [...] no es la idea católica de la tradición medioeval”¹⁹⁰. Gestores del capitalismo, del “individualismo disolvente”, estos principios filosóficos han socavado el “verdadero” sentido de la soberanía. Como Ortega con la democracia, “hija de un absurdo liberalismo”¹⁹¹ también Larraz va a mostrarse implacable con la “llamada *democratie egalitaire*, con la mal entendida participación de la soberanía popular”. Las críticas más fuertes, sin embargo, están dirigidas contra aquella consideración positivista o “Ciencia de la sociedad final” donde Dios, sustituido por la Historia, desaparece

¹⁸⁷ *Ibid.* p. 493

¹⁸⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “*La meta de dos revoluciones (Comunomía)*, por José Larraz”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* N° 421-425, agosto/diciembre 1949, pp. 481-483. José Larraz López (1904-1973), abogado, economista y humanista cristiano español, ocupó el Ministerio de Hacienda al inicio de la dictadura franquista. Autor de *Comunomía* (1957), síntesis de su concepción de la sociología como “ciencia del bien común”.

¹⁸⁹ Uno de sus primeros acercamientos a la sociología moderna alemana se encuentra en una “Notas bibliográficas”, donde aparece una bien informada reseña al libro de Karl Mannheim, *Essays on the sociology of knowledge* (Londres, 1952), autor conocido por los lectores de lengua española “gracias a las traducciones del Fondo de Cultura, de México [...] y la traducción de Ayala, publicada en Madrid [...] de *El hombre y la sociedad en la época de crisis* [1936]” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas bibliográficas”. Bogotá: *Bolívar* 20, junio 1953, p. 985).

¹⁹⁰ *Ibid.* p. 481.

¹⁹¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “José Ortega y Gasset”. Bogotá: *Avanzada*, 16 octubre 1948, p. 6.

definitivamente del horizonte social y político gracias a la labor de hombre como Comte o Marx. De esta fuente antirreligiosa nace para el sociólogo español la moderna sociología, demostrando cómo el ideal agnóstico e antirreligioso de Marx, propio de una sociedad sin clases y sin Estado “además de ser utópico, contraviene las leyes históricas y la secular tendencia de la humanidad al logro del bien común y de la justicia y al respeto de la persona humana considerada integralmente”, pues en última instancia es el bien común, en sentido católico, el que ha “buscado su realización a través de la Historia y de los pueblos”. Para Gutiérrez Girardot, la “severa y bien pensada crítica al marxismo” elaborada por Larraz, ofrece la posibilidad de sustituir el término “sociología”, de filiación positivista, por el de “comunomía”, cuyas tesis, presentada con “maravillosa lucidez” constituyen no solo un “verdadero concepto nuevo de la sociología”¹⁹², sino una extraordinaria obra de consulta que podría contribuir a la reforma de los estudios sociológicos con base en la concepción católica.

Ya nos hemos referido a la reseña de Gutiérrez Girardot sobre la traducción española de *La peste* de Camus, airada reacción contra el existencialismo, escuela “lo suficientemente postiza como para que esta generación se deje embaucar por sus alaridos”¹⁹³, y contra una novela que “no enseña ningún remedio para nuestra crisis y muchísimo menos la bambolla de Sartre” (valoración que ya anticipa, no sobra señalarlo, su faceta de inequívoco provocador: “bambolla” significa vana ostentación). Expresión de una “moda” abanderada por jóvenes revolucionarios, “figuras marxistoides (sic) de generaciones caducas”, el existencialismo “no nos trae nada que pueda darnos una guía en ninguno de los campos humanos”. Frente a una crisis acentuada, “y en Colombia sí que la hay [...] hay que ser responsables pero rebajando al hombre instintivo y retornando al hombre intelectual. Así no habremos de ver tanta angustia estereotipada y sí más nobleza de ideales y dinamismo de juventud”¹⁹⁴, expresiones claramente referidas al “dinamismo”, a los “ideales” de la cristiandad. La entonación de la reseña resulta característica: nos referimos al empleo frecuente de esa modalidad de “crítica negativa” que fundamenta las excelencias de la visión cristiana del mundo en la descalificación de quienes o no creen en ella, o tienen una creencia diferente y cuya lamentable objetividad crítica –sin duda alentada por el hereditario

¹⁹² Rafael Gutiérrez Girardot. “*La meta de dos...*”, *loc. cit.* p. 483.

¹⁹³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Una novela...”, *loc. cit.*, p. 3.

¹⁹⁴ *Ibid.*

fanatismo del catolicismo militante¹⁹⁵, constituye uno de los principales “reproches” que podría hacerse al estudiante colombiano.

Sin distinción de ninguna naturaleza, la denunciada “casta de impíos” (Menéndez Pelayo) –indiscriminada confluencia de positivistas, marxistas, teístas, etc., incluida la Francia entera, pionera en este “camino de la disolución universal”¹⁹⁶– se convertiría en el caballo de batalla del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica (ICCH), organismo que institucionalizaría esta vieja modalidad del fanatismo religioso como avanzada ideológica de la política del gobierno conservador que lo fundara. No otra cosa se escondía en el diagnóstico sobre las señaladas causas de la crisis en la producción cultural colombiana, que el joven ensayista –sin ningún fundamento racional– viera en la preferencia por la “cultura francesa, deshecha ya como valor europeo”¹⁹⁷, acusación al estado de postración de Europa luego de la Segunda Guerra Mundial. Refiriéndose a la juventud española de aquellos años, señala Mainer que “ante las ruinas de la *modernidad*, la generación nueva ha comprendido claramente que solo el catolicismo puede vertebrar a España”¹⁹⁸, declaración que Gutiérrez Girardot extiende al ámbito entero de Occidente, pues sin Dios y sin los valores supremos del alma humana el mundo está condenado a la disolución.

Esta confluencia de las juventudes de España y de Colombia encontraría su manifestación más elocuente en la declaración del director del ICCH a la pregunta por su reciente viaje a España (1950) y su percepción de las corrientes de pensamiento en el Viejo Continente: “Mi viaje por España fue una revelación. Mi enorme entusiasmo de hispanista tropezó con una realidad: España es en Europa una excepción impresionante”. Frente al racionalismo francés, el escepticismo anglosajón, el criticismo germano, el materialismo histórico ruso, que no han conseguido pasar los Pirineos, España se afirma como una “excepción impresionante”:

España es católica, providencialista, cristiana, hoy como lo era en sus tiempos de hegemonía política y económica. España es la que es, así lluevan sobre ella los

¹⁹⁵ A las citadas palabras de Menéndez Pelayo, típico representante de este “ejercicio” crítico, pueden añadirse éstas, tomadas del mismo lugar: “Con la continua propaganda irreligiosa, el espíritu católico, vivo aún en la muchedumbre de los campos, ha ido desfalleciendo en las ciudades; y aunque no sean muchos los librepensadores españoles, bien puede afirmarse de ellos que son de la peor casta de impíos que se conocen en el mundo, porque, a no estar dementado como los sofistas de cátedra, el español que ha dejado de ser católico es incapaz de creer en cosa ninguna, como no sea en la omnipotencia de un cierto sentido común y práctico, las más veces burdo, egoísta y groserísimo”. (Marcelino Menéndez Pelayo, “Epílogo”, *op. cit.* pp. 146-147). Dementar: perder el juicio

¹⁹⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas culturales (2)”, *loc. cit.* p. 292.

¹⁹⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas culturales. 1949...”, *loc. cit.* p. 130.

¹⁹⁸ José Carlos Mainer. *Falange...*, *op. cit.* p. 61.

mayores dictérios o busquen su aniquilamiento sus eternos enemigos de turno: las sectas secretas, el judaísmo y la filosofía volteriana. El pensamiento católico es su obsesión, su objeto, su meta¹⁹⁹.

Con tono sentencioso y en la misma línea de anacrónica nostalgia, otro escritor colombiano declararía, en 1952, que ni el vasto Imperio Romano, ni el poderío de Carlomagno, ni el posterior de Napoleón, ni el mundo inglés de ambos continentes de hoy igualan en grandeza al imperio español, superior por su propósito evangelizador y civilizador. En pie de lucha contra las doctrinas derivadas del “morbo protestante” busca la “conquista del mundo industrial y plutócrata para la catolicidad y para los altos ideales que olvida el manchesterismo”²⁰⁰, clara referencia al fundamento egoísta implícito en las doctrinas librecambistas de este movimiento inglés.

Esta aversión a las corrientes del pensamiento moderno escondía, sin embargo, una de las tácticas de *contrapropaganda* diseñadas por el régimen franquista con el fin de justificar su existencia, presentando la imagen de una nación incomprendida (“Leyenda negra”) o de una España víctima de supuestos “enemigos”, “fuerzas oscuras” que amenazaban su esencia²⁰¹. Como lo expresa Restrepo Canal, se trata de una lucha por la “causa de Cristo contra la barbarie satánica de la hoz y el martillo y de la escuadra y el compás [...] contra los errores de Rousseau y de Bentham [...] contra las blasfemas utopías de Marx”²⁰². Perseguido por sus enemigos, el ardor misionero de España fue “duramente combatido; la historia se falseó en su contra; la política de Europa reunió a las naciones” en su contra, perdiendo su antiguo poderío “aunque no su tradicional grandeza ni su proverbial hidalguía”²⁰³. Paradigmáticamente lo dejó expresado el primer director del ICCH, cuando cargó sobre este la tarea de acercar a los miembros de la comunidad hispana y americana, los cuales se hallaban “separados, distanciados, alejados de la fuente común por obra solo de los

¹⁹⁹ Editorial. “Charla con Ignacio Escobar...”, *loc. cit.* p. 1.

²⁰⁰ Carlos Restrepo Canal. “Mater Hispania”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 18 mayo 1952, p. 1. Carlos Restrepo Canal (1901-1984). Historiador colombiano. Miembro titular del Instituto de Cultura Hispánica, fue uno de los fundadores del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica. Nombrado caballero del Santo Sepulcro de la catedral de Toledo. Fue cónsul de Colombia en la ciudad Sevilla. Autor de *España en los clásicos colombianos* (1952), *Nexos literarios de Marcelino Menéndez Pelayo y su relación con la literatura colombiana* (1959), entre otros títulos.

²⁰¹ Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla. *Diplomacia franquista...*, *op. cit.* pp. 114-115.

²⁰² Carlos Restrepo Canal. “Mater Hispania”, *loc. cit.*, p. 1. Paralelo a la mencionada táctica de *contrapropaganda* franquista, era evidente que también se apelaba a aquel “recurso vaticano” que a partir del papa Pío IX (1864), lanzaría la idea de una “supuesta conspiración universal de fuerzas ocultas contra los intereses santos de la Iglesia verdadera” (Juan Guillermo Gómez García. *Colombia es una cosa... op. cit.*, p. 76).

²⁰³ *Ibid.*

enemigos de España”²⁰⁴, ubicuos enemigos que representaron, sin embargo, un valioso apoyo a la grandiosa causa de una inconfesada y anacrónica nostalgia imperial.

Era la atmósfera de los tiempos. No iría tan lejos el estudiante Gutiérrez Girardot en sus esfuerzos por preservar su fidelidad a la tradición. Sin recurrir a estas grandes y en ocasiones desmedidas exaltaciones y apologías, dejó expresado, sin embargo, su modesta pero significativa confianza en las lecciones de la España eterna en un artículo titulado “El 2º Centenario de Goethe”. Alentado por la defensa y exaltación de lo español frente a la “disolvente cultura francesa” hecha por Víctor Frankl en sus citadas conferencias sobre “El 2º Centenario de Goethe” –síntoma de la “decadencia de Occidente” cuyas repercusiones ya empezaban a sentirse en Colombia–, asegura el estudiante colombiano que “si algo de *Piedra y cielo* se ha salvado, solo se debe a la deuda que para con los poetas españoles del veinte han tenido”²⁰⁵. Juicio sobre el que volverá –con algunas objeciones– un año después, en su primer artículo publicado en Madrid: “Situación presente de la cultura en Colombia. *Piedracielistas y Cuadernícolos*”, aparecido seis meses después de su arribo a la capital española. Luego de considerar como un avance de los *Piedracielistas* la superación de la influencia francesa seguida por sus precursores (los *Nuevos*) reconoce, sin embargo, que aquellos “no supieron aprovechar la fecundidad que les brindaba” su acercamiento a la generosa sombra de España. “A pesar de todo, *Piedra y cielo* significó una revolución en Colombia”²⁰⁶, juicio que seguía reiterando su confianza en la “superioridad” de lo español por encima de cualquier otra influencia espiritual. Las señaladas “objeciones”, solo eran las primeras manifestaciones de la significativa evolución que comenzaría a experimentar durante su período de formación en Madrid (1950-1953), breves años en los que comienza a verificarse la conciliación y superación de su entraña hispánica a través del “descubrimiento” de Hispanoamérica en tierra española, presupuesto de su conquistada vocación de hispanoamericano universal.

²⁰⁴ Editorial. “Charla con Ignacio Escobar...”, *loc. cit.*, p. 1.

²⁰⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “El 2º Centenario...”, *op. cit.* p. 4. *Piedra y cielo*: movimiento poético colombiano surgido en 1939 alrededor del magisterio del poeta Eduardo Carranza. Tomaron su nombre del poemario homónimo (1919) del poeta español Juan Ramón Jiménez. Entre sus principales integrantes se encontraban los poetas Jorge Rojas, Tomás Vargas Osorio, Carlos Martín, etc.

²⁰⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Situación presente de la cultura en Colombia. *Piedracielistas y Cuadernícolos*”. Madrid: *Correo literario* 21, abril 1951, p. 8.

2. PERÍODO DE FORMACIÓN EN ESPAÑA (1950-1953)

2.1. “ESPAÑA, NUESTRA HERMANA, HOSPITALARIA Y REBOSANTE”²⁰⁷

Si pasáis por el Perú, vale la pena visitar no solamente Machu Picchu, sino el Cuzco y allí la casa del Inca Garcilaso de la Vega. A mí me emocionó inmensamente, pues al verla sentí que me pulsaban mis dos cuerdas, que son en realidad una; esto es Nuestra América, esto es nuestro pasado español (RGG a Sobejano. Bonn, 17/11/1983).

Veintidós años tenía Rafael Gutiérrez Girardot cuando llega a Madrid en octubre de 1950. Además del arraigo espiritual a la tradición española y de los ya señalados motivos académicos y políticos que contribuyeron en su decisión de viajar a España –su admiración por el filósofo Xavier Zubiri y la violenta situación social y política desatada en Colombia a raíz del asesinato del líder Jorge Eliecer Gaitán (1948)–, un hecho casual y fortuito facilita su pronta salida hacia Madrid: su relación con Julián Ayesta, funcionario de la embajada española en Colombia, a quien conoce por aquellos años. El mismo Gutiérrez Girardot lo cuenta en una de sus conversaciones con el doctor Mario Correa Tascón, cuando este le pregunta: “Profesor, ¿cómo pudo Ud. llegar a la España de Franco, en 1950?”:

Hubo una Exposición del libro español²⁰⁸ y yo asistí y compré varios libros y vinieron los coros gigantes de España y yo con tres amigos coterráneos, Hernando Valencia Goelkel, Eduardo Cote Lamus y otro, nos enamoramos locamente de esas españolas, y yo tenía en aquella ocasión conexión con el agregado cultural español, que era un bohemio que se llamaba Julián Ayesta y en una ocasión él quería conocer la Bogotá nocturna, que no conocía, y había en Las Nieves un bar típico bogotano, donde había serenateros [...] el caso es que quedó muy agradecido conmigo Ayesta y un día le digo: mira que ha llegado la oferta de becas para España y hay cuatro becas. Y me dijo: ¿conoces a alguien interesado?, porque si yo lo mando a la Universidad se demora mucho. Sí, yo conozco, y le dije: Eduardo Cote, Hernando Valencia, Luis Carlos Sáchica y yo. Y nos dieron las cuatro becas para estudiar en España y naturalmente yo quería ir a España porque yo quería estudiar a Zubiri (3-2000).

El fortuito y anecdótico encuentro debe leerse, sin embargo, como veremos a continuación, en el contexto de las políticas culturales diseñadas por la dictadura franquista para acercarse a los países de lengua española en un difícil momento de sus relaciones con Europa y los Estados Unidos.

²⁰⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Figuras del pensamiento español contemporáneo”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 7 septiembre 1951, p. 1.

²⁰⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas culturales (2)”, *loc. cit.* p. 291-294.

2.1.1. Colegio Mayor Hispanoamericano “Nuestra Sra. de Guadalupe”

Llegaron a Madrid al Colegio Mayor Hispanoamericano “Nuestra Señora de Guadalupe”, fundado en 1947 por el Instituto de Cultura Hispánica (ICH) con el fin de albergar a los becarios de Hispanoamérica, Filipinas y Portugal, que acudían a “ampliar estudios o a realizar investigaciones científicas en España”²⁰⁹. Como escribe Juan Goytisolo, testigo de aquellos años,

Las características políticas de un gobierno como el de Franco habían atraído lógicamente a un puñado de intelectuales y universitarios simpatizantes de ella; algunos disfrutaban incluso de becas oficiales y se erigían en defensores del nebuloso ideal falangista: poetas como Ernesto Cardenal y Pablo Antonio Cuadra profesaban devoción a la figura inmarchita de José Antonio²¹⁰.

Llegar becado a la España de comienzos de los cincuenta va a permitir al joven estudiante participar en un momento decisivo de la dictadura, tanto en su devenir interno como en la evolución de sus relaciones con el contexto internacional. Ya hemos señalado suficientemente el papel asignado al Instituto de Cultura Hispánica dentro de las estrategias de la política exterior española luego de la Segunda Guerra Mundial, política encaminada a la promoción de sus bienes espirituales con el objeto de atraer potenciales aliados de la comunidad internacional, especialmente de Hispanoamérica. En esta misma dirección y por estas mismas fechas (1947), el gobierno iniciaría ante la Santa Sede las negociaciones que lo conducirían a la firma del Concordato (sellado en 1953, bajo el papado de Pío XII), mientras en noviembre de 1950, coincidiendo con el arribo del estudiante colombiano a Madrid, la Asamblea General de la ONU declaró rescindidas las duras sanciones internacionales que desde 1946 pesaban sobre el gobierno de Madrid, si bien no sería sino hasta 1955 cuando el país ingresa oficialmente en dicha Organización.

A pesar de la difícil situación y en medio de los primeros avances hacia la (aparente) “normalización” de sus relaciones internacionales, el joven Gutiérrez Girardot llega a España en “uno de los períodos más fructíferos de la cultura franquista”²¹¹. La llegada de Joaquín

²⁰⁹ Ubicado originalmente en el nº 65 de la calle Donoso Cortés, el Colegio fue trasladado en 1953 al interior del campus de la Universidad Complutense, a la sede que ocupa en la actualidad. Cabe anotar que tanto este edificio como el Museo de América y el Instituto de Cultura Hispánica (actual sede de la AECID), fueron diseñados por el arquitecto español Luis Feduchi (1901-1975), motivo que otorga a este conjunto su característica unidad estilística.

²¹⁰ Juan Goytisolo. *Coto vedado* (Memorias). Barcelona: Península, 2002, p. 197.

²¹¹ Jordi Gracia. *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*. Toulouse: Presses Universitaires du Mirail, 1996, p. 44.

Ruiz-Giménez al Ministerio de Educación (1951-1956), otorga al régimen un cariz liberal que además de obedecer a la urgente necesidad de modernizar el Estado, cubriendo con una “cuota cosmética” las exigencias de los Estados Unidos, también comenzaba a operar un cambio de rumbo de la cultura oficial²¹². Se buscaba devolver a España “una dosis de credibilidad pro-europeístas inaccesibles por vías diplomáticas o políticas” al tiempo que, paradójicamente, acogía “como manifestaciones propias lenguajes inequívocamente contradictorios con sus principios ideológicos y políticos”²¹³. Dos ejemplos pueden ilustrar esta contradictoria situación: el primero, las palabras del recién nombrado Ruiz-Giménez con motivo de la inauguración de la I Bienal Hispanoamericana de Arte (Madrid, octubre de 1951), una de las primeras realizaciones de su ministerio. Su intervención, titulada “Arte y política”, fue una abierta defensa de la apertura que el Estado debía otorgar al arte, apertura que implicaba la adopción de una “comprensión viva, inmediata, de la naturaleza del arte. Tiene este una legítima esfera de autonomía, como expresión libre del alma individual, en la cual no puede el Estado, por su propio interés, inmiscuirse”²¹⁴. El segundo ejemplo lo encontramos en las provocadoras palabras con las que el escritor Dionisio Ridruejo, alma y nervio del I Congreso de Poesía celebrado en Segovia (1952), clausuraba este significativo evento: “Allí donde empieza la propaganda, termina la poesía”. El comentario de José Luis Cano (citado a renglón seguido por Amat) es elocuente: “Se aplaudió con entusiasmo este canto a la libertad que por primera vez se escuchaba en un recinto público en la España de Franco sin que fuera suspendido por la policía”²¹⁵.

Producto del oportunismo político motivado por la presión internacional, nacían las utópicas intenciones de este período, como el tiempo se encargaría de demostrarlo, con

²¹² Joaquín Ruiz-Giménez (1913-2009). Catedrático, político y abogado español. Director del Instituto de Cultura Hispánica (1946-1948). Como embajador ante la Santa Sede (1948-1951), intervino en las negociaciones del Concordato. Como ministro de Educación Nacional (1951-1956), inicia una breve pero significativa tentativa de cambios del modelo cultural vigente, para lo cual conforma un valioso equipo de colaboradores: Joaquín Pérez Villanueva (director General de Enseñanza Universitaria); Pedro Laín Entralgo y Antonio Tovar (rectores de las Universidades de Madrid y Salamanca, respectivamente), entre otros. Dimitió en 1956 ante las dificultades de su empresa y la oposición de los elementos más inmovilistas de la dictadura y del ejército.

²¹³ Jordi Gracia. *Estado y cultura...*, op. cit. pp. 25-26.

²¹⁴ Jordi Amat. *Las voces del diálogo: poesía y política en el medio siglo*. Barcelona: Península, 2007, pp. 109.

²¹⁵ *Ibid.* p. 159. Dionisio Ridruejo Jiménez (1912-1975). Poeta, escritor y político español perteneciente a la Generación del 36. Inició su andadura política como falangista en el bando de Franco, pero muy pronto comenzó a distanciarse del régimen que se iniciaba, renunciando posteriormente a todos sus cargos. Su lucha contra el franquismo le valió algunos meses de cárcel y cinco años de destierro. Luchador incansable por las libertades, al final de su vida se vinculó a la oposición democrática. Autor de los poemarios *Primer libro de amor* (1939), *Sonetos a la piedra* (1943), *En la soledad del tiempo* (1944), y de los libros de ensayos *Escrito en España* (1952) y *Casi unas memorias* (1976).

escasas posibilidades de perduración. La designación de Ruiz-Giménez en este importante ministerio respondía al afán de maquillar una realidad social y política cuestionada desde todos los frentes. La breve experiencia, sin embargo, sería suficiente para convocar lo que Jordi Amat ha llamado *Las voces del diálogo*, encarnadas en el Primer Congreso de Poesía celebrado en Segovia (17-24 de junio de 1952), hito simbólico de estos años, si bien también alude a los celebrados en Salamanca (1953)²¹⁶ y Santiago de Compostela (1954), respectivamente. El libro bosqueja los escenarios, la atmósfera, pero sobre todo el talante de aquellos intelectuales que desde las instancias mismas del poder lucharon por desmontar el inmovilista y anacrónico modelo cultural fascista que “algunos de ellos (casi todos), habían defendido durante la Guerra Civil y durante la primera posguerra”²¹⁷. Juventud madura, a la que Gracia define como “desconfiada del régimen, ética, europeísta y racional”²¹⁸, propondría un nuevo modelo cultural abierto a todos los horizontes. Si la noción de *diálogo* aparece en un primer momento como “el intento de incorporar la cultura catalana como riqueza irrenunciable de la española”, bien pronto pasaría a convertirse en un proyecto más amplio enfocado hacia la flexibilización de la vida intelectual española, en otras palabras, enfocado hacia Europa.

Esta afortunada coyuntura política y cultural va a determinar decisivamente la etapa madrileña del estudiante Gutiérrez Girardot: amigos, lecturas y estudios –entre diversas actividades culturales– se constituyen en el entorno ideal para estudiar las diversas experiencias formativas del ensayista colombiano durante estos años de “utopía optimista” (Amat), período que posibilitaría los cruces y encuentros con un sector de influyentes intelectuales quienes “al filo del medio siglo” –amparados por la creencia de que “a más cultura, más flexibilización del Régimen”– tratarían de “reorientar la vida cultural española proponiendo un cambio de modelo cultural, entendiendo por modelo cultural un sistema articulado que responde a unos determinados principios teóricos y se concreta en una serie de realizaciones prácticas”. Para Jordi Amat, este sector influyente

²¹⁶ El II Congreso de Poesía (6-10 de julio de 1953) se realizó dentro de los actos conmemorativos del VII Centenario de la Universidad de Salamanca, evento inaugurado oficialmente por las Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana (29 de junio al 5 de julio), en las que Gutiérrez Girardot participaría con una ponencia titulada “Algunos problemas de la novela indigenista a propósito de Jorge Icaza” (*Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana: comunicaciones y ponencias*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp.453-460). A dichas Jornadas también dedicaría, como veremos más adelante, una breve pero entusiasta reseña aparecida en la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*.

²¹⁷ Jordi Amat. *Las voces...*, *op. cit.* p. 21.

²¹⁸ Jordi Gracia. *Estado y cultura...*, *op. cit.* p. 114.

lo encabezó Dionisio Ridruejo y estuvo integrado por gentes que le eran afines en grados variables. Desde el equipo del Ministro de Educación, Joaquín Ruiz-Giménez –Joaquín Pérez Villanueva, Pedro Laín y Antonio Tovar–, pasando por el grupo de poetas con cargos directivos en el Instituto de Cultura Hispánica (ICH) –Luis Rosales, Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco–, dos futuros catedráticos de filosofía –José Luis López Aranguren y José María Valverde– o el crítico e historiador de arte, Rafael Santos Torroella. O Julián Marías²¹⁹.

Desde las instancias mismas del gobierno y ante el descalabro del modelo cultural fascista, –el anticomunismo beligerante y la esencial catolicidad de la nación española– cuyos principios básicos afirmaban solo en apariencia, estos intelectuales propondrán la reinstalación del país “al siglo en que vivimos”²²⁰, en otras palabras, la adopción de un “modelo de europeización” que pusiera en cuestión el catolicismo carpetovetónico que condicionaba el grueso de la producción cultural²²¹.

Entre otras propuestas, se encontraba la búsqueda y restablecimiento de contactos con los españoles en el exilio; la reivindicación del pasado inmediato –de figuras como Federico García Lorca, Miguel Hernández o José Ortega y Gasset (especialmente este último), expulsados del canon oficial “porque representaban varios discursos del amplísimo abanico de las heterodoxias: el agnosticismo, el liberalismo o el comunismo”²²²–; el rescate de los lenguajes elaborados por el movimiento vanguardista, etc. Su estrategia fue “mirar sin temor hacia Europa, que de disolvente enemiga pasó a ser contemplada como una madre añorada (para decirlo con un verso de José María Valverde)”²²³.

Las diversas vinculaciones del joven colombiano con algunos de estos personajes de la vida cultural española –nacidos alrededor de 1910– y con otros jóvenes estudiantes tanto españoles como hispanoamericanos se verá favorecida por su llegada al Colegio “Nuestra Señora de Guadalupe”, lugar de acogida que se convertiría en el entorno ideal para el establecimiento de aquellas relaciones que tanto en el plano vital como en su desarrollo intelectual resultarían decisivas en esta segunda etapa de su experiencia formativa.

Antonio Lago Carballo, quien fuera director del Colegio entre 1948 y 1952, ha dejado en varios lugares valiosa información sobre los estudiantes que llegaron a España por

²¹⁹ Jordi Amat. *Las voces...*, *op. cit.* p. 21.

²²⁰ Dionisio Ridruejo, “Excluyentes y comprensivos” en *Casi unas memorias*. Barcelona: Planeta, 1976, p. 303.

²²¹ Jordi Amat. *Las voces...*, *op. cit.* p. 26.

²²² *Ibid.* p. 22.

²²³ *Ibid.* pp. 13-14.

aquellos años y sobre la significación que esta institución tuvo para la vida cultural española e hispanoamericana:

Cuando medio siglo después se repasan los nombres de los que fueron colegas en aquellos años, creo sinceramente que la reacción del lector oscilará entre la sorpresa y el asombro: allí vivieron y convivieron futuros filósofos como el español Emilio Lledó, el argentino Arturo García Estrada, estudioso de Ortega; el uruguayo Alberto del Campo, fiel al pensamiento zubiriano²²⁴; poetas como José Ángel Valente, José Agustín Goytisolo, los nicaragüenses Carlos Martínez Rivas (1924-1998), Ernesto Cardenal (1925) y Ernesto Mejía Sánchez (1923-1985), el dominicano Antonio Fernández Spencer (1922-1995), el chileno Hugo Montes (1926) y como “comensal visitante” –él mismo lo cuenta en sus *Memorias*– José Manuel Caballero Bonald o pintores como José María Labra, Antonio Valdivieso, el salvadoreño Gonzalo Cañas. Futuros excelentes maestros del derecho y las ciencias sociales como los españoles Aurelio Menéndez, Rodrigo Fernández Carvajal y Pedro Tenorio, el peruano Ugarte del Pino, el boliviano Jorge Siles, los argentinos Ernesto Garzón Valdés y Juan Carlos Agulla, el chileno Hernán Godoy, por solo ceñir la nómina al ámbito de las humanidades²²⁵.

A esta nómina de estudiantes añade Lago Carballo las actividades culturales desplegadas por el propio Colegio (que estudiaremos más adelante), así como las diferentes personalidades de España e Hispanoamérica que lo visitaban:

Al Colegio Mayor acudían como invitados –en ocasiones como conferenciantes– figuras de las letras y del pensamiento: Ramón Menéndez Pidal, Eugenio D’Ors, Dámaso Alonso, Buero Vallejo, Pedro Laín, Julián Marías, Camilo José Cela, José Antonio Maravall, Torrente Ballester, Fraga Iribarne, Tierno Galván, Gómez Arboleda, Montero Díaz, el músico Joaquín Rodrigo y tantos otros más [...]. Sin faltar a la verdad se puede afirmar que no se pretendía tanto conocer a España como a Hispanoamérica, en virtud de un intercambio de saberes y noticias²²⁶.

La nómina bastaría para evidenciar el papel relevante que para la cultura española de aquellos años tendría el Colegio “Guadalupe”, más relevante aún si la ponemos en relación con aquellas “voces del diálogo” nombradas por Jordi Amat, algunas de las cuales mantuvieron relaciones con esta institución. Más allá de las intenciones políticas que lo

²²⁴ Alberto del Campo (1921). Filósofo uruguayo. Realizó estudios en la Universidad de la República y posteriormente en España, en el Instituto de Humanidades (fundado por Ortega y Gasset), en la Universidad Complutense de Madrid y en el Seminario de Xavier Zubiri. Se desempeñó como Agregado Cultural y Secretario de la embajada uruguayana en Madrid. El mismo año que fuera dictado, publica el artículo “El último curso de Xavier Zubiri sobre *Cuerpo y alma*” (Rafael Gutiérrez Girardot. Madrid: *Cuadernos Hispanoamericanos* 22, agosto 1951, pp.122-124), al que también asiste Gutiérrez Girardot, cuya relación con el pensamiento de Zubiri, como veremos más adelante, resultaría determinante en la orientación del *ethos* intelectual de nuestro ensayista.

²²⁵ Antonio Lago Carballo. “Rafael Gutiérrez Girardot en su entorno madrileño”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 627, septiembre 2002, p. 118. Más adelante volveremos sobre las ricas y diversas relaciones sostenidas por Gutiérrez Girardot con algunos de estos personajes.

²²⁶ *Ibid.* p. 119.

orientaron, el entorno del Colegio aparece como la instancia más decisiva a la hora de estudiar no solo las experiencias que posibilitarían la pronta inmersión del joven Gutiérrez Girardot en la vida cultural española sino la génesis misma del “descubrimiento” de su propia cultura hispanoamericana, gracias a su encuentro con el estudiante nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez²²⁷, quien va a permitirle entrar en contacto con las obras de Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges, dos escritores decisivos –especialmente el primero– en la formación y posterior orientación intelectual de nuestro americanista universal.

En el colegio, también entra en relación con algunos estudiantes españoles como Emilio Lledó, José Ángel Valente y José Agustín Goytisolo²²⁸, igualmente mencionados por Lago Carballo. Este último –con quien Gutiérrez Girardot entabla una duradera amistad– llegó al Colegio por aquellos años, según testimonio de su hermano Juan Goytisolo:

En el tiempo que estuvo en Madrid, terminando la carrera de derecho, José Agustín se había alojado en el Colegio Mayor Hispanoamericano Nuestra Señora de Guadalupe, situado entonces en la calle de Donoso Cortes, en el barrio de Argüelles. Este Colegio fue originariamente creado para jóvenes latinoamericanos que cursaba estudios en España, pero residían igualmente en él algunos españoles oriundos de provincias²²⁹.

Especialmente significativo sería su encuentro con José Ángel Valente, con quien sostendrá un amistoso diálogo epistolar durante 40 años. Recordando esta época estudiantil, anota que si bien nunca tuvieron “obligación de ver a Franco”, sí recibieron en el Colegio Mayor “un curso sobre adoctrinamiento católico”, referencia a la que sigue esta “picaresca” declaración:

Entonces con José Agustín [Goytisolo] íbamos al cine y llegábamos después del cine, y encontrábamos al cura Beigó adoctrinando a los latinoamericanos y él y yo nos

²²⁷ Ernesto Mejía Sánchez (1923-1985). Escritor, poeta y catedrático nicaragüense. Junto a los poetas Carlos Martínez Rivas, Pablo Antonio Cuadra y Ernesto Cardenal, entre otros, formaría el grupo nicaragüense del 40. Realizó gran parte de su labor en México, donde fue profesor de la Universidad Autónoma. Es autor de estudios literarios y ediciones de Rubén Darío, Amado Nervo, Alfonso Reyes, etc.

²²⁸ Emilio Lledó Íñigo (1927). Filósofo español formado en Alemania. Destacado traductor, ha sido miembro de la Real Academia Española y profesor en las Universidades de Madrid, la Laguna y Barcelona. Alumno de Karl Löwith y Gadamer en Alemania, obtendría por recomendación de éste una cátedra en la Universidad de Heidelberg. Autor de *Filosofía y lenguaje* (1970), *La memoria del logos* (1984), *El epicureísmo* (1984), *El origen del diálogo y de la ética. Una introducción al pensamiento de Platón y Aristóteles* (2011), entre otros títulos. -José Ángel Valente (1929-2000). Destacado poeta, ensayista y traductor de la Generación del 50. Licenciado en Filología Románica, es autor del libro de ensayos *Las palabras de la tribu* (1971) y de los poemarios *A modo de esperanza* (1954), *Poemas a Lázaro* (1960) y *El inocente* (1970), entre otros títulos. En 2006, la editorial española Galaxia Gutenberg publicó: *José Agustín Goytisolo. Poesía y prosa*, edición de sus obras completas en dos volúmenes. -José Agustín Goytisolo (1928-1999). Miembro de la Generación del 50. Autor de los poemarios *Salmos al viento* (1956), *Del tiempo y del olvido* (1977) y *Elegías a Julia Gay* (1993), entre otros títulos.

²²⁹ Juan Goytisolo. *Coto vedado...*, op. cit. p. 197.

sentábamos y le volvíamos un desastre el ambiente, porque le hacíamos preguntas insolentes y nos burlábamos.

Anécdota que cuenta al Dr. Correa Tascón en sus amistosos encuentros, a la que añade estas reveladoras palabras:

Con José Agustín y con Valente fue una amistad de literatura, de política, de vida en común, de compañerismo. Juan Goytisolo lo cuenta en su autobiografía, él conoció a Hernando Valencia y a otro que tenía interés en cosas literarias [...] Yo he tenido siempre un olfato para la vida cultural y donde hay algo importante yo sé que es importante. Se lo que no vale la pena, qué es tontería. Y esa fue la amistad con José Agustín y con Juan (3-2000).

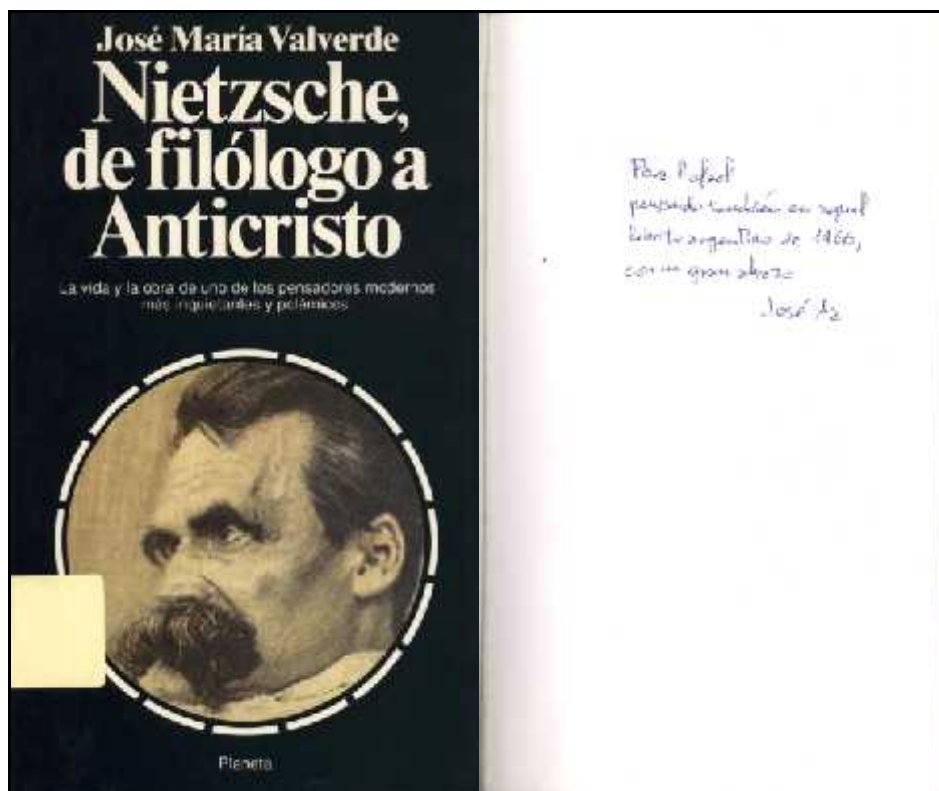
Unas elocuentes palabras de José Ángel Valente, escritas unos meses después de la salida de Gutiérrez Girardot para Alemania, en julio de 1953, expresan el estrecho vínculo amistoso creado por aquellos años:

Queridísimo monstruo:

[...] Por lo visto no tienes pensado regresar. Al menos no dices nada de ello. Haces bien. Probablemente ahora empezarás a sacarle verdadero fruto a tu estancia en el país de la cultura y de las vainas del espíritu [...]. Me alegro por ti. Lo siento desde mi punto de vista. Cada vez uno echa más de menos esas tres o cuatro personas con las que podía hablar a rienda suelta y sin careta. Es curioso, pero llega un momento en que esas personas ya no se sustituyen, como si vivir más consistiese en ser cada vez más imposible tener amigos, qué se yo, gente leal que no lo joda a uno al menor descuido. Me alegra que estés bien, me alegra de veras (Valente a RGG. Madrid, 13/2/1954).

También comienza en estos años estudiantiles su amistad con José María Valverde, a quien debió conocer como ayudante de los seminarios de literatura española e hispanoamericana organizados por el Colegio Guadalupe bajo la dirección del poeta Luis Rosales, en donde también colaboraban Leopoldo Panero y Luis Felipe Vivanco²³⁰.

²³⁰ José María Valverde (1926-1996). Poeta, escritor y prolífico traductor. Doctorado con una tesis sobre filosofía del lenguaje, dedicó gran parte de su vida a la enseñanza de la filosofía en diversas universidades españolas. Debido a su solidaridad con los profesores Enrique Tierno Galván, José Luis Aranguren y Agustín García Calvo, en 1964 es expulsado de la Universidad de Madrid por las autoridades franquistas. Se exilia a los Estados Unidos, donde fue profesor de literatura. Regresa a España en 1971. Es autor de los poemarios *Versos del domingo* (1954), *Ser de palabra* (1976) y *Poesías reunidas* (1945-1990), entre otros, así como del libro *Vida y muerte de las ideas* (1981) y de la monumental *Historia de la literatura universal*, escrita en colaboración con Martín de Riquer. Ha traducido obras de Rilke, Goethe, Novalis, Joyce, Shakespeare, Faulkner y Melville. -Luis Rosales (1910-1992). Premio Cervantes en 1982, es autor de los poemarios *La casa encendida* (1949), *Rimas* (1951) y de los libros de ensayo *Cervantes y la libertad* (1960), *Pasión y muerte del Conde de Villa Mediana* (1962), etc. Miembro de la Generación del 36, fue director de la revista *Cuadernos Hispanoamericanos*. -Luis Felipe Vivanco (1907-1975). Arquitecto y poeta perteneciente a la Generación del 36. Entre sus libros destacan los poemarios *Continuación de la vida* (1949), *Memoria de la plata* (1958), *Prosas propicias* (1972) y su *Introducción a la poesía española contemporánea* (1957). -Leopoldo Panero (1909-1962). Padre de los poetas Juan Luis (1942-2013) y Leopoldo María Panero (1948-2014). Autor de una



José María Valverde. *Nietzsche, de filólogo a anticristo* (1993)

Una amistad que giraría en torno a la filosofía –especialmente heideggeriana– según puede leerse en las cartas enviadas por Valverde a Friburgo, donde Gutiérrez Girardot acababa de instalarse y donde comenzaría a asistir a los seminarios del célebre filósofo:

Mi querido filósofo: tenía verdaderos deseos de saber cómo te va en ese paraíso de la metafísica, donde estarás sentado a la diestra del Padre Heidegger; y a la siniestra de Husserl, que tampoco es manco [...] Me parece muy bien que sigas tratando de forzar el bloqueo postheideggeriano; en realidad, yo creo que la filosofía tiene un gran porvenir, pero primero tiene que “rinnovarsi o perire”. Por lo pronto, tiene que apechugar con dos cosas nuevas de las que todavía no ha dado buena cuenta; la revolución en el concepto de materia y universo físico –y biológico–, y la revolución en el sentido del lenguaje; es decir, el progresivo reconocimiento de que el pensamiento no tiene realidad más que en su encarnación lingüística [...] La filosofía seguirá si tiene el valor de volverse patas arriba, poniendo en segundo término lo que

Antología de la poesía hispanoamericana (1941) y de los libros *Escrito a cada instante* (1949) y *Canto personal. Carta perdida a Pablo Neruda* (1953). A propósito de este último poemario, Gutiérrez Girardot realizó una breve entrevista a su autor, en la que incluye una muestra de sus poemas y donde afirma: “En el horizonte de la actual poesía española, Panero forma, con Dionisio Ridruejo, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco y José María Valverde, el grupo más interesante y mejor perfilado, en lo referente a su poética, a sus propósitos y a su conciencia generacional. Con este grupo los hispanoamericanos se hallan más íntimamente ligados [...] Recordemos que César Vallejo fue divulgado, entre otros, por Panero y Valverde” (Rafael Gutiérrez Girardot. “El Canto personal, de Leopoldo Panero”. Bogotá: Bolívar 22, agosto 1953, p.321).

era su ley primera; el sistematismo, la totalización abstracta (Valverde a RGG. Roma, 7/12/1953).

Todavía en 1993, cuarenta años después de escritas estas palabras, Valverde recordará con nostálgica evocación aquella atmósfera de apasionada e interminable discusión: “Por cierto, que todavía nos hemos quedado a medio hablar de Heidegger y Zubiri, pero todo se andará”. Más adelante, refiriéndose a otros filósofos, a su propia poesía, o al admirado Unamuno, entre otros temas, escribe:

De todo aquello hablábamos en Madrid, paseando, buscando un libro en Buchholz, tomando el mal café de entonces: cuarenta años después, a punto ya los dos para el *Götterdämmerung* de los jubilados o “eméritos”, o como se llame, vuelvo al álbum de fotos viejas y encuentro nuestra imagen. Hemos trabajado un poco desde entonces, ¿verdad Rafael?²³¹.



²³¹ José María Valverde. “Pie para una foto” en *Caminos hacia la modernidad: homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*. Juan Guillermo Gómez, Bettina Gutiérrez Girardot, Rodrigo Zuleta (eds.). Frankfurt am Main: Vervuert, 1993, pp. 10-12. “La foto, de izquierda a derecha, representa a José María Valverde, a Rafael Gutiérrez Girardot y a Luis Rosales. En lo alto, la estatua de bronce de Miguel de Unamuno, por Victorio Macho, en la Universidad de Salamanca. Ocasión: el Congreso de Poesía de 1953” (*Ibid.* p. 11).

Sin embargo, no solo la filosofía ocupaba la atención de los jóvenes estudiantes. También la “cuestión” religiosa y su relación con la sociedad, muy en boga en la España de mediados de los años cincuenta, se constituyó en motivo de reflexión para algunos de ellos. Para el ensayista Juan Marichal, dos son las “modalidades del pensamiento político” que orientaron las reflexiones durante este período: 1. La oposición al “ideologismo”, tendencia dirigida hacia el trabajo sobre situaciones concretas –“rehuir cualquier abstracción, ir a la realidad de la vida humana”–, representada por los trabajos de Jaume Vicens Vives y Enrique Tierno Galván. 2. La necesidad de establecer una diferenciación entre “políticos” e “intelectuales”, deslinde planteado por “algunos intelectuales católicos opuestos a la dictadura”, encaminado a fundamentar una actitud solidaria y responsable de la inteligencia con España, cuyos orígenes remonta a una importante tradición eclesiástica antiinquisitorial (Francisco de Vitoria y Francisco Suárez). Entre las figuras más destacadas, Marichal menciona el que a su juicio constituye el grupo católico más coherente contra la tiranía caudillista, empeñado en transformar “la cátedra universitaria en enclaves de pensamiento liberal”²³²: Manuel Giménez Fernández, preocupado por señalar las equivalencias entre “orden cristiano” y “democracia efectiva”; Ignacio Fernández de Castro, cristiano no confesional, a la zaga de un cristianismo integral que atienda a las necesidades espirituales del hombre –fraternidad, justicia y convivencia social– y José Luis Aranguren²³³, “el intelectual católico más importante de la España resistente”, cuya concepción de la universidad como foco de renovación política –educación técnica, ética y social– buscaba el retorno a una “concepción social de la ética” capaz de resolver el “problema central del hombre moderno: reconciliar ética y política”²³⁴. La cercanía y el conocimiento que Gutiérrez Girardot tenía del trabajo intelectual de Aranguren –atestiguada por los libros y las cartas que este le enviaba a Alemania– nos obliga a preguntarnos en qué medida puede

²³² Juan Marichal. “Modalidades del pensamiento político bajo la tiranía” en *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*. Madrid: Taurus, 1995, pp. 332-334. Juan Marichal (1922- 2010). Ensayista español, crítico literario e historiador de las ideas. Autor de *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana: 1810-1970* (1978) y *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política* (1995).

²³³ Manuel Giménez Fernández (1896-1968). Ministro de Agricultura durante la II República, tras la Guerra Civil encabezó un pequeño sector de oposición demócrata cristiana a la dictadura de Franco. -Ignacio Fernández de Castro (1919-2011). Abogado y sociólogo español, especialmente destacado por sus obras en torno a la sociología de la educación y por su actividad antifranquista. -José Luis López Aranguren (1909-1996). Uno de los filósofos y ensayistas más influyentes de la sociedad española en el siglo XX. Profesor de ética en la Universidad Complutense de Madrid, enfatizó la importancia de los intelectuales en una sociedad cada vez más injusta y deshumanizada. Su obra es una reflexión permanente en torno a las relaciones entre ética, política y religión católica. De su abundante producción destacan: *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* (1952), *Ética* (1958), *Propuestas morales* (1985), *El buen talante* (1985), *Moral, sociología y política* (1996), así como estudios sobre Unamuno, San Juan de la Cruz, entre otros.

²³⁴ Juan Marichal. *El secreto... op. cit.* p. 341.

encontrarse en esta concepción ético-política los orígenes de los tempranos trabajos de Gutiérrez Girardot en torno a la universidad latinoamericana. La atenta preocupación del estudiante colombiano por una universidad “que se acomode a las exigencias de la democratización de la sociedad sin que por ello descuide o pervierta su tara y su misión”, corre paralela a los inicios mismos su trabajo intelectual, preocupación cuyas derivaciones políticas se constituyen en una abierta invitación a la construcción de aquella Patria de la Justicia con la que Pedro Henríquez Ureña manifestaba su anhelo de igualdad y justicia social para nuestro continente.

De estos años estudiantiles data su primer trabajo, “Universidad y cultura en América”, que envía a un periódico colombiano. Y si su diagnóstico apuntaba a la falta de “adecuación de la Universidad a la realidad social, cultural, científica y filosófica del momento”²³⁵, tres décadas después verá en la universidad colombiana –sistema educativo cada vez más semejante a los “anacrónicos clubs” de una clase privilegiada ansiosa de enriquecimiento– un foco generador de discriminación y violencia, debido a la pérdida del significado que esta institución tiene “para la pacificación, la libertad, la justicia social y el mejoramiento y sostenimiento de estos bienes”²³⁶.

Como lo fuera en su Colombia natal, la cuestión religiosa continuaba siendo, a través de aquellos intelectuales católicos mencionado por Marichal, motivo de reflexión para el joven estudiante madrileño, según se deduce de las cartas remitidas a Gutiérrez Girardot por José Luis Aranguren y por José María Valverde. Este último le escribe en la citada carta:

Por lo demás, me alegro de verte, al mismo tiempo que tan católico, tan poco guardiniano²³⁷ [...] Lo del catolicismo cultural estuvo a punto de costarme caro; un bote de naufragio que se hunde antes que el barco mismo. Menos mal que luego me di cuenta de que flotaba mejor sin nada (Valverde a RGG. Roma, 7/12/1953).

²³⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Universidad y cultura en América”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 27 abril 1952, p. 2. Con ligeras variaciones, también apareció publicado en una revista española: “Universidad y cultura en Hispanoamérica”. Madrid: *Alcalá. Revista Universitaria Española* 8, mayo 1952, s/p.

²³⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Universidad y sociedad” (1986) en *La encrucijada universitaria*. Medellín: Asoprudea, 2011, p. 106. Este libro contiene una recopilación de seis ensayos escritos entre 1964 y 1986.

²³⁷ Referencia a Romano Guardini (1885-1968). Sacerdote católico y teólogo italiano. Vivió la mayor parte de su vida en Alemania, donde ejerció la docencia en el área de filosofía de la religión. Autor de *La esencia del cristianismo* (1929) y *Mundo y persona: ensayos para una teoría cristiana del hombre* (1939). Su trabajo propone el diálogo entre la fe cristiana y la literatura profana de los grandes escritores de Occidente. Más allá del mero análisis histórico y textual, aventuró una comprensión de la existencia personal plasmada en las obras literarias, contrastando esta mirada con la concepción cristiana de Dios y de la vida humana. Su apertura al diálogo entre la fe y la cultura lo convirtió en uno de los precursores de la posición constructiva del Concilio Vaticano II (1962-1965) respecto del mundo contemporáneo.

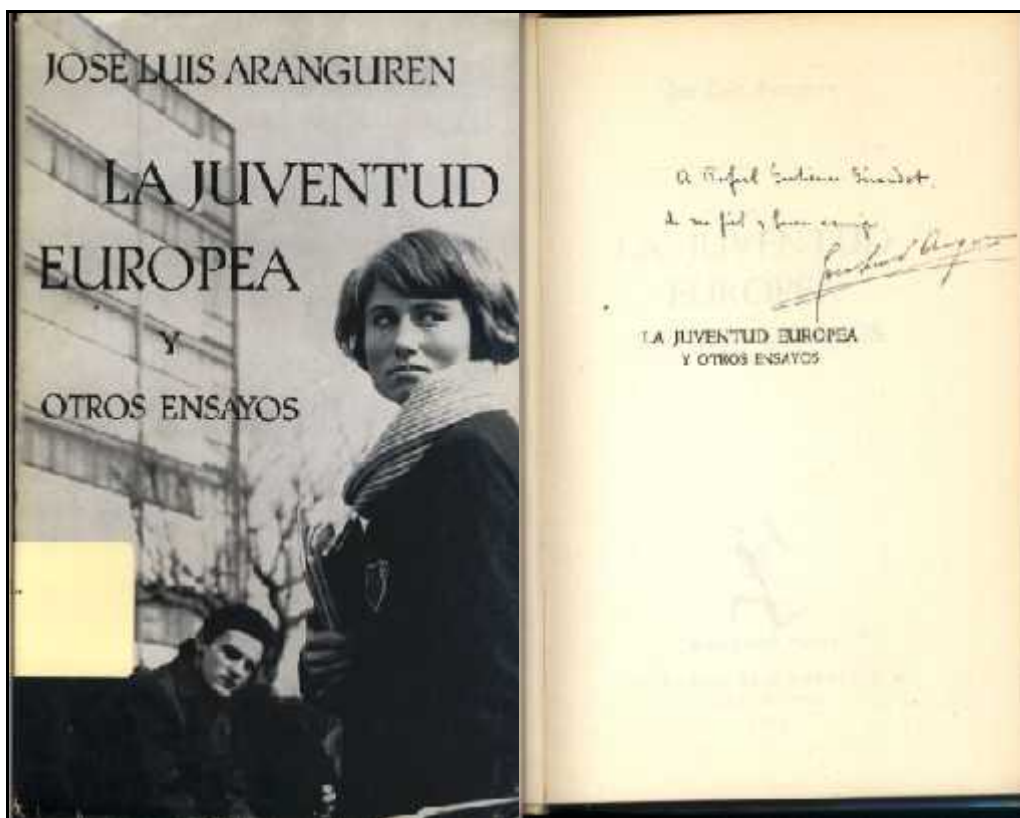
Gutiérrez Girardot debió conocer a Aranguren en aquella “Aula de medianoche”, dirigida por el filósofo español, y que conjuntamente con los seminarios de literatura de Luis Rosales, tenían lugar dentro de las actividades desplegadas por el Colegio Guadalupe, según leemos en el citado artículo de Lago Carballo. Casi en la misma fecha de la carta enviada por Valverde, Aranguren escribe a Gutiérrez Girardot:

Me alegra mucho que estés contento, que trabajes mucho, que tengas buenos amigos y amigas, y “the last but not the last”, aunque no me gusta hablar “impúdicamente” de estas cosas, ni hacer “proselitismo” abierto (ni, ¿con qué derecho? ni siquiera el de la “posición”, no poseo nada, simplemente lucho por ello), tu “reacción”²³⁸ católica (Aranguren a RGG. Madrid, 21/12/1953).

Presente desde sus años de formación en Colombia, la problemática religiosa y su relación con la filosofía (especialmente a través de la llamada Escuela “neotomista”) seguía ocupando un lugar destacado en las vivencias y reflexiones de nuestro estudiante. La referencia de José María Valverde a Romano Guardini y al “catolicismo cultural” parecen implicar un fugaz “distanciamiento” de la ortodoxia católica por parte de Gutiérrez Girardot y su posterior regreso a las huestes del catolicismo tradicional. El rechazo de Guardini a la posición conservadora, que exigía optar entre literatura católica *versus* literatura profana se inscribía en el renacimiento católico alemán en literatura (1890-1933), en el que el teólogo italiano sobresalió como “el más grande exponente del catolicismo cultural”. Su invitación al “diálogo abierto entre la *Weltanschauung* (cosmovisión) católica y el pensamiento contemporáneo”, motivado por el convencimiento de que “el catolicismo podía contribuir al pensamiento y a la cultura contemporánea si lograba expresar sus creencias y valores más profundos con las categorías de su tiempo”²³⁹, encontró una dogmática oposición en aquellos sectores tradicionalistas que seguían las directrices promulgadas por León XIII (1878-1903) en la encíclica *Aeterni Patris* (1879), donde “exhortaba al progreso de la filosofía y de la teología católicas por medio de las enseñanzas de santo Tomás de Aquino”, pero también en la declarada oposición del papa Pío X (1903-1914) al pensamiento contemporáneo, que en la encíclica *Pascendi Dominici gregis* (1907), declaró que mucho más que una herejía, el modernismo era la “síntesis de todas las herejías”, pues en vez de proclamar un error, abría paso a todos ellos.

²³⁸ En la España de estos años, los “reaccionarios” eran los católicos y derechistas intransigentes (debo esta precisión a la Dra. Carmen Ruiz Barrionuevo).

²³⁹ Robert Anthony Krieg. “Fe cristiana y literatura en Romano Guardini” en *Romano Guardini: un precursor del Vaticano II*. México: Universidad Veracruzana, 2002, pp. 192.



José Luis Aranguren. *La juventud europea y otros ensayos* (1973)

Ya vimos cómo, en Colombia, el espíritu de aquella exhortación a la “restauración de la filosofía tomista en las cátedras universitarias” dejaría vinculado el espíritu tradicionalista de la *Regeneración* (1878-1898) a los lineamientos de la filosofía escolástica, vinculación fortalecida por la firma del Concordato, que entregaba la dirección y los contenidos de la educación pública a la Iglesia Católica.

Persistencia del neotomismo y un visceral rechazo al pensamiento moderno que pueden encontrarse tanto en la Colombia de mediados del siglo XX, como en ciertos sectores de la España a la que llegaba nuestro joven estudiante. No sobra recordar que entre sus primeros trabajos publicados en su país natal, se encuentra “El tomismo moderno”, de J. M. Bochensky (su primera traducción del alemán) y el artículo “Filosofía política y tomismo”²⁴⁰. Ya en España, en un artículo titulado “Sobre la filosofía en Hispanoamérica” lamenta la ausencia de verdaderos tomistas en Hispanoamérica que entiendan que “la

²⁴⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “El tomismo moderno. Por J. M. Bochensky, de la Universidad de Friburgo, Suiza”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* 418-420, mayo/julio 1949, s/p. Rafael Gutiérrez Girardot. “Filosofía política y tomismo”. Cali: *Suplemento literario*, Diario del Pacífico, febrero 1950, s/p.

filosofía católica ha de ser, primero, filosofía auténtica, henchida de espíritu católico, que es amplitud, plenitud, síntesis”²⁴¹.

Es el contexto que nos permite comprender mejor sus ataques al existencialismo francés, escuela “lo suficientemente postiza como para que esta generación se deje embaucar por sus alaridos” (recordemos nuestras consideraciones en torno al ejercicio de esta modalidad de crítica negativa, consistente en exaltar una cosa –la *Hispanidad*– en detrimento de otra, el pensamiento moderno), en especial su rechazo a *La peste*, de Albert Camus, novela que “no nos trae nada que pueda darnos, contrariamente a los valores de la cristiandad, una guía en ninguno de los campos humanos”²⁴². Paradójicamente –es la tesis que orienta nuestra investigación–, el fortalecimiento en España de su arraigo a los valores de la cristiandad por parte de nuestro estudiante, debe leerse en su ya señalado contexto, esto es, como la posibilidad misma de su propia superación, como el fundamento más firme para la recepción creadora del pensamiento moderno.

El propio Aranguren –quien más adelante escribe a Gutiérrez Girardot informándole del envío de su libro *El protestantismo y la moral* y la promesa de remitirle *Catolicismo día tras día*, aún en prensa por “dificultades con la censura” (Aranguren a RGG. Madrid, 19/12/1954)– evocará en otro lugar las preocupaciones planteadas alrededor de aquel seminario de filosofía dictado en el “Aula de Medianoche”, en el que “se estudió el concepto de verdad en *De Veritate* de Santo Tomás y *Das Wesen der Wahrheit* de Heidegger, aunque también vimos otras obras de este, ciertos artículos de la *Summa* y el 44 de *Sein und Zeit*”²⁴³. Sin duda alguna el estudiante colombiano debió conocer allí a Emilio Lledó, quien al igual que Gutiérrez Girardot viajaría por estas fechas a Alemania para continuar sus estudios de filosofía.

Las cartas enviadas por Aranguren a Gutiérrez Girardot son reveladoras de un clima intelectual, pero también de la vocación pedagógica que llevaría a Aranguren –19 años mayor– a dedicar su vida a un diálogo permanente con la juventud de su tiempo:

Mi querido Rafael: recibí primeramente tu tarjeta de despedida y luego la que me has escrito desde ahí [Friburgo]. Ahora se marcha también Emilio [Lledó] y créeme que te echo y pronto os echaré a los dos de menos. Hablando con vosotros se respira libremente, más allá de convencionalismos, intereses o políticas. Emilio va a

²⁴¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre la filosofía en Hispanoamérica”. Madrid: *Correo literario* 71, mayo 1953, p. 10.

²⁴² Rafael Gutiérrez Girardot. “Una novela existencialista”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 13 marzo 1949, p. 3.

²⁴³ José Luis Aranguren. “Recuerdo del joven Emilio Lledó” en *Historia, lenguaje, sociedad: homenaje a Emilio Lledó*. Barcelona: Crítica, 1989, p. 172.

Heidelberg. Creo y espero –egoístamente– que tú volverás pronto (Aranguren a RGG. Madrid, 24/10/1953).

Dos meses más tarde, cuando Emilio Lledó ya había salido para Alemania, Aranguren escribe nuevamente al joven colombiano:

Os echo mucho de menos a Emilio y a ti. Es como si me hubiera hecho, en poco tiempo, mucho más viejo y solo. Y como si hubiera perdido el único hilillo de salud que tenía. A nuestra edad y aunque no queramos serlo –yo lo soy en mínimo grado– en España todos nosotros somos hoy políticos –políticos pacientes, es claro– y, sin darnos cuenta, perdemos mucha libertad interior (Aranguren a RGG. Madrid, 21/12/1953).

Y más tarde, estas palabras, nueva expresión de la vocación educadora de Aranguren y de la implícita preocupación por el futuro de España que dominaba en aquellos años inciertos:

Desde que os marchasteis me parece que ya no quedan jóvenes en España (solo los del S.E.U.) [Sindicato de Estudiantes Universitarios]. Y me preocupa porque es muy grave desde un punto de vista intelectual y desde un punto de vista vital perder contacto con la juventud. O no mantener con ellos más que un trato supuestamente “magistral”, que es todavía peor (Aranguren a RGG. Madrid, 13/2/1954).

Para Jordi Gracia, gran parte de la actividad intelectual de Aranguren, –pero también la de José María Valverde, Tierno Galván o la de Jaume Vicens Vives, “cada uno en su particular área intelectual”–, delataban la irrupción de una “nueva actitud”, consistente en “hacer prosperar una mentalidad atendida a la realidad de los hechos y las posibilidades concretas de transformación, sin renunciar a la quimera de una sociedad más equitativa”²⁴⁴.

Manifestación del temprano interés de Gutiérrez Girardot por la difusión del pensamiento social y católico español –expresión de su constitutiva inclinación pedagógica– puede encontrarse en la variedad de noticias culturales que desde Madrid envía a Colombia, entre las que cabe destacar la nota dedicada a las publicaciones de la Editorial Rialp, en especial a la “Colección Patmos” de espiritualidad. Dirigida por el Padre Raimundo Paniker²⁴⁵, la editorial abría a los lectores de lengua española “el mejor camino para una cabal comprensión y asimilación de los mejores autores del catolicismo europeo del presente”. Los autores traducidos: Michael Schmaus, Dietrich von Hildebrand, Johannes

²⁴⁴ Jordi Gracia. *Estado y cultura... op. cit.* p. 115.

²⁴⁵ Raimundo Paniker (1918 - 2001). Filósofo, teólogo y escritor español. Debido a su origen indio y a su larga permanencia en ese país, se convertiría en el promotor de una filosofía interreligiosa e intercultural, abierta al diálogo y respetuosa de otras tradiciones religiosas no-occidentales como el budismo y el hinduismo. Profesor de las Universidades de Harvard y California, fue el autor de números libros: *El sentido cristiano de la vida* (1945), *Misterio y revelación: hinduismo y cristianismo: encuentro de dos culturas* (1971), etc.

Pinsk, Josef Pieper²⁴⁶, bastan para refutar la idea, extendida en la América Hispánica, de la carencia de intelectuales católicos de valor universal. Verdadera fuente de “alimento espiritual”, sus textos y meditaciones “pueden y deben ser la lectura de todo universitario católico, de todo intelectual católico”. Constituyen a sus ojos una muestra del “renacer de una filosofía católica amplia y generosa”, pero también “un ejemplo y una lección de lo que en Colombia puede hacerse en este terreno”²⁴⁷.

En este mismo sentido, también envía a la revista colombiana *Ideas y valores*²⁴⁸ algunas noticias sobre dos libros de reciente publicación: *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* (Revista de Occidente), de José Luis Aranguren²⁴⁹ –a quien dedicará posteriormente una breve noticia sobre su sección “en *Correo literario* titulada “También entre los libros anda el Señor”, comentarios a libros de espiritualidad católica”²⁵⁰–, y *El mito de la nueva cristiandad* (Ediciones Rialp), de Leopoldo Eulogio Palacios. Acompañan a estos dos libros, noticias sobre las últimas publicaciones de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC) –San Bernardo, San Buenaventura, Raimundo Lulio y *Los misterios* de Suárez–, al tiempo que anuncia la próxima aparición de dos grandes obras: la *Summa* de Santo Tomás –en latín– y las *Obras Completas* de San Agustín, de la que llevan ya “nueve tomos en edición bilingüe con magníficas introducciones”²⁵¹. Esta incansable curiosidad lo

²⁴⁶ Michael Schmaus (1897-1993). Teólogo y sacerdote católico alemán. Profesor de Joseph Ratzinger (futuro Benedicto XVI), se desempeñó como perito durante el Concilio Vaticano II. Autor de *Sobre la esencia del cristianismo* (1952) y *Teología dogmática* (8 volúmenes, 1959). -Dietrich von Hildebrand (1889-1977). Filósofo y teólogo católico alemán. Fundador de la revista antinazi *Der Christliche Staendestaad* (1933). Autor de *La transformación en Cristo* (1952). -Johannes Pinsk (1891-1957). Sacerdote católico alemán. Teólogo y profesor, publicó *Hacia el centro*. -Josef Pieper (1904-1997). Filósofo alemán. Destacan sus trabajos sobre ética y antropología. Ediciones Rialp publicó una buena parte de su obra: *¿Qué significa filosofar?* (1948), *Sobre la esperanza* (1951), *Actualidad del tomismo* (1952), *Catecismo del cristiano* (1954), entre otros títulos.

²⁴⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Carta de Madrid”. Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, p. 164.

²⁴⁸ *Ideas y valores* (1951-1953). Revista del Instituto de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia, dirigida por Cayetano Betancurt, decano de la Facultad. Contó con la colaboración de Danilo Cruz Vélez, Luis E, Nieto Arteta, el argentino Francisco Romero y los españoles Julián Marías y Enrique Gómez Arboleya, entre otros. Escribe Gutiérrez Girardot a propósito de esta publicación: “La nueva revista italiana *América latina*, de Milán, comentaba con cierto aire de reproche un afán desmedido de europeísmo” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Cultura, ciudades y revistas”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 31, julio 1952, p. 116).

²⁴⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía”. Bogotá: *Ideas y Valores* 7-8, diciembre 1952 / mayo 1953, p. 739.

²⁵⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “Carta de Madrid”. Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, pp. 163-164. Además de *Cuadernos hispanoamericanos*, Gutiérrez Girardot también publicó desde muy pronto en la revista *Correo literario* (1950-1954). Financiada por el Instituto de Cultura Hispánica y dirigida por el poeta Leopoldo Panero, durante sus breves años de existencia aspiró a ser un medio de expresión común tanto a escritores españoles como hispanoamericanos. Ver Bibliografía: Publicados en España / En la revista *Correo literario* (1951-1954). Listado completo

²⁵¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 5, junio 1952, pp. 357-360. Leopoldo Eulogio Palacios (1912-1981). Pensador y filósofo español. Vinculado al pensamiento conservador, colaboró en la revista *Acción Española*. Fue catedrático de Filosofía en la Universidad de Madrid. Autor de *Filosofía del saber* y del poemario *Salutación y otros poemas*.

llevará a mencionar la aparición, en Argentina, de la *Revista de teología*, publicación dedicada a la difusión de temas católicos, “la primera y hasta ahora única en Hispanoamérica”²⁵².

Mencionemos, finalmente, las alusiones de Gutiérrez Girardot al filósofo Gabriel García Morente, no solo como profesor de filosofía, expositor y fecundo traductor de los grandes clásicos de la filosofía occidental, sino por su importancia para la cultura española. Refiriéndose al homenaje que la revista *Ateneo* dedica a su memoria, recuerda la experiencia religiosa de García Morente en París, cuya conversión al catolicismo, “de un patetismo sobrecogedor y ejemplar” narra el Padre Mauricio Iriarte en su libro *Morente sacerdote*. Por su “conocimiento de la filosofía escolástica y de los temas de la forma de vida del español en cuanto forma cristiana”, el gran profesor de la Facultad de filosofía antes de 1936, representa para el estudiante colombiano “el mejor ejemplo de su firme vocación y de su siempre probada amplitud intelectual”²⁵³.

A pesar de haber vivido algo menos de tres años en la capital española, Gutiérrez Girardot dejó sólidas amistades no solo entre sus compañeros de vida estudiantil –en especial entre los mencionados José M. Valverde, José A. Goytisolo y José A. Valente–, sino entre algunas destacadas figuras del ámbito intelectual español. Además de José Luis Aranguren, también tuvo alguna relación con Julián Marías –14 años mayor que el colombiano–, según se deduce de algunas cartas que el filósofo español enviara al joven colombiano pocos meses después de que este abandonara Madrid, en julio de 1953:

Estoy seguro de que se encontrará bien en Friburgo; Alemania es un país tonificante –como lo son, aún más para mi gusto, los Estados Unidos–; las ciudades alemanas tienen mucho encanto [...] espero que encuentre cursos interesantes, buenos libros y quizá buen ambiente intelectual; y digo quizá porque hoy eso es lo más problemático en todas partes (Marías a RGG. Madrid, 27/9/1953).

Más significativas resultaron las objeciones del filósofo español a una nota de Gutiérrez Girardot a propósito del XI Congreso de filosofía celebrado en la Universidad de Bruselas (20-26 agosto 1953), reunión a la que los invitados españoles, entre ellos el propio Julián Marías, no asistieron. Luego de un apretado informe sobre las diversas actividades y temas tratados en el Congreso, Gutiérrez Girardot afirma que a pesar del manifiesto optimismo se saca la impresión de que, después de la Segunda Guerra Mundial, “la filosofía

²⁵² Rafael Gutiérrez Girardot. “Nuevas revistas”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 37, enero 1953, pp. 79-80.

²⁵³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Carta de Madrid”. Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, pp. 161-162.

européa ha retrocedido más que avanzado. Cabría pensar en las severas líneas de Heidegger sobre la “filosofía científica”, y concluir, *sin ningún temor, en que hoy filosofan, en sentido riguroso y a gran altura, solo dos hombres: Xavier Zubiri y Martin Heidegger*”²⁵⁴. La respuesta de Julián Marías no se hizo esperar. Remitida a Gutiérrez Girardot en una carta fechada el mismo mes en que aparece su artículo, más que una refutación sobre lo que considera una “desorientación” del articulista –y que bien puede considerarse una de las primeras reacciones al talante provocador y polémico que caracteriza el “estilo” de nuestro ensayista–, se convierte en una defensa tanto de Ortega como del propio corresponsal, provocadoramente excluidos del auténtico quehacer filosófico:

Por cierto, ¿ha leído usted la conferencia “Europäische Kultur und europäische Völker”, que ha publicado la D. V-A. [Ed. Deutsche Verlags-Anstalt]?”²⁵⁵ Es espléndida y lo que dice de la Edad Media me parece lo mejor de todo. Por eso –y por muchas cosas más– no me parece que se pueda decir, y menos “sin ningún temor”, lo que dice usted en el último párrafo de su nota en *Cuadernos Hispanoamericanos*. Cada vez creo más que antes que esos dos nombres hay otro, y después algunos –pocos– más. Le digo esto porque estimo su criterio y me creo obligado a señalarle lo que me parece una interpretación errónea de las cosas, de la que se puede seguir alguna desorientación. En ese número de *Cuadernos* va un artículo mío sobre la inducción de Gatty, que acaso le interese (Marías a RGG. Madrid, 2/2/1954).

Significativo reproche que otorga al joven estudiante la categoría de potencial interlocutor, gestación de una voz en la que comenzaba a vislumbrarse tanto su capacidad intelectual como su inconfundible faceta de implacable provocador.

2.1.2. Estudios de Filosofía

Sin embargo, más que esta provocadora inclinación nos interesa destacar el alto nivel intelectual alcanzado por el joven estudiante, implícito en la justificación de Julián Marías a sus objeciones: “Le digo esto porque estimo su criterio”, reconocimiento a una vocación de rigor y disciplina ya puesta de manifiesto por Rafael Carrillo, su profesor de filosofía en la Universidad Nacional de Bogotá, cuando recordaba su gran interés por la filosofía y el alto

²⁵⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “Congreso de Filosofía en Bruselas”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 50, febrero 1954, p. 252. Subrayado mío.

²⁵⁵ José Ortega y Gasset. *Europäische Kultur und europäische Völker*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1954.

nivel alcanzado a su edad, “información o erudición que logró, por su seriedad y autenticidad, desconcertar a sus profesores y condiscípulos”²⁵⁶.

Uno de estos tempranos intereses fue la filosofía de Xavier Zubiri –“la primera gran figura del pensamiento que conocí cuando era estudiante en Madrid”²⁵⁷–, a cuyos cursos asiste durante su período madrileño y que tan honda huella dejarían en la fundamentación intelectual del joven estudiante. Lo demuestra la nota que Gutiérrez Girardot escribiera treinta años más tarde, con motivo de la muerte del filósofo (1983), donde denuncia cómo se ha pasado por alto –se sigue pasando por alto– “la fascinación y el ejemplo” de una actitud intelectual consistente “no en la formulación de teorías, sino esencialmente en el proceso intelectual que conduce a formular preguntas radicales para poder aproximarse tan solo entonces a un cuidadoso y provisional esbozo de respuestas a esas preguntas”²⁵⁸. Actitud que a su vez implica una manera de “poner las doxas en tela de juicio, de despejar de dogmas el trecho que ha de recorrer el pensamiento para llegar *puramente* a sus objetos”. Elaborada bajo una permanente “dinámica de lo interrogante” –que Gutiérrez Girardot no diferenciaba de la practicada por Husserl y Heidegger– la obra zubiriana reclama, en virtud de su exigente praxis filosófica y de su propio dinamismo ético y conceptual, la discusión filosófica con ella misma, un diálogo crítico en el que se la sitúe en el horizonte del pensamiento filosófico contemporáneo, en el que se reconstruya el diálogo de Zubiri con Bergson, Husserl y Heidegger, pero también con Aristóteles, Kant y Hegel, entre otros más, no para fijar la red de “influencias”, sino para poner de relieve los acentos que puso y las perspectivas que abrió en la dilucidación de lo que Heidegger llamó la “cuestión del pensar” y para, de ese modo, potenciar su pensamiento y ponerlo a prueba en confrontación con tendencias afines o contrarias de la tradición filosófica²⁵⁹.

Discusión que exige, a quienes pongan en cuestión sus implícitos fundamentos, asumir el postulado de toda “refutación filosófica” –tal como lo enunció polémicamente Hegel en su *Fenomenología del espíritu*–, esto es, que “*la verdadera refutación filosófica [...] debe colocarse allí donde el contrincante es más fuerte, pues atacarlo donde él no está, no fomenta la cuestión*”, única manera de hacer justicia a la lección de Zubiri y de “aceptar el desafío en que consiste su obra inacabada”²⁶⁰.

Era un desafío que se constituía en un reto para los países hispánicos, en los que la “presunta” vida intelectual se desliza mullidamente “por las cuestas resbalosas de la simulación, de la improvisación nutrida de sentimentalismos, de las gesticulaciones

²⁵⁶ Carlos Sánchez Lozano. “Entrevista a Rafael Carrillo”, en *Caminos hacia la modernidad: homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*. Juan Guillermo Gómez, Bettina Gutiérrez Girardot, Rodrigo Zuleta (eds.). Frankfurt am Main: Vervuert, 1993, p. 30.

²⁵⁷ Zamir Bechara. “Conversación con Rafael Gutiérrez Girardot”. Barcelona: *Quimera* 259-260, julio/agosto 2005, p. 76.

²⁵⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Xavier Zubiri”. Barcelona: *Quimera* 33, noviembre 1983, p. 4.

²⁵⁹ *Ibid.* p. 5.

²⁶⁰ *Idid.*

gravemente chulescas [...], de las agresiones dogmáticas disfrazadas de crítica comprometida”²⁶¹. Lección zubiriana de honestidad y exigencia intelectual que comenzaba a moldear la actitud desafiante y polémica que caracteriza su estilo ensayístico, una de cuyas primeras manifestaciones dirige contra la figura de Ortega, paradigma de lo que provocadoramente llamó el “arte de la simulación majestuosa”. De aquí que no resulte gratuito que en el último de sus artículos dedicados a este, titulado “José Ortega y Gasset y Xavier Zubiri”, la figura de Zubiri aparezca como el polo opuesto al célebre meditador del Escorial: alumno (“no discípulo”) de Ortega, Zubiri fue quizá el único que a juicio de Gutiérrez Girardot tomaría “en serio los frívolos postulados” de su maestro, convirtiendo “la disciplina y el rigor que él [Ortega] predicaba sin cumplir [...] en el presupuesto tácito de su trabajo intelectual. No predicaba ni exigía rigor y disciplina, los ejercía”²⁶². Actitud similar a la ejemplarizada por Hegel –otro de los maestros de Gutiérrez Girardot–, en su crítica a la teoría del conocimiento de Kant, esto es, que “lo que importa no es mostrar cómo se hace una mesa, sino hacer la mesa”²⁶³. Otra forma de aproximación a las lecciones de los grandes maestros de la filosofía, especialmente al exigente filosofar heideggeriano, fueron las cuatro traducciones que Gutiérrez Girardot hiciera durante sus años madrileños, textos que en su afán de difusión de la filosofía moderna en los países de lengua española, enviaba a diversas publicaciones universitarias y culturales de Colombia y España²⁶⁴.

²⁶¹ *Ibid.*

²⁶² Rafael Gutiérrez Girardot. “José Ortega y Gasset y Xavier Zubiri”. Manizales: *Aleph* 57, abril/junio 1986, p. 8. A la pregunta sobre la relación de Zubiri con Ortega, el filósofo Alberto del Campo declara: “Cuando Zubiri vino del País Vasco a estudiar a Madrid fue a conocer a Ortega e hizo muy buena relación con él. Pero después, diferencias de tipo filosófico y doctrinarias les fueron separando. Creo que esa amistad nunca murió del todo, pero sí se debilitó mucho. Precisamente, unos pocos días antes de morir me dijo Zubiri: *Yo nunca fui orteguiano*; es decir, filosóficamente no quería saber nada con Ortega. Eran como dos mundos distintos, y le fastidiaba mucho que la gente –o que mucha gente– lo pusiera en el campo orteguiano. Le molestaba mucho porque no era verdad. Él, de orteguiano no tenía nada, filosóficamente hablando. Pero la amistad, creo que nunca se perdió, a pesar de esa separación, digamos, teórica, doctrinaria” (Mónica Salinas. “Diálogo con Alberto del campo”. Montevideo: *Humanidades. Revista de la Universidad de Montevideo*, vol. VIII-IX, N° 1, diciembre 2008-2009, pp. 191).

²⁶³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Problemas y temas de una historia social de la literatura hispanoamericana”, en: *Aproximaciones*. Bogotá: Procultura, 1986, p. 50.

²⁶⁴ Publicadas entre marzo de 1952 y septiembre de 1953, estas cuatro traducciones demuestran la intensa dedicación del estudiante colombiano al pensamiento de Heidegger: 1) “El retorno al fundamento de la metafísica” (traducción). Bogotá: *Ideas y Valores* 3-4, diciembre 1951 / marzo 1952, pp. 203-220. También en Madrid: *Alcalá* 5, 25 marzo 1952, s/p. 2) “Lección sobre la cosa” (traducción). Madrid: *Cuadernos Hispanoamericanos* 40, abril 1953, pp. 3-20. Con el título “La cosa”, también en Bogotá: *Ideas y Valores* 7-8, diciembre 1952 / mayo 1953, pp. 661-678 y en Córdoba: *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba* 40, 1953, pp. 23-45. 3. “Comentarios a la poesía de Hölderlin. *Retorno a la patria*” (traducción). Bogotá: *Bolívar* 18, abril 1953, pp. 577-595. 4. “Abandono del ser y errancia” (traducción). Bogotá: *Bolívar* 27, septiembre 1953, pp. 335-339. El gesto de enviar algunas de estas traducciones a dos o tres revistas simultáneamente, responde –así lo creemos–, no solo a su afán de divulgación sino en una orgullosa declaración de autoafirmación y autonomía intelectual hispanoamericana, como escribe a Alfonso Reyes: “También he pedido



Rafael Gutiérrez Girardot en su época estudiantil

Una de estas traducciones, la conferencia titulada *La lección sobre la cosa* (1953), nos permitirá comprender la sustancial vinculación intelectual entre el preguntar heideggeriano y aquella “dinámica de lo interrogante” practicada por Zubiri, relación que para el joven Gutiérrez Girardot, como ya anotamos, no se diferencia “de la practicada por Husserl y Heidegger”, y que más que filosofía le enseñaría lo esencial: a filosofar. Más allá de la pregunta en torno a la esencia del cántaro (“el cántaro en una cosa”) formulada por Heidegger en este texto –preguntar que lo conduce a la indagación sobre la apariencia, el aparecer y el representar–, cabe destacar, como señala el ensayista colombiano Juan Guillermo Gómez García, “la manera de plantear radical de Heidegger y la fina relación en

que le envíen la revista *Alcalá*, de los universitarios. A veces trae cosas buenas. Allí he publicado recientemente una traducción de Heidegger, del prólogo al famoso *Qué es metafísica*. Me satisface el haberlo hecho no tanto por lo que pueda significar para mi trabajo y mi orgullo personal, sino porque es una traducción hecha por un hispanoamericano que es como si le dijéramos a los españoles: “Aquí tienen Uds. una lección y un testimonio de que nuestro afán de trabajo supera a su pretensión” (RGG a Reyes. Madrid, 1/5/1952), palabras que desbordando las tareas propias del traductor, se convierte inesperadamente en expresión de un “afán de trabajo” que asumimos menos como emotiva oposición a la metrópoli que como una de sus primeras manifestaciones de autoafirmación “americanista”.

el denominar”, aspectos definitivos para la formación y solidez nominativa y conceptual del lenguaje ensayístico del estudiante colombiano. En la indagación etimológica del cántaro, Heidegger se encuentra con el escanciar: *El escanciar, en que el cántaro es cántaro*, traduce Gutiérrez Girardot del exigente y difícil lenguaje heideggeriano, *reúne en sí el doble recibir; y lo reúne, por cierto, en el verter. A la unión de montañas la llamamos sierra. A la reunión del recibir doble en el verte, que integra como conjunto la plena esencia del escanciar, la llamamos el obsequio*²⁶⁵. Anota Gómez García:

En el enunciar lo nuevo del problema, con el presupuesto del dominio filológico de los textos y la superación renovadora de los mismos, Heidegger se ofrece como un ejemplo vivo de la ductibilidad rigurosa de una forma de pensar, de tradición alemana, luteroromántica, que desconoce el mundo de lengua española y que Gutiérrez Girardot tuvo oportunidad de ver en España, no en la figura de Ortega y Gasset, que le decepcionó profundamente, sino en la experiencia de trabajo de seminario del filósofo Xavier Zubiri. La experiencia de Heidegger con el mundo clásico, el esfuerzo de volver a arrancar a las palabras un brillo original, luego del desgaste en que las sepulta su uso habitual, era una “lección” y un reto²⁶⁶.

Ya veremos este retornar a los grandes maestros del mundo clásico en los cursos dictados por Zubiri, lecciones que en su juvenil entusiasmo Gutiérrez Girardot resume y envía a su admirado Alfonso Reyes, con quien sostendría una devota correspondencia, sobre la que volveremos más adelante. Como señala Gómez García, el retorno de Heidegger al pensamiento clásico con el fin de “superar la tradición judeo-católica”, significó para Gutiérrez Girardot sumergirse, a su vez, “en la densidad del alemán de Heidegger y su mundo cultural”²⁶⁷, exigencia que le permitiría depurar su propia forma expresiva, superar – como escribiera en un artículo de estos años, titulado significativamente “Sobre el estilo hispánico del pensar” – el pensar “ideo-imaginativo” que lo caracteriza.

Esta preocupación por las relaciones entre pensamiento y estilo expresivo se constituiría para Gutiérrez Girardot en un tema de autoexigencia formativa, de esfuerzo consciente. Lo demuestran sus lecturas e indagaciones en torno a lo que en el mencionado artículo denomina una “estilística del pensamiento”, cuyos antecedentes en América “podrían ser los libros de Vaz Ferreira, *Lógica viva* (1910), en la que se parte del “pensamiento vivo”, y el de Anderson Imbert, *El arte de la prosa en Juan Montalvo*

²⁶⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Lección sobre la cosa” (traducción). Madrid: *Cuadernos Hispanoamericanos* 40, abril 1953, pp. 8-9.

²⁶⁶ Juan Guillermo Gómez García. “Rafael Gutiérrez Girardot en España” en *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia - Universidad de Medellín, 2011, pp.354-356.

²⁶⁷ *Ibid.* p. 356.

(1948)”²⁶⁸. La cita de José Gaos que abre el artículo, tomada de su libro *Pensamiento de lengua española* (1945), aventura la pregunta, tan acuciante para la inteligencia americana de mediados de la década del cincuenta, sobre la posibilidad de una filosofía hispanoamericana:

“El pensamiento hispanoamericano contemporáneo –escribió entonces [José Gaos]– procede, más que por discurso lógico insistente metódicamente, por emotiva espontaneidad ideo-imaginativa inicial y reiteradamente inspirada y feliz”. Más que por conceptualización técnica, por conceptualización y discurso mediante imágenes, por términos corrientes o de estilo literario tomados en acepciones contextuales, ocasionales o circunstanciales. Esta manera de pensar hace que sea corriente hablar, con cierta cautela, de *pensadores*, y no de filósofos²⁶⁹.

Una década más tarde, en su ensayo “La literatura española” (1964), Gutiérrez Girardot precisará estas consideraciones de Gaos a partir de los orígenes de nuestra lengua. Cuatro “palabras claves” –El Cid, Berceo, Alfonso X y el Arcipreste de Hita– conforman para el ensayista colombiano el origen de las tendencias fundamentales de un idioma que si bien ha ido refinándose en el trascurso de su desarrollo, “no ha cambiado esencialmente”. Estas tendencias: “patético-heroica (El Cid), afectivo-religiosa (Berceo), *ilustrada* (Alfonso X) y la tendencia afectivo-popular (el Arcipreste)”, han acuñado nuestro “estilo hispánico de pensar”:

Su juego recíproco determina la variedad de la expresión lingüística, la acuñación de los géneros literarios, el virtuoso manejo de los medios estilísticos. Pero todo ello explica también por qué en el intento de expresar contenidos racionales, sensible, o incluso trágicos, el español choca siempre con una cierta barrera.

Los argumentos contra el influjo extranjero, especialmente francés, como causante de la pérdida de la fuerza creadora de la literatura española, son engañosos: “En realidad, la

²⁶⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre el estilo hispánico del pensar”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 41, mayo 1953, p. 268. Sabemos que un año antes, durante su período de formación en Colombia, Gutiérrez Girardot publicó un artículo titulado “En torno a los métodos de expresión filosófica” (Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 6 enero 1952, p. 2). Desafortunadamente, no hemos podido tener acceso a este texto. - Carlos Vaz Ferreira (1872-1958). Filósofo uruguayo. Hermano de la poeta María Eugenia Vaz Ferreira. Rector de la Universidad de la República y defensor de la autonomía universitaria. Autor de *Moral para los intelectuales* (1908), *El pragmatismo* (1909), *Lógica viva*, (1910) y *La actual crisis del mundo* (1940), entre otros. - Enrique Anderson Imbert (1910-2000). Escritor, ensayista, crítico literario y profesor universitario argentino. Autor de una abundante obra crítica y de ficción. Crítica literaria: *El arte de la prosa en Juan Montalvo* (1948), *Estudios sobre escritores de América* (1954), *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954), *Genio y figura de Sarmiento* (1967), entre otras. Es autor de las novelas *Vigilia* (1934), *Evocación de sombras en la ciudad geométrica* (1989), *La buena forma de un crimen* (1998), etc. y de los libros de cuentos *El grimorio* (1961), *El gato de Cheshire* (1965), *La botella de Klein* (1975), entre otros.

²⁶⁹ *Ibid.*

Edad de Oro agotó el lenguaje por un exceso de estilización y por esta razón quedó tan poco lugar para el *esfuerzo del concepto* como para la expresión del auténtico sentimiento”²⁷⁰.

La lectura e íntimo conocimiento del lenguaje filosófico de Heidegger a través de sus tempranas traducciones, sumado a las lecciones de Zubiri que escuchara en Madrid, acuñaron el estilo de nuestro ensayista, caracterizado por su claridad y precisión conceptual. Lecciones de sobriedad y concisión expresiva que por aquellos mismos años también absorbía del magisterio del más decisivo de sus maestros hispanoamericanos: el mexicano Alfonso Reyes, promotor de una metafórica “campana” por el *aseo de América*, saludable exigencia orientada a acabar con el “fárrago”: “El fárrago es lo que nos mata. Cuidémosle a nuestra América la silueta; pongámosla a régimen; depurémosla de adiposidades”²⁷¹.

Era la manifestación de aquella afanosa búsqueda de una expresión propia que caracterizaría la primera mitad del siglo XX en Hispanoamérica. Gutiérrez Girardot se sumó muy pronto a este propósito a través de la orientación de estos maestros tutelares –Zubiri, Heidegger y Reyes–, exponentes de la confluencia de tres ámbitos geográficos y culturales que ya nunca lo abandonarían –España, Alemania e Hispanoamérica–, modalidades de la inteligencia sobre los que afianzaría no solo la sorprendente unidad y coherencia que caracteriza desde sus inicios su trabajo ensayístico, sino la exigente y rica versatilidad temática y metodológica en el tratamiento de los problemas intelectuales.

Antes de considerar los seminarios dictados por Zubiri, quisiéramos referir las alusiones de Gutiérrez Girardot a la labor universitaria desarrollada por Heidegger en Alemania durante aquellos años²⁷². Siempre atento a esta faceta docente, el estudiante colombiano registra en los periódicos informes que envía a Colombia –bajo el título de “Vida de la filosofía”– tanto las actividades académicas como las publicaciones del filósofo alemán: “Según se ha anunciado en Alemania, este semestre dictará Heidegger un curso sobre “Was heisst Denken?” y una conferencia sobre “Cómo acostumbro leer”. Heidegger

²⁷⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “La literatura española” (1964). Barcelona: *Revista Anthropos* 226, 2010, pp. 81-82.

²⁷¹ Alfonso Reyes. “Valor de la literatura hispanoamericana” (1941) en *Última Tule Tule (Obras completas XI)*. México: FCE, 1997, pp. 128-129.

²⁷² Posteriormente, durante su período estudiantil en Friburgo, Alemania Federal (1953-1956), Gutiérrez Girardot asistirá a los seminarios dictados por Heidegger. A propósito de esta ciudad, resulta interesante añadir la siguiente noticia del estudiante madrileño, escrita un año antes de partir para Alemania: “En el presente semestre el ciclo de conferencias de Filosofía en la Universidad de Friburgo estará a cargo de un selecto cuerpo de profesores de aquella prestigiosa universidad. Podemos señalar [...] las siguientes: “Einleitung in Heidegger”, por W. Szilasi; “Philosophie der Gegenwart”, por M. Müller; “Kants Ethik”, a cargo del profesor Reiner, y “Schelling”, a cargo de Struve. También el profesor E. Fink tiene a su cargo un seminario sobre “La filosofía del derecho de Hegel” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 7-8, diciembre 1952 / mayo 1953, p. 737).

ha comenzado a intervenir más activamente en la vida universitaria alemana con otras conferencias dictadas en oportunidades diversas”²⁷³.

En un número posterior, se referirá a un curso sobre el poeta austríaco Georg Trakl, “quien continúa la línea poética Hölderlin-Rilke, que tanto ha ocupado a Heidegger”²⁷⁴. De sus más recientes publicaciones menciona el artículo “Bauen, Wohnen, Denken” –incluido en el volumen colectivo *Mensch und Raum*, antología de las “diversas conferencias dictadas en Darmstadt sobre los problemas de la arquitectura, y a cuya exposición contribuyeron prestigiosas figuras europeas, entre otras, la de Ortega y Gasset”–, y la próxima aparición de dos obras: “Prolegomena” (de *Sein und Zeit*) y la *Carta sobre el humanismo*, publicada en Santiago de Chile bajo la traducción del filósofo peruano Wagner de Reyna²⁷⁵, célebre texto que el propio Gutiérrez Girardot traduciría años después para la editorial Taurus (1959).

Finalicemos estas noticias con una breve alusión de Gutiérrez Girardot a la filosofía de Husserl, autor que también ejercería una notable influencia sobre el estudiante colombiano, al que dedica una extensa reseña: “E. Husserl. *Ideen zu einer reinen Phenomenologie un phenomenologischen Philosophie*. Martinus Nijhoff, Den Haag, 1952”, donde define a su autor como “arquetipo del rigor científico, claridad mental y honestidad intelectual”²⁷⁶. De Husserl, cuyo primer tomo de las *Ideen* apareció “traducido por José Gaos no hace mucho”²⁷⁷, destaca la publicación de la *Lógica formal y trascendental*, editada por el Instituto de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y traducida por otro español: José Rovira Armengol, noticia a la que añade la próxima aparición de otros dos libros anunciados por la editorial de esta misma Universidad: un libro de Heidegger, “especialmente escrito para la serie de textos filosóficos modernos”, y una antología para la serie dedicada a autores hispanoamericanos, “que se iniciará con una selección de escritos de Coriolano Alberini”²⁷⁸.

²⁷³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 3-4, diciembre 1951 / marzo 1952, p. 272.

²⁷⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 7-8, diciembre 1952 / mayo 1953, p. 739. Más adelante veremos cómo esta “línea poética” de Heidegger sirven de fundamento a la reseña que Gutiérrez Girardot dedica al libro *Salvación del recuerdo* (1953), del poeta colombiano Eduardo Cote Lamus.

²⁷⁵ *Ibid.* pp. 737-738.

²⁷⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas bibliográficas: E. Husserl, E. Imaz”. Bogotá: *Ideas y Valores* 5, junio 1952, p. 380.

²⁷⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 3-4, diciembre 1951 / marzo 1952, p. 273.

²⁷⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 5, junio 1952, pp. 359.

Con relación a los seminarios de filosofía impartidos por Zubiri, “cursos privados [realizados] en el edificio de La Unión y el Fénix Español cada jueves de ocho a diez de la tarde”²⁷⁹, el mismo Gutiérrez Girardot ha dejado constancia de su asistencia en una serie de artículos donde adicionalmente incluye valiosa información sobre la actividad cultural madrileña. Enviados a las revistas *Bolívar* e *Ideas y valores*, estos juiciosos y regulares informes se constituyen, junto con los datos extractados de algunas de sus cartas y entrevistas, en la más valiosa –en ocasiones única– fuente de información disponible sobre su período de formación filosófica en España.

Uno de estos informes proporciona un elocuente testimonio de la decisiva influencia que más allá de la cátedra universitaria, el pensamiento zubiriano ejercía sobre el ámbito intelectual español. Luego de un detallado recuento de la actividad cultural y editorial madrileña, escribe:

Con todo, el mayor interés lo ofrecen los cursos del Maestro Xavier Zubiri y la mayor influencia, en extensión y hondura es la suya. También gracias a Zubiri, España se halla dignísimamente representada con él en el terreno de la filosofía europea actual. En derredor de Zubiri se halla lo más importante de los intelectuales españoles: Pedro Laín, E. Gómez Arboleya, Javier Conde, etc., etc. Julián Marías, unido a él por su discipular condición, aunque fiel a Ortega y a sí mismo, puede contarse dentro de este grupo decisivo²⁸⁰.

Influencia que confirma el filósofo Alberto del Campo, en la ya citada entrevista, cuando declara: “Cuando llegué a España [1949] Zubiri ya era una persona muy famosa. Tenía una enorme fama de gran intelectual”. Agregando a continuación los motivos por los cuales Zubiri, sin embargo, tenía prohibido el ingreso a la Universidad de Madrid, prohibición debida a los problemas que tuvo con la Iglesia, “porque se casó. Era sacerdote pero el Vaticano, sorprendentemente, le dio permiso para que se casara [...] Y eso fue algo sorprendente [...] Porque decían ¿cómo va a enseñar vestida de civil una persona que enseñó allí antes vestida de sacerdote?”. Entonces sus amigos, como cuenta el filósofo uruguayo en una conmovedora anécdota,

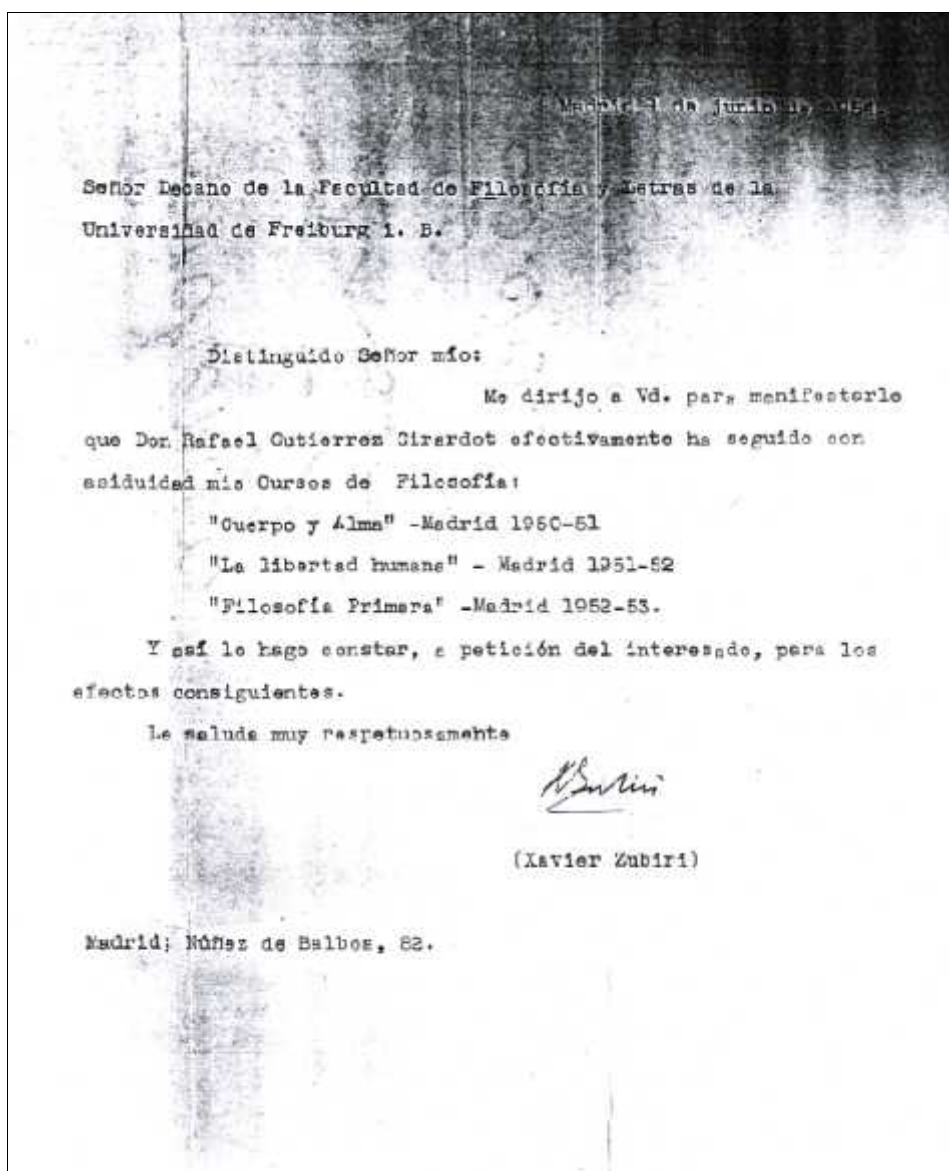
le organizaron unos cursos privados donde había que pagar una cuota. Me contaba el cobrador que quien pagaba más era el torero Domingo Ortega, aunque no asistía. Él contribuía con esa cuota, pero pensaba que ese no era su lugar; por consiguiente, no

²⁷⁹ Zamir Bechara. “Conversación con Rafael...”, *loc. cit.* p. 76. Se trata del edificio de la Compañía de seguros del mismo nombre (fundada en 1879), ubicado por aquel entonces en la calle Alcalá, en el centro de Madrid.

²⁸⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 7-8, diciembre 1952 / mayo 1953, p. 739.

iba al curso. Sin embargo, pagaba todos los meses 500 pesetas, aunque la cuota era de 100²⁸¹.

A tres de estos cursos privados asistió el joven colombiano durante su paso por la capital española. Una carta de Xavier Zubiri, fechada el 1 de junio de 1954 y dirigida al decano de Filosofía de la Universidad de Friburgo –a donde Gutiérrez Girardot viaja a mediados de 1953– lo certifica:



Madrid, 1 de junio de 1954.

Señor Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la
Universidad de Freiburg i. B.

Distinguido Señor mío:

Me dirijo a Vd. para manifestarle
que Don Rafael Gutiérrez Girardot efectivamente ha seguido con
asiduidad mis Cursos de Filosofía:

"Cuerpo y Alma" -Madrid 1950-51
"La libertad humana" - Madrid 1951-52
"Filosofía Primera" -Madrid 1952-53.

Y así lo hago constar, a petición del interesado, para los
efectos consiguientes.

Le saluda muy respetuosamente

X. Zubiri

(Xavier Zubiri)

Madrid; Núñez de Balboa, 82.

Xavier Zubiri - Madrid, 1 de junio de 1954

²⁸¹ Mónica Salinas. "Diálogo con Alberto...", *loc. cit.* pp. 193-194.

Madrid, 1 de junio de 1954

Señor decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Freiburg i. B.:

Distinguido Señor mío:

Me dirijo a Ud. para manifestarle que Don Rafael Gutiérrez Girardot efectivamente ha seguido con asiduidad mis Cursos de Filosofía:

“Cuerpo y Alma” - Madrid 1950-51

“La libertad humana” - Madrid 1951-52

“Filosofía Primera” - Madrid 1952-53.

Y así lo hago constar, a petición del interesado, para los efectos consiguientes.

Lo saluda respetuosamente,

(Firma)

Xavier Zubiri

Madrid; Núñez de Balboa, 82.

De su primer curso de filosofía, titulado “Cuerpo y Alma”, dedicado al problema del hombre, asegura que si bien Zubiri “ha expuesto en líneas generales el pensamiento de Heidegger”, en realidad estaba elaborando una “versión española del pensamiento heideggeriano y una interpretación correcta de éste, que despeja muchos equívocos en torno al pensador alemán”²⁸². Documentos excepcionales, las cartas enviadas por Gutiérrez Girardot a Alfonso Reyes durante sus años estudiantiles (sobre las que volveremos en el próximo apartado), resultan decisivas a la hora de evaluar los alcances de estas lecciones magistrales. En ellas se encuentran frecuentes alusiones a los cursos de Zubiri, a su persona, a los derroteros de su pensamiento filosófico. Refiriéndose a su indecisión a la hora de entregar sus textos a los editores, escribe a Reyes: “Si Zubiri publicara sus cursos, los discípulos hispanoamericanos de Ortega se quedarían con la boca abierta, sin saber qué decir de su maestro. Hace mucho tiempo el pensamiento de Ortega está superado por Zubiri, superado o absorbido en la *Aufhebung* hegeliana” (RGG a Reyes. Madrid, 9/3/1952). Con relación a este mismo curso, afirma en otro lugar:

Nadie como Zubiri está en capacidad de elaborar con tan grande y seguro material una antropología metafísica. El hombre, en su compleja realidad, cuerpo, materia,

²⁸² Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 1, junio 1951, p. 63.

psiquismo espiritual y los más complejos componentes de ella, han sido repensados por Zubiri dándoles una nueva dimensión, la filosófica (física, biología, bioquímica, etc., hasta ahora poco tenidos en cuenta al abordar el tema del hombre) y recibido sistematización y fecundidad”²⁸³.

Una muestra del entusiasmo con el que Gutiérrez Girardot recibe las lecciones de su admirado “Maestro”, puede verse en la citada carta a Alfonso Reyes, donde promete enviarle sus apuntes sobre el segundo curso de Zubiri, dedicado a la “Libertad humana”. No puede, sin embargo, como escribe a renglón seguido, “dejar de ceder a la tentación de contarle brevemente, casi telegráficamente, cómo se van desarrollando sus lecciones sobre la libertad humana”. Al inicio del curso “nos hizo un adelanto de por qué el curso se llamará, precisamente, sobre la Libertad humana”, pasando luego a estudiar el problema de la libertad en lo que llama el “contexto histórico”. Ha escogido con criterio representativo y son:

Los griegos: Platón y Aristóteles, Epicúreos y estoicos

El cristianismo: San Agustín.

La Edad Media: Santo Tomás.

La Edad Moderna: Kant.

Ahora ha entrado a estudiar a Hegel. En cuanto a los contextos estudiados, el problema de la libertad se inscribe en un ámbito desarrollado:

Los griegos: ámbito de la naturaleza, según el concepto griego de *physis*.

El cristianismo: ámbito de la gracia.

Santo Tomás: ámbito de la causalidad.

Kant: ámbito del *sollen*, del *factum* de la moralidad.

La última lección fue sobre Hegel, y como las anteriores sobre Santo Tomás y Kant, “Zubiri puso los puntos sobre las íes, en lo que se refiere a las interpretaciones anteriores”.

Declara más adelante haber llegado a conclusión de que

las monografías kantianas son más que insuficientes, más que defectuosas. Salió mejor librada la de Cassirer. Y de Santo Tomás no digamos nada. Los tomistas, los tomistones digo yo, si no lo han falseado de mala fe, es porque *no han ido a Santo Tomás directamente*, sino a Báñez o Juan de Santo Tomás. El de Aquino es otra cosa distinta a lo que nos han mostrado los tomistones de hoy. Y en cuanto a Hegel, que recuerde, no se le puede llamar racionalista, si hay que llamar a los filósofos de alguna manera o si hay que encasillarlos en compartimientos, sino razonista, que es otra cosa [...] Ya verá Ud. esto más en detalle cuando, al cabo de las lecciones, pueda enviarle una copia de mis apuntes (RGG a Reyes. Madrid, 9/3/1952). Subrayado mío.

Más que comentar este esbozo sobre el contenido del curso, nos interesa destacar, por sus implicaciones, el acento puesto por el estudiante colombiano a los cuestionamientos de

²⁸³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Figuras del pensamiento español contemporáneo”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 7 septiembre 1951, p. 1.

Zubiri –“puso los puntos sobre las íes”– en torno a las monografías dedicadas a Hegel, Santo Tomás y Kant, entre otros filósofos, a las que acusa de “insuficientes” y “defectuosas”, objeciones que llevan a Gutiérrez Girardot a escribir a Reyes, a modo de conclusión, que “a los filósofos o se los lee en su idioma original, o mejor no se los lee” (RGG a Reyes. Madrid, 9/3/1952)²⁸⁴. A este propósito, afirma en la misma carta que a pesar de leer el alemán sin dificultad y de haber hecho una reciente traducción, se encuentra, sin embargo, “luchando a brazo partido con la sintaxis alemana”: dos meses más tarde, en efecto, envía a Reyes aquella carta donde, como ya anotamos, le informa la publicación de su traducción de “El retorno al fundamento de la metafísica”, de Heidegger (revista *Alcalá*).

Del último curso del filósofo español al que asistiera, solo tenemos noticia por una breve nota: “El curso del Maestro Xavier Zubiri, este año, versará sobre Filosofía primera, y se inició en la última semana de octubre. En la primera conferencia el Maestro Zubiri expuso brevemente el plan del curso y de la investigación, que este año ha de ser fundamental”²⁸⁵. Como declararía años después en una entrevista, estos cursos constituían un verdadero “acontecimiento intelectual”:

No porque fueran brillantes, es decir, teóricos (como se decía que fueron los de Ortega y Gasset), sino todo lo contrario: eran sobrios, exigentes, de precisión conceptual diamantina [...] Eran unos cursos que hacían tabula rasa de todo lo superfluo que se había aprendido con anterioridad [...], cuando se interesaba por los estudios de algún discípulo suyo, le indicaba los libros que debía leer y le orientaba en los tortuosos caminos de la vana palabrería. En los seminarios era muy riguroso con sus colegas, pero a los jóvenes principiantes los animaba a participar con preguntas socráticas²⁸⁶.

Refiriéndose a su probidad intelectual, escribió en aquellos años estudiantiles: “Ni una palabra más, ni una palabra menos; va ciñendo los temas, desnudándolos, penetrando en ellos con admirable seguridad”²⁸⁷. Las virtudes éticas e intelectuales desplegadas por el filósofo español comenzarían a moldear su actitud frente al conocimiento, posibilitando la

²⁸⁴ Lección de autoexigencia que sería reconocida años después por Ángel Rama en una carta a Gutiérrez Girardot, donde luego de alabar sus comentarios a “la lectura de Marx de los textos de Hegel”, lo invita a escribir un “ensayito” sobre este tema: “Me parecería que eso debe motivar un ensayito breve y objetivo sobre “Marx lector de Hegel”, un ensayito organizando simplemente los textos y dejando al lector que saque sus consecuencias. Tu descubrimiento prueba otra vez que el problema de poner en claro muchas de las cosas confusas actuales, consiste en una operación simple y riesgosa: volver a leer los textos originales y no a la cáfila de intermediarios que reescriben los comentarios de otros y no las lecciones originales” (Rama a RGG. Montevideo, 6/12/1973).

²⁸⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 7-8, diciembre 1952 / mayo 1953, p. 740.

²⁸⁶ Zamir Bechara. “Conversación con Rafael...”, *loc. cit.* p. 76.

²⁸⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Figuras del pensamiento...” *loc. cit.*, p. 1.

formación de un *ethos* intelectual que en buena medida asumiría como propio y que posteriormente encontraría en otras grandes personalidades del pensamiento y la literatura: “Zubiri y Heidegger, Borges o Eduardo Mallea, José María Arguedas, Alfonso Reyes o José Luis Romero fueron hombres modestos, es decir, hombres elegantes: figuras, no figurones a lo Pablo Neruda”²⁸⁸.

Esta manifiesta sensibilidad para captar los rasgos más destacados del carácter y la personalidad intelectual de su maestro español, también encuentra expresión cuando dirige sus comentarios hacia algunos de sus profesores universitarios. Similares a los citados apuntes sobre Zubiri, se trata de anotaciones de índole personal que el joven Gutiérrez Girardot dejó de aquellos maestros directos, intelectuales que no solo “saben que la cultura no puede mantenerse a fuerza de diletantismo, de artificialidad, de torre de marfil”, sino que supieron, además, “ser amigos de sus discípulos y atender con solicitud –insólito caso entre nosotros– a quienes los buscan. Ni las frases vacías ni las palabras de relumbrón son su apoyo. La sencillez en lo que escriben y en lo que dicen es una prueba de su auténtica figura de intelectuales y maestros”²⁸⁹. Palabras que refuerza con afectuosas pinceladas de juvenil

²⁸⁸ Zamir Bechara. “Conversación con Rafael...” *loc. cit.* p. 76. En una carta a los editores bogotanos del libro de Zubiri *Siete ensayos de antropología filosófica* (Universidad Santo Tomás, 1982), Gutiérrez Girardot ratifica su admiración por el maestro español, al tiempo que señala las desfavorables circunstancias en que se produjo la recepción de su obra: “La influencia de la obra de Zubiri ha sido escasa, si se la compra con la de Ortega. Pero ello no se debe a que Zubiri haya evitado la propaganda, sino a otra circunstancia que no se puede apreciar sino cuando se compara la vida intelectual hispana con la alemana, por ejemplo. Zubiri no tuvo interlocutores ni personas que criticaran su obra o que discutieran críticamente con él sus tesis. A eso se agrega que Zubiri fue muy reacio a toda publicación. Uno de sus cursos –el mejor entonces: *Cuerpo y alma*– estuvo a punto de ser publicado, pero Zubiri retiró el manuscrito. Javier Conde, Laín Entralgo y Gómez Arboleya, entre otros, habían logrado que Zubiri admitiera taquígrafos en su curso, y como él hablaba concisamente y listo para la imprenta, por así decir, no era difícil elaborar el manuscrito de esos cursos. Muchas de las tesis del curso de Zubiri fueron aprovechadas, gracias a los manuscritos de los taquígrafos, por el médico Juan Rof Carballo, cuyo libro *Cerebro interno y mundo emocional*, de 1952, si mal no recuerdo, hacía suyas muchas ideas nuevas de Zubiri. El libro *Cuerpo y alma* hubiera sido en aquella época un libro renovador y hasta revolucionario. Pero Zubiri se negó a publicar ese libro. Más tarde, cuando se fundó la editorial Taurus, que yo cofundé, e hice el primer programa de publicaciones, encomendé al director de la editorial, Francisco Pérez González (yo estaba por esas fechas ya en Friburgo), que le arrancara a Zubiri el manuscrito de uno de sus cursos, al menos el de *Filosofía primera*, que entonces también hubiera sido un acontecimiento, pero Zubiri se negó a publicar otra vez. Y considero que este rechazo de toda publicación fue fatal para Zubiri mismo y para la influencia de su filosofía. Pues su pensamiento no fue puesto a discusión y no hay filosofía sin discusión. Ese pensamiento fue patrimonio de unos pocos que lo aprovecharon o trataron de “aplicarlo”, y esto también es fatal; pues no la “aplicación”, sino la discusión o la continuación o profundización crítica con el pensamiento de un filósofo es lo que le da vida, lo rejuvenece, lo afina. Cuando al fin apareció *Sobre la esencia*, las expectativas eran tan grandes que se convirtió en un “best-seller” y, naturalmente, eso aniquiló la obra. Solo hubo una crítica sutil y digna de tomarse en consideración: la de Aranguren. Entre líneas apuntó, según el sentido de la reseña, muy breve además, que el libro llegaba tarde. Hubiera sido interesante que explicitara esa opinión, pero Aranguren no lo hizo. Y así, la discusión filosófica con ese libro quedó trunca y se limitó al *aperçu*” (Rafael Gutiérrez Girardot. “A propósito del libro de Xavier Zubiri: *Siete ensayos de antropología filosófica*. Bogotá: *Cuadernos de filosofía latinoamericana* 14, enero/marzo 1983, pp. 92-93).

²⁸⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Figuras del pensamiento...”, *loc. cit.*, p. 1

simpatía y devoción: ya sobre su admirado Zubiri, a quien define como hombre de “baja estatura y ademanes nerviosos”; o sobre el filósofo político y sociólogo Francisco Javier Conde, de quien destaca su “alta y atlética figura”, la “mirada profunda” de quien “discurre con profundidad; frases justas, quintaesencias”. Como Zubiri, Conde “es un maestro y un amigo cordial”; finalmente, sobre Gómez Arboleya –quien afirmaba que conocer a Zubiri *ha sido el mayor bien que me deparó la providencia*–, al que describe como un hombre “fino, profundo, sutil, sobrio, pero con la luminosidad y gracia del andaluz [...] tiene las virtudes expositivas de Zubiri y la elegancia de Ortega, sin su pedantería”²⁹⁰.

Esta temprana comprensión de que el trabajo intelectual entrañaba, además de una implícita exigencia de conocimiento objetivo, un decisivo fundamento ético y social, comenzaría a moldear la vocación pedagógica y “constructiva” que sustenta no solo el trabajo docente y ensayístico de Gutiérrez Girardot, sino su intensa labor como “promotor” de múltiples actividades culturales. Una vocación de servicio que por estos mismos años descubría en su propia tradición hispanoamericana, específicamente en aquella generación de “luchadores y constructores” (Montalvo, González Prada, Justo Sierra, Hostos, etc.) que vieron en la literatura una forma de “servicio público”²⁹¹, y cuyo paradigma encontraría encarnado, como veremos más adelante, en la figura de Alfonso Reyes.

Oscilando entre su experiencia de formación en España y el simultáneo descubrimiento de su propia tradición latinoamericana, el joven Gutiérrez Girardot comenzaba a edificar una postura vital que se convertiría en la columna vertebral de su propia actitud ético-política, en el fundamento mismo que le permitirían alcanzar la modulación de un registro expresivo que hoy reconocemos como propio.

2.1.3. Instituto de Estudios Políticos (estudios de sociología)

Otro de los estudios regulares de Gutiérrez Girardot en España fue el “curso de tres años de especialización en sociología, destinado a los universitarios pertenecientes a las carreras de Derecho, Filosofía, Ciencias Políticas y Ciencias Económicas”²⁹². La especialización se hallaba vinculada académicamente al Instituto de Estudios Políticos (fundado en 1939, luego de la Guerra Civil), dirigido en aquellos años por el catedrático

²⁹⁰ *Ibid.*

²⁹¹ Pedro Henríquez Ureña. *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945). Bogotá: FCE, 1994, p. 155.

²⁹² Rafael Gutiérrez Girardot. “Carta de Madrid”. Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, p. 160.

Francisco Javier Conde, titular de Derecho Político de la Universidad de Madrid y “el teórico de la política más importante de la España actual”²⁹³.

“Concebido –según el historiador Stanley Payne– como el *brain trust* de la FET [Falange Española Tradicionalista]”, el Instituto de Estudios Políticos “estaba destinado a la formación de los cuadros del partido y al estudio de toda clase de cuestiones ideológicas y políticas”. Como todos los demás organismos del partido creados luego de finalizada la Guerra Civil, el Instituto llevó una vida lánguida, que no le permitiría llegar a su pleno desarrollo. Como señala Payne,

Francisco había manifestado con suficiente claridad que no deseaba que la Falange fuese el meollo ideológico de un Estado de partido único [...]. Diez años más tarde, bajo su tercer director –un socialista converso llamado Francisco Javier Conde– el Instituto se convirtió en un centro donde se cultivaba un cierto “liberalismo” encubierto bajo apariencias fascistas, en el que se combatía al clericalismo reaccionario y se llegó incluso a invitar a algunos socialistas extranjeros. Conde era un hombre prudente e ingenioso; había empezado por elaborar la primera justificación ideológica del singular “caudillaje” de Franco, tratando de aplicar los sofismas sociológicos de Max Weber y del poder carismático a Franco, cuando, en realidad, este poder no tenía otro fundamento que la fuerza. A pesar de ello, la posición de Conde se hizo insostenible y tuvo que dimitir [1956], después de lo cual el Instituto volvió a convertirse en una especie de limbo político²⁹⁴.

Encubrimientos comprensibles a la luz de la difícil situación política impuesta por la dictadura, que explica “las infinitas precauciones que tomaba Enríquez Gómez Arboleya al defender el método empírico o las acotaciones histórico-filosóficas de Francisco Javier Conde”²⁹⁵. Una elocuente manifestación de los cambios ideológicos operados en el Instituto aparece cuando se comparan las consideraciones de Conde en torno a Rousseau hechas en su ensayo “Sociología de la sociología” (1953), año en el que se desempeñaba como director del Instituto:

En contra de lo que pudiera parecer, y a muchos a parecido erróneamente, Rousseau es uno de los pensadores más radicales y consecuentes del mundo moderno. Nadie como él ha acertado a formular con tanto rigor y precisión el esquema puro de un orden político por concurrencia. Es el contrapunto acabado del orden por sumisión que había postulado el absolutismo.

²⁹³ *Ibid.*

²⁹⁴ Stanley G. Payne. *Historia del fascismo español*. París: Éditions Ruedo Ibérico, 1965, p. 179. Esta editorial, fundada en París por cinco refugiados españoles de la Guerra Civil, surgió con el objeto de hacer frente al franquismo. Introducidos clandestinamente en España, durante sus 16 años de existencia (1961-1977) aparecieron 150 libros en los que se exponían tesis alternativas a las posturas oficiales del régimen.

²⁹⁵ Serge Buj. “Refundación de la Sociología en España (1945-1959)” en *Los intelectuales y la dictadura franquista. Cultura y poder en España de 1939 a 1975*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 2013, p. 92

Apreciación muy lejana de las declaraciones anti-rousseauianas de la “tradición falangista joseantoniana” que pronunciara en su discurso con motivo de la fundación de Falange Española, en 1933:

Cuando, en 1762, un hombre nefasto que se llamaba Juan Jacobo Rousseau publicó *El contrato social*, dejó de ser la verdad política una entidad permanente. Entes, en otras épocas más profundas, los Estados, que eran ejecutores de misiones históricas, tenían inscritas sobre sus frentes, y aún sobre los astros, la justicia y la verdad. Juan Jacobo Rousseau vino a decirnos que la justicia y la verdad no eran categorías permanentes de razón, sino que eran, en cada instante, decisiones de voluntad²⁹⁶.

Viraje sorprendente que estaría poniendo de manifiesto la dinámica propia de sus nuevas convicciones políticas, encaminadas a la edificación de un pensamiento de clara tendencia “liberal” desde el cual oponerse a un régimen ideológicamente insostenible.

La carrera de Sociología inició sus actividades el año de 1950 y “al finalizar este de 1953 saldrá la primera promoción de diplomados en sociología”, lo que convierte al estudiante colombiano en uno de los primeros sociólogos graduados en España luego de la Guerra Civil, disciplina que luego de los impulsos iniciales dados por Ortega y sus discípulos Julián Marías, José Luis López Aranguren y Paulino Garagorri, recién comenzaba su renacer en la España franquista.

Por su novedad y por las condiciones políticas de su gestación –contexto de una “refundación” (1945-1959) donde la sociología recién comenzaba a conquistar el estatuto de disciplina autónoma–, “la generación que emprendió una carrera universitaria de Sociología al principio de los años cincuenta era un grupo más bien limitado, universitarios venidos casi todos del Derecho (Filosofía del Derecho o Historia del Derecho)²⁹⁷”. Si bien existía en el seno universitario “la convicción casi general de que era necesaria cierta dosis de docencia sociológica”, no existía en cambio un “acuerdo sobre los peligros de reintroducir la enseñanza de asignaturas que fragilizasen las bases del pensamiento político y social imperante, por negar la espiritualidad de la esencia humana”. La hegemonía de un pensamiento trascendente, teñido de ortodoxia católica, encuentra su voz en las concepciones de la generación inmediatamente anterior, para quienes la familia, por ejemplo, era una “institución eterna”. Severino Aznar, uno de sus máximos representante, sociólogo oficial dentro de la Universidad “una vez depurada de sus heterodoxos”²⁹⁸, entusiasta lector de la *Rerum Novarum* y anti-darwinista convencido, atacaría ferozmente a los “sociólogos

²⁹⁶ *Ibid.* pp. 98-99.

²⁹⁷ *Ibid.* p. 80.

²⁹⁸ *Ibid.* p. 104.

evolucionistas” por defender un concepto histórico de la familia, no eterno, atemporalidad sin la cual la sociedad, “cualquier sociedad, no puede vivir”. En la misma dirección consideraba el derecho de propiedad como “otra base de todas las sociedades humanas, y las desigualdades entre los humanos como *hechos naturales*”²⁹⁹.

Es el contexto de las “infinitas precauciones” que tomarían los implicados en este difícil proceso de “refundación” de la sociología durante el franquismo, cuyas ambigüedades y contradicciones –como ya hemos sugerido– se constituirían en una de las constantes del período de formación en España del ensayista colombiano y en una de las condiciones de posibilidad de su plena inmersión en el pensamiento moderno.

De las asignaturas específicamente enfocadas a los temas sociales, Gutiérrez Girardot destaca los cursos: “La sociedad del presente”, dictado por el catedrático Enrique Gómez Arboleya³⁰⁰; “Historia y estructura del pensamiento social”, dictado por Manuel García Pelayo y “Sociografía de los barrios urbanos”, dictado por José Bujeda. Dirigidos al ámbito político y cultural, menciona los cursos sobre “Política económica” (Valentín Andrés Álvarez), “Derecho político” (Carlos Ollero) y las cátedras sobre “Filosofía del Derecho”, “Filosofía de la cultura” y “Filosofía de la sociedad”³⁰¹, así como los seminarios sobre “El Romanticismo en España”, asignatura complementaria dictada por el filósofo Julián Marías.

Además de la actividad académica, sus informes contienen abundante información sobre la producción editorial del Instituto, material destinado a difundir sus actividades en el

²⁹⁹ *Ibid.* p. 79. Subrayado mío. *Rerum Novarum* (1891). Primera encíclica social de la Iglesia católica. Promulgada por el papa León XIII y dirigida tanto a los obispos como a los catedráticos, versaba sobre las condiciones de las clases trabajadoras. Aparecida en el contexto de los conflictos sociales planteados por la revolución industrial, por el creciente problema obrero y por las sociedades democráticas modernas, buscaba frenar la “descristianización” de las masas trabajadoras en un período en que amplios sectores populares – incluido algunos integrantes del clero–, se inclinaban por las ideas revolucionarias. A pesar de su apoyo al derecho laboral de “formar uniones o sindicatos”, también se reafirmaba en su apoyo al derecho de la propiedad privada.

³⁰⁰ Enrique Gómez Arboleya (1910-1959). Filósofo y sociólogo español. Catedrático de Filosofía del Derecho en Sevilla y Granada. En 1952 ocupa la Cátedra de Sociología de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid, consolidando así la Sociología como disciplina en España. Con el nombramiento de Enrique Gómez Arboleya como titular de una cátedra de Sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid [1952], y la empresa obstinada de Enrique Murillo Ferrol en Granada, de José Cortés Grau en Valencia o de Enrique Tierno Galván en Salamanca, se formó una nueva generación de sociólogos, dotados de una cultura más abierta al mundo exterior, animada por un profundo deseo de atesorar conocimientos, de dominar técnicas analíticas. Sobre todo, les animaba la voluntad de conectarse con las grandes escuelas de la Sociología que conocían, la francesa, fuertemente ligada al auge filosófico de la Francia de la posguerra, pero igualmente abierta a temas de la vida cotidiana; la americana, que traía las técnicas útiles para un acercamiento científico y matemático a las cuestiones sociales; y la alemana, más conceptual, demostrando mucho interés hacia cuestiones de organización social, de transferencias de saberes, de filosofía política. Entre las aludidas expresiones nacionales de la sociología moderna existía un punto común: su laicismo.

³⁰¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Carta de Madrid”. Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, pp. 160-161.

contexto de la vida cultural española, visible en la publicación de revistas especializadas y libros de autores clásicos de la sociología, la política y la filosofía. “Es indudable que muchos de los temas que hoy preocupan en España han sido puestos en circulación desde las cátedras del Instituto y a través de sus publicaciones”. Además de la *Revista de Estudios Políticos*, “en la actualidad, única en su género en los países de lengua española”³⁰², el Instituto publica otras cinco revistas, especializadas en varias ramas del derecho (internacional, colonial, etc.), y la excelente *Clavileño*, revista de la Asociación Internacional de Hispanismo, en la que publican los más afamados hispanistas del mundo. Entre los libros sobresalen las ediciones bilingües de la Colección *Clásicos políticos*, donde han aparecido traducciones de Platón y Aristóteles, así como algunos textos de Bodino, Adam Müller, Otto von Gierke y Carl Schmitt³⁰³, entre otros. Más adelante veremos la atención que dedica a este último, a quien tuvo la oportunidad de escuchar en una conferencia en el Ateneo de Madrid.

Estas publicaciones españolas llevan a Gutiérrez Girardot a establecer una comparación con los comienzos de la sociología en Inglaterra, cuyo estudio sistemático solo se inicia –según cita del *Times Literary Supplement*– con la traducción al inglés de *Essays on the sociology of Knowledge* (1952), de Karl Mannheim, selección de los “primeros trabajos publicados durante el primer período de su carrera universitaria en Alemania, hasta el año 1933, y que se hayan publicados en revistas de muy difícil acceso”³⁰⁴. La fundamentada reseña que el joven colombiano dedica a los *Essays* de Mannheim demuestra la solvencia y familiaridad que para estos años ya poseía sobre algunos destacados filósofos y sociólogos alemanes, de los cuales menciona algunas de sus obras y su relación con los trabajos de

³⁰² *Ibid.*

³⁰³ Juan Bodino (1529-1596). Intelectual francés. Sus aportes a la teoría del Estado, en particular su concepto de *soberanía*, han sido de gran importancia para la modernidad. Autor de *Los seis libros de la República* (1576). -Adam Heinrich Müller (1779-1828). Político y economista alemán. Obras: *Elementos de política* (1809) y *Ensayo de una nueva teoría económica* (1816). -Otto von Gierke (1841-1921). Jurista y profesor alemán. Sus estudios sobre el origen del Estado y sus relaciones entre la comunidad y el individuo son un antecedente del derecho social. Autor de *Fundamentos de derecho privado alemán* (1895-1917). -Carl Schmitt (1888-1985). Destacado jurista alemán. Uno de los principales ideólogos del Movimiento Revolucionario Conservador de Alemania, defensor de la dictadura como forma de gobierno. De sus numerosas publicaciones pueden destacarse: *La dictadura* (1921), *Teología política* (1922) y *Estado, movimiento, pueblo* (1933). Gran conocedor de la cultura española, ejercería, como veremos, una notable influencia sobre el joven Gutiérrez Girardot.

³⁰⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas bibliográficas” (Mannheim, Clavería, Fernández Almagro, Cote Lamus). Bogotá: *Bolívar* 20, junio 1953, p. 985. Karl Mannheim (1893-1947). Sociólogo de origen húngaro, desarrolló sus actividades en Alemania e Inglaterra. Influenciado por el pensamiento de Karl Marx, es considerado uno de los sociólogos más influyentes de esta disciplina. Autor de: *Ideología y utopía: introducción a la teoría del conocimiento* (1929)

Mannheim, señalando, de paso, cómo algunas de sus obras ya eran conocidas por los lectores de lengua española gracias a la traducción en España de *El hombre y la sociedad en la época de crisis* (1935), realizada por Francisco Ayala en 1936, y a las del Fondo de Cultura Económica de México: *Ideología y utopía* (1929) y *Libertad y planificación* (1940), publicadas en 1941 y 1942. Por otro lado, al dar cuenta de las corrientes ideológicas que al margen del marxismo –tan decisivo en la obra temprana de Mannheim– también penetraron en los debates intelectuales de aquel período, menciona al filósofo e historiador Wilhelm Dilthey, importante representante de las llamadas “ciencias del espíritu”, de las que destaca su “absoluto rechazo al positivismo”, y al sociólogo Max Weber, quien “al explicar el capitalismo desde el punto de vista socio-religioso, daba un golpe certero y definitivo a la interpretación materialista de la sociedad y de la historia”.

Además de la manifiesta influencia que el marxismo ejercería sobre sus primeros trabajos,

Mannheim respondió fuertemente a las nuevas corrientes de pensamiento; visiblemente más determinado por las tesis del neo-kantismo y las ambiciones *puras* de las ciencias (Husserl, Kelsen, por ejemplo), llegó a un contraste real entre los conceptos estáticos de las ciencias naturales y los conceptos dinámicos de las ciencias sociales e históricas. Tal es el cuño esencial de su pensamiento³⁰⁵.

Antes de pasar revista a los ensayos que componen el libro, lamenta el desconocimiento de los lectores de lengua española del que considera uno de los mejores trabajos de Mannheim, *El pensamiento conservador* (1927), “análisis sobre las vivencias del tiempo con relación a las formas de pensamiento político”. Es indudable que algunos de los trabajos de aquellos *Essays on the sociology of Knowledge*, en especial “Historicismo” (1924) y “El problema de las generaciones” (1927), contribuyeron decisivamente al ahondamiento en estos temas por parte de nuestro estudiante. El primer tema –donde afirma que “el historiador solo puede llegar a un tipo de verdad, la cual es comunión con y participación en las fuerzas y corrientes reales de la historia”– ya había sido abordado por Gutiérrez Girardot a través de sus lecturas de Ortega –especialmente en *El tema de nuestro tiempo* (1923)–, mientras el segundo venía a integrarse a una problemática “ampliamente debatida en España a propósito de la generación del 98”³⁰⁶, especialmente por Julián Marías, el matemático Julio Rey Pastor y Pedro Laín Entralgo en su libro *Las generaciones en la historia* (Instituto de Estudios Políticos, 1945). En el ensayo “Sobre la interpretación de la

³⁰⁵ *Ibid.* p. 986.

³⁰⁶ *Ibid.*, p. 985.

visión del mundo” (1923), Mannheim postula, en oposición a las ciencias naturales, el sentido último de las ciencias culturales, cuyos objetos de conocimiento –los fenómenos sociales y culturales–, comportan una interpretación de “significaciones que no pueden ser *observadas* como los objetos que manejan los científicos”.

Primera formulación de su teoría sociológica, el ensayo “Teoría del conocimiento” es una “discusión con Max Scheler y su libro *Sociología del saber* (Ed. española en trad. de José Gaos, Rev. de Occidente, Madrid, 1934; en Rev. de Occidente, Argentina, 1949)”. Los dos ensayos restantes, “La competencia como fenómeno cultural” y “La naturaleza de la ambición económica y su significación en la educación social del hombre”, rozan

cuestiones tratadas por Groethuysen (en: *La conciencia burguesa*, trad. de José Gaos, F.C.E. México. 1944 y *El burgués*, trad. del francesa de S. Jankélévich, Payot, París, 1926), Werner Sombart (*Lujo y capitalismo*, 2ª ed. Rev. de Occidente, Madrid, 1951, y su *Apogeo y decadencia del capitalismo*, ed. del Fondo de Cult.), y en general por la moderna sociología, como el problema del éxito en la sociedad moderna, que se conecta con la aparición de las figuras-astro como la estrella, el deportista, y el desplazamiento del intelectual, etc.³⁰⁷

La detallada reseña, la precisa información bibliográfica que acompaña algunos de los ensayos, el hecho mismo de enviarla a una revista de amplia difusión en Colombia, demuestran una vez más la ya señalada inclinación pedagógica que comenzaba a caracterizar su trabajo intelectual.

Si consideramos que la sociología comenzó a incorporarse a “los programas de formación universitaria en Hispanoamérica en la segunda mitad del siglo XX”, profesionalización que se produjo “en un período de cambios histórico-sociales *de la sociedad tradicional a la sociedad de masa* (Gino Germani)”³⁰⁸, podemos advertir el nivel de actualización y apertura intelectual alcanzado por Gutiérrez Girardot, máxime cuando el proceso hacia la profesionalización de la sociología en Colombia, por poner un ejemplo, solo comenzaría en la década del sesenta.

Más novedosos, sin embargo, debieron resultar para el estudiante colombiano los ensayos de Mannheim fundamentados en el marxismo, cuyas tesis sobre “la naturaleza *ideológica* del pensamiento social” como “elementos primarios para una nueva intelección

³⁰⁷ *Ibid.* pp. 986-987.

³⁰⁸ Rafael Rubiano y Germán Porras. “Las certidumbres del saber: las lecciones intelectuales de Rafael Gutiérrez Girardot a los debates contemporáneos de la sociología hispanoamericana” en Juan Guillermo Gómez García (coord.). *Rafael Gutiérrez Girardot: Un intelectual crítico y creativo de las tradiciones hispanoamericanas* Barcelona: *Anthropos* 226, 2010, p. 56.

esencial de la historia, posible mediante la participación activa en el proceso histórico”³⁰⁹, debieron constituirse en los primeros acercamientos de Gutiérrez Girardot al pensamiento de Marx, uno de los fundamentos de su posterior concepción de la sociología de la literatura. Una entrevista realizada a nuestro ensayista corrobora que sería por aquellos años –recién llegado a Alemania–, cuando comienza sus estudios sobre el marxismo:

Cuando llegué a Friburgo, acababan de publicar la primera edición de los escritos de juventud de Marx y la comencé a devorar. Había un sociólogo muy importante que la había realizado, al igual que su tesis doctoral al respecto, que también leí. Me fascinó y comencé por ahí mi giro.

Líneas atrás, había añadido esta curiosa declaración: “Yo deje de ser religioso en Madrid por los cursos de Zubirí. En Madrid ya comencé a dar un giro hacia la izquierda porque vi una película de Marlon Brando que se llamaba *Viva Zapata* que me fascinó”³¹⁰.

Afianzado en su temprano conocimiento de la sociología alemana, así como en el íntimo conocimiento de la labor editorial del Instituto de Estudios Políticos y en el trabajo serio y riguroso de sus integrantes, afirma Gutiérrez Girardot que la actual sociología española “cuenta con tres o cuatro figuras que nada tienen que envidiar a la famosa constelación de sociólogos alemanes”. Lo demuestran los libros de Francisco J. Conde, los estudios de Luis Díez del Corral o los cursos de Gómez Arboleya. Reiterando una vez más su admiración por Zubirí, añade que “el enriquecimiento que de la sociología española puede recibir la sociología europea”, se debe a su fecundo magisterio, toda vez “que muchos, si no todos los que se agrupan en el Instituto, son sus discípulos directos”³¹¹. Más que indagar sobre una posible contribución del Instituto al desarrollo de la sociología alemana y europea de aquellos años, nos interesa destacar la motivación última de esta “Carta de Madrid”: el deseo de que dicho “enriquecimiento” pueda también alimentar el entorno académico colombiano, donde los estudios históricos y sociológicos carecen de modernas y adecuadas herramientas de estudios. “Quizá un equipo sólidamente preparado pueda dedicar a la investigación de estas cuestiones sus mejores años. Nada sería de tanta utilidad para ello como un Instituto de semejante estructura y de parecidos propósitos”³¹². Deseo que pone al descubierto, una vez más, su admiración por las realizaciones culturales de una España que a

³⁰⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas bibliográficas...”, *loc. cit.* p. 985.

³¹⁰ María A. Mosquera y Patricia Tobón Ricaurte. “Rafael Gutiérrez Girardot, prólogo conservador y epílogo en la izquierda (1928-2005)” (Entrevista, nov. 2004). Medellín: *Babel* 11, febrero/diciembre 2009, pp. 39-40.

³¹¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Carta de Madrid”. Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, p. 161.

³¹² *Ibid.*

pesar de las múltiples limitaciones impuestas por la dictadura, no dudamos en calificar de decisiva para la formación del joven Gutiérrez Girardot.

2.1.4. Otras actividades (cursos, conferencias, homenajes, lecturas)

España aparece al joven estudiante como “un ejemplo bien cercano y aleccionador”, cuyas incitaciones pueden ayudar a superar las dificultades con que tropieza el intelectual hispanoamericano que desea “entregar su vida a la realización plena de su vocación intelectual”. Unas dificultades que se manifiestan, entre otros factores, en la desatención de la sociedad; en la carencia de una crítica objetiva y autónoma; en la escasa densidad cultural de nuestro medio y en la ausencia de “maestros” orientadores. Mientras en Europa hay un mayor número de intelectuales y un público lector más preparado, que permite al escritor o al filósofo mantenerse en “exigente tensión creadora”, en Hispanoamérica esta densidad es escasa, facilitando el desarrollo de “la planta silvestre del intelectual hispanoamericano”, autodidacto e improvisador, el triunfo fácil del “hombre brillante y poco riguroso en sus menesteres intelectuales”³¹³. No para imitarlas sino para asimilarlas, bien puede la América Hispánica tomar las incitaciones venidas de España, su organización y sus estructuras, incluso la forma de realizarlas. Como ejemplo a seguir, menciona el Instituto de Filología de Buenos Aires (1925), fundado por Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña:

¿No nació acaso en el Centro de Estudios Históricos que dentro de la Junta para Ampliación de Estudios dirigía don Ramón Menéndez Pidal? Estas cartas quieren, por ello, dar noticia de muchas de las mejores instituciones españolas, de sus proyectos, de sus realizaciones, y de la vida cultural que en torno a ellas se hace. Quizá haya entre nosotros hombres arriesgados que se decidan a hacer vida intelectual rigurosa, por sobre todo, y a dotar a nuestro país de una cultura que nada tenga que envidiar a la más exigente del Occidente cristiano³¹⁴.

³¹³ *Ibid.*, p. 159.

³¹⁴ *Ibid.* p. 160. Heredera de la Institución Libre de Enseñanza (1876), la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907) fue la encargada de promover la investigación y la difusión de la ciencia y la cultura española. Hasta su cierre como consecuencia de la Guerra Civil (1936-1939), la Junta se convirtió en la tentativa más consistente encaminada a superar el pesimismo decimonónico a través de la integración con los países más modernos de Europa, único medio, en el contexto de aquellos años, de avance y de progreso. Además de contar con un grupo de destacados científicos –como el médico Santiago Ramón y Cajal (Premio Nobel en 1906) o el matemático Julio Rey Pastor, entre otros–, la Junta logró crear un entramado de centros y laboratorios en los que la ciencia y las humanidades encontraron un entorno adecuado para su desarrollo: la Residencia de Estudiantes, el Museo de Ciencias Naturales, el Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales, el Museo Antropológico, el Real Jardín Botánico de Madrid o el mencionado Centro de Estudios Históricos, en cuya Sección de Filología, dirigida por Ramón Menéndez Pidal, trabajó el mexicano Alfonso Reyes (1915-1920) junto a Tomás Navarro Tomás y Américo Castro, entre otros.

Como ya hemos señalado, estos informes se constituyeron en el medio más eficaz para difundir en Colombia tanto la actividad editorial y cultural (cursos, conferencias, homenajes, publicación de revistas y libros) desarrollada en España, Europa (especialmente en Alemania) y el continente americano, como su participación en algunas de estas actividades.

El panorama cultural mostrado por el estudiante colombiano no puede ser más positivo: “Cerca de doce o quince conferencias diarias se dictan en Madrid a eso de las siete de la tarde”, sin contar los “cursillos breves” que no aparecen anunciados en los periódicos o las charlas que se dan “en los Colegios Mayores en forma de coloquios familiares” o en sitios como “el antiguo y famoso Ateneo de Madrid, el Instituto de Cultura Hispánica, el Círculo de Medina, la Asociación Cultural Iberoamericana, la Escuela Social León XIII, el Instituto de Estudios políticos y los varios patronatos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas [CSIC]”³¹⁵.

Además de los seminarios de filosofía “Aula de Medianoche”, dirigidos por José Luis Aranguren en el Colegio Guadalupe, Gutiérrez Girardot asiste a otros eventos académicos vinculados a la Universidad Complutense de Madrid, como la lección magistral del catedrático Antonio Millán Puelles, “titular de la Cátedra de Fundamentos de Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras” de esta institución. Autor de libros sobre Husserl, Hartmann, entre otros, “Millán Puelles es de una claridad y de un rigor que recuerda las exposiciones de García Morente en sus *Lecciones preliminares de filosofía*”³¹⁶.

También asiste a algunas de las actividades académicas organizadas por el Ateneo de Madrid: el curso sobre “La poesía”, impartido por Leopoldo Eulogio Palacios³¹⁷ y a dos conferencias: “El filósofo ante el mundo moderno”, del pensador católico Gabriel Marcel y “La unidad del mundo”, del jurista y filósofo Carl Schmitt³¹⁸, conferencia que ya mencionamos, de la cual enviaría un extenso resumen a un periódico colombiano:

³¹⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Carta de Madrid”. Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, p. 160. Terminada la Guerra Civil (1939), el dictador Franco promulgó la ley mediante la cual todos los Centros dependientes de la disuelta Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, pasaban a depender del recién creado Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC).

³¹⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 3-4, diciembre 1951 / marzo 1952, p. 272.

³¹⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Carta de Madrid”. Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, p. 164.

³¹⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 1, junio 1951, p. 65. Gabriel Marcel (1889-1973). Dramaturgo y filósofo francés, representante del existencialismo cristiano, corriente filosófica desarrollada paralelamente al existencialismo “ateo” de Sartre. Autor de *Diario metafísico* (1923), *El misterio del Ser* (1951), *La condición del intelectual en el mundo contemporáneo*, *Filosofía para un tiempo de crisis*, entre otros títulos.

El concepto de unidad nos presenta su contrapuesto, el de la dualidad y, aplicado al mundo actual, la oposición visible entre Oriente y Occidente, entre Capitalismo y Comunismo: el dualismo se manifiesta en los dos frentes, amigo y enemigo, clara y perfectamente distintos. (Esta distinción es el punto céntrico sobre el cual giran las doctrinas de Schmitt). Por eso si la unidad se muestra como cosa buena, la dualidad habrá de mostrarse como cosa mala. En la tensión dualista que el mundo vive se exige una decisión.

Ante la amenaza de la “unidad técnica” del mundo, que llevaría nuestro planeta a su suicidio, se pregunta Schmitt: “¿Qué podemos oponer?”

Por experiencia histórica hay muchas y grandes posibilidades de una concepción cristiana de la historia que ha caído en el olvido sin que por eso hayan perdido su verdad antigua y su energía. Las posibilidades de una imagen cristiana de la historia – que es preciso recordar– harán imposible la desnaturalización, la relativización de la historia [...]. Esta es la única que podemos y debemos oponer³¹⁹.

Más allá de la comprensible simpatía del joven Gutiérrez Girardot por esta revalorización de la “concepción cristiana de la historia” como tabla de salvación para el avasallante predominio de la técnica, el temprano conocimiento del gran ideólogo alemán dejaría en Gutiérrez Girardot algunos conceptos esenciales –su idea de “lo político” como manifestación del enfrentamiento amigo-enemigo, presente en el citado “resumen”, o la formulación teórica de su justificación del “Estado fuerte”, el cual valdría a Schmitt el apelativo de “jurista de cabecera del Tercer Reich”–, conceptos que encontrarían su posterior aplicación reflexiva en diversos lugares de su trabajo ensayístico, especialmente en los textos “Hugo Ball y Carl Schmitt” (1989)³²⁰ y “Carl Schmitt y Walter Benjamin” (2001), ensayo este último en el que caracteriza a Schmitt por

su temprana adhesión al nacionalsocialismo, su antisemitismo, su formulación de justificaciones del *Estado fuerte*, en suma, de lo que le valió ser llamado el *jurista de cabecera del Tercer Reich*, quien dictaminó apodóticamente que *el Führer protege el derecho* y elaboró la teoría de *lo político* como manifestación de la relación fundamental entre *amigo y enemigo*³²¹.

³¹⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Visión del mundo (Una conferencia de Carl Schmitt, resumen de Rafael Gutiérrez Girardot)”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 17 junio 1951, p. 4. Sobre Schmitt y su vinculación a la cultura española, Gutiérrez Girardot se referirá en otro lugar a la traducción de su libro *Interpretación europea de Donoso Cortés* (“Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 5, junio 1952, p. 360)

³²⁰ Rafael Gutiérrez Girardot “Hugo Ball y Carl Schmitt” en *Historia, lenguaje, sociedad. Homenaje a Emilio Lledó*. Barcelona: Crítica, 1989, pp. 387-399. Como una muestra de la amistosa relación del ensayista colombiano con Emilio Lledó, citamos las siguientes líneas de la contratapa de este *Homenaje*: “Historia, lenguaje, sociedad son los ejes en torno a los cuales un grupo de compañeros y discípulos de Emilio Lledó ha decidido efectuar esta reflexión conjunta”.

³²¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Carl Schmitt y Walter Benjamin”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 612, junio 2001, p. 62.

La afirmación de Schmitt de que “todos los conceptos concisos de la moderna teoría del Estado son conceptos teológicos secularizados (*Teología política*, 1922)”, sirve a Gutiérrez Girardot de fundamento para abordar una tentativa de comprensión en torno a la crítica a la modernidad y su “manifestación diferencialmente conjunta en dos inteligencias biográficamente contrarias: Carl Schmitt y Walter Benjamin”. Tentativa que lo lleva a preguntarse por una posible confluencia o “rara reciprocidad (Gershom Scholem)” entre “teoría reaccionaria y praxis revolucionaria”:

¿Confluyen en estas posiciones opuestas la *agudización católica* [Schmitt] y la *apocalíptica judía* secularizada [Benjamin]? [...] La deuda de Benjamin a Schmitt se fundó en una concepción teológica del mundo, de la historia y de la política. Por encima de las diferencias que separan sus posiciones políticas, la teología política de Schmitt y la teología de la historia de Benjamin constituyen un horizonte complejo en el que los dos contemplan la modernidad y desde el cual sientan las medidas para su crítica³²².

Las tempranas lecturas de Carl Schmitt se constituyeron –entre otras lecturas decisivas–, en uno de los fundamentos sobre los que se asentaría su precisa comprensión de la modernidad:

La diferencia de actitudes frente a esta modernidad (contrarrevolución en Schmitt; futuro revolucionario como salida ambiguamente mesiánica de la situación en Benjamin), no son obstáculo para que en los análisis concretos de la situación, Schmitt y Benjamin desvelen con penetrante agudeza los complejos entretejidos contradictorios de esa modernidad³²³.

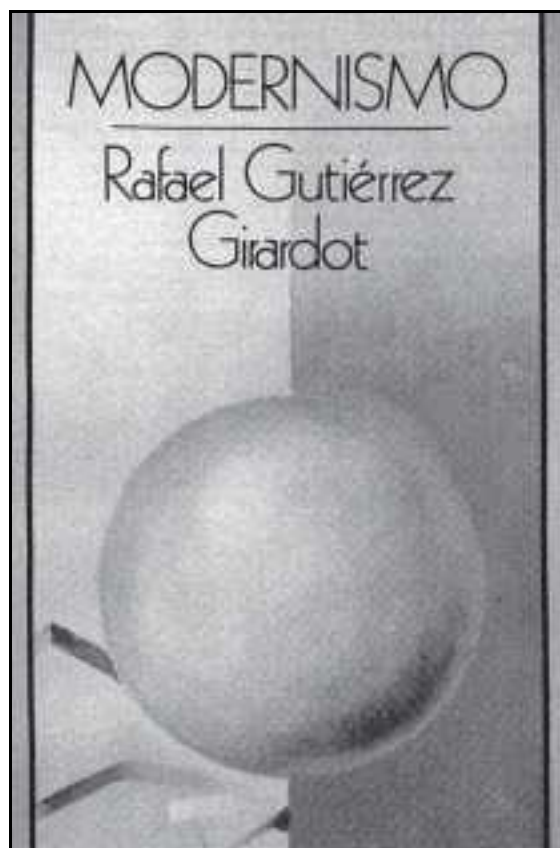
La misma precisión conceptual y “penetrante agudeza” con la que Gutiérrez Girardot abordaría, en su libro *Modernismo* (1982), los “supuestos históricos y culturales” de este ambiguo y complejo acontecimiento hispanoamericano, experiencia finisecular que el ensayista colombiano nos enseñaría a valorar en su adecuado contexto: en relación con la marcha de la historia de Occidente.

Además del recuento de los cursos y conferencias ofrecidos por el Ateneo, Gutiérrez Girardot añade información sobre la publicación por parte de esta institución de una pequeña colección donde se recogen algunas de estas conferencias: “Van publicados hasta ahora cuatro volúmenes: *La unidad del mundo*, por Carl Schmitt; *Situación actual de la cultura moderna*, por Christopher Dawson [...]; *Sociología de la crisis*, por Alois Dempf y *Los problemas de la novela contemporánea*, por Mariano Baquero Goyanes”. Títulos que

³²² *Ibid.* p. 64.

³²³ *Ibid.* p. 67.

configuran una muestra significativa de sus intereses intelectuales: “El conjunto de la colección [...] ofrece interés extraordinario por cuanto casi todos abordan, de una u otra forma y valientemente, las cuestiones actuales del mundo. La crisis, la filosofía de la historia, el cristianismo, etc.”³²⁴.



Rafael Gutiérrez Girardot. *Modernismo* (1983)

Fundado en 1835 al amparo de los vientos liberales impuestos por la Regente María Cristina, el Ateneo Científico y Literario nació con la intención de convertirse en una "Sociedad patriótica" defensora de la libertad de pensamiento. Por sus salones pasaron algunos de los gestores políticos de la Segunda República, destacados escritores de las generaciones del 98 y del 27, así como importantes figuras del ámbito internacional. Como aquellas “voces del diálogo” –reunidas a raíz del Primer Congreso de Poesía celebrado en Segovia (1952)– o como aquel grupo católico abanderado por Aranguren –el “más coherente contra la tiranía caudillista, empeñado en transformar *la cátedra universitaria en enclaves de*

³²⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 3-4, diciembre 1951 / marzo 1952, p. 272.

pensamiento liberal”–, el Ateneo también se convertiría en otro de los focos de irradiación que subrepticamente facilitaron –al amparo de las ambigüedades ideológicas propias de la dictadura franquista– la apertura de un limitado pero muy saludable margen para la expresión del pensamiento crítico y contestatario.

Los cursos y conferencias del Ateneo, así como los proyectos editoriales que “de una u otra forma y valientemente” abordaban cuestiones de interés político y cultural, permiten vislumbrar otra faceta de la rica experiencia formativa vivida por el joven estudiante en un contexto cultural cuya visceral ambigüedad se constituiría, sin embargo, en el fundamento dialéctico que le permitiría superar los aspectos más inamovibles de su propia tradición, gracias a los encontrados impulsos de una sociedad esencialmente católica y conservadora pero simultáneamente empeñada –al igual que la colombiana– en adherirse a las conquistas de una modernidad largamente postergada.

Una segunda charla de Schmitt estuvo dedicada a la conferencia “What do we study History?”, dictada por el historiador inglés de Arnold J. Toynbee en la Real Academia Española de Historia. Escribe Gutiérrez Girardot:

Para Toynbee, dijo Carl Schmitt, la historia resulta ser un gran hospital de veintiún enfermos, de los cuales veinte que son las culturas, han fenecido, y al último se le asegura que tendrá aún algo de vida. Las conferencias de Toynbee defraudaron en general. Toynbee ha pretendido hacer una ambiciosa interpretación de la historia universal, y no ha llegado a lograrla. Es el Spengler de 1950, de nuestros días, aunque su obra tiene menos entusiasmo y poesía que la del autor alemán³²⁵.

Gutiérrez Girardot, que también asiste a la charla de Toynbee, presenta un amplio resumen en el que afirma que si bien “la busca de una ley y la curiosidad” son indispensables para el estudio de la historia, no basta con ellas: “Presentar la historia basada simplemente en una ley, conduce a formular de modo poco convincente la historia, como una serie de infinitas repeticiones en un ciclo histórico”³²⁶. Como a tantos otros, sería Ortega –“quien decía entonces del famoso historiador que se pasea por la historia como un buen turista inglés”³²⁷–, quien daría a conocer en España a Toynbee a través de unas célebres conferencias (1948-1949) dedicadas a su libro *Sistema de la historia*.

A propósito de Ortega, Gutiérrez Girardot continúa prestando atención a sus diversas actividades, si bien, como ya hemos sugerido, comienza a distanciarse de su pensamiento. Entre los últimos trabajos del pensador español menciona tres de sus más recientes

³²⁵ *Ibid.* p. 271.

³²⁶ *Ibid.* pp. 271-272.

³²⁷ *Ibid.* p. 271.

publicaciones: “Logos” (ensayo incluido en un volumen colectivo sobre los problemas de la arquitectura, donde reseña el célebre artículo de Heidegger, “Habitar, morar y construir”); “Martin Heidegger o el lenguaje de los filósofos” (publicado en la revista *Universitas*, de Tübingen); y el “Prólogo” a *El collar de la paloma*, de Ibn Hazm (traducido por Emilio García Gómez). “Además de estos trabajos y de varias conferencias en Alemania y Europa, la labor de Ortega en España no se ha vuelto a desarrollar con intensidad”³²⁸.

Mención especial dedica al Homenaje ofrecido a Ortega por algunos de sus discípulos y otras destacadas figuras. Bajo el título *El estado de la cuestión* participaron, entre otros, José L. Aranguren, Julián Marías, Alfonso García Valdecasas, Enrique Lafuente Ferrari, Rodrigo Fernández Carvajal, Emilio Lledó, Pedro Laín Entralgo, así como “matemáticos, artistas y miembros de todas las ramas de la cultura española”³²⁹. Entre todas las actividades, destaca el homenaje que bajo el título *Nuestra imagen de Ortega*, realizaron los jóvenes intelectuales, quienes manifestaron la fuerte vinculación, en muchos casos conflictiva, que la nueva generación sigue manteniendo con el gran pensador español. Como un ejemplo de esta ambigua relación —esta vez a propósito del catolicismo de Ortega—, Gutiérrez Girardot recoge los comentarios del escritor Vicente Marrero Suárez a propósito de este homenaje (aparecidos en la revista *Arbor*, del CSIC)³³⁰, donde Marrero se refiere a la obra de Ortega como “el esfuerzo encaminado a descristianizar a España, más inteligente, más sistemático y brillante que se ha visto en nuestra patria después de la aparición de la Institución Libre de Enseñanza”³³¹. Teme Marrero Suárez que se siga sosteniendo “por mucho tiempo el mal tonificante, la blandengue y envenenada confusión [...] que nos ronda ya con bastante poca fortuna desde unos años a esta parte”, acusación a la que responden algunos de los intelectuales mencionados y a la que se suman Dionisio Ridruejo, Emilio García Gómez, S. Lisaguirre y Luis Díaz del Corral. Sostienen estos que “la afirmación del señor Marrero sobre el descristianizador Ortega es una gran falsedad”, para concluir con estas elocuentes palabras: “Y es preciso que los católicos sientan el orgullo de su catolicismo y sepan hacer de él lo que fue en otras horas: un instrumento exquisito, rico de todas las

³²⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 7-8, diciembre 1952 / mayo 1953, pp. 737-738.

³²⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Carta de Madrid”. Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, p. 162.

³³⁰ *Arbor*. Revista del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), enfocada a la publicación de temas sobre pensamiento, ciencia y cultura. Fundada en 1944, se convertiría en una de las publicaciones más opuestas a la apertura cultural durante la dictadura franquista.

³³¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Carta de Madrid”. Bogotá: *Bolívar* 22, agosto 1953, p. 318.

gracias y destrezas actuales, apto para poner a España *en forma* ante la vida presente”³³². Entre las diversas reacciones a las opiniones de Marrero Suárez, Gutiérrez Girardot recoge la réplica del Padre Ramón Roquer³³³, quien publica en *Revista* (Barcelona) una serie de artículos sobre el pensamiento teológico de Ortega, “con tal objetividad que de ahí no puede desprenderse ningún violento reproche ante el anticatolicismo de Ortega”. De la citada refutación a las acusaciones de Marrero Suárez sobre el “descristianizador Ortega” (publicada en *Arbor*, pero que Gutiérrez Girardot no incluye en su nota) extractamos, por su implícito interés, el siguiente pasaje:

Los que llamamos a Ortega “nuestro maestro común”, los que hemos recibido de él, en diversas proporciones y formas, doctrina filosófica y entusiasmo español, voluntad de veracidad y rigor intelectual, afán de comprensión y plenitud, somos, en abrumadora mayoría, sincera, pública y notoriamente católicos. Si los árboles han de conocerse por sus frutos, hay que decir que los de Ortega no han sido de descristianización.

Y citando a Ortega, añade más adelante:

Es Ortega quien ha escrito: “El *catolicismo* español está pagando deudas que no son tuyas, sino del catolicismo *español*. Nunca he comprendido cómo falta en España un núcleo de católicos entusiastas resuelto a liberar el catolicismo de todas las protuberancias, lacras y rémoras exclusivamente españolas que en aquél se han alojado y deforman su claro perfil. Ese núcleo de católicos podría dar cima a una noble y magnífica empresa: la depuración fecunda del catolicismo y la perfección de España”³³⁴.

Como ya hemos señalado, es evidente que las cuestiones en torno al catolicismo español se constituyen en una de las problemáticas más decisivas a la hora de evaluar la “influencia” que sobre el estudiante colombiano pudo ejercer el complejo entramado de un

³³² *Ibid.* p. 319. Emilio García Gómez (1905-1995). Arabista y traductor español. Fruto de sus estudios en Siria, Egipto e Iraq, son los *Poemas arabigoandaluces* (1930), decisivos para la Generación del 27, en especial para Federico García Lorca, quien encontraría en ellos inspiración para su *Diván del Tamarit*. Tradujo el célebre *El collar de la paloma*, del cordobés Ibn Hazm (prologado por Ortega y Gasset). En 1948, junto a Samuel Miklos Stern, hebreo nacionalizado inglés, descubre en El Cairo la existencia de las jarchas, demostrando el origen árabe-andaluz de la lírica románica, desbancando otras teorías anteriores que situaban su origen en la lírica provenzal. -Luis Díez del Corral y Pedruzo (1911-1998). Jurista, escritor y politólogo español. Estudió en las Universidades de Berlín y Friburgo. Catedrático de Historia de las Ideas y de las Formas Políticas en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad Madrid. Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales y redactor de la *Revista de Occidente*, recibió el doctorado honoris causa de la Sorbona. Obras: *El liberalismo doctrinario* (1945), *El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo* (1954) y *La monarquía de España en el pensamiento político europeo. De Maquiavelo a Humboldt* (1976), entre otras.

³³³ Ramón Roquer (?). Presbítero español. Catedrático de Filosofía, miembro del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y uno de los fundadores de la revista *Arbor*.

³³⁴ Antonio Martín Puerta. *Ortega y Unamuno en la España de Franco. El debate intelectual durante los años cuarenta y cincuenta*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2009, p. 142.

sector de la intelectualidad que al mismo tiempo que proclamaba su abierta adhesión a la modernidad también declaraba su fidelidad al catolicismo. El mismo Gutiérrez Girardot, por otra parte, seguirá ahondando posteriormente en este complejo entramado, especialmente en torno al problema de la secularización, concepto clave de su comprensión de la modernidad y su relación con el modernismo español e hispanoamericano.

De su interés por el derecho, cabe destacar su asistencia al curso “Introducción al pensamiento jurídico moderno”, dictado por el catedrático Enrique Gómez Arboleya, como parte de sus lecciones sobre Filosofía del Derecho, adscrito al “quinto curso de la especialidad de Filosofía de la Facultad de Madrid”³³⁵. A pesar de haber abandonado los estudios de derecho para dedicarse de lleno a la filosofía, Gutiérrez Girardot nunca perdió el interés por los temas jurídicos, especialmente por la filosofía del derecho, cuya huella resulta decisiva en toda su obra³³⁶.

Si la detallada presentación del curso de Gómez Arboleya (tanto de los contenidos como de su estructuración metodológica), encuentra su justificación en su afán por difundir en Colombia aspectos muy concretos de la actividad académica de la universidad española (recordemos que escribe para la revista de la Facultad de Filosofía de su Alma Máter), también puede servirnos para rastrear la eventual apropiación de una concepción metodológica de acercamiento a los temas, perceptible en las dos partes en que Gómez Arboleya divide el curso: una histórica y otra sistemática. Modalidad de aproximación que se

³³⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 5, junio 1952, p. 358.

³³⁶ Un testimonio de su interés por los temas jurídicos puede encontrarse en dos juveniles artículos dedicados a Andrés Bello: “La obra de Andrés Bello” (Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 44, agosto 1953, pp. 211-213) y “El sentido filosófico de la *Gramática* de Andrés Bello” (Bogotá: *Bolívar* 30, junio 1954, pp. 905-922). Enfocados solo tangencialmente al tema jurídico, estos primeros acercamientos posibilitaron su posterior comprensión del “americanismo literario” del ilustre venezolano como un todo orgánico y coherente, entendido por Gutiérrez Girardot como “parte y sustancia a la vez de toda su obra, como el hilo que ata la poligrafía, que relaciona la *Gramática* con su *Código civil*, y a estos con la *Filosofía del entendimiento* y con sus trabajos sobre derecho romano y sobre derecho internacional, etc.”, totalidad de una obra leída por el ensayista colombiano como el “más amplio y profundo intento coherente” de recuperar un proceso de “civilización”, entendido como la “conversión de una sociedad jerárquica y violenta en una sociedad *civil*, esto es, no fundada en esa visión del mundo de lo sagrado” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Problemas y temas de una historia social de la literatura hispanoamericana” en *Aproximaciones*. Bogotá: Procultura, 1986, p. 59). De Hegel, especialmente de sus *Lecciones sobre filosofía del derecho*, el ensayista colombiano recogerá sus ideas sobre la aparición de la sociedad civil o “sociedad burguesa”, conceptos fundamentales para la sustentación teórica de su libro *Modernismo. Supuestos históricos y culturales* (Bogotá: FCE, 1987), en especial el capítulo “El arte en la sociedad burguesa moderna” (pp. 25-49). Por lo demás, el joven estudiante llegaba a España con estudios de derecho, estudios que pronto abandonaría, pero que filtrándose a través de la historia y la filosofía del derecho más que del derecho instrumental y positivo, servirían a su comprensión del factor jurídico como una de las instancias que mejor contribuirían a la modernización social y política de Hispanoamérica, como lo demuestra, por poner un ejemplo, sus constantes alusiones a la obra jurídica de Andrés Bello y la importancia que tuvo en el proceso de racionalización y modernización hispanoamericana su adopción del *Código napoleónico*.

constituye en el origen de las futuras aproximaciones del ensayista colombiano a la historiografía literaria latinoamericana. “De la misma manera que Zubiri en sus cursos, y en el de este año sobre La libertad humana”, mientras la parte histórica expuesta por Gómez Arboleya llega hasta los problemas actuales por este camino, de tal manera que el derecho [cualquier objeto de estudio, añadimos nosotros] “no se presenta como objeto intemporal, a-histórico y constituido para toda la eternidad, sino en su dimensión de quehacer humano e histórico social”, la segunda (sistemática), ofrece la novedad “de un pensamiento original, según se desprende de los puntos que lo constituyen”. Ambas partes, que “además del método [...] enseñan la lección del rigor, del necesario trabajo sobre los textos y las realidades mismas” se convierte para Gutiérrez Girardot no solo en la “lección que el círculo de Zubiri, al cual pertenece destacadamente Gómez Arboleya, ha introducido en la vida cultural española con fecundidad y rigor”, sino en el origen de “una específica actitud intelectual”³³⁷ que como ya señalamos, será adoptada por el ensayista colombiano. Alrededor de este círculo, comenzaba a formarse en España “una generación de estilo de vida intelectual totalmente nueva, inspirado en la obra de Xavier Zubiri”³³⁸.

A la luz de este magisterio, por ejemplo, el sociólogo Francisco Javier Conde elaboraría “una sociología con base en la antropología metafísica zubiriana”, trasladando a su último curso –“Conceptos fundamentales de la teoría de la sociedad”–, la “novísima y profunda concepción zubiriana del hombre”³³⁹. A las huellas de Heidegger y Zubiri en las teorías de Conde, Gutiérrez Girardot añade las de los sociólogos Ferdinand Tönnies y Georg Simmel –presentes en algunas de sus posteriores consideraciones sobre la sociedad moderna europea e hispanoamericana³⁴⁰– evidenciando cómo sus iniciales acercamientos a la sociología provendrían de su período de formación en España.

Pero no solo en la sociología, también en la literatura puede percibirse la profundidad del magisterio ejercido por Zubiri, presente en las conferencias de Luis Rosales sobre “La

³³⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 5, junio 1952, p. 359. En otro artículo escrito por estas fechas, Gutiérrez Girardot insiste en la necesidad de afrontar este ineludible mandato intelectual: “El manejo directo de los textos filosóficos en su idioma original –que debemos procurar a toda costa–” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Figuras del pensamiento español contemporáneo”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 7 septiembre 1951, p. 1)

³³⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 3-4, diciembre 1951 / marzo 1952, p. 270.

³³⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Figuras del pensamiento...”, *loc. cit.* p. 1.

³⁴⁰ Véase su libro *Modernismo. Supuestos histórico y culturales* (1983), especialmente el capítulo titulado: “Secularización, vida urbana, sustitutos de religión”, o el ensayo “La transformación de la literatura por la ciudad” (“La ville et la littérature”. Lieja: *Marche Romane. Reveu de l'Association des romanistes de l'Université de Liège* 1-4, 1993, pp. 121-131), entre otros textos.

libertad en Cervantes” (que da título a su nuevo libro *Cervantes y la libertad*), pronunciadas en el Colegio Mayor “Giménez de Cisneros”. “Muchos de los conceptos allí vertidos son de indudable estirpe zubiriana, lo cual, aparte del trabajo de interpretación, da a la obra y a las conferencias un interés especialísimo”³⁴¹.

Finalicemos estas consideraciones sobre la vida cultural madrileña con el monográfico que la revista *Alcalá* (mayo de 1953), dedicó al maestro Xavier Zubiri en sus bodas de plata como catedrático. El ejemplar, que contó con la colaboración de los mejores intelectuales españoles, muestra la gran diversidad de disciplinas abordadas por Zubiri, diversidad que nos permite comprender la génesis de la actitud intelectual del ensayista colombiano, modalidad curiosa y vigilante, siempre abierta al diálogo interdisciplinario que caracteriza su trabajo intelectual. Dos temáticas acogieron el mayor número de contribuciones: la religiosa (Augusto A. Ortega, “La teología y el pensamiento de Zubiri”; Enrique Gómez Arboleya, “Zubiri y la escolástica”; José Luis L. Aranguren, “Zubiri y la religiosidad intelectual”), coincidiendo con nuestras consideraciones, y la filosófica (Pedro L. Entralgo, “El pensamiento español y Zubiri”; Julián Marías, “Zubiri en la Historia de la Filosofía”; Luis Díez del Corral, “La cultura griega y Zubiri”; Enrique Gómez Arboleya, “El problema de la libertad humana y el pensamiento zubiriano”). La revista publicó, además, las colaboraciones de Antonio Tovar, “Zubiri y la filología” y de Francisco Javier Conde, “Zubiri y la sociología filosófica”, autor del que ya hemos hecho mención y cuyo artículo era “esperado con especialísimo interés por tratarse del sociólogo más sugestivo de la actualidad y de uno de los mejores conocedores de la obra zubiriana”. Además de las mencionadas disciplinas, también se publicaron los trabajos de Rof Carballo, “Zubiri y la biología humana” y de F. Grande Covián, “Zubiri y la biología teórica”, contribuciones a las que se suma la psicología (Juan López Ibor) y el ensayo “Zubiri y el saber matemático”, de Rodríguez Bachiller. Finalmente, aparecieron en este homenaje algunos trabajos sobre su vida como hombre y educador: “Zubiri en la amistad”, de J. Garrigues; “Zubiri profesor”, de Raimundo Paniker y de C. Jiménez Díaz, “Los cursos de la Unión y el Fénix”, faceta docente que tanto incidiría en la conformación del perfil ético y humano de nuestro ensayista.

El Cuaderno, como puede verse, pondrá de presente no solo la multiplicidad de aspectos que contiene el pensamiento del maestro español, sino la influencia que ha ejercido sobre lo mejor de la cultura española y sus representantes. Que sus

³⁴¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Carta de Madrid”. Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, p. 164.

posibilidades llegan hasta Hispanoamérica, lo mostrará el artículo del pensador uruguayo Alberto del Campo, cuyo tema será Zubiri e Hispanoamérica³⁴².

Es indudable que la figura de Zubiri se constituye en uno de los centros de gravitación de Gutiérrez Girardot durante su período de formación en España. En ella habrá de buscarse no solo la génesis de algunos de los fundamentos conceptuales que sustentan su trabajo intelectual; también el origen de su temprano interés por las diversas disciplinas que lo enriquecen e informan, y que en menor medida que su maestro, abarcan sin embargo los ámbitos de la filosofía, el derecho, la sociología, la literatura, la filología y la historiografía.

Por su “talla, profundidad y sabiduría”, Zubiri no solo aparece a la altura de figuras como Séneca, Suárez o Isidoro de Sevilla; también representa para Gutiérrez Girardot –junto con Julián Marías, Aranguren y otros–, una esperanza “para los países europeos después de la guerra”. Pero también para los países hispanoamericanos, debemos añadir, quienes podrán encontrar en la íntima conjunción de esta “emblemática figura” con aquellas “figuras del pensamiento español” la mejor posibilidad para el desarrollo del pensamiento y la cultura en Hispanoamérica:

Tenemos en España –en nuestro mundo Hispánico– suficiente material para que, sin mengua de nuestra característica universalidad, busquemos en ella lecciones que otras culturas –primeras en otros tiempos, decadentes ahora– no pueden darnos ya. España, nuestra hermana, hospitalaria y rebosante, desea –como siempre– volcar su vitalidad en los pueblos jóvenes que de ella aprendieron. Y esto es un modo de fortalecer nuestra personalidad cultural hispanoamericana. Con una doble seguridad podemos nutrirnos de España. Con la seguridad de que no encontraremos vacías sus obras, antes por el contrario, sólidas y profundas; y de que no perderemos, sino que ganaremos, fuerza en la originalidad de nuestra cultura³⁴³.

Era la consecuencia de la “familiaridad” que desde su época estudiantil en Colombia mantendría con la cultura española; la consecuencia del arraigo a una tradición que era esencialmente la suya. Frente a una Europa espiritualmente devastada por la guerra, el nuevo grupo de pensadores españoles pasó a representar para Gutiérrez Girardot la continuación de “aquel afán que movió a Ortega a fundar la *Revista de Occidente*” (1927), una nueva fuente de alimento espiritual para el fortalecimiento de la vida cultural de Colombia e Hispanoamérica.

Ahora bien, desde esta perspectiva surge la inevitable pregunta por el puesto que debe asignarse a las influencias recibidas por el joven Gutiérrez Girardot durante sus años de

³⁴² Rafael Gutiérrez Girardot. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 5, junio 1952, p. 357.

³⁴³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Figuras del pensamiento...”, *loc. cit.* p. 1.

formación en España. “Influencias” –esto es decisivo– entendidas en el contexto de una recepción solo posible –como escribiría el mismo Gutiérrez Girardot 30 años después– “porque el *influido* estaba dispuesto al diálogo creador sobre sobre las cuestiones que, de diversa manera, ocupaban al *influyente*”³⁴⁴, “afinidades electivas” que nos llevan a afirmar, a modo de “conclusión”, que su encuentro con la Madre Patria no fue tanto una reacción conservadora como una afirmación de lo propio.

³⁴⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “El eros atormentado: Ramón López Velarde” (1984) en *Pensamiento hispanoamericano*. México: UNAM, 2006, pp. 182-183.

2.2. ENCUENTRO CON REYES: DESCUBRIMIENTO DE UNA VOCACIÓN

Suscitaciones decisivas recibí durante mi época de estudios.

W. Benjamin. *Curriculum vitae*

Yo soy como un eterno estudiante que nunca termina su tesis de grado: yo nunca termino de leerlo a Ud. y de descubrir nuevas cosas [...] Y esta es otra de las delicias de su lectura: que Ud. siempre sugiere siempre millares de temas e ideas, tantas, que uno decide, para no quedarse solo en el entusiasmo, ser el eterno estudiante de Alfonso Reyes (RGG a Reyes. Bonn, 7/11/1956)³⁴⁵.

Es indudable que la experiencia vivida por el joven Gutiérrez Girardot en el Colegio “Guadalupe” se constituyó en el entorno más apropiado para rastrear la génesis misma de sus primeros y definitivos acercamientos a su propia tradición hispanoamericana. Lugar de encuentros e intercambio de ideas de una variada nómina de estudiantes hispanoamericanos, sería un compañero de estudios, el nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez quien le presentaría a don Alfonso Reyes, maestro tutelar que se constituiría en el Virgilio que lo encaminaría hacia el encuentro con un continente desconocido.

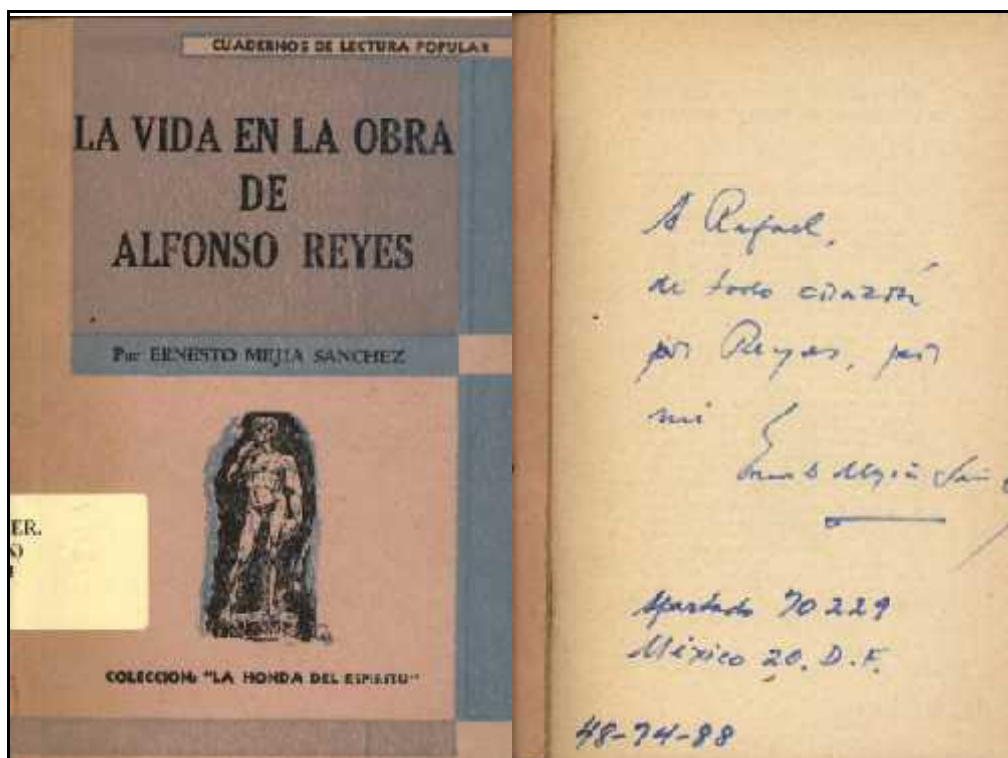
Y si bien es cierto que su primer contacto con la obra del gran mexicano tuvo lugar en Colombia: “Yo descubrí a Alfonso Reyes y a Pedro Henríquez Ureña ya en Bogotá, cuando era estudiante”³⁴⁶ –dato autobiográfico que corrobora en una carta que dirige a Reyes años después: “En Bogotá, *El Deslinde* me pareció imposible de digerir, y lo dejé en el escaparate como diciendo: algún día lo leeré” (RGG a Reyes. Bonn, 7/11/1956)–, también lo es que solo sería en Madrid, lejos de su Colombia natal, donde experimentaría este “revelador” descubrimiento: “Lo primero que leí de Reyes fue *El deslinde*. Después, cuando llegué a Madrid encontré la *Última Tule*, que fue para mí una revelación”³⁴⁷, confirmando una vez más aquella paradójica experiencia ya señalada por Mariátegui, tan habitual al derrotero intelectual del escritor hispanoamericano: “Partimos al extranjero en busca no del

³⁴⁵ Ver Bibliografía: Otros Trabajos / Sobre Alfonso Reyes (1951-2003). Listado completo de medio siglo de descubrimiento e indagaciones en torno al gran Maestro de América.

³⁴⁶ Selnich Vivas Hurtado, “Todo lo contrario a la razón es la autoridad. Diálogo con Rafael Gutiérrez Girardot”. Medellín: *Revista Universidad de Antioquia* 235, enero/marzo 1994, p. 7.

³⁴⁷ *Ibid.*

secreto de los otros sino en busca del secreto de nosotros mismos”³⁴⁸. Si “el destino de la inteligencia es el exilio”, como diría Gutiérrez Girardot a propósito del dramaturgo y escritor alemán Georg Büchner³⁴⁹, sería en esta paradójica experiencia donde el joven estudiante colombiano, siguiendo una ruta ya recorrida por Bolívar, Bello, Sarmiento, Martí o el mismo Reyes, encontraría las certezas que lo conduciría a la revelación de su auténtica vocación de hispanoamericano universal.



Ernesto Mejía Sánchez. *La vida en la obra de Alfonso Reyes* (1988)

Lo sabemos por las cartas que el estudiante colombiano envía al propio Reyes por estos años –intercambio iniciado en 1952 e interrumpido con la muerte de éste, en 1959–, invaluable documentos que junto a sus primeros escritos dejan al descubierto un magisterio que determinaría hondamente su concepción del continente americano y su relación con la herencia europea.

³⁴⁸ José C. Mariátegui. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas: Ayacucho, 2007, p. 292.

³⁴⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Georg Büchner. Entre e dandismo y revolución” en *El fin de la filosofía y otros ensayos*. Medellín: Antorcha-Monserrate 1968, p. 96.

2.2.1. “Yo fui uno de esos que no saben que existe América”

Cuánto nos ha enseñado Ud. a los jóvenes, cuánto nos sigue Ud. enseñando y cuánto seguirá Ud. enseñando a las generaciones de muchos ilusionados, como yo, con la literatura, con la poesía, con el pensamiento, con las letras, en fin, con la simpatía que buscamos en todo cuanto nos rodea, en cuanto cae en nuestras manos (RGG a Reyes. Bonn, 7/11/1956).

Como escribe en una de sus cartas a Reyes, sería el “finísimo Maestro Mejía Sánchez, a quien le debo haber leído su obra” (RGG a Reyes. Gotemburgo, 18/11/1955). El escritor nicaragüense lo pondría en contacto epistolar con el maestro mexicano, introduciéndolo de paso en la producción intelectual de aquellos años, tanto del ámbito mexicano (Samuel Ramos, Edmundo O’Gorman, Leopoldo Zea, Octavio Paz, el “transterrado” José Gaos, etc.), como hispanoamericano (Jorge L. Borges –“conocía mejor a Borges y me informó quién era; así me aficioné a Borges”³⁵⁰–, Pedro Henríquez Ureña, Mariano Picón Salas, los filósofos Carlos Vaz Ferreira, Francisco Romero, Wagner de Reyna, etc.)³⁵¹. Escribe el joven estudiante en una de sus primeras cartas a Reyes:

Admirable Don Alfonso:

[...] yo fui uno de esos que no saben que existe América. Solo cuando llegué a España me di cuenta de la cuestión, y fue entonces cuando “descubrí” un buen número de autores que ya desde hace muchísimo tiempo se habían ocupado del asunto. Es terrible. Porque yo en Colombia no me ocupaba ni siquiera de comprar libros hispanoamericanos sobre cuestiones nuestras, pues ni miraba los libros. Esta sería una muestra de nuestra incomunicación. Y como esta hay miles y miles. Cuando hablo con Mejía Sánchez, es cuando puedo apreciar la labor que desarrolla el Colegio de México en este sentido. Cuánto lamento no haber escogido como objetivo de mi viaje a México... Pero en España me atraía Xavier Zubiri. De todos modos tengo pensado viajar a México en cuanto termine mi trabajo aquí. Debo hacer mi tesis doctoral de Derecho y Filosofía, o sea que estaré acá unos cuatro años (RGG a Reyes. Madrid, 17/1/1952).

³⁵⁰ Alfonso Carvajal. “Borges: una novedad permanente”. Bogotá: *Número* 31, diciembre 2001 / enero febrero 2002, pp. 50. Ver Bibliografía: Otros Trabajos / Sobre Jorge Luis Borges (1952-2001). Listado completo de sus trabajos sobre el gran escritor argentino.

³⁵¹ Mariano Federico Picón Salas (1901-1965). Escritor, diplomático, historiador y ensayista venezolano. Considera por muchos “El mayor ensayista del Siglo XX en lengua castellana”. De su vasta obra, mencionemos: *Preguntas a Europa* (1938), *Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana* (1940), *Formación y proceso de la literatura venezolana* (1940), *De la Conquista a la Independencia* (1944), *Comprensión de Venezuela* (1949) *Regreso de tres mundos: un hombre en su generación* (1959).

Descubrimiento juvenil de cuya honda significación quedarían conmovedores testimonios en diversos lugares de su correspondencia con el Maestro de América, expresiones surgidas “del entusiasmo y la pasión, dos virtudes, si es que lo son, muy propias de la juventud y que en mí son, cuando se trata de cosas tuyas, el acompañamiento natural” (RGG a Reyes. Bonn, 7/11/1956). Como lo dejara expresado en otra de sus cartas a Reyes, el contacto con su obra fue una verdadera “transformación”:

sus ideas, la prosa, Ud. mismo entero en cada letra, fueron madurando, y un día cualquiera sentí la transformación. Para qué decirle en qué consistió... si fue en todo!!! Ernesto Mejía, que me ayudó a descubrirlo a Ud. pudo sin duda percibir el cambio. Qué maravilla es la literatura bella que, como la suya, convierte, centra y purifica. Yo percibí que no hay en Ud. una sola letra que no esté escrita con gozo, y ese gozo contagia y mueve (RGG a Reyes. Bonn, 7/11/1956).

Una de estas “bellas literaturas”, la magistral colección de ensayos titulada *Última Tule* (1942), libro reiterativamente mencionado en su epistolario, se constituyó en el origen y paradigma de su experiencia de formación intelectual en España, como quedaría manifiesto en las palabras que pronunciara, en 2001, con motivo de la concesión del Premio Internacional Alfonso Reyes: “Para mí fue una inmensa satisfacción porque la lectura de las obras de Alfonso Reyes (la *Última Tule*, por ejemplo) fue decisiva en dos sentidos: aprendí a escribir y precisó intelectualmente mi intuitiva conciencia de latinoamericano” (RGG a Sarmiento. Bonn, 8/6/2002)³⁵².

Pero no solo a escribir, podemos añadir, también le enseñaría a leer: “Yo aprendí a leer con Heidegger pero también leyendo a Alfonso Reyes” (9-2004). Palabras que sintetizan los aportes a una concepción del continente americano fundamentada en el diálogo de su propia tradición con la herencia europea y en el descubrimiento del ensayo –“centauro de los géneros”, como lo define Reyes en *El deslinde*– como la herramienta más adecuada para la cabal expresión de las ideas.

³⁵² Creado por Francisco Zendejas en 1972 como un acto de justicia a la obra del gran escritor regiomontano, el Premio Internacional Alfonso Reyes es otorgado por el Gobierno de México y la Sociedad Alfonsina Internacional. Sus candidatos deben cumplir con los siguientes requisitos: una amplia trayectoria en el campo de las humanidades, haber enfocado su talento a los diversos géneros de la escritura, y difundir la cultura mexicana en el extranjero a través de su obra. Desde su creación, han sido galardonados, entre otros: Jorge Luis Borges (1973), Marcel Bataillon (1974), Alejo Carpentier (1975), André Malraux (1976), Jorge Guillén (1977), Carlos Fuentes (1979), Ernesto Mejía Sánchez (1980), (1981), José Luis Martínez (1982), Paulette Patout (1983), Octavio Paz (1985), Alí Chumacero (1986), Ramón Xirau (1988), Adolfo Bioy Casares (1990), Joaquín Díez Canedo (1993), Germán Arciniegas (1994), Juan José Arreola (1995), Arturo Uslar Pietri (1998) y Miguel León-Portilla (2000).



Premio Alfonso Reyes (2001)

Sorprende la rapidez con la que el joven estudiante madrileño asimila los impulsos y suscitaciones recibidas durante su período madrileño. Además de las lecturas de Alfonso Reyes, el despertar de esta “intuitiva consciencia” también encontraría expresión y posibilidad en su acercamiento a la obra de otros destacados artífices de aquel “pasado inmediato” que en el decurso de las décadas del 20 al 50 modularon las tres direcciones que definirían, para el crítico José Miguel Oviedo, el panorama del pensamiento hispanoamericano:

Por un lado, el esfuerzo por explicar y analizar la crisis sociopolítica del continente a la luz de la teoría marxista; por el otro, la renovación de la línea de preocupación cultural americanista, con el agregado de la cuestión indígena; y por último, la

aparición de los primeros intentos maduros de reflexión filosófica pura, centrada en el examen de los grandes problemas humanos³⁵³.

Son los “Intérpretes de la realidad” –José Carlos Mariátegui, Baldomero Sanín Cano, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Samuel Ramos, Víctor Raúl Haya de la Torre y Ezequiel Martínez Estrada, entre otros–, encargados de clausurar el “ciclo idealista del *arielismo*” para presentar “una visión más problemática y compleja de la situación del hombre, ya sea en su contexto social o en el cosmos”³⁵⁴, cuyos nombres veremos circular muy pronto por los escritos del curioso estudiante.

Una muestra de la decisiva impronta dejada por sus lecturas de juventud puede encontrarse en un trabajo posterior titulado “El ensayo y la crítica literaria en Latinoamérica” (1998), “esbozo histórico-crítico y proyectivo de futuro de la Magna Patria”³⁵⁵. Más allá del mero registro de su experiencia madrileña, el texto nos permite conocer las particularidades de aquel decisivo momento de la historia del pensamiento hispanoamericano, “consenso” intelectual que moldearía su idea del continente y su concepción del papel del ensayista hispanoamericano y de sus instrumentos de expresión:

Es improbable que hoy en Latinoamérica se publiquen ensayos tan permanentes como los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), de Pedro Henríquez Ureña o *Última Tule* (1942), de Alfonso Reyes o *La promesa de la vida peruana*

³⁵³ José Miguel Oviedo. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza, 1991, p. 63. Para el crítico español Juan Marichal, durante el período 1810-1910 el pensamiento latinoamericano “apunta siempre a la acción, a la realización política (e institucional) de unas ideas”. Por el contrario, entre 1930-1970, “los intelectuales más representativos de la América Latina se distancian de la política y adoptan una actitud que podemos denominar *introspectiva*”. Son las “cuatro décadas de introspección colectiva” donde, además, el intelectual “se ve a sí mismo dentro de un contexto histórico más amplio y su introspección colectiva adquiere así una proyección transnacional (y a veces transcontinental)”. Representan, en suma, una “universalización profunda de las actitudes intelectuales de sus figuras más destacadas” (Juan Marichal. *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana. 1810-1970*. Madrid: Fundación Juan March y Ediciones Cátedra, 1978, pp. 93-94).

³⁵⁴ José Miguel Oviedo. *Breve historia...*, *loc. cit.* p. 64. Ezequiel Martínez Estrada (1895-1964). Escritor, ensayista y crítico literario argentino. Autor, entre otros libros de ensayos, de *Radiografía de la Pampa* (1937), *La cabeza de Goliath* (1940) y *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* (1948).

³⁵⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “El ensayo y la crítica literaria en Latinoamérica” en Luz Mary Giraldo (ed.). *Crítica y ficción: una mirada a la literatura colombiana contemporánea*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio, 1998, p. 113. Con el concepto de “Magna Patria”, Pedro Henríquez Ureña expresaba su fe en la unidad de América: “La unidad de su historia, la unidad de propósitos en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una *magna patria*, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más. Si conserváramos aquella infantil audacia con que nuestros antepasados llamaban Atenas a cualquier ciudad de América, no vacilaría yo en compararnos con los pueblos, políticamente disgregados, pero espiritualmente unidos, de la Grecia clásica y la Italia del Renacimiento. Pero sí me atreveré a compararnos con ellos para que aprendamos, de su ejemplo, que la desunión es el desastre (Pedro Henríquez Ureña. “La utopía de América” (1925) en Rafael Gutiérrez Girardot y Ángel Rama (prólogo, selección y cronología). *La utopía de América*. Caracas: Ayacucho, 1978, p. 5).

(1943) de Jorge Basadre o *Comprensión de Venezuela* (1949) de Mariano Picón Salas, por solo citar cuatro ejemplos de la primera mitad del siglo³⁵⁶.

En su opinión –tan cuestionable como reveladora– “las generaciones posteriores a 1950 no tienen personalidades semejantes”, juicio que justifica ofreciendo la precisa caracterización humana e intelectual de estos hombres, dotados de “un amplio y seguro conocimiento de los pilares de la cultura occidental y de la contemporánea, una erudición, por así decir, que delataba una pasión por la lectura y el saber, y que estaba sostenida por un *ethos* civil y moral de transmitir sus conocimientos”³⁵⁷, sucinta definición que bien puede caracterizar el perfil humano e intelectual del propio Gutiérrez Girardot, cuyas características esenciales –saber, vocación formativa y civilidad– conforman las condiciones de posibilidad para la gestación de lo que Alfonso Reyes llamaba un “nuevo humanismo”, eje central de su concepción americana: “El término *humanismo*, en la Europa moderna, vino a designar simplemente el estudio de la Antigüedad clásica. Hoy se vuelve al concepto de la responsabilidad social en el nuevo humanismo”³⁵⁸. Ideario ético que el joven estudiante extraerá de la actitud vital de aquellos hombres que forjaron sus años de formación, generación –la última para nuestro ensayista– que todavía supo entender el trabajo intelectual “como servicio público y como deber civilizador”³⁵⁹, siguiendo la que era, desde el siglo XIX, una de nuestras tradiciones. En 1948, Mariano Picón Salas, uno de sus maestros de formación, pudo escribir: “No hay que engañar al país, sino ayudarlo y comprenderlo [...] a todo espejismo de celebridad, preferimos un sencillo fin de servicio: que estas cosas que nosotros pensamos, que vimos y sobre las que nos documentamos, resulten útiles a cualquiera que las encuentre y las repiense”³⁶⁰.

A diferencia del ensayo del siglo XIX –en su tendencia tanto político-social como constructivo-educativa (Sarmiento, González Prada, Montalvo, Hostos, etc.)– los ensayistas de la primera mitad del siglo XX representan para Gutiérrez Girardot la versión

³⁵⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “*El ensayo y la crítica...*” *loc. cit.* p. 101. -Jorge Basadre (1903-1980). Historiador peruano, autor de *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú* (1929), *La promesa de la vida peruana* (1943), *Meditaciones sobre el destino histórico del Perú* (1947) y de una monumental *Historia de la República del Perú* (1936-1968). Para Gutiérrez Girardot, *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú* (1929), su trabajo inaugural, fue “en realidad el primer ensayo logrado de lengua española de introducir la historia social en los estudios historiográficos hispánicos” (*Ibid.*).

³⁵⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “El ensayo y la crítica...”, *loc. cit.* p. 101.

³⁵⁸ Alfonso Reyes. “De cómo Grecia construyó al hombre” (1943) en Rafael Gutiérrez Girardot (selección y prólogo). *Alfonso Reyes. Última Tule y otros ensayos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991, p. 40.

³⁵⁹ Alfonso Reyes. “Notas sobre la inteligencia americana” (1936) en *Última Tule (Obras completas XI)*. México: FCE, 1960, p. 86.

³⁶⁰ Mariano Picón Salas. *Comprensión...*, *op. cit.* p. 24-25.

latinoamericana –que viera encarnada en Reyes, Pedro Henríquez Ureña o Mariano Picón Salas– del tipo que en Europa prefigura al “intelectual”, que Karl Mannheim, en su trabajo *El pensamiento conservador* (1927), “caracterizó con estas palabras: *Ya no son los abstractos visionarios ni los políticos limitados. La signatura de la época es la signatura de sus planteamientos. Son los filósofos natos de la historia*”. Filosofía de la historia que en este contexto significa “examen intelectual especulativo del proceso socialmente complejo” fundamentado en la “mirada apropiada” sobre los problemas³⁶¹.

La variación latinoamericana de este “estilo de pensar” es la del ensayista que “corre el riesgo de la falsedad o de la falsificación de los hechos pero que siempre ve *cabalmente* algo”. En otras palabras, su disposición para “ver el cuadro, no la mancha de aceite”, presupuesto metodológico de un trabajo sustentado en una “interpretación hipotética, seguro planteamiento de nuevos problemas y descubrimiento de áreas enteras”³⁶², definición programática que estaría caracterizando el ensayo latinoamericano de la primera mitad del siglo XX, posibilitando las ya señaladas direcciones que para José M. Oviedo comenzarían a tomar, “hacia la segunda década del siglo”, el ensayo histórico-literario y filosófico en Hispanoamérica: “diagnóstico socio-político, americanismo y especulación filosófica”, las tres formas que definen el ensayo de esta época, “en la que surgen algunas grandes figuras cuyo influjo sigue siendo decisivo en la discusión intelectual de hoy”³⁶³.

Su visión negativa de los ensayistas posteriores a la década del 50 se debe al abandono de una mirada universal, más ética y abarcadora, capaz de otorgar al trabajo

³⁶¹ En otro lugar, citando a Karl Mannheim, Gutiérrez Girardot anota la necesidad del examen intelectual en un proceso social cada vez más complejo, cuyo origen se encuentra en aquellas “*especulaciones filosófico-históricas que había expuesto la filosofía de la Ilustración*”. Más que sistemas filosóficos, constituyen “productos de su sensibilidad y de su *buena mirada* para los acontecimientos”. Escribe Mannheim: “*Sus construcciones son siempre falsas o también falsificadas; pero en ellas hay algo que ha visto bien. En eso radicó lo fructificante del romanticismo para las ciencias del espíritu: puso a discusión problemas, descubrió campos enteros*” (“Das Konservative Denken” [“El pensamiento conservador”] en *Wissensoziologie*, Berlin y Newied, Luchterhand, 1964, pp. 456 ss.)” (Rafael Gutiérrez Girardot. “La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX” (1990) en Javier Lasarte Valcárcel (coord.). *El intelectual y la historia*. Caracas: La Nave Va, 2001, p. 95). La anotación bien puede servirnos para acercarnos a su definición del ensayo histórico hispanoamericano, al que ve desaparecer para ser sustituido por “la especialización de los estudios históricos que evidentemente exige el aparato crítico y el tratamiento sistemático”. Y si bien reconoce que dicha especialización permitirá, “cuando llegue a su perfección, un conocimiento justo de las sombras en que aún andan largos períodos de la historia hispanoamericana”, no deja de señalar cómo, más que de dichos estudios especializados, “la formación de una conciencia histórica requiere del ensayo”, cuyas tareas y objeto sintetiza cuando escribe: “Trazar con prosa fluida y a grandes rasgos el perfil de un acontecimiento o de un personaje [...] es una tarea necesaria para dar a los resultados de la ciencia histórica una validez política y nacional” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Una tentativa de “historia social” en Colombia”. Bogotá: *Lecturas Dominicales*, El Tiempo, 27 enero 1963, p. 6). Un ensayo como *Comprensión de Venezuela*, de Mariano Picón Salas o cualquiera de los ensayos historiográficos de sus venerados maestros basta para comprobarlo.

³⁶² Rafael Gutiérrez Girardot. “El ensayo y la crítica...”, *loc. cit.* pp. 106-107.

³⁶³ José Miguel Oviedo. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza, 1991, p. 63.

intelectual “utilidad” social. Juicio que conlleva no solo un llamado de atención al abandono de aquella tradición, sino una aguda, en ocasiones implacable, crítica a la creciente especialización de la crítica en Hispanoamérica³⁶⁴, que viera encarnada en el llamado formalismo, “moda” asumida muy pronto por aquellos clientes de las diversas “teorías literarias” como el estructuralismo, el postestructuralismo, el deconstructivismo, la semiótica, “teorías” a priori cuyo carácter “científico” se reduce a una “inflación terminológica para iniciados que deja de lado las especificidades histórico-culturales del texto, de modo que desaparece lo más sustancial de las obras”³⁶⁵. La ausencia de un horizonte histórico-literario y literario-universal conducen a dichas teorías a una “provincialización de la crítica” que no solo cierra las puertas a la unidad preconizada por los constructores de América, sino que neutraliza la función del ensayo crítico literario como intermediario entre autor y público.

La caracterización elaborada por Gutiérrez Girardot en este luminoso ensayo no solo arroja luces sobre la génesis y evolución de la conciencia del intelectual hispanoamericano entre 1920 y 1950; también permite valorar las fuentes bibliográficas y los presupuestos conceptuales que sustentan su noción del quehacer ensayístico, modalidad “ilustrada” de trabajo a la que permanecerá fiel toda su vida, convirtiéndolo en el último (y más solitario) representante de esta vigorosa pero frágil tradición humanista.

Además de sus referencias epistolares a *La Última Tule*, también encontramos algunas alusiones al significado que para el estudiante colombiano tuvo una de las características formales más destacadas del gran pensador mexicano: la excelsa calidad de su prosa ensayística. Con devota confianza escribe a su Maestro: “Soy un aprendiz de escritor, a quien Ud. comienza a llevarle la mano”. Y más adelante: “Cuando se aprende a escribir es muy importante que la maestra le lleve muy bien a uno la mano. Yo estoy aprendiendo, pero quien me lleva la mano es Ud. y esa es mi gratitud y la será siempre” (RGG a Reyes. Bonn, 7/11/1956), confesiones que demuestran la plena comprensión que el joven Gutiérrez Girardot tenía de las virtudes del estilo literario de este mexicano ejemplar. Un estilo sin

³⁶⁴ Llamado de atención al que se suma la progresiva “norteamericanización” de la política y la inteligencia latinoamericana luego de la Segunda Guerra Mundial, que perdiera de vista, “por no decir que reprimieron, la tradición de quienes construyeron a Nuestra América en el siglo pasado y de quienes continuaron y enriquecieron esta tradición en el siglo presente, desde Andrés Bello y Sarmiento, pasando por Martí y González Prada, hasta Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Mariano Picón Salas y José Luis Romero” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre el sentido del estudio universitario” en *La encrucijada universitaria*. Medellín: Asoprudea, 2011, p. 46).

³⁶⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “El ensayo y la crítica...”, *loc. cit.* pp. 119.

énfasis ni aditamentos retóricos, caracterizado por su gran claridad, precisión conceptual y fluida belleza, capaz de alcanzar la perfecta adecuación entre el pensamiento y su expresión. Estilo ensayístico que cumple a cabalidad con el célebre lema de Goethe: “La crítica literaria es literatura sobre la literatura”, máxima que sintetiza el perfecto equilibrio entre la elegancia y tersura de la expresión literaria y aquellas virtudes del “ensayista *cosmopolita*”: “facultad de análisis, sentido de los contextos, capacidad de explorar complejidades que se encuentran entre líneas”, entre los que destaca –además del excelso Alfonso Reyes– a Pedro Henríquez Ureña, Carlos A. Torres, Baldomero Sanín Cano, Eduardo Mallea y Jorge Luis Borges, esto es, “la tradición del ensayo crítico literario cosmopolita, del ensayo que trasmite el conocimiento de autores europeos desde una perspectiva continental-americana y para este continente”³⁶⁶. Virtudes crítico-pedagógicas que comienza a asumir muy pronto y que, como ya dijimos, despliega a través de la elección de un estilo “periodístico” como medio ideal para la transmisión de conocimientos fácilmente accesibles. Esta positiva referencia al periodismo debe entenderse –al igual que sus beligerantes críticas a la “moda” formalista–, como un provocador desafío “a la excesiva profesionalización puramente formal (en los historiadores nuevos y sociólogos) que está creando un nuevo “academicismo” con el peligro de todo academicismo, esto es, el del temprano anquilosamiento y el de un arrogante dogmatismo”³⁶⁷, olvidando el papel “misionario” jugado por el intelectual en el proceso de construcción de las naciones hispanoamericanas, tradición “apostólica” que Gutiérrez Girardot heredará y sobre la cual edificará el impulso constructivo que anima su obra: “Cuando yo digo que tenemos una rica tradición del siglo XIX con Bello, Sarmiento, Montalvo, etc., estoy hablando de una tradición que ha sabido enfrentarse a una tradición europea, asimilarla y darle, como dice él [Bello] *estampa nacional*. Yo me considero seguidor de esa tradición”³⁶⁸.

Son estas primeras aproximaciones al “ensayo crítico literario cosmopolita” – inicialmente a través la vasta y rica obra de Alfonso Reyes– las que permitirán a Gutiérrez Girardot edificar su concepción del ensayo como la herramienta más adecuada para el pleno

³⁶⁶ *Ibid.* p.120. Carlos A. Torres (1867-1911). Escritor, político y periodista colombiano. Miembro de la Academia Colombiana de la Lengua. Autor de *Idola fori* (1909). -Eduardo Mallea (1903-1982). Novelista y ensayista argentino (1903-1982). Autor de *Cuentos para una inglesa desesperada* (1926), *Nocturno europeo* (1935), *La ciudad junto al río inmóvil* (1936), *Bahía del silencio* (1940), *Todo verdor perecerá* (1943), *Chaves* (1953), entre otras y de los ensayos *Historia de una pasión argentina* (1937), *Notas de un novelista* (1954), etc.

³⁶⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Respuestas a la encuesta de *Gaceta* de Colcultura”. Bogotá: *Gaceta* 24, 1979, p. 9.

³⁶⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “El desmitificador de lo telúrico” (entrevista). Bogotá: *El Heraldo. Revista Dominical*, 27 dic. 1987, p. 4.

despliegue de su propio trabajo intelectual. Una modalidad que estaría confirmando la tesis de José Gaos sobre la “caracterización formal y material” del pensamiento hispanoamericano contemporáneo, el cual, “más que por discurso lógico insistente metódicamente” procede por “emotiva espontaneidad ideativo-imaginativa inicial y reiteradamente inspirada y feliz”. Más que por conceptualización técnica y rigurosa, por conceptualización y discurso mediante imágenes o expresiones de estilo literario³⁶⁹.

Un testimonio de la temprana atención prestada por Gutiérrez Girardot al género ensayístico en Hispanoamérica, a sus características y a sus posibilidades de expresión formal e indagación objetiva se encuentra en su artículo “Sobre el estilo hispánico del pensar”, apuntes en torno a una “estilística del pensamiento” que publica durante su período madrileño³⁷⁰. Además de las referencias al citado libro de José Gaos, el artículo contiene alusiones a los trabajos de Carlos Vaz Ferreira (*Lógica viva*), Enrique Anderson Imbert (*El arte de la prosa en Juan Montalvo*), Dámaso Alonso, Carlos Bousoño y Eugenio D’Ors (*Estilos de pensar*)³⁷¹, indagaciones que se constituyen en el antecedente formal de su primer libro, *La imagen de América en Alfonso Reyes* (1955), cuya concepción estético-literaria dejará trazada, como veremos más adelante, en el capítulo titulado, significativamente, “El poeta y su método”, cuyo primer bosquejo, el ensayo “La utopía americana de Alfonso Reyes”, escribiera en Madrid luego de su descubrimiento del regiomontano universal.

Su antecedente más inmediato puede encontrarse en un artículo de Rodó titulado “La facultad específica del crítico” (1909). Para el maestro uruguayo, “la investigación y el discurso solo darán de sí la *inteligencia* de las cosas, no su honda *comprensión* [...]”. Para consumir el milagro evocador en que la más alta historia consiste, será siempre menester la intuición inspirada a cuya altura el pensamiento científico se transforma en facultad poética³⁷². Facultad sobre la que volverá posteriormente, en su magistral ensayo sobre “Juan María Gutiérrez y su época” (1911):

³⁶⁹ José Gaos. *Pensamiento de lengua española* (1945) en *Obras completas* VI. México: UNAM, 1990, p. 64.

³⁷⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre el estilo hispánico del pensar”. Madrid: *Cuadernos Hispanoamericanos* 41, mayo 1953, pp. 268-270. Un año antes había publicado el artículo “En torno a los métodos de expresión filosófica” (Bogotá: *El Siglo*, 6 enero 1952, p. 2), texto del que tenemos exacta noticia pero que desafortunadamente no hemos podido consultar.

³⁷¹ Eugenio d’Ors Rovira (1881-1954). Escritor, ensayista, periodista, filósofo y crítico de arte español. Libros: *Lo barroco* (1944), *Estilos de pensar* (1945), *La Filosofía del hombre que trabaja y que juega* (1914), *Glosario* (1915-1917), *Nuevo Glosario* (1920-1943), *Novísimo Glosario* (1944-1945), etc.

³⁷² José Enrique Rodó. “La facultad específica del crítico” (1909) en *Obras completas de José Enrique Rodó*. Buenos Aires: Antonio Zamora, 1948, p. 1048.

Estéril y tedioso es el empeño de la erudición vulgar, que ama la investigación por la investigación, el pasado por el pasado, el dato nimio por la sola virtud de su rareza [...] Pero es hermosa y fecunda entre todas las aplicaciones del espíritu la obra inspirada del investigador que [...] guiado por aquella luz intuitiva que no se suplre con la prolijidad de documentos, penetra en la profundidad del tiempo [...] en la vida intelectual y afectiva de una generación, la fisonomía moral de una sociedad o la genialidad literaria de una época³⁷³.

Virtudes de una intuición superior que remontando la mera, o inicial “investigación” libresca, Alfonso Reyes describe con su acostumbrada plasticidad formal:

No todo ha de ser descubrimiento de datos, preocupación por la “materia prima” propia de la era industrial en que vivimos. No sea el historiador como el alfarero que se vuelve esclavo de su arcilla. Hay otra novedad, o cualidad mejor dicho, más profunda, y ella está en la inteligencia, en el entendimiento de los asuntos³⁷⁴.

“Entendimiento” cuyo despliegue magistral encontramos en la *Última Tule* (1942), expresión de aquella “facultad poética” que pedía Rodó y cuya lectura se convertirá para el estudiante colombiano en una auténtica “revelación” –como lo demostrará posteriormente en su libro *La imagen de América en Alfonso Reyes* (1955)–, armónica conciliación de una noción utópica y de un postulado político, “empresa imaginativa que es en él [Alfonso Reyes], como en sus antecesores, los filósofos y poetas que inventaron América, una empresa poética”, a través de la cual la “inverosímil América se hace verosímil”³⁷⁵.

Por los mismos años en que Reyes publicaba su *Última Tule*, aparecía *De la conquista a la Independencia* (1944) del ensayista Mariano Picón Salas, en cuya “Advertencia” –citada por Gutiérrez Girardot en un ensayo dedicado al historiador venezolano–, expresa una similar concepción ensayística: “La historia de la cultura hispanoamericana en su integridad y complejidad, en aquella como alta intuición poética que reclama toda historia para que sea algo más que un amasijo de datos ordenados cronológicamente, aún está por escribirse”, promesa de realización en la que el historiador venezolano reclamaba, sin “muchas vanidad”, un “modesto sitio de rastreador”³⁷⁶.

Para el joven Gutiérrez Girardot, “imaginar el rostro del porvenir” fue la tarea que Alfonso Reyes dejó a las generaciones futuras. Trabajos como *Última Tule*, entre otros, dejaron al descubierto una visión poética de la realidad capaz de desvelar el sustrato

³⁷³ *Ibid.* p. 762.

³⁷⁴ Alfonso Reyes. “Reverso de un libro. Memorias literarias” (1939) en *Pasado inmediato (Obras Completas XII)*. México: FCE, 1960, p. 228.

³⁷⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. *La imagen... op. cit.* pp. 13-15.

³⁷⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Historia y ensayo en Mariano Picón Salas” (IILI, 1986) en *El intelectual y la historia*. Caracas: La nave va, 2001, p. 157.

histórico y social que alienta en las obras ensayísticas y literarias para mostrarlo a la sociedad y transmitirlo a las generaciones posteriores. Es la visión que anima el pulso intelectual de sus primeros trabajos en torno al continente americano, convirtiendo sus años de formación en Madrid en el nacimiento del indeclinable anhelo de unidad y justicia social que caracteriza sus aproximaciones crítico-literarias a la realidad hispanoamericana.

Su fidelidad al lema de Reyes: “Imaginemos todavía. Soñemos, para mejor entender la realidad”³⁷⁷, alienta detrás de cada línea escrita por el ensayista colombiano: la más alta tentativa de la inteligencia despierta, del anhelo juvenil y del conocimiento de la propia realidad puestos al servicio de aquellas tareas sociales, políticas y culturales encaminadas hacia la realización de una futura “Patria de la justicia” (como lo acuñara Pedro Henríquez Ureña), cuyo cumplimiento –trazado desde la Independencia por los constructores de América (Bolívar, Bello, Hostos, Martí, etc.)– es el deber y la tarea, la más elevada aspiración que nuestro ensayista heredaría de esta tradición intelectual americana.

Muy pronto –asombrosamente pronto, podría decirse– el estudiante Gutiérrez Girardot responde a este llamado. Lo hará a través de los trabajos que publica durante sus años estudiantiles, entre los que destacan dos textos fundacionales: “Notas para una definición de Hispanoamérica” (1950) –escrito a sus veintitrés años, poco antes de cumplir un año de su arribo a la capital española– y “La utopía americana de Alfonso Reyes” (1951), germen de su primer libro, *La imagen de América en Alfonso Reyes* (1955). A pesar de la juventud de su autor, bien puede percibirse en ellos –*in nuce*– las constantes temáticas, conceptuales y metodológicas sobre las que edificará una buena parte de su trabajo ensayístico.

La relación entre estos tempranos trabajos –ejercicio de mutuo y fluido enriquecimiento– podría formularse como la relación que de lo general (“Notas para una definición de Hispanoamérica”) se adentra en lo particular (“La utopía americana de Alfonso Reyes”), en otras palabras, del paso de una mirada macro (el continente) al estudio micro (de una de sus figuras intelectuales) –y viceversa–, mirada dialéctica que se convertirá en el fundamento de su capacidad para moverse con saber y soltura entre diversos autores y contextos geográficos y culturales. Visible en una obra como *Modernismo* (1983) –por citar un trabajo ejemplar– esta mirada dialéctica nos enseñará a considerar nuestra “particular”

³⁷⁷ Alfonso Reyes. “Capricho de América” (1934) en *Última Tule (Obras completas XI)*. México: FCE, 1960, p. 76.

inmersión en el “modernismo” hispano-americano como una parte sustancial de un mismo proceso de modernización “universal”.

Más adelante estudiaremos estos paradigmáticos textos, no solo desde el punto de vista de su intrínseco valor, sino, además, desde la valoración sobre su sentido y pertinencia dentro del ámbito intelectual en el que fueron gestados. Por ello, antes de acometer su estudio, debemos aproximarnos al panorama del pensamiento hispanoamericano de la primera mitad del siglo XX, específicamente al fructífero consenso de autoafirmación continental que se inicia en la década del 20 y que hasta el momento de su llegada a Madrid, a comienzos de los años 50, será el que determinará decisivamente la orientación vital e intelectual del proceso de formación en España del ensayista colombiano.

2.2.2. Un elocuente consenso de autoafirmación continental

No parece, pues, del todo desacertado buscar un camino, una explicación provisoria del presente, en la reflexión sobre el pasado hispanoamericano más entrañable.

Rafael Gutiérrez Girardot

Suele decirse con frecuencia que el ensayo es, en otras partes, el género que aparece el último, porque corresponde a un nivel avanzado del proceso intelectual de un pueblo, y porque se vuelca al conocimiento lo ya existente. En América parece ocurrir lo contrario: los fundadores de la conciencia cultural y literaria del continente son sus ensayistas.

José Miguel Oviedo³⁷⁸

En un lúcido y esclarecedor ensayo sobre los “Caminos de nuestra historia literaria” (1925), el ensayista Pedro Henríquez Ureña advertía sobre el “grave error” en que incurren aquellos que queriendo escribir nuestra historia literaria pretenden “recordar todos los nombres” y aconsejaba dejar de lado a “los mediocres” para escribir dicha historia “alrededor de unos cuantos nombre centrales: Bello, Sarmiento, Montalvo, Darío, Rodó”³⁷⁹.

En 1919, el joven Alfonso Reyes finalizaba una breve reseña “Sobre Montalvo” (Madrid: *Sus mejores prosas*) con estas entusiastas palabras: “¡Qué antología de la prosa americana nos podían dar los editores! ¡Bello, Sarmiento, Montalvo, Rodó, Martí, Ignacio

³⁷⁸ José Miguel Oviedo. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza, 1990, p. 13.

³⁷⁹ Pedro Henríquez Ureña. “Caminos de nuestra historia literaria” (1925) en Rafael Gutiérrez Girardot y Ángel Rama (prólogo, selección y cronología). *La utopía de América*. Caracas: Ayacucho, 1978, p. 46.

Ramírez, Justo Sierra, Hostos, Díaz Rodríguez, Urueta, y tantos que dejo de citar!”. Para Ricardo Repilado, “quien esto escribía, murió cuarenta años más tarde habiendo conquistado el derecho a enriquecer esta antología con su propio nombre”³⁸⁰. No es exagerado afirmar que cuando Rafael Gutiérrez Girardot descubre a Alfonso Reyes en España, en realidad estaba descubriendo el último representante de aquellos “nombres centrales” en torno a los cuales siguen gravitando las claves para la comprensión de nuestro continente. Acontecimiento central de sus años de formación intelectual, su descubrimiento lo introduce en la corriente viva de su propia tradición, presente en la estrecha relación que desde entonces mantendría con

el pasado hispanoamericano más entrañable, el que Alfonso Reyes llama *pasado inmediato*, los hombres que inauguraron en Hispanoamérica el siglo XX y que, con ello, dieron forma peculiar al largo proceso de la tradición –incubado desde la Colonia hasta la era republicana por erasmistas, alumbrados, ilustrados y revolucionarios–³⁸¹.

En su aspecto más anecdótico, el ensayo “Pasado inmediato” (1939) –escrito por Reyes con ocasión de los actos conmemorativos del Primer Congreso Nacional de Estudiantes reunido en México (1910)– aparece como el recuento de las luchas de la intelectualidad mexicana contra el predominio del positivismo y la inmovilidad nacional generada por el Porfiriato. Crónica exacta y minuciosa de las distintas etapas de estos fructíferos años, su más hondo propósito se constituye, sin embargo, en un claro mensaje a la juventud de México e Hispanoamérica:

Ya el año del Centenario está muy lejos [...] entre sus vagidos y titubeos abrió la salida al porvenir, puso en marcha el pensamiento, propuso interrogaciones y emprendió promesas que, atajadas por la discordia, habrá que reatar otra vez al carro del tiempo. A la hora del examen de conciencia [...] el faro de la etapa simbólica todavía puede iluminarnos³⁸².

Gutiérrez Girardot asumirá los retos y las tareas surgidas al amparo de esta prometedora “etapa simbólica”, período histórico que llegaba hasta su propio presente y que verá representada, entre otras figuras, en “el argentino Coriolano Alberini y el mexicano Antonio Caso, el peruano González Prada y el uruguayo Vaz Ferreira, César Vallejo y Pedro Henríquez Ureña, José C. Mariátegui y José Vasconcelos, Baldomero Sanín Cano y Alfonso

³⁸⁰ Ricardo Repilado. “Prólogo. Contorno de Alfonso Reyes” en *Alfonso Reyes. Páginas escogidas*. La Habana: Casa de las Américas, 1978, p. VII.

³⁸¹ Rafael Gutiérrez Girardot. *La imagen de América en Alfonso Reyes*. Madrid: Ínsula, 1955, p. 8.

³⁸² Alfonso Reyes. “Pasado inmediato” (1939) en *Pasado inmediato (Obras completas de Alfonso Reyes XII)*. México: FCE, 1960, p. 216. En adelante citamos por esta edición entre paréntesis en el texto (Tomo: página)

Reyes”³⁸³. Nómina ejemplar, conforma para nuestro ensayista una “sola y variadísima generación, [que] más allá de toda frontera”, haría posible la existencia de una auténtica cultura hispanoamericana, es decir, “americana y occidental”.

Esos hombres, la obra de ellos, son nuestro *pasado inmediato* y son nuestro presente. Hace falta que los hagamos nuestro porvenir y que incorporemos su pensamiento al cuerpo mismo de la historia americana, no que los tengamos por interesantes o meritorios, lo cual constituiría una desafortunada mutilación de nuestro destino³⁸⁴.

Su legado dejará planteados los temas y los problemas que orientarán el pensamiento del joven Gutiérrez Girardot en torno al continente y su relación con la tradición europea, visión de futuro que nuestro estudiante comienza a delinear a través de un considerable número de publicaciones –65 materiales registran nuestras pesquisas bibliográficas, entre reseñas, notas, artículos, ensayos y traducciones del alemán– trabajos aparecidos en revistas y periódicos de Colombia y España durante sus casi tres años de permanencia en la capital española (octubre de 1950 a julio de 1953). Como ya señalamos, el estudio de estas publicaciones nos obliga a repasar el panorama cultural en el cual fueron gestadas, mapa contextual que coincide, en lo esencial, con las “tres direcciones” –diagnóstico socio-político, americanismo y especulación filosófica– que orientan, para José Miguel Oviedo, el pensamiento hispanoamericano de las décadas del 20 al 50, en las que comenzaría a gestarse el intenso movimiento de afirmación continental que caracteriza este período. Años de autocuestionamiento y reflexión, de estudio sistemático y gestación creativa, lo esencial de

³⁸³ Rafael Gutiérrez Girardot. *La imagen... op. cit.* pp. 8 y 9. Coriolano Alberini (1886-1960). Filósofo y profesor argentino. En el plano académico, participó activamente en la lucha contra el positivismo, introduciendo autores europeos alternativos, especialmente a Bergson, a quien consideró el conductor de la ofensiva última y triunfal contra el positivismo. Como político, acompañó la transformación de la Universidad bajo los parámetros impulsados por Reforma de 1918. De sus obras cabe destacar *La cultura filosófica en la Argentina* (1949), *Génesis y evolución del pensamiento filosófico argentino* (1953) y *Problemas de la historia de las ideas filosóficas en la Argentina* (1966). -Antonio Caso (1883-1946). Filósofo mexicano. Rector de Universidad Nacional de México y uno de los fundadores del Ateneo de la Juventud, bastión del antipositivismo mexicano. Autor de *Discurso a la nación mexicana* (1922), *El concepto de la historia universal en la filosofía de los valores* (1923), *Positivismo, neopositivismo y fenomenología* (1941), entre otros. -Manuel González Prada (1844-1918). Ensayista, poeta y pensador anarquista peruano. Una de las figuras más discutida e influyente en las letras y la política del Perú en el último tercio del siglo XIX, debido a sus feroces críticas sociales y políticas. Entre sus libros destacan *Páginas libres* (1894), *Horas de lucha* (1908), *Nuevas páginas libres* (1936), *Figuras y figurones* (1938), *Propaganda y ataque* (1938). -César Vallejo (1892-1938). Poeta y escritor peruano. Considerado uno de los más grandes innovadores de la poesía del siglo XX. Para el crítico Thomas Merton, se trata del “más grande poeta católico desde Dante, y por católico entiendo universal”. Autor de los poemarios *Los heraldos negros* (1918), *Trilce* (1922), *Poemas humanos y España, aparte de mí este cáliz* (1939, póstumos), y de la novela *Tungsteno* (1931). Por su variedad de intereses y diferencias cronológicas –casi medio siglo hay entre el nacimiento de González Prada y Mariátegui–, la nómina demuestra la dificultad de incluir a los autores hispanoamericanos en cerrados grupos generacionales.

³⁸⁴ *Ibid.*

esta afanosa “búsqueda de nuestra expresión”³⁸⁵ se encuentra menos en la búsqueda misma de un anhelado *americanismo* que en la reflexiva exposición de sus postulados. Como señala Zum Felde, “poemas, dramas y relatos de asunto americano ya se habían escrito en el Plata, y en toda América, desde fines del XVIII”. La verdadera novedad, ya bosquejada en el romanticismo, consistió en la “postulación teórica, doctrinaria, del americanismo literario, siempre existente de hecho”³⁸⁶. Coincidiendo con Zum Felde, Emilio Carilla también ha destacado el fundamento reflexivo presente en las “raíces del americanismo”: “Estableciendo una distinción válida como punto de partida, conviene decir que una cosa es la declaración del americanismo literario, declaración sostenida en manifiestos y programas, y otra el reconocimiento que podemos hacer de ese americanismo a través de textos”, deslinde que pone de presente la existencia de “manifestaciones indirectas” de americanismo durante la Colonia, pero no de declaraciones abiertas, y menos aún, de “programas elaborados minuciosamente” que “pretenden ya, desde temprano, una independencia cultural”³⁸⁷.

Esta caracterización teórica y programática permite rastrear la existencia de una ininterrumpida línea de reflexión americanista que recorre la historia de la América independiente: desde sus inicios en Bolívar, quien daría a la idea de una conciencia americana supranacional su más hondo y perdurable sentido; continuando en Andrés Bello – cuyo texto “Repúblicas hispanoamericanas” (1836) se constituye para Ángel Rama en el resumen cabal de su “filosofía americanista, que es la que poéticamente ya inspiraba sus iniciales *Silvas* [1823]”³⁸⁸–; siguiendo con las consideraciones de Rodó sobre el “americanismo literario” (1895), expuestas en su magistral ensayo histórico-literario sobre *Juan María Gutiérrez y su época* (1913)³⁸⁹, hasta las lúcidas reflexiones que en el contexto

³⁸⁵ Célebre consigna –que se transformaría en un auténtico *slogan*– que da título a los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1926), de Pedro Henríquez Ureña.

³⁸⁶ Alberto Zum Felde. *La narrativa Hispanoamericana*. Madrid: Aguilar, 1964, pp. 91-92.

³⁸⁷ Emilio Carilla. *Hispanoamérica y su expresión literaria. Caminos del americanismo* (1969). Buenos Aires: Eudeba, 1982, p. 48.

³⁸⁸ Ángel Rama. “Autonomía literaria americana” (1983) en *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Ayacucho, 1985, p. 69.

³⁸⁹ Publicado originalmente en *El mirador de Próspero* (1913), el ensayo “Juan María Gutiérrez y su época” es una reelaboración del artículo “Juan María Gutiérrez. Introducción a un estudio sobre literatura colonial” (1895). Tras casi dos décadas de reflexión, Rodó verá en Gutiérrez el paradigma del panorama literario de su época, al que concibe vertebrado por la preeminencia del “americanismo literario”. Escribe Rodó: “La idea dominante, el propósito tenaz, aunque desigualmente realizado, que infunde carácter y unidad a la obra literaria de la generación de Juan María Gutiérrez, es la reivindicación de una autonomía intelectual; es el anhelo de imprimir a las primeras tentativas de una literatura americana sello peculiar y distinto, que fuese como la sanción y el alarde de la independencia material y que complementara la libertad del pensamiento con la libertad de la expresión y la forma” (José Enrique Rodó. “Juan María Gutiérrez y su época” (1913) en *Obras completas de José Enrique Rodó*. Buenos Aires: Antonio Zamora, 1948, pp. 710).

de los años 20, Pedro Henríquez Ureña expondría en sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1926), aproximaciones que marcarían la culminación ejemplar de un largo proceso y la ruta segura hacia un “seguro porvenir”. Siguiendo el hilo de este proceso en el ámbito de la novela, Fernando Aínsa ha señalado cómo,

en el proceso de fundación e integración de la identidad cultural americana, la contribución del género novela ha sido tardía. Mientras en ensayos como *Facundo* (1845) de Sarmiento se planteaban muchos de los temas que constituirían los ejes centrales de la problemática de la identidad nacional en general, y por ende, de la cultura en particular, la novela seguía estando ausente del debate³⁹⁰.

Este desfase entre el “deber ser” pregonado y el ser efectivo, causa de “muchos de los males de que ha sufrido la identidad cultural americana”³⁹¹, comienza a experimentar un cambio con la simultánea aparición –dentro del señalado consenso iniciado en la década del 20– de una narrativa “para conocer a América”, representadas inicialmente por obras como *La vorágine* (1924), *Don Segundo sombra* (1926) o *Canaima* (1935) y posteriormente por *Los pasos perdidos* (1953), entre otras, constituyéndose para el crítico uruguayo en las grandes gestadoras de las imágenes más decisivas en la conformación de nuestra identidad cultural³⁹². Coincidiendo con Aínsa, José Miguel Oviedo ha resaltado la contribución de esta novelística al consenso de voces en torno a la interpretación del continente, decisivo aporte al descubrimiento de “una realidad que, aunque inmediata, no había sido suficientemente cartografiada por la literatura”³⁹³.

En una explícita referencia a los *Seis ensayos* de Henríquez Ureña, el crítico español Teodosio Fernández sintetiza lo esencial de este período (años 20 al 50) bajo el lema “En busca de la identidad americana”³⁹⁴; Aníbal González por su parte, utilizando la incómoda denominación de “Telurismo”, caracteriza la etapa transcurrida “desde 1920 hasta los 60”, entre otros rasgos, por una “preocupación renovada por la reforma social y la identidad nacional que esta crítica compartió con la de los románticos y con las *novelas de la*

³⁹⁰ Fernando Aínsa. *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Gredos, 1986, p. 119. Carlos Fuentes ha trazado una certera caracterización de este proceso cuando establece el lazo que une el *Facundo* (1854), de Sarmiento –bajo el lema: “civilización y barbarie”– con *Doña Bárbara* (1929), de Gallegos, sintetizado en el argumento de esta novela: “Un hombre llamado Santos Luzardo se enfrenta a una mujer llamada Doña Bárbara y su conflicto, simbolizado en sus nombres, es el de los primeros cien años de la novela y de la sociedad latinoamericana” (Carlos Fuentes. *La nueva novela hispanoamericana*. México: Joaquín Mortiz, 1969, p. 10).

³⁹¹ Fernando Aínsa. *Identidad cultural... loc. cit.* p. 123.

³⁹² “Se puede decir sin exagerar que en buena parte la identidad cultural de América Latina se ha definido gracias a su novelística” (*Ibid.* p. 231).

³⁹³ José Miguel Oviedo. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza, 1991, p. 65.

³⁹⁴ Teodosio Fernández. *Los géneros ensayísticos hispanoamericanos*. Madrid: Taurus, 1990.

tierra”³⁹⁵. Más ampliamente, en una de las miradas más abarcadoras y comprensivas sobre este período, José Miguel Oviedo, delinearé las ya citadas direcciones que “hacia la segunda década del siglo” comenzarían a tomar el pensamiento en Hispanoamérica: diagnóstico socio-político, americanismo y especulación filosófica³⁹⁶, triple orientación que puede compararse con las tres direcciones fundamentales con las que Emilio Carilla caracteriza la búsqueda de nuestra “emancipación intelectual” en el siglo XIX: americanismo paisajista, indigenismo, hispanismo³⁹⁷, comparación que estaría atestiguando la evolución histórica de las problemáticas que han definido la búsqueda de nuestra autodefinición cultural.

La emergencia de una reflexión orientada por la fuerte carga social y política que tanto caracterizaría el trabajo de esta generación de “intérpretes de la realidad”, se inscribe en el contexto de grandes cambios que se suceden en estas décadas turbulentas, entre los que cabe destacar el surgimiento de algunos movimientos revolucionarios: la Revolución mexicana (1910) y la soviética (1917); la Primera Guerra Mundial; la agitación obrera y estudiantil en América y Europa, una de cuyas expresiones más importantes, la Reforma de Córdoba (1918), de gran trascendencia para todo el continente, marcaría las reflexiones en torno a la universidad en Hispanoamérica³⁹⁸; la intensificación del intervencionismo de los Estados Unidos; el crecimiento del sindicalismo y la exacerbación de las dictaduras, etc., movimientos a los que se suma el impacto de la vanguardias artísticas, frecuentemente teñidas de intenciones políticas. En términos generales, una época de cuestionamiento y de anhelos de renovación socio-política y cultural que en sintonía con las suscitaciones abiertas por nuestro *pasado inmediato*, dotarían de un “nuevo carácter al tradicional empeño político

³⁹⁵ Aníbal González. “La crítica literaria en Hispanoamérica” en Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker (eds.). *Historia de la literatura hispanoamericana II. El siglo XX*. Madrid: Gredos, 2006, p. 431. Entre otros rasgos señalados por este autor, sobresalen “la producción de amplios relatos de origen y evolución de la cultura hispanoamericana” y una mayor “academización” de la crítica (que coincide con el crecimiento del hispanismo académico en los Estados Unidos a partir de los años 50). Con relación al compromiso social alcanzado en este período, menciona la aparición de las primeras obras importantes de la crítica marxista en Hispanoamérica, encabezada por los trabajos de José Carlos Mariátegui y Juan Marinello.

³⁹⁶ José Miguel Oviedo. *Breve historia... op. cit.* p. 63.

³⁹⁷ Emilio Carilla. *Hispanoamérica y su expresión... op. cit.* p. 39.

³⁹⁸ Puede consultarse el entusiasta “Manifiesto Liminar. La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América. Manifiesto de la Federación Universitaria de Córdoba, 1918” en

<http://www.unc.edu.ar/institucional/historia/reforma/manifiesto> [25/10/2014]. Para una aproximación actual (2009), resulta de gran utilidad el ensayo de Javier Pablo Hermo y Cecilia Pittelli. “La Reforma Universitaria de Córdoba (Argentina) de 1918. Su influencia en el origen de un renovado pensamiento emancipatorio en América Latina” en

<http://www.reformadel18.unc.edu.ar/privates/Pittelli%20Herma%20Revista%20bicentenario%20final.pdf> [3/10/2014].

de nuestros intelectuales”³⁹⁹. Sobre este agitado y complejo trasfondo, la reactualización de esta ilustre tradición de “intérpretes” de nuestra realidad determinaría la tendencia ético-política de nuestro ensayista. Sus lecturas y reflexiones, manifiestas en los trabajos que publica en aquellos años, muestran la huella de aquellas grandes figuras “cuyo influjo sigue siendo decisivo en la discusión intelectual de hoy”⁴⁰⁰.

Un hecho casual, de poco interés en sí mismo pero de gran significación por lo que inesperadamente dejó al descubierto nos permite medir la “temperatura” intelectual de este período: nos referimos a la llamada “Polémica del meridiano intelectual”⁴⁰¹ (1927) generada a raíz del artículo “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica”⁴⁰², donde el crítico español Guillermo de Torre invitaba –como escribe Jorge Luis Borges– a “establecer ¡en Madrid! el meridiano intelectual de esta América”, y a la que irónicamente el joven argentino respondería: “Todos los motivos nos invitan a rehusar con entusiasmo la invitación”⁴⁰³. Es posible que de no haber generado las apasionadas reacciones que despertó, el artículo hubiera pasado desapercibido. Sin embargo –y sin pretender negar el interés que el famoso incidente pueda tener para la historia del anecdotario de nuestra vida literaria–, más que dirigir nuestra atención a los argumentos, insultos y contraargumentos esgrimidos por los polemistas nos interesa destacar la simultánea aparición, en torno a este simbólico año, de una serie de trabajos ensayísticos (y literarios) en cuyo elocuente consenso creemos percibir la manifestación de algo más trascendente y decisivo: el grado de autocomprensión alcanzado por la inteligencia americana en torno a sus tareas y

³⁹⁹ Antonio Cândido. “Literatura y subdesarrollo” en César Fernández Moreno (ed.) *América latina en su literatura*. México: Unesco, Siglo XXI, 1972, p. 337. Para este autor, en la vocación continental de Bello “es imposible distinguir la visión política del proyecto pedagógico”. Se trata de la misma “ilusión ilustrada” que verá aún reflejada en la resistencia del grupo del Ateneo de Caracas a la tiranía de Gómez (1931-1935), resistencia identificada con “la difusión de las luces y la creación de una literatura impregnada de mitos de la instrucción redentora, todo proyectándose en la figura de Rómulo Gallegos, presidente de una república renacida” (*Ibid.* p. 341).

⁴⁰⁰ José Miguel Oviedo. *Breve historia... op. cit.* p. 63.

⁴⁰¹ Carmen Alemany Bay. *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica (1927)*. Estudio y textos. Alicante: Universidad de Alicante, 1998.

⁴⁰² Guillermo de Torre. “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica”. Madrid: *La Gaceta Literaria* 8, abril 15 de 1927, p. 1. Para José Carlos Mainer, tanto *La Gaceta Literaria* (1927-1932) como su director, el beligerante Giménez Caballero, propiciaron la difusión del fascismo en España, expresado en “su cosmopolitismo sistemático, su arbitrariedad crítica, su jactanciosa juventud y, por si fuera poco, un combativo españolismo”. De este modo, “la alegre despreocupación de la vanguardia –respuesta a un estado de inadaptación a una sociedad tensional– se refugiará complacida en un programa que, de algún modo, sublima y regula la rebeldía” (José Carlos Mainer. *Falange...*, op. cit. p. 26).

⁴⁰³ Jorge Luis Borges. “Sobre el meridiano de una Gaceta”. Buenos Aires: *Martín Fierro* 42, julio 10 de 1927, p. 2.

posibilidades. Más allá de los particulares incidentes de este polémico enfrentamiento, el unánime rechazo a una pretendida tutoría madrileña puso en evidencia la unanimidad de una asumida autonomía, la seriedad de un propósito superior a la enfática voluntad de los polemistas. Lo demuestra la excepcional calidad de los escritores y la rica diversidad de materiales ensayísticos (y literarios) publicados entre el transcurso de esta década germinal y mediados del siglo XX, en que nuestro joven arriba a la capital española.

Conviene recordar que las manifestaciones en torno a una pretendida tutoría española ya tenían sus antecedentes, no así la expresión de una positiva autoafirmación expresiva. Puede verse en el artículo del escritor español Antonio Alcalá Galiano⁴⁰⁴ titulado “Consideraciones sobre la situación y porvenir de la literatura hispanoamericana” (1846), invocación al “magisterio que debe ejercer España sobre la literatura de Hispanoamérica, a la que califica de *incipiente* y, por tanto, inmadura”, magisterio al que el escritor argentino Esteban Echeverría responde –“La situación y porvenir de la literatura hispanoamericana”– con una severa advertencia sobre los peligros de la imitación, que de hacerse, debe acudir “a las fuentes originales –de dos males, el menor–, es decir, directamente a Europa –léase Francia– sin pasar por el filtro de lo español”⁴⁰⁵, respuesta que deja al descubierto la escasa simpatía de los escritores argentinos por la tradición española:

como [...] nosotros no reconocemos mayor superioridad literaria, en punto a originalidad, en la España sobre la joven América [...] no nos hallamos dispuestos a *imitar imitaciones*, ni a buscar en España ni en nada español el principio engendrador de nuestra literatura, que la España no tiene, ni puede darnos⁴⁰⁶.

En este mismo sentido, puede mencionarse el “Prólogo” de Justo Sierra a las poesías de Manuel Gutiérrez Nájera (1896), donde nuevamente encontramos este rechazo a la imitación en segundo grado:

¿Y a quién podíamos imitar? ¿Al seudoclasicismo español de principios de siglo? Era una imitación del francés. ¿Al romanticismo español del segundo tercio? También era una imitación del francés [...]. Pero después la imitación ha sido más directa.

⁴⁰⁴ Antonio Alcalá Galiano (1789-1865). Político, orador y crítico español. Autor de *Lecciones de literatura española, francesa, inglesa e italiana del siglo XVIII* y de las autobiografías *Recuerdos de un anciano* (1878) y *Memorias* (1886).

⁴⁰⁵ Citado por María Teresa Martínez Blanco. *Identidad cultural de Hispanoamérica. Europeísmo y originalidad americana*. Madrid: Universidad Complutense, 1988, p. 28.

⁴⁰⁶ *Ibid.* En las *Cartas Americanas* de Valera, encontramos otro antecedente de aquella mentalidad paternalista española. Si bien afirma que las literaturas de Méjico, Colombia, Chile, Perú y demás repúblicas “se conciben separadas”, en realidad “no cobran unidad superior y no son literatura general hispanoamericana sino en virtud de un lazo para cuya formación es menester contar con la metrópoli” (Juan Valera. “Cartas americanas” (1888) en *Obras completas* vol. 3. Madrid: Aguilar, 1949, p. 213)

Como aprendemos francés al mismo tiempo que el castellano [...], al francés fuimos más derechamente⁴⁰⁷.

El evidente desconocimiento del contexto cultural hispanoamericano demostrado por algunos de los polemistas españoles, sumado a una peregrina y anacrónica idea de Hispanidad que en el fondo solo escondía una velada actitud “imperial” y paternalista – patente en las reiterativas alusiones a la *juventud* de los polemistas americanos–, demuestran una inconfesada postura de superioridad intelectual que sin duda alimentaron las encontradas reacciones en torno al controvertido artículo.

Su tesis central puede resumirse en esta tajante afirmación de Guillermo de Torre: “los mejores valores de ayer y de hoy –históricos, artísticos, de alta significación cultural–, que no sean españoles, serán autóctonos, aborígenes, pero, en modo alguno, franceses, italianos o sajones”. Con el fin de apuntalar la defensa de dichos valores, el autor apela a la socorrida “cuestión del nombre” del Continente, argumento que lo lleva rechazar al advenedizo de América Latina para proponer los “lícitos y justificados” de Iberoamérica, Hispanoamérica o América Española. El equívoco nombre de América Latina –que ignora los “factores fundamentales” que nos constituyen: origen étnico, identidad lingüística y “carácter espiritual”– sirve al articulista para denunciar las constantes desviaciones de los intereses intelectuales hispanoamericanos hacia un “latinismo intelectual” (tan peligroso como la influencia sajona en el plano político), y para proponer, “frente a la imagen desviada de París”, la geografía espiritual de Madrid como “el más certero punto meridiano, como la más auténtica línea de intersección entre América y España”. A la juventud hispanoamericana corresponde la “rectificación” de este estado de cosas, a la que invita a “romper con la corriente errónea de sus antepasados” –clara alusión al Modernismo dariano o “galicismo mental”, como lo llamó Varela– y a la instauración de un “nuevo espíritu amistoso entre dos mundos fraternos” que pueda devolvernos nuestras mejores “virtudes nativas”. Concluye el articulista asegurando que la “necesidad urgente de proponer y exaltar a Madrid como el meridiano intelectual de Hispanoamérica” no está motivada por propósitos anexionistas de hegemonía política o intelectual: “puro y generoso”, lo mueve el deseo de “borrar fronteras, de no establecer distingos, de agrupar bajo un mismo común denominador de consideración idéntica toda la producción intelectual en la misma lengua; por el deseo de anular diferencias valoradoras, juzgando con el mismo espíritu personas y obras de aquende

⁴⁰⁷ Justo Sierra. “Prólogo” en *Obras de Manuel Gutiérrez Nájera. Poesía*. México: Impresora del Timbre, 1896, pp. VII-VIII.

y allende el Atlántico”⁴⁰⁸. Las buenas intenciones de los españoles, como veremos, no bastaron para mitigar lo esencial de las reacciones argentinas: la sustancial ignorancia de los españoles sobre las cosas hispanoamericanas.

Como era previsible, las reacciones generadas por el curioso documento no se hicieron esperar. Publicadas por el periódico bonaerense *Martín Fierro* 42 (junio 10 de 1927), expresaron un categórico rechazo a esta tentativa de “imperialismo baldío”, al tiempo que reclaman su derecho a buscar una voz propia, original, sin limitaciones ni encasillamientos, en la que España, como escribe Nicolás Olivari, “no tiene ningún interés intelectual para nosotros”⁴⁰⁹. Lo puso de manifiesto la respuesta de Borges, titulada “Sobre el meridiano de una gaceta”: “Madrid no nos entiende [...] ¿de dónde va a entendernos, qué va a saber de la terrible esperanza que los americanos vivimos? [...] Hay que enfrentar los hechos. Ni en Montevideo, ni en Buenos Aires –que yo sepa–, hay simpatía hispánica”⁴¹⁰. Y concluye: “No quiero ser indigno de mis recuerdos ni entiendo hacerme forastero en los que sé guardar a Madrid: pero el trance no es de zalamerías, es de verdades” (*Ibid*).

Mientras E. Giménez Caballero, director de *La Gaceta*, encabezaba las contrarréplicas a *Martín Fierro* dejando en claro la postura de la revista: “Madrid no pretende tutelar ni a ustedes ni a nadie. Pretende solamente entenderse con los que cree sus iguales”, Guillermo de Torre, luego de confesar que ha utilizado el término de “meridiano intelectual [...] un poco al azar”, escribe: “Nosotros amamos demasiado nuestra propia independencia intelectual para no respetar igualmente la independencia ajena: la legítima y alboreante y admirable autonomía intelectual americana”⁴¹¹.

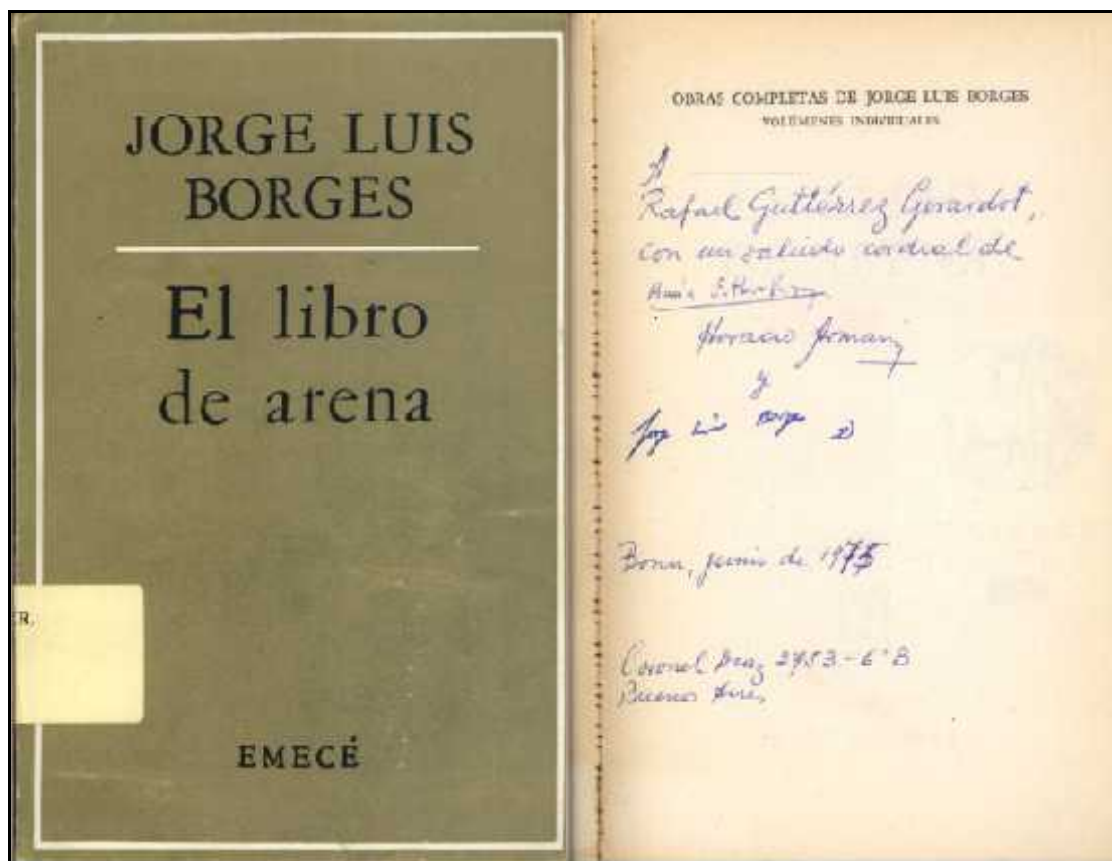
En contraste con estas declaraciones, que de modo velado y conciliatorio buscaban establecer un diálogo entre “iguales”, interesa llamar la atención sobre aquellas réplicas que no dudaron en esgrimir como “argumento” de discusión la *juventud* de los polemistas hispanoamericanos, tópico que a nuestro juicio delata una actitud de paternal y soberbia superioridad. Lo esgrimió Ricardo Baeza –“hasta ahora, la América española no nos ha dado más valor literario positivo que Rubén Darío”–, quien se refiere a los argentinos como

⁴⁰⁸ Guillermo de Torre. “Madrid, meridiano intelectual...”, *loc. cit.* p. 1.

⁴⁰⁹ *Martín Fierro* 42, p. 1.

⁴¹⁰ *Martín Fierro* 42, p. 2.

⁴¹¹ Ernesto Giménez Caballero, Guillermo de Torre, *et al.* “Un debate apasionado. Campeonato para un meridiano intelectual”. Madrid: *La Gaceta Literaria* 17, septiembre 1 de 1927, p. 3 y 6. El artículo, provocador y burlón, llevaba un subtítulo donde el equipo español retaba al equipo argentino: “La selección argentina *Martín Fierro* (Buenos Aires) reta a la española *Gaceta Literaria* (Madrid). *Gaceta Literaria* no acepta por golpes sucios de *Martín Fierro* que lo descalifican. Opiniones y arbitrajes.



Jorge Luis Borges. *El libro de Arena* (1975)

a “mozalbetes (no precisamente por la edad, sino por el desarrollo mental)”, a quienes considera “en un período que puede aún considerarse de gestación”⁴¹². Acusaciones cuyo tono excluyente y desdeñoso sacaba a los polemistas del campo de discusión, toda vez que llamarlos “mozalbetes” equivalía a calificarlos no solo “de pocos años” sino de atrevidos, hijos rebeldes que el benévolo padre comprende y sabe perdonar. Solo así puede entenderse que para este autor las opiniones de los argentinos puedan considerarse como simples “desafueros de unos cuantos adolescentes”. En consecuencia, y en virtud de esta mirada paternalista, la “debilidad” de la literatura hispanoamericana solo podía encontrarse en su “desvinculación de la literatura española”⁴¹³, juicio que coincide con las palabras de Francisco Ayala: “¿Puede hablarse de una literatura sudamericana como algo sustantivo,

⁴¹² Ricardo Baeza. “Marginalia. ¿Con Martín Fierro o con Don Quijote? Madrid: *El Sol*, 3 de septiembre de 1927, p. 1. Ricardo Baeza Durán (1890-1956). Ensayista, periodista y traductor cubano. Colaborador habitual de la *Revista de Occidente* y del periódico madrileño *El Sol*. Autor de los libros de ensayo *Marco Aurelio*, *Meditaciones* y *Bajo el signo de Clío*. Su reconocimiento, sin embargo, se debe a sus valiosos trabajos de traducción, que hicieron posible el conocimiento en España e Hispanoamérica de algunas de las mejores obras de Oscar Wilde, Eugene O'Neill, Gabriele D'Annunzio y Friedrich Nietzsche, entre otros.

⁴¹³ *Ibid.*

autóctono? No: y esto es lo lamentable. La literatura americana vive supeditada a la nuestra. Se rige por el meridiano de Madrid”⁴¹⁴. En período de “gestación”, lamentablemente “supeditada”... el inequívoco lenguaje seguía delatando el anacrónico paternalismo de los madrileños. También insistiría en este tópico descalificador el diario *El Sol*, quien ve en la polémica

solo un simple signo de ansia personalista de un grupo de jóvenes que quieren a todo trance hacerse una silueta [...] Pecado –en último término– de poca monta, que las naciones experimentadas estamos ahítas de perdonar. Porque sabemos también el gesto de contrición, tardío y a veces sin remedio, que suele seguir a estas puñaladas locas⁴¹⁵.

Lo esgrimirá el mismo Guillermo de Torre, quien a pesar de sus palabras conciliatorias, considera “totalmente inmotivado e inexplicable” el recelo surgido entre los argentinos. Su explicación, sin embargo, es inequívoca: “Se necesita poseer una susceptibilidad juvenil [de nuevo el tópico descalificador] –y, por tanto, exacerbada, propensa a la hipérbole– para tratar de descubrir una intención hegemónica e imperialista en aquel editorial incriminado de *La Gaceta literaria*”⁴¹⁶. No se trataba, como ingenuamente declara más adelante, de una simple “querrela vocabular” desatada por la cuestión del *meridianismo* español. La explicación, que reduce a una “triquiñuela de palabras alborotadas” la comprensible y legítima queja de los polemistas argentinos, deja nuevamente al descubierto uno de los puntos clave de la polémica: el desconocimiento que los escritores españoles tenían con respecto al estado espiritual de los hispanoamericanos, situación que Borges dejaría planteada en la citada pregunta: “¿qué va a saber [Madrid] de la terrible esperanza que los americanos vivimos?”. Pregunta cuya respuesta él mismo –un jovencísimo Borges– dejó bosquejada en su libro *El tamaño de mi esperanza* (1926), escrito un año antes la polémica.

Ya lo decía Unamuno, uno de los pocos españoles al tanto de lo que sucedía en la Hispanoamérica de las dos primeras décadas del siglo XX: “No hay que darle vueltas [...], a nuestros intelectuales estudiosos españoles las cosas de América española no les interesan ni mucho ni poco”, pues “aquí en España apenas hay quien se interese por las cosas de América”⁴¹⁷. Pero todo esto –escribe al historiador argentino Ricardo Rojas– se corregirá

⁴¹⁴ Francisco Ayala, *et al.* “Un debate apasionado. Campeonato...”, *loc. cit.* p. 6.

⁴¹⁵ Editorial. “El meridiano de *Martín Fierro*”. Madrid: *El Sol*, 31 de agosto de 1927, p. 1.

⁴¹⁶ Guillermo de Torre, *et al.* “Un debate apasionado. Campeonato...”, *loc. cit.* p. 3.

⁴¹⁷ Miguel de Unamuno. “De relaciones hispanoamericanas” (1916) en *Obra Completa*, tomo VIII. Barcelona: Vergara S.A., 1961, p. 511.

el día en que nosotros los españoles abandonemos la necia pretensión de seguir siendo, ni en lenguaje ni en nada, la metrópoli, la madre patria, la que dirige y da la ley, y cesemos de ver en esas repúblicas hijuelas nuestras. Aquí tienen muchos en la boca lo de la hermandad entre cuantos hablan castellano, pero pocos ven en ustedes hermanos, sino una especie de hijos y de hijos ingratos (esta acusación de la ingratitud es de lo más grotesco que cabe). Por nuestra parte, usted y yo y los que sentimos bien, tiremos a establecer la verdadera hermandad bajo pie de libertad y de igualdad mutuas⁴¹⁸.

Su insistencia en el “dañosísimo y disparatado” propósito de querer ejercer el “monopolio del casticismo y establecer aquí la metrópoli de la cultura”, pone de presente el señalado desconocimiento al tiempo que deja trazado el camino para su superación: “Tenemos que acabar de perder los españoles todo lo que se encierra en eso de madre patria, y comprender que para salvar la cultura hispánica nos es preciso entrar a trabajarla de par con los pueblos americanos, y recibiendo de ellos, no solo dándoles”⁴¹⁹, afirmación que respalda con una pregunta: “¿Qué español, verbigracia, se habrá tomado el trabajo –que es un placer, lo digo yo que lo he tomado– de leer los diez volúmenes de la *Historia de la República Argentina* de don Vicente F. López, obra llena de vida, de pasión, de colorido y de profundas enseñanzas para nosotros los españoles”⁴²⁰. Era una abierta provocación, un claro desafío lanzado a sus “estudiosos” colegas contemporáneos

Algunas intervenciones de los polemistas españoles pudieron ofrecer, sin embargo, un positivo balance sobre el estado del pensamiento y la literatura hispanoamericana de aquellos años. Melchor Fernández Almagro, por ejemplo, hablará del “disparate” que ha significado “tratar de imponer a América –en la plenitud de su fe y de su experiencia– el meridiano de Madrid”⁴²¹. Gerardo Diego por su parte, supo entrever entre “lo poco que de su arte conozco” una señal de la “magnífica potencialidad” de Buenos Aires y la Argentina, “como, en general, la de toda América”⁴²². La misma potencialidad que para el propio Guillermo de Torre era el anuncio de una “legítima y alboreante autonomía intelectual americana” que ya era, sin embargo, una manifiesta conquista.

⁴¹⁸ Miguel de Unamuno. “Cambio de productos literarios” (1904) en *Obra Completa*, tomo VIII. Barcelona: Vergara S.A., 1961, p. 354-355.

⁴¹⁹ Miguel de Unamuno. “Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana” (1906) en *Obra Completa*, tomo VIII. Barcelona: Vergara S.A., 1961, p. 136-137.

⁴²⁰ *Ibid.* p. 79.

⁴²¹ Melchor Fernández Almagro, *et al.* “Un debate apasionado. Campeonato...”, *loc. cit.* p. 6. Melchor Fernández Almagro (1893-1966). Crítico literario, historiador y periodista español. Trabajó en la sección de Prensa y Propaganda del bando franquista. Autor de *Historia de la República Española, 1936-1939* (1940), *Historia Política de la España Contemporánea* (1956), entre otras obras históricas.

⁴²² Gerardo Diego, *et al.* “Un debate apasionado. Campeonato...”, *loc. cit.* p. 3.

A pesar de los esfuerzos de comprensión de los españoles, fueron estas ignorancias respecto a Hispanoamérica las que a nuestro juicio justificaron algunas de las beligerantes actitudes asumidas por los escritores hispanoamericanos. Demostraron sin proponérselo –es decir, independientemente de este simbólico enfrentamiento–, una conjunta voluntad de autonomía intelectual que implícitamente situaba sus voces en su contexto adecuado: la necesidad de mutuo reconocimiento.

El meridiano de la lengua pasa por todas las ciudades, no solamente por Madrid. Se sigue mirando a Europa pero ya no es el europeísmo idealizador de los modernistas sino un europeísmo irreverente gracias al cual es posible cantar, en cada rincón americano, las humildes cosas locales⁴²³.

Declaración que establecía una clara separación pero también una resuelta y meditada superación de la estética modernista, la definitiva conquista de una nueva actitud creativa frente al legado europeo. La exacta interpretación de esta “irreverencia” la daría Jorge Luis Borges pocos años después. Con lúcida precisión señaló a los hispanoamericanos su lugar en el mundo:

Creo que nuestra tradición es toda la cultura occidental, y creo también que tenemos derecho a esta tradición [...] Creo que los argentinos, los sudamericanos en general [...] podemos manejar todos los temas europeos, manejarlos sin supersticiones, con una irreverencia que puede tener, y ya tiene, consecuencias afortunadas⁴²⁴.

No resulta casual que el polémico enfrentamiento haya sido liderado por los escritores argentinos. Para el escritor Enrique Anderson Imbert, la causa se encuentra en una particular circunstancia histórica: “En general, la costa atlántica del continente fue más beligerante, en su romanticismo, que la costa del Pacífico”, fenómeno debido, según el crítico argentino, a la “ausencia de un poderoso Virreinato, como los que tuvieron México y Perú”⁴²⁵. Circunstancia que explica el voluntarioso rechazo borgiano a cualquier exclusivista adhesión peninsular; su abierta proclamación al derecho de ciudadanía universal, poniendo en su adecuado contexto la tensión espiritual que caracterizaría los años de formación del estudiante colombiano.

Desde nuestra perspectiva –que aspira a justificar las anteriores consideraciones– la polémica del Meridiano intelectual trasciende su contenido anecdótico y circunstancial para convertirse en paradigmática manifestación de un momento crucial de nuestro devenir

⁴²³ Enrique Anderson Imbert. *Historia de la literatura hispanoamericana II*. México: FCE, 1980, p. 21.

⁴²⁴ Jorge Luis Borges. “El escritor argentino y la tradición” (1932) en *Obras Completas I*. Barcelona: Emecé, 1989, p. 273.

⁴²⁵ Enrique Anderson Imbert. *Historia de la literatura hispanoamericana I*. México: FCE, 1980, p. 237.

espiritual, en el símbolo de una prometedora proclamación en la que creemos percibir la “influencia” más indeleble recibida por nuestro estudiante durante sus años de formación en Colombia y España. Consideradas a la luz de este simbólico momento, las voces de América que entonces comenzara a escuchar no fueron solo voces “negativas”, es decir, meras respuestas a una coyuntura que venía a poner en cuestión el grado de autonomía alcanzado por las naciones hispanoamericanas. Fueron una orgullosa manifestación de afirmación americanista, pulso intelectual que recibiera de aquellas voces que lo vincularían definitivamente a su propia tradición y a la promesa de futuro que dejara planteada Pedro Henríquez Ureña un año antes de la polémica: “no hay secreto de la expresión sino uno: trabajarla hondamente”. Si esta tarea se cumple, tendremos derecho a “considerar seguro el porvenir”. Más aún, a esperar se traslade “a estas orillas del Atlántico el eje espiritual del mundo español”, acertado pronóstico si consideramos el posterior *boom* de la literatura hispanoamericana como la vislumbrada “arca de tesoros” que por entonces solo era, para el crítico dominicano, la “modesta caja donde ahora guardamos nuestras escasas joyas”⁴²⁶.

Seis libros excepcionales publicados en los “alrededores” de la polémica del 27 bastarían para demostrar la unidad de un propósito superior al talento individual de sus autores. Con sorprendente simultaneidad, en un lapso de siete años, aparecieron *Inquisiciones* (1925), *El tamaño de mi esperanza* (1926) y *Discusión* (1932), de Jorge Luis Borges; *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), de José Carlos Mariátegui; *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), de Pedro Henríquez Ureña y *Última Tule* (1942), de Alfonso Reyes, recopilación de ensayos escritos entre 1920 y 1941.

Como veremos más adelante, algunos de estos trabajos aparecen citados en las publicaciones madrileñas de Gutiérrez Girardot. Y algo más importante que los propios libros: el espíritu afirmativo que los alienta, actitud que permite a Mariátegui, por citar un ejemplo, afirmar con alborozada e ingenua certeza: “la nueva generación señala ante todo la decadencia definitiva del *colonialismo* [...]. En la historia de nuestra literatura, la Colonia termina ahora. El Perú, hasta esta generación, no se había aún independizado de la Metrópoli”⁴²⁷.

⁴²⁶ Pedro Henríquez Ureña. “El descontento y la promesa” (1926) en *Obra crítica*. México: F.C.E., 1981, pp. 253-254. Como fenómeno editorial (como “cuestión de sociología” –dirá el propio Gutiérrez Girardot–, “de sociología de la crítica y de sociología del público”), el boom fue uno de los instrumentos que mejor contribuiría a la definitiva consolidación de la expresión americana en el mundo occidental.

⁴²⁷ José Carlos Mariátegui. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1927). Caracas: Ayacucho, 2007, p. 231. Por su afirmativa oposición al tradicional rechazo de los “indigenistas” a los llamados “europeístas”, Mariátegui representa un caso de excepcional interés. A pesar de su ardoroso “indigenismo”

Más que una mera comprobación bibliográfica, los primeros trabajos del estudiante colombiano nos permiten asistir al surgimiento de una actitud (un *ethos*) intelectual que viera encarnado en sus guías de formación, actitud que comporta “una manera de pensar y de sentir, una manera también de actuar y de conducirse que, simultáneamente, marca una pertenencia y se presenta como una tarea. Un poco, sin duda, como eso que los griegos llamaban un *ethos*”⁴²⁸.

También se suman a esta unidad de propósito otros trabajos que dejarían una huella importante en su concepción del continente, entre los que cabe destacar *Historia de una pasión argentina* (1937), de Eduardo Mallea; *Perfil del hombre y la cultura de México* (1938), de Samuel Ramos; *En torno a una filosofía americana* (1945), de Leopoldo Zea; los libros *Fundamentos de la historia de América* (1942) y *La idea del descubrimiento de América* (1951), de Edmundo O’Gorman; *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1945), de Pedro Henríquez Ureña; *El hombre y la cultura* (1950), de Francisco Romero o *El laberinto de la soledad* (1950), de Octavio Paz –al que dedica, en 1952, una reseña para la revista *Cuadernos hispanoamericanos*–, por mencionar una muestra significativa de la bibliografía que sustenta la producción madrileña del inquieto estudiante. Los autores mencionados abordaron las tareas intelectuales que demandaba el momento: en lugar de manifestarse *en contra*, fueron *en busca de*, orientación constructiva que si por un lado, implícitamente puso en cuestión el sentido de la famosa polémica (su pertinencia en el contexto de aquellos años), por el otro comenzaba a señalar la necesidad de instaurar en el panorama cultural del continente americano una nueva actitud frente al continente europeo.

(llamémoslo así) y de sus esfuerzos de comprensión en torno al “Problema del indio”, pudo escribir en la “Advertencia” de sus 7 ensayos: “No falta quienes me suponen un europeizante, ajeno a los hechos y a las cuestiones de mi país. Que mi obra se encargue de justificarme contra esa barata e interesada conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje [1919-1923]. Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento, que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fue en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino” (*Ibid.* p. 6). Copiamos la nota pertinente sobre las referidas acusaciones, que “se ponen de moda a partir de 1927 con la polémica entre Mariátegui y Luis Alberto Sánchez [quien] le hace esa objeción. Otros no tardan en repetir la crítica, entre ellos Víctor Andrés Belaúnde y Víctor Raúl Haya de la Torre” (*Ibid.* p. 297).

⁴²⁸ Michel Foucault. “¿Qué es la ilustración?” (1984) en *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós, 1999, p. 341. Esta definición coincide con el presupuesto “ilustrado” que impulsaría la actitud intelectual de los grandes “constructores” de América, hombres que vieron en su trabajo una forma de “servicio público y deber civilizador” (según la expresión acuñada por Alfonso Reyes) y que se constituye en el impulso vital e intelectual del joven Gutiérrez Girardot. Leemos en su “Prólogo” a la antología de Reyes que posteriormente recopiló para la editorial Ayacucho: “Lo que por encima de toda *actualidad* significa la obra y el magisterio de Alfonso Reyes es un *ethos* intelectual y político [...] *Sapere aude, atrévete a saber* fue el lema de la Ilustración, que inspiró la Independencia de América. *Atrévete a ser hombre del Nuevo Mundo*, autónomo, no folklórico. A eso invita la obra de Alfonso Reyes” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Prólogo” en *Alfonso Reyes. Última Tule y otros ensayos*. Caracas: Ayacucho: 1991, p. XLII).

Lo señala Anderson Imbert al caracterizar (según sus cuestionables compartimentos generacionales) a los escritores del período 1925-1940, esto es, a los “nacidos de 1900 a 1915”: “Los muchachos que asomaron la cabeza en la década de los 30 no se presentaron en la palestra con los consabidos *anti*”. Ni contra Darío, ni contra la vanguardia –no se tomaron “en serio la orgía de *ismos* de posguerra”–, ni siquiera contra España. Empeñados como estaban en elaborar obras firmemente construidas, no podían recurrir al “trampolín de los *anti*”. Si la generación anterior había “pasado las escobas y limpiado la casa”, a ellos les tocaba ahora, siguiendo la metáfora del historiador argentino, la subsiguiente tarea: “Buenos sirvientes. Se les agradecía. Pero no iban a empuñar las mismas escobas. ¡Para qué! Limpia la casa, era la hora de estudiar”⁴²⁹.

Con lúcida precisión y serena confianza los títulos citados demostraron la existencia de una asumida conciencia de autonomía intelectual, la inutilidad de seguir enfrentando viejos y abolidos rivales. A pesar de sus diferencias, concuerdan en una implícita actitud: hacer a un lado –como anota Ortega–, el “ataque a lo que no se estima” para privilegiar “la definición de lo que se piensa”. Lo dejó expresado Jorge Luis Borges en el citado ensayo cuando se pregunta “¿Cuál es la tradición argentina?”. La respuesta, válida para todo el continente, no deja lugar a dudas: “nuestro patrimonio es el universo”⁴³⁰. Con una notable clarividencia, el ensayista colombiano Baldomero Sanín Cano ya postulaba en 1894 (treinta y ocho antes que Borges) la validez continental de aquella afirmación hispanoamericanista: “Es miseria intelectual ésta a que nos condenan los que suponen que los suramericanos tenemos que vivir exclusivamente de España en materias de filosofía y letras. Las gentes nuevas del Nuevo Mundo tienen derecho a toda la vida del pensamiento”⁴³¹, acertada

⁴²⁹ Enrique Anderson Imbert. *Historia de la literatura hispanoamericana II*. México: FCE, 1980, p. 155. Por estos mismos años escribía Ortega y Gasset a los argentinos (*La Nación*, 6 de abril de 1924): “El escritor que propende a la polémica es que no tiene nada que decir por su cuenta. Para mí ha llegado a ser esto una señal infalible. Me parecía un heroísmo inverosímil que un hombre repleto de nuevas ideas sobre las cosas en vez de exponer estas se ocupase en combatir las ideas de los otros. La auténtica ofensiva intelectual es la expresión de nuevas doctrinas positivas” (José Ortega y Gasset. “El deber de la nueva generación argentina” en *Obras completas*. Tomo 3. Madrid: Alianza Editorial y Revista de Occidente, 1987, p. 259).

⁴³⁰ Jorge Luis Borges. “El escritor argentino...”, *loc. cit.* p. 272.

⁴³¹ Baldomero Sanín Cano (1861-1957). “De lo exótico” (1894) en *Escritos*. Bogotá: ICC, 1977, p. 343. Olvidado por la crítica oficial, solo unos pocos –Pedro Henríquez Ureña, Enrique Anderson Imbert y José Miguel Oviedo– han señalado la importancia del trabajo intelectual de Sanín Cano. Oviedo lo llama “Clásico de América”, al que pocos leen hoy fuera de su país. Contemporáneo de Martí (1853), Rubén Darío (1867) y Rodó (1871), comparable a Alfonso Reyes por su voraz curiosidad y aleccionadora universalidad, la obra de Sanín Cano se encuentra más cerca de nuestra sensibilidad que de muchos ensayistas posteriores a él. Las palabras de Oviedo son sugerentes: “Existe una línea, no bien observada, que va de Sanín Cano, a Reyes, a Jorge Luis Borges y después a los más jóvenes ensayistas de hoy” (José Miguel Oviedo. *Breve Historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza Editorial, 1991, pp.72-73), afirmación que para el caso colombiano permite trazar una similar filiación intelectual entre Sanín Cano y nuestro ensayista.

reflexión que por aquellos mismos años, en pleno movimiento modernista, Darío anunciaba a través de una poesía y un pensamiento plenamente cosmopolitas.

Una manifestación que igualmente puede encontrarse en la revista *Amauta*, publicación fundada por Mariátegui en 1926 con el objetivo de conocer los problemas peruanos “desde puntos de vista doctrinarios y científicos”. Su “Presentación” editorial resume cabalmente –desde sus postulados de militancia política y cultural– el talante de aquellos años: “Estudiaremos todos los grandes movimientos de renovación políticos, filosóficos, artísticos, literarios científicos. Todo lo humano es nuestro”. Eugenio D’Ors – con Unamuno, otro buen conocedor de las cuestiones americanas– supo entrever entre las páginas de esta revista, que leyera en 1927, las promesas que comenzaban a abrirse para Hispanoamérica. Escribe en 1927, en su *Nuevo glosario*: “Entre tal cual inevitable ingenuidad subversiva y alguno que otro fragmento lírico [...] *Amauta* presenta un cuerpo de lectura nutrido por las adquisiciones de una curiosidad muy dilatada y muy ardiente, sistematizada por algo que ya parece estar próximo a la dignidad de un pensamiento colectivo”. Afirmación que más adelante aplica a todo el continente, advirtiendo de paso los peligros que representaban, en el contexto de aquellos años, las cegueras del nacionalismo: “América tiene ya su tradición, su gran patrimonio, y no puede vender este patrimonio, por mucho que sea el goloso capricho del momento, por el platito de porotos de la paraguayidad o de la panamenidad”, advertencia que implicaba un llamado a la defensa de “una tradición cifrada en la vocación por lo genérico, por lo ecuménico, por lo universal; en el desdén de todo lo característico, y privado, y pintoresco”⁴³². Saludable y renovado cosmopolitismo que desde voces diversas fortalece el impulso que orienta los primeros acercamientos de Gutiérrez Girardot a los temas que ocuparon su período de formación: la literatura, la historiografía literaria, la cuestión de la universidad hispanoamericana y la problemática sobre nuestra definición cultural.

Paralelo a la confluencia en torno al pensamiento crítico, comienza a gestarse una análoga actitud “reflexiva” en el ámbito de la creación literaria, disposición que bien puede interpretarse como manifestación de una “estructura” común, concepto operativo que el romanista Hugo Friedrich utiliza para fundamentar su magistral estudio sobre la poesía moderna y que puede servirnos para comprender el proceso de gestación de la producción narrativa de este período. En el prólogo a la novena edición alemana de *Estructura de la*

⁴³² Citado en Antonio Lago Carballo. “Eugenio D’Ors y América” en *Caminos hacia la modernidad. Homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*. Frankfurt: Vervuert, 1993, pp. 148-149.

lirica moderna (1966), precisa Hugo Friedrich que el término “estructura”, frecuentemente (mal) interpretado como “algo rígido y petrificado”, se refiere a una “trabazón orgánica, comunidad tipificable de cosas distintas”, cuyas peculiaridades, adoptadas por un abundante número de poemas (ensayos y novelas en nuestro caso), no puede considerarse como casuales debido justamente a su frecuente manifestación. Lo “común” a la creación lírica consiste para Friedrich “en la renuncia a toda tradición clásica, romántica, naturalista y declamatoria, es decir, en su modernidad”⁴³³; la clave radica en el hecho de que dichos poemas “no necesariamente” han tenido que influirse entre sí⁴³³.

En nuestro caso, lo que unifica a los buscadores de nuestra expresión se encuentra en la unanimidad de su afirmativo propósito, al que sería inadecuado calificar de “antihispanista”. Todo lo contrario, como lo demuestra la profunda vinculación de Pedro Henríquez Ureña o Alfonso Reyes a una España en la que vivieron y a la que conocieron hondamente. Lo esencial de sus posiciones no fue lo emotivamente “anti” sino lo reflexivamente “pro”, la confianza en la propia capacidad y en la propia dignidad, o “para decirlo en palabras de Ernst Bloch, la facultad de *andar erguido*”⁴³⁴. El surgimiento del consenso editorial de los años 20 al 40 –algunos de cuyos textos no pudieron influirse debido a su proximidad editorial–, posibilitó la edificación de una atmósfera espiritual que moldearía decisivamente la orgullosa consciencia de hispanoamericano universal que emana de cada línea escrita por el ensayista colombiano.

Era la misma actitud autoconsciente y reflexiva descrita por uno de sus protagonistas en una reveladora conferencia titulada “Testimonio de un escritor” (1963): “Una generación entera, la generación nacida a la vida literaria en 1926, se propuso en la Argentina un ideal universal y su conquista se ha producido en términos de universalidad”⁴³⁵. El año corresponde a la aparición de ciertos libros sobre los cuales comenzaba a edificarse “el nuevo edificio en que íbamos a levantar el más ambicioso proyecto. He dicho que se basa, y he debido decir que se inicia. Pues la base fue un extraordinario libro”, *Don Segundo*

⁴³³ Hugo Friedrich. *Estructura de la lírica moderna. De Baudelaire hasta nuestros días* (1956). Barcelona: Seix Barral, 1974, p. 17-18.

⁴³⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “José Enrique Rodó, *Revisited*” (1984) en *Pensamiento hispanoamericano*. México: UNAM, 2006, p.145.

⁴³⁵ Eduardo Mallea. “Testimonio de un escritor” (1963) en *Poderío de la novela*. Buenos Aires: Aguilar, 1965, p. 20.

Sombra (1926), punto de partida de los que le siguieron, entre los que menciona las obras de Borges, Arlt, Marechal, Bernárdez y “mi propio libro [*Nocturno europeo*, 1934]”⁴³⁶.

Señalemos a modo de necesaria pero pertinente digresión, el hecho (lamentable) de que autores como Marechal, Arlt o el propio Mallea tan decisivos para la construcción del “nuevo edificio”, sigan teniendo tan escaso eco –exceptuando a Borges– en el panorama literario hispanoamericano. Especialmente Arlt, verdadero “descubridor” de la ciudad, de las tensiones urbanas de la compleja realidad cosmopolita. Y si era cierto, como señala Onetti, que “Arlt no sabía escribir”, sí dominaba, en cambio, “la lengua y los problemas de millones de argentinos, incapaces de comentarlo en artículos literarios, capaces de comprenderlo y sentirlo como amigo que acude –hoscó, silencioso o cínico– en la hora de la angustia”⁴³⁷. El propio Gutiérrez Girardot, por su parte, dedicaría posteriormente especial atención a la novelística de Mallea y Leopoldo Marechal, a quienes considera, junto con Lezama Lima, los pioneros en la exploración de la “interioridad” del hombre hispanoamericano, experiencia vital que corre paralela a la “heterogeneidad de las masas emigrantes a la ciudad, la progresiva ampliación del espacio urbano y la especialización necesaria de las tareas”, fenómenos que rompen el “estrecho círculo de parentesco, familia, vecindad y amistad cercana y dan a las relaciones sociales un carácter impersonal, indiferente y superficial que como se sabe, acuña la mentalidad del ciudadano: anónimo, simulador, racional”⁴³⁸. A pesar de esta precisa descripción, y de tratarse de un ensayista tan atento como Gutiérrez Girardot, tampoco aparece aquí el nombre de Roberto Arlt.

Si la literatura crítica de estos años –*La cabeza de Goliath: microscopía de Buenos Aires* (1940), de Ezequiel Martínez Estrada; *El laberinto de la soledad* (1950), Octavio Paz o *Lima la horrible* (1965), de Augusto Salazar Bondy–, presentan una mirada reflexiva sobre la vida de las grandes ciudades y el malestar ocasionado por las consecuencias de la urbanización, la novelística indaga en el constitutivo aislamiento generado por las nuevas condiciones de vida cosmopolita. Pero el aislamiento solitario, como señala el ensayista colombiano, “no opera solo negativamente sobre el individuo. Tal aislamiento reduce el

⁴³⁶ *Ibid.* pp. 17-18. Escrito en un momento en que aún no habían aparecido las obras mayores del boom hispanoamericano, Mallea cita cuatro muestras representativas de esta “nueva empresa del espíritu”: *Ficciones* (1944) y *El Aleph* (1949), de Jorge Luis Borges; *Adán Buenosayres* (1948), de Leopoldo Marechal; *El lugar del diablo* (1948), de Carmen Gándara y *Las leyes de la noche* (1958), de Héctor H. Murena.

⁴³⁷ Juan Carlos Onetti. “Semblanza de un genio rioplatense” en *Periquito el aguador y otros textos, 1939-1984*. Montevideo: Cuadernos de Marcha, 1994, p. 178.

⁴³⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Literatura y sociedad en Hispanoamérica”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 224-225, agosto/septiembre 1968, p. 589.

mundo del individuo al yo, que ahora se descubre a sí mismo como una interioridad”. *Adán Buenosayres* (1948), Leopoldo Marechal; *Paradiso* (1954-1966), de Lezama Lima, y “toda la obra de Eduardo Mallea, quien como ningún otro ha realizado profunda y dialécticamente la interiorización de la narrativa”, representan para Gutiérrez Girardot las “enciclopedias de estas almas sonámbulas, que del tormento de su íntimo examen de conciencia, de la desesperación ante el mundo enajenado, de la busca en todos los rincones de todas las épocas del mundo, toman los elementos para dibujar el mapa de una expedición hacia un mundo mejor”⁴³⁹.

Además de *Don Segundo Sombra* –“último canto poético-emotivo con que un ciclo se cerraba, con que algo diferente empezaba”⁴⁴⁰– aparece en este período uno de los meollos vitales de la novelística de aquellos años, nudo gordiano que Alejo Carpentier, en el prólogo a la segunda edición de su primera novela, *Ecué Yamba-O* (según sus propias palabras, escrita en la “Cárcel de La Habana, agosto 19 de 1927”, pero publicada en 1933) definiría con estas tajantes palabras: “Había, pues, que ser *nacionalista*, tratándose, a la vez, de ser *vanguardista*. That’s the question...”. Cuestión que ejemplificaría con dos “modelos”,

dos novelas que vinieron a romper, sin embargo, en menos de dos años, nuestra visión de la novela latinoamericana: *La Vorágine* (1924) y *Don Segundo Sombra* (1926). Nacía, en nuestro continente, una novela nacionalista, vernácula, dotada de un acento nuevo (anunciado ya, en 1916, por *Los de abajo* de Azuela, sin olvidar algunas obras precursoras, pero que solo conoceríamos tardíamente a causa de la incomunicación editorial que entonces existía entre nuestros países). Ahí estaban, pues, los modelos. Ese era el rumbo⁴⁴¹.

Si para Carpentier estos eran los “modelos” a seguir en el camino hacia “nuestra visión de la novela latinoamericana”, quedaba sin resolver un difícil problema: si “todo nacionalismo descansa en el culto a una tradición, el *vanguardismo* significaba, por fuerza, una ruptura con la tradición”, polarización que desde entonces no ha dejado de sofocar con patéticos resultados el devenir de la inteligencia americana, cuyo ejemplo más elocuente, el “yo no soy un aculturado” de Arguedas en su polémica con Cortázar (1968), representan el símbolo más desgarrador de aquel penoso malentendido. Hernando Valencia Goelkel lo ha manifestado con dramática evidencia: “La gran desdicha de nuestras letras ha sido la falta de

⁴³⁹ *Ibid.* p. 590.

⁴⁴⁰ Eduardo Mallea. “Testimonio...”, *op. cit.* p. 39.

⁴⁴¹ Alejo Carpentier. “Prólogo” en *Ecué-Yamba-O* (1933). La Habana: Arte y Literatura, 1977, p. 4.

autenticidad, el gran azote de nuestras letras ha sido la búsqueda de la autenticidad”⁴⁴², fórmula que dejaba en suspenso un problema sin aparente solución. Sería Borges quien serenamente “desmenuzó todas las convenciones en torno a las cuales jadeaba y vociferaba nuestra literatura. Para empezar, clausuró el embeleco de la autenticidad temática”⁴⁴³. En 1932, no dudó en llamar a este problema –al que define como un “tema retórico, apto para desarrollos patéticos”– un “seudoproblema”⁴⁴⁴, poniendo fin a esta persistente anomalía. Siete años antes, en un libro significativamente titulado *El tamaño de mi esperanza* (1926) – que bien podría encabezar la consigna de esta generación–, el mismo Borges dejaba planteado un acertado punto de vista:

No quiero progresismo ni criollismo en la acepción corriente de esas palabras. El primero es someternos a ser casi norteamericanos o casi europeos, un tesonero ser casi otros; el segundo, que antes fue palabra de acción [...] hoy es palabra de nostalgia [...]. No cabe gran fervor en ninguno de ellos y lo siento por el criollismo.

“Criollismo” pues, a falta de otra palabra, o de la misma... pero ensanchando su significación, “un criollismo que sea conversador del mundo y del yo, de Dios y de la muerte”. En último término, un mirar nuestras cosas con “ojos de eternidad”⁴⁴⁵. En otro lugar de este libro, al final de su examen sobre “Las coplas acriolladas” (1925), se pregunta Borges por aquellos rasgos que diferencian nuestras coplas de sus modelos españoles: “¿Autorizan alguna conclusión estas fragmentarias y atropelladas razones? Pienso que sí: la de que hay espíritu criollo, la de que nuestra raza puede añadirle al mundo una alegría y un descreimiento especiales [...] Lo inmanente es el espíritu criollo y la anchura de su visión será el universo”⁴⁴⁶. Era el espíritu cosmopolita que desde fuentes diversas comenzaba a vincular al joven estudiante a una larga tradición cuyos orígenes pueden encontrarse en Andrés Bello, cuando planteaba a las nacientes repúblicas hispanoamericanas “la capacidad y voluntad de discutir la ciencia europea para darle *una estampa de nacionalidad*”⁴⁴⁷.

La polaridad planteada por Carpentier entre tradición o “vanguardia”, de tan hondo arraigo en la evolución de nuestra historia socio-política y cultural, atraviesa las manifestaciones de una narrativa que partiendo de diversas tendencias estéticas y

⁴⁴² Hernando Valencia Goelkel. “La mayoría de edad” (1972) en Jorge Eliecer Ruiz y Juan Gustavo Cobo Borda (eds.). *Ensayistas colombianos del siglo XX*, Bogotá, ICC, 1976, p. 281.

⁴⁴³ *Ibid.* p. 283.

⁴⁴⁴ Jorge Luis Borges. “El escritor argentino y la tradición” (1932) en *Obras en prosa*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1975, p. 100.

⁴⁴⁵ Jorge Luis Borges. *El tamaño de mi esperanza* (1926). Madrid: Seix Barral, 1993, pp. 14 y 97.

⁴⁴⁶ *Ibid.* p. 79.

⁴⁴⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “América sin realismos mágicos”. Barcelona: *Quimera* 46-47, febrero 1985, p. 93.

existenciales comenzaba la búsqueda de una modulación adecuada para dar cuenta de la compleja realidad del continente americano. Más que un mero inventario de las novelas publicadas durante estas décadas –sobre algunas de ellas el joven colombiano escribiría varios artículos– nos interesa destacar las tensiones que revela una abigarrada producción en la que simultáneamente conviven novelas “indigenistas” al lado de novelas “modernas”: *Tungsteno* (1930), de César Vallejo o *Toá. Narraciones de caucherías* (1934), de César Uribe Piedrahíta, al lado de la novela “urbana” *Los lanzallamas* (1931), de Roberto Arlt; *Huasipungo* (1934), de Jorge Icaza –contemporánea del alegato socialista que bajo el título de “El problema del indio”, Mariátegui incluiría en sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928)⁴⁴⁸– o *El mundo es ancho y ajeno* (1941) –donde “Ciro Alegría estaba escribiendo en novelas la sociología del Perú”⁴⁴⁹–, al lado de novelas “modernas” como *Nocturno europeo* (1934), de Eduardo Mallea o *El pozo* (1939), de Juan Carlos Onetti, despliegue de una narrativa anclada en la complejidad del tejido urbano y la vivencia existencialista que caracteriza la experiencia del habitante de las grandes ciudades hispanoamericanas.

También se sumarían a este proceso del pensamiento y la novelística, innumerables revistas publicadas en Hispanoamérica a partir de los años 20. La permanente atención prestada por Gutiérrez Girardot a estas periódicas publicaciones (entre las que destacan algunas revistas españolas donde publicaría algunos de sus primeros trabajos) le proporcionaría una de las fuentes más confiables para su preciso conocimiento de los temas y los problemas sociales, políticos y culturales que ocupaban el pensamiento de aquellos años. Para Hugo Verani, revistas como *Amauta* (1926-1930), *Revista de Avance* (1927-1930) o *Contemporáneos* (1928-1931), para mencionar tres ejemplos fundacionales, surgen en el momento en que “el arte como valor de choque y como exploración incendiaria había completado su ciclo y la consolidación de la Vanguardia comenzaba a adquirir el carácter de una alternativa institucional”. Entre sus páginas encontraron espacio común las más opuestas tendencias de la literatura y el arte “nacional” y “cosmopolita”. Atentas a las

⁴⁴⁸ Para Henríquez Ureña el antecedente más inmediato de este alegato se encuentra en el ensayo “Nuestros indios” (1908), de Manuel González Prada, cuya “defensa del indio es la primera, desde que las naciones de la América hispánica ganaron su independencia, que adopta una forma sistemática y se convierte en un programa” (Pedro Henríquez Ureña. *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945). Bogotá: FCE, 1994, p. 158). Como veremos en el siguiente capítulo, Gutiérrez Girardot prestaría una destacada atención en España a la novela indigenista, en especial a la obra de Jorge Icaza.

⁴⁴⁹ Antonio García. “La novela del indio y su valor social. Breve análisis de Ciro Alegría”. Bogotá: *Revista de Indias* XII, diciembre 1941 / febrero 1942, p. 77.

nuevas manifestaciones artísticas, el eclecticismo de estas publicaciones “fue típico del sentido y la función en evolución de la Vanguardia a finales de los años 20”, cuyas tendencias desviaron sus orientaciones prevalentemente teóricas y radicales hacia el “desarrollo de una “identidad cultural nacional”. Con respecto a la prosa, advierte Verani que “la mayoría de edad hacia 1926-1928 de una narrativa vanguardista merece ser considerada en el amplio contexto de la literatura del siglo XX”, destacando, entre otros, los nombres de Felisberto Hernández, Macedonio Fernández y Roberto Arlt⁴⁵⁰.

Una nueva actitud comenzó a presidir (desde geografías y puntos de vista diversos) la relación de Hispanoamérica consigo misma y con el continente europeo, al tiempo que una implícita unidad de propósito ponía en marcha el proceso hacia la conquista de la plena expresión de las posibilidades ensayísticas y literarias del continente. Por lo demás, y en ello radica lo esencial para nuestras consideraciones, no se trataba tanto de una “tendencia ni una escuela ni una manera común” como de un “sistema de libros”, palabra cuyo sentido “anatómico” Mallea compara a un “complejo orgánico de ramas sin que las ramas tengan de común sino la conducción por distintos puntos de una vasta corriente de sangre”⁴⁵¹. Metáfora biológica que nos permite interpretar las diversas manifestaciones ensayísticas y literarias de este período como expresión de una auténtica “comunidad” espiritual.

Menos optimista que Mallea, para Juan Carlos Onetti el hecho de que “no nos veamos representados en las diversas formas literarias que por aquí se estilan”, se constituye, sin embargo, en una prueba de que “algo hay”, un visión del mundo y de la vida, una idiosincrasia, una “simple esperanza que late escondida, buscando a ciegas la voz que la muestre”⁴⁵². Es lo que explica la abundancia y diversidad de manifestaciones surgidas en estas décadas, búsqueda de una expresión propia en la que por encima de sus resultados estéticos o de los inevitables enfrentamientos ideológicos (“regionalistas” vs. “cosmopolotistas”) prevalecen los encuentros y las confluencias. Ejemplarmente lo manifiesta José Carlos Rovira cuando afirma: “No hay disyuntiva entre la americanidad de

⁴⁵⁰ Hugo Verani. “La Vanguardia y sus implicaciones” en *Historia de la literatura hispanoamericana*, vol. 2 (Siglo XX). Madrid: Gredos, 2006, pp.152-154.

⁴⁵¹ Eduardo Mallea. “Testimonio...”, *op. cit.* p. 18. Este *sistema* de libros puede equiparse a la noción de *estructura* aplicada por Hugo Friedrich a la poesía moderna, cuyo principio rector –una “forma común” cuya reiterativa aparición no puede considerarse como casual– radica en el hecho de que dichos poemas “no necesariamente han tenido que influirse entre sí” (Hugo Friedrich. *Estructura...*, *op. cit.* pp. 17-18).

⁴⁵² Juan Carlos Onetti. “Una voz que no ha sonado” (1939) en *Periquito...*, *op. cit.* p. 10. *América: novela sin novelistas* (1933), de Luis A. Sánchez sería el título que podría caracterizar este período de gestación. No así para las décadas siguientes (años 40 y 50), que verían el surgimiento de figuras como Jorge Luis Borges, Alejo Carpentier, Julio Cortázar, Juan J. Arreola, Juan Rulfo o el propio Onetti, entre otros.

José María Arguedas y la de Cortázar, porque la disyuntiva –aunque fuera sentida así por los protagonistas ejemplares– sería empobrecedora”⁴⁵³. Más significativas resultan, sin embargo, las convergencias de géneros tan diversos como el ensayo o la novela. Lo ejemplifica Fernando Aínsa a propósito de la “angustia existencial inherente a la identidad” que oprime al habitante de la pampa:

Son las ideas, de directa connotación filosófica, como *vastedad, monotonía, vacío, infinito*, las que giran alrededor de los intentos de su comprensión literaria. *Radiografía de la pampa* [1933], de Ezequiel Martínez Estrada lo racionaliza en el ensayo; Ricardo Güiraldes, especialmente en *Don Segundo Sombra* [1926], lo capta en la narrativa⁴⁵⁴.

Novela esta última que José Miguel Oviedo inscribe en la señalada línea de reflexión americanista que recorre la historia de la América independiente, demostrando no solo la fructífera interdependencia de géneros literarios –que encontrará en Borges su más lúcido representante– sino la estrecha vinculación de los narradores de este período con la tradición ensayística hispanoamericana. Para el ensayista peruano, un ejemplo del

impacto intelectual de ciertas obras de pensamiento crítico en la imaginación de poetas y novelistas puede verse todavía en nuestros días [...]. Hay una clara línea que va del *Facundo* (1854) de Domingo Faustino Sarmiento al *Martín Fierro* (1872) de José Hernández y de éste a *Don Segundo Sombra* (1926) de Ricardo Güiraldes. El influjo de *El laberinto de la soledad* (1950) de Octavio Paz sobre la novela mexicana es también evidente, así como el magisterio de Reyes sobre algunos poetas contemporáneos de su país⁴⁵⁵.

En esta “red de estímulos” propiciados por la interrelación de géneros literarios, es de justicia reconocer el papel seminal que cumple el ensayo. Al amparo de esta fructífera interdependencia, la obra de Jorge Luis Borges comenzaba por estos años a transformar radicalmente nuestra concepción de la literatura y la creación crítica y literaria. Su obra, como bien anota Valencia Goelkel, “no habla de la disolución o de la intercomunicación de géneros y formas; se limitó tan solo a construir una obra que pone en práctica esa fusión, a

⁴⁵³ José Carlos Rovira. *Identidad cultural y literatura*. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1992, p. 18. El autor se refiere a la polémica sostenida por ambos escritores en 1968 (“telúricos vrs. cosmopolitas”). Con certero juicio, Julio Ortega explica que las novelas del boom correspondieron a un modelo comunicativo tecnológico, basado en la gran prensa y la red editorial supranacional, mientras que las novelas de Arguedas corresponden al modelo de comunicación natural: la voz del río, el canto de los pájaros, la entonación de las canciones: “Por eso he dicho que no hay que enfrentarlos, ambos son paralelos pero equidistantes; y deben trabajar juntos para todos nosotros” (Julio Ortega. *La contemplación y la fiesta. Ensayos sobre la nueva novela latinoamericana*. Lima: Editorial Universitaria, 1968, p. 86).

⁴⁵⁴ Fernando Aínsa. *Identidad cultural...*, op. cit. p. 180.

⁴⁵⁵ José M. Oviedo. *Breve historia...*, op. cit. p. 22.

hacer de su literatura una totalidad poética continuada”⁴⁵⁶. Su descubrimiento representó para el joven Gutiérrez Girardot la segunda revelación que acompañaría su proceso de formación europea. Y si a Alfonso Reyes, maestro tutelar, dedicó su primer libro, a su maestro argentino dedicaría el segundo, *Jorge Luis Borges. Ensayo de interpretación* (1959), uno de los primeros estudios sobre el escritor aparecidos en lengua española.

Borges y Reyes representan los ejes gravitacionales del elocuente consenso bosquejado en estas páginas. Más que destacar sus poderosas presencias, nos interesaba mostrarlos formando parte del grupo de exploradores que trazaron los seguros caminos hacia la conquista de nuestra expresión. Es evidente que todos, como veremos al considerar sus escritos, contribuyeron a forjar el talante intelectual del estudiante colombiano. Más decisivo resultaría, sin embargo, la orgánica unidad de este período, la unánime confianza en la propia capacidad de la inteligencia americana para nombrarse a sí misma.

Descubrir y bautizar una realidad desconocida y compleja, inventariar y legitimar las posibilidades de expresión fueron las tareas asumidas por todos ellos. Utilizaron todas las herramientas disponibles: desde el ensayo de “interpretación” política y cultural (crítica socialista en Mariátegui; empresa poética en Alfonso Reyes) hasta el libro de especulación filosófica (filosofía de la cultura en Samuel Ramos; filosofía como compromiso en Leopoldo Zea); desde las tentativas de indagación historiográfica (fundamentos e invención de América en Edmundo O’Gorman hasta las abiertas posibilidades de la creación poética y literaria. De todas ellas bebería el estudiante Gutiérrez Girardot, como queda manifiesto en la peculiar movilidad temática que continuaría siendo uno de los sellos distintivos de su trabajo ensayístico.

A su manera, el joven estudiante comenzaría a participar en este impulso colectivo. Lo haría a través de unas tempranísimas “Notas para una definición de Hispanoamérica” (1951), escritas a sus 23 años. Meritorio testimonio de su primera contribución a este arduo problema, simboliza su ingreso a aquella “comunidad espiritual” planteada por Eduardo Mallea. Más que buscar evidencias de los autores y textos leídos durante sus años madrileños –difícil y en muchos casos estéril comprobación–, nos interesa verificar su plena inmersión en la corriente viva de aquel elocuente y fecundo consenso. Lo revela la persona gramatical con la que inicia estas primerizas aproximaciones: “Con urgencia cada vez

⁴⁵⁶ Hernando Valencia Goelkel. “La mayoría...”, *loc. cit.* p. 286.

mayor, los hispanoamericanos *nos* sentimos inclinados a reflexionar sobre el destino y la esencia de nuestro ser histórico”⁴⁵⁷.

2.2.3. “Notas para una definición de Hispanoamérica”

Mi entusiasmo y el calor que he puesto al saquearlo a Ud. para hacer mi confesión personal sobre “Nuestra América”, son solo signos de agradecimiento profundísimo que siento para con Ud. (RGG a Reyes. Bonn, 7.11.56).

Publicado a sus 23 años –pocos meses antes de cumplir un año de su llegada a la capital española–, el ensayo “Notas para una definición de Hispanoamérica” proporciona una fuente de primera mano para conocer los inicios de su larga relación con Hispanoamérica. Radiografía del devenir mismo de su proceso formativo, constituye –junto con el ensayo “La utopía americana de Alfonso Reyes”, publicado cinco meses más tarde– dos muestras ejemplares de los abundantes trabajos publicados en España. Puede afirmarse que ambos contienen, *in nuce*, el germen temático y conceptual que caracterizará su producción ensayística en torno al continente americano y su relación con la cultura europea.

(“Notas”) por su acercamiento primerizo y provisional –tomadas sobre la marcha de sus descubrimientos y organizadas al filo de la “urgencia cada vez mayor” con la que los hispanoamericanos “nos sentimos inclinados a reflexionar sobre el destino y la esencia de nuestro ser histórico”⁴⁵⁸–; (“definición”) por su carácter de ejercicio de claridad y precisión conceptual encaminado a organizar el mapa de los nuevos territorios que la experiencia madrileña iba desplegando ante sus ojos, las “Notas para una definición de Hispanoamérica” nos permiten vislumbrar no solo una muestra representativa de sus lecturas estudiantiles; también nos presenta la primera tentativa del ensayista colombiano por sumarse a las reflexiones abiertas por la crisis espiritual desatada luego de la Segunda Guerra Mundial.

Escritas en el contexto de la posguerra europea y de la definitiva consolidación de los Estados Unidos como “primera potencia mundial”, las “Notas” respondieron a una coyuntura histórica que abría nuevamente el debate sobre nuestra posición en el panorama internacional, situación que implícitamente entrañaba la necesidad de elaborar una reflexión

⁴⁵⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas para una definición de Hispanoamérica”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 26 agosto 1951, p. 3. Subrayado mío.

⁴⁵⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas para una definición de Hispanoamérica”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 26 agosto 1951, p. 3. Debido a que este texto ocupa toda la página 3 del periódico, las citas no llevan referencia al pie.

sobre el problema –siempre renovado– de nuestra autodefinición política y cultural. Ante el “angustioso aletazo” de los acontecimientos históricos, los europeos –angustiados también, pero enraizados en una “respetable y pesada tradición”– pueden sentirse seguros. Nosotros, por el contrario, “no podemos menos que sentir nuestra suspensión en la nada”. La tarea es clara: si la crítica situación no quitaba a los europeos su seguridad, pues “en la tradición, volviendo a ella, la encuentran”, para Hispanoamérica esa seguridad, “presente en forma negativa por su ausencia, nos pone ante un abismo de sombras, ante una serie de problemas tan complejos que nos impide marchar serenamente, desvelar con reflexiva inquisición los contornos claros de nuestro ser histórico”. A esta dificultad, nuestro estudiante añadía la falta de adecuadas herramientas de trabajo, la carencia “casi absoluta de investigaciones historiográficas suficientes; la falta de profundización rigurosa y honrada de nuestra historia cultural; el desconocimiento mutuo de nuestros pueblos y de sus realidades actuales”⁴⁵⁹. La tarea planteada exigía, sin embargo, no solo el buen conocimiento del material disponible; exigía, además, la capacidad –más importante que aquel conocimiento–, de extractar lo esencial del registro bibliográfico existente, la “mirada apropiada” para sintetizar el material en un trazo fino y certero. Años después, el mismo Gutiérrez Girardot haría explícito lo que en estas “Notas” fue solo una primera aproximación: la utilidad del ensayo en la formación de la conciencia de nuestro devenir histórico-literario. Una concepción que tomaba de su propia tradición literaria, en la que el ensayo pasó a constituirse en la herramienta más adecuada para la formación de esta conciencia. A diferencia de los estudios históricos “que evidentemente exige el aparato crítico y el tratamiento sistemático y en detalle, la micro-historiografía”, el ensayo histórico literario permite “trazar con prosa fluida y a grandes rasgos el perfil de un acontecimiento o un personaje [...], tarea necesaria para dar a los

⁴⁵⁹ “La literatura de la América española tiene cuatro siglos de existencia, y hasta ahora los dos únicos intentos de escribir su historia completa se han realizado en idiomas extranjeros: uno, hace cerca de diez años, en inglés (Coestler) [Alfred L. Coester. *Literary History of Spanish America*, 1916]; otro, muy reciente, en alemán (Wagner) [Max Leopold Wagner. *Die Spanisch-amerikanische literatur in ihren hauptströmungen*, 1924]” (Pedro Henríquez Ureña. “Camino de nuestra historia literaria” en: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*, 1928, p. 254). Exceptuando estas dos historias y la del español Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de la poesía hispano-americana* (1896) –enfocada, como su nombre lo indica, a la lírica–, conviene recordar que para 1951, fecha de publicación de las “Notas”, solo habían aparecido cinco trabajos elaborados por hispanoamericanos: *Historia de la literatura americana. Desde los orígenes hasta 1936* (1937) y *Nueva Historia de la literatura americana* (1944), de Luis Alberto Sánchez; *La gran literatura iberoamericana* (1945), de Arturo Torres Riosco; *Historia de la literatura hispanoamericana* (1945), de Julio Leguizamón y *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945), de Pedro Henríquez Ureña, que Gutiérrez Girardot cita en sus “Notas”.

resultados de la ciencia histórica una validez política y nacional”⁴⁶⁰. Como ya hemos señalado, el empeño por dar a estos resultados una amplia difusión determina el estilo “periodístico” que caracteriza las “Notas”. Esta vocación “pedagógica” encontrará explícita manifestación en una entrevista concedida a raíz de la publicación de su libro *Horas de estudio* (1976), primera antología de ensayos elaborada por el propio Gutiérrez Girardot: “Todos mis trabajos responden a una preocupación: la de transmitir a mis compatriotas lo que he conocido en Europa. Y la de demostrar de una manera accesible –y por eso periodística– que un latinoamericano no es menos que un europeo”⁴⁶¹. Las “Notas para una definición de Hispanoamérica” son por ello –en latente retoño– ensayo histórico literario de intención social y política. Definir Hispanoamérica no es un ocioso pasatiempo libresco para nuestro joven estudiante, es una herramienta “para saber con certeza y conocer nuestra situación y –fundamentalmente– nuestra misión generacional”. Para acometer esta tarea, Gutiérrez Girardot propone el examen de “varios puntos” que, “pese a la vaguedad con que, por fuerza, tienen que ser enunciados”, pueden servir de camino indicador o, al menos, “de germinal inquietud, de suscitación”. Una consideración previa, sin embargo, obliga a nuestro ensayista a otorgar entidad reconocible y real al objeto de su definición. O lo que es lo mismo, a preguntarse –como el libro de Luis Alberto Sánchez– *¿Existe América latina?*⁴⁶². Para responder a esta pregunta, Sánchez parte de la “unidad geográfica americana: América existe como un todo en función de su geografía”, unidad que se quebranta en cuanto aparece la historia. Lo que une la geografía lo rompe la historia, en cuyo transcurso comienza a delinarse la polaridad sustancial que divide una América del Norte, poblada por los Pilgrimm Fathers (protestantes), de una América del Sur poblada por conquistadores y misiones españolas (católicos). Angloamérica e Hispanoamérica, las “dos Américas” sobre las que descansa una polarización no tanto geográfica como “espiritual”, tácita división que acarrea consideraciones de índole “racial –hay que tener en cuenta la existencia del mestizaje y sus causas espirituales–, política, cultural y económica”. Sobre este último aspecto, destaca el *asincronismo* que ha presidido la marcha de las dos Américas, puesto de presente por Carlos Dávila quien “trae a cuento estadísticas, cuya significación simplemente económica

⁴⁶⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “Una tentativa de *historia social* en Colombia”. Bogotá: *Lecturas Dominicales*, El Tiempo, 27 enero 1963, p. 6.

⁴⁶¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Respuestas a la encuesta...”, *loc. cit.* p. 7.

⁴⁶² Luis Alberto Sánchez. *¿Existe América latina?* México: FCE, 1945.

no deja de tener interés”⁴⁶³. Luego de trescientos años de hegemonía política y cultural española, las colonias inglesas alcanzaban, en menos de cien años, una indiscutible hegemonía. Las cifras aportadas por Dávila son elocuentes: al llegar el movimiento independentista, Estados Unidos contaba con cuatro millones de habitantes; Hispanoamérica con veinte. Las exportaciones de las trece colonias inglesas no pasaban de cinco millones de dólares anuales; Hispanoamérica las sobrepasaba 30 veces.

El ascenso vertiginoso de las trece colonias inglesas y el descenso de los países hispanoamericanos, puede ser la consecuencia de una decidida voluntad de unidad, en los primeros, según Dávila, y de una guerra larga, extenuante y anárquica para Hispanoamérica, con caudillos beligerantes entre sí, sin contar con la perniciosa intervención que desde un principio ejerció Norteamérica en la política interna de nuestros países⁴⁶⁴.

¿Qué causas pueden atribuirse a este fenómeno?, se pregunta el estudiante colombiano. La explicación positivista que hace recaer las causas en el carácter español, “individualista y arriscado, no alcanzan a satisfacernos”. No aclaran lo esencial del asunto, como tampoco el hecho cierto de la unidad geográfica, que no alcanza a dar un contenido espiritual, político y cultural a la América Hispánica. De ello resulta, sin embargo, un sólido fundamento: la imposibilidad de prescindir de esta *originaria* y esencial polaridad a la hora de acuñar un concepto que nos defina adecuadamente. Este constitutivo presupuesto no oculta, sin embargo, una manifiesta intención política. Basado en “el hecho de ser Estados Unidos la primera potencia mundial y que por ese hecho maneja a su antojo nuestros intereses”, no solo refuerza la falta de unidad política y económica de nuestro continente, sino que potencia “con argumento de *decisión*” la existencia de la polaridad, convertida justamente por esa intromisión en tensión de *amigo-enemigo* (Carl Schmitt)⁴⁶⁵.

Es preciso partir de esta originaria diferenciación y la tensión social actual –creada también por la radical oposición de *visiones del mundo* para bosquejar, más que eso, para incitar a la reflexión, pues otra cosa no se puede hacer– una serie de notas que

⁴⁶³ Carlos Dávila Espinoza. *Nosotros los de las Américas*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, 1950, pp. 203-35. Carlos Dávila Espinoza (1887-1955). Periodista, abogado, diplomático y político chileno. Ocupó la presidencia provisional de Chile en 1932. Embajador en Estados Unidos (1927-1931), fue Secretario General de la OEA desde 1952 hasta el año de su muerte. Autor de *El imperialismo norteamericano* (1930) y *Nosotros los de las Américas* (1950).

⁴⁶⁴ *Ibid.* p. 252. A propósito de la creciente intervención norteamericana, véase Julio Ycaza Tigerino. *Sociología de la política hispanoamericana*. Madrid: Seminario de Problemas Hispanoamericanos, 1950. Para Gutiérrez Girardot, este autor es quien mejor ha analizado esta “intromisión divisoria”.

⁴⁶⁵ Para Schmitt, el criterio “amigo-enemigo” como distinción específica del concepto de “lo político” implica la necesidad de diferenciación. Conlleva un sentido de afirmación de lo propio (nosotros), frente a lo otro (ellos) que establece un principio de oposición y complementariedad. Sin embargo, ni siquiera la posibilidad misma de la guerra, que da vida a la relación amigo-enemigo, es inmutable. Se encuentra sometida a variaciones continuas.

caractericen a Hispanoamérica. Así es posible situarnos en el continente, y desprender de esa situación los deberes que nuestra generación tiene que llevar sobre sí.

La irresoluble tensión (política) que Gutiérrez Girardot toma del ideólogo alemán – lecturas de su paso por el Instituto de Estudios Políticos de Madrid–, sirve de apoyo a la tensión (religiosa) entre *visiones del mundo* tan radicalmente opuestas como la norteamericana y la hispanoamericana (protestantismo *versus* catolicismo), proporcionando al ensayista colombiano un nuevo argumento en defensa de la tradición hispánica que caracteriza su período estudiantil en España, visión católica del mundo que será el último de los cinco grupos –el “vínculo indiscutible”– en que a su juicio se dividen los intentos de quienes han buscado una “definición” de Hispanoamérica.

Menos que poner el acento en cada uno de ellos –enumerados por nuestro ensayista con precisa brevedad– nos interesa destacar su acertada confluencia, reflejo de aquel consenso editorial que moviliza buena parte de sus primeras apreciaciones sobre el continente, movilizadas con el propósito de poner todo su “saber” al servicio de una definición en cuyo trazo provisional encontramos los temas y los problemas que ocuparán su trabajo posterior. “Variados y complejos, generalmente tanteantes e incompletos”, sus aportes fueron lo que en efecto dejó: una “invitación a buscar nuestro ser” histórico, con la certeza de que ninguno de ellos es definitivo. Sumariamente expuestos, se apoyan de preferencia en alguno de estos particulares aspectos:

1. Aquellos que bajo el “influjo indirecto” de Herder⁴⁶⁶, indagan en el perfil espiritual de nuestro continente a partir de la naturaleza. Enumera a los argentinos Esteban Echeverría, Juan María Gutiérrez, Alberdi, Andrés Bello (en especial su *Silva a la zona tórrida*) y, en general, a los románticos del continente, cuya definición se fundamenta en “la novedad del paisaje, la supremacía de la Naturaleza sobre el hombre y la fuerza que en las actividades espirituales ejerce”, llegando a configurar “americanamente” los productos de la cultura⁴⁶⁷. Los románticos argentinos conocieron algunas de las doctrinas de Herder a través de dos fuente: los *Cours de Philosophie*, de Víctor Cousin (1828), en especial el capítulo titulado

⁴⁶⁶ Johann Gottfried von Herder (1744-1803). Filósofo, teólogo y crítico literario alemán. Discípulo de Kant, Hamman y amigo personal de Goethe, fue uno de los impulsores de la corriente prerromántica *Sturm und Drang* (Tempestad e impulso), revolución artística y literaria de inspiración nacionalista, antiintelectualista, anticosmopolita, esto es, contraria a la Ilustración. Autor de *Fragmentos acerca de la literatura alemana moderna* (1767), *Sobre el estilo y el arte alemán* (1773) y la monumental *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad* (1784-1791), en colaboración con Goethe.

⁴⁶⁷ Pedro Henríquez Ureña. *Corrientes literarias en la América Hispánica*. México: FCE, 1949.

“De là Herder, *Idées pour une philosophie de l’histoire*”, cuyos conceptos acerca de la influencia del medio natural en los sucesos históricos ejercería una honda influencia, especialmente en la obra de Sarmiento. La segunda fuente fue la traducción al francés de las *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad* (1784-1791), del escritor e historiador francés Edgar Quinet (1827)⁴⁶⁸, en especial aquella concepción de la lengua y del suelo como “vínculos” a través de los cuales “podemos comprender a otros seres humanos únicamente en función de un medio ambiente completamente diferente del nuestro”, noción historicista que venía a privilegiar las particularidades naturales, históricas y culturales de cada nación. Para Herder “los grupos humanos se desarrollaban de un modo similar al crecimiento vegetal o al animal”, de allí la creencia –destinada a tener una larga vida– de que las “metáforas orgánicas, botánicas o biológicas eran más adecuadas para describir tal crecimiento que las químicas o matemáticas, empleadas por los agentes de difusión científica francés del siglo XVIII”⁴⁶⁹.

Emilio Carilla ha destacado el “americanismo literario” con “ciertas raíces” procedentes del siglo XVIII, especialmente en Herder (sin que esto suponga conocimiento directo), “pero cuyo fermento, favorecido por condiciones apropiadas, debe buscarse en el siglo XIX, sobre todo en América”⁴⁷⁰. Que este tópico era aún visible en el imaginario español del siglo XX puede verse en aquella “sempiterna vocación por el paisaje” con que Eugenio D’Ors, en sus anotaciones sobre Hispanoamérica, caracterizaba el Barroco. A estas palabras, que ya veíamos en el capítulo anterior, se puede añadir la búsqueda de una filosofía para nuestro continente, pensamiento propio y original que Gutiérrez Girardot veía encarnado en la figura de Ortega, cuya filosofía es del “mejor provecho” siempre que se

⁴⁶⁸ Esteban Echeverría fue el primero en introducir la concepción romántica de la historia en Hispanoamérica. Durante sus años de residencia en París (1824-1829) entró en contacto con el “dilatado ambiente político e ideológico francés y europeo de la época, trabó amistad con el grupo de los eclécticos, y a través de ellos conoció y estudió la obra de Herder y sus correspondientes elaboraciones interpretativas”. A su regreso a la Argentina (1837) funda la *Asociación de Mayo* (1938), constituida por los miembros del extinguido *Salón Literario* (Miguel Cané, Juan B. Alberdi, Juan M. Gutiérrez, Vicente Fidel López, entre otros, clausurado por Rosas en 1837, a los pocos meses de su creación), donde comienzan a discutirse los problemas del país “a la luz del pensamiento francés –Saint Simon, Fourier, Leroux, Lamennais, Michelet, Cousin– y, en parte, alemán –Hegel, Savigny, Fichte, Goethe, Herder–”. Los pensadores argentinos no tuvieron, sin embargo, “un temperamento estrictamente especulativo, sino de acción y aplicación a las realidades concretas, al igual que la mayoría de los escritores franceses de aquellos tiempos, cuando el Romanticismo alemán renovaba la cultura ilustrada, y el pensamiento filosófico-histórico agudizaba su papel social, es decir, empezaba a ser aplicado más de lleno a los problemas políticos, económicos y socio-culturales de los pueblos” (Ronald Villamil Carvajal. “La filosofía romántica de la historia en Herder y sus aportes a *La joven Argentina* del siglo XIX”. Bogotá: *Historia crítica* 30, julio/diciembre 2005, pp. 143-145).

⁴⁶⁹ Isaiah Berlin. *Las raíces del romanticismo*. Madrid: Taurus, 2000, pp. 90-91.

⁴⁷⁰ Emilio Carilla. *Hispanoamérica y su expresión...*, op. cit. pp. 64-65.

tome en sus lineamientos generales, atenta a nuestras particularidades y volcada hacia nuestra circunstancia, “que es nuestro paisaje” y sin un *a priori* de lo que deba ser. “Tendremos entonces una filosofía americana, porque la misma tierra se encargará de darle fisonomía propia”⁴⁷¹.

2. En la segunda nota de las señaladas por Gutiérrez Girardot aparece el tema del mestizo y el indio. La preocupación por la situación de este último y la manera de “enfocar su problema con intención casi exclusivamente política”, son los factores “primordiales para la definición de Hispanoamérica”. Bajo esta consideración –a modo de afirmativo y simbólico gesto– comienza a preferirse el uso del prefijo “indo” en lugar de “hispano” para resaltar “el acento de nuestra ascendencia cultural occidental”. “Indoamérica”, entonces, prefieren llamarla. Sobresale aquí el nombre de José Carlos Mariátegui (*7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*), así como los escritores Luis Alberto Sánchez, Alfonso Caso y en general los marxistas americanos.

Señalemos, para el caso de Mariátegui, la ausencia del fanatismo que en ocasiones suele acompañar la adhesión a las ideas de izquierda. “Tengo una declarada y enérgica ambición: la de concurrir a la creación del socialismo peruano”, escribe en la “Advertencia” de sus *7 ensayos*, propósito que en nada se oponía a la apertura universalista que caracterizaría esta generación. De hecho, será en las posibilidades abiertas por el cosmopolitismo donde verá el único camino para una cabal expresión de lo propio. Lo señala Francisco José López Alfonso en su análisis sobre Mariátegui: “Frente al influjo monopolizador de España [...] esta dependencia múltiple abría la posibilidad de una genuina escritura nacional. *En este período de influencias cosmopolitas y extranjeras –advertía– buscamos, en cambio, lo indígena* (1926b: 150)”⁴⁷². Para ello era necesario, ante todo, la ruptura espiritual con la “metrópoli”. La nueva generación, que era la suya⁴⁷³, señala la

⁴⁷¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Ortega y Gasset y su influencia filosófica”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 5 marzo 1950, p. 2.

⁴⁷² Francisco José López Alfonso. “En el centenario de Mariátegui”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 531, septiembre 1994, p. 10.

⁴⁷³ Lo señala López Alfonso en el citado ensayo: “El indigenismo anuncia, pero no es todavía, la literatura nacional, cuya primera manifestación tal vez se había revelado ya en la obra de César Vallejo: *En estos versos del pórtico de Los heraldos negros principia acaso la poesía peruana*. (Peruana –insiste– en el sentido de indígena)” (*Ibid.* p. 10). “Indígena” en el contexto señalado por el propio Mariátegui: *La literatura indigenista no puede darnos una versión rigurosamente verista del indio. Tiene que idealizarlo y estilizarlo. Tampoco puede darnos su propia ánima. Es todavía una literatura de mestizos. Por eso se llama indigenista y no indígena*. Esta distinción entre literatura indigenista y literatura indígena”, añade López Alfonso, “significaba el ingreso de las letras peruanas a su período nacional, avalado por los logros sociales” (*Ibid.* p. 14).

“decadencia definitiva del *colonialismo*”, independencia literaria que marca el acceso –como señala en el “Balance provisorio” de los *7 ensayos*– al período cosmopolita.

En Lima, este cosmopolitismo se traduce en la imitación, entre otras cosas, de no pocos corrosivos decadentismos occidentales y en la adopción de anárquicas modas finiseculares. Pero, bajo este influjo precario, un nuevo sentimiento, una nueva revelación se anuncia. Por los caminos universales, ecuménicos, que tanto se nos reprochan, nos vamos acercando cada vez más a nosotros mismos⁴⁷⁴.

Uno de estos reproches provenía del citado Luis Alberto Sánchez, quien en 1927 acusa a Mariátegui de ser un “europeizante, ajeno a los hechos y a las cuestiones de mi país”, afirmación a la que responde diciendo que será su propia obra la encargada de refutar esta “barata e interesada conjetura”. Luego de asegurar que en Europa ha hecho su mejor aprendizaje, no duda en afirmar: “Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales”. Para reafirmarse en su posición cita a Sarmiento, “uno de los creadores de la argentinidad”, quien fuera en su época un europeizante y quien no encontraría “mejor modo de ser argentino”⁴⁷⁵. Como veremos más adelante, el problema del indio y la novela indigenista ocuparon la atención del estudiante colombiano. Al final de su período madrileño, en un ensayo a propósito de la novela de Jorge Icaza, vuelve a señalar la importante significación de Mariátegui para este período, así como la del “rebelde e intransigente” Maestro González Prada, su antecedente más inmediato,

precursor del indigenismo militante americano y antecedente y padrino espiritual del partido APRA, de tendencia izquierdista. La sensibilidad se orientó a la llamada vagamente cuestión social en sus múltiples aspectos. Se publican entonces libros sobre América en profusión, ricos en tensión polémica y afirmaciones agresivas. José Carlos Mariátegui puede ser el símbolo de esta generación americana⁴⁷⁶.

3. En el tercer grupo considerado por Gutiérrez Girardot se encuentran, en sincronía con el surgimiento del indigenismo y su preocupación por el hombre, los trabajos e indagaciones en torno a las expresiones culturales hispanoamericanas y europeas. Simultaneidad que ya hemos visto manifiesta en el consenso de afirmación americana de las décadas del 20 al 50, oscilantes temáticas a través de las cuales la inteligencia americana buscaría las expresiones más adecuadas para la interpretación y correcta apropiación de

⁴⁷⁴ José Carlos Mariátegui. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas: Ayacucho, 2007, pp. 295-296.

⁴⁷⁵ *Ibid.* p. 6.

⁴⁷⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Algunos problemas de la novela indigenista a propósito de Jorge Icaza” en *Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana* (Comunicaciones y ponencias, junio/julio 1953). Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, p. 455.

nuestra compleja realidad, ya a la luz del problema de la integración del indio a la sociedad; ya a través de aquella afanosa búsqueda de nuestra expresión. Entre estos últimos, Gutiérrez Girardot menciona los nombres de Alfonso Reyes, Agustín Yáñez y Pedro Henríquez Ureña, quien encuentra en el “tono melancólico y gris” de Juan Ruiz de Alarcón el caso ejemplar de un acento expresivo diferente a la norma peninsular dictada por el teatro español del Siglo de Oro. “Sobre el ímpetu y la prodigalidad del español europeo que creó y divulgó el mecanismo de la *comedia*, se ha impuesto como fuerza moderadora la prudente sobriedad, la discreción del mexicano”⁴⁷⁷. El espíritu satírico “no es privilegio de ningún pueblo”, escribe el crítico dominicano, al tiempo que con fina agudeza destaca, sin embargo, una sutil fina diferencia: mientras el español lo expresa con “abundancia y desgarro (¿Qué mejor ejemplo que las inacabables diatribas de Quevedo?)”, el mexicano, con su habitual “reserva”, la guarda “socarronamente para lanzarla bajo concisa fórmula en oportunidad inesperada”⁴⁷⁸.

En la misma dirección, Jorge Luis Borges destacaba por estos mismos años, las sutiles diferencias existentes entre las “coplas acriolladas” y las peninsulares, en cuyo corpus general se encuentra la raíz, el ramaje y los frutos de las nuestras. “Esa no inventiva es medio desalentadora, pero para desquitarnos de ella, basta considerar las coplas de broma y las de jactancia”, afirmación que el escritor argentino sostiene comparando varios ejemplos. Veamos uno de ellos: transcribe la siguiente copla peninsular, “de esas que lo sermonean al auditorio”:

Querer una no es ninguna,
Querer dos es vanidad
Y querer a tres y a cuatro
Eso sí es falsedad.

Al acriollarse, la copla sentenciosa española “pierde su envaramiento y nos habla de igual a igual, no como el importante maestro al discípulo”. Esta es la variante criolla, según la cantan en la provincia de Buenos Aires:

Querer una no es ninguna,
Querer dos es vanidá;
el querer a tres o cuatro
ya es parte de habilidá.

⁴⁷⁷ Pedro Henríquez Ureña. “Seis ensayos en busca de nuestra expresión” (1928) en *Obra crítica*. México: FCE, 1981, p. 277.

⁴⁷⁸ *Ibid.*

Al final del ensayo se pregunta Borges si estas “fragmentarias razones” autorizan alguna conclusión. “Pienso que sí: la de que hay espíritu criollo, la de que nuestra raza puede añadirle al mundo una alegría y un descreimiento especiales. Esa es mi criollez”⁴⁷⁹.

También destaca Gutiérrez Girardot la búsqueda de algunos rasgos de nuestra americanidad en los más recientes trabajos en torno a la “existencia posible y real” de una filosofía hispanoamericana, entre los cuales menciona los nombres de José Gaos, *Pensamiento de lengua española* (1945) y Leopoldo Zea, *En torno a una filosofía americana* (1944), autores decisivos sobre los que volveremos más adelante⁴⁸⁰. Al temprano interés de Gutiérrez Girardot por la filosofía alemana, cuyos estudios iniciara en Colombia y continuara posteriormente en España, venían a sumarse ahora las indagaciones de los pensadores hispanoamericanos sobre las posibilidades de una filosofía para nuestro continente.

En su estudio sobre “La crítica literaria en Hispanoamérica”, Aníbal González destaca la manera como los autores de este período (1920-1960) combinaron la historia de las ideas con la mirada contextual, enseñando a interpretar las obras literarias en sus relaciones con la sociedad y la evolución de la cultura –en lo que coincidían plenamente con los postulados de Leopoldo Zea–, ya desde una vertiente marxista (José Carlos Mariátegui, Aníbal Ponce, Juan Marinello o José Antonio Portuondo); ya desde la historia de las ideas, del arte y la historiografía (Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña o Mariano Picón Salas). Para González, la insistencia en la contextualización llevó a estos autores a “desconfiar de las metodologías críticas derivadas de la lingüística, que se habían desarrollado en Alemania y en España en los años 20 y 30, que bajo el nombre de Estilística se convertiría en una

⁴⁷⁹ Jorge Luis Borges. “Las coplas acriolladas en *El tamaño de mi esperanza* (1926). Buenos Aires: Seix Barral, 1993, pp. 73-79.

⁴⁸⁰ José Gaos González-Pola (1900-1969). Filósofo y traductor español. Exiliado (“transterrado”, como él mismo se denominó) en México tras el final de la Guerra Civil Española, obtuvo la nacionalidad mexicana en 1941. Autor de *El pensamiento hispanoamericano* (1944), *Filosofía de la filosofía* (1947), *En torno a la filosofía mexicana* (1952), *Introducción a la fenomenología* (1960), *Orígenes de la filosofía y su historia* (1960), entre otros. Su obra como traductor incluye trabajos de Max Scheler, Hegel (*Lecciones sobre la Filosofía de la Historia universal*, 1928), Husserl (*Investigaciones lógicas*, 1929), Kierkegaard, Fichte y Heidegger (*El ser y el tiempo*, 1951). -Leopoldo Zea Aguilar (1912-2004). Filósofo mexicano. Director del Centro de Estudios Latinoamericanos (1982-1995) y profesor de la UNAM, su principal inquietud fue el estudio de las ideas y de la realidad del hombre americano. Su concepción filosófica coincide con el existencialismo en la idea de que no existe una naturaleza humana inalterable, sino que el hombre es un ente temporal e histórico. Autor de una abundante obra entre la que destacan *El positivismo en México* (1945), *La filosofía como compromiso* (1952), *América como conciencia* (1953), *La filosofía en México* (1955), *América en la historia* (1957) y *Latinoamérica en la formación de nuestro tiempo* (1965).

poderosa escuela de análisis literario durante los 40 y 50”⁴⁸¹. Desconfianza ya manifestada en aquellos años por Alfonso Reyes, para quien

la llamada crítica pura –la estética y la estilística– solo considera el valor específicamente literario de una obra, en forma y fondo. Pero no podría conducir a un juicio y a una comprensión cabales. Si no tomamos en cuenta algunos de los factores sociales, históricos, biográficos y psicológicos, no llegaremos a una evaluación justa.

La razón, continúa Reyes, habría que buscarla en nuestra compleja e inestable historia política, donde no puede existir el escritor solitario, atrincherado en su “torre de marfil”, desvinculado de la brega mundana.

El literato se desborda o compromete, más o menos, en los afanes del servicio público que lo atraen y lo solicitan. ¿Cómo evitar que el reposo de las Musas se perturbe, más de una vez, entre los rumores y vaivenes de la política? El cuidado estricto de la forma se dará en las treguas de mansedumbre. (Pensamos en los modernistas). No entre las preocupaciones cívicas, legislativas, pedagógicas⁴⁸².

Henríquez Ureña, por su parte, desarrolla la orgánica armazón de su insuperable *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1945) a través de una mirada histórico-social igualmente abarcadora y comprensiva⁴⁸³. Constituyen (aún hoy) la expresión más acabada de la historia postulada por Alfonso Reyes, quien en un rápido vistazo a la diferencia entre nuestra convulsionada historia y la historia europea, confirma que si bien esta no escapa a las vicisitudes del afán político, tampoco se les exige a las artes y la cultura “el deber público inmediato, imperioso. Allá, vinculación conceptual; acá, humana”. En suma, “nuestra historia literaria no podrá ser, si ha de ser justa, una pura historia literaria”⁴⁸⁴, conclusión que pone en evidencia, una vez más, la marcada orientación social y política que moldearía la formación intelectual del ensayista colombiano y que se constituye en una de las características más sobresalientes de su trabajo ensayístico.

Todas estas consideraciones comenzarían a estructurar la concepción de la historiografía literaria hispanoamericana del joven estudiante colombiano, una de cuyas primeras manifestaciones aparece en el ensayo “Problemas de la crítica literaria” (1965),

⁴⁸¹ Aníbal González. “La crítica literaria...” *op. cit.* p.453.

⁴⁸² Alfonso Reyes. “Fragmento sobre la interpretación social de las letras iberoamericanas” (1951) en *Marginalia. Primera serie, 1946-1951 (Obras Completas XXII)*. México: FCE, 1989, pp. 155-156.

⁴⁸³ Este libro excepcional se convertirá en motivo de algunas de las reflexiones más lúcidas y sugestivas de nuestro ensayista sobre la historiografía literaria en Hispanoamérica. Su primera mención a *Las corrientes* la encontramos en estas “Notas”; la última, medio siglo después, testimonio de un largo transcurso que nos muestra la profunda vinculación del ensayista colombiano al proyecto político que alienta la concepción historiográfica del ensayista dominicano. Por esta permanente ocupación y por las sugestivas reflexiones que contiene, ver Bibliografía: Otros Trabajos / Sobre Pedro Henríquez Ureña (1961-2001). Listado completo.

⁴⁸⁴ *Ibid.* pp. 156-157.

escrito recién comenzaban a ponerse de moda las “teorías” que saturarían el horizonte de la crítica literaria en Hispanoamérica, cuya tendencia a la deshistorización de la literatura y consecuente pérdida de su horizonte social y político serían duramente atacadas por el ensayista colombiano en diversos trabajos⁴⁸⁵.

Por debajo de estos ataques directos, sin embargo, la sagaz mirada de Gutiérrez Girardot saca a luz el trasfondo dogmático sobre el que operan estas “teorías” en nuestros países. Variando una fórmula de Hegel, “la astucia de la razón”, que “hace operar para sí las pasiones”, descubre la “astucia de la teología” capturando para sí no solo “los partidos políticos, sino también la recepción del pensamiento europeo”. Lo que se llama “moda” se origina en la forma dogmática de pensar (“sí o no”) que “se enfrenta a las diversas corrientes del pensamiento como si ellas no fueran proposiciones teóricamente fundadas sino como si fueran otros dogmas nuevos”, al punto de que llega a ser “hasta punible poner en tela de juicio” a un autor europeo como Foucault o a un “simulador de europeidad” como Ortega y Gasset⁴⁸⁶.

4. En el cuarto grupo se encuentran agrupadas aquellas consideraciones en torno al “auge de la jurisprudencia civil en algunos pueblos hispanoamericanos”, temática que se constituye para Gutiérrez Girardot en una de las creaciones originales de nuestra americanidad, “bien el derecho internacional, bien el resto de las ramas del derecho, bien la estructura jurídica constitucional de nuestros países”. Una muestra del interés por el tema jurídico se encuentra en uno de los primeros trabajos que nuestro estudiante publica en Madrid. Se trata de un acercamiento global a los diversos aspectos de la cultura colombiana de mediados del siglo XX. Leemos en el apartado titulado “Los juristas”, donde además de la poesía, hay algo que hace que Colombia goce de fama: el derecho.

⁴⁸⁵ Citemos dos ejemplos de estos fundamentados ataques: en el primero, señala, la “modas formalistas” (estructuralismo, posestructuralismo, de-constructivismo, semiótica, etc.) dejan de lado “las especificidades histórico-culturales del texto de modo que desaparece lo más sustancial de las obras”. No solo aísla la literatura del público, confirmando el prejuicio sobre su inutilidad, sino que ha desterrado el ensayo crítico-literario como “intermediario entre autor y público, como elemento consustancial de la creación literaria, que Goethe formuló con la frase: *la crítica literaria es literatura sobre literatura*” (Rafael Gutiérrez Girardot. “El ensayo y la crítica literaria en Latinoamérica” en Luz Mary Giraldo (ed.). *Crítica y ficción: una mirada a la literatura colombiana contemporánea*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio, 1998, p. 121). En la misma dirección, en el segundo ensayo muestra cómo el “fervor” formalista, la “terminología” francesa, el “esnobismo semiótico”, que en su opinión suele combinarse, con una versión del *materialismo histórico* implica “la supresión de la historia en sus gravísimos “análisis” de los “textos” o del “discurso” o de la “escritura” [...], sin poder percatarse de que su incoherencia teórica (*materialismo histórico* plus formalismo) contribuye a marginar más todavía a la literatura y a privarla de su función esclarecedora de la vida individual y social (Rafael Gutiérrez Girardot. “América sin realismos mágicos”. Barcelona: *Quimera* 46-47, febrero 1985, p. 96).

⁴⁸⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Universidad y sociedad” (1986) en *La encrucijada universitaria*. Medellín: Asoprudea, 2011, p. 102

Los juristas sí son cosa frecuente y tan abundante como los poetas. A pesar de todo no están al día en materia de información. Bien porque nuestros códigos sigan muy de cerca al Código de Napoleón, bien porque nuestra jurisprudencia deba ceñirse a la interpretación de esos códigos, es el caso que en materia jurídica, los estudios colombianos siguen apegados a Planiol y Ripper, Colin y Capitant, Josserand, etc. Una renovación de esta materia la representan Arturo Valencia Zea y Alfonso López Michelsen, profesor de Derecho político, autor de un apasionante ensayo sobre *La estirpe calvinista de nuestras instituciones*⁴⁸⁷.

Además de los estudios académicos en Colombia, el interés de Gutiérrez Girardot por el derecho y la filosofía del derecho se encontrará desde muy pronto vinculado a los trabajos jurídicos de Andrés Bello, figura fundacional de nuestra independencia intelectual y artífice decisivo en la elaboración del *Código Civil de la República de Chile* (1854), primera expresión jurídica de una racionalización de la sociedad civil. Todavía en Madrid, pocos antes de su salida para Alemania, publica el ensayo “La obra de Andrés Bello”, uno de sus primeros trabajos sobre el gran pensador venezolano⁴⁸⁸.

5. Cerrando el círculo de la constitutiva (y aguerrida) polaridad que desde los campos de la política y la religión enfrenta a las dos Américas, aparecen en este último grupo aquellos que “reconocen la existencia indiscutible de un vínculo de religión, lengua, cultura, tradición y raza”, ya de mestizos “hispano”-americanos; ya la “raza cósmica hispanizada” de un Vasconcelos “senil”.

Ninguno de estos cinco grupos es definitivo. “Su aportación es la que tiene que darse ahora: incitación, invitación a buscar nuestro ser”. Quizá la “armonización” de todo esto que es Hispanoamérica no baste a solucionar el problema. Sin embargo, antes de dar su aproximación a una “definición” del continente, Gutiérrez Girardot insistirá en las consideraciones iniciales sobre la polaridad esencial entre Norte y Sur, entre Estados Unidos e Hispanoamérica. ¿Y qué es Angloamérica?, se pregunta. La respuesta no escapa al consabido tópico, de estirpe rodoniana: un desalmado Calibán. “Sinónimo de materialismo”, “visión del mundo técnico-industrial”, “instintos animales”, “pragmatismo”... conforman el expediente acusatorio al que añadirá “el ritmo técnico de la vida”. En último término,

⁴⁸⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Situación presente de la cultura en Colombia. *Piedracielistas y Cuadernícolas*”. Madrid: *Correo literario* 21, abril 1951, p. 8

⁴⁸⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “La obra de Andrés Bello”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 44, agosto 1953, pp. 211-213. Un año después, radicado ya en Alemania, aparece “El sentido filosófico de la *Gramática* de Andrés Bello”. Bogotá: *Bolívar* 30, junio 1954, pp. 905-922. Posteriormente aparece, de nuevo enfocado a la vertiente filosófica de sus trabajos, “Andrés Bello y la filosofía” (Conferencia pronunciada en 1981 en el homenaje de la Universidad de Ámsterdam a Andrés Bello en el Bicentenario de su nacimiento, 1781-1981). Ámsterdam: *Diálogos hispánicos de Ámsterdam* 3, 1982, pp. 5-14.

“capitalismo, liberalismo, popular y barata filosofía del éxito”. La intención de Gutiérrez Girardot es clara: elaborar el campo propicio para su definición de Hispanoamérica, definición “negativa” por cuanto se fundamenta más en la demolición del adversario que en la exaltación de lo propio. Lo demuestra el gran espacio que dedica a responder una pregunta cuya respuesta sabe de antemano: la condenación (ya dictaminada) de una religión “enemiga”. A pesar de reconocer el uso de tópicos –“sencillas definiciones que no ayudan a aclarar nada” pero que no dejan de tener “algo de verdad y de error”– la respuesta, “en el fondo consecuencia de una mentalidad”, continúa “condenando” al contrario, al vincular el estilo de vida, la conducta y la visión del mundo norteamericanos, “regidos por el ritmo de la técnica”, a una “mentalidad que desenfrena este ritmo”. Esta mentalidad (protestante), cuyos postulados nuestro estudiante elabora a partir de la estrecha relación que Max Weber establece entre el capitalismo como secuela del calvinismo y la ética protestante⁴⁸⁹, termina por producir una especie de argumentación circular: Angloamérica no puede no condenarse... debido a la “mentalidad” protestante que la rige, que a su vez “desenfrena” este ritmo, lo que a su vez...

Pero si el Norte está marcado por la ética calvinista del protestantismo y su visión del mundo capitalista (técnica, materialismo, éxito), Hispanoamérica “tiene también su espíritu, su conducta, su estilo de vida regidos por el ritmo de una espiritualidad determinada por el catolicismo y los elementos más puros de la cultura occidental francesa, española y alemana”. En este marco de opuestas mentalidades (Angloamérica-Hispanoamérica; puritanismo-catolicismo; amigo-enemigo) “debe situarse la reflexión sobre el ser y destino de nuestros pueblos”.

Breves, juveniles, conscientemente intuitivas y por lo mismo “vagas y provisionales”, las “Notas para una definición de Hispanoamérica” representan un momento germinal en el proceso de formación del estudiante colombiano que dejan al descubierto sus primeras aproximaciones a las relaciones de nuestro continente con la cultura europea; a la tensión fundacional entre la entraña hispánica de su herencia espiritual y las urgentes demandas de la modernidad; la búsqueda de una tradición donde reconocer la palabra para nombrarnos.

Las gobierna la certeza de una fe heredada y la posibilidad de transformar dicho arraigo en el fundamento mismo de su propia superación. En este contexto, la definición

⁴⁸⁹ Max Weber. *Der protestantische Ethik und der Geist der kapitalismus*. Selección, en Max Webers, *Aus den Schuriften zur Religionsoziologie*. Col. Civitas Gentium. Bern, 1946 [Referencia tomada del texto de Gutiérrez Girardot]. Se refiere al libro: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.

“negativa” de Hispanoamérica que nos proporcionan las “Notas” deja al descubierto la tensión de este proceso dialéctico, el momento inicial de las sucesivas fases de su evolución. Son elocuentes en este sentido dos lecturas que desde diferentes perspectivas orientan diversos y en ocasiones opuestos idearios. La primera, el concepto “amigo-enemigo” (Carl Schmitt) –caracterizado por una actitud de hostil e irresoluble oposición–, “declaración de guerra” similar a aquella “táctica de *contrapropaganda*” con la que los defensores de la Hispanidad erigieron una España víctima de “fuerzas oscuras” (el comunismo), encarnadas ahora en los Estados Unidos (Calibán protestante), símbolo de una “barata filosofía del éxito” que amenazaba los valores espirituales y eternos del ideal católico, cuyos antecedentes encontraría en su propia tradición (Martí, Darío y Rodó, principalmente).

Un segundo momento germinal de esta tensión lo representan los opuestos idearios de Julio Ycaza Tigerino⁴⁹⁰ y Carlos Dávila Espinoza –citados en la “Notas”–, cuyas obras probablemente conociera en el Instituto de Estudios Políticos de Madrid. Mientras para el primero la “teocracia del rendimiento” de los norteamericanos –predominio de lo económico que convierte “lo útil en criterio de moralidad”– es antihumanista, para Dávila Espinoza lo inmoral se encuentra en el bajo nivel de vida de los pueblos hispanoamericanos. Tras comparar sus niveles de vida (índices de crecimiento, bienestar y tasas de mortalidad), escribe que mientras los Estados Unidos “ha alcanzado realizaciones que les hacen honor y no tienen paralelo en la historia, para la América Latina el resultado del estudio viene a ser algo como una acusación a todo el orden moral y económico”⁴⁹¹. El argumento era un velado ataque a los remanentes de un tardío *arielismo* implícitos en las tesis de Icaza Tigerino, rezagos que abrieron la discusión sobre los datos de una realidad social que era urgente atender. Jean Franco ha puesto de presente los peligros ocultos tras la noción de una supuesta superioridad “espiritual” de nuestro continente.

La importancia de *Ariel* (1900) consistió en comparar la tradición mediterránea con el utilitarismo norteamericano, e inclinarse a favor de la primera, con la cual se

⁴⁹⁰ Julio Ycaza Tigerino (1919-2001). Ensayista, abogado y político nicaragüense. Miembro de la Academia Nicaragüense de la Lengua y de la Cofradía de Escritores y Artistas Católicos del Taller de San Lucas (junto a Luis Alberto Cabrales, José Coronel Urtecho y Pablo Antonio Cuadra). Entre 1946 y 1950 residió en Madrid. Presidente del Instituto Nicaragüense de Cultura Hispánica. Libros: *Génesis de la Independencia Hispanoamericana* (1947), *Originalidad de Hispanoamérica* (1952), *Hacia una sociología hispanoamericana* (1958), *Estudio de la poética de Rubén Darío* (1967), *Perfil político y cultural de Hispanoamérica* (1971), *La cultura hispánica y la crisis de Occidente* (1981).

⁴⁹¹ Carlos Dávila Espinoza. *Nosotros... op. cit.* pp. 317-318. (Ver J. Franco, 201: lo “espiritual” de Hispanoamérica superior lo “material” norteamericano)

identificaba América Latina. Casi por primera vez, Latinoamérica salía aventajada de una comparación con otras civilizaciones⁴⁹².

Con la “quiebra” de Europa luego de la Primera Guerra Mundial, la fórmula tuvo su apogeo, alentado por escritores como D. H. Lawrence, Keyserling y Waldo Frank (a quien ya hemos visto en algunos trabajos publicados por el joven Gutiérrez Girardot en Colombia). Estos autores vieron en la vida “espontánea e intuitiva” latinoamericana las virtudes orgánicas que ya habían desaparecido por aniquilamiento en los países industrializados y urbanizados. “Lo que no supieron ver los latinoamericanos”, concluye Franco, es que tales comparaciones “no eran tan favorables como parecía, ya que a menudo tendían a relegar a Latinoamérica a una vulnerable era preindustrial”. Detrás la convicción de que los latinoamericanos eran “poseedores de misteriosas virtudes que tarde o temprano podían tener su recompensa”⁴⁹³, se escondía para el ensayista Hernando Valencia Goelkel la candorosa creencia en una suerte de “magia nominalista” que presidía los destinos de nuestro continente y en virtud de la cual todas las cosas quedarían de inmediato sometidas a la “metamorfosis mágica que el aire, el cielo, la tierra –mejor dicho, el nombre– de América le imprimían”⁴⁹⁴.

De este idealismo moral van a desprenderse, como señala Gutiérrez Girardot, las ideas de Ycaza Tigerino en torno a la sociedad, la cultura y la política: su defensa del “orden” social, que lo lleva a alabar, aún a costa del “sacrificio de libertades caras e inalienables del individuo”, la mano férrea de los gobiernos dictatoriales de Hispanoamérica, más provechosos a los pueblos “que el desorden y la anarquía”. Dictadores como Rosas y García Moreno “han hecho por la nacionalidad de sus respectivos países más que todos los congresos y asambleas constituyentes”⁴⁹⁵.

En relación con las ideas estéticas de Ycaza Tigerino, el prejuicio de que los Estados Unidos niega los valores artísticos porque cree en el “predominio de las cosas sobre el espíritu” parte de un silogismo cuya conclusión conviene a este prejuicio: todo arte es ideal, el ideal es trascendente, luego todo arte es trascendente (espiritual). La conclusión es clara: nuestro contacto con Europa es “más sano y vital porque se ha realizado con las raíces sanas

⁴⁹² Jean Franco. *Historia de la literatura hispanoamericana. A partir de la Independencia*. Barcelona: Ariel, 1993, p. 201.

⁴⁹³ *Ibid.* p. 202.

⁴⁹⁴ Hernando Valencia Goelkel. “La mayoría...”, *loc. cit.* pp. 282-283.

⁴⁹⁵ Julio Ycaza Tigerino. *Sociología de la política hispanoamericana*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1962, p. 192.

y puras de la Cultura occidental, no con las ramas superficiales y enfermas”⁴⁹⁶. Adjetivos denigratorios que en base a empobrecedoras y contundentes polaridades –sano/enfermo, espiritual/material, España/Estados Unidos– alentaban la justificación y defensa de aquella “unidad de misión y de destino que se había perdido con el siglo liberal y que hoy empezamos a recobrar”, oponiendo a estos males los grandes ideales hispánicos de “salvación de la Catolicidad y de los valores del espíritu”, misión trascendente que define para Icaza Tigerino la “posición política y espiritual que corresponde a nuestros pueblos frente a la crisis histórica de la hora presente”⁴⁹⁷. Palabras de un ideario que nuestro joven estudiante acogía por estos años en un discurso cargado de idéntica tesitura doctrinal y que nos permitimos citar nuevamente:

El occidente sin el cristianismo no es posible, es decir, una cultura sin fe en Dios y los valores supremos del alma humana está condenada a su disolución. Toca a Hispanoamérica y a España –los pueblos divinos de la Hispanidad– salvar la humanidad para entregársela a Dios y devolverle todo el sentido cristiano del que surgió esa ya caduca cultura.⁴⁹⁸

Siempre desde un saludable plano concreto, Carlos Dávila –a quien Gutiérrez Girardot, como hemos visto, citaba en esta misma dirección– refiere el comentario de un asistente a la IX Conferencia Panamericana de Bogotá (1948), quien puso de manifiesto la existencia de “un alma, una mentalidad, un profundo instinto y un *Weltanschauung*” entre todos los pueblos hispanoamericanos. Sin embargo, como añade Dávila, “seguimos careciendo de una política exterior continental capaz de influir sobre los acontecimientos de fuera del hemisferio”, situación que nos ha obligado a

resignarnos a afrontar las perniciosas consecuencias de los odios y luchas y rivalidades del Viejo Mundo como mejor pudimos [...] El panamericanismo no hizo ningún esfuerzo por convertirse en fuerza directora de la política exterior extra continental. No fue nada más que un bonito ejemplo de adhesión verbal a unos sanos principios⁴⁹⁹.

La entrañable relación de Gutiérrez Girardot con la tradición española recibiría un renovado impulso vital gracias a los viajes de redescubrimiento emprendidos por Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña hacia el corazón de una España “nunca antes considerada

⁴⁹⁶ *Ibid.* p. 316.

⁴⁹⁷ *Ibid.* p. 312.

⁴⁹⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas culturales. 1949, otro año de crisis”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 426, enero/febrero 1950, pp. 130-131.

⁴⁹⁹ Carlos Dávila Espinoza. *Nosotros... op. cit.* p. 282.

con más amor y conocimiento”⁵⁰⁰. Ya nos hemos referido al contexto –los años previos a la Revolución mexicana (1910)– en el que se gestaban unas exploraciones que también incluirían acercamientos a las fuentes clásicas y modernas de la tradición europea: “Han comenzado los motines, los estallidos dispersos, los primeros pasos de la Revolución”⁵⁰¹, escribe Reyes en medio de una campaña de cultura que daba los primeros pasos hacia la liberación de la “rigidez medieval” que la vida intelectual mexicana había adquirido durante el porfiriato. No ya la inmovilidad determinada por la teología de Santo Tomás, sino “otra” rigidez: la del sistema de las ciencias de Comte, Mill y Spencer: el positivismo. Este había

reemplazado al escolasticismo en las escuelas oficiales, y la verdad no existía fuera de él. En teoría política y económica, el liberalismo del siglo XVIII se consideraba definitivo. En la literatura, a la tiranía del "modelo clásico" había sucedido la del París moderno. En la pintura, en la escultura, en la arquitectura, las admirables tradiciones mexicanas, tanto indígenas como coloniales, se habían olvidado: el único camino era imitar a Europa. ¡Y qué Europa: la de los deplorables salones oficiales!⁵⁰².

En esta atmósfera sofocante, este grupo juvenil –entre los que destacan, además de los citados Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Jesús Acevedo (arquitecto), Diego Rivera (pintor) y Alfonso Caso–, se lanza a leer a quienes el positivismo

condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh, blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, *contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia*⁵⁰³.

En pie de igualdad con la tradición literaria de occidente, el estudio de la literatura española se convierte en una ineludible tarea. Alfonso Reyes y Pedro Henríquez no solo vivieron en tierra española, conocieron como pocos la raíz, el tronco y los fecundos ramajes de la literatura española. Como pocos, así mismo, representaron una abierta disposición a transitar por los abiertos caminos del universo cultural y literario.

El balance final hecho por Reyes sobre este retorno a las fuentes clásicas, europeas y castellanas, apuntaba al fondo de un propósito esencial: el encuentro con las “tradiciones

⁵⁰⁰ Alfonso Reyes. “Pasado inmediato” (1939) en *Pasado inmediato (Obras completas XII)*. México: FCE, 1997, p. 211.

⁵⁰¹ *Ibid.*

⁵⁰² Pedro Henríquez Ureña: “La influencia de la revolución en la vida intelectual de México” (1924) en *La utopía de América*. Caracas: Ayacucho, 1978, p. 369.

⁵⁰³ *Ibid.* p. 371. Subrayado mío.

formativas, constructivas de nuestra civilización y de nuestro ser nacional”. Rota la fortaleza del positivismo, “las legiones de la Filosofía –precedidas por la caballería ligera del llamado antiintelectualismo– avanzaban resueltamente. Se había dado una primera sacudida en la atmósfera cultural⁵⁰⁴. El descubrimiento de estos maestros americanos se constituyó para el estudiante colombiano en uno de los presupuestos de su plena comprensión del legado hispánico y del pensamiento europeo, pensamiento totalizador que muy pronto se manifestaría como afirmación de su propia raíz de hispano-americano universal.

Recomendaba Alfonso Reyes la conveniencia de disponer de una suma de perspectivas, de “varios sistemas de referencia” a la hora de acercarnos al estudio de nuestro devenir histórico. Solo así, “teniendo en cuenta la relatividad de todos ellos y su interdependencia para un ojo omnipresente que acertara a mirar el cuadro desde todos los ángulos a la vez, nos acercaremos al milagro de la comprensión”⁵⁰⁵. Gutiérrez Girardot se acogería a esta lección en torno a la necesidad de adoptar una mirada histórica totalizadora, capaz de bosquejar la esencial unidad del proceso histórico a partir de su constitutiva diversidad. Es el fundamento metodológico que moviliza las “Notas para una definición de Hispanoamérica”. Todos los ovillos desatados en este prometedor ensayo encontrarán desenvolvimiento en los trabajos publicados durante su período estudiantil, que estudiaremos más adelante. Antes, sin embargo, debemos examinar “La utopía americana de Alfonso Reyes”, el segundo de sus ensayos germinales. Al igual que las “Notas”, también nos permite avizorar los trazos gruesos pero también la delicada filigrana de un bosquejo general que muy pronto comenzaría a mostrar sus frutos a través de un excepcional y continuado trabajo intelectual.

2.2.4. Utopía e Imagen de América en Alfonso Reyes

La imaginación, la loca de la casa, vale tanto como la historia para la interpretación de los hechos humanos. Todo está en saberla interrogar y en tratarla con delicadeza⁵⁰⁶

Cinco meses después de la publicación de las “Notas para una definición de Hispanoamérica”, aparece el segundo trabajo germinal del estudiante colombiano: el ensayo

⁵⁰⁴ Alfonso Reyes. “Pasado...” *op. cit.* p. 211.

⁵⁰⁵ *Ibid.* p. 182.

⁵⁰⁶ Alfonso Reyes. (“Capricho de América” (1934) en *Última Tule (Obras completas XI)*. México: FCE, 1997, p. 75.

“La utopía americana de Alfonso Reyes”⁵⁰⁷ (en adelante, “La utopía”). No solo es el primero de los numerosos acercamientos que su autor dedicara a su maestro mexicano. Desde su misma concepción, Gutiérrez Girardot venía trabajando la idea de escribir un libro a partir de este primer acercamiento. Pasado el tiempo (tres años) y en posesión de nuevos materiales, el proyectado libro –*La imagen de América en Alfonso Reyes*⁵⁰⁸ (en adelante *La imagen*)– alcanza su forma definitiva en la ciudad sueca de Gotemburgo, donde Gutiérrez Girardot pasa algunos meses (octubre de 1955 a enero de 1956) gracias a una beca del Instituto Iberoamericano de esta ciudad⁵⁰⁹. Esta estrecha relación nos autoriza a emprender el estudio simultáneo de ambos trabajos, si bien la redacción y publicación de este último nos traslada a un momento posterior de su período madrileño, situación que nos permite conocer –a la luz de la obra acabada– la potencialidad del esbozo al que debe su existencia. El transcurso temporal y geográfico que los engloba (cuatro años entre ambos textos, y tres ciudades europeas: Madrid, Friburgo y Gotemburgo... sin olvidar las dos publicaciones de “La utopía” aparecidas en revistas de Colombia y México) se confunde con la historia de una empeñada búsqueda bibliográfica; más aún, con la gradual madurez de un estudiante en formación.

Una carta de nuestro ensayista, remitida a Reyes desde Gotemburgo –donde el libro tomará forma definitiva– nos permite conocer la marcha de su trabajo, así como su interés por actualizar su material bibliográfico.

Muy estimado Maestro:

Después de unos meses en Madrid, he venido a dar a este magnífico Instituto y encuentro, por fin, que su bibliografía está casi completa (falta *La Experiencia literaria*). Como le dice Nils Hedberg, el día 8 daré una conferencia sobre la “Imagen de América” en Alfonso Reyes. Casi diré que es la conferencia, al menos esa que Ud. más o menos conoce de *Cuadernos Hispanoamericanos* y *Bolívar*⁵¹⁰. Ya casi la sé de memoria, pero esto ayuda a que salga más “lúcida”. Algunas modificaciones he

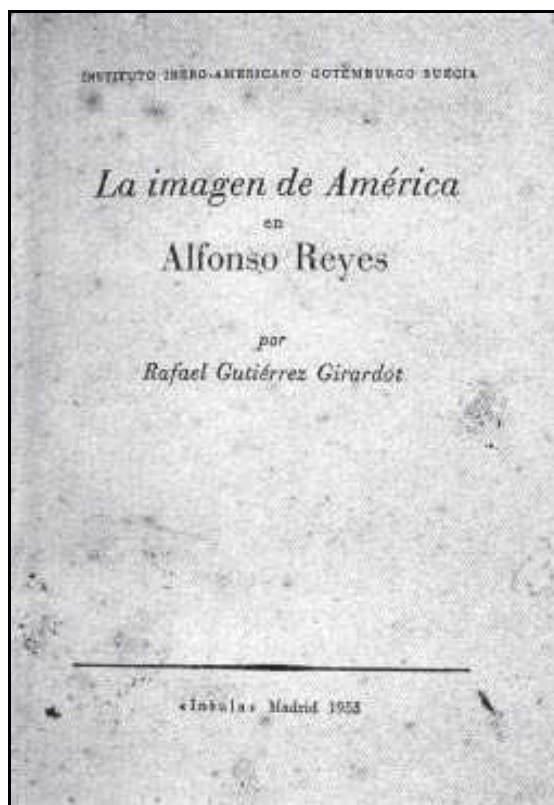
⁵⁰⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “La utopía americana de Alfonso Reyes”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 25, enero 1952, pp. 73-82. En adelante, todas las citas entre paréntesis en el texto.

⁵⁰⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. *La imagen de América en Alfonso Reyes*. Madrid: Ínsula, 1955. En adelante, todas las citas entre paréntesis en el texto. Gutiérrez Girardot llega la Friburgo (Alemania Federal) en junio de 1953 y permanece en esta ciudad hasta octubre de 1955.

⁵⁰⁹ Concebido como un centro de difusión e información de la cultura española y portuguesa, el Instituto Iberoamericano de Gotemburgo fue fundado en 1939 por Nils Hedberg, quien sería su director hasta el año de muerte, en 1967. En la actualidad se encuentra vinculado a la Sección de Lenguas Románicas de la Universidad de Gotemburgo.

⁵¹⁰ Un año y medio después de su publicación en *Cuadernos hispanoamericanos*, Gutiérrez Girardot envió “La utopía americana de Alfonso Reyes” a esta revista colombiana, donde apareció con el título “Notas e informaciones sobre la imagen de América en Alfonso Reyes” (Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, pp. 153-164). El hecho que en su título Gutiérrez Girardot haya cambiado la palabra “utopía” por *imagen*, nos demuestra que ya se encontraba trabajando en el libro.

introducido en ella, pero son breves. El librito de que habla Nils Hedberg⁵¹¹ no será el artículo [“La utopía”] –sería una vergüenza!–, cambia bastante. Por lo pronto me atrevo a algunos nuevos párrafos: 1. Alfonso Reyes, 2. La América de Hegel y A. Reyes, 3. El tiempo y la utopía, etc. Ya las verá Ud. lo hago más amplio. Quizá el trato de los alemanes me dé –y la vida claro– más madurez intelectual. Tal vez la estrene con este librito cuyo tema no me ha dejado ya (RGG a Reyes. Gotemburgo, 27/10/1955).



Rafael Gutiérrez Girardot. *La imagen de América en Alfonso Reyes* (1955)

Un mes más tarde, todavía desde Gotemburgo, volverá sobre el tema bibliográfico.

Ya he pedido a Madrid *La experiencia literaria*. Si entretanto llega un nuevo ejemplar, sea bienvenido, claro. El que está agotadísimo es *La antigua retórica*, que también falta aquí. También lo he pedido a una librería de ocasión de Madrid y tengo la esperanza de que lo consigan (RGG a Reyes. Gotemburgo, 18/11/1955).

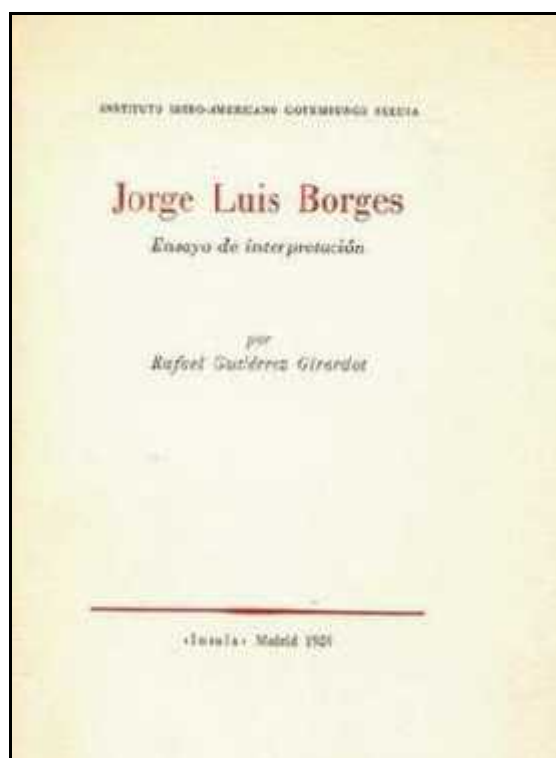
Gutiérrez Girardot debió conocer el título de estos libros por sus lecturas de *El deslinde*, en cuyo “Prólogo” Reyes confiesa haber “disimulado” algunas referencias tácitas a sus anteriores trabajos, particularmente a sus libros *La crítica en la edad ateniense*, *La*

⁵¹¹ Nils Edberg (1903-?). Hispanista sueco. Fundador y director del Instituto Iberoamericano de Gotemburgo, entre cuyas actividades culturales se destaca el patrocinio de publicaciones de autores hispanoamericanos, entre ellas un estudio del propio Edberg sobre el poeta y político cubano José Martí. En su bien provista biblioteca, Gutiérrez Girardot encontraría casi toda la obra de Alfonso Reyes.

antigua retórica y La experiencia literaria, “que hubiera sido necesario citar muchas veces [...], pues prefiero repetirme a citarme”⁵¹². La redacción de “La utopía americana de Alfonso Reyes” se encuentra íntimamente vinculada a *Última Tule*, libro que le descubriera al escritor mexicano. Lo sabemos por su correspondencia, donde podemos entrever la profunda experiencia vital e intelectual que significó la lectura de este texto revelador.

De pronto, en la librería Ínsula tropecé con su *Última Tule* [...] Al hojear su *Ultima Tule* vi el capítulo sobre “La inteligencia americana”, y lo compré, lo leí, leí más cosas tuyas, lo que había en Madrid, y fui haciendo notas, y salió de esas notas el ensayo. Es el ensayo por antonomasia, pues me ha acompañado siempre y en todas partes [...] Después de escribir el ensayo, y ya publicado, esas ideas, la prosa, Ud. mismo entero en cada letra, fueron madurando, y un día cualquiera sentí la transformación (RGG a Reyes. Bonn, 7.11.56).

Una muestra de la simpatía con la que Reyes acogió “La utopía” se encuentra en la carta que dos años más tarde envía a Gutiérrez Girardot, donde además de confirmar haber recibido las dos publicaciones de esta, pide al joven colombiano autorización para una nueva publicación:

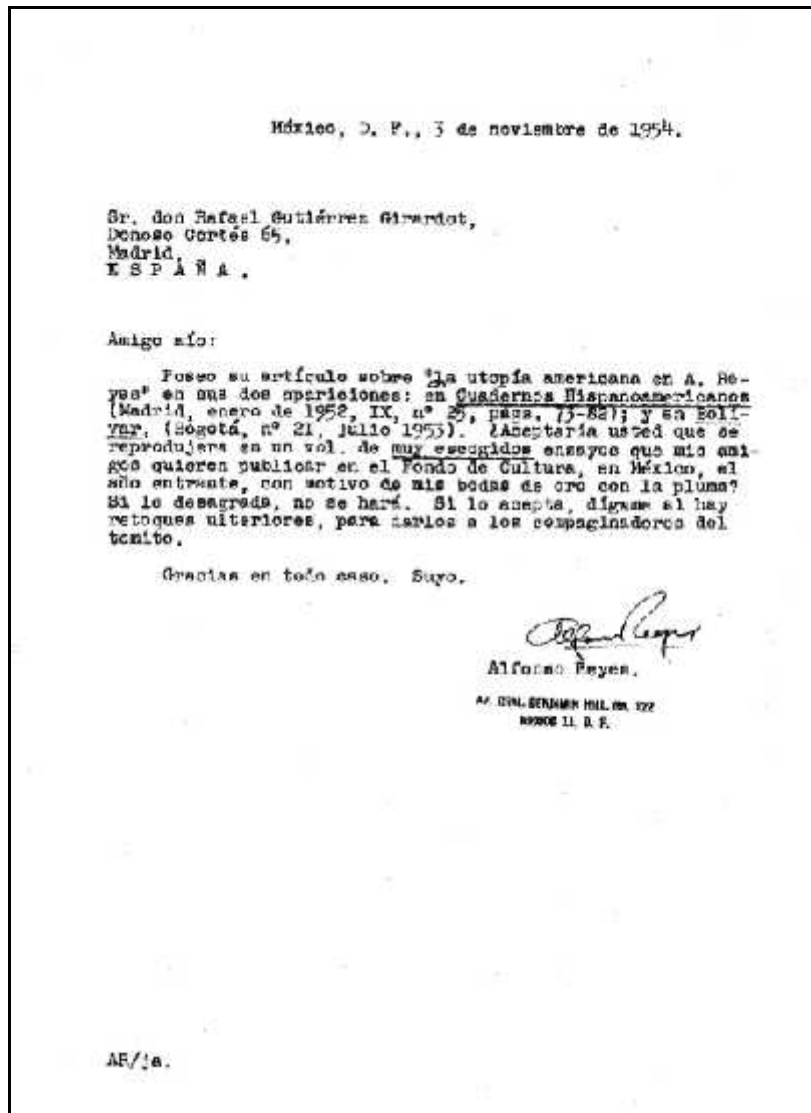


Rafael Gutiérrez Girardot. *Jorge Luis Borges. Ensayo de interpretación* (1959)

⁵¹² Alfonso Reyes. *El deslinde* (1944) (*Obras completas XV*). México: FCE, 1997, p. 9.

Amigo mío:

Poseo su artículo sobre “La utopía americana de A. Reyes” en sus dos apariciones: en *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid, enero de 1952, IX, n° 25, págs. 73-82); y en *Bolívar* (Bogotá, n° 21, julio 1953). ¿Aceptaría usted que se reprodujera en un vol. de “muy escogidos” ensayos que mis amigos quieren publicar en el Fondo de Cultura, en México, el año entrante, con motivo de mis bodas de oro con la pluma? (Reyes a RGG. Madrid, 3.11.54).



El ensayo saldría publicado un año después con el mismo título la revista *Bolívar*.

Querido y joven amigo: [...]. Le envió la *Rev. Mexicana de Literatura*, n° 2 [...]⁵¹³. En la *Revista* verá Ud. que esos muchachos (¿por qué no les escribe Ud.? Son de lo

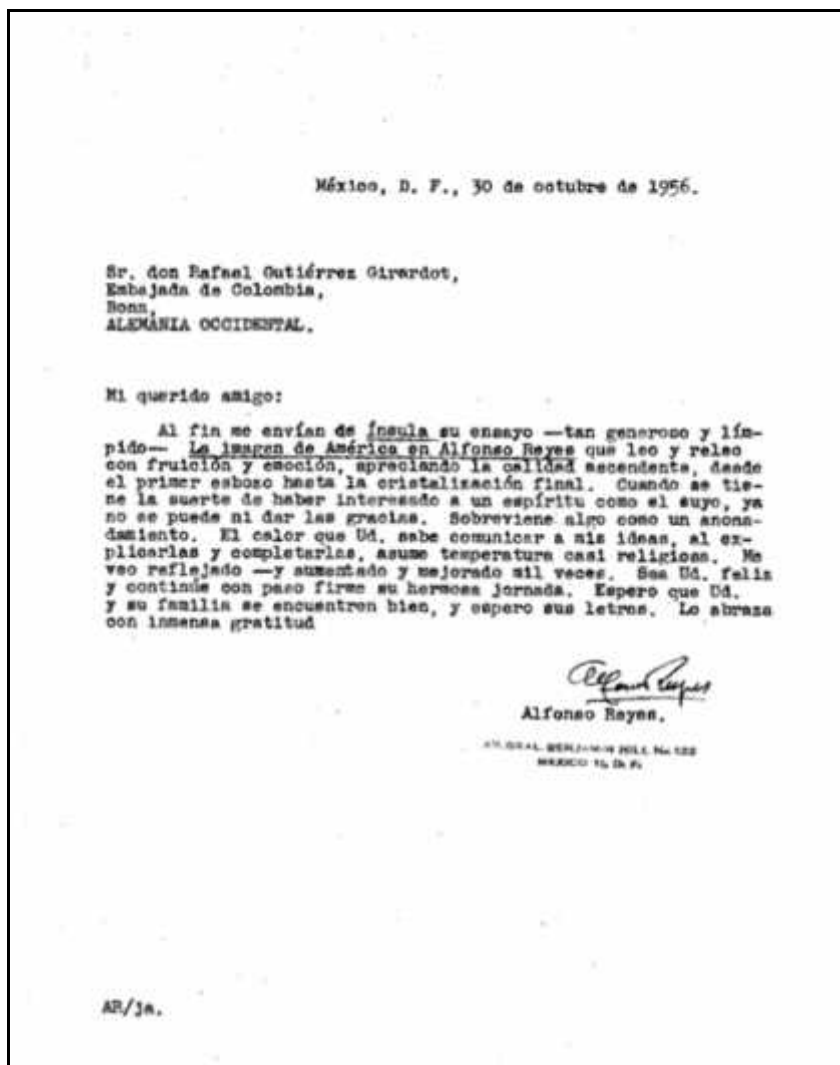
⁵¹³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas sobre la imagen de América en Alfonso Reyes”. México: *Revista Mexicana de Literatura* 2, noviembre/diciembre 1955. Dirigida, entre otros, por Carlos Fuentes y Emmanuel Carballo, esta revista trató de contrarrestar la creciente tendencia hacia el nacionalismo acogiendo entre sus páginas la producción crítica y literaria de Hispanoamérica, Estados Unidos y Europa.

mejor que hay aquí!) han reproducido su artículo de marras sobre América, que ya va a quedar superado por la nueva publicación que Ud. me anuncia (Reyes a RGG. México, 5.12.55).

El anuncio se refería a *La imagen de América en Alfonso Reyes*. Una vez en sus manos, Reyes envía al ensayista colombiano un significativo mensaje de agradecimiento:

Mi querido amigo,

Al fin me envían de *Ínsula* su ensayo —tan generoso y límpido— *La imagen de América en Alfonso Reyes* que leo y releo con fruición y emoción, apreciando la calidad ascendente, desde el primer esbozo hasta la cristalización final. Cuando se tiene la suerte de haber interesado a un espíritu como el suyo, ya no se puede ni dar las gracias. Sobreviene algo como un anonadamiento. El calor que Ud. sabe comunicar a mis ideas, al explicarlas y completarlas, asume temperatura casi religiosa. Me veo reflejado —y aumentado y mejorado mil veces. Sea Ud. feliz y continúe con paso firme su hermosa jornada. Espero que Ud. y su familia se encuentren bien, y espero sus letras. Lo abraza con inmensa gratitud (Reyes a RGG. México, 30.10.56).



La referencia de Reyes al sentimiento “casi religioso” producido por la lectura de *La imagen*, se traslada al lenguaje del joven aprendiz, quien en su respuesta a esta hablará de la progresiva “transformación” sufrida a través de las sucesivas lecturas de sus obras, decisiva “conversión” que deja descrita en el uso de alusiones a personajes de la tradición teológico-literaria:

Querido don Alfonso:

[...] Hay muchos que dicen haber sentido un fuerte golpe con la lectura de un Kempis, la Biblia, Dante hasta Unamuno. Y que de ahí nació su conversión. Eso puede ser meritorio y hasta verdad, pero me parece estridente, y por ello, feo. Yo no he tenido esos encuentros “decisivos”, y los dioses de América me libren de tenerlos!!! Pero en cambio he tenido otros encuentros menos tremebundos (no tengo nada contra esos libros... ni mucho menos contra Dante, pero me parece horrible que lo conviertan en literatura edificante, cuando no lo son, o en manual de conversiones religiosas), encuentros realmente alegres, imperecederos, sin campanas, sin infiernos, sin cruces. Encuentros que han sido una verdadera fiesta para mí –y entre ellos– el primero y el de siempre es el de sus libros. Por eso mi ensayito es el ensayo por antonomasia para mí (RGG a Reyes. Bonn, 7/11/56).

“Pero yo sigo en deuda con Ud.”, anota al final de la carta, en la que añade que a pesar de sus “imperfecciones”, ha decidido dejar el libro como está, por ser el trabajo en que “dejé de ser medio viejo y empecé a ser alegre en el espíritu y con la letra, y a aprender a escribir con su mano [...] (A Reyes, Bonn, 7/11/56).

No creemos equivocarnos al considerar esta “conversión” como el acontecimiento más decisivo de sus años de formación en Madrid –y quizá uno de los acontecimientos centrales en su estructuración intelectual–, experiencia que parece confirmar el proverbio budista: “El maestro aparece cuando el alumno está listo para recibirlo”. Las palabras que escribiera en esta misma carta, ciertamente revelan la disposición de un alumno lo suficientemente preparado para recibir la inesperada visita: “Qué maravilla es la literatura bella que, como la suya, convierte, centra y purifica. Yo percibí que no hay en Ud. una sola letra que no esté escrita con gozo, y ese gozo contagia y mueve” (RGG a Reyes. Bonn, 7/11/1956).

Como dejamos dicho, la génesis de ambos trabajos se encuentra íntimamente vinculada a la *Última Tule*, a la que siguieron otras lecturas de “cosas suyas, lo que había en Madrid, y fui haciendo notas, y salió de esas notas el ensayo” (RGG a Reyes. Bonn, 7/11/1956). La diferencia entre “La utopía” y *La imagen*, podemos adelantar, no se encuentra en la extensión –7 y 55 págs., respectivamente– ni en la exposición de la concepción alfonsina de continente americano, idéntica en ambos textos pero más

desarrollada en el libro. Además de la nueva bibliografía incluida en *La imagen*, su diferencia esencial se encuentra en la orientación de ambos trabajos, pues lo que en “La utopía” es una juiciosa presentación de aquella concepción, en *La imagen* es indagación sobre los postulados que la moviliza; lo que allí es exposición, en *La imagen* será un sutil trabajo hermenéutico⁵¹⁴. No es que el joven estudiante no supiera leer: los cuatro años transcurridos nos confirman lo que “los alemanes” y “la vida, claro”, le otorgaría a manos llenas: desarrollo intelectual.

La elección del tema de la “utopía” como eje articulador del ensayo no solo se debe a que este tema se constituye en la materia misma de aquel libro ejemplar: “Nuestra América debe vivir como si se preparase siempre a realizar el sueño que su descubrimiento provocó entre los pensadores de Europa: el sueño de la utopía, de la república feliz, que prestaba singular calor a las páginas de Montaigne, cuando se acercaba a contemplar las sorpresas y las maravillas del nuevo mundo”⁵¹⁵; también respondía al intuitivo despliegue de aquel *ethos* juvenil que años después pudo descubrir –porque ya lo habitaba– en el *Ariel* del magnífico Rodó:

Ariel fue un mensaje a la juventud de América [...] Más de un decenio antes que Walter Benjamín⁵¹⁶, Rodó concibió la juventud como un estadio no meramente biológico, sino como *la alegoría de un estado supremo y metafísico de la historia* (W. Benjamin), como un *reino mesiánico* en el que *la historia se encuentra como recogida en un punto álgido*: como la utopía. No es otra la esperanza que pone Rodó en la juventud: la de que ella sea su motor⁵¹⁷.

Si nuestra interpretación es correcta, podríamos decir entonces que la elección del tema alfonso de la “utopía” no fue solo la escogencia de un tema de estudio: fue el encuentro con el secreto resorte que sostuvo sus esperanzas en el futuro de un continente al que dedicaría todo su amor, su talento y su dolor.

En términos generales, “La utopía americana de Alfonso Reyes” es una juiciosa síntesis de las ideas expuestas en la *Última Tule*. A este libro inspirador debe su corpus bibliográfico, su orgánica estructura, la concepción que la sustenta: desde su apartado inicial –significativamente titulado “Prefigura de América”– hasta “La ciudad de utopía” –meta

⁵¹⁴ Utilizo este término en su acepción literal: “Arte de interpretar textos” (DRAE). Etimológicamente, viene del griego *hermeneuo* (yo descifro), *tekhné* (arte) y el sufijo *-tikos* (relacionado a). Es decir, “relacionado al arte de explicar, descifrar o interpretar escritos”.

⁵¹⁵ Alfonso Reyes. “Notas sobre la inteligencia americana” (1936) en *Última Tule (Obras completas XI)*. México: FCE, 1960, p. 87.

⁵¹⁶ “En *La vida del estudiante*, de 1914” (Nota de Rafael Gutiérrez Girardot).

⁵¹⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “José Enrique Rodó, *revisited*” (1984) en *Pensamiento hispanoamericano*. México: UNAM, 2006, p. 145.

final de un largo transcurso por la corriente “imaginaria” de la historia americana—. Fundamentado casi exclusivamente en la *Última Tule*, la bibliografía registra sin embargo otros dos libros de Reyes: *Sirtes y Simpatías y diferencias*, de los cuales extraeré breves apartes con el fin de ampliar y enriquecer la exposición de sus ideas⁵¹⁸. A este respecto cabe anotar un hecho particular: a pesar de que el texto publicado posteriormente (un año y medio después) en la revista *Bolívar* es idéntico al original, Gutiérrez Girardot incluyó algunos datos bibliográficos que no aparecieron en aquella primera versión. Antes de aventurar una explicación, mencionemos estos textos:

Tentativas y orientaciones, Ed. Nuevo Mundo, México, 1944. *Norte y Sur* (1925-1942), Editorial Leyenda, México, 1944. *La constelación americana*, Arch. de A. R., México, 1951. En el resto de sus obras, reunidas en volumen, pueden hallarse también referencias a cuestiones relacionadas con América, desde puntos de vista literarios, históricos, etc. [Referencias tomada del texto de Gutiérrez Girardot].

¿Qué sentido tiene añadir libros que no fueron citados en el original? Como sucede en la bibliografía consignada en *La imagen* (17 libros de Reyes) —algunos no utilizados en el cuerpo del libro— creemos ver en estos “muestrarios” de información, el deseo por dar a conocer la bibliografía del gran ensayista mexicano en los países de lengua española. Por lo demás, la nueva información recopilada en esta segunda publicación de la “La utopía” aparecería citada en el libro, lo que nos indica que ya se encontraba trabajando en esta futura publicación. También difieren las bibliografías secundarias. En el ensayo original de “La utopía” encontramos:

E. O’Gorman: *Fundamentos de la historia de América*, pág. 25. Imprenta universitaria, México, 1942⁵¹⁹. “Ortega y Gasset: *Obras Completas*, págs. 101 y sigs., vol. IV. Ed, *Revista de Occidente*. Madrid, 1951”. “Marcel Bataillon: *Erasmus* y

⁵¹⁸ “Alfonso Reyes: “La Atlántida castigada”. 1932. En *Sirtes*, págs. 9-34. Tezontle. México, 1949 y *Simpatías y diferencias*, Tomo II. Ed. Porrúa. México, 1945, pág. 132”. [Referencias tomadas del texto de Gutiérrez Girardot]. Anotemos un dato curioso: del último libro, Gutiérrez Girardot copia el siguiente fragmento: “A veces me pregunto si los europeos entenderán alguna vez el trabajo que nos cuesta a los americanos llegar hasta la muerte con la antorcha encendida. ¡Qué espectáculo el de América, amigo mío! Aquéllos caen de muerte violenta, y éstos se matan a sí mismos en un esfuerzo sobrehumano de superación, para adquirir el derecho de asomarse al mundo”. La cita pertenece al artículo “Cartas de Jorge Isaacs” (1888-1889), que Alfonso Reyes envió en 1921 a la revista *La pluma*, de Madrid, ciudad en la que por entonces residía. En su presentación, transcribe la carta que entonces envió al director de esta revista: “He aquí tres cartas de Jorge Jsaacs a Justo Sierra. *La Pluma* las publicará por primera vez. Las debo a la amabilidad de Luis G. Urbina. Los críticos colombianos sacarán de ellas algunas noticias curiosas. Yo no puedo leerlas sin conmoverme. Veo —al trasluz— todos los dolores de mi América” (Alfonso Reyes. “Cartas de Jorge Isaacs” (1921) en *Simpatías y diferencias* (*Obras completas IV*). México: FCE, 1995, p. 327).

⁵¹⁹ La primera mención al historiador argentino la encontramos en su período de formación en Colombia, en una “Nota introductoria: sobre la historia nacional en los documentos del Colegio del Rosario” (Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 427-428, marzo/junio 1950, pp. 283-284). A partir de entonces sus trabajos aparecen citados en algunos de sus ensayos sobre historia e historiografía que publicara en España.

España. Trad. de Antonio Alatorre, volumen II, apéndice: “Erasmus y el nuevo mundo”, págs. 435, 448 y sigs. Fondo de Cultura. México, 1950”. “Sobre la pretendida efectividad de los *conciertos continentales*, puede verse: Carlos Dávila: *Nosotros, los de las Américas*, págs. 268-306, Passim. Edit. Del Pacífico. Santiago de Chile, 1950” [Referencias tomada del texto de Gutiérrez Girardot].

Como en el caso anterior, la literatura secundaria utilizada para la revista *Bolívar* no solo es más abundante, incluye, además, dos nuevos tópicos: los mitos americanos y el tema de la herejía. Además del citado libro de O’Gorman, añade:

Una interpretación decisiva para el entendimiento del problema de la esencia de América, la da este mismo autor en: *La idea del descubrimiento*, Centro de Estudios filosóficos, México, 1951”. “Para la significación de los mitos de América, puede verse: Enrique de Gandía: *Historia crítica de los indios y leyendas de la conquista americana*, Centro difusor del libro, Buenos Aires, 1946. También Ida Rodríguez Prampolini: *La Atlántida de Platón en los cronistas del siglo XVI*, Junta Mexicana de Investigaciones históricas, México, I, junio de 1947. Sobre la utopía americana: Pedro Henríquez Ureña: *La utopía de América*, Ed. Estudiantina, La Plata, 1925. Recogido en *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Ed. Raigal, Col. Nuestra América, Buenos Aires, 1952, sin la *Carta al director de estudiantina*”. “Julio Jiménez Rueda: *Herejías y supersticiones en la nueva España*, Imprenta Universitaria, México, 1948”. “Las obras citadas lo están para lecturas e iniciación de posibles investigaciones posteriores. En las obras citadas se encontrará abundante bibliografía sobre las cuestiones reseñadas” [Referencias tomada del texto de Gutiérrez Girardot].

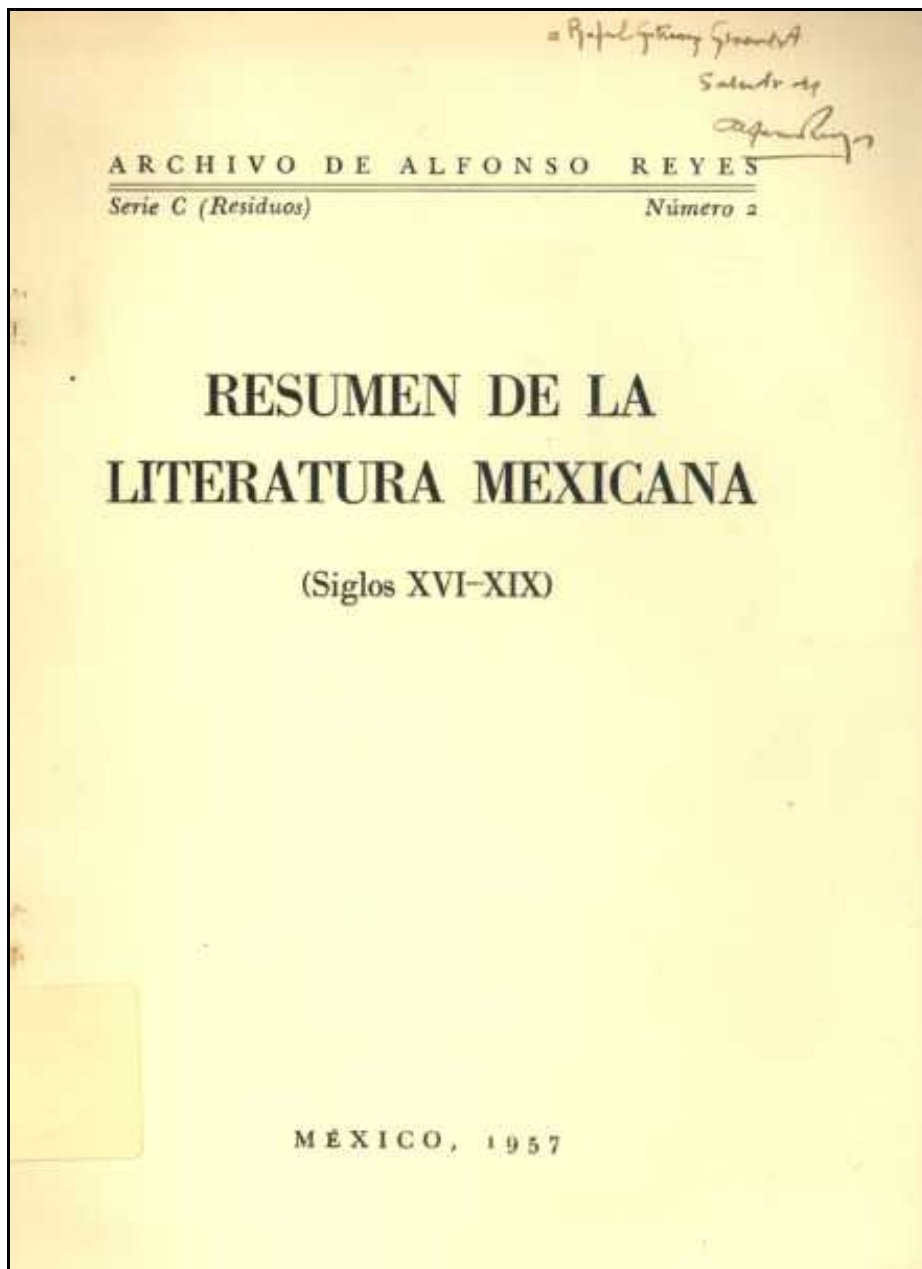
Resulta difícil establecer qué lecturas adicionales había hecho Gutiérrez Girardot en el momento de redactar “La utopía”. Las fuentes de primera mano que poseemos –sus cartas a Reyes y algunos artículos– no permiten establecer si leyó los textos que menciona – muchos de ellos difíciles de conseguir en Madrid, según él mismo confiesa– o si solo dan cuenta del conocimiento que tenía de su obra publicada. La primera carta que poseemos está fechada el mismo mes en que “La utopía” aparece publicada en Madrid.

Admirable Don Alfonso:

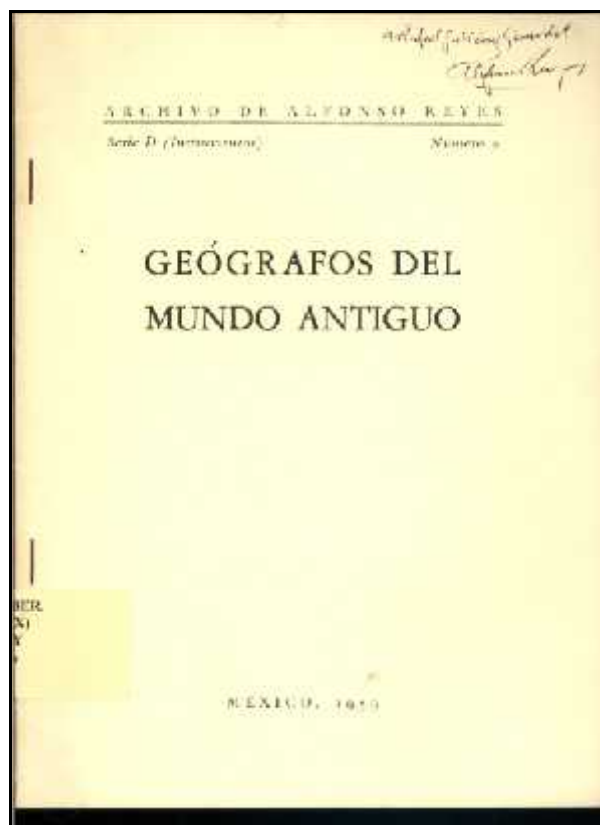
Muchas, muchísimas gracias por el envío de su *Constelación americana*, que lamento no haber podido utilizar en la redacción de mi modesta nota sobre su imagen de América. Algunos libros llegan de México con bastante retraso, y es posible que esta *Constelación* no se vea por acá hasta dentro de bastante tiempo. Para conseguir *Última Tule*, tuve que recorrer librerías y librerías, lo mismo que para encontrar sus *Simpatías y diferencias* [...] Le agradecería de todos modos, que me pudiera facilitar algún libro suyo reciente, con una dedicatoria. Sus *Trazos de historia literaria* lo he conseguido aquí [...] Más adelante volveré a quitarle tiempo, con algunas preguntas sobre su *Deslinde*. (RGG a Reyes. Madrid: 17/1/1952).

Dos meses después escribe de nuevo a Reyes, esta vez agradeciendo el envío de otro libro:

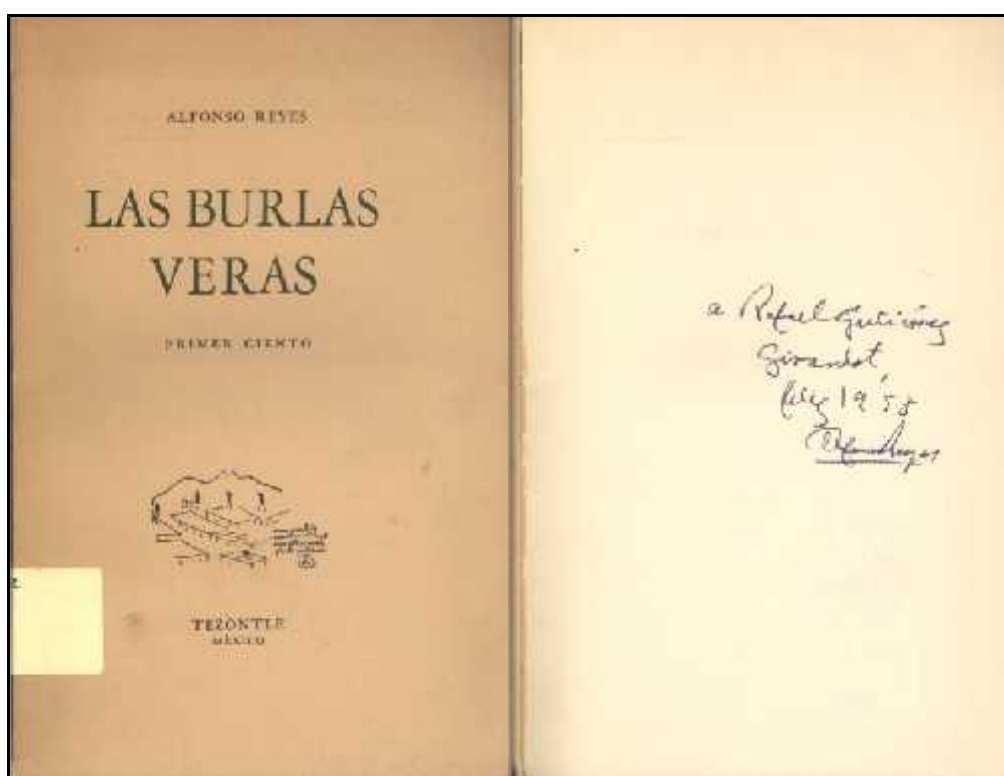
También debo agradecerle especialmente su delicioso *Cortesía* y la simpática dedicatoria. Mi pequeña biblioteca “Alfonso Reyes” se va completando así, hasta que un día, que me resuelva a ser decididamente bibliófilo empedernido, consiga sus primeras publicaciones, y algunas otras limitadas, y llegue a reunir toda su obra, cosa que, por otra parte, no es nada fácil [...] He leído su último volumen de Austral, *Trazos de historia literaria*, es decir, lo he leído por segunda vez porque me ha encantado. Es una pena que está tan lleno de erratas (RGG a Reyes. Madrid: 9/3/1952).



Alfonso Reyes. *Resumen de la literatura mexicana. Siglos XVI-XIX* (1957)



Alfonso Reyes. *Geógrafos del mundo antiguo* (1959)



Alfonso Reyes. *Las burlas veras. Primer ciento* (1958)

La otra fuente son dos artículos publicados por Gutiérrez Girardot el mismo año que “La utopía”. El primero, “El taller de Alfonso Reyes”, es una elogiosa reseña sobre el artículo “Alfonso Reyes, el incansable”, que Luis Alberto Sánchez publicara en *La Nueva Democracia* (New York, octubre de 1951) y que Gutiérrez Girardot le envía: “Incluyo el recorte de una notita cariñosa publicada por mí en *Cuadernos Hispanoamericanos*. El único mérito que tiene, si es que tiene alguno, es el de la sincera admiración por su obra” (RGG a Reyes. Madrid, 1/5/1952). La “incansable” laboriosidad de Reyes incluye la publicación, en los últimos cinco años, “de nueve libros y varios folletos de su archivo que han ido apareciendo sin tregua. *Grata compañía, Cortesía, Entre libros, Junta de sombras, Ancorajes, Tertulia de Madrid, Cuatro ingenios y Trazos de historia literaria*, entre los más difundidos”. A esta atenta actualización bibliográfica, el estudiante colombiano añade afectuosas descripciones de sus publicaciones, libros editados con el mismo “primor”, con la misma “delicia de una miniatura” y el mismo “brillo regocijante de una joya elaborada escrupulosamente día a día” que tienen monumentos como *El Deslinde, Junta de sombras*, o delicadas piezas como *Calendario y Tertulia de Madrid*. A las anotaciones de Luis Alberto Sánchez sobre “la vieja herencia humanística” que sustenta la obra alfonsina, añade Gutiérrez Girardot que lo que “de añejo tiene esta herencia desaparece por su nota de modernidad, facundia y juventud que encierran la agilidad y belleza formal de sus páginas”⁵²⁰.

El segundo artículo, “La literatura europea en Hispanoamérica”, aparecido casi un año después, es una breve reseña sobre dos obras publicadas en 1951: “El incansable Alfonso Reyes ha puesto en verso castellano la primera parte de la *Ilíada* (Aquiles, agraviado), y la ha publicado en preciosa edición del Fondo de Cultura con ilustraciones serias de Elvira Gascón”. La segunda reseña está dedicada a *Las antiguas literaturas germánicas*, de Jorge Luis Borges, publicada también por el Fondo de Cultura Económica. Ambas publicaciones aparecen a sus ojos como testimonios de la abierta curiosidad de estos autores por explorar las literaturas del mundo y por darlas a conocer a los países hispanoamericanos⁵²¹. Esta breve alusión es la primera de las dos referencias que durante este período dedica a Borges. Su encuentro con el escritor argentino, decisivo para su formación, se afianzará posteriormente, durante sus años de estudio en Alemania.

⁵²⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “Del taller de Alfonso Reyes”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 28, abril 1952, p. 124.

⁵²¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “La literatura europea en Hispanoamérica”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, pp. 97-99.

Dividida en seis apartados, “La utopía americana de Alfonso Reyes” sigue de cerca el devenir temporal que gobierna el desarrollo de la *Última Tule*, donde los tres tiempos del acontecer histórico (pasado, presente y futuro) se encuentran vinculados a una figura imaginaria anclada en la realidad americana: un país del porvenir cuyas raíces –asentadas en la “trastienda de la prehistoria”– buscan su sentido en la “incorporación de la idea de América al sistema de la historia universal”. Por su nitidez arquitectónica y rápido trazo hemos decidido desarrollar sus contenidos en el mismo orden en que aparecen expuestos, enriqueciendo cada apartado con las correspondientes ampliaciones que posteriormente introduciría en *La imagen*, cuyos contenidos –si bien más ampliamente elaborados– son básicamente los mismos que estructuran “La utopía”. Al final de la exposición analizaremos los nuevos aportes que Gutiérrez Girardot expone al inicio de su libro, consideraciones que se constituye en el aporte más valioso de esta nueva aproximación a su admirado maestro y en una muestra de su “estilo” ensayístico, caracterizado por el uso de las herramientas de la literatura y la filosofía (además de la historiografía y la sociología) en la comprensión crítica de nuestras expresiones ensayísticas y literarias.

Desde sus líneas introductorias a “La utopía”, Gutiérrez Girardot vincula esta noción alfonsina al período renacentista y a la actitud “decidida, generosa y fiel” de dos figuras ejemplares: el Padre Las Casas y del obispo Vasco de Quiroga. “Los experimentos de la Vera Paz y de las soñadas ciudades de Utopía significaron la esperanza en la realización de un mundo mejor⁵²². La misma esperanza y fe que Reyes ha puesto al mirar a través de su prisma humano la naciente realidad americana” (p. 73). Posibilidad de futuro que Reyes retoma de su pasado colonial y que Gutiérrez Girardot relaciona al presente de su maestro mexicano, concretamente al período de entreguerras en que fue concebida la *Última Tule* (1942), cuyos ensayos, escritos entre 1920 y 1941, se encuentran estrechamente vinculados al futuro del continente y a los postulados en torno a la redefinición del papel del *intelectual*

⁵²² Luego de ejercer la encomienda y de haber conseguido una considerable riqueza, Fray Bartolomé de Las Casas renuncia a sus bienes para dedicarse a la defensa de los indios americanos. Debido a esta actitud fue nombrado “Protector universal de todos los indios de las Indias”. Los “experimentos de la Vera Paz” (actuales departamentos de Alta Verapaz y Baja Verapaz, en Guatemala), es una alusión a la “verdadera paz” con la que estos territorios fueron incorporados a la Corona de Castilla y evangelizados sin que mediaran acciones militares, gracias a la intervención de Las Casas, después de que los nativos ofrecieran, en un primer momento, una feroz resistencia frente a las tropas conquistadoras.

El obispo Vasco de Quiroga, conocido como *Tata Vasco* entre el pueblo de los purépechas, fundó varios hospitales en México para la atención de los indígenas.

hispanoamericano en el marco de la llamada “Era de las catástrofes” (1910-1945)⁵²³, postulados expuestos por Alfonso Reyes en uno de los ensayos más destacados de este libro y quizá –podría afirmarse– de la ensayística hispanoamericana del siglo XX: las “Notas sobre la inteligencia americana” (1936). Más adelante volveremos sobre estas “Notas”, por el momento repitamos con el estudiante colombiano la célebre petición expresada por Reyes ante el público que las escuchaba: “Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros” (p. 73). En realidad, añade el colombiano, el Occidente ya contaba con América mucho antes de ser descubierta.

Ahora bien, si el señalado período constituye el telón de fondo sobre el cual nuestro mexicano universal contempla uno de los aspectos de la realidad americana –realidad de la que como veremos nunca se desentiende–, el otro aspecto lo constituye el devenir poético-mitológico del que emerge el destino utópico del continente, trazado en la *Última Tule*: “invención” de poetas y filósofos, *La imagen* no deja lugar a dudas sobre el ámbito desde el cual Alfonso Reyes enuncia su postulado utopista, “lugar” de enunciación que en los términos de su teoría literaria se convierte en un ejercicio de “deslinde” literario: luego de buscar entre las “teorías científicas” la ubicación geográfica de la Atlántida y de indagar entre tanto “patético” y “dislocado episodio” con el que se ha querido resolver el enigma, Reyes elige el “contenido imaginativo” (23). De la tensión entre pasado mitológico y porvenir de Utopía surge para Reyes el continente americano. Por eso el atento estudiante puede afirmar que en cierto sentido, *Última Tule* es una “respuesta a las ideas hegelianas sobre América y su historia futura” (26)⁵²⁴, territorio al que el filósofo alemán traslada las potencialidades de nuestro continente como reino de lo posible. Por eso Reyes no intenta probar ninguna teoría científica, ni historiográfica o histórico-filosófica sobre el Nuevo Mundo, pues como el mismo Reyes escribe, “aquí no nos importa tanto su dosis de veracidad como su explosivo de fantasía eficaz” (p. 26).

⁵²³ Eric Hobsbawm. “La era de las catástrofes” en *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica, 1999, pp. 28-228.

⁵²⁴ “Por consiguiente, América es el país del porvenir. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica, acaso en la lucha entre América del Norte y América del Sur. Es un país de nostalgia para todos los que están hastiados del museo histórico de la vieja Europa” (G. W. F. Hegel. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (1830). Madrid: Alianza, 1985, p. 177).

Veamos ahora los sucesivos apartados que conforman “La utopía”:

1. “Prefigura de América”

Necesidad de la mente, anhelo milenario, la imaginación europea vio en la Atlántida el “Presagio de América”. Así titula Reyes el primer capítulo de la *Última Tule*, despliegue erudito que sirve a Gutiérrez Girardot para introducirnos en el devenir de esta fascinante aventura: “Ya desde Platón, y aún en Egipto antes que él, la Atlántida, prefigura de América, se hará presente en el pensamiento occidental” (p. 74). Este largo derrotero, que resume en condensadas líneas, tiene su inicio en Egipto, continúa luego en Platón y Aristóteles, es recogido posteriormente por los neoplatónicos, atraviesa la Edad Media con Ramón Lull, brota en los poetas del Renacimiento, en Colón, en la *Imago Mundi* del cardenal Aliaco⁵²⁵. Y como marco, los viajes comerciales de Marco Polo, que provocaron el “*misticismo geográfico*, los *humanistas militantes* [...] *los viajeros no humanistas por profesión que parecían moverse bajo las instrucciones expresas de los humanistas*”. Así iba desplazándose la Atlántida, esforzándose por “*adoptar los contornos mismos de América*”, hasta alcanzar, ahora encarnada en una América recién descubierta, los perfiles de Utopía, ya en la obra de Tomás Moro, en el Imperio jesuítico del Paraguay⁵²⁶ o en las utopías sociales emprendidas por el obispo Vasco de Quiroga a través de la fundación de sus “*hospitales-pueblo*”, experimento evangelizador alentado por la lectura de la *Utopía* de Tomás Moro⁵²⁷. Para Gutiérrez Girardot el “*ciclo se cierra con Alfonso Reyes*”, quien deja a las generaciones siguientes la tarea de llevar a su cumplimiento las esperanzas en un mundo mejor, pues si el destino de América está “*determinado por su origen*” utópico, su “*configuración y su tarea*” (p. 74) lo está por este mismo destino.

En el apartado de *La imagen* titulado “América, invención de poetas y filósofos”, Gutiérrez Girardot introduce nuevas consideraciones sobre la relación de Reyes con el

⁵²⁵ Pierre d'Ailly, en latín *Petrus Aliacensis* o *Petrus de Alliaco* (1351-1420). Geógrafo y teólogo francés. Autor del libro *Imago Mundi* (Imagen del mundo), tratado cosmográfico que Colón conoció y que ejercería una decisiva influencia en sus viajes de descubrimiento.

⁵²⁶ Referencia a las “misiones” o “reductos”, avanzadas de la Compañía en territorios distantes en las que los indios eran adoctrinados por medio de la persuasión y formados profesionalmente con el fin de preservar su identidad cultural y asimilarlos pacíficamente. Inspiradas en los “resguardos” indígenas, las misiones se regían por los principios de cooperativismo y autonomía que regían estas comunidades. La expulsión de los jesuitas de España y sus colonias (1768) determinó la desaparición de estos utópicos experimentos.

⁵²⁷ Cabe anotar que en la España medieval, el término “hospital” se entendía en un sentido mucho más amplio que el designado en la actualidad. Consistían en instituciones de carácter caritativo, que servían para dar educación y cobijo a los pobres y desamparados, atención a los ancianos y a los enfermos y, además, como lugar de refugio para los peregrinos. Su fin primordial consistía en inculcar a sus congregados tanto la doctrina cristiana como los principios básicos para la buena convivencia. La concepción básica y las directrices generales para la organización de los hospitales-pueblo estuvieron inspiradas en la famosa *Utopía* de Tomás Moro (1516).

período renacentista, momento en que el sueño milenario de la Atlántida adquiere su formulación más característica:

Todas estas imaginaciones dan al Renacimiento un carácter especial, son uno de los caracteres de la época renacentista. Por ello no ha de ser extraño que Alfonso Reyes, un humanista de la familia de Erasmo y de los renacentistas, prolongue a su manera esta tradición, con el título senequista de *Última Tule* (p. 25)⁵²⁸.

Mucho debió influir en el devoto estudiante madrileño la concepción “humanista” de Reyes –de la cual, como se ve, tenía plena conciencia–, toda vez que dicha concepción, como veremos más adelante, se encontraba estrechamente relacionada con la positiva revaloración que tanto Reyes como Pedro Henríquez Ureña dieron a la cultura y a la literatura española. No desde una óptica religiosa o a favor de un caduco ideal de “hispanidad”, sino porque ella forma “parte esencial de la cultura humana”.

2. “Rasgos del Nuevo Mundo”

Para Gutiérrez Girardot tres rasgos esenciales distinguen la visión alfonsina del continente recién descubierto: la “nueva ciencia” –preludio de la época moderna, contexto histórico en el que tiene lugar el descubrimiento–; la constitutiva “universalidad” del hombre americano –debida a su condición de cultura tardía y subalterna–, y nuestro “abolengo hispánico”.

a) Nueva ciencia

“América aparece en el horizonte de la cultura cristiana, precisamente en el momento en que, al declinar la Edad Media, el hombre se ha quedado sin Dios” (“La utopía”, p. 74), la cita –tomada de los *Fundamentos de la historia de América* (1942), de Edmundo O’Gorman–, abre el contexto histórico en que tiene lugar el descubrimiento: el horizonte de la nueva ciencia. Orientada tanto por la física como por la mirada de quienes operan en el Nuevo Mundo, la actitud general es “análoga a la del moderno tipo intelectual”, para quienes el Nuevo Mundo tiene propiedades y características semejantes a las de la nueva ciencia, a la que Ortega define como “un saber a priori confirmado por un saber a posteriori” (p. 75). De este carácter de confirmación participa América en la mente del europeo, añade Gutiérrez Girardot. Bajo esta ley operan tanto el pensamiento “involuntariamente moderno” de Fray

⁵²⁸ Referencia al final del coro que cierra el Acto II de la *Medea* de Séneca: “Vendrá una edad, allá, en los tardíos años, en que el Océano ha de aflojar los ataderos de las cosas todas, se abrirá la ingente tierra, la mar destapará nuevos orbes y no será ya el fin de las tierras Tule” (trad. Miguel de Unamuno). Esta predicción de un nuevo mundo al otro lado del mar, despojaba a las lejanas y misteriosas tierras septentrionales de Tule de su condición de frontera del mundo conocido por los antiguos. De aquí que Alfonso Reyes pueda dar a América el “título senequista de *Última Tule*”.

Bartolomé de Las Casas –quien lleva a cabo lo que Edmundo O’Gorman llama “*la conquista filosófica de América*, pensándola con esta actitud y en este estilo” (*La imagen*, p. 28)⁵²⁹– como las polémicas en torno a la naturaleza del indio americano, pues el europeo “tenía que comprobar la identidad de naturaleza” para dar lugar a las “esperanzas en un mundo mejor”. También encontrarían su sitio en este horizonte de comprobación la ley misionera que Las Casas experimenta en la Vera Paz y el imperio teocéntrico de los jesuitas en el Paraguay y la *Utopía*, de Moro, “que *la transporta y vincula al hecho de nuestra América, campo que siempre pareció propicio a los renacentistas para nuevos ensayos en busca de una sociedad más feliz*” (p. 75). Ejemplos, entre otros, que suministra el ensayista colombiano, caracterizados por un “marcado carácter experimental”, algunos de los cuales constituyen para Reyes antecedentes de un “*empírico socialismo de Estado*”. “Modernidad y comprobación” se convierten entonces para el europeo en los “rasgos del Nuevo Mundo” que determinarían los caminos de su historia y que más influirían en la misión de América.

b) Cosmopolitismo

Para Reyes, la variada composición racial de nuestros pueblos y el intenso mestizaje producido por el contacto con el hombre europeo hace del Nuevo Mundo un “saldo histórico”, un extraordinario laboratorio de “síntesis humana”. Llegados tarde al “banquete de la civilización” en momentos en que decaía el Imperio Español, el hombre americano se ha visto abocado a buscar fuera de las “órbitas nacionales” sus alimentos culturales. Esto ha moldeado nuestro característico internacionalismo, nuestra ya innata vocación cosmopolita (p. 75).

Un interesante elemento que bajo este aspecto Gutiérrez Girardot introduce en *La imagen* es el latín, idioma común que deja su huella indeleble en la lengua y en el pensamiento de los pueblos hispánicos. “*Hasta hoy las únicas aguas que nos han bañado son [...] las aguas latinas*”, escribe Reyes. Esto nos hace miembros de la latinidad, por ello la lectura de Virgilio “*cultiva el espíritu nacional [...] es fermento para la noción de la patria*” (p. 31).

⁵²⁹ En su ensayo “Rubén Darío y Madrid”, el ensayista colombiano retorna a estas lecturas juveniles (específicamente a las consideraciones de O’Gorman en torno a la involuntaria actitud “moderna” de las Casas y las de Reyes sobre nuestras posibilidades de incorporación al gran contexto de la Historia) para situar la actitud de Darío frente a una “secular tradición europea que había considerado el mundo hispánico como inferior” o simplemente “exótico” –motivo por el cual ni Merimée ni Keyserling hubieran podido “apropiarse” de España e Hispanoamérica– impidiendo, en consecuencia, “lo elemental” para esta *apropiación* o asimilación: “el respeto lascasiano” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Rubén Darío y Madrid” (1993) en *Heterodoxias*. Bogotá: Taurus, 2004, p. 64).

c) Lo hispánico:

El empeño que Reyes, junto con Pedro Henríquez Ureña, entre otros, pusieron en descubrir lo hispánico se constituyó para nuestro joven estudiante en la definitiva consolidación de su arraigo a la tradición española. Representación de la existencia elaborada por el pueblo “más fecundo del que se tenga noticia”, el “abolengo hispánico” que nos caracteriza y de cuyo valor universal “*no podría prescindirse sin una espantosa mutilación*” (“La utopía”, p. 75), forma para Reyes una parte sustancial de nuestro constitutivo cosmopolitismo. Creaciones esenciales del espíritu humano, quien ignora sus producciones literarias “está fuera de la cultura” (p. 76). Esta afirmativa reincorporación de lo español a los bienes de la cultura hispanoamericana conllevaba –como expresa en la *Última Tule*– la afanosa búsqueda de nuestra unidad perdida, “sabor hispánico” que puede otorgarnos, aparte de la mencionada universalidad, “la soñada armonía y coherencia de sus pedazos”. Una unidad del espíritu que “tarde o temprano” –y esto es decisivo– se “resolverá en una unidad de acción política y en una *armonía racional económica*”, pues esta vez el saber habrá precedido al acto y será la “comunicación puramente espiritual la que provoque, en su decurso, efectos políticos” (p. 76).

Esta concepción humanista –que Alfonso Reyes apoya en la “función unificadora” que “la inteligencia tiene por naturaleza” (*La imagen*, p. 38), y que le permite sostener su confianza en el papel de la inteligencia como motor de cambio social⁵³⁰, movilizaría en buena medida la orientación social y política que orienta el trabajo intelectual del estudiante colombiano.

⁵³⁰ “En primer lugar debemos hacer el inventario más preciso posible de lo irreparable”. Con estas palabras el ensayista George Steiner inicia el recuento de los tres axiomas que a su juicio sostenían las “formas internas” de civilización occidental y que luego de la Primera Guerra Mundial –durante el período de entreguerras– comenzaron a perder su incuestionable evidencia: el eurocentrismo; la noción de progreso; y un “tercer axioma al que ya no podemos apelar sin una extrema reserva: el que relaciona el humanismo –como programa educativo, como un referente real– con la conducta social humana”. Bajo este contexto (y es el contexto bajo el cual debe leerse) la noción humanista de Alfonso Reyes se constituye en una de las últimas manifestaciones de esta optimista concepción. Es evidente que antes de la Segunda Guerra Mundial nadie que haya escrito: “Su principio central era claro: había un proceso natural que iba desde el cultivo del intelecto y los sentimientos en el individuo a una conducta racional beneficiosa para la sociedad”, hubiera podido escribir a renglón seguido: “Hoy sabemos que esto no es así. Sabemos que la excelencia formal y la extensión numérica de la educación no tiene por qué estar en correlación con una mayor estabilidad social y una mayor racionalidad política [...] En otras palabras, las bibliotecas, los museos, los teatros, las universidades, los centros de investigación por obra de los cuales se transmiten las humanidades y las ciencias pueden prosperar en las proximidades de los campos de concentración [...] Hombres tales como Hans Frank, que administraban la *solución final* en la Europa Oriental, eran profundos conocedores de las bellas artes y en algunos casos ejecutantes de Bach y Mozart. Conocemos a gente de la burocracia de los torturadores y de las cámaras de gas que cultivaban el conocimiento de Goethe, que sentían amor por Rilke” (George Steiner. “En una poscultura” (1971) en *El castillo de Barza Azul. Aproximaciones a un nuevo concepto de cultura*. Barcelona: Gedisa, 2001, pp. 83 y 103-104).

Como ya hemos señalado, el sentido utópico de la noción alfonsina de la historia americana queda a cargo de la imaginación: “Imaginemos –dice Reyes– que América fue un día una gran comunidad humana”. A esta Atlántida mitológica añade un segundo intento de cohesión, cuando la historia verifica la unión de dos fuertes razas europeas. “Sajones e íberos se dividen el continente”, pero los imperios americanos de nuevo se fraccionaron y este nuevo ensayo se disgrega con la Independencia. Pero la imaginación de nuevo nos dice que aunque la unidad nunca ha existido, el sueño, sin embargo, sigue obrado como fuerza impulsora y tractora de la historia. “Como fuerza impulsora en el porvenir se llama la Tierra prometida. En el pasado, como fuerza tractora, se llama Edad de Oro” (p. 76)⁵³¹.

Ahora bien, mientras en “La utopía” las consideraciones en torno a nuestro “abolengo hispánico” conforma uno de los tres “Rasgos del Nuevo Mundo”, en *La imagen*, publicada tres años después (debemos repetir), aparecen discriminadas en un capítulo (“El hispanista”) en el que esta decisiva faceta de nuestra autocomprensión se verá enriquecida por el acceso a nuevas lecturas de Reyes que le permiten una mirada más amplia en torno a nuestras relaciones con la Madre Patria. La disposición universalista que nos identifica, insiste nuestro mexicano universal, necesita de esta relación configuradora. Por ello, “*hay que reconciliar a las Américas con su antigua Metrópolis. Hay que descubrir el ideal común, en que España y las Nuevas Españas se den la mano*” (p. 32), escribe Gutiérrez Girardot teniendo a la mano *Tentativas y orientaciones* (1944).

Que la revitalización de esta relación se encuentra en el centro de los idearios formativos de estos años puede verse en el ensayo “España e Hispanoamérica. Apuntes sobre la Hispanidad”⁵³², publicado el mismo año de *La imagen*. Su enfática afirmación sobre la esencial unidad literaria, espiritual y cultural del mundo hispánico: “hablar o escribir sobre

⁵³¹ El concepto bíblico de “Tierra prometida” alienta el anhelo por alcanzar algún día la anhela unidad americana, sueño ya soñado por Bolívar desde el nacimiento mismo de las repúblicas Hispanoamericanas. “Es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo Gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible...” (Simón Bolívar. “Carta de Jamaica” en *Doctrina del Libertador*. Caracas: Ayacucho, p. 84). Su fuerza impulsora radica en su misma ambigüedad: Jehová promete a su pueblo la anhela tierra, de la que “mana leche y miel”... pero sus elegidos nunca han podido llegar.

La idea de una “Edad de oro” se remonta al mito de las Razas de Hesíodo, en el que los Inmortales olímpicos “crearon una raza áurea de hombres mortales. Estos [...] vivían como dioses con un corazón sin preocupaciones, sin trabajo y miseria, ni siquiera la terrible vejez estaba presente...” (Hesíodo. *Teogonía*. Madrid: Alianza, 1986, p. 72). La Edad de oro sería el exacto reverso y complemento de la Tierra prometida. Mientras esta nos aguarda en un futuro incierto, aquella certifica lo que tuvimos pero que definitivamente hemos perdido.

⁵³² Rafael Gutiérrez Girardot. “España e Hispanoamérica. Apuntes sobre la Hispanidad”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 68-69, agosto/septiembre 1955, pp. 236-244.

las *relaciones* de España con Hispanoamérica significa tanto como hablar o escribir sobre el movimiento de un mismo cuerpo”⁵³³, constituyen la plenificación del arraigo a su propia tradición, condición de posibilidad para la asimilación del legado universal, toda vez que sin aquel arraigo no podría verificarse, como hemos señalado, la anhelada asimilación creativa.

A la lectura de *Tentativas y orientaciones* se suman nuevos libros como *Cuestiones estéticas* (1911), *Cuestiones gongorinas* (ensayos escritos entre 1915 y 1923, durante su época madrileña), entre otros, con los que ahondará en nuevas consideraciones sobre la experiencia de Reyes en España. Conocedor profundo de la cultura y la vida españolas, país en que viviría diez años (1914-1924), extraerá de esta experiencia un íntimo conocimiento tanto de su literatura como de su diaria cotidianidad. A Reyes se debe el redescubrimiento de Góngora (1911), representante supremo de lo más cabalmente humano: “El deleite gongorino en la cristalización de la palabra es señal de una sensualidad extremadamente humana: la de la palabra. Desde el día en que Adán puso nombres a los entes de la creación para apoderarse de ellos por medio del lenguaje, la suprema sensualidad humana es la palabra” (*La imagen*, p. 33).

La principal contribución de Reyes a los estudios gongorinos se encuentra para Gutiérrez Girardot en la capacidad para explorar las dos vertientes del poeta cordobés: la puramente estética y la humana. Góngora es uno de los que se ha planteado, a través de la creación por medio de la palabra, “el problema más humano: justamente el de la racionalidad del hombre” (p. 34). Además de su vinculación con la tradición greco-latina, también resalta la confluencia en su obra de lo culto y lo popular, aspecto que Reyes encuentra no solo en el poeta cordobés sino en toda la literatura española, conjunción de “lo universal y de lo autóctono” que venía a sumarse al señalado arraigo de nuestro estudiante a su propia tradición, decisivo para su definitiva asimilación de la cultura universal.

Otros poetas españoles encontraron acogida en la obra de su maestro: el Arcipreste de Hita, Calderón, Lope, Quevedo, Gracián, “hasta Unamuno, Valle Inclán y Ortega y Gasset”⁵³⁴ (p. 35). En todos ellos, como en Góngora, roza siempre el problema de la

⁵³³ *Ibid.* p. 238.

⁵³⁴ A propósito de Ortega, mencionemos una significativa anécdota epistolar que nos muestra un delicado rasgo de la personalidad de don Alfonso, postura ética que tanto influiría en la propia actitud de nuestro ensayista. El incidente comienza con la propuesta de Gutiérrez Girardot para “hacer una selección de sus ensayos sobre Literatura Universal, comenzando por ejemplo con “Las tres Electras”, siguiendo con artículos sobre Virgilio, Góngora, Mallarmé, Juan Ramón, y varios trabajos sobre escritores hispanoamericanos [...], los españoles y europeos lo apreciarían y lo podrían redescubrir. Yo he revisado en estos días los tomos de las *Obras completas* que tengo (hasta ahora poseo hasta el VI) y los otros libros, y veo que la selección de literatura universal daría un tomo bellísimo, y además fundamental. Creo que la selección, hecha con este

“potencia del espíritu y su presencia en el hombre por la palabra”. Este hispanismo, como señala Gutiérrez Girardot, lo “mantiene en unión íntima con México” pero también con la cultura hispanoamericana. Al igual que Pedro Henríquez Ureña, encuentra en Juan Ruiz de Alarcón un ejemplo del “primer mexicano universal”, promesa inaugural del constitutivo cosmopolitismo que como veremos al considerar sus “Notas sobre la inteligencia americana”, contiene uno de los rasgos que caracterizan la inteligencia americana.

Otra cara del hispanismo Alfonsino encuentra el ensayista colombiano en libros como *Vísperas de España* (1937) –recopilación de sus escritos madrileños (1914-1917)–, en los que Reyes recoge sus vivencias a través del “registro de las escenas callejeras, de los paisajes y de los caminos y pueblos de España”, en las que captura lo esencial hispánico. Los barrios bajos nos “explican” a Goya; previstos ya en el Arcipreste, en Cervantes, en Quevedo o Ruiz de Alarcón se encuentran las aventuras y picardías, amoríos y mendicidad, que pululan por las calles de la vivaz capital española.

Como afirma al final de este capítulo, el hispanismo de Reyes, “como toda su obra”, está presidido por los valores que viera encarnados en Góngora: tradición greco-latina, potencia del espíritu por la palabra y un “humanismo” que apela al encuentro entre lo popular y lo culto. Por ello puede afirmar –como dijera en “La utopía”–, que lo español tiene en sí “un valor universal [...] *Las literaturas hispanas, de Europa y de América, no representan una mera curiosidad, sino que son parte esencial de la cultura humana. El que*

criterio universal, resultaría una verdadera joya” (RGG a Reyes. Bonn: 23/2/1959). Al final de la carta, le propone una primera selección de ensayos, entre los cuales incluye unos “Apuntes sobre Ortega y Gasset” que Reyes escribiera a propósito del ensayo de Ortega titulado “Pidiendo un Goethe desde dentro. Carta a un alemán” (1932).

La respuesta de Reyes, fechada 15 días después, es elocuente: “El índice de usted para la selección de ensayos que se propone publicar en Madrid me parece muy bien, salvo un punto que me atrevo a retocar. En la selección tercera, nº5, pone usted “Apuntes sobre Ortega y Gasset”. Debo decirle a usted que Ortega nunca quedó contento de estas notas, y yo no quiero, ni después de muerto, agraviarlo” (Reyes a RGG. México: 6/3/1959).

Los mencionados “Apuntes sobre Ortega y Gasset”, originalmente una carta de Reyes al escritor argentino Eduardo Mallea, comienza así: “Caro Mallea: El Goethe sigue en marcha. Pero voy procurando quitarle todo lo que tiene de efímero, de cosa escrita en tono de objeción o panegírico para un Centenario. Quiero que llegue a un equilibrio. La “Carta a un alemán” de José Ortega y Gasset me ha causado un verdadero arrobamiento, lo mismo que a usted. El gran escritor lo empuña a uno y lo transporta. Pero tiene la elocuencia engañosa de las sirenas. No se deje usted engañar. Ortega es sofisticado y arbitrario. Esto se lo digo a usted en secreto. Esta carta es un desahogo que yo confío a su corazón de amigo, pero no quiero que le dé el aire, porque no quiero tener que sufrir más en mis relaciones con José. Cuando entre él y yo se ha atravesado una pestaña, le confieso a usted que me sentí muy desdichado. Quizá Victoria [Ocampo] también podrá leer esta carta. Yo creo que le pasa con José lo que a mí: yo lo admiro, lo “amo” y no lo aguanto” (Alfonso Reyes. “Carta a Eduardo Mallea sobre el Goethe de Ortega y Gasset” (1932) en *Escolios goethianos (Obras completas XXVI)*. México: FCE, 1993, p. 439). Más allá de posibles “influencias” de esta percepción sobre el joven colombiano, no sobra señalar la similar percepción negativa que ambos tuvieron de Ortega (que en el caso de Gutiérrez Girardot comenzaría a fortalecerse luego de su período de formación en Europa).

las ignora, ignora por lo menos lo suficiente para no entender en su plenitud las posibilidades del espíritu” (*La imagen*, p. 37). Afirmación que reivindica la necesidad de retornar a una España abierta y universal, que supere cualquier vestigio de ciega adhesión o inapelable hostilidad.

3. “Situación del intelectual hispanoamericano”

Siguiendo el ritmo ascendente que gobierna “La utopía”, Gutiérrez Girardot traza en este apartado una ajustada síntesis de las “Notas sobre la inteligencia americana”. Constituyen el fundamento de aquel “humanismo misional” del que hablará en el siguiente apartado, propuesta encaminada a resolver la problemática existencial del hombre contemporáneo. Para Reyes, el actor en el escenario americano es el intelectual, la inteligencia, la cual aparece a sus ojos limitada por varias circunstancias. La primera de ellas es el ritmo de nuestra historia, un *tempo* veloz que nos obliga a un vivir saltando etapas, apresurando el paso para ponernos a la altura de las realizaciones europeas. El resultado es la “*consigna de improvisación*” que ofrecen nuestra literatura y muchos de nuestros productos culturales. Tal es para Reyes, “*el secreto de nuestra historia, de nuestra vida, de nuestra política*”. En última instancia, hasta hoy solo hemos conocido y practicado una técnica: el talento. Por lo demás, las condiciones sociales y políticas impiden la especialización al tiempo que transforman al intelectual, más avezado a la calle, en hombre de múltiples funciones. “Entre nosotros, pues, el sabio tiene que entender el trabajo intelectual como servicio público” (p. 77). Ya hemos insistido bastante en esta inclinación de servicio, que tanto caracteriza el trabajo de nuestro ensayista, vocación que bebiera de manos del mismo Alfonso Reyes, último eslabón de la larga tradición, tan arraigada en Hispanoamérica, de los “hombres de las dos alas: la del espíritu y la de la acción”, de los poetas y generales, como escribiera Darío⁵³⁵.

La celeridad americana comporta, sin embargo un saldo a nuestro favor: “una movilidad y adaptabilidad humana característica”, que dota a nuestra inteligencia de un “impulso de síntesis, de aprovechamientos de saldos culturales” que ahorra revivir procesos intermedios, innecesarios para la resolución de nuestros problemas. Por otra parte, el mundo necesitará de nosotros en el futuro, “tendrá que contar con nuestras *síntesis*, con nuestro *saldo histórico*”. La esperanza de esta generación, que hemos agrupado bajo el “estandarte”

⁵³⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Política y literatura”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 37, enero 1953, p. 82.

de un positivo consenso de autoafirmación continental y universal, encuentra en estas consideraciones de Reyes la gestación de un tipo de hombre

por sobre todo humano. “A veces me pregunto si los europeos entenderán alguna vez el trabajo que nos cuesta a los americanos llegar hasta la muerte con la antorcha encendida [...] estos se matan a sí mismos en un esfuerzo sobrehumano de superación, para adquirir el derecho de asomarse al mundo”. Bajo tal o cual mediocre americano, bajo tal o cual escritor que ejerce su vocación sin aspavientos y en sus ratos robados al trabajo por los *alimentos terrestres*, se esconde el racimo de virtudes de una profesión superior a todas, la profesión de hombre (*La imagen*, p. 43-44).

Bajo la superficie de lo humano americano, se esconde, pues, lo humano mismo, lo humano en su más prometedor posibilidad, concepción que sintetiza el núcleo del pensamiento alfonsino, pues como anota nuestro estudiante, “su gran preocupación es la de salvar al hombre y así, salvar a la cultura” (p. 77). Es el despliegue de un nuevo humanismo, de un humanismo “activo”, “misional” que la obra de Alfonso Reyes propone al intelectual americano, encargado de brindar orientación a las generaciones futuras. A la luz de las citadas consideraciones de George Steiner sobre la quiebra del ideal humanista, los postulados de nuestro mexicano universal adquieren una nueva significación cuando el mismo Steiner, más adelante, manifiesta una “esperanza” que vendría a coincidir, cuatro décadas después, con los postulados de Alfonso Reyes: la cultura occidental "solo puede resucitar por obra de una violenta transfusión de esas energías, de esos modos de sentir propios de los pueblos del “tercer mundo”. Ellos tienen verdadera “alma”, ellos poseen la belleza de la negrura y el eros”⁵³⁶. Palabras que a pesar de su “buena voluntad”, vuelven a ponernos en guardia –como ya nos alertaba Jean Franco– contra este tipo de consideraciones, que empecinadamente siguen viendo en la vida “espontánea e intuitiva” de los hispanoamericanos misteriosas virtudes que tarde o temprano tendrían su recompensa⁵³⁷.

⁵³⁶ George Steiner. “En una poscultura” (1971) en *El castillo de Barza Azul. Aproximaciones a un nuevo concepto de cultura*. Barcelona: Gedisa, 2001, pp. 87. Se trata, en última instancia, de la fosilizada mirada exotista con la que los europeos siguen contemplando las expresiones culturales hispanoamericanas, visión estrecha a la que Gutiérrez Girardot dedicaría una permanente atención, pudiendo afirmarse, de hecho, que su trabajo intelectual –concebido desde el corazón mismo de Europa– es una implícita lucha contra esta empecinada percepción. Baste un ejemplo de esta actitud, extractado de una de sus conversaciones con el doctor Correa Tascón: “A García Márquez lo han malentendido. Pero el malentendido les queda muy bien porque les satisface una manera patética de ver las cosas, ¿no? El Nuevo Mundo siempre ha sido el Nuevo Mundo. Nunca ha tenido historia. Entonces lo que cuenta García Márquez, según los alemanes, es la génesis de un continente y eso es absolutamente falso, pero dígame Ud. a los alemanes que eso no es así” (1-2000).

⁵³⁷ Jean Franco. *Historia de la literatura hispanoamericana. A partir de la Independencia*. Barcelona: Ariel, 1993, p. 202.

4. “Humanismo misional”

El joven Gutiérrez Girardot comprende que el nuevo humanismo postulado por Reyes se encuentra “entrañablemente unido a la actual crisis de la cultura” (p. 78). Frente al deterioro moral y ético del centro civilizador del que habíamos tomado nuestra orientación, frente al fracaso del saber especializado para detener la catástrofe que significó para el Occidente la Segunda Guerra Mundial, Reyes propone un “humanismo misional” que adquiere las directrices de un programa: un humanismo que obedece, en efecto, “a la temática del humanismo del Renacimiento en la preferencia del sentir y del obrar sobre el saber aislado; en la insistencia del internacionalismo, de la universalización, en última instancia, cosmopolitismo; en el rechazo de la *bárbara* especialización; en la marcada preocupación por el hombre”. En la realización de este “programa” se encuentra la posibilidad de que el Nuevo Mundo se incorpore definitivamente a la historia de Occidente (p. 78). América tiene la misión de continuar y conservar la cultura occidental en la crisis presente, tarea que se presenta a los ojos de Reyes como un “*imperativo moral, como uno de los tantos esfuerzos por la salvación de la cultura*” (p. 79). Aún en el caso de una “posible destrucción bélica de Europa”, América atesora la esperanza de que siga sobreviviendo en esta “Tierra prometida. Es, pues, un programa de continuidad de las conquistas humanas”. En última instancia, como escribe en *La imagen*, el humanismo de Reyes es un “esfuerzo por la salvación terrenal del hombre” (p. 45).

Las similitudes que Gutiérrez Girardot pudo percibir entre el humanismo de Reyes como “incorporación de América a la Historia” y la “conquista filosófica de América” llevada a cabo por Fray Bartolomé de Las Casas (O’Gorman)⁵³⁸, demuestra la rapidez y claridad con la que el estudiante madrileño pudo percibir, bajo la corriente del pensamiento de Alfonso Reyes o de Pedro Henríquez Ureña, la pervivencia de una tradición que en ellos (por ellos) aún continuaba vigente, una tradición cuya palpitante actualidad era importante conservar –no por su condición de “ilustre” o “meritorio” pasado–, sino con el objeto de incorporar su pensamiento al flujo vivo de la historia americana. Bajo este aspecto, la vida y

⁵³⁸ Con esta expresión, como anota Gutiérrez Girardot, se refería O’Gorman al bautizo “ontológico” del Nuevo Mundo, cuyo descubrimiento acaece justo en el momento del declinar de la Edad Media y el surgimiento de la nueva ciencia, cuyo fundamento Gutiérrez Girardot ejemplifica con la definición de Ortega: “un saber *a priori* confirmado por un saber *a posteriori*”. “Involuntariamente” moderno, Las Casas lleva a cabo la “conquista filosófica de América” pensándola desde los presupuestos de la nueva ciencia. Para aquellos que llevaron a cabo esta conquista, América era un “saber confirmado”. Esta había sido una “especie de saber *a priori*”, una especie de “hipótesis imaginada”. De este “carácter de confirmación participa el mundo nuevo en la mente del europeo” (*La imagen*, pp. 27-28).

obra de nuestro ensayista se nos revela como el apasionado y sistemático esfuerzo por dar espacio, continuidad y sentido vital a nuestra tradición, siempre a la luz de su consustancial vinculación con la herencia europea.

Paradoja de su formación intelectual, este fervoroso anhelo por dar voz a los grandes “olvidados” de América terminaría posibilitando, sin embargo, aquellos “destiempos” que lúcidamente advierte el ensayista Juan Guillermo Gómez en la obra del crítico colombiano:

Rafael Gutiérrez Girardot llegó a destiempo a la vida de la crítica literaria en América Latina. A diferencia del magnífico Ángel Rama, no se adaptó a los “vientos de la época”, vale decir, no se hizo el intérprete más audaz del *boom* novelístico de los cincuenta y setenta, y a despecho de un público alemán ansioso de las novedades literarias, se mantuvo firme dentro y fuera de la cátedra en afirmar, polémica y no pocas veces agriamente, la indeleble impronta de los “arquitectos” de la cultura literaria latinoamericana⁵³⁹.

Objeción que por supuesto debe atenderse, siempre y cuando se haga en los propios términos de una obra que con fundamentadas razones rechazó una crítica –como la de los llamados “formalismos”– que a su juicio privaba a la literatura de su sustancia histórica, alejando a los lectores de la parte más rica y sustancial de la experiencia literaria. En consecuencia, “su voz permaneció apagada [...] en medio de una ofuscación crítica, de unas imposturas estéticas y de un clima ideológico exhibicionista” que, como era de esperarse, no supo sacar provecho de su “lección marginal”. Siguió –con su actitud de lúcido pero corrosivo polemista– manteniéndose al margen, con la confianza de que “la lección estaba dada, pero no comprendida”. Él no había, como Hegel, intentado “enseñar a la filosofía a que hable en alemán”: persistió en el propósito de que la crítica filosófica y literaria que de Bello conduce a Reyes, “siguiera hablando en español”. O como escribe Gómez García, en el propósito, alentado y logrado por él desde sus tempranas colaboraciones para la revista *Mito* (1955-1962), de que en adelante, “resultara infinitamente más difícil dar a la vulgaridad la apariencia de oración profunda”⁵⁴⁰, vulgaridad que en su recio lenguaje no era otro que el practicado por los sacerdotes de la capillas formalistas.

En su evaluación del llamado *boom* de la literatura hispanoamericana –ensayo significativamente titulado: “Los olvidados. América sin realismos mágicos”, Gutiérrez Girardot pondría en cuestión, con fundadas razones, la tradicional filiación de Juan Carlos Onetti o Gabriel García Márquez a un novelista como William Faulkner. “Puede ser” que el

⁵³⁹ Juan Guillermo Gómez García. “La imagen de América Latina en Rafael Gutiérrez Girardot”. Medellín: *Estudios de Filosofía* 33, enero/junio 2006, p. 11.

⁵⁴⁰ *Ibid.* p. 11-12

novelista norteamericano “haya suscitado en ellos temas o estilos”. Sin embargo, para que esto fuera posible fue necesario que “existiera previamente una situación de receptibilidad de tales influencias”, sin las cuales, como ya hemos señalado, no hay “influencia” posible. Para Gutiérrez Girardot esta situación la crearon, entre otros, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, el “inspirador” estos dos, José Enrique Rodó, Rubén Darío y “más inmediatamente Eduardo Mallea y lo que representó la revista *Sur*”, cuyo grupo no hizo otra cosa que “lo que hicieron Marx y Lenin: conocer el mundo, ponerse al día, ampliar el horizonte”. La señalada “recepción” de Faulkner por Onetti y por García Márquez, “que aún está por precisar”, es menos importante que el largo proceso de la literatura hispanoamericana, proceso

iniciado por Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento en el siglo pasado, planificado por José Martí y Rubén Darío y ya en la aurora del siglo presente por José Enrique Rodó, y que por encima de las vanas disputas entre los “hispanistas” como José de la Riva Agüero y los “indigenistas” continuó en Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, en Mariano Picón Salas y Eduardo Mallea, en Jorge Luis Borges y Agustín Yáñez entre otros más⁵⁴¹.

Solo teniendo a la vista la coherencia interna de este proceso y sus “olvidados” maestros; el profundo enraizamiento del ensayista colombiano a este devenir fundacional adquirido durante sus años de formación en España (posteriormente en Alemania) y la temprana conciencia de que su labor debía inscribirse en la continuidad viva de esta tradición... solo teniendo a la vista estos ineludibles presupuestos, repetimos, las anotaciones de Gómez García podrán arrojar todas sus latentes posibilidades críticas.

5. “República platónica”

Para la realización de este humanismo misional, Alfonso Reyes postula la necesidad de establecer un diálogo hispanoamericano para la construcción de un “sentido ibérico, internacional y autóctono” (p. 79) del continente. Para alcanzar esta ambiciosa meta se impone la necesidad de incorporar, de la mano de nuestro hispanismo y cosmopolitismo, a las grandes masas indígenas y salvar así lo vivo de sus tradiciones. Solo a través de esta basta incorporación de los elementos constitutivos de nuestro ser histórico, podemos aventurarnos a “salvar íntegramente al hombre, a la humanidad”.

Los encargados de dirigir esta “República platónica” serán los intelectuales, quienes conocen nuestra tierra, “su realidad y su destino”. Ellos saben de la “inutilidad de querer apoderarse de la realidad antes de conocerla”. Hombres de acción y de disciplinas

⁵⁴¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Los olvidados. “América sin realismos mágicos”. Barcelona: *Quimera* 46-47, febrero 1985, pp. 91-92.

científicas, serás los guías naturales de nuestros pueblos. En *La imagen* volverá sobre los atributos que hacen del intelectual hispanoamericano la persona ideal para esta tarea. Es cierto que este ha logrado imponer, para su oficio, “una cierta normalidad”, horizonte de posibilidad de una futura profesionalización de su tarea, lo que no quita verdad a la aseveración de Reyes: el intelectual americano “busca la coordinación, en su vida, de estos dos ejercicios: el auténtico de hombre y el fiel de su vocación intelectual” (p. 44). Esta es, para Reyes, en última instancia, una de las caras del verdadero humanismo.

6. “La ciudad de utopía”

Arriba finalmente Gutiérrez Girardot a la “ciudad de utopía”, destino final del viaje emprendido por el platónico Alfonso Reyes: “Con el intelectual en la cima de la pirámide social, todo dirigiéndolo y, como representante de la solidaridad del espíritu, todo modelándolo y transformándolo, América puede estar dispuesta a dar en el mundo del espíritu, algo así como un *golpe de estado*” (p. 80).

Las condiciones descritas a lo largo del ensayo –desde las nociones utópico-mitológicas de nuestro continente como proyección europea del sueño de un mundo mejor, pasando por las realizaciones de un empírico “socialismo de Estado” (Vasco de Quiroga, las Misiones de la Compañía, etc.), hasta la idea de un nuevo humanismo como posibilidad de salvación del hombre–, constituyen los fundamentos de esta “revolución americana”. Su bitácora de viaje es voluntad de futuro. Como en la *República* de Platón, de donde extrae las ideas esenciales que impulsan su pensamiento, la verdadera ciudad de utopía habita en nosotros mismos. Cada uno debe buscar a América “dentro de su corazón” porque ella será “lo que nosotros queramos que sea” (p. 81). Desde la historia, desde la mitología, desde la imaginación, para Alfonso Reyes América “fue siempre una utopía, la esperanza de una república mejor, y en seguirlo siendo está su sentido”⁵⁴².

La confianza de Reyes en el poder del conocimiento como herramienta de transformación social lo sitúa de lleno, como hemos visto, en una tradición humanista de la que ya poco (casi nada) ha quedado. Los tiempos, luego de la Segunda Guerra Mundial, han cambiado dramáticamente. Nuestro devoto estudiante lo sabe, pero al margen de las críticas que puedan hacersele

a su humanismo, a las soluciones inmediatas políticas y culturales que cree adecuadas a las necesidades del mundo actual –algunas llenas de acierto–, debe apreciarse ante

⁵⁴² Alfonso Reyes. “Goethe y América” (1932) en: *Grata compañía (Obras completas XII)*. México: FCE, 1960, p.78.

todo su profunda fe, el ejemplo de un verdadero amor y la lección y el estímulo de su gran conocimiento de América. Bien sabe Reyes que solo hay plena responsabilidad donde hay pleno conocimiento (p. 81).

Compromiso ético e intelectual de su admirado maestro, que sumado al encantador despliegue de elegante erudición y delicada cortesía orientarían la vida y el trabajo del ensayista colombiano, tareas en la que Reyes viera encarnadas las mejores posibilidades de lo que él mismo llamó la inteligencia americana.

La exposición de los contenidos de la *Última Tule* que Gutiérrez Girardot acomete en *La imagen de América en Alfonso Reyes* no aporta, como hemos visto a lo largo de estas páginas, cambios sustanciales a “La utopía americana de Alfonso Reyes”. Ambos trabajos adelantan un juicioso “resumen” de aquel libro ejemplar (más detallado, en virtud de su extensión, en *La imagen*). Será en sus tres primeros capítulos de este ensayo –en los que convoca las lecciones de algunos filósofos: Zubiri, Heidegger y Hegel– donde encontraremos el verdadero aporte del joven Gutiérrez Girardot a la comprensión del trabajo de su maestro Alfonso Reyes. Sucintamente considerados, estos capítulos abordan: 1) Las “experiencias” que posibilitaron su concepción del continente americano; 2) Los conceptos que fundamentan su “método” estético-literario; 3) Los preconceptos con los que los europeos –Hegel en especial– han construido sus ideas de América.

1. “La experiencia americana”

Para Gutiérrez Girardot, la imagen de América de Alfonso Reyes surge de la confluencia de tres profundas vivencias, tres “experiencias americanas” vividas “a lo largo y a lo ancho del mundo, en lo hondo del espíritu y de la historia occidental” (*La imagen*, p. 12). La primera de ellas surge de su íntima relación con su pasado hispanoamericano, piedra de toque que vincula nuestro presente con la obra de aquellos hombres que son nuestro pasado. Refiriéndose al tema del tiempo histórico, escribe Gutiérrez Girardot:

Xavier Zubiri ha afirmado que el estudio del presente es, en cierta forma, el estudio del pasado, no porque el pasado se prolongue en el presente, sino porque este es el conjunto de posibilidades a las que el pasado se redujo al desrealizarse⁵⁴³. No parece, pues, del todo desacertado buscar un camino, una explicación provisoria del presente, en la reflexión sobre el pasado hispanoamericano más entrañable. El que Alfonso Reyes llama *pasado inmediato* (p. 7-8).

⁵⁴³ “Zubiri, Xavier. “Grecia y la pervivencia del pasado”. En: *Naturaleza, Historia, Dios*. Madrid, Ed. Nacional, 3ª ed., 1955”.

De la vitalidad de este pasado, ámbito de su primera experiencia americana, surge la necesidad de incorporar el pensamiento de sus hombres “al cuerpo mismo de la historia americana” (p. 8). Son ellos quienes han hecho posible la existencia de una “auténtica cultura hispanoamericana”, autenticidad que nuestro estudiante encuentra en la simultánea condición “americana y occidental” (p. 9) de su legado.

La precoz madurez y abierta curiosidad que caracteriza sus primeros trabajos, va a permitir a Reyes encontrar un saludable equilibrio entre lo nuevo y lo viejo. Así, mientras la gran mayoría de los escritores e intelectuales buscaban en las más recientes técnicas europeas los instrumentos para renovar el mundo literario y destronar el “descolorido positivismo y abrir las puertas al siglo XX”, Reyes decidió ir a las raíces de la cultura occidental. Es lo que explica la simultánea aparición –al lado de trabajos como “*Los Poemas rústicos* de Manuel José Othón” (1910) o “Sobre el procedimiento ideológico de Stéphane Mallarmé” (1909), acercamientos a los ámbitos literarios de México y Francia– de su primera incursión en la Grecia clásica: el ensayo sobre “Las tres Electras del teatro ateniense” (1908), “afición” que nunca lo abandonaría. Con este ensayo primerizo, como anota Gutiérrez Girardot, Alfonso Reyes revivió “el mundo clásico y puso a flotar en el ambiente espiritual hispanoamericano lo esencial y ejemplar de ese pensamiento y esas formas de ver el mundo, devolviéndole a Hispanoamérica una tradición que vitalmente le pertenecía” (*La imagen*, p. 10). Consciente de la vocación cosmopolita de Hispanoamérica, alentado por la convicción de que todas las “visiones parciales, por inarmónicas, son ficticias”, Alfonso Reyes sumaría a sus acercamientos a la Grecia clásica, el empeño –junto a Pedro Henríquez Ureña– por descubrirnos una España nunca antes considerada “con tanto amor y conocimiento”⁵⁴⁴. Lo demuestra la publicación, dos años después de las “Tres Electras” (1908), de su ensayo “Sobre la estética de Góngora” (1910), su primer acercamiento al poeta cordobés. Trabajos que aparecerían publicados en *Cuestiones estéticas* (1911)⁵⁴⁵, libro inaugural aparecido ante de su salida para España, donde además de los

⁵⁴⁴ Alfonso Reyes. “Pasado inmediato (1939) en: *Pasado inmediato (Obras completas XII)*. México: FCE, 1960, p.211

⁵⁴⁵ Publicados igualmente en *Cuestiones estéticas* (1911), por aquellos mismos años escribió su primer acercamiento a Goethe, “Sobre la simetría en la estética de Goethe” (1910) y “*La Cárcel de amor* de Diego de San Pedro, novela perfecta” (1910). García Calderón, quien escribe el “Prólogo”, supo ver en este libro el “anuncio de una hermosa epifanía [...] Alfonso Reyes es un efebo mexicano: apenas tiene veinte años [...] Es magistral, entre todos los artículos de Reyes, su estudio de las tres Electras, de delicada psicología y erudición amena. Su prosa es artística y a la vez delicada y armoniosa. Ni lenta, como en sabios comentadores, ni nerviosa, como en el arte del periodista. De noble cuño español, de eficaz precisión, de elegante curso, como

campos de la literatura y la cultura, “recorre los de España, conoce sus costumbres y vive con ellos toda la tradición hispánica. Son los diez años (1914-1924) que atesoran, “llamémoslos así, su segunda experiencia americana” (pp. 10-11).

Sus posteriores vivencias en París, Buenos Aires y Río de Janeiro atesoran los años de un peregrinaje donde “redondea su visión del Occidente y de América”, aprovechando su mirada desde “el centro y los extremos del Nuevo Mundo, entre los cuales se mueven los matices y las épocas de la Historia Universal”. Su posterior reencuentro con México, tras estos años de “*americanenía andante*”, constituye su tercera “experiencia americana”. En su tierra natal recoge todos los frutos de estas intensas experiencias. Son el equipaje para la conformación de su imagen de América. Con ellas puede plantearse la “pregunta por el ser” de su continente, para lo cual, como escribe Gutiérrez Girardot, le hubieran bastado sus interiores suscitaciones. Pero Reyes no puede mirar la realidad “sin dejar testimonio de ello”. Al igual que la obra de su amado Goethe, también la suya se encuentra configurada por innumerables “trozos de una confesión personal” (p. 12). Así, de dos modos diversos, pero complementarios, ha respondido Reyes a la pregunta por el ser de América: con su obra, en la que circulan todos los motivos que configuran la vida y la cultura de Occidente y

con la creación de una dinámica imagen de América que, constituida por la realidad, sobrepasa, sin embargo, las circunstancias a que se encuentra atada por este soporte real, para servir de fuerza tractora de la historia americana. Con la primera respuesta, Reyes ha mostrado la dimensión universal a que, de hecho, puede y debe llegar la inteligencia americana. Con la segunda señala, en cierto modo, el camino difícilmente recorrido por América hasta alcanzar su dignidad histórica. Pero Reyes sabe de la fragilidad de los programas y no traza, por ello, ninguno. (p. 13).

Se limita a imaginar, añade el joven ensayista, el “rostro del porvenir”, dejando en manos de las “generaciones siguientes” –la suya propia– el manejo de la fuerza contenida en su fértil imaginación.

2. “El poeta y su método”

Como en sus antecesores, los poetas y filósofos que “inventaron” América, esta empresa imaginativa es en Reyes una “empresa poética” (*La imagen*, p. 13). El Nuevo Mundo, que tuvo desde su nacimiento un sentido poético por cuanto fertilizó los impulsos utópicos que la mente europea venía elaborando desde tiempos inmemoriales, ofreciéndole al viejo mundo un nuevo continente para el sueño y el despliegue de nuevas experiencias,

corresponde a un pensamiento delicado y sinuoso” (Francisco García Calderón. “Prólogo” (1911) en *Cuestiones estéticas (Obras completas I)*. México: FCE, 1996, p. 11).

sigue siendo alimentado por la poesía, en el proceso trabajado hacia la conciencia de la verdadera unidad. Una evidencia de ello encuentra Reyes al comparar los logros del orden político y comercial con las “conquistas” –modestas aún (1941)– alcanzadas en el orden teórico por las clases intelectuales de América. “El mutuo conocimiento entre nuestros pueblos ha sido fomentado, sobre todo, por los poetas, únicos capaces de expresar y confrontar los fenómenos de la sensibilidad nacional”. Las estadísticas de los economistas o los informes de las Cámaras de Comercio “resbalan sobre la superficie de las realidades americanas. Pero el ya manifiesto interés de lectores y escritores, tan desarrollado en los últimos años entre unas y otras repúblicas, ese sí que entra en lo profundo de las conciencias, ese sí que crea verdaderos lazos inquebrantables”. Por donde resulta una vez más, concluye Reyes, que la teoría es, en el mundo humano, el motor de la práctica; el pensamiento de la materia; el logos, de la acción⁵⁴⁶.

Más allá de la concepción judaica implícita en estas palabras –un Dios creador de los “cielos y la tierra” por virtud de la palabra (*logos*): “Y dijo Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase la seca: y fue así”–, las palabras de Reyes remiten de un modo directo al “presagio” europeo de una “América” largamente imaginada por el pensamiento mitológico y la fantasía poética, cuyo descubrimiento significó la confirmación, una vez más, de que la imaginación y el pensamiento son el auténtico motor de la materia. Remiten, además, ya lo hemos señalado, a las responsabilidades sociales que la nueva situación política de entreguerras imponía a las naciones hispanoamericanas. “Ante el desconcierto del mundo, ante la obligación que cae de pronto sobre los hombros de América”, las preocupaciones de la inteligencia americana van sostenidas por una interna preocupación social. “La inteligencia americana debe prepararse para el mañana, el pensamiento debe convertirse en el motor del accionar futuro”⁵⁴⁷. Así, en la “empresa poética” del maestro mexicano, confluyen la práctica y la teoría, el logos y un “accionar” que encuentra en la orientación de la inteligencia la dirección de los trabajos que pide la nueva hora del mundo.

Además de una aproximación a la concepción estética que fundamenta la imagen de América de su maestro mexicano, este capítulo nos permite examinar el particular estilo ensayístico del joven ensayista colombiano. Nos referimos al uso de herramientas como la

⁵⁴⁶ Alfonso Reyes. “El diálogo de América” (1941) en: *Los trabajos y los días (Obras completas IX)*. México: FCE, 1996, p.232.

⁵⁴⁷ *Ibid.* p. 233.

filosofía, la sociología, la historia, la teoría literaria, la historiografía y la literatura para dar solidez y fundamento conceptual a sus indagaciones. A esta movilidad por disciplinas diversas debemos las inesperadas relaciones entre saberes y contextos geográficos diferentes, así como la amplitud de una aguda mirada que se constituye en una de las características más destacadas de su modalidad ensayística y en una lección de trabajo para la inteligencia americana.

Comienza su aproximación al “método” poético de Reyes con una afirmación de Novalis: “La poesía es lo absoluto y auténticamente real [...] mientras más poético, tanto más verdadero”, afirmación “no desconocida” por Reyes y cuyo contenido Gutiérrez Girardot aborda desde el “sentido originario” de las palabras poesía () y poeta (), que toma de la filosofía griega y cuyo significado aparece “más cargado de contenido de lo que suele pensarse” (p. 14). Si “poesía” significa “hacer”, entonces el poeta, literalmente, *hace* imágenes. Solo que este imaginar dista mucho de la simple fantasía o del mero juego de la mente, toda vez que el poeta nunca deja de lado la realidad que lo circunscribe sino que, aferrándose a ella, “la imagina para iluminar y desentrañar su aspecto esencial”.

La traducción griega de imagen, aspecto, es *εἶδος* que para Aristóteles corresponde siempre al *λόγος* [palabra]. De ahí que Martin Heidegger haya podido decir que “la esencia de la imagen consista en hacer ver algo”; algo que es la esencia (*εἶδος*) y cuya revelación acontece por la palabra (*λόγος*). En suma: la imaginación poética es un descubrimiento, mediante la palabra, de la realidad (pp. 13-14)⁵⁴⁸.

Para “ilustrar” estos conceptos filosóficos, el estudiante colombiano cita el poema “Los nombres”, de Jorge Guillén:

Albor. El horizonte
Entreabre sus pestañas.
Y empieza a ver. ¿Qué? Nombres.
Están sobre la pátina
De las cosas. La rosa
Se llama todavía
Hoy rosa...

(*Cántico* I, 26. 3ª ed).

⁵⁴⁸ Novalis. *Schriften*. Ed P. Kluckhohn y R. Samuel. II tomo, VI, 468, p. 411. Leipzig, Bibliographisches Institut, 1929. Aristóteles. *Física*, A7, 190 a 16. Heidegger, M. *Vorträge und Aufsätze*. Neske, Pfullingen, 1954, p. 200 [Referencias tomadas del texto de Gutiérrez Girardot].

Cita que nos sirve para ilustrar la señalada versatilidad estilística de nuestro estudiante y que bien puede inscribirse en la mencionada tradición del “ensayo crítico literario cosmopolita”, modalidad que “transmite el conocimiento de autores europeos desde una perspectiva continental-americana y para este continente”⁵⁴⁹ y que tomaría de aquel ilustre legado. Recuerda Gutiérrez Girardot la cita que Reyes hace de Protágoras en alguno de sus estudios helénicos: “La dignidad de la palabra se aprecia por su capacidad pragmática de hacer verosímil lo inverosímil”. Dignidad de la palabra (logos) como descubridor de la verdadera fisonomía de nuestra América, que el mexicano universal nos revela desde su particular concepción de la historia americana: “Cada uno mira el mundo desde su ventana. La mía es la literatura [...] y el suelo en que crece la vegetación de la poesía es el suelo más profundo y cierto de las sociedades humanas”⁵⁵⁰. Su óptica es la de la palabra poética, y en esta palabra, “a través de esta ventana –como señala Gutiérrez Girardot– la inverosímil América se hace verosímil” (p. 15).

En su investigación sobre la inverosímil América, no se resigna Reyes al uso, como hiciera en *El deslinde*, de las arduas definiciones y los “rigurosos tecnicismos”, ni a “arrojar a los pies de mis dioses algunos de mis juguetes más queridos: la venustez de las frases y el deleite de las cadencias”⁵⁵¹. Por eso dará al continente el mismo nombre que en *El deslinde* da a la literatura: un “ente fluido”, metáfora que si allí estaría dando cuenta de la “mudanza incesante”, del “mar de fugaces superficies” al que debe enfrentarse quien se adentre en el estudio del fenómeno literario⁵⁵², aquí estaría designando las dificultades de la empresa “en que se ha empeñado”, motivo por el cual el joven colombiano nos sorprende con la imagen de un Reyes convertido en un nuevo Colón: “Conocedor de la empresa en que se ha empeñado sigue la ruta de Colón, la de los presagios y las adivinaciones. Su esfuerzo tiene los mismos premios que la aventura del descubridor: la visión de la tierra firme y su incorporación a la historia universal” (p. 16). Hermosa y sugerente metáfora en la que creemos percibir el mismo anhelo “aventurero” que moviliza la obra de los grandes maestros americanos del siglo XIX y principios del XX, cuya inaugural (y definitiva) declaración de

⁵⁴⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “El ensayo y la crítica literaria en Latinoamérica” en Luz Mary Giraldo (ed.). *Crítica y ficción: una mirada a la literatura colombiana contemporánea*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio, 1998, p. 120.

⁵⁵⁰ Alfonso Reyes. “Palabras sobre la nación argentina” (1929) en *Norte y sur (Obras completas IX)*. México: FCE, 1996, p. 29.

⁵⁵¹ Alfonso Reyes. *El deslinde. Prolegómenos a la teoría literaria. (Obras completas XV)*. México: FCE, 1997, p. 420.

⁵⁵² *Ibid.* p. 31.

“incorporación” –exigencia de reconocimiento a nuestro “derecho a la ciudadanía universal”– dejaría consignada en aquellas célebres “Notas sobre la inteligencia americana” que leyera en Buenos Aires a propósito del tema “Relaciones actuales entre las culturas de Europa y la América Latina”.

En 1957, dos años después de la publicación de *La imagen*, Gutiérrez Girardot – entonces radicado en la ciudad de Bonn– escribió un ensayo a raíz de la publicación de las antologías *Kritische Fragmente* (1956) y *Schriften und Fragmente* (1957), de Friedrich Schlegel, otros de sus maestros tutelares. Las anotaciones allí consignadas ofrecen interesantes similitudes con las reflexiones sobre Reyes arriba anotadas. Apunta Gutiérrez Girardot que la preocupación de Schlegel por la filosofía penetró toda su actividad crítica, dotándolo de los instrumentos para hacer de esta actividad una ciencia cuyos alcances sobrepasan el mero juicio literario. Fundador de la hermenéutica, a la que nuestro ensayista define como “arte combinatorio de metafísica, poesía, religión y filosofía”, Schlegel exige del trabajo crítico que se sitúe “a la altura de la obra que se ha de analizar”. Pero como esta es (por su misma naturaleza) un “devenir” –“ente fluido”, en el lenguaje de Reyes–, solo cabe para Schlegel el camino de “la adivinación, del arte adivinatorio”⁵⁵³, expresión que nos trae a la memoria el símil utilizado por Gutiérrez Girardot para describir la ruta alfonsina hacia el continente americano: “la de los presagios y las adivinaciones”.

Radicado en Alemania desde 1953, es muy probable que para la fecha de la redacción de *La imagen* (1955) el aplicado estudiante ya conociese las ideas estético-filosóficas del crítico alemán –implícitas en su noción de la poesía romántica como “poesía universal progresiva”⁵⁵⁴–, a la que Gutiérrez Girardot define como “poesía del sacerdocio del artista, de la ironía, de la combinación de poesía y filosofía y, en fin, de un *arte combinatorio que no fue otra cosa que una teoría de la interpretación literaria*”⁵⁵⁵. Es la noción de la que el ensayista colombiano extraerá algunos de los fundamentos de concepción de la literatura y la

⁵⁵³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Friedrich Schlegel: sobre una edición de sus escritos” (trad. Juan Guillermo Gómez García). Barranquilla: *Eidos: Revista de Filosofía de la Universidad del Norte* 19, 2013, p. 172.

⁵⁵⁴ La definición de este concepto se encuentra en el fragmento 116 de los *Fragmentos del Athenäum* (1798-1800), escritos al alimón con Friedrich Schleiermacher, Novalis y su hermano August W. Schlegel. “[116] La poesía romántica es una poesía universal progresiva. Su destino no consiste meramente en volver a reunir todos los géneros separados de la poesía y en volver a poner en contacto a la poesía con la filosofía y la retórica. Ella quiere y debe mezclar tanto como fundir también poesía y prosa, genialidad y crítica, poesía del arte y poesía de la naturaleza, animar y socializar a la poesía, tornar poéticas la vida y la sociedad, poetizar el ingenio y llenar y saciar las formas del arte, con materiales educativos nativos de todo tipo, animándolas mediante las vibraciones del humor” (Friedrich Schlegel. *Fragmentos: seguido de Sobre la incomprendibilidad*. Barcelona: Marbot Ediciones, 2009, p. 145).

⁵⁵⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Friedrich Schlegel: sobre...”, *loc. cit.* p. 170. Subrayado nuestro.

crítica literaria, y que bajo el nombre de “hermenéutica” –como Schlegel la designó– moviliza la solidez conceptual y la plasticidad temática de su ejercicio crítico, aleccionadores ejemplos de las posibilidades de este arte combinatorio.

3. “Hegel, América y Reyes”

Al plácido horizonte imaginario de su América, Reyes debe anteponer la realidad histórica del continente. Utilizando de nuevo las herramientas de la filosofía, Gutiérrez Girardot introduce algunas reflexiones sobre las diversas –en ocasiones contradictorias– actitudes de los europeos ante el descubrimiento del Nuevo Mundo. Desde la admiración minuciosamente registrada en “diarios de navegación, cartas, crónicas e historias de militares y clérigos”, pasando por la duda y la desconfianza, hasta llegar al desengaño y la “calumnia” –denunciada por Edmundo O’Gorman en *Los fundamentos de la historia de América* (1942). Hubo de todo: “exageración en el elogio y reserva en la verdad”. Y si la última escolástica aristotélica no pudo resignarse al rompimiento de su visión del mundo, para cuya defensa dictaminó la “inhumanidad del indio americano”, la visión negativa de los primeros turistas europeos fue la culminación de esta negra visión, inaugurada, como sostiene Antonello Gerbi, por el célebre Conde de Buffon⁵⁵⁶ –“La tesis de la *debilidad* o *inmadurez* de las Américas [...] nace con Buffon a mediados del siglo XVIII”⁵⁵⁷– y por Cornelius de Pauw⁵⁵⁸, quien después de Buffon, llevaría la “denigración de toda la naturaleza americana” a un “insuperable extremo con las *Recherches philosophiques sur les Américains*”⁵⁵⁹–: vencieron

⁵⁵⁶ Georges Louis Leclerc, Conde de Buffon (1707-1788). Naturalista, botánico, matemático, biólogo, cosmólogo y escritor francés. Su monumental *Histoire naturelle, générale et particulière* (36 volúmenes) es un compendio todos los conocimientos de la época en historia natural, geología y antropología. Sostuvo una larga disputa con Thomas Jefferson y otros estudiosos norteamericanos sobre su idea de que en América prevalecía un estado de evolución retardada tanto para las plantas y los animales como para los indígenas.

⁵⁵⁷ Antonello Gerbi. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*. México: FCE, 1960, p. 3.

⁵⁵⁸ Cornelius Franciscus de Pauw (1739-1799). Filósofo, geógrafo y diplomático holandés. Miembro de la corte de Federico el Grande de Prusia. A pesar de que nunca visitó América, en su época fue considerado uno de los grandes especialistas en el Nuevo Mundo. Su visión negativa de América ejerció una considerable influencia en la concepción de los europeos sobre el nuevo continente. Una importante contrarreplica a estas ideas fue la emprendida por el humanista mexicano Francisco Xavier Clavijero (1731-1787), quien vería en sus textos todas las falacias de otros difamadores de América, como Tomas Gage, el Conde de Buffon y Thomas Raynal. Autor de *Recherches philosophiques sur les Américains* (*Investigaciones filosóficas sobre los americanos*, 1768-1769).

⁵⁵⁹ A De Pauw atribuye Gerbi los más brutales e inapelables juicios sobre los habitantes de América: “Si creyera en la bondad de la Naturaleza, sería un rousseauiano y podría adaptar fácilmente la tesis de Buffon a los americanos, hombres imperfectos y relativamente débiles, a semejanza de los animales de su continente, pero amables e “interesantes” a causa de esa misma debilidad. No es así, sin embargo. En contra de Rousseau (a quien recuerda apenas una vez, incidentalmente, y para criticarlo) De Pauw piensa que el hombre solo se perfecciona en sociedad, y que el hombre por sí, en el estado de naturaleza, es un bruto incapaz de progreso”. Más radical que Buffon, su concepción del habitante americano es despiadada: “Bestias, o poco más que bestias, que *odian las leyes de la sociedad y los frenos de la educación*, viven cada uno por su cuenta sin

no solo al benévolo Las Casas, al Padre Vitoria y a Bernardino de Sahagún; también al sueño europeo del “buen salvaje”, que terminaría convertido en un personaje literario.

A este panorama añade Gutiérrez Girardot las especulaciones de Hegel sobre América, algunas de cuyas “depresivas formulaciones” tuvieron fortuna hasta bien entrado nuestro siglo. “Los embriagados de biología se alegraron de encontrar estas perspicaces observaciones en las páginas de una autoridad europea” (p. 17). Menciona entonces el famoso ensayo de Ortega sobre “Hegel y América” (1924), a nuestro juicio menos con la intención de sopesar sus consideraciones que con el propósito de “salvar” las observaciones de Hegel. En efecto, a pesar de afirmar que el ensayo de Ortega “contiene verdades válidas aún para fenómenos hispanoamericanos”, asegura que estas son “menos pías” que las reflexiones de Hegel –que Ortega, anacrónicamente, resume con una simple afirmación: “América no es historia, sino naturaleza”– situación que lo lleva a renunciar a la discusión del ensayo histórico-cultural de Ortega para fijar su atención en las consideraciones hegelianas expuestas en sus *Conferencias sobre la filosofía de la Historia Universal*.⁵⁶⁰ Y si bien estas en nada difieren de los consabidos tópicos inaugurados por Buffon y De Pauw – “América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente en lo físico como en lo espiritual”⁵⁶¹–, al final de sus consideraciones admite, sin embargo, una posibilidad de futuro para el calumniado continente, del que “ahora puede decirse que aún no está acabado de formar. Por consiguiente, América es el país del porvenir. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica”⁵⁶². Por lo demás, en la mencionada renuncia a comentar el ensayo orteguiano creemos percibir un velado distanciamiento del pensador español con el objeto de privilegiar las consideraciones del filósofo alemán, cuyas ideas comenzarían a constituirse, a diferencia de las de Ortega, en referentes fundamentales para el desarrollo de su trabajo intelectual.

ayudarse los unos a los otros, en un estado de indolencia, de inercia, de completo envilecimiento” (Antonello Gerbi. *La disputa... loc. cit.* p. 49-50). Edmundo O’Gorman, por su parte, anota que a este respecto “se distinguió por encima de todos un tal Cornelio de Pauw con sus famosas *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*. Piénsese lo peor y será difícil igualar la imagen del indio que aparece a lo largo de las nutridas páginas de este libro”. Sin entrar en ingratos detalles, “todos los rasgos físicos y morales de los nativos de América. dan pie a interpretaciones tan ligeras como denigrantes” (Edmundo O’Gorman. “Alejandro von Humboldt y la calumnia de América” (1959). México: *Senderos*, abril 2003, p. 93).

⁵⁶⁰ “Hegel. *Sämtliche Werke*. Ed. por G. Lasson. Band. VIII, 1. Leipzig, Meiner, 1920” [Referencia tomada del texto de Gutiérrez Girardot].

⁵⁶¹ G. W. F. Hegel. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (1830). Madrid: Alianza, 1985, p. 171.

⁵⁶² *Ibid.* p. 177.

Harto conocidas resultan las ideas de Hegel sobre el continente americano, en buena medida inspiradas en las descripciones de los viajeros de la época: una naturaleza “débil”; un reino animal “menos fuerte, más impotente”, una especie humana “servil e incapaz”. “La figura del *buen salvaje* es, a los ojos de Hegel despreciable. *Se debe leer en las descripciones de viajes cuánta mansedumbre e inercia, cuánto rastrero servilismo tiene frente a los criollos y a los europeos*” (p. 19). Los misioneros no solo deben indicar a los indígenas los “negocios del día”; a los castos varones debían recordarles sus obligaciones maritales (j)⁵⁶³. Fueron las ideas a través de las cuales Europa construiría, por boca de uno de sus personajes más ilustres, su concepción y sus inamovibles prejuicios sobre las regiones y de los habitantes de América. Sin embargo, y en contra de lo que suele afirmarse, “al no concederle historia, sino expectación de historia”, Hegel situaba a América “en el reino de lo temporal, y no solo en el de la naturaleza, incapaz de historia” (*La imagen*, p. 19). Azorado como tantos otros, incapaz de asignarle un lugar, Hegel hubo de situar a América en el porvenir, pues como historiador solo podía ocuparse del presente y del pasado, y como filósofo solo con lo “*que es y eternamente es*”. La famosa frase: “*América es el país del futuro, en cuyos tiempo, por venir, se revelará su importancia histórico-universal quizá en la lucha entre Norte y Suramérica*” (p. 20), no es para Gutiérrez Girardot un piadoso relego al mundo natural. “Hispanoamérica tiene el carácter de un llegar a ser”: por eso está en el tiempo. Alfonso Reyes se encuentra con estos pensamientos y acepta la concepción hegeliana –herencia común de la idea europea de América– si bien, como anota el ensayista colombiano, sus fuentes “no merecen ya discusión”, pues solo importa el resultado⁵⁶⁴. Acepta, entonces, dicha concepción a la que dará un “sentido dinámico”, pues para Reyes “el porvenir es un tiempo existente y real” desde el cual contemplar el pasado y el presente:

El poeta Reyes piensa que el porvenir o el más allá (el “plus ultra” clásico), bajo las más diversas formas (sueño, imaginación, utopía, hipótesis) tiene una función descubridora de la realidad. El futuro imaginado, “estos crepúsculos de verdad y mentira siempre han sido fecundos. Aún la hipótesis científica asume a veces la condición de un supuesto a priori, para averiguar después si el experimento lo

⁵⁶³ “Recuerdo haber leído que, a media noche, un fraile tocaba una campana para recordar a los indígenas sus deberes conyugales” (*Ibid.* p. 172).

⁵⁶⁴ La anotación se explica cuando comprobamos que el nombre de Hegel no aparece citado en la *Última Tule*. Que Reyes sí conocía las consideraciones de Hegel sobre la filosofía de la historia, puede verse, entre otros lugares, en su “Prólogo” al libro de Burckhardt *Reflexiones sobre la Historia Universal* (FCE, 1943), donde el filósofo alemán aparece citado en varias ocasiones (Alfonso Reyes. “Prólogo a Burckhardt” (1943) en *Grata compañía (Obras completas XII)*. México: FCE, 1960, pp. 100-129).

comprueba. El sueño es una creación por la mente, es una poesía en el sentido más directo de la palabra”⁵⁶⁵ (p. 21).

Luego de haberla soñado, luego de siglos de imaginarla y de haberla presentado por “mil atisbos de la sensibilidad en la mitología y en la poesía como si fuera una forma necesaria de la mente”, América aparece “como una realidad geográfica”. Desde entonces, nuestro continente “viene a enriquecer el sentido utópico del mundo”⁵⁶⁶, es la Utopía misma encarnada en un Nuevo Mundo.

Además de sus evidentes e implícitas relaciones, la vinculación de Hegel con su maestro mexicano aparece como una nueva expresión de la señalada movilidad ensayística, invitación al diálogo de nuestros autores con autores de otras latitudes, no con el ánimo de restarles originalidad sino con el propósito de situarlos en el horizonte contemporáneo y a la altura de este horizonte.

De la tensión entre pasado mitológico y un porvenir sobre el cual proyectar la anhelada utopía, surge, para Reyes, el continente americano. Situado entre estos polos magnéticos de la “imaginación poética” –ventana a través de la cual “la inverosímil América se hace verosímil” (p. 14-15) – Alfonso Reyes dejaría trazado, sobre el terreno exploratorio de su *Última Tule* (1942), el mapa del origen, presente y posibilidad de futuro para Hispanoamérica.

Las tareas para alcanzar su realización, que Reyes encomienda a los intelectuales, quedarían trazadas en las “Notas sobre la inteligencia americana” (1936), ensayo capital donde el maestro mexicano dejaría planteada la necesidad de redefinir, a la luz de las nuevas coordenadas generadas luego de la Primera Guerra Mundial, el papel de los intelectuales dentro de este decisivo momento histórico. Es el contexto que da pleno sentido a sus postulados y al particular auditorio al cual estaban destinadas. El mismo Reyes, por otra parte, nos brinda al inicio de su ensayo algunos detalles de aquella particular circunstancia:

La VII Conversación del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual se desarrolló en Buenos Aires, del 11 al 16 de septiembre de 1936⁵⁶⁷, sobre el tema:

⁵⁶⁵ Alfonso Reyes. “Las utopías” (1943) en *Norte y sur (Obras completas IX)*. México: FCE, 1996, p. 276.

⁵⁶⁶ Alfonso Reyes. “Posición de América” (1942) en *Tentativas y orientaciones (Obras completas XI)*. México: FCE, 1960, p. 262.

⁵⁶⁷ Paralelo a este evento también se realizó el “XIV Congreso Internacional de los PEN Clubs” (5-15 de septiembre). La honda crisis de este momento histórico motivaría a los intelectuales europeos a trasladar sus inquietudes y disputas al otro lado del Atlántico. Que estos congresos se realizasen en Buenos Aires, como señala Beatriz Colombi, “respondía a la política del gobierno de Agustín P. Justo (1932-1938) de reposicionar el país frente el mundo, y ese objetivo lo llevó a garantizar los fondos para los dos costosos eventos cubriendo los gastos de pasajes y alojamiento para más de cien invitados, confiando en que esta sería una inversión cultural que redundaría en la mejora de la imagen de la Argentina en los discursos de prominentes

“Relaciones actuales entre las culturas de Europa y la América Latina”. Participaron en ella G. Duhamel, P. Henríquez Ureña, J. B. Terán, L. Piérard, F. de Figueiredo, J. Maritain, B. Sanín Cano, A. Arguedas, E. Ludwig, Keyserling (por carta), F. Romero, R. H. Mottram, C. Ibarguren, W. Entwistle, A. Peixoto, J. Estelrich, A. Reyes, C. Reyles, E. Díez-Canedo, G. Ungaretti, J. Romain y S. Zweig. Duhamel abrió la plática a nombre de Europa, y las “Notas” que aquí se publican representan la iniciación del tema a nombre de América, que nos fue confiada.

A la luz de los dramáticos acontecimientos surgidos durante el denominado período de entreguerras (1914-1945) –nacimiento del fascismo, avance de los regímenes totalitarios en Europa, auge de los movimientos obreros de inspiración socialista o comunista y el inicio de la Guerra Civil Española– el ensayo de Alfonso Reyes parece como un auténtico “manifiesto” de la inteligencia americana ante la opinión internacional. Mientras “los intelectuales europeos redefinen su lugar y a lo largo de la década del treinta la ideología del escritor como *clerc*⁵⁶⁸ comienza a ser sustituida por la del escritor comprometido” –posición que Jean-Paul Sartre dejará fijada en la post-guerra–, Alfonso Reyes, cuyos postulados venían a sumarse a este movimiento universal, lee en este escenario polémico sus “Notas sobre la inteligencia americana”, donde “establece la paridad de América con Europa y funda la reflexión crítica sobre el letrado en una sociedad proveniente de la experiencia colonial”⁵⁶⁹.

representantes internacionales. De hecho, se trató de la primera reunión del PEN Club fuera de las fronteras de Europa desde su fundación en 1921”. (Beatriz Colombi. “Alfonso Reyes y las “Notas sobre la inteligencia americana”: Una lectura en red”. Mendoza: *Cuadernos del CILHA* 14, 2011, p. 110). Por lo demás, la intensa actividad cultural registrada en el Buenos Aires de aquellos años (revistas, editoriales y grupos intelectuales como el reunido alrededor de la revista *Sur*), sumado a la presencia de importantes intelectuales españoles (José Ortega y Gasset, Guillermo de Torre o Amado Alonso) y la residencia de figuras latinoamericanas como Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, entre otros escritores, aumentaban el atractivo cultural de la ciudad.

⁵⁶⁸ Esta “ideología”, postulada por el filósofo y escritor francés Julien Benda (1867-1956) en su libro *La Trahison des clercs (La traición de los clérigos, 1927)*, afirma que el *clérigo*, es decir, el intelectual moderno, debe su magisterio a los valores eternos y desinteresados de la verdad y de la justicia. Al organizarse políticamente, al transformarse en ideólogo y pasar a simbolizar los odios inherentes a estas tareas, el “clérigo” traiciona la orden del saber ante la cual contrajo sus votos. Ello no quiere decir que fuera contrario al compromiso político de los intelectuales, pues como señala Colombi, para Benda “el modelo más prístino y quizás el último *clerc* moderno sea Zola y otros escritores que intervienen en el caso Dreyfus, ya que desempeñaron plenamente su más alta función, es decir, defender la justicia en términos universales: *ils étaient les officiant de la justice abstraite et ne se ouvraient d'aucune passion pour un objet terrestre*” [“son los sacerdotes de la justicia abstracta y no se manchan de pasión alguna por un objetivo terrestre”] Beatriz Colombi. “Alfonso Reyes y las “Notas sobre la inteligencia americana”: Una lectura en red”. Mendoza: *Cuadernos del CILHA* 14, 2011, p. 116). No era el “compromiso” a lo que Benda se oponía; era a subordinar las verdades universales al imperio de la clase, la raza, la nación o el partido. Para el historiador Eric Hobsbawm, la principal característica del arte vanguardista, verdadera “revolución de la era de los cataclismos” fue su “espectacular politización, posiblemente mayor que la del arte en ninguna época desde la era de las revoluciones” (Eric Hobsbawm. “La era de...”, *op. cit.* p. 185).

⁵⁶⁹ *Ibid.*, p. 109.

Una de las confluencias más elocuentes de este encuentro se encuentra en las posturas de Georges Duhamel⁵⁷⁰ y de Alfonso Reyes, quienes coinciden en su defensa de la civilización en un mundo “entregado a la violencia y a la superstición del progreso”. Para ello proponen revalidar el viejo humanismo occidental, planteamiento al que Duhamel añade, en la misma línea propuesta por Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes en la *Última Tule* (es el eje que moviliza las “Notas sobre la inteligencia americana”), lo que muchos otros intelectuales del viejo continente piensan: que América “debe salvaguardar el legado testamentario de una Europa en severo estado de desarticulación”⁵⁷¹.

El nuevo humanismo es el principal punto en común de este diálogo transatlántico. Además de Reyes y Duhamel, coincidieron en esta revaloración, Juan B. Terán, Joan Estelrich, Pedro Henríquez Ureña y Jacques Maritain, quien se manifiesta a favor de un humanismo integral, pluralista y con incumbencia social, nuevo humanismo que supone la “búsqueda de los valores sociales y de la justicia social, lo que falta en los clásicos de los siglos XVI, XVII y XVIII”⁵⁷². Recordemos, sin embargo, que tanto Pedro Henríquez Ureña como Alfonso Reyes ya habían emprendido el camino de recuperación de la cultura clásica durante sus años en el Ateneo de la Juventud (1906-1910), con lo que esta nueva cruzada neohumanista de cuño europeo venía a calzar perfectamente en estas aspiraciones. Con un interesante matiz: los ateneístas se deslindaron muy pronto del legado *arielista* (1900), en cuyo implícito “elitismo” –del cual fueron a un tiempo progenie y crítica–, no dejaron de percibir una corriente de idealismo despegado de lo real. Para escapar de esta situación (que inaugura la etapa que Oviedo llama “Los intérpretes de la realidad”⁵⁷³) comprendieron que la revalorización de los principios de la cultura greco-latina no debía desprenderse de la “necesidad de reformas sociales que nace del materialismo histórico”⁵⁷⁴. Pedro Henríquez Ureña, por su parte, separa el programa de *Ariel*, representativo del antiguo humanismo, de un nuevo humanismo que orienta su atención hacia los problemas sociales modernos a la luz de la justicia social, términos que provocarían una ampliación a los límites del accionar del intelectual en la sociedad, que a su vez implicaría, a la luz de estas transformaciones,

⁵⁷⁰ George Duhamel (1884-1966). Escritor y poeta francés. Miembro de la Academia Francesa. Las dolorosas experiencias vividas durante la Primera Guerra Mundial lo convierten en un ardiente defensor de una civilización con rostro humano, que reflejará en sus novelas. Autor de *La vida de los mártires* (1917) y *Civilización* (1918, Premio Goncourt) y de dos grandes ciclos novelísticos: *Vida y aventuras de Salavin* (1920-1932) y *Crónica de los Pasquier* (1933-1944).

⁵⁷¹ Beatriz Colombi. “Alfonso Reyes...”, *loc. cit.* p. 114.

⁵⁷² *Ibid.*

⁵⁷³ José Miguel Oviedo. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza, 1991, pp. 63-90.

⁵⁷⁴ Beatriz Colombi. “Alfonso Reyes...”, *loc. cit.* p. 114.

cambios en los programas de enseñanza de filosofía tanto en México como en la Argentina. Problemáticas que como ya hemos señalado (y que estudiaremos en el próximo capítulo) penetraron hondamente en la conciencia social de nuestro estudiante y que explican su permanente interés por las relaciones entre inteligencia y sociedad, sus preguntas e indagaciones por el papel de la universidad en la conformación y orientación de la sociedad civil en Hispanoamérica y por las tareas de la literatura y filosofía en el esclarecimiento de estas relaciones.

Conviene añadir que además de esta vuelta al legado de la Grecia clásica, patrimonio común que consideraron como algo propio y familiar, la recuperación de la conciencia y el compromiso social por parte del intelectual venía a inscribirse en aquella tradición –tan arraigada en la historia hispanoamericana– de los poetas y generales, o como ya los mencionaba Gutiérrez Girardot, los “hombres de las dos alas: la del espíritu y la de la acción”⁵⁷⁵. Pervivencia de una tradición humanista e ilustrada que partiendo de Andrés Bello y pasando por José Martí, permite a Mariano Picón Salas, todavía en 1949, escribir sobre los problemas de la Patria “como una forma de deber cívico más que de arte gratuito”⁵⁷⁶, y sobre la cual el estudiante colombiano edifica una imagen del continente sustentada en los intelectuales como portadores de este deber, como los encargados de la reactualización permanente de la conciencia histórica y social del continente americano como “Patria de la justicia”⁵⁷⁷.

Esta noción de un “nuevo humanismo”, o “humanismo misional”, que el ensayista colombiano toma de sus maestros, y que daría orientación y contenido a su trabajo, nos ayuda a entender no solo su profunda filiación con la tradición hispanoamericana del siglo XIX –presupuesto de los alcances (y limitaciones) de su trabajo intelectual–; también explica su vocación docente, la grandiosa “tarea” educadora que comienza a asumir a partir sus años madrileños: “Humanistas y filósofos fueron los padrinos de América. Reyes, descendiente de

⁵⁷⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Política y literatura”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 37, enero 1953, p. 82. La expresión “Patria de la justicia” es una referencia al ensayo, del mismo título, de Pedro Henríquez Ureña (1928).

⁵⁷⁶ Mariano Picón Salas. *Comprensión de Venezuela* (1949). Caracas: Monte Ávila, 1976, p. 23.

⁵⁷⁷ “Pero la Utopía concreta, la que tantas veces hemos estado a punto de realizar, desde Bolívar hasta Allende [...] no se cumplirá *sin esfuerzo y sacrificio*. Hay que trabajar, para que lleguemos a la *unidad de la magna patria*. Si la magna patria ha de unirse, deberá unirse para la justicia, para asentar la organización de la sociedad sobre bases nuevas; que alejen del hombre la continua zozobra del hambre a que lo condena su supuesta libertad y la estéril impotencia de su nueva esclavitud, angustiada como nunca lo fue la antigua, porque abarca a muchos más seres y a todos los envuelve en la sombra del porvenir irremediable” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Pedro Henríquez Ureña” (Prólogo), en: *Pedro Henríquez Ureña. La Utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978, p. XXXVI).

estas aspiraciones, nos propone una especie americana de humanismo. Un humanismo activo, como tarea, un *humanismo misional*⁵⁷⁸. Credo humanista que por estos mismos años, el filósofo mexicano Samuel Ramos también postulaba como salida a la crisis del hombre contemporáneo: “El ideal de nuestra cultura debe ser la realización de un nuevo humanismo”, término que despoja de la fascinación “arqueológica” por Grecia y Roma para reivindicar “la presencia en ellas de un espíritu viviente de perenne actualidad, que entonces se hacía manifiesto por primera vez. En tales obras, existía ya definido un sentido de la vida semejante al que en ese momento empezaba a despertar en la nueva conciencia histórica. Era ese concepto de la vida que siglos más tarde Nietzsche definía como *el sentido de la tierra*”⁵⁷⁹. Sentido de pertenencia de aquellos “intérpretes de la realidad” que fueron sus tutores, quienes supieron revelarle un lejano continente que se convertiría en su más grande ocupación.

La crisis del intelectual como *clerc*, sobre la que girarían las posturas del encuentro, encontraría en los principales expositores hispanoamericanos una tácita respuesta a favor de la necesidad de superar la concepción del letrado tradicional. Si bien el modelo del *clerc* garantizaba un compromiso con los más altos valores, su pretendida abstinencia de la política bien podía, sin embargo conducir a la complicidad y el silencio. Lo denuncia Emil Ludwig en su discurso: “¿Puede el PEN club hacer oídos sordos a los atropellos del Tercer Reich contra los intelectuales disidentes en nombre de un pretendido diálogo universal? Las discusiones demuestran que tal posición de neutralidad se aproximaba peligrosamente al cinismo”⁵⁸⁰. Vitoria Ocampo, directora de la prestigiosa revista *Sur*, sostiene en su intervención la necesidad de implicarse en los acontecimientos, si bien no podía sospechar, como recuerda Colombi, que “su empresa cultural la llevará, en los años por venir, a un enfrentamiento con el peronismo, que se traduce en confinamiento por un mes bajo este régimen”. Mientras Pedro Henríquez Ureña, por su parte, distingue tres categorías de escritores que en ese momento representaban todos los caminos posibles: los que practican literatura pura, la literatura social y la literatura de indagación interior, Alfonso Reyes apunta a la reiterada necesidad de que la inteligencia americana respire los “aires de la calle” (metáfora de la ciudad) y a que ejerza una función ideológica en la polis, realizando de este modo una de las primeras caracterizaciones de la figura del intelectual en una sociedad que,

⁵⁷⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. *La imagen de América en Alfonso Reyes*. Madrid: Ínsula, 1955, p. 45.

⁵⁷⁹ Samuel Ramos. *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934). Madrid: Austral, 2001, pp. 17-18.

⁵⁸⁰ Beatriz Colombi. “Alfonso Reyes...”, *loc. cit.* p. 116.

como señala Colombi, recién comenzaba a salir de la experiencia colonial, determinando en este tránsito la orientación de su trabajo intelectual como “servicio público” y “deber civilizador”⁵⁸¹.

Entre las diversas opiniones sobre las “relaciones” entre europeos y americanos, destaca Reyes el tradicional desconocimiento de los europeos no solo de las sociedades americanas, sino también de sus autores más prestigiosos, con la excepción de las figuras indiscutidas de Sarmiento y Darío, el micro-canon que casi todos los asistentes parecen manejar. Este desconocimiento se convertiría para Colombi en un

tópico del discurso latinoamericanista y su reversión será la propuesta de la red latinoamericanista de los años treinta que, afianzándose en la universalidad como nuevo tópico, alcanzará ese reconocimiento que no tendrán aquellos discursos latinoamericanistas que, por el contrario, busquen en la autoctonía su matiz diferenciador⁵⁸².

De allí la importancia, señalada por la ensayista argentina, de dos textos (ambos publicados en 1932: “Lo mexicano y lo universal” de Alfonso Reyes⁵⁸³ y “El escritor argentino y la tradición” de Jorge Luis Borges) que en el entorno de este “consenso de autoafirmación continental” –como hemos denominado en esta investigación su concepto de “red latinoamericanista”–, establecieron un diálogo entre sí, proponiendo el rumbo de una

⁵⁸¹ Gutiérrez Girardot verificará este tránsito en el paso del “funcionario-escritor” de la Colonia, el “funcionario que por serlo puede ser escritor” (el capellán humanista Carlos Sigüenza y Góngora), al “escritor-funcionario” de la época republicana, “escritor que por serlo llega a ser funcionario” (el gramático casticista Marco Fidel Suárez quien fuera presidente de Colombia), desplazamiento producido por la “división del trabajo”, que Pedro Henríquez Ureña comprueba en el “Período de organización” (1890-1920) de las naciones hispanoamericanas (*Las corrientes literarias en la América hispánica*). Esta radical inversión tiene sus antecedentes en el papel que jugaron los “enciclopedistas” en la Revolución Francesa, “tradición” a la que el preciso observador Alexis de Tocqueville adjudica, en parte, una de sus causas. Escribe en su obra *L’Ancien Régime et la Révolution* (1856): “Los escritores no solo proporcionaron sus ideas al pueblo que la hizo; les dieron su temperamento y su talante. Bajo su larga disciplina, ante la ausencia de cualesquiera conductores, en medio de la ignorancia profunda en que se vivía de lo práctico, toda la nación, al leerlos, concluyó por adquirir sus instintos, el ademán intelectual, los gustos [...] de los escritores”. Por supuesto, como precisa el ensayista colombiano, las causas no fueron las mismas a las señaladas por Tocqueville. La inversión se debió, en nuestro caso, al “tránsito de una sociedad teocrática a una sociedad civil. Así, el “funcionario-escritor” de la Colonia (en gran número eclesiástico), el “clérigo”, fue sustituido por el “laico” y el prestigio social del primero, esto es, el del “pastor de almas” paso al segundo” (Rafael Gutiérrez Girardot. “La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX” (1990) en *El intelectual y la historia* (coord. Javier Lasarte Valcárcel). Caracas: La Nave Va, 2001, p. 58-59).

⁵⁸² *Ibid.* p. 118.

⁵⁸³ La autora se refiere al texto “A vuelta de correo” (1932), extensa respuesta de Reyes a un escritor que lo acusara de ocuparse con cosas que “a él no le interesan”, como las “Notas sobre Góngora –dice despectivamente–, charadas bibliográficas, la eterna cuestión de las aclaraciones al *Cementerio marino*, de Valery, y una evidente desvinculación de México”. Baste estas palabras, extractadas de su juiciosa e inapelable demostración, de que lo contrario es precisamente lo evidente: “Creer que solo es mexicano lo que expresa y sistemáticamente acentúa su aspecto exterior de mexicanismo es una verdadera puerilidad” (Alfonso Reyes. “A vuelta de correo” (1932) en *Varia (Obras completas VIII)*. México: FCE, 1996, p. 428 y 443).

nueva etapa caracterizada por un universalismo bien entendido, presente en las explícitas y coincidentes declaraciones sobre nuestro derecho a servirnos de “todos los beneficios de la cultura occidental”⁵⁸⁴, declaraciones que alimentaron el horizonte de aquella generación que a mediados del siglo XX, luego de haber agotado “todas las formas históricas que poseía Europa” y en consonancia con la desolación de la Europa de posguerra, haría suya toda la angustiante esperanza contenida en las palabras de Octavio Paz: “Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres”⁵⁸⁵.

Terminemos estas consideraciones con una última anotación sobre la lección que nos deja *La imagen de América en Alfonso Reyes*, trabajo que en muchos sentidos puede considerarse la culminación de su período de formación europea. Verdadero arte de comprensiva lectura, la elaboración de este trabajo primigenio nos revela la capacidad de nuestro joven ensayista para edificar una “imagen” extractada de los textos mismos, trabajo de fina lectura que aprendiera en las lecciones recibidas por Zubiri, quien “reclama con Husserl *la primera condición de la verdad: atenerse a las cosas mismas*”⁵⁸⁶ mandato “hermenéutico” que caracteriza su estilo y que sucintamente –refiriéndose a los trabajos de Alfonso Reyes en torno a Goethe– definiría *a posteriori* como

un método de acercamiento que a su vez es un simple mandato de interpretación elementalmente “fenomenológica”: *a los textos mismos*. Aunque Reyes cita a autores canónicos de la literatura sobre Goethe [...] siempre acude a los textos de Goethe y a los testimonios de las personas más cercanas al Consejero. [...] Así cumple Reyes la regla que desprende del principio goetheano para el encaminamiento de los estudios naturales: *para estimar con justicia a Goethe no hay más medio que ver acontecer a Goethe*”⁵⁸⁷.

Parafraseando las palabras de Reyes, podemos afirmar que *La imagen de América en Alfonso Reyes* nos permite “ver acontecer” a Reyes, meritorio descubrimiento si consideramos que el germen conceptual de este libro nació durante su período de estudios, experiencia de la que supo extraer las mejores posibilidades que le ofrecían tanto las

⁵⁸⁴ Pedro Henríquez Ureña. “El descontento y la promesa” (1926) en *Obra crítica*. México: F.C.E., 1981, p. 250.

⁵⁸⁵ Octavio Paz. *El laberinto de la soledad* (1950). México: FCE, 1973, p. 173-174.

⁵⁸⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Ortega y Gasset y su influencia filosófica”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 5 marzo 1950, p. 2.

⁵⁸⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Alfonso Reyes y Goethe”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 588, junio 1999, pp. 105-106. Transcribo la cita completa: “Para estimar con justicia a Goethe no hay más medio que ver acontecer a Goethe, aplicando la regla que él mismo daba sobre el encaminamiento de los estudios naturales, regla inspirada en una sentencia de Turpin, botánico normando: *Ver acontecer las cosas es el mejor modo de explicárselas*” (Alfonso Reyes. “Introducción” (1954) en *Trayectoria de Goethe (Obras completas XXVI)*. México: FCE, 1993, p. 253).

lecciones de Zubiri sobre Husserl como las lecturas de Reyes en torno a Goethe, cuyo entusiasmo “por la amplitud y plenitud de su pensamiento y de sus creaciones literarias”, sin duda atrajeron a un hombre dotado de “una ambición intelectual heroica, como la que tuvo Alfonso Reyes”⁵⁸⁸.

Nada expresa mejor la honda huella dejada por esta doble confluencia madrileña que el breve “Preliminar” que escribiera, pocos meses antes de su muerte, para su libro *Tradición y ruptura* (publicado póstumamente en 2006) –cerrando el círculo de un periplo intelectual que supera el medio siglo–, donde volvemos a encontrar su fidelidad a este mandato hermenéutico, el mismo que rige esta antología de ensayos, “cuya unidad consiste en un intento de acercarse a los textos literarios para “darles la palabra”, como reza el postulado husserliano: *a las cosas mismas*”. Y estas palabras finales, que para todo aquel que haya frecuentado la obra de nuestro ensayista –leída a la sombra generosa de su admirado don Alfonso–, se constituyen en la más exigente y saludable lección: “Ningún texto literario expresa lo que le impone cualquier “teoría literaria” o ideología. Todo texto literario exige que el lector siga el camino del autor”⁵⁸⁹.

Los más altos alcances de *La imagen* pueden hacerse extensivos a toda su obra ensayística: por la particular circunstancia “europea” en la que fuera concebida; por el espíritu “americanista” (bien entendido) que la orienta y que la anima; por la intuitiva captación del fundamento de los problemas; por su acercamiento “fenomenológico” que la sustenta y justifica (“a los textos mismos”); por la destreza para organizar sus sintéticos contenidos y por las suscitaciones que incansablemente despierta... puede afirmarse que ya están en este breve libro –como en la incipiente y delicada semilla la fortaleza del árbol– todas las latentes posibilidades sobre los que edificará toda su obra.

⁵⁸⁸ José Luis Martínez. “Introducción. Los estudios de Reyes sobre Goethe” en: Alfonso Reyes. *Obras completas XXVI... op. cit.*, p. 11.

⁵⁸⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. *Tradición y ruptura*. Bogotá: Mondadori, 2006, p. 22.

2.3. EN BUSCA DEL CONTINENTE AMERICANO

Con Alberto Escobar me une lo que podría llamar mi latinoamericanismo, nuestro latinoamericanismo. Porque nosotros –yo lo sé y lo soy– somos quizá la última generación de escritores latinoamericanos comprometidos con nuestra política y nuestra vida. No conozco en otros escritores contemporáneos esa pasión. Es una auténtica pasión que le damos a nuestra situación política, a nuestros compromisos, de nuestras lecturas de Henríquez Ureña, de Alfonso Reyes, de Rodó, de todo un ambiente muy fervoroso que hubo en América Latina (7-2002).

Escribe Alfonso Reyes en la “Noticia” para la edición del Fondo de Cultura Económica de sus *Cuestiones estéticas*: “Este primer tomo se limita a mi primera etapa mexicana, antes de mi salida a Europa, en agosto de 1913 [...] La obra fue escrita entre 1908 y 1910”⁵⁹⁰, es decir, entre los 19 y los 21 años, y añade:

Hay conceptos, temas de *Cuestiones estéticas* derramados por todas mis obras posteriores: ya las consideraciones sobre la tragedia griega y su coro, que reaparecen en el Comentario de la *Ifigenia cruel*; ya algunas observaciones sobre Góngora, Goethe o bien Mallarmé, a las que he debido volver más tarde, y solo en un caso para rectificarme apenas. Mis aficiones, mis puntos de vista, son los mismos.

Como en el caso de Reyes, también encontraremos “derramados” por toda la obra posterior del ensayista Rafael Gutiérrez Girardot algunos de los temas y las problemáticas que dejaría planteados tanto en las “Notas para una definición de Hispanoamérica” (1950), como en sus primeras aproximaciones a la obra de su maestro mexicano: “La utopía americana de Alfonso Reyes” (1952) y *La imagen de América en Alfonso Reyes* (1955): su afición por España; su relación con la filosofía alemana; el problema de las relaciones entre universidad y sociedad en Hispanoamérica; sus asedios al tema de la historia y la historiografía literaria; su culto por el hombre “representativo” – Alfonso Reyes en primer lugar, figura paradigmática a la que muy pronto se sumarían Jorge Luis Borges, Pedro Henríquez Ureña, César Vallejo, José Luis Romero, entre otros–; la reflexión sobre las relaciones entre literatura y sociedad.

⁵⁹⁰ Alfonso Reyes. *Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana. Varia (Obras completas I)*. México: FCE, 1955.

En este capítulo, sin embargo, solo estudiaremos el material publicado durante su período de formación en España, corpus bibliográfico al cual nos aproximaremos teniendo a la vista algunas manifestaciones de su trabajo posterior, no solo con el fin de mostrar la continuidad de las temáticas trabajadas por el estudiante colombiano; también con el objeto de destacar la unidad y coherencia interna que aquellos años decisivos imprimirían al desarrollo y consolidación de su futuro trabajo intelectual.

Es notable la actividad desplegada por el joven aprendiz durante los casi tres años de su permanencia en la capital española, actividad que nos recuerda sus años estudiantiles en Colombia, donde publica 22 trabajos y una traducción del alemán. Además de sus estudios regulares en Madrid y de las diversas actividades culturales en las que participa, comprende la publicación –en periódicos y revistas de Colombia y España– de 60 textos aproximadamente, además de cinco traducciones del alemán. Enfocados en su gran mayoría hacia el ámbito hispanoamericano, esta variada colección –que incluye ensayos, artículos, reseñas y notas informativas– nos permite asistir al provechoso impacto intelectual que produciría en el joven colombiano el encuentro con su entraña americana a través del descubrimiento de una rica nómina de nuevos autores y nuevos materiales de lectura. De esta pasión por Hispanoamérica comenzaría a surgir –junto a su constitutivo arraigo por las cosas de España y su voluntarioso acercamiento a la cultura Alemana⁵⁹¹– una de las determinantes de su trabajo intelectual: el diálogo permanente entre los ámbitos geográficos y culturales de España, Hispanoamérica y Alemania, versatilidad idiomática a la que se suma un amplio espectro de intereses intelectuales: literatura, historia, filosofía, historiografía, sociología y teoría literaria. A este respecto, resulta ilustrativa la pregunta que le formula el doctor Correa Tascón en alguna de sus conversaciones:

Profesor, ¿cómo percibe Ud. su recepción dentro del mundo cultural? Es difícil definirlo a Ud. como profesor de hispanística e igualmente profesor de sociología y de filosofía. ¿Ha tenido problemas por esa...?

No, porque yo había estudiado las tres cosas y bastante bien. Yo estudié hispanística en Friburgo, pero bueno, más que estudiar me doctoré en romanística. Estudié filosofía en Madrid y en Friburgo. Estudié sociología en Madrid y en Friburgo, cursos completos... esas son cosas que se complementan [...] Por ejemplo, mi director de doctorado fue Hugo Friedrich, quien escribió un libro sobre *Montaigne*,

⁵⁹¹ La profunda vinculación de Gutiérrez Girardot con Alemania, iniciada a través del descubrimiento de la filosofía alemana durante su período de estudios en Colombia, comenzaría a consolidarse durante su período de formación en Friburgo (1953-1956) para transformarse posteriormente en una verdadera “patria” espiritual. Radicado en la ciudad de Bonn por más de medio siglo, no solo escribe en esta ciudad una buena parte de su obra; también contrae matrimonio con una alemana (Marliese), unión de la que nacerán sus dos hijas: Bettina y Martella.

que es filosofía, sociología, etc., etc., porque naturalmente no se puede aislar la literatura de todo su contexto, ¿no? El contexto literario es mucho más amplio que el contexto sociológico, porque la sociología es muy especializada, en cambio la literatura tiene filosofía, historia, sociología porque se alimenta de todas esas cosas (1-2000).

La diversidad y calidad de sus nuevas lecturas, sumada a las experiencias vitales absorbidas durante su período de formación estudiantil otorgarían al curioso y disciplinado aprendiz las herramientas conceptuales que lo dotarían de una mirada amplia y comprensiva de nuestro proceso histórico-literario, además de una visión privilegiada para poner en relación el contexto cultural hispanoamericano con el devenir de la tradición europea, aspectos que de modo latente comienzan a surgir en sus primeros escritos. A su fluida movilidad entre “geografías” y saberes diversos debemos añadir un agudo e implacable talante crítico, que si bien apenas comienza a insinuarse durante estos años tempranos, conforman las señas de identidad de un estilo ensayístico cuyas características esenciales: amplio conocimiento, elasticidad temática, despliegue conceptual y talante polémico, posibilitarían el pleno desarrollo de la labor ilustrada, pedagógica y “constructiva” a través de la cual nuestro estudiante se sumaba al compromiso “humanista” de aquellos maestros hispanoamericanos para quienes “pensar y escribir fue una forma del bien social, y la belleza una manera de educación para el pueblo”. Si el término *humanismo* designaba para Reyes el concepto de “responsabilidad social”, el nuevo humanismo o “humanismo misional” se convierte en programa de autoafirmación política y cultural⁵⁹².

2.3.1. Tras las huellas de la “Patria de la justicia”

Y con todo, Bolívar, después de dar cima a su ingente obra de independencia, tuvo tiempo de pensar, con el toque genial de siempre, los derroteros que debíamos seguir en nuestra vida de naciones hasta llegar a la unidad sagrada [...] La unidad de su historia, la unidad de propósito en la vida política y en la intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una magna patria, una agrupación de pueblos

⁵⁹² Alfonso Reyes. “Justo Sierra y la historia patria” (1939) en *Pasado inmediato (Obras completas XII)*. México: FCE, 1997, p. 242. En relación a este “programa” y su vinculación con el devenir de nuestro pensamiento, puede consultarse el excelente trabajo de Gutiérrez Girardot “El ensayo y la crítica literaria en Latinoamérica” (1998), síntesis histórica de los fundamentos que sustentan su concepción de Hispanoamérica a través del examen de los ensayistas de la primera mitad del siglo XX. También son útiles los ensayos: “Sobre el problema de la definición de América. Notas sobre la obra de José Luis Romero” (1982); “José Enrique Rodó, *revisited*” (1984); “La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: promesa y desafío” (1984); “América sin realismos mágicos” (1985); “La concepción de Hispanoamérica de Alfonso Reyes: 1889-1959” (1990); “El 98, ¿Solo un problema de historiografía literaria?” (1998), entre los más destacados

destinados a unirse cada día más y más [...] Si la magna patria ha de unirse, deberá unirse para la justicia, para asentar la organización de la sociedad sobre bases nuevas .

Pedro Henríquez Ureña⁵⁹³

Por la novedad de sus planteamientos, por el impulso de afirmación continental y proyección universal que los caracteriza, los grandes ensayistas de la primera mitad del siglo XX se constituyen para Gutiérrez Girardot en los continuadores de la “tradición”. Escritores como Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano, José Enrique Rodó, Mariano Picón Salas, Pedro Henríquez Ureña, entre otros, asumieron el legado de sus antecesores con el objeto de transmitir sus tareas a las generaciones siguientes. Esta continuidad, asumida por Gutiérrez Girardot con una conciencia ejemplar y ejemplarizante, determinará decisivamente las dos direcciones esenciales –unidad e incorporación– sobre las que comenzaría a girar su trabajo ensayístico: la primera enfocada hacia el “interior” del continente como anhelo de *unidad* hispanoamericana; y la segunda como proyecto de *incorporación* a la historia de Occidente a través de un “exterior” generalmente identificado con el ámbito espiritual europeo. Ambas direcciones encontrarían en el reseñado “consenso” de autoafirmación continental su más clara y precisa formulación analógica en los postulados de Pedro Henríquez Ureña: hacia el “exterior”, como “búsqueda de nuestra expresión” –encaminada a la conquista de una modulación propia y genuina, condición de posibilidad para el reconocimiento de nuestra ciudadanía universal–; hacia el “interior”, como “Patria de la justicia”, paradigma de unidad y justicia social en el sentido acotado por el escritor dominicano, esto es, no como “índice de la madurez de un proceso puramente político, la Nación, sino como impulso de la realización de un anhelo social, la Utopía, es decir, la *patria de la justicia*”⁵⁹⁴. No sobra añadir que si recurrimos a la tajante (y falsa) polaridad operativa “interior-exterior” es solo con el fin de dar mayor claridad a la exposición de los contenidos. Fernando Aínsa, por su parte, ciñéndose al campo de nuestra narrativa, recurre a la polaridad entre fuerzas *centrípetas* y *centrífugas* para describir las tensiones que recorren el ámbito literario:

(a) El *movimiento centrípeto*, es decir, hacia lo primordial y *raigal*, en general identificado con el *interior* del continente: selva, pampa, sabana, montañas y valles aislados y (b) el *centrífugo*, hacia el universalismo que reflejan las ciudades-puerto,

⁵⁹³ Pedro Henríquez Ureña. “Patria de la justicia” (1925) en *La Utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978, p. 8 y 10-11.

⁵⁹⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “Pedro Henríquez Ureña” (Prólogo) en *Pedro Henríquez Ureña. La Utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978, p. XXIV.

por donde llegan las influencias de las metrópolis generadoras de los sucesivos modelos en que se expresa lo americano⁵⁹⁵.

Más allá de esta simple designación operativa, es claro que no solo la una depende de la otra; en la compleja red de equilibrios y desequilibrios que subyuga el devenir histórico de estos “campos de fuerzas”, se encuentra para Ángel Rama una buena parte del drama político y cultural de nuestro continente. Así lo deja consignado en sus consideraciones sobre las “Dos vanguardias modernizadoras” que registra nuestra literatura, enfrentamiento literario cuya tensa polaridad –ejemplarizada en la polémica Arguedas-Cortázar (1968), esto es, “provincianos” *versus* “cosmopolitas”– sintetiza un “desequilibrio originario” que “lejos de atemperarse y disolverse, se ha venido ampliando con los años y eso constituye el nudo de todos los conflictos latinoamericanos”⁵⁹⁶. Cuatro ámbitos particulares de esta tendencia “centrípeta” pueden rastrearse en el material que el joven estudiante publica en España: 1) Las relaciones entre universidad y sociedad; 2) El tema de la historia y la historiografía literaria; 3) La política y el tema de la unidad hispanoamericana; 4) La literatura indigenista.

1) Universidad y sociedad

Al tema de la universidad hispanoamericana y su relación con la sociedad, el ensayista colombiano dedicó –a lo largo de más de tres décadas– un número considerable de reflexivos y desafiantes ensayos⁵⁹⁷. Leídos en el contexto de aquella *Patria de la justicia* en la que el “apostólico Pedro”⁵⁹⁸ viera encarnados sus ideales de unidad y bienestar social para el continente, la universidad aparece a los ojos de nuestro estudiante como un espacio propicio para la realización de esta anhelada utopía. “Acaso sea ella, la Universidad, la culpable de la disgregación de la gran unidad hispanoamericana”⁵⁹⁹.

⁵⁹⁵ Fernando Aínsa. *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Gredos, 1986, p. 16. Categorías que el escritor uruguayo toma del crítico Northrop Frye, quien en su *Anatomy of Criticism* (1957) acuña los términos *centripetal* (centrípeto) y *centrifugal* (centrífugo) para describir las tendencias que orientan su método crítico: centrípeta cuando se mueve hacia el interior (estructura literaria); centrífuga cuando se orienta hacia fuera, hacia la sociedad y el mundo exterior.

⁵⁹⁶ Ángel Rama. “La tecnificación narrativa” en *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*. Bogotá: ICC, 1982, p. 343.

⁵⁹⁷ Ver Bibliografía: Otros Trabajos / Sobre la Universidad (1952-2011). Listado completo.

⁵⁹⁸ “Pedro, el apostólico Pedro, representa en nuestra época, con títulos indiscutibles, aquellas misiones de redención por la cultura y la armonía entre los espíritus, que en Europa se cobijan bajo el nombre de Erasmo y en América bajo el de ese gran civilizador, peregrino del justo saber y del justo pensar, que fue Andrés Bello” (Alfonso Reyes. “Evocación de Pedro Henríquez Ureña” (1946) en *Grata compañía (Obras completas XII)*. México: FCE, 1960, p. 163).

⁵⁹⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Universidad y cultura en América”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 27 abril 1952, p. 2. Debido a que este texto ocupa solo una página, las citas (p. 2 en el texto) no llevan referencia al pie.



Rafael Gutiérrez Girardot. *La encrucijada universitaria* (2011)

La tarea, sin embargo, exigía una redefinición del concepto de *patria*, entidad ideal sofocada por los “descendientes de todos los colores políticos del dogmatismo y de la violencia de *le sacré*, en sus diversas formas”⁶⁰⁰. A todos ellos, que han hecho de la patria un territorio de rapiña y usufructo personal, Gutiérrez Girardot opone los altos designios trazados por Andrés Bello en su olvidado “Discurso de inauguración de la Universidad de Santiago de Chile” (1843), donde sucintamente expone las tareas fundamentales de la universidad en la América hispánica, que Bello resume en un ineludible mandato: “asimilación crítica del saber europeo”, absorción crítica que pondrá de presente que “hemos merecido y correspondido a la Independencia”. A la luz de este horizonte de futuras y desafiantes tareas, será entonces preciso esperar, nos dice el esperanzado Gutiérrez Girardot, que aquellos demagogos y beneficiarios del poder sean

⁶⁰⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “Universidad y sociedad”. Bogotá: *Argumentos* 14-17, octubre 1986, p. 75.

empujados por el desarrollo internacional a comprender que el concepto y la realidad de la patria han dejado de ser fascistoides, es decir, nacionalistas y dogmáticos y sacrales, que patria es primordialmente paz, libertad, dignidad humana, solidaridad social, y la tradición que las funda e impulsa [...] que universidad y dogma se excluyen⁶⁰¹.

Treinta y cuatro años median entre estas palabras, escritas en 1986, y su ensayo “Universidad y cultura en América” (1952), primero de los diez trabajos que escribiera en este lapso, en un esfuerzo continuado por rastrear, como titula uno de sus trabajos, las “vicisitudes, problemas y soluciones” de esta importante institución. Cuando el crítico colombiano Rafael Humberto Moreno Durán aludía a la Universidad como la “única patria de Rafael Gutiérrez Girardot” a lo largo de “toda su vida”⁶⁰² no hacía otra cosa que definir, en virtud de este empeño constante, el hondo sentido socio-político y cultural que la universidad –en conjunción con su desenvolvimiento académico– tuvo para nuestro ensayista. Con igual clarividencia a la demostrada en las “Notas para una definición de Hispanoamérica” (1951), también dejaría esbozadas en este primer artículo las problemáticas que desarrollaría a lo largo de sus posteriores trabajos: la universidad en el ámbito de la sociedad, las posibilidades de existencia de un pensamiento filosófico para Hispanoamérica y sus posibilidades de adecuación a la realidad socio-política y cultural del continente.

Leídas en su contexto, las indagaciones de Gutiérrez Girardot sobre la universidad hispanoamericana venían a inscribirse en las propuestas de renovación política y cultural propiciadas por el Ateneo de la Juventud (1909) y por la Reforma universitaria de Córdoba (1918). Si por un lado estas atendían a las suscitaciones de un pasado inmediato que implícitamente demandaban urgentes cuestionamientos a la marcha de la vida política y la cultura de América, por el otro se adhería a los explícitos resultados de una Reforma universitaria que aparecía como la consecuencia lógica de dichos cuestionamientos. Como lo expresa Jorge Basadre en el “Prólogo a la segunda edición” (1947) de *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú* (1929), los jóvenes que iban a la universidad en 1919, “fuimos en nombre del ideal de *Reforma*. De acuerdo con un estado de ánimo continental, esa inquietud reformista coincidió con la preocupación por la justicia social, o evolucionó

⁶⁰¹ *Ibid.* p. 75-76.

⁶⁰² Rafael Humberto Moreno Durán. “El magisterio de la disidencia” (Prólogo) en Rafael Gutiérrez Girardot. *Pensamiento Hispanoamericano*. México: UNAM, 2006, p. 13.

hacia ella”⁶⁰³. Una inclinación socio-política que junto con la preocupación americanista y las nuevas vertientes de la especulación filosófica, conformaron las tres “direcciones” que como hemos vistos, determinarían las direcciones del pensamiento durante las décadas del 20 al 50: diagnóstico socio-político, americanismo y especulación filosófica.

Gutiérrez Girardot tuvo plena conciencia de la esencial unidad de este momento histórico. Con acertada intuición supo ver los problemas de la universidad hispanoamericana a la luz del desenvolvimiento general del “consenso” de autoafirmación continental que pondría en cuestión todos los órdenes la vida hispanoamericana. “Notemos cómo, a un mismo tiempo, aparece un movimiento reformista universitario y un siglo de oro de la cultura hispanoamericana” (p. 2), escribió en aquel artículo inaugural. De esta mirada abarcadora emergerá la riqueza de un conjunto de ensayos que si por un lado nos entrega una acertada lectura sobre los males que aquejan la universidad hispanoamericana, por el otro nos ofrece un implacable diagnóstico sobre el precario estado de la vida social y política de nuestras naciones, pues si de alguna cosa se puede estar seguro, afirma, es que pese a la desatención de la Universidad por la sociedad, “la Universidad viene a ser el reflejo de esta sociedad” (p. 2). De este modo y a partir de esta primera y juvenil aproximación, la constitutiva unidad que integra temas diversos como universidad, cultura, política y sociedad aparecerá religada al derrotero de una obra en busca de la soñada realización de la utópica Patria.

Es preciso anotar que el movimiento de Reforma universitaria, de marcado carácter político, surge, precisamente cuando el interés por “nuestra expresión” y el afán de “interpretación de la realidad” americana, se perfila de modo más acusado. En efecto, en 1928 aparece el libro de Pedro Henríquez Ureña, *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Por la misma época José Carlos Mariátegui, preludio y en un principio origen del APRA, publica sus *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Años antes, pero dentro de este mismo “período”, se funda en México el Ateneo de la Juventud, que reúne personalidades de la talla de Alfonso Reyes, José Vasconcelos, Antonio Caso y el mismo Pedro Henríquez Ureña. “Esta que, con nombre de Alfred Weber y para usar las mismas palabras de Alfonso Reyes, podría llamarse *constelación americana*”⁶⁰⁴, canaliza las

⁶⁰³ Jorge Basadre. *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú* en Rafael Gutiérrez Girardot (selección y prólogo). José M. Ramos Mejía, Juan Agustín García, Jorge Basadre. *Antecedentes de la historia social latinoamericana*. Caracas: Ayacucho, 2009, pp. 422-423.

⁶⁰⁴ En una aclaración a las “Notas sobre la inteligencia americana”, explica Reyes que la imposibilidad de agotar el tema propuesto en aquella Conversación Internacional, lo llevaría a reunirse posteriormente con Pedro

preocupaciones del intelectual hispanoamericano hacia los problemas, vitales y urgentes, del ser de nuestra realidad” (p. 2). La comprensión que Gutiérrez Girardot posee sobre la decisiva confluencia de este momento histórico queda manifiesta en el uso del término “constelación”, concepto sociológico empleado, entre otros, por Karl Mannheim, autor ya mencionado por nuestro estudiante en nuestros apuntes sobre su paso por el Instituto de Estudios Políticos de Madrid. Escribe Mannheim:

La palabra “constelación” procede de la astrología y designa la posición, la relación recíproca de las estrellas a la hora del nacimiento de un ser humano. Se investiga esta relación con el convencimiento de que es determinante para el destino del recién nacido. Pero “constelación” puede significar, en un sentido más amplio, la conjunción específica de factores en un momento del tiempo; su observación puede llegar a ser importante si creemos que la reunión simultánea de los distintos factores codetermina la configuración del factor concreto en que estamos interesados⁶⁰⁵.

La Reforma Universitaria de Córdoba aparece así, en esta recíproca conjunción, como “la fuente, el origen y el modelo” de la actual universidad hispanoamericana. Toda la juventud del continente se adhirió al movimiento. El Congreso Internacional de Estudiantes de México (1921) acordó la participación de los estudiantes en el gobierno universitario y la implantación de la docencia y asistencia libres. Los estudiantes de Chile pidieron autonomía universitaria, reforma del sistema docente a través de la docencia y asistencia libres, revisión de los métodos y contenidos de la enseñanza y extensión universitaria como medio de efectiva vinculación con la sociedad. Iguales o parecidos postulados hicieron en 1923 los estudiantes de Cuba y los de Colombia, en 1924. “Tres fueron, en suma, las aspiraciones de la Reforma en la América hispánica: I) Co-gobierno universitario; II) Docencia y asistencia libres; y III) Revisión y reforma radical de métodos y contenidos de la enseñanza universitaria”⁶⁰⁶, si bien, como es fuerza reconocer, muchos de sus principios y recomendaciones concretas quedaron, en su gran mayoría, sepultadas como “letra muerta”. Entre las pocas realizaciones efectivas se encuentra la creación de algunos seminarios, la institución del profesor de tiempo completo, el año sabático, etc.

A pesar de todo ello, los resultados de aquel impulso reformista –entre los que menciona, además de los señalados–, la creación del Departamento de Extensión Cultural y las “dos o tres Universidades Populares” que funcionaron por poco tiempo en Lima, México

Henríquez Ureña y Francisco Romero. De estas reuniones, sostenidas entre octubre y noviembre de 1936 saldrían los apuntes que posteriormente aparecerían publicados bajo el título de *La constelación americana*.

⁶⁰⁵ Karl Mannheim. *El problema de una sociología del saber*. Madrid: Tecnos, 1990, p. 3.

⁶⁰⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “La filosofía universitaria en Hispanoamérica”. Madrid: *Revista de Educación* 10, mayo 1953, p. 172.

y Bogotá⁶⁰⁷, la verdad es que “su actuación efectiva comienza a notarse, y en poca medida, desde hace solamente pocos años” (p. 2). A tres décadas del movimiento reformista, y guiado por las reflexiones de autores como Roberto Agramonte, Luis Alberto Sánchez, José Gaos y Risieri Frondizi⁶⁰⁸, entre otros, –muestras de su despierta curiosidad– Gutiérrez Girardot menciona algunos ejemplos de esta efectiva actuación: la realización, en 1948, del Primer Congreso de Universidades Centroamericanas en El Salvador –en el que participaron José Gaos y el filósofo Roberto Agramonte, entre otros profesores universitarios– y el Primer Congreso de Universidades Latinoamericanas en Guatemala, reunido un año después (1949). Concebidos dentro del ámbito de marcados intereses políticos, las resoluciones y recomendaciones generadas por estos Congresos no podían expresar otra cosa que los supuestos ideológicos bajo los cuales fueron organizados. Sus expresas dinámicas de “buena voluntad” no bastaban, sin embargo, para plantear la dimensión central del problema universitario, el cual quedaba frecuentemente reducido a propuestas de carácter meramente empírico. Es lo que se deduce de las conclusiones que del Segundo de estos Congresos elabora, en diez puntos, el crítico peruano Luis Alberto Sánchez, listado que de modo abreviado transcribe Gutiérrez Girardot, menos con el objeto de ilustrar a los lectores, así lo interpretamos, que de comparar sus limitadas y previsibles conclusiones con el certero diagnóstico –que transcribe más adelante– elaborado por el filósofo argentino Risieri Frondizi. Los diez puntos señalados por Sánchez contemplan dos grandes aspectos:

A) Cuatro puntos sobre la relación entre universidad y sociedad: 1) No solo la formación de profesionales y la conservación del conocimiento: la universidad debe “servir a su Pueblo y al Estado”; 3) La universidad es mirada con “indiferencia, si no enemistad” por las “clases adineradas”; 4) Y con “recelo” por los regímenes dictatoriales, razón por la cual

⁶⁰⁷ Señala Pedro Henríquez Ureña que la actividad pública más importante del Ateneo (1909-1914), aparte de sus conferencias, fue “la organización de un centro de difusión cultural, el primero de esta clase en el país, llamado Universidad Popular de México (1912-1920)” (Pedro Henríquez Ureña. *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945). Bogotá: FCE, 1994, p. 191).

⁶⁰⁸ Roberto Agramonte y Pichardo (1904-1995). Filósofo, sociólogo y político cubano. Decano de la Facultad de Filosofía y Letras y Rector de la Universidad de La Habana, ocupó el cargo de Primer Ministro de Relaciones Exteriores de la Revolución Cubana durante un breve período. Abandona Cuba en 1960 para radicarse desde entonces y hasta su muerte en Puerto Rico. Autor de *El pensamiento filosófico de Varona* (1935), *Sociología de la Universidad* (1950), *Martí y su concepción del mundo* (1971), entre otros. Risieri Frondizi (1910-1985). Filósofo y antropólogo argentino. Como Rector de la Universidad de Buenos Aires impulsó la construcción de la Ciudad Universitaria, implementó la dedicación exclusiva del cuerpo docente, fundó la editorial Eudeba, creó la Escuela de Salud Pública y el Departamento de Orientación Vocacional y promovió el sistema de becas a estudiantes y graduados. Autor, entre otros, de *El punto de partida del filosofar* (1945), *Hacia la universidad nueva* (1958), *La universidad y sus misiones* (1959), *La Universidad en un mundo de tensiones. Misión de las Universidades en América Latina* (1971) y *Descartes* (1991).

ella es “naturalmente rebelde”; 8) Ella encara el “arduo problema de un estudiantado proletarizado, que debe trabajar para vivir y estudiar”.

B) Seis puntos sobre su funcionamiento interno: 2) Autónoma, depende sin embargo “de las necesidades públicas”; 5) Busca restaurar el “clásico concepto” de fraternidad entre profesores, graduados y estudiantes; 6) Persistencia de la enseñanza clásica, teórica, con “escasa o poca aplicación práctica”; 7) Incapaz de crear un “estamento docente”, insiste en la “temporalidad de la cátedra”; 9) Disfruta de recursos para sus más “elementales objetivos”; 10) Aislada del sistema general de enseñanza, debe “rescatar su intervención o personería en dicho proceso”.

No se le escapan a Luis Alberto Sánchez asuntos delicados como el punto tercero. Para Gutiérrez Girardot, sin embargo, el problema no se encuentra tanto en la hostilidad hacia la universidad por las clases adineradas como en la “desatención de la cultura y de la Universidad por la sociedad toda. Es decir, que se trataría de una cuestión de sociología de la cultura” (p. 2). El problema de fondo, que también escapa a las consideraciones de Agramonte –autor de una *Sociología de la Universidad* (1950), cuya “primera parte dedica a la descripción de la esencia de la universidad” (p. 2)–, es un problema cuyas raíces no se encuentran en cuestiones como la condición del profesorado o del alumnado, asuntos que competen al ámbito administrativo y que tendrían que ser miradas “una vez resueltas las cuestiones más generales”. El problema para Frondizi, cuyas palabras cita Gutiérrez Girardot, se encuentra en la “profunda grieta que se ha abierto entre la *realidad universitaria y la teoría filosófica*” (p. 2). Enfocar las cosas desde la perspectiva de la filosofía no constituye un pecado de excesivo *filosofismo*, toda vez que el problema de la cultura hispanoamericana –de aquí el título de “Universidad y cultura en América” que diera al ensayo– es hoy un problema de “filosofía de la cultura”, perspectiva la más adecuada desde la cual “ver claro y poder dar soluciones acertadas”. Es al filósofo, después de todo, al único a quien la realidad toda se le presenta como problema. En tres puntos esenciales resume Gutiérrez Girardot las tesis de Frondizi:

1) La realidad Universitaria hispanoamericana entiende la enseñanza como trasvasamiento del saber. 2) El derivado de esta concepción entiende la cultura como cristalización acabada y estable. 3) El supuesto gnoseológico de esta concepción de la cultura consiste en el clásico concepto de verdad como *adaequatio mentis in rei*, Verdad absoluta, invariable y en sí (p. 2).

Tesis que son un implícito reproche a la Universidad Hispanoamericana actual y su divorcio de la cultura que, “fuera de las aulas, viene incesantemente desarrollándose sobre supuestos modernos e históricamente condicionados”. Lo confirma el distanciamiento de universidades y cuerpo docente de su realidad cultural. Todo lo cual implica, además del señalado reproche, un “programa de reforma universitaria” que el estudiante madrileño formula en un sano principio: “adecuación de la Universidad a la realidad cultural, científica y filosófica del momento”. No basta que en las Facultades de Filosofía se enseñe a Heidegger, ni “como quiere Luis Alberto Sánchez, que al lado de una cátedra de tomismo haya otra de marxismo”; tampoco se trata del tema de la libertad de cátedra, etc., problemas de administración y de funcionamiento académico cuyas soluciones son posteriores a la resolución de los problemas esenciales. Porque de lo que se trata, en último término, no es lo que se enseña: el tomismo, el marxismo, o la economía liberal o corporativa, sino “cómo se enseña lo que se enseña, con la llamada libertad de cátedra o sin ella” (p.2).

En la misma dirección, para José Gaos –con cuyas reflexiones finaliza el artículo– la ocupación de la Universidad, como programa inmediato de acción, debe orientarse hacia los problemas de la vida y la cultura americana. Para ello se hace necesario crear una *Sofía* hispanoamericana, un “saber” para Hispanoamérica. Pero las tareas para llevar a cabo este proyecto carecen de sentido si la realidad sobre la que debe operar dicha filosofía no ha sido abordada con adecuados estudios y conceptualizaciones, trabajo previo que encuentra en la universidad el espacio adecuado para buscar una aproximación a tales interrogantes. Como escribe José Gaos en una “magnífica cita” que Gutiérrez Girardot transcribe, a ella compete trazar el camino hacia la realización de un pensamiento “filosófico” a la medida de nuestra realidad:

Nada de filosofar más a la germánica. Filosofar a la hispánica o potenciar la función hispánica equivalente a la germánica de la filosofía: *la conversación privada y el debate público sobre la vida*. Únicamente en ser el órgano de esta acción, pueden la universidad hispanoamericana y su profesorado encontrar razón de subsistencia y norma de reorganización (p. 2, subrayado nuestro).

“Filosofar” a nuestro modo, *a la hispánica*, invitación que nos obliga a introducir una breve digresión referida a las posibilidades abiertas por la praxis estilística de Alfonso Reyes, expresión de un pensamiento nacido de nuestras particulares circunstancias históricas y existenciales, y que de inmediato nos recuerda su elogio a las artes de la conversación, una de las nueve “Musa menores”:

Los griegos, a pesar de Pitágoras, se olvidaron siempre de la verdadera décima Musa: la del silencio, que es el más puro de todos los ritmos musicales. Los modernos nos hemos olvidado siempre de estas modestas Musas que atienden nuestra vida diaria: la del café, la del tabaco, la del ajedrez, y la Musa de la conversación⁶⁰⁹.

Dirigidas a los editores de la *Historia de la literatura inglesa* (Cambridge), estas palabras de Reyes (1919) no solo se constituían en una temprana manifestación de las nuevas tendencias historiográficas que comenzaban a admitir, en otras, pregunta como: “¿Dónde están, en los índices de nuestros libros históricos, los capítulos del folklore, de los cuentos, dichos, adivinanzas, refranes y juegos de muchachos?”⁶¹⁰; confirmaban por anticipado una orientación similar a la que Gaos apuntaría tres décadas después, demostrando la temprana intuición de Reyes sobre una modalidad de pensamiento *a la hispánica* que, a su manera, encajaba en el horizonte de las nuevas tendencias historiográficas⁶¹¹.

Una preocupación similar que volvemos a encontrar en su libro *Historia de un siglo*, compuesto por los artículos que Alfonso Reyes escribiría para el periódico *El Sol* entre los años 1919 y 1920. Enfrentado a la tarea de ofrecer a los lectores del diario madrileño “los antecedentes de la que entonces se nos prometía como la última guerra”, esto es, la historia del siglo XIX, Reyes recuerda en el “Prólogo”, que guerras y tratos diplomáticos “no agotan el contenido de la historia: son meras antologías de catástrofes o –si se prefiere– hilos sacados de la tela”. Pero ¿qué tela es esta de la que solo se sacaban unos hilos? Apelando a esa modalidad de pensamiento *a la hispánica* tan propia de nuestro ilustre mexicano –que bien puede equipararse con aquella “alta intuición poética” que en la “Advertencia” *De la Conquista a la Independencia* (1944) Mariano Picón Salas reclamaba para que la historia de la cultura en integridad y complejidad “sea algo más que un amasijo de datos organizados cronológicamente”, y que “aún está por escribirse”– Alfonso Reyes recordaba que esa tela es lo que hacen los hombres “aún en las épocas peores y más desastrosas, entre guerras y

⁶⁰⁹ Alfonso Reyes. “El índice de un libro (1919) en *Simpatías y diferencias. Primera serie (Obras completas IV)*. México: FCE, 1992, p. 56

⁶¹⁰ “Los humanistas sevillanos del siglo XVI, que tenían un ojo en los libros y otro en lo que pasa por la calle, nos lo preguntarían con reproche”. Y se pregunta Reyes: “¿Dónde están, dónde, los capítulos dedicados a la conversación?”. Y a los editores ingleses: “Díganme los profesores de Cambridge si pretenden dar clara idea del arte del doctor Johnson, del arte de Oscar Wilde, sin exponer crítica y científicamente sus conversaciones” (*Ibid*).

⁶¹¹ Entre los diversos trabajos que en esta dirección pueden citarse, mencionemos la enciclopédica *Historia de la vida privada* dirigida por George Duby y Philippe Ariès (1985-1986) y el trabajo de Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano* 1. *Artes de hacer* y 2. *Habitar, cocinar* (1980), fascinante y novedosa historia de la sociedad y la cultura donde pueden encontrarse capítulos titulados: “Los comercios de la calle”, “En el fondo, la cocina me inquieta...”, “El fin de semana”, etc.

revoluciones” esto es, conversar, bailar, trabajar, en una palabra: vida cotidiana⁶¹². “La historia de la vida cotidiana”, como comenta posteriormente el propio Gutiérrez Girardot, es “hoy una tendencia de la historiografía europea” que busca corregir la “parcialidad de la historiografía principalmente política –guerras, paces, individualidades gobernantes, Estados– que hasta hace no pocos decenios habían dominado la historiografía”. Para el ensayista colombiano la historia de la vida cotidiana “es una especificación de la historia social” que resume con una frase del mismo “Prólogo” de Reyes: “Hablar de siglos es hablar de masas, de pueblos, no de individuos selectos”⁶¹³. Estas tempranas lecturas del estudiante colombiano no solo fueron el estímulo inicial de sus posteriores indagaciones sobre la historiografía social del continente, tan decisivas para la fundamentación de su obra; sus autores –entre los que cabe destacar, además de Reyes o Pedro Henríquez Ureña, a un historiador como José Luis Romero, conocedor “a fondo” de las “figuras supremas de nuestra historia intelectual”– se convertirían en la “carta de presentación” con la que Gutiérrez Girardot exhibía con orgullo ejemplos magistrales de la capacidad de creación intelectual en un continente habituado, “por la situación defensiva frente a la ciencia europea”, a degradarse a sí mismo por cuanto “no conceden capacidad de creación, por modesta que sea, a los hispanoamericanos”⁶¹⁴. Gutiérrez Girardot verá un ejemplo de ello en el estilo “conversacional o de tono menor” de Alfonso Reyes, fundamento de un estilo ensayístico que quita a la reflexión “toda su gravedad sin perder su densidad” y a su tono “anecdótico” su fugacidad, sin que esta pierda su valor de “testimonio concreto del fluir de la realidad”⁶¹⁵, definición que más allá de su magistral estilo –que Antonio Caso definía como

⁶¹² Alfonso Reyes. “Prólogo” (1919) en *Historia de un siglo (Obras completas V)*. México: FCE, 1995, p. 11.

⁶¹³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Alfonso Reyes y la historiografía” (1998) en Javier Lasarte Valcárcel (coord.). *El intelectual y la historia*. Caracas: La Nave Va, 2001, p. 161.

⁶¹⁴ *Ibid.* p. 162. Además de “estímulo” y “orgullosa ejemplaridad”, Gutiérrez Girardot extraerá aún una tercera lección: la “función y arraigo sociales de los resultados de la historiografía”. La explícita declaración que Reyes hace al principio de la *Historia de un siglo*: “No aspiré a ser original, y aún quise borrarle un poco detrás de mi asunto”, se inscribía para el crítico colombiano en la línea de problemas que Max Weber llamó la “neutralidad valorativa” (1917), concepción que superando la falsa dicotomía entre objetividad y subjetividad, acepta “la orientación de argumentaciones científicas según puntos de vista extracientíficos” (p. 163), noción historiográfica que coincide plenamente con estas palabras de Reyes: “No sabemos si lo impersonal posee verdadero valor en este valle de pasiones. Basta con no mentir a sabiendas. Lo demás es extralimitación, *hybris*, ambición desmedida para lo humano”. Debates, concluye Gutiérrez Girardot, en los que late un problema historiográfico fundamental: “el de la trasmisión de los conocimientos científicos de la historiografía a la sociedad” y con ellos su función social, la capacidad de vivificarla, de hacerla “verdadera en el sentido de que no la colocan en un museo, el de los informes fríos, sino en medio de este valle de pasiones” (Alfonso Reyes. “Prólogo” (1919) en *Historia... op. cit.* p. 162).

⁶¹⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Prólogo” en *Alfonso Reyes. Ultima Tule y otros ensayos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991, p. XXIX.

el poder de “dar forma literaria a toda especie de *ocurrencias*”, convirtiendo en certidumbre el dicho paradójico de Goethe: *La literatura es la sombra de la buena conversación*”⁶¹⁶—, atesora la praxis posible de un “pensamiento filosófico” propio, de una expresión a la medida de nuestra realidad. Gutiérrez Girardot buscará este equilibrio durante toda su vida: alcanzó, a nuestro juicio, su supuesto conceptual —el rechazo a la gesticulación y vacua retórica, es decir, a todo lo que sonoramente oculta la pobreza de pensamiento—; muy poco, por el contrario, a la delicada cortesía de su fino Maestro. Difícilmente hubiera podido alcanzarla quien escribiera —cuestión de “modales”— las siguientes palabras sobre Octavio Paz *et al.*

Los lectores que se emocionan con las cataratas sonoras del narciso telúrico Neruda o con las verbosidades peninsulares de León Felipe o con las ternuras materno-lácteas de Gabriela Mistral encontrarán en la obra del filósofo, helenista, sociólogo, germanista, anglista, galorromanista, hispanista, orientalista y místico mejicano Octavio Paz, esto es, *El arco y la lira*, ocasiones de sobra para satisfacer de modo alucinante la curiosa necesidad de embriagarse con nebulosidades⁶¹⁷.

Además de la “conversación privada”, menciona Gaos el “debate público sobre la vida”, tan caro al pensamiento orteguiano y que era, en cierta forma, “lo que Ortega quería realizar con su postulado de llevar la cátedra a la plaza pública”⁶¹⁸. El mismo Gaos nos recuerda la conocida inclinación de Ortega a considerar su obra literaria y su labor docente como “instrumentos de pedagogía y alta política nacionales”, y lo cerca que siempre ha estado de “transgredir los límites que separan esta alta política de la política a secas”⁶¹⁹, o dicho coloquialmente, de la política de “la calle”. “Quien quiera crear algo —y toda creación es aristocracia— tiene que acertar a ser aristócrata en la plazuela. He aquí por qué, dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico”⁶²⁰.

⁶¹⁶ Pedro Henríquez Ureña. “Seis ensayos en busca de nuestra expresión” (1928) en *Obra crítica*. México: F.C.E., 1981, p. 297.

⁶¹⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas al margen de *El arco y la lira* de Octavio Paz” (1989) en *Provocaciones*. Bogotá: Ariel, 1997, p. 15.

⁶¹⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “José Ortega y Gasset. En el primer centenario de su nacimiento” (1983) en *Provocaciones*. Bogotá: Ariel, 1997, p. 83.

⁶¹⁹ José Gaos. *Pensamiento de lengua española* (1945) en *Obras completas* VI. México: UNAM, 1990, p. 240. El mismo Ortega, por su parte, hablando en una ocasión de los periodistas con cierta aspereza, inesperadamente interrumpe sus palabras, entre otros motivos, “porque tal vez yo no sea otra cosa que un periodista” (José Ortega y Gasset. “Misión de la universidad” en *Obras completas. Tomo IV (1929-1933)*. Madrid: Revista de Occidente, 1966, p. 352).

⁶²⁰ José Gaos. *Sobre Ortega y Gasset y otros trabajos de historia de las ideas en España y la América española* (1957) en *Obras completas* IX. México: UNAM, 1992, p. 151. No sobra recordar aquí la ya señalada importancia concedida por Gutiérrez Girardot al periódico como medio de transmisión de su trabajo y de la versatilidad de este medio para “mostrar de una manera accesible, y por eso periodística”, los resultados de sus

El llamado de Gaos en torno a la necesidad de elaborar una filosofía “a la hispánica” –cuya primera tentativa encuentra en la obra de Reyes una elaborada praxis–, puede ponerse en relación, como señala Gutiérrez Girardot, con los dos caminos que la Reforma Universitaria de Córdoba (1918) trazó a los reformistas: uno, académico, político el otro. Dicha necesidad se encuentra determinada por una “estilística” del pensamiento hispanoamericano contemporáneo, el cual procede, en palabras de Gaos, “más que por conceptualización técnica” –a la manera de la filosofía europea– por “conceptualización y discurso mediante imágenes”, estilo idóneo para la literatura de ideas (ensayo, etc.), pero no para la exposición científica o sistemática, modalidad de pensamiento que lo lleva a hablar de *pensadores* y no de *filósofos* en Hispanoamérica⁶²¹, y que Mariano Picón Salas, refiriéndose a una buena parte de nuestro siglo XIX (y algo del XX), ilustra metafóricamente por aquellos mismos años:

Acaso no podíamos hacer la *Crítica de la razón pura* porque nos interesaba más en esos momentos germinales de nuestra vida nacional la *razón práctica* [...] Un europeo puede desdeñar, a veces, lo que se llama nuestro pensamiento pragmático; pero este fue necesario para dar comienzo precisamente a la cultura americana⁶²².

La nómina de *pensadores* elaborada por Gaos en su *Pensamiento hispanoamericano* (1945) no pasa de “cinco o seis grandes nombres”: Andrés Bello, Varona, Martí, Sarmiento y Rodó⁶²³. Constituye el corpus sobre el que a su juicio debería centrarse la historia de nuestra filosofía durante la última centuria, delatando las implícitas preferencias que a su juicio han orientado el pensamiento americano: la esteticista y la antropológica⁶²⁴. Las lecturas de Gutiérrez Girardot en torno a la caracterización “de fondo y de forma” elaborada por Gaos en este libro, determinarían decisivamente su conceptualización teórica “sobre el estilo hispánico de pensar”, como titula un ensayo de este período. Sin embargo –y esto resulta decisivo–, antes que previas conceptualizaciones teóricas fueron para el estudiante colombiano expresión viva y palpitante de dicha “estilística” del pensamiento: “Qué maravilla es la literatura bella que, como la suya, convierte, centra y purifica. Yo percibí que no hay en Ud. una sola letra que no esté escrita con gozo, y ese gozo contagia y mueve”. Así

investigaciones (Rafael Gutiérrez Girardot. “Respuestas a la encuesta de *Gaceta* de Colcultura”. Bogotá: *Gaceta* 24, marzo 1979, p. 7).

⁶²¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre el estilo hispánico del pensar”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 41, mayo 1953, p. 268.

⁶²² Mariano Picón Salas. “La marmita de Papini” (1942) en *Viejos y nuevos mundos*. Caracas: Ayacucho, 1983, pp. 286-287.

⁶²³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre la filosofía en Hispanoamérica”. Madrid: *Correo literario* 71, mayo 1953, p. 10.

⁶²⁴ *Ibid.*

describe su primer contacto con la obra de Alfonso Reyes, inicio de su familiaridad con una tradición a la posteriormente irían sumándose, entre otros, aquellos grandes “pensadores” mencionados por Gaos. Este primer contacto con quien fuera, en muchos sentidos, la culminación expresiva de nuestro pensamiento durante el siglo XX, sería determinante en la formación del joven Gutiérrez Girardot. Lo pondría en la cúspide de un proceso histórico iniciado en la Colonia con el pensamiento de Carlos Sigüenza y Góngora –“punto de partida” para Gaos de un pensamiento “propriadamente hispanoamericano”– y ya en el siglo XIX –a través de la “belleza de la forma” que le confiere “el genio oratorio y literario de los hispanoamericanos”–, con la honda confianza de sus pensadores en las “virtudes pedagógicas” de lo ético, lo político y de lo estético, convicción que alcanzaría en el *Ariel* de Rodó su “más alta formulación” expresiva durante este siglo. Virtudes de fondo y de forma que hacen de los más grandes pensadores de la América española sus “más grandes prosistas”. Sarmiento, Montalvo, Martí, Rodó, y ya en el siglo XX, Alfonso Reyes –para nombrar solo la cúspide de este proceso–, constituyen para Gaos los mejores escritores de la lengua española “desde los siglos de oro”⁶²⁵. Una tradición que el joven Gutiérrez Girardot absorbería intuitivamente a través de sus primeras lecturas de Alfonso Reyes, revelación inaugural para un lector atento que muy pronto supo adivinar las necesidades y las consecuentes tareas que las circunstancias americanas imponían al pensador americano, como lo dejaría consignado Gaos (en su arduo lenguaje):

un pensamiento, por tanto, primordialmente *político*, en el amplio sentido relativo a la comunidad cultural en su integridad que comprende hasta el sentido más estricto. Amplio sentido en el cual lo político es *pedagógico* en un sentido igualmente amplio, el de educativo, formador, creador, de la comunidad cultural, que comprende también hasta el sentido más estricto del término⁶²⁶.

Retomando los postulados inicialmente esbozados por la Reforma, origen y modelo de la actual organización universitaria, Gutiérrez Girardot menciona –teniendo a la vista las señaladas reflexiones de José Gaos– los dos caminos que se abrieron a los reformistas, posibilidades que como hemos venido señalando comenzaron a reorientar la institución universitaria hispanoamericana a la luz del nuevo panorama internacional: uno, académico; político el otro, “tenido por más ortodoxo”. Ambos se verían envueltos en la difusa conciencia de que en el mundo, y en especial en América, se iniciaba una nueva etapa. En última instancia, sea uno u otro el sentido que se dé a la Reforma, para nuestro ensayista

⁶²⁵ José Gaos. *El pensamiento hispanoamericano* (1944). *Obras completas* V. México: UNAM, 1993, p. 35.

⁶²⁶ *Ibid.* p. 34.

resultaba evidente que “una cierta madurez social e intelectual impuso a Hispanoamérica la necesidad de una protesta contra la Universidad anterior, mezcla de supervivencias coloniales y aspiraciones positivistas”⁶²⁷.

Antes de repasar las diversas manifestaciones registradas por nuestro estudiante en torno a las dos opciones abiertas a los reformistas, señalemos que estos “rezagos” coloniales aún proyectaban su sombra en algunas facetas de la vida cultural de nuestros países. Lo puso de manifiesto el historiador mexicano Justo Sierra en una alusión a las dos revoluciones mexicanas: la de Independencia y la de Reforma [1858-1860], a las que viera como dos manifestaciones de “un mismo trabajo social: emanciparse de España fue lo primero; fue lo segundo emanciparse del régimen colonial”⁶²⁸. Segunda emancipación que también seguía pendiente en el Perú, caso paradigmático que Mariátegui ilustra en el capítulo que dedica al “Proceso de la literatura” peruana (1928), en el cual proclamaba “la decadencia definitiva del *colonialismo* [...] En la historia de nuestra literatura, la Colonia termina ahora. El Perú, hasta esta generación, no se había aún independizado de la Metrópoli”⁶²⁹. En este mismo sentido, pero desde el ámbito del ensayo, las “Notas sobre la inteligencia americana” (1936) de Alfonso Reyes, vinieron a establecer para Beatriz Colombi “la paridad de América con Europa”, al tiempo que “fundaban la reflexión crítica sobre el letrado en una sociedad proveniente de la experiencia colonial”⁶³⁰. Y si bien era cierto que en algunos sectores la experiencia colonial ya había sido “superada”, en otros seguían sobreviviendo –producto de la constitutiva superposición de tiempos históricos que ha caracterizado nuestro desarrollo espiritual–, gracias al poderoso apoyo de los sectores tradicionalistas, reacios a cualquier transformación que pusiera en cuestión la inmovilidad de sus fundamentos. El lúcido comentario de Colombi estaría en sincronía con el supuesto con el que Gutiérrez Girardot verifica el señalado paso del “funcionario-escritor” de la Colonia al “escritor-funcionario” de la época republicana, tránsito posible gracias a la inmersión de las naciones hispanoamericanas en la llamada “división del trabajo”, fenómeno que corre paralelo al surgimiento del movimiento reformista. Desde otra perspectiva, a la que también podría dársele el metafórico nombre de “experiencia colonial”, mencionemos las palabras que Mario Vargas Llosa pronunciara en 1966, en una reunión internacional sobre el “Papel del

⁶²⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “La filosofía universitaria...” *loc. cit.* p. 172.

⁶²⁸ Justo Sierra. *Evolución política del pueblo mexicano* (1902). Caracas: Ayacucho, 1977, p. 181.

⁶²⁹ José Carlos Mariátegui. *7 ensayos... op. cit.* pp. 295-296.

⁶³⁰ Colombi, Beatriz. “Alfonso Reyes y las “Notas sobre la inteligencia americana”: Una lectura en red”. Mendoza: *Cuadernos del CILHA* 14, 2011, pp. 109.

escritor en América Latina”: “Esta mañana hemos oído exposiciones muy interesantes sobre los problemas que plantea al escritor la era electrónica. Los escritores peruanos estamos muy lejos de esos problemas. En cierto sentido, los problemas a que debemos enfrentarnos pertenecen a la Edad de Piedra”⁶³¹.

A este propósito, Gutiérrez Girardot señala que “aún en la más cruda época republicana”⁶³², la Universidad colonial seguía manteniendo intacta su estructura. Este implícito conocimiento queda manifiesto en dos trabajos que evidencian su temprana preocupación por el futuro de la universidad en hispanoamericana, en los que repasa sus hitos históricos, desde la fundación de algunas de ellas hasta el movimiento reformista de 1918, verdadero punto de quiebre en el desarrollo de la vida universitaria del continente. El primero trabajo, titulado “Real y Pontificia Universidad, y Universidad Autónoma” –actual Universidad de México– en sus 400 años: “Apenas ha pasado la conmemoración del IV centenario de la Universidad de San Marcos, de Lima, y ya se preparan otras dos. La de la Universidad de México, fundada en 1553, y el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de Bogotá, fundado en 1653 por Fray Cristóbal de Torres, con idénticas constitucionales a las de Salamanca”⁶³³ y el segundo, “La filosofía universitaria en Hispanoamérica”, amplio repaso a las iniciales actividades académicas e ideológicas de algunas de ellas –retórica, filosofía tomista, una “cátedra dedicada a Suárez” tras la llegada de los jesuitas en 1572, etc.–, la posterior decadencia de la escolástica en los siglos XVII y XVIII, a la que sigue la llegada a Hispanoamérica de la doctrina sensualista, el posterior “predominio de Locke, Condillac, Destut de Tracy y Cabanis”, el influjo de Herder y Saint-Simon, etc., lo cierto es que bajo la tutela del positivismo –el cual se impone hacia 1870– la Universidad entra en un período de irreversible deterioro⁶³⁴. A su amparo se realizaron, bajo formas diversas, reformas políticas y pedagógicas. Una rápida enumeración de algunas de estas transformaciones elaborada por el estudiante colombiano muestra la fuerza y amplitud del influjo positivista en todo el continente.

En México, por ejemplo, Gabino Barreda, inspirado en la clasificación comtiana de las ciencias, organizó la educación pública. La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires fue fundada en 1895 por un grupo de jóvenes positivistas. En

⁶³¹ Ángel Rama. “La tecnificación narrativa” en *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*, Bogotá, ICC, 1982, pp. 356.

⁶³² Rafael Gutiérrez Girardot. “La filosofía universitaria...” *loc. cit.* p. 171.

⁶³³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Real y Pontificia Universidad, y Universidad Autónoma”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 32, agosto 1952, p. 259.

⁶³⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “La filosofía universitaria...” *loc. cit.* p. 171.

Chile, José V. Lastarria; Hostos y Varona, en Centroamérica, fueron, entre otros, los difusores de la nueva Filosofía⁶³⁵.

De Gabino Barreda, introductor del positivismo y creador de la Escuela Nacional Preparatoria (1867), Alfonso Reyes ofrece un preciso retrato del hombre y su doctrina:

Discípulo de Augusto Comte, imbuido de positivismo, fuerte en su concepción matemática del universo –de un universo saneado de toda niebla metafísica y de toda preocupación sobre el más allá– congruente y limitado, contento con los datos de los sentidos, seguro –como todos los de su sistema– de haber matado al dragón de las inquietudes espirituales.

Breve trazo que constituye, en última instancia, el contenido doctrinario de la herencia positivista, venero que “se fue secando en los mecanismos del método” desde el momento en que hizo de la matemática “la Suma del saber humano”, dejando al descubierto lo que para Reyes constituía el verdadero problema de este movimiento: desterrada de las Humanidades, la juventud “perdía el sabor de las tradiciones, y sin quererlo se iba descastando insensiblemente”⁶³⁶. Para nuestro estudiante, el positivismo “acabó en escuela cerrada y dogmática y en ingenua retórica”. Convirtió la educación en superficial “divulgación y almacenamiento de saberes”, y clausuró, por mucho tiempo, todo caudal humanístico y rigurosamente filosófico. Las universidades, en general, y las Escuelas y Facultades de Filosofía, en particular, cuando no fueron cerradas, sufrieron este perverso influjo⁶³⁷.

Así, bajo el predominio del positivismo, la universidad colonial cierra el ciclo de su decadencia. Pierde sus “precarias vértebras” para quedar convertida en la sombra de una organización. En este contexto ideológico el movimiento reformista surge primariamente como una reacción del idealismo contra el positivismo en sus diversas formas. De los señalados caminos que por entonces se abrieron a los reformistas, abordaremos ahora aquellas preocupaciones “académicas” que abrieron la discusión sobre las nuevas corrientes del pensamiento a las que la universidad debería acogerse no solo con miras a fortalecer su relación con la sociedad, sino su propio desarrollo científico y académico, ámbitos de su razón de ser y justificación. Como señala Gutiérrez Girardot, a la vez que la crisis del

⁶³⁵ *Ibid.*

⁶³⁶ Alfonso Reyes. “Pasado inmediato” (1939) en *Pasado inmediato (Obras completas XII)*. México: FCE, 1960, pp. 187.

⁶³⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “La filosofía universitaria...” *loc. cit.* p. 171.

positivismo se hacía definitiva, “la reforma cordobesa y americana abría un campo propicio para la filosofía universitaria”⁶³⁸.

Que el movimiento reformista se estaba operando en todo el continente americano encuentra confirmación cuando se repasan sus antecedentes más inmediatos, algunas de cuyas manifestaciones pueden encontrarse en las anotaciones de Gutiérrez Girardot a “La filosofía universitaria en Hispanoamérica”, ensayo que envía a la *Revista de Educación*⁶³⁹, de Madrid, con el fin de dar a los lectores españoles –según puede deducirse del carácter “didáctico” de los apartados que lo componen– una idea general de su historia y desarrollo, desde “La reforma universitaria de Córdoba de 1918”, pasando por “La nueva Universidad y las nuevas corrientes del pensamiento universitario”, continuando con el listado de “Las Facultades de Filosofía dentro de la organización universitaria hispanoamericana” actual, su “Bibliografía hispanoamericana, española y extranjera” hasta la “Orientación de los catedráticos de filosofía” en los principales países de la América hispánica.

De los antecedentes del movimiento de Córdoba destaca el impulso reformador mexicano, el cual inicia, en 1908, sus primeras batallas contra el positivismo desde el Ateneo de la Juventud. Sus integrantes pedirían al maestro Justo Sierra –artífice del restablecimiento, en 1910, de la Universidad de México– que inaugurara una cátedra de Historia de la Filosofía⁶⁴⁰. Como señala Edmundo O’Gorman en su ensayo sobre Justo Sierra y la Universidad de México, las actividades agrupadas “bajo el título de filosofía” quedarían vinculadas a la llamada Escuela de Altos Estudios, que Sierra vincula aquel mismo año a las “Profesionales”, formando de este modo, escribe Reyes, “un cuadro semiautónómico que otra vez se atreve a llamarse Universidad”. Si a Justo Sierra

⁶³⁸ *Ibid.* p. 172.

⁶³⁹ *Revista de Educación* (1952). Publicación científica del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte español.

⁶⁴⁰ “De manos de este hombre [Justo Sierra] salía, por fin, en 1910 la Universidad Nacional. La nueva institución ya no tenía por objeto, como la ideada en 1881, salvar al positivismo. En ella trataba su creador *de organizar un núcleo de poder espiritual condicionado por el poder político*, según le explicó a Miguel de Unamuno en una carta fechada el 7 de julio de 1910. El discurso inaugural contiene la síntesis de los términos que había alcanzado el pensamiento de Sierra desde que soltó las amarras positivistas. La nueva casa de estudios no es invernadero de una casta de egoístas que vivan en torre de marfil; será creadora, eso sí, de un grupo selecto, pero selecto por *su amor puro a la verdad*, y por eso sabrá sumar el interés de la ciencia al interés de la Patria. Esos hombres son los que cuentan, son *los que tienen voz en la historia*, son los verdaderos educadores sociales, son Juárez, Lincoln, Karl Marx...” (Edmundo O’Gorman. “Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México, 1910” (1949) en Eugenia Meyer (ed.). *Imprevisibles historias. En torno a la obra y legado de Edmundo O’Gorman*. México: UNAM, 2009, p. 264).

corresponde el mérito de su creación, a Antonio Caso “corresponde la honra de haber conducido otra vez a la Filosofía hasta la cátedra”⁶⁴¹. Escribe O’Gorman:

Allí, dice [Sierra], “abriremos cursos de historia de la filosofía, empezando por la de las doctrinas modernas y de los sistemas nuevos, o renovados, desde la aparición del positivismo hasta nuestros días, hasta los días de Bergson y William James”. Quede a la metafísica el campo libre; lo esencial por ahora, lo único positivo, la única promesa, la única filosofía, es la historia. Un paso más y Sierra se habría encontrado con el historicismo; habría llegado solo, por su esclarecida mente, al corazón del pensamiento contemporáneo⁶⁴².

En Buenos Aires, continúa Gutiérrez Girardot, los profesores Coriolano Alberini y Alejandro Korn⁶⁴³ fueron “los más destacados impugnadores del viejo positivismo”. Alberini fue el primer Decano de la nueva Facultad, entonces “orientada hacia el bergsonismo, al igual que la de México con Antonio Caso y la de Lima con Alejandro Deústua”⁶⁴⁴. Patriarcas de la Enseñanza universitaria en Hispanoamérica, llenaron de entusiasmo, desde su cátedra, a los jóvenes universitarios, que pronto supieron responder a sus incitaciones. Tras el bergsonismo, se implantó el pensamiento alemán contemporáneo, cuyo fuerte influjo, como comprueba nuestro estudiante, seguía perdurando en aquel momento.

Si el problema para Gutiérrez Girardot se concentraba en la cuestión de la “Universidad y la cultura en América” –título de su primer artículo–, lo cierto es que al delegar a la filosofía la tarea de elaborar los conceptos para plantear el problema de nuestra cultura, se estaba planteando, al mismo tiempo, la existencia “de hecho o posible” de una filosofía para nuestro continente. Partiendo de los planteamientos generados por el movimiento reformista, la discusión alcanzó tres ámbitos de problemas. El primero –pronto

⁶⁴¹ Alfonso Reyes. “Pasado inmediato”... *op. cit.* pp. 210-213. Antonio Caso presidió la apertura del primer curso libre de la Escuela de Altos Estudios: el de Filosofía. “La libre investigación filosófica, la discusión de los problemas metafísicos, hizo entrada de victoria en la Universidad” (Pedro Henríquez Ureña. “La cultura de las humanidades” (1914) en Rafael Gutiérrez Girardot y Ángel Rama (prólogo, selección y cronología). *La utopía de América*. Caracas: Ayacucho, 1978, p. 57).

⁶⁴² Edmundo O’Gorman. “Justo Sierra y los orígenes...” *op. cit.* p. 265. Más adelante veremos la atención que nuestro estudiante prestaría a los temas de la historia y la historiografía, en especial a la decisiva influencia del historicismo orteguiano en autores como Samuel Ramos, Leopoldo Zea y su alumno José Gaos.

⁶⁴³ Alejandro Korn (1860-1936). Médico, psiquiatra, filósofo, maestro y político argentino. Considerado el iniciador del pensamiento filosófico en la Argentina. Gracias al movimiento de Reforma Universitaria, fue el primer funcionario universitario en América Latina en ser elegido por voto estudiantil como decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires (1918-1921). Autor de los libros *La Reforma Universitaria* (1919), *La libertad creadora* (1920), *Axiología* (1930), *Filósofos y sistemas* (1936), *Estudios de filosofía contemporánea* (1963), entre otros.

⁶⁴⁴ Alejandro Deústua Escarza (1849-1945). Filósofo, educador y diplomático peruano. Introdutor de algunos autores de la tradición alemana, francesa e italiana como Dilthey, Simmel, Bergson y Croce. Considerado uno de los primeros en encabezar la reacción contra el positivismo imperante en el Perú. Entre sus libros cabe destacar *Estética general* (1923), *Lo bello en la naturaleza* (1929), *Lo bello en el arte* (1932), *Los sistemas de moral* (1940) y *La estética de José Vasconcelos* (1939).

convertido en “discusión bizantina”– sobre la posibilidad y tareas de una filosofía hispanoamericana. Una segunda, culminación y solución de la anterior, sobre el estudio de la historiografía de las ideas, y un tercer asunto, “por ahora, final”, dirigido a poner en cuestión el “ser mismo de Hispanoamérica”, que la convierte a ella, a su historia y a la historia de sus ideas, en “problema de la filosofía”. El trazo queda planteado... pero como añade de inmediato, “la cuestión universitaria no ha llegado a esta altura”⁶⁴⁵. Sin embargo, una intensa inquietud por la problemática filosófica se gestaba en aquellos años en el continente, una inquietud orientada hacia las posibilidades de una filosofía propia, “plenamente diferenciada de la europea”, que por sus temas y caracteres pueda definirse como tal, “del mismo modo como se define una filosofía inglesa, francesa, alemana, española, etc.”. Pensamiento filosófico que José Gaos da por supuesto al caracterizarlo, como ya dejamos anotado, por sus preferencia “esteticistas y antropológicas”, temática esta última a la que Francisco Romero dedica su *Teoría del hombre* (1951), antropología filosófica planteada por el filósofo argentino. Para Leopoldo Zea, si algo caracteriza la filosofía en América, es su preocupación por captar la llamada “esencia de lo americano, tanto en su expresión histórica y cultural, como en su expresión ontológica”. Esto no quiere decir que no exista un filosofar “preocupado por los grandes temas de la filosofía universal” –preocupación que Gutiérrez Girardot verá encarnada, como mencionaremos más adelante, en la figura del filósofo argentino Carlos Astrada–, solo indica que lo decisivo para este “filosofar” es su preocupación por la historia de nuestra cultura, que ha hecho de ella, de nuestra cultura, “el centro de sus preocupaciones”. A diferencia de la llamada filosofía universal, “tiene como punto de partida la pregunta por lo concreto, por lo peculiar, por lo original en América”. Sus grandes temas, el primero ya planteado por el estudiante colombiano, los conforman “preguntas sobre la posibilidad de una cultura americana; preguntas sobre la posibilidad de una filosofía americana; o preguntas sobre la esencia del hombre americano”⁶⁴⁶.

Menos especulativo y optimista, el peruano Alberto Wagner de Reyna advierte que para que esta filosofía americana sea por sobre todo “filosofía auténtica”, debe integrarse a la “tradición europea; tradición a la cual pertenece la cultura hispanoamericana por su especie y forma”⁶⁴⁷. Para ello, los estudiosos deben luchar contra cuatro dificultades que acechan el rigor y la autenticidad de la labor filosófica en nuestro continente: “el remedo, el atraso, la

⁶⁴⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “La filosofía universitaria...” *loc. cit.* p. 172.

⁶⁴⁶ Leopoldo Zea. “Conciencia de América” (1971) en *La filosofía como compromiso de liberación*. Caracas: Ayacucho, 1991, p. 139.

⁶⁴⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre la filosofía...” *loc. cit.* p. 10.

inexactitud y la superficialidad; o sea, la artificiosidad; la falta de información; la pereza intelectual y la palabrería”⁶⁴⁸, “perversos obstáculos” que se convertirían, con el correr de los años, en algunos de los *leitmotiv* que Gutiérrez Girardot esgrimiría con particular fiereza contra lo que paradigmáticamente llamaba las “artes de la simulación” de la intelectualidad tanto americana como española.

Con relación al tema de la historia del pensamiento filosófico en la América hispánica, menciona Gutiérrez Girardot la formación de algunos grupos de estudiosos, entre los que sobresalen los nombres de Eduardo García Máynez (1908) Leopoldo Zea (1912), Augusto Salazar Bondy (1925), o el mencionado Wagner de Reyna (1915), resaltando de paso la “notable diferencia entre el rigor intelectual” de esta nueva generación y el de pensadores como Vasconcelos (1882) o Víctor Belaúnde (1883). Entre los “maestros mayores” más sobresalientes menciona a los mexicanos Samuel Ramos y Edmundo O’Gorman, al peruano Mariano Ibérico Rodríguez y a los argentinos Carlos Astrada y Francisco Romero, a quien dedica un polémico artículo, primero de los publicados por el estudiante colombiano en los madrileños *Cuadernos hispanoamericanos*⁶⁴⁹. “Reflexión sobre Francisco Romero” es una reseña sobre el libro *El hombre y la cultura* (1950), donde además de demostrar el exigente sentido crítico que comienza a caracterizar su actitud intelectual –tiene 23 años–, deja explícitamente formulada una de las premisas que movilizarían su trabajo posterior: “ponernos filosóficas a la altura de lo que en realidad somos: occidentales”⁶⁵⁰. De esta tácita exigencia surgen sus reparos a las consideraciones “americanistas” del libro, “alumbramiento de una *cultura autóctona* –sospechosamente folklórica– para justificar la deficiencia del trabajo”, lo que a su juicio equivale a “esconder la cabeza como el avestruz”, que no ve o no quiere ver más allá de las selvas, el clima y la exuberancia tropical. El libro aparece a sus ojos como un exponente de aquella tendencia que Julián Benda ha llamado la “democratización de la filosofía”, cuyo síntoma en Hispanoamérica son los libros llamados de divulgación (“folletines encuadernados” llama algunos de sus trabajos). “Pero dudamos del carácter rigurosamente filosófico –con toda la

⁶⁴⁸ *Ibid.*

⁶⁴⁹ Eduardo García Máynez (1908- 1993). Filósofo, académico y jurista mexicano. Rector del Instituto Tecnológico Autónomo de México, profesor emérito de la UNAM e investigador del Instituto de Investigaciones Filosóficas. Autor de importantes obras sobre filosofía del derecho. Mencionemos *El derecho natural en la época de Sócrates* (1939), *Una discusión sobre el concepto jurídico de libertad* (1949), *Introducción a la lógica jurídica* (1951)

⁶⁵⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “Reflexiones sobre Francisco Romero”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 23, septiembre/octubre 1951, p. 271.

gravedad que demanda el adjetivo— de este tipo de obras”. Trabajo laudable, por cierto, pero cuyos temas, “intrascendentes y viejos (v. gr., “El positivismo y la crisis”, “En torno a la idea del progreso”, “Apunte sobre el *alacraneo*”, algunos de los que componen el libro)” jamás podrán ofrecer la orientación que “tanto precisan nuestros pueblos”. No sus postulados: reprocha al filósofo argentino su facilismo, toda vez que no cumplió con “la alta misión directora” que como prestigioso intelectual le corresponde. A modo de conclusión, que no deja de ser otra cosa que un reproche a los intelectuales americanos, señala cómo el laxo y poco exigente ambiente cultural produce “brillantes pero infecundos” resultados, situación que lo lleva a afirmar que hablar —por ahora— de una etapa de “normalidad filosófica” en culturas “vacías e inconsistentes” como las nuestras es “apresurado”⁶⁵¹. Al final, sin embargo, como exponentes de una cultura posible enumera la labor de Wagner de Reyna, quien bosqueja, primero, “un plan mínimo de estudios filosóficos que impidan la superficialidad”; la obra ingente de Henríquez Ureña o la “callada labor” de Samuel Ramos.

Mención especial dedica Gutiérrez Girardot a la influencia de Ortega y su *Revista de Occidente* en la consolidación de aquel ambiente que Francisco Romero llamó, “quizá prematuramente, de *normalidad filosófica*”, a la que el filósofo español contribuiría decisivamente con la introducción de la filosofía alemana contemporánea, “cuyo fuerte influjo predomina hoy”⁶⁵². El neokantismo, por ejemplo, “sirvió de base en México para la reorganización de la enseñanza secundaria y normal. Muchos de los filósofos en boga, hacia

⁶⁵¹ Un repaso a la fluctuante opinión de Gutiérrez Girardot entre 1950 y 1985 sobre la noción de “normalidad filosófica” se convierte en una tácita expresión de la ambigüedad que ha caracterizado el desarrollo de la filosofía en Hispanoamérica: 1950. “La labor de Ortega [cuyas] repercusiones se sienten en Hispanoamérica en forma fertilísima, ha logrado dentro de la cultura peninsular lo que Francisco Romero llama una etapa de *normalidad filosófica*” (“Ortega y Gasset y su influencia filosófica”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 5 marzo 1950, p. 2). 1951. “Al pensar en la gozosa anunciación de una etapa de *normalidad filosófica* hispanoamericana, hecha hace ya años por el mismo Romero, y repasar el fruto de esta, no podemos por menos que desconfiar de quien lo ha hecho” (“Reflexiones sobre Francisco Romero”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 23, septiembre/octubre 1951, p. 271). 1953. “Hoy sí puede decirse que el estudio de la filosofía en Hispanoamérica ha entrado a una etapa de *normalidad*” (“La filosofía universitaria en Hispanoamérica”. Madrid: *Revista de Educación* 10, mayo 1953, p. 176). 1953. “La presencia de Ortega y Gasset y M. García Morente en la Argentina, y el influjo de la *Revista de Occidente* y sus textos en toda América, contribuyó no poco en la creación de un ambiente que Francisco Romero llamo, quizá prematuramente, de *normalidad filosófica*” (“Sobre la filosofía en Hispanoamérica”. Madrid: *Correo literario* 71, mayo 1953, p. 10). 1957. “Pensar sobre los clásicos de la filosofía es siempre más provechoso que discutir sobre el esquematismo y la simplicidad de los libros de divulgación. Y es el único modo de conseguir que la filosofía logre en nuestros países esa *normalidad filosófica* que tan apresuradamente se anunció entre nosotros hace ya más de una docena de años” (“Otra vez Nietzsche. Sobre una nueva edición de sus *Obras Completas*”. Bogotá: *Mito* 16, octubre/noviembre 1957, p. 274). 1985. “Falta, igualmente, lo que Francisco Romero llamó la *normalidad filosófica*, esto es, una atmósfera social favorable a los estudios filosóficos” (Carlos Enrique Ruiz. “Realidad y heterodoxia en la cultura” (Reportajes de *Aleph*). Manizales: *Aleph* 54, julio/septiembre 1985, p. 19).

⁶⁵² Rafael Gutiérrez Girardot. “La filosofía universitaria...” *loc. cit.* p. 172.

comienzos del segundo cuarto de siglo, sirvieron para orientar la elaboración de algunos planes de estudio filosófico”. Así, al tiempo que se alentaba la definitiva consolidación del estudio de la filosofía moderna en el ámbito universitario hispanoamericano, filósofos como Antonio Caso, Coriolano Alberini, Alejandro Korn y Alejandro Deústua “formaron discípulos, dieron conferencias divulgadoras y cursos monográficos” con los cuales contribuyeron a desterrar el positivismo. En este nuevo clima se fundaron sociedades filosóficas como la kantiana, de Buenos Aires, y se invitó a profesores extranjeros. Sería en este momento, con la “lucha antipositivista en su etapa final”, cuando la presencia de Ortega comenzaría a ejercer una “influencia purificadora e incitadora”⁶⁵³ gracias a su inigualable y poderosa labor divulgativa.

Para Leopoldo Zea, el encuentro con la filosofía contemporánea va a permitir al pensamiento latinoamericano tomar clara conciencia de sí mismo. Su “gran promotor” para España y Latinoamérica, José Ortega y Gasset, va a permitir “hacer expreso el sentido de un pensamiento que no por no ser sistemático deja de ser filosófico”. La pregunta –siempre renovada– sobre la posibilidad de una “filosofía americana”, encontraría en la misma filosofía europea contemporánea el “instrumental de justificación” para la orientación de nuestro pensamiento⁶⁵⁴. Un conjunto de "transterrados" españoles, entre los que sobresalen Joaquín Xirau, Eduardo Nicol, José Ferrater Mora, Juan David García Bacca y José Gaos, a quien ya hemos mencionado, enriquecieron el arsenal justificativo y colaboraron en la orientación que la filosofía en Latinoamérica iba a recibir abiertamente⁶⁵⁵. La labor de estos

⁶⁵³ *Ibid.*

⁶⁵⁴ Leopoldo Zea. “Sentido de la filosofía en Latinoamérica” (1971) en *La filosofía como compromiso de liberación*. Caracas: Ayacucho, 1991, p. 273.

⁶⁵⁵ *Ibid.* Joaquín Xirau i Palau (1895-1946). Filósofo, pedagogo y traductor español. Profesor en la Universidad de Barcelona. Llegó a México en 1939, donde ejerció la docencia en la UNAM. Obras: *La filosofía de Husserl* (1941), *El pensamiento y la obra de Bergson* (1944), *Ramón Llull, filosofía y mística* (1945). Entre sus traducciones más destacadas cabe mencionar la *Paideia: los ideales de la cultura griega* (1942) de Werner Jaeger. -Eduardo José Gregorio Nicol i Franciscá (1907-1990). Filósofo español. Luego de dos años de su llegada a México, en 1938, obtiene la nacionalidad mexicana. Doctor de la UNAM, donde ejerce la enseñanza de la filosofía. Fundador (junto con Eduardo García Máynez) del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la UNAM. Autor, entre otros, de los libros *La idea del hombre* (1946), *Historicismo y existencialismo* (1950), *El porvenir de la filosofía* (1972), *La reforma de la filosofía* (1980). - José Ferrater Mora (1912-1991). Filósofo, ensayista y escritor español. A partir de su salida de España (1939) ejerció la docencia en diversas universidades de Francia, Cuba, Chile y los Estados Unidos, país en el que se establece y donde entra en relación con Pedro Salinas y otros intelectuales en el exilio. Autor de una extensa obra, entre la que destaca su famoso *Diccionario de Filosofía* (1941), aparecido en diversas ampliaciones y reediciones; *Unamuno, bosquejo de una filosofía* (1944), *La filosofía en el mundo de hoy* (1959), *De la materia a la razón* (1979), etc. -Juan David García Bacca (1901-1992). Filósofo, ensayista y traductor español nacionalizado venezolano. Luego de su salida de España (1936) y de su paso por Ecuador y México, se establece definitivamente en Venezuela (1946), donde ejerce la docencia por largos años. Traductor de Platón, Heidegger, Aristóteles, Jenofonte, Tucídides, etc. es autor de una vasta obra filosófica: *Introducción a la lógica*

españoles fue enorme. Como “fructífero impulsor de los estudios de historia de las ideas en Latinoamérica” calificaría años más tarde Gutiérrez Girardot a José Gaos, título general que extiende a “Juan David García Bacca y al injustamente olvidado Eugenio Imaz, Eduardo Nicol y Wenceslao Roces”, entre tantos más, que encontraron en México y otros países de Hispanoamérica la posibilidad de hacerlo “todo entre todos”, como reza el lema de Alfonso Reyes⁶⁵⁶.

Samuel Ramos, por su parte, recuerda en su *Historia de la filosofía en México* (1943), el inconformismo de su generación ante el “anti-intelectualismo” de sus maestros, “perplejidad” de la que comenzaron a salir gracias a la llegada a México de los libros de Ortega. “Ortega y Gasset vino también a resolver el problema del nacionalismo mostrando la historicidad de la filosofía en *El tema de nuestro tiempo* (1923). Reuniendo estas ideas con algunas otras que había expuesto en las *Meditaciones del Quijote* (1914), aquella generación mexicana encontraba la justificación epistemológica de la filosofía nacional”⁶⁵⁷. Con Ortega y su revista, México y toda la América hispánica entraba en posesión de las nuevas ideas, de una filosofía que “mostraba la circunstancialidad de las soluciones filosóficas, la historicidad de todo lo humano”, concepción historicista que se convertiría en una efectiva herramienta de indagación en torno a la particularidad cultural e intelectual de Hispanoamérica.

Desde una perspectiva más amplia y significativa, José Gaos destaca el papel desempeñado por la obra de “Ortega filósofo” en la constitución del pensamiento hispanoamericano. Por su estilo “literario”, forma parte del linaje de aquellos filósofos del siglo

moderna (1936), *Curso sistemático de filosofía* (1969), *Lecciones de Historia de la filosofía* (1973), *Introducción literaria a la filosofía* (1945), *Invitación al filosofar según espíritu y letra de Antonio Machado* (1967), *Siete modelos de filósofos* (1950), *Filosofía y teoría de la relatividad* (1978), etc.

⁶⁵⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Prólogo” en Alfonso Reyes. *Ultima Tule y otros ensayos*. Caracas: Ayacucho, 1991, p. XXIII. Wenceslao Roces Suárez (1897-1992). Historiador, traductor y político español. Una vez instalado en México (1942), trabaja como profesor de Historia de Roma e Historia de Grecia en la UNAM, y como traductor para el Fondo de Cultura Económica. En otros autores, deben mencionarse sus traducciones (en ocasiones junto a José Gaos y Eugenio Imaz) de Carlos Marx, Ernst Bloch, Ernst Cassirer, Wilhelm von Humboldt, Rudolf Stammler, Friedrich Hegel y Alexandre Koyré. Eugenio Imaz Echeverría (1900-1951). Filósofo y traductor español. Llegó a México en 1939, donde pronto inicia su labor publicando en *España Peregrina*, mientras se incorpora a la UNAM como profesor de la facultad de Filosofía y Letras. Traductor de autores alemanes, entre los que destacan Wilhelm Dilthey, Jacob Burckhardt, Ernst Cassirer y Kant. Autor de *El pensamiento de Dilthey. Evolución y sistema* (1946), *Topia y Utopia* (1946) y *Luz en la caverna* (1951), obra a la que este mismo año, Gutiérrez Girardot dedica una reseña donde señala cómo, “el filosofar de Imaz, es como aquel que en una ocasión pedía Gaos. Filosofar sobre la vida en la conversación y en el diálogo. Pero filosofar sobre la vida, en la vida, pues es de ella, *de la propia vida nuestra, de nuestras nociones y nuestras acciones* de donde emergen los problemas filosóficos. Y es del problema de nuestra vida de hoy y de nuestras nociones de ahora de donde Imaz se ha asido para filosofar” (Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas bibliográficas: E. Husserl, *Ideen zu einer rein en phaenomenologie und phenomenologische philosophie* (1952). Eugenio Imaz. *Luz en la caverna, introducción a la psicología y otros ensayos* (1951)”. Bogotá: *Ideas y Valores* 5, junio 1952, p. 381).

⁶⁵⁷ Samuel Ramos. *Historia de la filosofía en México*. México: Imprenta Universitaria, 1943, p. 149.

XVIII (franceses como Voltaire o Rousseau) que se sirvieron de la expresión ensayística con el fin de “rehacer conforme a los dictados de la razón, del señorío de la luz sobre sí mismo y su contorno, la organización y la vida toda de sus países y aún de todos los países”. Son los verdaderos antecesores de los grandes “pensadores” en lengua castellana, “desde un Feijóo hasta un Unamuno y un Ortega en España; desde un Andrés Bello hasta un Martí, un Rodó, un Antonio Caso en esta América”. Constituyen para Gaos

los verdaderos padres de las respectivas patrias y aún cada uno de las patrias de los demás, de las patrias hispánicas todas, en el sentido de maestros de sus respectivos pueblos, de maestros de los pueblos todos hispánicos. En este sentido, Ortega no es sino uno más entre los integrantes de tan ilustre casta⁶⁵⁸.

El ejemplo de la *Revista de Occidente* cundió, y en breve se fundaron en la América hispánica colecciones filosóficas. Las Facultades adquirieron cuerpo, y en su trabajo, normalidad y rigor. Bien pronto fueron destacándose, entre todas, las Facultades de Filosofía de México, Lima y Buenos Aires. Sin embargo, y pese a la renovación, “las Facultades de Filosofía no lograron recuperar el puesto director dentro de las Universidades americanas, usurpado en ocasiones por las de Derecho, y ahora [1953], por causas muy explicables, por las Facultades y Escuelas técnicas”⁶⁵⁹. Sin embargo, las universidades no dejan de preocuparse por fortalecer sus Facultades de Filosofía. El recuento que el atento estudiante dedica a la descripción sumaria de dichas Facultades en todos los países hispanoamericanos, así como al material bibliográfico utilizado y a la orientación de sus profesores resulta digno de mencionarse. Como ya hemos sugerido, creemos que esto se debe al carácter divulgativo de ensayo, destinado a los lectores españoles, presumiblemente poco, o nada informados al respecto. Además de esta faceta pedagógica, de la que este trabajo es ejemplo elocuente, el ensayo puede darnos una idea del rigor con el asumía sus tareas, actitud que es una de las características más sobresalientes de su trabajo intelectual⁶⁶⁰. Por todo esto, y por su implícito valor documental, transcribimos algunos datos que puedan brindarnos una idea

⁶⁵⁸ José Gaos. *Sobre Ortega y Gasset...*” *op. cit.* p. 151.

⁶⁵⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “La filosofía universitaria...” *loc. cit.* p. 173.

⁶⁶⁰ Una muestra de ello puede verse en la bibliografía utilizada por Gutiérrez Girardot para elaborar su ensayo: Aníbal Sánchez Reulet: “Panorama de las ideas filosóficas en Hispanoamérica”. Madrid: *Tierra Firme* 2, 1936; Gabriel del Mazo. *La reforma universitaria* (6 vols.). Buenos Aires: Centro de Estudios de Medicina, 1926-27; José Carlos Mariátegui. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Amauta, 1943; Luis Alberto Sánchez. *La universidad Latinoamericana*. Guatemala: Ed. Universitaria, 1949; Luis Farré. “Diez años de Filosofía argentina”. *Revista de la Universidad de Buenos Aires* 13, enero-marzo 1950; Samuel Ramos. *Historia de la filosofía en México*. México: Imprenta Universitaria, 1943 y José Rubén Sanabria. “Panorama filosófico en el México actual”. Buenos Aires: *Sapientia* 22, 1952.

cabal de las cuestiones señaladas. Con relación a la organización de las Facultades de Filosofía baste citar el caso de la Argentina:

En la Argentina, la Universidad se divide en Facultades, y estas en Escuelas especializadas. La Escuela consta de “cátedras”, que es la “unidad docente de la Universidad”. Los institutos son la unidad para la investigación científica. La Facultad de Filosofía, llamada también de Humanidades, tiene los siguientes Institutos: Antropología, Didáctica, Filología, Geografía, Historias, Literaturas, Estética, Psicología y Filosofía. La Facultad de Filosofía tiene, a través de su Instituto especializado, una Biblioteca y un Departamento de publicaciones, que edita textos y estudios monográficos filosóficos. Es la de mayor preponderancia entre las demás de la Universidad⁶⁶¹.

Por su Centro de Estudios Filosóficos, sus Seminarios de Filosofía, Mesas Redondas y Seminarios de investigación, la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), es, “en la actualidad, la mejor Facultad de Filosofía de la América hispánica”, constituye “la guía intelectual de Hispanoamérica”⁶⁶². De la extensa y detallada bibliografía filosófica utilizada en las universidades hispanoamericanas, mencionemos algunos datos. La bibliografía examinada aparece dividida en “Obras didácticas” (tres “Introducciones a las filosofías”, traducidas por la *Revista de Occidente*); “Obras de Lógica” (nueve autores); Historias de la filosofía (cuatro historias); Ética (tres autores); Teoría del conocimiento; Psicología (siete autores). De cada obra, Gutiérrez Girardot menciona su editorial. “La bibliografía didáctica tomista –que no mencionamos en detalle por conocida– se maneja por todos en general”. Del listado de los autores más utilizados para “trabajos monográficos de Seminario, o recomendados para lecturas posteriores”, sobresalen:

Dilthey, Scheler, Husserl, Hartmann, Simmel, Litt, Jaeger, Heidegger (para cursos superiores, como objeto de, Seminario), entre los alemanes. Maritain, Gilson, Sertillanges, Brehier, Garrigou-Lagrange y Jolivet, entre los franceses. Ortega y Gasset, Zubiri, Morente, Marías, Granell y Zaragüeta, entre los españoles. García Bacca, Romero (F), José Gaos, Frondizi (R.), García Máynez (E.) y Ferrater Mora, entre los hispanoamericanos (nativos o transterrados). Los autores ingleses y norteamericanos son poco manejados, y algunos franceses como Sartre o Merleau Ponty, son más citados que conocidos.

⁶⁶¹ *Ibid.*

⁶⁶² Rafael Gutiérrez Girardot. “Real y Pontificia Universidad, y Universidad Autónoma”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 32, agosto 1952, p. 260.

También menciona las editoriales más frecuentadas por los estudiantes, entre ellas, el Fondo de Cultura, de México y la Editorial Losada, de Buenos Aires, “y los textos, difícilmente accesibles de la *Revista de Occidente*”. Con relación al manejo directo de textos griegos y latinos, anota que “es excesivamente escaso”, y si bien el estudio de la Filosofía antigua comienza a crecer, son pocos los catedráticos que los asumen con seriedad. Como promotores de los estudios clásicos menciona los nombres de los filósofos Alberto Wagner de Reyna, García Bacca e Ismael Quiles (S. J.), terreno en el que ha sido fundamental la obra del profesor italiano Rodolfo Mondolfo en la Argentina⁶⁶³.

Terminemos estas anotaciones sobre el “camino académico” abierto por la Reforma con los comentarios que Gutiérrez Girardot dedica al filósofo argentino Carlos Astrada, discípulo de Heidegger y uno de los filósofos más sobresalientes, cuyo pensamiento “llamó poderosamente la atención de Croce en un artículo dedicado al “Renacimiento existencialista de Hegel”, en el que comenta con elogio el movimiento argentino actual, en especial el que se orienta hacia los temas desenvueltos por Astrada”⁶⁶⁴. Otro trabajo, en el que discrepa de su maestro, apareció publicado en un libro colectivo que los alumnos de Heidegger le dedicaron: *Sobre la posibilidad de una praxis existencia-histórica* (1949), donde Astrada se pregunta si “bajo la constante consideración de las estructuras ontológicas descubiertas por Heidegger” puede avanzarse hasta un “para concreto”, es decir, “si puede darse el paso a una praxis existencial de la historia, a un obrar por el cual la existencia humana en cuanto sujeto de los datos ónticos de la historia trabaje nuevamente el mundo circundante de las cosas y de las formas, a fin de que se les dé a sus posibilidades reales la expresión correspondiente”. Desde esta perspectiva, como anota Gutiérrez Girardot, Astrada ve la posibilidad, reclamada por Heidegger en su *Carta sobre el humanismo* (1946), de entablar *ein produktives gespräch mit den marxismus* (“un diálogo productivo con el marxismo”), demostrando una vez más la íntima vocación de un pensamiento como el hispanoamericano, que sin negar su interés por lo universal, deriva con íntima consecuencia hacia los problemas concretos del continente, hacia la necesidad de transformar nuestra realidad concreta. Desde la filosofía “pura”, el pensamiento de Astrada emprende con natural inclinación el camino de la política, otra de las vías abiertas por el movimiento reformista. Por ello el libro de Astrada ofrece para el joven estudiante “un repertorio de conceptos, ideas y problemas desde los cuales sea posible

⁶⁶³ Rafael Gutiérrez Girardot. “La filosofía universitaria...” *loc. cit.* pp. 173-175.

⁶⁶⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “La filosofía actual en la Argentina”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 39, marzo 1953, p. 334.

abordar y resolver las situaciones políticas concretas de Hispanoamérica. “El tema de la *praxis* existencial-histórica constituye, al parecer, la cuestión fundamental con que han de enfrentarse, en lo sucesivo, los pensadores políticos hispanoamericanos”⁶⁶⁵, palabras que revelan, de paso, la fe y la confianza que el estudiante colombiano tenía en la capacidad transformadora de la inteligencia

Mientras el “camino académico” abierto a los reformistas derivaba hacia la indagación en torno a las posibilidades de un pensamiento filosófico para el continente, interpretada políticamente la Reforma universitaria encontraría en el “desarrollo material que la sociedad ha impuesto a raíz de la crisis producida por la guerra” y en la creciente “proletarización de la clase media”⁶⁶⁶, el contexto y justificación de los principales impulsos sociales y políticos que guiarían a los reformistas. A través de sus propuestas de reestructuración –como las de Luis Alberto Sánchez y Risieri Frondizi, ya mencionadas–, la Reforma puso en evidencia el problema de la universidad y su divorcio de la cultura que, “fuera de las aulas, viene desarrollándose sobre supuestos modernos e históricamente condicionados”⁶⁶⁷. Lo constataría Alfonso Reyes en su certera descripción de estos años, a raíz de los espontáneos encuentros entre la vida libre de la inteligencia mexicana y un evento tan significativo como el Congreso Nacional de estudiantes (1910): “Entre la vida universitaria y la vida libre de las letras hubo entonces una trabazón que indica ya, por parte de la llamada Generación del Centenario, una preocupación educativa y social”. Al lado del contingente estudiantil, se encontraba, “una generación de ensayistas, filósofos y humanistas autodidactos”⁶⁶⁸. Este rasgo, como anota a continuación, marca la diferencia entre esta generación literaria y la anterior –la brillante generación modernista– que “esa sí, soñó todavía en la torre de marfil”⁶⁶⁹. Particularidad en la que confluirían esta generación autodidacta con los anhelos de los estudiantes que, en 1910, resolvieron examinar aquellos problemas sociales y políticos que –en conjunción con las luchas contra un positivismo aún vigente en las aulas– requerían urgente consideración.

El evidente divorcio entre la universidad y la sociedad, como señala Gutiérrez Girardot, se convertía en un “reproche” para los reformistas, a la vez que impulsaba un programa de cambios que podría resumirse en un sencillo principio: adecuación de la

⁶⁶⁵ *Ibid.* p. 335.

⁶⁶⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “La filosofía universitaria...” *loc. cit.* p. 172.

⁶⁶⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Universidad y cultura...” *loc. cit.* p. 2.

⁶⁶⁸ Alfonso Reyes. “Pasado inmediato”, *op. cit.* p. 186 y 206. No sobra añadir que entre estos autodidactos se encontraban dos testigos de excepción: Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña.

⁶⁶⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “La filosofía universitaria...” *loc. cit.* p. 173.

Universidad a la praxis política y cultural. El resultado inmediato de este impulso programático, ya señalado por nuestro estudiante, fue la creación de los Departamentos de Extensión Cultural y las Universidades Populares, fundadas por los ateneístas, cuya actividad pública más importante, como escribe Pedro Henríquez Ureña, fue la creación de la Universidad Popular de México (1912-1920), que venían a materializar –a la luz de la discusión sobre la posibilidad de una filosofía americana–, el campo propicio para su misma existencia y sus inminentes tareas: “justificación y sentido de la vida práctica y coordinación entre lo ideal y lo real”⁶⁷⁰, según las palabras de Leopoldo Zea citadas por el ensayista colombiano.

Pasado el momento de las primeras campañas –“un secreto instinto nos dice que pasó la hora del Ateneo”–, el cambio operado a la caída del régimen porfirista permitiría a los ateneístas acometer acciones sociales más directas. En 1912 fundan la Universidad Popular, “escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias”. Recibirían ayuda de algunos periódicos y empresas –“nos obligamos a no recibir subsidios del Gobierno”– lo que demuestra el compromiso social que alentaba aquella empresa de cultura. Aprovechaban en lo posible los descansos del obrero, robándole horas a la jornada, hasta donde lo consentían los patrones. El hondo significado político queda manifiesto en el escudo de la Universidad Popular, cuyo lema era una frase de Justo Sierra: “La Ciencia protege a la Patria”⁶⁷¹. Sin embargo, más allá de este impulso desinteresado, vinculado al *nuevo humanismo* que inspiraban los anhelos sociales de los ateneístas, algunas de las nuevas tendencias que comenzaron a ingresar a la universidad –darwinismo, spencerianos y un marxismo profesado “apostólicamente”– se convirtieron “más que en filosofía universitaria, en justificación de partidos políticos”⁶⁷² de diferente orientación.

En sus consideraciones sobre el surgimiento de la Universidad de México – anotaciones que en términos generales pueden aplicarse a la universidad hispanoamericana– Edmundo O’Gorman afirma que las causas del “historial de muertes y resurrecciones” que la han acompañado desde la época republicana, no deben buscarse en “no sé qué incapacidades congénitas” del alma nacional. La explicación estriba en el hecho de que con el surgimiento

⁶⁷⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre la filosofía...” *loc. cit.* p. 10.

⁶⁷¹ Alfonso Reyes. “Pasado inmediato”... *op. cit.* p. 213-214.

⁶⁷² Rafael Gutiérrez Girardot. “La filosofía universitaria...” *loc. cit.* p. 171.

de nuestra época Republicana, la Universidad fue “adquiriendo un significado de facción que la sujetó a las variaciones de nuestra historia política”. Esto implicaba que además de servir de botín de guerra en las luchas entre liberales y conservadores, también sirviera para definirnos en términos de modernidad. De aquí, que con “asombrosa llaneza”, algo tan alejado como la metafísica, por ejemplo, se prestara a “transfiguraciones de consigna y de bandería”⁶⁷³, anomalía de nuestras costumbres políticas que abarcaba todas las manifestaciones de la vida social, cultural y religiosa. Algo que puede verificarse en el papel asumido por la crítica literaria en Colombia durante este período, en donde dividir a los críticos entre liberales y conservadores “era lo mismo que dividirlos entre católicos y librepensadores”. Tan indisolublemente ligada a la religión y la política se encontraba la actividad crítica durante este período⁶⁷⁴.

Desde sus primeras aproximaciones a la universidad hispanoamericana, Gutiérrez Girardot adoptó aquellos ideales ateneístas, que supieron ver en la universidad el mejor laboratorio para el cumplimiento de sus anhelos de mejoramiento y justicia social. Como escribiera en aquel ensayo inaugural, “muchas cuestiones oscuras de nuestra historia y de nuestra cultura se solucionarían o al menos recibirían luz si se interrogara por la actitud, la intervención o la ausencia de la Universidad hispanoamericana en la vida toda de nuestros países”⁶⁷⁵. Esta temprana declaración no solo comenzaría a articular los trabajos escritos durante su período de formación en Madrid; en ella late el sentido y justificación de sus posteriores trabajos sobre las relaciones entre universidad y sociedad, reflexiones a través de las cuales adelantaría un implacable diagnóstico sobre las amenazas que los intereses de la clase política y la terca pervivencia del sustrato dogmático de un catolicismo aún operante, seguían ejerciendo sobre la universidad en Hispanoamérica. Sustrato dogmático que “variando una fórmula de Hegel (*la astucia de la razón que hace operar para sí las pasiones*), cabría llamar la “astucia de la teología”, capturando para sí “no solo los partidos políticos, sino también la recepción del pensamiento europeo”⁶⁷⁶. Sin embargo, pasadas más

⁶⁷³ Edmundo O’Gorman. “Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México, 1910” (1949) en Eugenia Meyer (ed.). *Imprevisibles historias. En torno a la obra y legado de Edmundo O’Gorman*. México: UNAM, 2009, p. 213.

⁶⁷⁴ David Jiménez Panesso. *Historia de la crítica literaria en Colombia. Siglos XIX y XX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1992, p. 11.

⁶⁷⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Universidad y cultura en América”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 27 abril 1952, p. 2.

⁶⁷⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Universidad y sociedad” (1986) en *La encrucijada universitaria*. Medellín: Asoprudea, 2011, p. 102.

tres décadas, aún podía describir sobre los males que continuaban aquejando a la universidad colombiana y latinoamericana:

Odio, tergiversación, simulación, dogmatismo, polarización de la vida social y cultural, la violencia de *le sacré* son precisamente el elemento contrario a la libertad del saber, a la búsqueda del conocimiento, al *ethos* intelectual, a la tolerancia y a la crítica, es decir, a lo que constituye la universidad y en general la educación [...] *Alma mater* se llama a la universidad: ella puede ser la madre de la paz, de la democracia, de la justicia⁶⁷⁷.

Fue la esperanza que el ensayista colombiano sostendría en los trabajos que escribiera a lo largo de más de tres décadas. El mismo utópico anhelo que alentara sus años madrileños: la certeza del decisivo papel que la educación universitaria –*Alma mater* de los pueblos– debería ejercer en la construcción de una sociedad justa y democrática.

2) De historia e historiografía

Al igual que los trabajos dedicados a las relaciones entre universidad y sociedad, los primeros artículos de Gutiérrez Girardot enfocados al ámbito de la historia y la historiografía hispanoamericana se encuentran estrechamente vinculados al proyecto de cohesión social, política y cultural que hacia el “interior” del continente venimos considerando. Las definiciones de estos términos, elaboradas por Alfonso Reyes y José Gaos, y adoptadas por Gutiérrez Girardot –historia como “acontecer”; historiografía como “exposición de ese acontecer”–, demuestran la actualidad que estas disciplinas comenzaban a adquirir en estos años⁶⁷⁸. El origen de este naciente interés por los estudios históricos se encuentra estrechamente relacionado con aquellos autores que en la búsqueda de una “definición” de nuestro continente –expuestos en las “Notas para un definición de Hispanoamérica” (1951)– fijarían su atención en dos de las llamadas “manifestaciones culturales”: la literatura y el pensamiento filosófico. Mientras aquellos autores mencionados por Gutiérrez Girardot en el “estudio de la literatura” –Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Agustín Yáñez– resultarían determinantes en el despertar de su interés por la historiografía literaria y por la historia social de la literatura hispanoamericana, aquellos enfocados hacia las indagaciones

⁶⁷⁷ *Ibid.* pp. 101 y 110.

⁶⁷⁸ Para Alfonso Reyes, “*Historia* se llama: 1) al suceder general; 2) al suceder humano en particular; 3) a la *historiografía* o conjunto de obras en que se lo relata. El primer sentido es bien claro. Para distinguir el segundo y el tercero disponemos, respectivamente, de los términos *historia* e *historiografía*” (Alfonso Reyes. *El deslinde* (1944), *Obras completas* (XV). México: FCE, 1993, p. 78). Escribe Gaos un año antes: “Emplearé los términos de *historia* e *histórico* cuando me refiera a los *objetos* históricos; de *historiografía* e *historiográfico*, cuando a la *literatura* o *ciencia* y *filosofía* sobre estos objetos” (José Gaos. “El pensamiento hispanoamericano”. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociales, 1943, p. 9)

“sobre la existencia posible o real de una filosofía hispanoamericana” –José Gaos y Leopoldo Zea– determinarán el punto de partida de lo que entonces llamaría, con el título de su primer ensayo, “La nueva historia de América”, en el sentido de *objetos* históricos – Descubrimiento, Colonia, “ser” de América, etc.– que Gaos daba a la *historia*.

Esta particular confluencia nos permite comprender mejor el significado y los provechosos alcances que el período de formación en España tendría para el joven colombiano, especialmente en el surgimiento de su naciente interés por la historia social de la literatura, uno de los fundamentos de su concepción de la literatura hispanoamericana. Desde esta perspectiva puntual, la experiencia madrileña de Gutiérrez Girardot no solo posibilitaría el descubrimiento de Alfonso Reyes y del “sobrio” Pedro Henríquez Ureña –la fuente más decisiva para su concepción de la historia social y de la historiografía literaria hispanoamericanas–; también facilitaría su acceso a un México que en el contexto de aquellos años congregaba alrededor de Alfonso Reyes y el Colegio de México⁶⁷⁹ la mejor y más novedosa producción encaminada al desarrollo y fortalecimiento de una conciencia histórico-social hispanoamericana. Ya en su primera carta a Reyes, escrita el mismo año de aquel artículo inaugural, encontramos una mención a quien lo pondría en contacto, como ya hemos señalado, con aquel ambiente revelador:

Quando hablo con [Ernesto] Mejía Sánchez, es cuando puedo apreciar la labor que desarrolla el Colegio de México en este sentido. Cuanto lamento no haber escogido como objetivo de mi viaje a México [...] De todos modos tengo pensado viajar a México en cuanto termine mi trabajo aquí” (RGG a Reyes. Madrid, 17/1/1952).

Gran conocedor de la obra de Alfonso Reyes y la cultura mexicana, el nicaragüense Mejía Sánchez –quien viviría gran parte de su vida en México, vinculado al Centro de Estudios Filológicos del Colegio de México– se convertiría para el estudiante colombiano en el “embajador” de México en España, abriéndole las puertas a un novedoso y rico material bibliográfico que muy pronto encontraremos circulando por sus primeros artículos. Ya coincidieran en este país por nacimiento; ya por causa de la emigración española; ya por motivos académicos o de intercambio intelectuales, es evidente que esta afortunada

⁶⁷⁹ Fundado en 1938 por iniciativa de Alfonso Reyes para acoger a los intelectuales españoles exiliados a raíz de la guerra civil, La Casa de España en México pasó a llamarse El Colegio de México en 1940. Institución especializada en el estudio de las humanidades, tomó como modelos para su orientación el Centro de Estudios Históricos de Madrid –donde Reyes trabajó entre 1914 y 1924 bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal– y el Instituto de Filología de Buenos Aires (1925), que por aquellos años dirigía Amado Alonso. Académicamente, el Colegio contó muy pronto con tres Centros especializados: el Centro de Estudios Históricos (1941, dirigido por Silvio Zavala); el Centro de Estudios Sociales (1943, por Daniel Cosío Villegas) y el Centro de Estudios Filológicos (1948, por Raimundo Lida).

“constelación mexicana”⁶⁸⁰ se constituyó para el ensayista colombiano en el descubrimiento de la literatura y el pensamiento hispanoamericano y en el punto de partida de su interés por el rico filón de la historia social y de la historiografía literaria de nuestro continente.

De los cuatro textos publicados por Gutiérrez Girardot durante sus años de formación en Madrid, tres se encuentran dedicados a “La nueva Historia de América”; el otro texto, “El testimonio de la literatura americana”, se constituye en su primer (y único) acercamiento a la historiografía literaria y a la historia social de la literatura hispanoamericana, dos disciplinas que a pesar de sus señaladas diferencias consideramos como una unidad, debido a la gran importancia que ambas han desempeñado en su comprensión de las relaciones entre literatura y sociedad.

“El testimonio de la literatura americana” es un juicioso comentario a un artículo de José Antonio Portuondo⁶⁸¹ titulado “Verdad en la ficción. La vida moderna en América vista por dos generaciones de escritores”, aparecido originalmente en 1952, en la revista *Américas* –órgano de la Unión Panamericana (actual OEA), donde el escritor cubano analiza los dos tipos de realismo literario: el que muestra la realidad social –al que llama “realismo crítico”– y otro que se basa en la realidad psíquica del escritor –llamado “realismo mágico”. Según declara el propio Gutiérrez Girardot, conoció este texto gracias a la reproducción aparecida este mismo año en la revista madrileña *Índice*, publicación donde él mismo, desde Alemania, comenzaría a publicar en 1954. De la breve noticia bibliográfica suministrada por nuestro ensayista nos interesa destacar la tesis doctoral elaborada por Portuondo durante su estancia de estudios en El Colegio de México y publicada posteriormente por el mismo Colegio (1945). Portuondo, añade Gutiérrez Girardot, “trabajó en El Colegio de México y actualmente es profesor de Literatura en la Universidad de California, habiéndolo sido anteriormente de Columbia University, Nuevo México y Winsconsin. Ha colaborado en casi todas las revistas hispanoamericanas de hoy”⁶⁸². De su *Concepto de la poesía*, y “muchos de sus ensayos”, destaca la “calidad científica de sus trabajos y la novedad que los acompaña”.

⁶⁸⁰ Para la noción sociológica de “constelación” (Mannheim) véase la nota 601.

⁶⁸¹ José Antonio Portuondo (1911-1996). Ensayista y docente cubano. Doctor en Filosofía y Letras de la Universidad de la Habana con una tesis sobre *El concepto de la poesía* (1941), publicada en 1945 por El Colegio de México. Entre 1944 y 1946, gracias a una beca otorgada por esta institución, realiza estudios de posgrado e investigación sobre Teoría Literaria bajo la tutela de Alfonso Reyes. Posteriormente, ejerció la docencia en diversas universidades de los Estados Unidos e Hispanoamérica. Autor de *Proceso de la cultura cubana* (1938), *El contenido social de la literatura cubana* (1944), *José Martí, crítico literario* (1953), *La historia y las generaciones* (1958), *Estética y revolución* (1963) y *La emancipación literaria de Hispanoamérica* (1975), entre otros libros.

⁶⁸² Rafael Gutiérrez Girardot. “El testimonio de la literatura americana”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, p. 103.

Aunque solo menciona el ensayo que nos ocupa, la declaración sugiere que el estudiante colombiano conocía al ensayista cubano, posibilidad que podemos atribuir al mencionado Mejía Sánchez, quien debió poner a su disposición algunos de los materiales publicados por Portuondo en aquellos años. Con relación a la “novedad” de sus trabajos, alude Gutiérrez Girardot al proyecto (1951) para la elaboración de una Historia de la América Española liderado por Mariano Picón Salas –sobre el que volveremos más adelante–, donde Portuondo propuso un abordaje “desde el punto de vista de las generaciones”. Calidad científica y novedad se constituyen así, para el estudiante colombiano, en las virtudes intelectuales más destacadas del escritor cubano⁶⁸³.

Con relación al propuesto método de las “generaciones”, y como una muestra de su evolución intelectual, señalemos sus posteriores cuestionamientos a esta herramienta de trabajo. Que este método continuaba vigente a mediados de los años cincuenta, lo demuestra el hecho de que luego de *El tema de nuestro tiempo* (1923), de Ortega y Gasset y *El problema de las generaciones* (1927), de Karl Mannheim, aparecieron *Las generaciones en la historia* (1945), de Pedro Laín Entralgo y *La historia y las generaciones* (1958), del mismo Portuondo. Ya hemos mencionado la reseña que Gutiérrez Girardot hiciera al libro de Mannheim *Essays on the sociology of knowledge* (Londres, 1952), colección de trabajos escritos entre 1922 y 1933, donde apareció el mencionado ensayo, autor ya conocido por los lectores de lengua española gracias a las traducciones del Fondo de Cultura de México y a la que Francisco Ayala hiciera de *El hombre y la sociedad en la época de crisis* para la *Revista de derecho privado* (Madrid, 1936). Análisis del concepto de “generación” desde el punto de vista sociológico, el ensayo de Mannheim, como escribe el estudiante madrileño “ha sido ampliamente debatido en España a propósito de la generación del 98, por Pedro Laín Entralgo” –en el citado libro– y por “Julián Marías, en *El método histórico de las generaciones* (1949)”⁶⁸⁴. Gutiérrez Girardot denunciaría años después la “insuficiencia o simplemente inadecuación” de las periodizaciones de la historia literaria en lengua española, una de las cuales, “la periodización fundada en la *teoría* de las *generaciones*, por razones de comodidad, más que de solidez científica, se han convertido en una especie de dogma”⁶⁸⁵. Es la crítica que dirige a la conocida *Historia de la literatura Hispanoamericana* (1954), de

⁶⁸³ *Ibid.* p. 104.

⁶⁸⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas bibliográficas”. Bogotá: *Bolívar* 20, junio 1953, p. 987.

⁶⁸⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “El problema de una periodización de la historia literaria latinoamericana” en Ana Pizarro (coord.). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985, p. 127.

Enrique Anderson Imbert. “Esta quiso continuar y complementar *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña, pero puso el acento en lo más exterior de esta historia ejemplar, esto es, en las clasificaciones”⁶⁸⁶, crítica ejemplar que demuestra el especial interés de Gutiérrez Girardot por la historiografía literaria en Hispanoamérica.

La valoración del artículo del crítico cubano no puede ser más positiva, toda vez que no duda en ponerlo, “pese a su brevedad, o justamente por ella”, a la altura de los magníficos ensayos de Pedro Henríquez Ureña sobre los “Caminos de nuestra historia literaria” o “Veinte años de literatura en los Estados Unidos”, recogidos en sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), los cuales tiene una “ambición tan cumplida como *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, del mismo Henríquez Ureña”. El propósito de “Verdad en la ficción” es el estudio de las “relaciones entre la literatura y la realidad o, mejor, el modo de proyectarse en la literatura la realidad circundante”. A este fin, Portuondo emprende un recuento de las obras que a partir de la Primera Guerra Mundial comienzan a reflejar, de un modo más intenso, el aspecto social de la literatura hispanoamericana. La selección, que va de un autor como Mariano Azuela (hacia 1915) hasta el Neruda del *Canto general* (1950), registra un quiebre: hasta la década del 20, los escritores son todavía “alegres, jocosos y optimistas: Robert Frost, en Estados Unidos; González Martínez y Sanín Cano, en Hispanoamérica”. Es la década del ultraísmo y de aquella “generación perdida”, en París (John Dos Passos, Ezra Pound, Ernest Hemingway, Francis S. Fitzgerald, etc.). Pero esta literatura sufre la crisis de los años 30 y comienza a caracterizarse por su “tono hirsuto de protesta social”, donde vienen a mezclarse las influencias de Freud y Marx. Posteriormente, señala Portuondo, aparece la “novela y la literatura de protesta abiertamente social: Ciro Alegría, Mariano Azuela, César Vallejo, Jorge Icaza y la gran voz católica del brasilero Jorge de Lima”⁶⁸⁷, obras de “protesta” que como veremos más adelante ocuparán la atención del joven estudiante, demostrando su creciente interés por esta compleja faceta de la historia social de nuestra literatura. Junto a la novela indigenista, y en la misma línea de denuncia social, aparecen algunos autores de la llamada literatura negra: Nicolás Guillén, Langston Huhes, Richard Wright y Jorge Artel. Como anota Gutiérrez Girardot,

en todas las obras negras, el personaje central es el mismo, como en la literatura indigenista lo es el indio, víctimas de la explotación y de la injusticia. También en otro tipo de novelas, como las de Dreiser, Lewis, Jenaro Prieto, el aspecto de la

⁶⁸⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Revisión de la historiografía literaria hispanoamericana” en *Aproximaciones*. Bogotá: Procultura, 1986, p. 26

⁶⁸⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “El testimonio...”, *loc. cit.* p. 104.

realidad se proyecta, provocando la denuncia y un rechazo, es el económico social: el capitalismo financiero⁶⁸⁸.

Estos diálogos entre nuestra literatura y la literatura norteamericana –presentes en sus alusiones a los “Veinte años de literatura en los Estados Unidos” (1928), de Pedro Henríquez Ureña o en las abundantes referencias de Jorge Luis Borges a esta literatura, especialmente en la década del treinta–, añaden a este texto de Gutiérrez Girardot sobre de Portuondo una enorme riqueza. Era una afirmación al “derecho de ciudadanía universal” proclamado por Alfonso Reyes (1936), el mismo derecho que nuestro estudiante comenzaba a reclamar, el mismo que ejercería plenamente más adelante, desde la orilla alemana del universo literario.

En la actual evolución histórica, la posguerra impondrá a los escritores una “realidad angustiosa, insuperable”, capaz de “destrozar todas las esperanzas”, situación que Portuondo rastrea en autores como Norman Mailer, Tennessee Williams, Henry Miller, Rodolfo Usigli y José Revueltas. Otros, en un intento de “superar” la realidad, reaccionarán aislándose, “poniendo cristales a su mundo”, perdiendo de este modo contacto con el “universo real”: Jorge Luis Borges, María Luisa Bombal, Anderson Imbert, José Bianco, González Lanuza y Eduardo Mallea, listado que en el sentido y contexto del artículo constituye –sobra anotarlo– una clara descalificación. Lo confirman las palabras de Portuondo que añade a renglón seguido: “Pero quedan los otros [...] Aquellos para quienes el dolor y la tensión son acicate y urgencia para lograr un modo más justo de convivencia humana”⁶⁸⁹. El artículo, concluye Gutiérrez Girardot, además de ser una valiosa contribución al conocimiento de una literatura tan insuficiente conocida como la hispanoamericana, enseña con rigor científico y objetividad poco frecuente en nuestro medio, la lección que reclama la historia literatura de Hispanoamérica.

Pude afirmarse que este artículo se encuentra en el origen de la atención de nuestro estudiante por la historia social de la literatura americana. Nuestra bibliografía no registra otro texto que manifieste una preocupación por esta temática durante su período madrileño. Creemos, sin embargo, que sería la unidad de propósito implícita en aquella “constelación mexicana” la que abrió a su despierta curiosidad –gracias a los buenos oficios del citado Mejía Sánchez–, una nómina de talentosos autores (algunos ya citados en estas páginas) en la que fácilmente puede rastrearse el origen de esta nueva veta de indagación intelectual. La inesperada mención de Gutiérrez Girardot a Agustín Yáñez que encontramos en sus “Notas

⁶⁸⁸ *Ibid.*

⁶⁸⁹ *Ibid.* p. 105.

para una definición de Hispanoamérica” –al lado de Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, autores de trabajos tan decisivos como *El deslinde* (1944) y *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1944)–, puede encontrar su explicación si consideramos el ensayo “Literatura y sociedad portorriqueña”, que Mejía Sánchez publicaría años después para la revista del Centro de Estudios Filológicos del Colegio de México, cuyo panorama general sobre los orígenes de esta relación en Hispanoamérica proporciona valiosa información sobre las temáticas y los autores a los que bien pudo tener acceso nuestro ensayista en el contexto de aquellos años. Escribe Mejía Sánchez:

El estudio de las relaciones entre literatura y sociedad es relativamente reciente en nuestra lengua, y comienza por traducciones de obras extranjeras. Una simple lista de títulos y su data, sin pretensión de ser exhaustiva, ilustra bien el avance conseguido en esta disciplina a lo largo de unas tres décadas. El primero que ocurre es de Roger Caillois, *Sociología de la novela* (Buenos Aires, 1942), aparecido tres años antes que *Puissances du roman*, su versión original (ídem, 1945) [...] publicación anticipada en español que indica el interés con que fue traducida. En 1944, El Colegio de México incluyó en sus *Jornadas* dos ensayos emparentados con el tema: “El contenido social de la literatura iberoamericana”, de Agustín Yáñez, y “El contenido social de la literatura cubana”, de José Antonio Portuondo⁶⁹⁰.

Señalemos desde ya, a modo de anticipo, que en estas mismas *Jornadas* –organizadas por el Centro de Estudios Sociales del Colegio de México bajo el título de Seminario sobre “La América Latina”– también aparecería publicado el ensayo sobre “El pensamiento hispanoamericano”, de José Gaos, quien junto a Leopoldo Zea y Edmundo O’Gorman conformarían aquel “Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española” inaugurado por El Colegio de México (1943), afortunada coyuntura en la que el joven Gutiérrez Girardot encontraría los mayores estímulos para el inicio de sus aproximaciones a la nueva Historia de América.

A los trabajos de Yáñez y Portuondo, añade Mejía Sánchez una noticia sobre el papel desempeñado por Reyes en la constitución de esta “constelación”, generado a raíz de unas palabras de Eugenio Imaz a propósito de la obra, “ya clásica,” *El gusto literario* (FCE, 1950) de Levin L. Schücking.

Eugenio Imaz, promotor de la traducción, hace esta especie de llamamiento: “Uno piensa en seguida [de leer el ensayo de Schücking] en qué forma se podrían renovar los estudios de historia literaria de nuestros respectivos países si les inyectáramos substancia social y les hiciéramos dar el salto brusco desde la plataforma vacilante de la crítica literaria y de la vaguedad histórico-sociológica”.

⁶⁹⁰ Ernesto Mejía Sánchez. “Literatura y sociedad portorriqueñas”. México: *Anuario de Letras*, vol. XV, 1977, p. 321.

Ahora bien, quien tomaría en su “justo medio” las palabras de Imaz sería Alfonso Reyes, quien parecía “el menos indicado” por ser tenido como el representante por excelencia de la crítica literaria. Un año después, sin embargo, comenzaría un ensayo sobre la “Interpretación social de las letras iberoamericanas” (1951), que por motivos de salud dejaría inconcluso. A la luz de la convulsionada historia política de nuestros países, con acertado criterio afirma Reyes que la “verdadera historia literaria de nuestros pueblos queda un poco más vinculada con su historia política y social de lo que ha podido acontecer en pueblos más viejos”. Si bien en estos no hay –no puede haber– una desvinculación total, tampoco se les exige el compromiso público que ha caracterizado el desenvolvimiento de nuestra historia política. Así, mientras allá se verifica una vinculación conceptual, nuestra vinculación es más cabalmente “humana”. En suma, como concluye sentenciosamente, nuestra historia literaria “no podrá ser, si ha de ser justa, una pura historia literaria”. Inconcluso, el luminoso ensayo de Reyes dejaría, sin embargo, un claro mensaje para las generaciones futuras: relacionar la producción literaria con los complejos trazos del cuadro social, “es una tarea del porvenir”⁶⁹¹. Juicio que coincide con lo que Portuondo considera el “rasgo predominante en la novela hispanoamericana”, cuya dominante no ha sido

la presencia absorbente de la Naturaleza, sino la preocupación social, la actitud criticista que manifiestan las obras, su función instrumental en el proceso histórico de las naciones respectivas. La novela ha sido entre nosotros documento denunciador, cartel de propaganda doctrinal, llamamiento de atención hacia los más graves y urgentes problemas sociales dirigido a las masas lectoras como excitante a la acción inmediata⁶⁹².

Rasgo social que también atraviesa la concepción de Agustín Yáñez sobre nuestra narrativa, expuesta en el marco de las mencionadas *Jornadas* promovidas por El Colegio de México. Para el novelista mexicano, las letras del continente han mostrado, por encima de todo, “el miserable nivel de la existencia del pueblo”. Las desigualdades sociales, el arraigo del abuso como fuente de miseria humana, la injusticia hecha régimen de convivencia, constituyen históricamente “el dato esencial de la literatura iberoamericana”⁶⁹³. Para José Luis Martínez, las consideraciones conceptuales de Yáñez encontrarán su cabal

⁶⁹¹ Alfonso Reyes. “Fragmento sobre la interpretación social de las letras iberoamericanas” (1951) en *Marginalia. Primera serie, 1946-1951 (Obras Completas XXII)*. México: FCE, 1989, pp. 156-157.

⁶⁹² José Antonio Portuondo. “El rasgo predominante en la novela hispanoamericana” (1951) en *El heroísmo intelectual*. México: FCE, 1955, p. 106.

⁶⁹³ Agustín Yáñez. “El contenido social de la literatura iberoamericana”. México: El Colegio de México, 1944, p.33.

cumplimiento en su obra novelística. El proyecto de una “Comedia Humana de la vida mexicana que a fin de cuentas es la obra de Yáñez,” nos permite apreciar su

preocupación dominante por la realidad y los problemas de México y el espíritu de afirmación, de fe, de entusiasmo, que da sentido a su obra. Yáñez parece apoyar aquella preocupación en su doctrina de la capacidad de la literatura para la comprensión total de la realidad y como instrumento de construcción nacional por medio de la palabra. La lectura de sus novelas nos entrega un conocimiento singularmente denso y penetrante de las realidades sociales⁶⁹⁴.

Finaliza Mejía Sánchez su panorama sobre las relaciones entre literatura y sociedad en Hispanoamérica con la carta que Reyes envía al ensayista José Luis Martínez, luego de la lectura de su ensayo “Algunos Problemas de la historia literaria” (1955). Con el objeto de proporcionarle “cierta información, que seguramente le será útil”, Reyes formula cuatro sugerencias o “modos de historia literaria”, inspiradas en las conferencias de Jules Romains sobre Víctor Hugo que escuchara en México (1943), una de las cuales reproduce Mejía Sánchez: “Una Historia de la literatura como expresión de la sociedad, según ha perspectiva sociológica [...] Nuestra América, que ha producido una literatura abundantísima bajo los estímulos sociales [...] podría ser un campo fecundo para este tipo de investigaciones”⁶⁹⁵.

⁶⁹⁴ José Luis Martínez. “La formación literaria de Agustín Yáñez y *Al Filo del Agua*: formación literaria y temperamento”. Universidad de California: *Mester* 12, 1983, p. 28. Novela clave para el análisis de las relaciones entre “Literatura y sociedad en Hispanoamérica”, *Al filo del agua* (1947), de Agustín Yáñez representa para Gutiérrez Girardot –junto a la novela *Gran señor y rajadiablos* (1948) del chileno Eduardo Barrio– el proceso de “estabilización de la burguesía” que a lo largo de la década de los 40 verifica el tránsito en Hispanoamérica de una “sociedad estamentaria” a una “sociedad de competencias”. Su tratamiento experimental (ecos de Joyce) ofrece la expresión adecuada para capturar las tensiones inherentes al creciente urbanismo: inseguridad, soledad, marginamiento de los inmigrantes campesinos, anomia, etc. (Gutiérrez Girardot. “Literatura y sociedad en Hispanoamérica”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 224-225, agosto/septiembre 1968, pp. 579-594). Es la misma convicción social que impulsa y justifica su adhesión al partido cívico cultural de Jalisco, el cual, “formado de preferencia por intelectuales de esta ciudad”, inició la publicación de la revista *Odiseo*, “con el fin inmediato de apoyar la candidatura del escritor jalisciense Agustín Yáñez para gobernador del Estado de Guadalajara”. Por lo pronto, señala Gutiérrez Girardot, quizá sea esta la primera vez que un intelectual “con plena conciencia de su situación se resuelva a intervenir políticamente en la vida política, no solo prestando *orientación y consejo*, como quería don Alfonso Reyes, sino mezclándose real y efectivamente en la vida del diario trajinar político”, conclusión que bien puede servir de síntesis juvenil de sus más entrañables convicciones intelectuales: “Ningún intento tan halagador como este se ha llevado a cabo hasta ahora en Hispanoamérica. En la hora de la convulsionada madurez política, solo los intelectuales pueden iluminar los caminos. Después de todo, se trata de volver a la tradición, tan arraigada en Hispanoamérica, de los poetas y generales, de los hombres de las dos alas: la del espíritu y la de la acción” (Gutiérrez Girardot. “Política y literatura”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 37, enero 1953, pp. 80-82).

⁶⁹⁵ Ernesto Mejía Sánchez. “Literatura y sociedad...”, *loc. cit.* p. 322. Cabe destacar que luego de continuar su recorrido cronológico con autores europeos como Francisco Ayala (*El escritor en la sociedad de masas*, 1956), Robert Escarpit, George Lukacs y Lucien Goldman (cuyas principales obras aparecen traducidas en la década del 60), y con los hispanoamericanos Manuel Pedro González, Juan Marinello, Ángel Rama (*Rubén Darío y el Modernismo. Circunstancia socioeconómica de un arte americano*, 1970) y Françoise Pérus (*Literatura y sociedad en América Latina: el modernismo*, 1976), Mejía Sánchez finaliza su recorrido con los trabajos de Gutiérrez Girardot sobre “los problemas teóricos de la interpretación social de la literatura, lo cual promete buena cosecha en todos los aspectos”. Como ejemplos de esta cosecha, menciona los trabajos que

En su ensayo “Problemas y temas de una historia social de la literatura latinoamericana” (1986), Gutiérrez Girardot llama de nuevo la atención sobre el largo olvido que continúa sofocando los planteamientos de teoría literaria hechos por Alfonso Reyes en trabajos como *El deslinde* (1944), “Fragmento sobre la interpretación social de las letras iberoamericanas” (1951) y *La experiencia literaria* (1954). “Una historia social de la literatura tendría que examinar, criticar, profundizar y complementar estos planteamientos de Alfonso Reyes”⁶⁹⁶. El ejercicio de “deslinde” entre la literatura y la historia trazado por Reyes en la primera de estas obras, contiene para Gutiérrez Girardot el “esbozo de una historiografía *in nuce*”⁶⁹⁷.

Al constatar cómo la historiografía en lengua española continuaba anclada en la historia de las individualidades, dejando de lado un “factor importante, si no fundamental”, esto es, los fenómenos de naturaleza económica y su relación con la sociedad, Gutiérrez Girardot no estaba planteando otra cosa que la necesidad de implementar lo que más tarde se llamaría una “historia económica y social”. Aún hoy, escribe en 1998, los historiadores hispánicos no han elaborado –con la excepción de los trabajos teóricos del peruano Jorge Basadre y el historiador español José Antonio Maravall– una teoría de la historia. Gutiérrez Girardot, sin embargo, seguía apelando a sus lecturas estudiantiles: en su afán por llamar la atención sobre la provechosa actualidad de aquellos planteamientos de Reyes en torno a la historia social de la literatura, insistía en recordarnos –dejando al descubierto la imborrable impronta de aquellas “viejas” lecturas– las (aún) inexploradas posibilidades de aquellos “esbozos” *in nuce*.

La interpretación de la historia de Marx, escribió Reyes en el párrafo de *El deslinde* sobre las “contaminaciones de la historia” por lo que él llamó la “económica” [...] “opera un vuelco semejante al de la revolución copernicana, que trasladó el centro del diagrama desde la Tierra hasta el Sol. El individuo, antes agente omnímodo, pasa a ser un planeta más que gravita en torno a otro punto determinante. No es indispensable ser un materialista histórico para aceptar la necesidad de esta exégesis, que completa el entendimiento de los hechos sociales. Napoleón, héroe si

Ángel Rama (“Literatura y clase social”) y Rafael Gutiérrez Girardot (“Teoría social de la literatura”), publicaron en 1976 en el primer número de la revista *Escritura* (Teoría y crítica literarias), de la Universidad Central de Caracas. “Ya en 1968, el autor colombiano había dictado una conferencia en el Seminario de Lenguas Románicas de la Universidad de Bonn, con el título de “Literatura y sociedad en Hispanoamérica”” (*Ibid.*). Se trata del ensayo citado en la nota anterior.

⁶⁹⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Problemas y temas de una historia social de la literatura hispanoamericana” en *Aproximaciones*. Bogotá: Procultura, 1986, p. 49.

⁶⁹⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Alfonso Reyes y la historiografía” (1998) en *El intelectual y la historia*. Caracas: La nave va, 2001, p. 163

los hay, deslumbra con su individualidad poderosa. Pero, al mismo tiempo, es un corpúsculo remecido en la cauda de la pugna por los mercados⁶⁹⁸”.

Como escribe al final de este mismo ensayo, “por paradójico que parezca, la historiografía en lengua española no ha discutido hasta ahora los problemas teóricos que implica esta combinación de “economía y sociedad” en la historiografía literaria hispanoamericana”⁶⁹⁹. A medio siglo de distancia, los años de formación en España continuaban generando su más alta exigencia: llevar a su cumplimiento las lecciones recibidas en torno a la necesidad de reorientar los estudios históricos como medio de recuperación y afirmación de la conciencia de la unidad hispanoamericana.

A la “constelación mexicana” que despierta su interés por la historia social y la historiografía de la literatura hispanoamericana se suman aquellos pensadores que de modo eminente –José Gaos, Edmundo O’Gorman y Leopoldo Zea– orientaron los primeros acercamientos de nuestro estudiante a la Historia del continente. Sería el “transterrado”, que no desterrado, José Gaos –como se llamaba a sí mismo para mostrar que la América que lo acogía (1938) no era sino prolongación de su España natal–, quien muy pronto percibiría la necesidad de explorar el pasado filosófico de nuestra región y decidiera hacerlo objeto de un trabajo colectivo. Además de participar en esa empresa con sus propias investigaciones, organizó en torno suyo a un grupo de estudiosos que, de forma original y productiva,

contribuyeron a introducir en suelo mexicano la disciplina hoy conocida como Historia intelectual. El marco de esas labores en conjunto fue el llamado “Seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española” que, iniciado en 1943 en El Colegio de México y proseguido más tarde en la Universidad Nacional, se mantuvo activo hasta bien entrada la década de 1960⁷⁰⁰.

Su encuentro con Leopoldo Zea y Edmundo O’Gorman –los mejores alumnos del Seminario– resultaría decisivo para la consolidación de este grupo de investigadores. Su relación con estos aventajados alumnos, por lo demás, fue más allá de las aulas para convertirse en una estrecha amistad. En una carta fechada el 31 de octubre de 1939, Gaos informa a Reyes no solo sobre la buena acogida que han tenido sus cursos en el Colegio de México –entonces Casa de España en México–; entre los trabajos recibidos, agrega, “más

⁶⁹⁸ *Ibid.* p. 165.

⁶⁹⁹ *Ibid.* p. 166.

⁷⁰⁰ Aurelia Valero Pie. “José Gaos, Edmundo O’Gorman, Leopoldo Zea y el seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española”. *El Colegio de México: Historia Mexicana*, vol. LXIII, N° 4, abril/junio 2014, pp. 1761-1762.

de uno ameritaba figurar entre las páginas de una revista”⁷⁰¹. La admiración de Gaos por el talento de O’Gorman resultaba evidente. Discípulo brillante, el sentimiento de esta “paternidad pedagógica” –como entonces confesaba en carta a un amigo– lo compensaba de otras decepciones: “Me debe más que los conocimientos aristotélicos que el sábado me reconocía [...], el método –mis lecciones sobre la expresión, sobre Heródoto– pero que O’Gorman lleva a plenitud mayor aún que la mía”. Por lo demás, añade Gaos, “la transacción resultaba equilibrada, debido a que he aprendido y sacado bastantes cosas de él”. Testimonio que reitera en otra carta a Reyes fechada algunos meses más tarde: “[...] debo a O’Gorman tantas informaciones y sugerencias en materia histórica, y aún otras, como él pueda deberme en la filosófica y metodológica –fecundación mutua que es la de la máxima fecundidad a que puede aspirar labor de cátedra y amistad intelectual alguna”⁷⁰².

Orientados por la indagación histórico-filosófica que ocupan el pensamiento hispanoamericano de mediados del siglo XX, estos tres hombres se convertirían para el estudiante madrileño en la fuente de sus primeros acercamientos a este renacer de la conciencia histórica y cultural de la América hispánica. Nada expresa mejor lo que significó para José Gaos esta mutua “fecundación” mexicana que su referencia a la “alta función ejemplar” que en España recibió de su maestro Ortega y Gasset, función que ahora en México, según él mismo confiesa “*ha venido a ejercerla Alfonso Reyes [...] y Edmundo O’Gorman*. Aunque ellos crean *deberme algo*, en realidad es él quien les debe algo: *a ellos como a nadie debo la iniciación* en el arte y la historia, dos manifestaciones de la cultura mexicana que resultarían las *más adecuadas para penetrar en el “ser del mexicano”*, meollo existencial de todas las preocupaciones de esta excepcional promoción intelectual”⁷⁰³.

El registro puntual de este nueva “constelación” mexicana quedaría cifrado para el curioso estudiante colombiano en la figura del “más avanzado, audaz y original de los historiadores hispanoamericanos”, el historiador y filósofo mexicano Edmundo O’Gorman, quien mucho antes de obtener la Maestría en filosofía (1948) y el Doctorado en Historia (1951) en la UNAM, ya contaba, como hemos mencionado, con la temprana admiración de

⁷⁰¹ *Ibid.* p. 1765. Algunos, de hecho, como el trabajo de Leopoldo Zea sobre Heráclito, apareció publicado en el primer número de la revista *Tierra Nueva* (enero/febrero 1940). Y aunque en la carta, como añade la autora, “no se mencionan nombres, apenas resulta difícil colegir que, entre los ensayos referidos, un par pertenecían a Edmundo O’Gorman”.

⁷⁰² *Ibid.* p. 1768.

⁷⁰³ Luis Arturo García Dávalos. “La reinención de la historia o las condiciones, posibilidades y método de una historia enraizada en una filosofía: Edmundo O’Gorman por José Gaos”. México: *En-claves del pensamiento*, vol. 1, N° 2, 2007, p. 105.

Gaos, alma y nervio de este renacimiento⁷⁰⁴. Como si de un moderno Midas se tratara, el aventajado alumno supo convertir en “oro histórico” las “disquisiciones abstractas” que recibiera de su maestro español. De su concepto de “humanidad”, por ejemplo, O’Gorman supo extraer el germen conceptual de su conocido trabajo “Sobre la naturaleza bestial del indio americano. Humanismo y humanidad. Indagación en torno a una polémica del siglo XVI” (1941), que dedica a su “maestro y amigo”. El “prodigio” se produjo al retomar aquel concepto y sus diversas definiciones para examinar la famosa polémica entre fray Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda en torno a la “naturaleza” del indio americano. “Además de proponer una novedosa interpretación de la polémica, situándola dentro de las concepciones que sobre el hombre imperaban en el siglo XVI”, ajustándose así a uno de los presupuestos teóricos de su labor, el trabajo ofrecía a su maestro un servicio nada despreciable: mostrar el alcance de sus ideas y la “posibilidad de emplearlas dentro de confines mundanos”⁷⁰⁵.

Con seguro instinto, el curioso estudiante empieza adentrándose en algunas manifestaciones de lo que entonces llamaría, con el título de su primer artículo, “La nueva historia de América”. Plenamente consciente del impulso renovador que por entonces venía gestándose, el joven Gutiérrez Girardot aborda “tres acontecimientos de la vida intelectual americana, cuyo objeto es la Historia de América desde tres puntos de vista diferentes”, tres facetas diversas que “señalan el apareamiento, o al menos los síntomas, de los perfiles de una conciencia histórica hispanoamericana”⁷⁰⁶. El primero de ellos se refiere al diálogo que “en casa de Lewis Hanke, en Washington” sostuvieron Mariano Picón Salas, Fernando Romero, Rafael Heliodoro Valle, José Antonio Portuondo y varios profesores de Historia de América de las Universidades norteamericanas. “Ya es tiempo –dice Picón Salas– de que se escriba una Historia de la América Española que [...] nos presente como una unidad en la

⁷⁰⁴ La primera referencia de Gutiérrez Girardot al historiador mexicano la encontramos en 1950, durante su período de formación en Colombia, a propósito de una “Nota introductoria” al escrito de Francisco José de Caldas titulado “Discurso pronunciado por el colegial Lino de Pombo en la Capilla del Colegio del Rosario, dedicando unas conclusiones de Aritmética y Geometría a Santo Tomás” (1810). En el marco de la “independencia filosófica de Hispanoamericana”, el estudiante bogotano establece un paralelo entre este Discurso –“buena muestra” de las relaciones entre el humanismo renacentista y el complejo de ideas racionalistas que comenzaban a aparecer en este período– y la “conquista filosófica de América”, concepto elaborado por O’Gorman en *La invención de América* (1947), donde se refiere a la relación entre Descartes y el Padre Las Casas (Rafael Gutiérrez Girardot. “Nota introductoria: sobre la historia nacional en los documentos del Colegio del Rosario”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 427-428, marzo/junio 1950, p. 284).

⁷⁰⁵ Aurelia Valero Pie. “José Gaos...”, *loc. cit.* p. 1769.

⁷⁰⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “La nueva historia de América”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 30, junio 1952, p. 384.

que son idénticas las simpatías y en la que hay una línea de acontecimientos cardinales”⁷⁰⁷. La convicción de Picón Salas de que “hay unidad e identidad en la Historia de nuestros países que no solo no anulan las historia nacionales, sino que contribuyen a dar el ambiente necesario para su comprensión”, encuentra objeciones a la realización de la síntesis deseada mientras no se disponga de muchas monografías e informaciones. Los profesores norteamericanos se quejan de la falta de “obras modernas orientadas objetivamente, ordenadas, discriminadas con escrúpulo”. Picón Salas responde que pese a la falta de detalles, “existe una línea general, una constante en la historia de nuestros países que ya se puede, que ya se debe trazar”. Los participantes, sin embargo, apuntan nuevos y diversos aspectos para el enriquecimiento del proyecto: la revolución industrial hispanoamericana, el impacto tecnológico, el periodismo, las Compañías inglesas que operaron en Hispanoamérica, las peculiaridades de cada país y el caudillaje. En cuanto a la cronología, Portuondo propone el método de las generaciones, que requeriría, sin duda, la “revisión de las historias nacionales”. Picón Salas concluye la charla haciendo notar que esta “necesaria síntesis” –que debería mostrar una “unidad de *simpatías* y *diferencias*”– responde a un “ambiente de unidad”, cuyas manifestaciones “concretas” encuentra en la Flota Mercante Grancolombiana y en la reciente Carta de los Estados Centroamericanos⁷⁰⁸, ejemplos que muestran la orientación de un propósito de unidad continental que más allá de los alcances de una Historia de nuestra literatura, contemplaba los aspectos económicos, sociales, políticos y culturales de la América Hispánica. Para Gutiérrez Girardot, esta reunión de profesores e historiadores pone de presente la “necesidad de dar a luz nuestro acontecer y de *renovar radicalmente* los estudios y métodos históricos e historiográficos de América”⁷⁰⁹. Sin embargo, más significativo resulta a nuestro juicio, el hecho, anotado a renglón seguido, de que tal “urgencia” no se siente “aisladamente”. Para demostrarlo, Gutiérrez Girardot procede a mencionar los otros dos “acontecimientos” de nuestra vida intelectual, cuyo más alto significado, repetimos, radica en la confluencia de un propósito superior al trabajo de cada uno de ellos.

⁷⁰⁷ *Ibid.* p. 382. Gutiérrez Girardot cita a pie de página la fuente de la extrae los datos sobre esta reunión en Washington: “En *La nueva democracia*, vol. XXXI, N° 4, Nueva York, octubre 1951”.

⁷⁰⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “La nueva historia...” *loc. cit.* p. 383. La Flota Mercante Grancolombiana se creó en 1946 con el fin de superar la dependencia que Colombia, Venezuela y Ecuador tenían con las navieras extranjeras para el desenvolvimiento de su comercio marítimo. Luego de 50 años, dejó de operar en 1997. La Organización de Estados Centroamericanos (ODECA), fue un organismo regional creado en 1951 por Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras y Nicaragua para promover la cooperación e integración de esta región del continente.

⁷⁰⁹ *Ibid.* Subrayado nuestro.

Este segundo acontecimiento lo constituyen los trabajos de Edmundo O’Gorman. Con criterio nuevo y con profundidad, el historiador mexicano ha realizado aportes decisivos en este sentido. Un ejemplo lo constituye su libro *Los fundamentos de la historia de América* (1942), cuya fecha de publicación demuestra que la necesidad de dicha revisión ya estaba latente. En este texto, O’Gorman se enfrenta con la empresa de “elaborar o descubrir una filosofía de la Historia de América, o, si se quiere, de una ontología de América”. Este abordaje filosófico por parte de un historiador encuentra su explicación en un artículo que Gutiérrez Girardot publica por estas mismas fechas, “Sobre la filosofía en Hispanoamérica”: “La mención de Edmundo O’Gorman, historiador, entre los filósofos, requiere su justificación”. Inmerso en el contexto del grupo *Hyperion*⁷¹⁰, quienes por entonces pretendían introducir en México la filosofía existencial, O’Gorman ha querido –a pesar de no pertenecer a este grupo– “llevar la filosofía de Heidegger a su terreno”, la historia de América, con “éxito logrado”. En especial al problema que desde hace tiempo preocupa a los hombres de América: “el problema del ser de América”⁷¹¹, para cuya resolución se hace necesario “crear el campo propicio para una ontología de América, cuyo ser se da siempre por supuesto”, problemática de la que nos ocuparemos más adelante.

Luego de su mención al trabajo de O’Gorman sobre *Los fundamentos de la historia de América*, Gutiérrez Girardot prosigue con *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos* (1951), de reciente aparición, libro al que José Gaos dedicaría una larga y cuidadosa reseña en la revista *Historia mexicana*, nueva publicación de El Colegio de México, “magnífica y tipográficamente ejemplar, que atestigua la necesidad de que venimos hablando”. Afirma Gaos en su reseña que el nuevo libro de O’Gorman constituye un “fragmento de Historia del pensamiento moderno digno de los mejores maestros de la Historia de la filosofía, del pensamiento o de

⁷¹⁰ Grupo Hiperión (1948-1952). Vinculado a la UNAM, estaba conformado por los filósofos Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro, Ricardo Guerra y Leopoldo Zea, entre otros. Formados bajo el magisterio de José Gaos en corrientes como la fenomenología, el existencialismo y el historicismo de José Ortega y Gasset –maestro de José Gaos–, orientaron sus investigaciones al campo de la filosofía existencialista (Martin Heidegger y Jean-Paul Sartre). Llamados los “existencialistas mexicanos” debido a estas influencias, buscaron realizar una síntesis entre la filosofía mexicana (José Vasconcelos, Samuel Ramos) y la filosofía contemporánea europea con el fin de llevar adelante una investigación ontológica sobre la propia realidad mexicana. Actualmente se les considera como una de las primeras expresiones del proyecto de una filosofía latinoamericana. Sus trabajos aparecieron publicados en las revistas *Filosofía y Letras* (UNAM), *Cuadernos Americanos* y en la editorial Porrúa.

⁷¹¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre la filosofía en Hispanoamérica”. Madrid: *Correo literario* 71, mayo 1953, p. 10.

las ideas”⁷¹². Gutiérrez Girardot no menciona en su artículo estos “maestros” –Windelband, Dilthey, Cassirer o “quien se quiera”, por lo “directo del conocimiento de las fuentes y lo original y profundo de la interpretación”⁷¹³–, pero la sola comparación demuestra de nuevo la admiración y alta estima intelectual en la que Gaos tenía a su brillante alumno. En este libro, como señala nuestro estudiante, O’Gorman pone en cuestión la historiografía colombina “desde López de Gómara, pasando por Fernández de Oviedo, Fernando Colón, Las Casas y Antonio de Herrera, hasta Humboldt, con quien cierra la obra”. Para ello, O’Gorman lleva a cabo lo que en “términos heideggerianos podría llamarse la *destrucción de la idea del descubrimiento*”⁷¹⁴. Para José Gaos, haber convertido en

objeto de nuestra consideración, no ya el *descubrimiento de América*, sino la noción misma de que la realidad histórica así mentada sea un *descubrimiento* [...] significa [...] que hemos puesto en estado de cuestión semejante idea, o lo que es lo mismo, que hemos abierto la posibilidad para afirmar su contraria, es decir, que la realidad histórica de que se trata *no es un descubrimiento* [...] hemos logrado poner en duda legítima, no ya cómo y por quién se *descubrió América*, que es el problema tradicional, sino en duda el *hecho* de que América haya sido *descubierta*⁷¹⁵.

Al análisis acometido en este libro –que como señala O’Gorman, se ofrece como el “primer paso” a la comprensión del problema, hasta ahora intacto, “del ser histórico de América”⁷¹⁶– Gutiérrez Girardot dedicará prácticamente su siguiente artículo publicado en España, “El problema histórico de América”, del que nos ocuparemos más adelante, cuidadosa mirada a las contribuciones que la filosofía de Heidegger prestaría a la concepción histórica de O’Gorman.

Un tercer “acontecimiento” en torno al surgimiento de esta “conciencia histórica hispanoamericana” lo encuentra Gutiérrez Girardot en el “anunciado libro” de Leopoldo Zea, *América como conciencia*, que aparecería publicado al año siguiente (1953), noticia de actualidad que junto al conocimiento que tenía de la recientísima aparición de la revista de El Colegio de México –*Historia mexicana*–, fundada el año anterior (1951), demuestran una vez más no solo su abierta y devoradora curiosidad, sino el afortunado azar que puso a su disposición, en la España franquista, lo mejor de la producción intelectual hispanoamericana de aquellos años.

⁷¹² Rafael Gutiérrez Girardot. “La nueva historia...” *loc. cit.* p. 383.

⁷¹³ José Gaos. “O’Gorman y *La idea del descubrimiento de América*”. Colegio de México: *Historia mexicana*, vol. I, Nº 3, junio/septiembre 1951, pp. 471-472.

⁷¹⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “La nueva historia...” *loc. cit.* p. 384.

⁷¹⁵ José Gaos. “O’Gorman y *La idea*...”, *loc. cit.* p. 476.

⁷¹⁶ *Ibid.* p. 477.

Estos tres “acontecimientos”, junto con otros de índole semejante, permiten esperar, con fundado optimismo, el surgimiento de lo que en aquellos años el estudiante colombiano llamaría “una *nueva* Historia de América, en todo el profundo sentido de la palabra”⁷¹⁷. “Novedad” esencial que Gutiérrez Girardot encontraría menos en la Historia de nuestro pasado que en el cuestionamiento de sus presupuestos metodológicos, esto es, en la “revisión de métodos y de sistemas de investigación del pensamiento hispanoamericano de las últimas generaciones de historiadores hispanoamericanos”⁷¹⁸, cuestionamientos que encontraría implícitamente desarrollados tanto en los “análisis interpretativos” de los textos históricos abordados por O’Gorman –“verdaderos modelos del género” para la metodología de la Historia–, como en su relación con los hallazgos de una eventual “filosofía hispanoamericana”, solo posibles –como escribe Gaos en su reseña– sobre la base de una “verdadera filosofía de la Historia de las ideas en especial y de la Historia en general, centrada en torno a una filosofía de las ideas, de los hechos y de la historia”. Solo de tales “profundidades” puede salir una “renovación tan radical”. La conclusión de la reseña no deja lugar a dudas: “No pues, un libro de filosofía so capa de Historia”⁷¹⁹, sino un libro de auténtica Historia, pero cimentada en una filosofía.

Los análisis interpretativos de O’Gorman aparecen como uno de los fundamentos para la elaboración de los lúcidos análisis que bajo el mismo presupuesto “filológico-literario” empleado por el historiador mexicano –conocimiento exhaustivo y preciso de las fuentes como “primer paso” hacia el análisis realmente histórico– constituye una de las mayores contribuciones del ensayista colombiano a la crítica de la literatura hispanoamericana. Un arte de la lectura que puede equiparse con aquel mandato hermenéutico tan valorado por el ensayista colombiano: “a los textos mismos” (que aprendiera de Husserl... pero también con Zubiri, quien “reclama con Husserl *la primera condición de la verdad: atenerse a las cosas mismas*”⁷²⁰) y que O’Gorman –según el excelente análisis de Gaos– acomete a través de la acertada selección de una gran masa de materiales y de la “sujeción a un principio valorativo, y a una reagrupación de lo selecto en articulaciones autóctonas, por decirlo así, del material mismo y no impuestas a este por ideas

⁷¹⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “La nueva historia...” *loc. cit.* p. 384.

⁷¹⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “España e Hispanoamérica. Apuntes sobre la hispanidad”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 68-69, agosto/septiembre 1955, p. 238.

⁷¹⁹ José Gaos. “O’Gorman y *La idea...*”, *loc. cit.* pp. 477-478.

⁷²⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “Ortega y Gasset y su influencia filosófica”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 5 marzo 1950, p. 2.

generales previas”⁷²¹, precisa descripción que bien puede aplicarse a la modalidad que sustenta el trabajo crítico y ensayístico del propio Gutiérrez Girardot.

“El problema histórico de América”, segundo de los trabajos publicados por Gutiérrez Girardot en Madrid, es una aproximación a la concepción historiográfica de *La idea del descubrimiento de América* (1951) y sus contactos con la filosofía de Heidegger, una de las fuentes filosóficas de O’Gorman. Para nuestro articulista, en esta obra el historiador mexicano ha llevado a cabo, “al menos en parte”, el propósito que se había trazado, cuatro años antes, en su trabajo *Crisis y porvenir de la ciencia histórica* (1947): abrir “una indagación sobre el ser de *esa entidad conocida tradicional y habitualmente con el nombre de América*”⁷²². El proyectado libro aparece dividido en dos partes: mientras en la primera –presupuesto para un adecuado tratamiento de la segunda parte– acomete una aguda crítica a la historiografía clásica de corte positivista, archivista y científica, en la segunda abordará los planteamientos para la elaboración de una auténtica historiografía –que O’Gorman llama “historiología”–, soporte conceptual de una historia filosófica de los “hechos”, o en otros términos, de una Historia no tanto de los “hechos” como de sus “ideas”. De allí el título del proyectado libro: no una historia del “hecho” del descubrimiento sino una Historia de la “idea” del descubrimiento de América.

¿Pero cuál es esa “entidad” por la que se pregunta O’Gorman, esa “entidad” conocida con el nombre de América? Por eso, más que preguntar por el ser, por la esencia de América, *La idea del descubrimiento de América* intenta responder con un nuevo planteamiento radical a las “nuevas” pero reiterativas respuestas a esta cuestión. Los planteamientos siguen haciéndose desde terrenos parciales: la cultura, la economía, la política, la geografía, la filosofía. Se trata de un círculo vicioso que repetitivamente da por supuesto el “ser de América”. En consecuencia, dichas respuestas se reducen a mostrar “modos de ser”, caracteres de un “ser no esclarecido aún”. Sin respuesta, la pregunta sigue reclamando un “planteamiento radical”. La manera adecuada de hacerlo, como lo expresa Gutiérrez Girardot, “ha de ser una manera peculiar: lo que podría llamarse el problema ontológico de América”. Se trataría, entonces, de la “creación del campo propicio para una ontología de América”. Para ello, O’Gorman parte del sentimiento americano más “original y primordial”: la dependencia con respecto a lo europeo. “¿Qué otra cosa significa esta

⁷²¹ José Gaos. “O’Gorman y *La idea...*”, *loc. cit.* pp. 480.

⁷²² Rafael Gutiérrez Girardot. “El problema histórico de América”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 37, enero 1953, p. 75.

afirmación –escribe O’Gorman– sino que América tiene un ser peculiar y extraño?”. Tal sentimiento entraña, como anota nuestro estudiante, una “preocupación por lo europeo”, que tiene “como el revés de una medalla” una preocupación anterior, que el historiador mexicano describe como una “inquietud de autocomprensión, constitutiva del hombre americano”⁷²³. América sigue siendo un “ente encubierto” porque la manera de pensarlo ha sido insuficiente. La tarea, en consecuencia, exige poner en cuestión el modo en que tradicionalmente ha sido entendida, “modo implícito” que nos dice que “América fue descubierta”, en otras palabras, que “América es concebida como un *ente geográfico descubrible*”. Escribe Gutiérrez Girardot:

El problema nos conduce al terreno histórico. Pero no para buscar la corroboración de un hecho histórico, sino para ver si el *a priori*, o sea el concepto de “descubrimiento”, es el adecuado para comprender la total realidad histórica que es América. El desarrollo de esta cuestión requiere la elaboración crítica de una historia de la idea del descubrimiento. O sea, la historia de la historia de la idea del descubrimiento⁷²⁴.

Haber convertido en objeto de reflexión no ya el “descubrimiento de América”, sino la noción misma de que la realidad histórica así mentada sea un “descubrimiento” significa, como escribe O’Gorman, que “hemos puesto en estado de cuestión semejante idea, o lo que es lo mismo, que hemos abierto la posibilidad para afirmar su contraria, es decir, que la realidad histórica de que se trata *no es un descubrimiento*”. Las implicaciones abiertas por estos cuestionamientos plantean para José Gaos un “estrato hermenéutico” situado más allá de las interpretaciones tradicionales, abriendo la posibilidad para la elaboración de una noción que permita “contener ontológicamente la realidad de que se trata”, esto es, de “dotar de un ser distinto al que tradicionalmente se le concede a esa entidad llamada América”⁷²⁵. Orientando su reseña hacia esta compleja problemática, pasaba a llamar la atención sobre la relación entre las “ideas” y “hechos” históricos, nociones claves para la comprensión de este libro magistral: “Los hechos no son independientes de las ideas, pero no se reducen a las ideas”. Las ideas son unos “hechos diferentes de los demás”, pero no aparte de estos, relación que lo lleva a afirmar que las ideas son, en conclusión, “hechos históricos como cualesquiera otros hechos históricos”⁷²⁶, incluso más históricos.

⁷²³ *Ibid.*

⁷²⁴ *Ibid.* p. 76.

⁷²⁵ José Gaos. “O’Gorman y *La idea...*”, *loc. cit.* pp. 477.

⁷²⁶ *Ibid.* p. 480 y 487

Más valioso que el desarrollo mismo de este trabajo “formidable”, aparece para el estudiante colombiano el hecho de que para responder a sus exigentes objetivos, O’Gorman “se enfrenta con presupuestos metódicos hasta el presente desconocidos, o desatendidos –lo que es más grave– por los historiadores hispanoamericanos”⁷²⁷. Declaración que en el mismo sentido ya señalado, nos permite detectar la precoz y despierta sensibilidad crítica de Gutiérrez Girardot para detectar la más alta exigencia del trabajo intelectual: la capacidad para poner en cuestión sus propios fundamentos, como queda manifiesto en el subtítulo que acompaña *La idea del descubrimiento de América: Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos*. Mandato filosófico que el propio O’Gorman aprendiera de Heidegger, su maestro alemán, quien escribe en *Ser y tiempo* (1927):

El verdadero *movimiento* de las ciencias se produce por la revisión más o menos radical [...] de los conceptos fundamentales. El nivel de una ciencia se determina por su capacidad para experimentar una crisis en sus conceptos fundamentales. Las diversas disciplinas muestran hoy por doquier la tendencia a establecer nuevos fundamentos para su investigación⁷²⁸.

Exigencia juvenil que de forma decisiva orientará el trabajo intelectual del ensayista colombiano, como puede verse –ejemplo paradigmático– en su libro *Modernismo. Supuestos históricos y culturales* (1983), donde se enfrenta a esta problemática con “presupuestos metódicos [...] desconocidos, o desatendidos” por la crítica literaria hispanoamericana.

Para acometer su indagación filosófica, O’Gorman utiliza el instrumental conceptual de la fenomenología y del pensamiento de Heidegger, herramientas que Gutiérrez Girardot percibe en algunos aspectos de *La idea del descubrimiento de América*, así, por ejemplo,

en la elaboración crítica de la historia del descubrimiento –que recuerdan los finos y profundos análisis de las teorías psicologistas que Husserl hizo en las *Investigaciones lógicas*; en la “analítica” del sentimiento de dependencia; y en afirmaciones sueltas –pero no por ello menos capitales– como la utilización de la idea de comprensión media del ser de América, que tanto recuerda la *durchschnittliches Verständnis* [“comprensión medio o promedio”] con que Heidegger caracteriza la comprensión del ser en la primera parte de *Sein und Zeit* [*Ser y tiempo*, 1927]; y no menos reveladores son los conceptos de América como ente encubierto y de inquietud (*cura*, *Sorge* heideggeriana), de autocomprensión, constitutiva del hombre americano⁷²⁹.

Y para no hacer más larga la lista de esta “felices coincidencias”, añade Gutiérrez Girardot cómo el propósito mismo de hacer la historia de la idea del descubrimiento, recuerda “la *destrucción (Wiederholung)* de la historia de la ontología que Heidegger se

⁷²⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “El problema...” *loc. cit.* p. 76.

⁷²⁸ Martin Heidegger. *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta, 2009.

⁷²⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “El problema...” *loc. cit.* p. 76.

propone en su obra fundamental”. Y sin embargo, como señala *nuestro* ensayista siguiendo a Gaos, la obra de O’Gorman no constituye por todo ello una investigación meramente filosófica. También es una obra histórica, “fundamentalmente histórica”. De hecho, como afirma Gaos, constituye un acabado capítulo de la historia de las ideas, que “nada tiene que envidiar” a las de los mejores europeos. Concluye Gutiérrez Girardot diciendo que “no se pecaría de exceso” si se afirmara que *La idea del descubrimiento de América* es a la historia –y a la historia americana– lo que *Sein und Zeit* de Heidegger fue, y sigue siendo, a la filosofía⁷³⁰.

Nueva manifestación del “clima de autoconciencia” histórica e historiográfica que venimos considerando, “Hispanoamericanismo e historias” –tercero de los artículos de Gutiérrez Girardot escritos en España–, se ocupa de la publicación del último libro de Leopoldo Zea, *La filosofía como compromiso y otros ensayos* (1952). Miembro destacado del mencionado grupo Hiperión, el libro de Zea continúa la línea de indagación de los “hiperiones” en torno al problema constitutivo del hombre hispanoamericano, en especial del hombre mexicano, “siguiendo en esto el afán de Samuel Ramos”⁷³¹. A propósito de Ramos, Zea saludaría con entusiasmo –en un ensayo titulado “En torno a una filosofía americana”– la aparición de sus *Ensayos sobre filosofía de la historia* (1948): “Hace algunos años un joven maestro mexicano lanzaba al público un libro que causó expectación”. El joven maestro, Samuel Ramos, autor de *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934),

hacía un primer ensayo de interpretación de la cultura en México. La cultura mexicana era motivo de interpretación filosófica. La filosofía descendía del mundo de los entes ideales hacia un mundo de entes concretos como lo es México, símbolo de hombres que vive y mueren en sus ciudades y sus campos⁷³².

Antes de proseguir con este artículo y como ampliación del mismo, mencionemos dos breves textos de Gutiérrez Girardot publicados un año antes: el primero es la breve reseña que dedica a *El laberinto de la soledad* (1950), de Octavio Paz. Sin pertenecer a la nómina de historiadores que venimos considerando, para el ensayista colombiano el trabajo del escritor y poeta mexicano puede situarse en la misma línea de pensamiento “de Samuel Ramos y su libro *Perfil del hombre y la cultura en México*, ya clásico, y de los trabajos de

⁷³⁰ *Ibid.* pp. 76-77.

⁷³¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Hispanoamericanismo e historia”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 39, marzo 1953, p. 343.

⁷³² Leopoldo Zea. “En torno a una filosofía americana” (1948) en *La filosofía como compromiso de liberación*. Caracas: Ayacucho, 1991, p. 37.

Emilio Uranga sobre la ontología del mexicano”⁷³³. Afirmar que *El laberinto* es el “testimonio de un poeta”, advertencia que hace el mismo Paz para evitar se dé a sus palabras “mayor alcance” del que en realidad puedan tener. Y la verdad, como anota Gutiérrez Girardot a renglón seguido, “nadie como un poeta para desentrañar, recrear e iluminar la complicada urdimbre de la realidad”⁷³⁴. Observaciones que si bien Octavio Paz dirige concretamente a México, Gutiérrez Girardot extiende a todo el continente: “México puede ser considerado –sin ditirambo ni exageración– como el arquetipo de Hispanoamérica”. Declaración que en consideración a lo que llevamos dicho, no precisa comentario.

El segundo es la nota que este mismo año Gutiérrez Girardot dedica a Mariano Azuela y su novela *Los de abajo* (1916). A una lectura crítica marxista que terminó privándola de un estudio sereno que midiera sus consecuencias histórico-sociales, Gutiérrez Girardot antepone los juicios de Leopoldo Zea y Octavio Paz que nos dicen, “hoy por hoy”, que si “por algo se caracterizó la Revolución fue por su absoluta carencia de supuestos ideológicos, emparentados con tendencias políticas europeas, por su plenísima espontaneidad”⁷³⁵.

Los de abajo no es novela de la Revolución porque su argumento sea revolucionario, sino porque es “testimonio profundísimo” de la compleja realidad que fue la Revolución. De aquí que para el estudiante madrileño su gran valor, aparte del literario, radica en la corroboración de que también la literatura y el escritor, pueden “develar, con el encanto de lo poético, la complejidad de la vida humana”⁷³⁶. Ya se trate de un ensayo como *El laberinto de la soledad*, ya en una novela como *Los de abajo*, era una reivindicación de la autonomía del lenguaje poético y su capacidad para dar cuenta de las complejas “realidades” del mundo hispanoamericano que el ensayista colombiano absorbía de su maestro mexicano, para quien “la imaginación, la loca de la casa, vale tanto como la historia para la interpretación de los hechos humanos”⁷³⁷.

Volviendo a nuestro artículo, el motivo de “Hispanoamericanismo e historias” lo constituyen los comentarios que Luis Chávez Orozco, en un artículo titulado “El español y

⁷³³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Soledad de México, soledad de Hispanoamérica”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 31, julio 1952, p. 143. Emilio Uranga (1921-1988). Filósofo mexicano. Autor de *Ensayo de una ontología del mexicano* (1949) y *Análisis del ser del mexicano* (1952).

⁷³⁴ *Ibid.*

⁷³⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Mariano Azuela, a los 4 meses de su muerte”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 32 agosto 1952, p. 253.

⁷³⁶ *Ibid.* p. 254.

⁷³⁷ Alfonso Reyes. “Capricho de América” (1934) en *Última Tule (Obras completas XI)*. México: FCE, 1960, p. 75.

su idea” (1952) dirige a algunas consideraciones que Zea dedica a la “germinación, florecimiento y madurez de la conciencia del mexicano”⁷³⁸. Las palabras de Zea –en las que este afirma, según transcripción de Chávez Orozco, que el contacto del europeo con los hombres americanos “dio por resultado [...] *otro tipo de hombres*, a quienes le fue negada la calidad humana”–, sirven al autor para acusar a Zea de interpretar la influencia española en América en términos negativos (“leyenda negra”). Para Chávez Orozco, los testimonios de Colón y la polémica Las Casas–Sepúlveda son suficientes para demostrar la “falsedad” de las ideas de Leopoldo Zea.

El análisis puntual acometido a renglón seguido por Gutiérrez Girardot no solo revela su familiaridad con el trabajo del filósofo mexicano –“de no conocer las anteriores publicaciones de Leopoldo Zea, podría colegirse que este vuelve su mirada a la discutida leyenda negra”–; también nos muestra su capacidad para poner el acento en una consideración más amplia y abarcadora sobre el asunto en discusión. Producto de una cita que Chávez Orozco saca de su contexto, para Gutiérrez Girardot ningún desmedro causa a la obra de España en América el que Zea haya afirmado que “para el europeo el indígena quedará rebajado en su calidad humana”⁷³⁹. La afirmación, como escribe nuestro ensayista, “solo expresa un hecho. Los testimonios de Colón no bastan”. Esta referencia a la noción de “hecho” –apresurémonos a señalar– recuerda la crítica de O’Gorman a la historiografía positivista, tan afecta a los hechos y los documentos y su consecuente defensa de una historia que (también) se ocupe de las “ideas”. Más importante que este hecho aislado, la polémica Las Casas–Sepúlveda revela lo que verdaderamente estaba en cuestión para el ensayista colombiano: “la pugna de la modernidad por abrirse camino en el pensamiento”. El pensamiento de Las Casas, escribe Gutiérrez Girardot, se halla determinado por los primeros gérmenes de la modernidad. Y añade, citando a O’Gorman: “Las Casas fue, dicho prudentemente, un precartesiano”⁷⁴⁰. Las discusiones, que en un principio albergaron la duda sobre la humanidad del hombre americano, sobre la esencial igualdad de todos los hombres –para el padre Las Casas “todos los hombres son iguales, pero no solo en el ser, sino en el deber ser, es decir en la vida histórica”⁷⁴¹–, terminaron relegando al continente americano al ámbito de la *naturaleza*. Al final, en una referencia de Gutiérrez Girardot a la

⁷³⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Hispanoamericanismo...” *loc. cit.* p. 343.

⁷³⁹ *Ibid.* p. 344.

⁷⁴⁰ *Ibid.*

⁷⁴¹ Edmundo O’Gorman. “La idea antropológica del padre Las Casas. Edad Media y modernidad”. México: *Historia Mexicana*, vol. XVI, N° 3, enero/marzo 1967, p. 313.

célebre polémica entre Ginés de Sepúlveda y Las Casas, se impuso la doctrina de aquel sobre la “superioridad lógica y teórica” de Las Casas⁷⁴².

“De aquí nace y aquí se halla” –como lo denuncia a renglón seguido– la “delicada semilla de una tendencia a traducir en términos naturales todas las cuestiones americanas”, perniciosa *degradación de América* (O’Gorman) cuyo largo desarrollo culmina en el siglo XVIII con el pensamiento europeo de Buffon, Corneille De Pauw, Raynal, y con las influyentes consideraciones de Hegel (al que Gutiérrez Girardot no menciona), degradación expresada paradigmáticamente por De Pauw” –que Gutiérrez cita en francés–: *tellement disgraciée par la nature, que tout y était ou dégénéré, ou monstrueux*⁷⁴³ (“tan castigada por la naturaleza, que en ella todo era o degenerado, o monstruoso”), y que contenía una implícita degradación de la humanidad del hombre americano. Sin embargo, la existencia de esta tendencia, no quita que la opuesta, la generosa y humanitaria del “precartesiano Las Casas”, que en España llega hasta Feijoo y tantos otros, “fuera la que primó”, concluye Gutiérrez Girardot. En este contexto, continúa, “la frase de Zea que Chávez hace objeto de censura” recibe pleno esclarecimiento con las ideas de O’Gorman o con las publicaciones del propio Zea, reconocimiento a una labor que trascendiendo su objeto inmediato, Gutiérrez Girardot remite a un decisivo mandato: asimilar, no negar, nuestro pasado: una invitación de Zea, de O’Gorman –y del propio Gutiérrez Girardot– a “hacernos cargo de él”⁷⁴⁴. Invitación a una tarea –“hacernos cargo”– que indica la actitud vital e intelectual con la que el estudiante colombiano asumía sus años de formación en España.

⁷⁴² *Ibid.* p. 316. Superioridad que el propio O’Gorman explicita en su prólogo a la *Apologética* de Las Casas, en cuyo preámbulo “da cuenta de la opinión que estima infamatoria para los indios y contra la cual levantó su imponente alegato”. La calumnia contra el indio americano estriba ciertamente en considerarlo racionalmente incapaz, pero, “y esto es lo decisivo, incapaz *para gobernarse* como carente de *humana policía y de ordenadas repúblicas*”. Se ve pues, añade O’Gorman, que la incapacidad atribuida a los indios se refiere específicamente “al orden de la vida política”, no a la posibilidad de “vivir racionalmente”. Se trata, por lo tanto, de una incapacidad que no alcanza “la médula del *ser*, pero que, sin embargo, inhabilita en la esfera del *deber ser*, o para decirlo más claramente, de una incapacidad en el discernimiento de las normas que deben regir la vida social civilizada”. Pero si eso es así, la contradicción es ya patente, porque “no se ve cómo es posible conceder igualdad racional ontológica y al mismo tiempo negar igualdad racional en el discernimiento ético” (Edmundo O’Gorman. “La *Apologética historia*, su génesis y elaboración. Su estructura y su sentido” (1967) en Eugenia Meyer (ed.). *Imprevisibles historias. En torno a la obra y legado de Edmundo O’Gorman*. México: UNAM, 2009, pp. 485-486) Subrayados míos.

⁷⁴³ Luego de repasar los delirios y exageraciones del “furor antiamericano” de Corneille De Pauw, escribe Gerbi (de quien tomamos la citada traducción): “Así, pues, tenemos que concluir con él en forma algo risueña – aunque incompatible con la consternación que quisiera inspirarnos– que *es sin duda un espectáculo grande y terrible el ver a una mitad de este globo tan castigada por la naturaleza, que en ella todo era o degenerado, o monstruoso*” (Antonello Gerbi. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*. México: FCE, 1960). El texto original aparece citado a pie de página: “*Discours préliminaire*, sin paginación (primera página): *c’est sans doute, un spectacle grand et terrible de voir une moitié de ce globe, tellement disgraciée par la nature, que tout y était ou dégénéré, ou monstrueux*”.

⁷⁴⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “Hispanoamericanismo...” *loc. cit.* p. 345.

A tres décadas de aquellas indagaciones ontológicas sobre el “ser” o la “esencia de América” que ocuparon el pensamiento de mediados del siglo XX, el ensayo “Sobre el problema de la definición de América. Notas sobre la obra de José Luis Romero” (1982), puede ayudarnos a examinar la evolución de las ideas asimiladas por Gutiérrez Girardot durante sus años estudiantiles. Lejos de negar la validez de aquellas indagaciones, puede afirmarse que constituyen la condición de posibilidad para la elaboración de este decisivo ensayo. Un paralelo con sus “Notas para una *definición* de Hispanoamérica” (1952) y estas “Notas” sobre el “problema de la *definición*” a través de obra de José Luis Romero (1982), nos permiten verificar un importante desplazamiento: mientras aquellas fueron eso, “notas” de aproximación, estas dejan de lado la búsqueda de una “definición” para adentrarse en una necesaria y pertinente problematización, generada por los nuevos planteamientos historiográficos abiertos por el gran historiador argentino –otro de los maestros tutelares de nuestro ensayista– cuya obra comienza a gestarse en el contexto de aquel consenso de afirmación americanista, época en la que

el indigenismo, las influencias de Ortega y Gasset y las suscitaciones de Keyserling y de Spengler, la renovación de los estudios filosóficos y diversas corrientes nacionalistas desataron de nuevo la reflexión sobre la entidad histórica y cultural de América y la situaron en el terreno de la interpretación *supuestamente* filosófica⁷⁴⁵.

Los trabajos de José Gaos y de todos aquellos colegas agrupados alrededor de su indiscutible magisterio, no solamente plantearon el debatido problema de una “filosofía americana”; también indagaron en la llamada “historia de las ideas” –como la bautizara el propio Gaos–, historia que vería ejemplarmente encarnada en *La idea del descubrimiento de América*, de O’Gorman, a la que consideraba “la primera Historia de la *idea* de que este *hecho* fue un descubrimiento”, característica que incluye este libro magistral en aquella “especie del género Historia que es la *Historia de las ideas*”⁷⁴⁶. La búsqueda de lo “americano” entrañaba, sin embargo, la pregunta por el *ser* de América. Siguiendo al primer Heidegger en la “versión de Gaos”, O’Gorman emprende la “destrucción positiva” de la historiografía americana del Descubrimiento con la intención de “despejar el campo en el que se divisan la idea y el ser América”⁷⁴⁷. Expresión de la insuficiencia de la historia tradicional americana –fundamentada en la reconstrucción del pasado desde una perspectiva

⁷⁴⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre el problema de la definición de América. Notas sobre la obra de José Luis Romero” (1982) en *Pensamiento hispanoamericano*. México: UNAM, 2006, p. 421.

⁷⁴⁶ José Gaos. “O’Gorman y *La idea...*”, *loc. cit.* p. 468.

⁷⁴⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre el problema...”, *op. cit.* pp. 421-422.

exclusivamente jurídica o político-ideológica–, la renovación de la historiografía adelantada por O’Gorman condujo “inevitablemente a un callejón sin salida porque intentó solucionar un problema historiográfico e ideológico (el de la noción de “descubrimiento”) mediante su inversión en un problema filosófico. Quiso sustituir la “ontología falsa” por una “ontología verdadera” de América”. Este desplazamiento de la historia a la filosofía –cuyas tareas de esclarecimiento esta última no estaba en condiciones de asumir– desplazó las indagaciones filosóficas sobre el “ser” al ámbito de la realidad americana, entidad histórica que quedaría, de este modo, inmersa en una especie de categoría platónica. Es el signo del “platonismo sumario” que caracteriza los trabajos de este período. No deducibles especulativamente, las categorías elaboradas para capturar la “esencia de lo americano” se movieron en el campo de la “vaguedad”, abriendo las puertas a la “confusión entre lo que es y lo que debe ser”⁷⁴⁸. No es este el lugar para desarrollar las ideas contenidas en este esclarecedor ensayo. Baste decir que sin las decisivas suscitaciones generadas por estas “vaguedades” –que no lo eran en el contexto de su proceso formativo– nunca hubiese podido escribir:

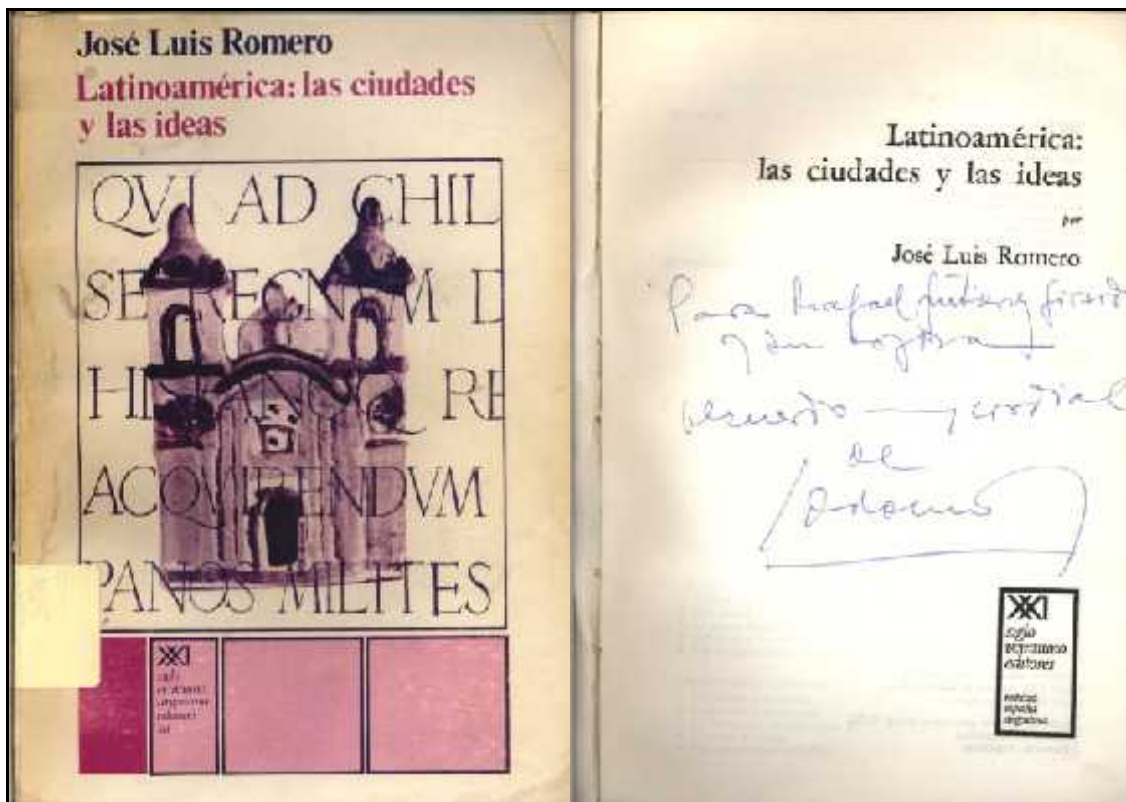
El punto de partida de la reflexión sobre América, la pregunta por el “ser” de América condujo a un recorrido *dilettante* por las ramas de la ontología, de la ética y de la psicología que en la medida en que parecía esclarecer plausiblemente su objeto se alejaba cada vez más de él o lo envolvía en la niebla de la retórica.

La obra de José Luis Romero, que podría sintetizarse con el título de uno de sus ensayos: “La situación básica: Hispanoamérica frente a Europa” (1963), se constituyó para nuestro ensayista en uno de los fundamentos más sólidos para la comprensión del horizonte histórico y social del continente americano y su relación con la cultura europea. Investigaciones como *La revolución burguesa en el mundo feudal* (1967), *Estudio de la mentalidad burguesa* (1970) o *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976) –análisis del proceso de integración de Latinoamérica al sistema del “mundo urbano” europeo–, por poner algunos ejemplos, señalaron la orientación adecuada para evitar que se siga “buscando el ser de América mediante especulaciones”, perspectiva histórico-social y cosmopolita que Gutiérrez Girardot resume al final de su ensayo: “La comparación de los dos procesos pone en claro el germen histórico de Latinoamérica y a la vez su especificidad frente a Europa”⁷⁴⁹,

⁷⁴⁸ *Ibid.* p. 422.

⁷⁴⁹ *Ibid.* p. 431.

orientación sociológica a la que debemos algunas de las páginas más lúcidas de la ensayista colombiano⁷⁵⁰.



José Luis Romero. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas* (1976)

3) Política y unidad hispanoamericana

En la “Advertencia” a su libro *Aproximaciones*, anota Gutiérrez Girardot que los cuatro primeros ensayos de esta antología tienen su punto de partida en la historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña, en la que pretende profundizar, ampliando los caminos abiertos por ella. Y añade: “Esta historiografía está animada por un propósito bolivariano y

⁷⁵⁰ La primera referencia de Gutiérrez Girardot a José Luis Romero que tenemos registrada aparece en el artículo “*Imago Mundi*, nueva revista argentina” (1954), publicación dirigida por Romero y enfocada hacia “la dimensión histórica de los problemas culturales”. La comparación entre la orientación de la intelectualidad argentina que la revista dejaba entrever y los similares intentos llevados a cabo en México, es una prueba de la temprana conciencia de los peligros del excesivo filosofismo de los mexicanos. Así, mientras estos proponen elaborar una “ontología del mejicano” –tentativa expuesta “al riesgo de la superficialidad y a llegar a extremos dignos de risa”, que ejemplifica con el “análisis llamado fenomenológico” del “ahora”, “ahorita”, “ahoritita”, “ahorititita”, etc., que publica la revista *Filosofía y Letras* del Centro de Estudios Filosóficos la UNAM–, las indagaciones de *Imago Mundi*, “menos pintorescas”, vienen a contribuir a la densificación del ambiente intelectual y cultural hispanoamericano y a la “formación de una conciencia crítica en los lectores de historia, de historia de la cultura y de filosofía, en la que las “audacia metafísicas sean medidas con criterio severo y fuerte” (Rafael Gutiérrez Girardot. “*Imago Mundi*, nueva revista argentina”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 51, marzo 1954, pp. 399-400).

martiano que tiene, consecuentemente, proyecciones políticas, esto es, la de la unidad de Nuestra América como única posibilidad de una emancipación real y de la realización política de Nuestra América como patria de la justicia”⁷⁵¹. Escritos en la década de los 80, estos excepcionales trabajos⁷⁵² constituyen la culminación de un proceso iniciado durante su período de formación en Madrid, en el que además de su encuentro con Pedro Henríquez Ureña y con las disciplinas de la historia y la historiografía literaria, el joven Gutiérrez Girardot descubre su “tradición”, legado de “constructores” que nos ayuda a entender su juvenil interés, como veremos en este apartado, por la figura del Libertador y su ideal de unidad hispanoamericana. Triple conjunción que tres décadas más tarde continuaba animando sus aproximaciones a la historiografía literaria de nuestro continente y en las que creemos advertir su implícito deseo por sumarse a la nómina de aquellos hombres magistrales que de Bolívar a Pedro Henríquez Ureña, edificaron la imagen de un continente posible, anhelo manifiesto, como declara en esta antología, de “profundizar” los caminos abiertos por los trabajos del ensayista dominicano.

Además del temprano interés del joven colombiano por las relaciones entre “Política y unidad hispanoamericana”, los seis artículos que integran este apartado –cuatro reseñas de libros, una noticia sobre una nueva revista argentina y una mirada al desarrollo de la política colombiana–, se constituyen en una muestra de la intención divulgativa que moviliza su obra crítica y ensayista, manifiesto en la revista a la que eran enviados: *Cuadernos hispanoamericanos*, publicación orientada, como ya hemos visto, al mutuo conocimiento de los países de lengua española.

Noticias sobre algunas publicaciones de actualidad, la primera de las reseñas escritas por nuestro estudiante, “Bolívar y la unidad de Hispanoamérica” está dedicada al libro *Bolívar. El ideal panamericano del Libertador* (1951), de Francisco Cuevas Cancino⁷⁵³. Coincidencia editorial, este mismo año aparece *Bolívar* (1951), biografía del historiador y ensayista español Salvador de Madariaga, circunstancia que convierte la obra de Cuevas

⁷⁵¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Advertencia” en *Aproximaciones*. Bogotá: Procultura, 1986, p. 7.

⁷⁵² “Revisión de la historiografía literaria latinoamericana”, “El problema de una periodización de la historia literaria latinoamericana”, “Problemas y temas de una historia social de la literatura hispanoamericana”, “La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: promesa y desafío”. Véase Bibliografía, I.4.4. Dossier Pedro Henríquez Ureña (1961-2001)

⁷⁵³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Bolívar y la unidad de Hispanoamérica”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 31, julio 1952, pp. 110-112. Francisco Cuevas Cancino (1921-2008). Escritor, abogado y diplomático mexicano. Embajador ante las Naciones Unidas y Bélgica. Fundador de Centro de Estudios Internacionales del Colegio de México (1960). Autor de *Tratado de derecho internacional*, *Manual de derecho internacional privado mexicano*, *Memorias de Hugo Grocio* y su trabajo sobre *Bolívar. El ideal panamericano del Libertador*, que le valió un reconocimiento del Gobierno de Venezuela.

Cancino en una “refutación” al libro del español. “Escrito antes de la publicación de la obra de Madariaga, el libro de Cuevas Cancino, aparecido por las mismas fechas que el del autor antibolivariano, viene a servir tácitamente de refutación”⁷⁵⁴. Es el motivo por el cual la reseña original comienza con la crítica de Gutiérrez Girardot al *Bolívar* del ensayista español, el cual ha provocado “no pocas y justas protestas”. Madariaga se acerca a la historia americana con el propósito de “destruir prejuicios a base de prejuicios [...] *San Martín y Bolívar* –escribe Madariaga– *se destacan como figuras antihistóricas, protegidas frente al historiador por una especie de tabú*”⁷⁵⁵. Es posible, continúa Gutiérrez Girardot, que tanto la figura de Bolívar como la de San Martín y de los héroes de la Independencia, estén rodeados de un “halo mítico” que los hace intocables. No es, sin embargo, la manera más justa de acercarse al gran hombre para despejar el mito, pues como afirma el colombiano, aunque solo fuera “por la creación y el alimento de este mito, la figura de Bolívar merecería de Madariaga un estudio más imparcial”. Nada ha adelantado a las biografías más difundidas de “Jules Mancini, Bejarano y Marius André, por ejemplo”⁷⁵⁶, declaración que deja entrever el manifiesto interés de Gutiérrez Girardot por la figura del Libertador. Manifiesto interés al que se suma la reseña que dedicaría dos años más tarde al *Simón Bolívar* (1948) de Gerard Masur, a su juicio “la única y auténtica biografía de Bolívar”, en la que reitera una vez más las ideas centrales del Libertador: “La conservación de la libertad de Hispanoamérica y la unidad de sus países: dos motivos constantes de la visión bolivariana y dos constantes necesidades de la realidad hispanoamericana”. En último término, el trabajo de Masur se constituye para Gutiérrez Girardot en el primer ensayo por comprender, desde la historiografía moderna, la política de nuestro continente. El primero pues con algunas excepciones como el peruano Jorge Basadre, la historiografía hispanoamericana se queda las más de las veces en mera cronología⁷⁵⁷.

⁷⁵⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “Madariaga refutado”. Madrid: *Alcalá. Revista universitaria española* 13, julio 25 de 1952, s/p. Con ligeras variaciones, se trata del mismo texto publicado originalmente en *Cuadernos hispanoamericanos*.

⁷⁵⁵ *Ibid.*

⁷⁵⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Bolívar y la unidad...”, *loc. cit.* p. 110. Jules Mancini (1875-1912). Escritor francés. Autor de *Bolivar et l’émancipation des colonies espagnoles des origines à 1815* (1914); *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas desde los orígenes hasta 1815*. Bejarano (¿?) y Marius André (1868-1927). Poeta, escritor y traductor francés. Autor de *Bolivar et la démocratie* (1924). *Bolívar y la democracia*.

⁷⁵⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “El Bolívar de un alemán”. Madrid: *Correo literario* 4, agosto 1954, s/p. Gerhard Masur (1901-1982). Filósofo e historiador alemán. Profesor de historia medieval y moderna en la Universidad de Berlín, emigra a Colombia en 1936, donde se desempeña como consejero del Ministerio de Educación y como docente universitario hasta 1946. La Fundación Rockefeller patrocinó su biografía del Libertador, que escribe en Colombia entre 1941 y 1946.

Por “el amor con que está escrito”, el trabajo de Cuevas Cancino contrasta significativamente con los aspectos más negativos del trabajo de Madariaga. Sus constantes alusiones a la “América entera”, a Hispanoamérica como totalidad, convierten el anhelo de Unidad de Hispanoamérica en la idea central del libro del escritor mexicano. “Como una encarnación”, la vida del Libertador irá orientándose decididamente hacia este ideal como forma única de “salvación, de defensa y de engrandecimiento”⁷⁵⁸. Los testimonios del Libertador citados por el autor no dejan lugar a dudas: “Yo deseo, más que otro alguno, ver formar en América la más grande nación del mundo”; “Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación con un solo vínculo, que ligue sus partes entre sí y con el todo”; “Un pacto americano, que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo como un ejemplo de magnitud y grandeza, sin ejemplo entre las naciones antiguas”. Son las palabras del propio Bolívar, idea rectora que puede situarse, incluso, por encima de la idea misma de la libertad, “sin contenido unívoco en su obra”. Desde este punto de vista, más que una mera reseña del libro de Cuevas Cancino, Gutiérrez Girardot quiere resaltar el auténtico ideal bolivariano: la unidad de la América hispánica. Así situada –lo que no significa que la Libertad sea una idea secundaria, sino esencial–, la noción de la Unidad se transforma, ante todo, una vez despojada de las “vestiduras” políticas con que tradicionalmente suele formularse, en una “afirmación humanista”. Concepción de clara estirpe alfonsina que volveremos a encontrar en otros artículos de Gutiérrez Girardot concebidos durante aquellos años madrileños. Por este camino, “envueltas en un humanismo”, las ideas bolivarianas de Unidad y Libertad dejarían de ser “instrumento gastado de diaria política” para convertirse en parte de la “contribución americana a la cultura occidental”, dimensión que lleva a un autor como Carl Schmitt –a quien ya hemos visto citado por Gutiérrez Girardot– a afirmar que Bolívar fue, en su tiempo, “más europeo que los europeos de su tiempo”⁷⁵⁹.

El final de su libro lo dedica Cuevas Cancino al estudio de la influencia de Bolívar como fundamento del panamericanismo, “desde los intentos llevados a cabo por el Perú en 1847 y en 1864, y por Santiago en 1856, hasta la IX Conferencia Internacional americanista de Bogotá, en 1948”⁷⁶⁰. El recuento de las decisiones alcanzadas es de gran interés por cuanto revela la efectividad real de un ideario tan genial como el bolivariano, cuyos datos

⁷⁵⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Bolívar y la unidad...”, *loc. cit.* p. 111.

⁷⁵⁹ *Ibid.*

⁷⁶⁰ *Ibid.* p. 112.

concretos extrae de un autor “tan poco sospechoso” como Carlos Dávila –al cual ya hemos visto citado en otros trabajos–, quien con “aire de queja” hace el balance del panamericanismo:

Desde que Simón Bolívar convocó por primera vez su Congreso en Panamá, en 1826, se han convocado 208 Conferencias interamericanas y panamericanas [...] De los ochenta Tratados y Convenciones discutidos y firmados en las nueve Conferencias panamericanas “ordinarias” y en varias “especiales”, solamente uno ha sido ratificado por todas las veintiuna Repúblicas americanas. Este fue el Código de Sanidad, adoptado en la Conferencia de la Habana en 1924⁷⁶¹.

Patético balance que el mismo Dávila contrasta con las palabras de un “entusiasta comentarista” de esta Conferencia, quien puso de manifiesto “la existencia de un alma, una mentalidad, un profundo instinto y una *Weltanschauung* [cosmovisión] en los pueblos americanos”. Sin embargo, añade, seguimos careciendo de “una política exterior continental capaz de influir sobre los acontecimientos de fuera del hemisferio”, situación que nos ha obligado a “resignarnos a afrontar las perniciosas consecuencias de los odios y luchas y rivalidades del Viejo Mundo como mejor pudimos”. La conclusión de Dávila es melancólicamente implacable: “El panamericanismo no hizo ningún esfuerzo por convertirse en fuerza directa de la política exterior extra continental. No fue nada más que un bonito ejemplo de adhesión verbal a unos sanos principios”⁷⁶². Motivado por esta desoladora evidencia, Gutiérrez Girardot declara, con juvenil entusiasmo, que tan pobres resultados no pueden significar sino que “la idea no es la bolivariana”, pues una como ésta siempre estará “llena de vigor, vitalidad pujante y un misticismo realizador”⁷⁶³, “misticismo realizador” que puede equipararse con aquel ideal utópico alfonsino cuyo fuerza “real” describe como voluntad de futuro y “ansia de precipitación” hacia lo absoluto⁷⁶⁴.

No resulta gratuito que en el segundo de los artículos publicados por Gutiérrez Girardot, “El pensamiento político de Lucas Alamán⁷⁶⁵”, reseña del libro del mismo título del historiador mexicano Moisés González Navarro⁷⁶⁶, aparezca dedicado a Lucas Alamán,

⁷⁶¹ Carlos Dávila Espinoza. *Nosotros los de las Américas*. Santiago: Editorial del Pacífico, S. A., 1950, p. 272.

⁷⁶² *Ibid.* pp. 274 y 282

⁷⁶³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Bolívar y la unidad...”, *loc. cit.* p. 112.

⁷⁶⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. *La imagen de América en Alfonso Reyes*. Madrid: Ínsula, 1955, p. 53.

⁷⁶⁵ Lucas Alamán (1792-1853). Político, historiador y escritor mexicano. En la junta que gobernó México tras la caída del Iturbide, Alamán tuvo de 1823 a 1825 el puesto de ministro del Interior y de Relaciones Exteriores.

⁷⁶⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “El pensamiento político de Lucas Alamán”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 41, mayo 1953, pp. 259-260. Moisés González Navarro (1926-2001). Abogado e historiador mexicano. Docente en varias universidades de México, Europa y los Estados Unidos. Autor de *El*

contemporáneo del Libertador. Figura polémica, este destacado “historiógrafo, economista y político mexicano, es objeto de encontradas opiniones”: desde aquellos que en la actualidad continúan inspirándose en sus postulados, hasta quienes le han llamado, con la “ingenua exageración de este tipo de acusaciones, lejano anticipo criollo del fascismo”⁷⁶⁷. Pero ni unas ni otras dan cuenta de la significación que Alamán tiene dentro de la cultura hispanoamericana “de todos los tiempos”, positiva valoración que el estudiante madrileño acompaña con los más destacados rasgos de su personalidad intelectual: formado en Europa, conoce importantes personalidades como Madame de Staël, Benjamin Constant y Chateaubriand. Allí realiza estudios de griego, botánica y minería, desempeñándose posteriormente como director de la Compañía Unida de Minas. Político de vocación, Alamán viaja a España como diputado a Cortes por Guanajuato, donde recibe una invitación del gobierno español para desempeñar importantes cargos. En 1823 es nombrado Ministro de Relaciones Exteriores, logrando que Inglaterra reconociera la independencia de México. “A la vida política de aquella agitada época dedicó sus mejores esfuerzos”. A todo esto, Gutiérrez Girardot añade el abierto desprecio de Alamán por la filosofía de la Ilustración, cuyas obras “no lee ya ningún hombre de juicio”, y los aportes de su monumental *Historia de México* (1849), “discutida aún hoy”, de la cual queda, por sobre todo, “la inmensidad documental histórica, económica y política”⁷⁶⁸. Sin embargo, para el estudiante colombiano el aporte que mayor fuerza y vigencia va cobrando con el correr del tiempo es el referente a la unidad hispanoamericana. “Según Vasconcelos, el creador de un alamanismo contemporáneo fue Alamán, quien completó este ideal bolivariano, dotándolo de contenido más amplio y de más profundo sentido”. Desde su actuación en las Cortes españolas, en las proposiciones referentes a la independencia de los países hispanoamericanos, Alamán había bosquejado el proyecto de una confederación, en la cual hubiera visto gustoso la “participación de España”⁷⁶⁹. Esta vinculación a la antigua metrópoli, manifestación del esencial conservadurismo hispánico que determina la actuación política y el ejercicio intelectual de Lucas Alamán, lo convierten para el ensayista colombiano Gómez García en una de las figuras centrales de aquel “debate decimonónico” en torno al tema de la Conquista y la influencia colonizadora que “ocuparon un primer plano en las prolíficas discusiones

pensamiento político de Lucas Alamán (1952), *Repartimiento de indios en Nueva Galicia* (1953), *El Porfiriato: la vida social* (1973), “La era de Santa Anna”, “La Reforma y el Imperio” y “La era moderna” en *Historia documental de México* (1974) y *Sociedad y cultura en el Porfiriato* (1994).

⁷⁶⁷ *Ibid.* p. 259.

⁷⁶⁸ *Ibid.*

⁷⁶⁹ *Ibid.* p. 260.

intelectuales y políticas en Hispanoamérica a lo largo de todo el siglo XIX”, que ejemplifica con los dos grupos que, entre el elogio hispanófilo –Lucas Alamán, Miguel Antonio Caro, Ricardo Palma– y el vituperio –Domingo Faustino Sarmiento, Manuel González Prada y Juan María Gutiérrez–, representaron los extremos en disputas⁷⁷⁰. Más allá de su innegable hispanismo, su adhesión a la unidad americana queda atestiguada para Gutiérrez Girardot en el tratado de “amistad, liga y confederación perpetua” que firmó con Colombia en 1823. Más tarde, ante el fracaso de los Congresos de Panamá y Tacubaya (1826), Alamán afirmarí­a que las nuevas Repúblicas, atendiendo a la

paridad de circunstancias, la igualdad de intereses y la santa causa que todas defienden, sosteniendo su independencia y libertad, hacen que debemos considerarnos más bien como una familia de hermanos, a quienes solo la distancia separa, que como potencias extranjeras. Nuestras comunicaciones mutuas debieran, pues, ser más frecuentes y más íntimas; debiéramos obrar bajo un plan uniforme para adelantar simultáneamente nuestros comunes intereses.

Larga cita del historiador mexicano que se constituye en una prueba de la implícita necesidad de dar nueva vida la idea de la unidad hispanoamericana. Pues si es cierto que el historiador mexicano fue un tradicionalista en política, para el estudiante colombiano lo esencial de su pensamiento está por encima de sus filiaciones políticas o ideológicas. “Como Martí, Bolívar, San Martín y los más grandes”, Alamán supo dar a los problemas de Hispanoamérica “la solución única y más fecunda: el mito de la unidad de la América Hispánica”⁷⁷¹. Palabras que pueden respaldarse con los similares planteamientos del citado Carlos Dávila: a la pregunta por la disparidad entre el desarrollo de Norte y Sur América, el político chileno razona que no se trata de un “problema de razas”, toda vez que durante la época colonial Sur América estuvo a la cabeza; tampoco de una diversa elección de doctrinas económicas, pues ambos imperios seguían el modelo de régimen capitalista de liberalismo económico y filosofía del *laissez-faire*, del “mayor beneficio para el mayor número”. La causa es política, debida a la renuncia o incapacidad a formar una unidad latinoamericana, una federación a la manera de los Estados Unidos. “El poder político y el engrandecimiento económico estuvieron al alcance de la América Latina durante los días de la Independencia: ella rechazó ciegamente esta promesa al escoger la fragmentación en vez de la federación,

⁷⁷⁰ Juan Guillermo Gómez García. “La imagen de España y el tema de la *conquista* en Hispanoamérica del siglo XIX” en *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX*. Medellín: Universidad de Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2011, pp. 64.

⁷⁷¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “El pensamiento político...”, *loc. cit.* p. 260.

formulada por Bolívar, San Martín, O'Higgins"⁷⁷². Para Dávila, el verdadero inspirador de este ideal fue, "sin duda alguna", el Libertador, Simón Bolívar. "Hasta el último día de su vida, nunca abandonó la esperanza de organizar en una sola confederación, o en una Confederaciones de Federaciones, las naciones que su espada hizo libres". Antes había escrito: "El panamericanismo no es una mezquina cuestión de nepotismo o preferencias locales: es toda una filosofía de vida, a más de ser una política de interés propio"⁷⁷³. Por debajo del descubrimiento y progresivo conocimiento de su propia tradición, de sus lecturas sobre el sentido y destino de nuestro continente, cabe reiterar abierta y disciplinada curiosidad intelectual que caracteriza sus años de formación, período en el que logra fundamentar la comprensión política e historiográfica que se sustenta su trabajo intelectual sobre el continente americano.

Si los dos textos anteriores dirigían su mirada hacia la grandiosa convicción de figuras como Bolívar, San Martín y O'Higgins, "mentalidades ilustres y videntes" a quienes en su momento "no escapaba el curso que la historia tendría que seguir"⁷⁷⁴, en su tercer artículo, "La revolución de Bolivia y su *estatura estratégica*", el ideal de unidad hispanoamericana reaparece nuevamente como la respuesta más adecuada a la hora de enfrentar la relación de nuestros países –Bolivia en este caso– con la gran potencia del norte. "¿Qué significado tiene la revolución boliviana para la política exterior norteamericana?"⁷⁷⁵. Es la pregunta a la que intenta responder el escritor José A. Villegas Mendoza en su artículo "La *estatura estratégica* de la nueva revolución boliviana", publicado en la revista ECA (Estudios Centro Americanos), de San Salvador, "revista de orientación y cultura dirigida por los Padres Jesuitas de Centro América. Octubre, 1952". Para elaborar su respuesta, Villegas parte del concepto de "estatura estratégica" de Sherrman Kent⁷⁷⁶, que define como la "cantidad de influencia que una potencia hipotética" –Bolivia en este caso– puede ejercer

⁷⁷² Carlos Dávila Espinoza, *Nosotros...* op. cit. pp. 326-327.

⁷⁷³ *Ibid.* p. 252.

⁷⁷⁴ *Ibid.* p. 262.

⁷⁷⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. "La revolución de Bolivia y su *estatura estratégica*". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 38, febrero 1953, p. 211. La Revolución boliviana de 1952 marca el ingreso de Bolivia al siglo XX. Durante doce años, hasta el golpe de estado de 1964, el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) llevó a cabo un proceso de modernización que cambió el rumbo del desarrollo político, económico y social del país. Además de anteceder a la Revolución cubana, en su momento fue equiparada a la Revolución mexicana. Desarrollada en el contexto de la Guerra Fría, fue la única de las revoluciones sociales de América Latina que contó con el apoyo de los Estados Unidos.

⁷⁷⁶ Sherrman Kent (1903-1986). Historiador norteamericano. Analista de la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) y posteriormente de la CIA. Considerado el "padre del análisis en inteligencia estratégica" gracias a su *Strategic Intelligence for American World Policy* (1950) –*Inteligencia estratégica para la política mundial de América*–, obra de referencia para los analistas de todo el mundo.

en una situación internacional en la cual los Estados Unidos tienen algún “interés estratégico”. Desde esta perspectiva, como señala Gutiérrez Girardot, resulta de vital importancia para este autor la capacidad de Bolivia para establecer relaciones con la potencia del norte, capacidad que se encontraría comprometida –en un complejo escenario de fuerzas permanentes– tanto por su “posición en el sistema de poder austral (Perú, Chile, Paraguay, Argentina, Uruguay)” como por su posición ideológica en términos de “guerra cultural”⁷⁷⁷. De ello depende, según Villegas, la dirección de la política exterior norteamericana y por ende las posibilidades de que Bolivia pueda “actuar dinámicamente dentro de la nueva asociación de pueblos libres [...], razas y culturas, de la que los EE.UU. es su *Alto Comando*”. Para Gutiérrez Girardot, los planteamientos de Villegas –muy “entrados en razón”– buscan la unidad de las Américas bajo la *responsable* dirección de los EE.UU. “Unidad de pueblos con igualdad de derechos y en igualdad de condiciones”⁷⁷⁸, algo semejante a lo que el citado Carlos Dávila pedía en su libro *Nosotros, los de las Américas*, tan instructivo y útil.

Desde este punto de vista, Bolivia tendría para Villegas una gran “estatura estratégica” dentro del sistema de poder austral, positivo posicionamiento que estaría dependiendo, sin embargo, de la dirección del “líder” de los pueblos libres, entusiasmo que desconoce –como se apresura a denunciar el estudiante colombiano– lo que late en la terreno mismo de la revolución boliviana y en la mente de todos los hispanoamericanos: el deseo de “resolver sus problemas con sistemas de pensamiento engendrados en la comunidad de los países de lengua española”. En apoyo de sus palabras, nuestro joven ensayista cita las palabras que por estas mismas fechas pronunciaba el escritor boliviano Fernando Díez de Medina en una conferencia titulada “Una Khantuta encarnada entre las nieves”⁷⁷⁹, en la que pedía a los Estados Unidos se limitase a cumplir tres principios fundamentales de la Carta de las Naciones Unidas: igualdad de derechos de todas las naciones; libre determinación de los pueblos; promoción del progreso dentro de un concepto amplio de libertad. Por sus

⁷⁷⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “La revolución...”, *loc. cit.* p. 212.

⁷⁷⁸ *Ibid.*

⁷⁷⁹ Fernando Díez de Medina (1909-1990). Escritor boliviano vinculado a la corriente nacionalista surgida y difundida en Bolivia a lo largo de los años cuarenta, denominada por los estudiosos “mística de la tierra”, que confiere a la tierra andina sobre la se asienta su nación una especie de poder espiritual capaz de determinar la peculiar sensibilidad estética, moral y religiosa del pueblo boliviano. La “leyenda de la Khantuta” (flor nacional de Bolivia) refiere los ruegos del dios Cuirni, el héroe de la leyenda incaica, a su padre Wiracocha (Rey de los dioses) para que le permita regalar a los hombres, siempre ansiosos de belleza, la flor de la Khantuta para hacer sus vidas sean más llevaderas. Flor imperial para los incas, para los nacionalistas bolivianos es el símbolo patrio de la República de Bolivia.

posiciones frente a las nociones de unidad, autodeterminación y arraigo hispánico, el artículo de Villegas y las anotaciones de Díez de Medina se convierte para Gutiérrez Girardot –frente a las pretensiones de los EE.UU por imponer su “American Way of life”–, en la defensa y reivindicación de una “posición hispánica primaria que reasume hoy sus valores y los eleva a dimensión universal”. Valores que el colombiano equipara con la “vididura hispánica” que llama Américo Castro, y que bien puede plantearse “ante el mundo” como “posición hispánica frente a las que hoy se debaten en el mundo”. Dimensión hispánica que no admite, a juicio de Gutiérrez Girardot, ni imperios ni “altos comandos”, como no sean los del espíritu y la cultura de los países de lengua española⁷⁸⁰.

Desde una óptica diferente, Gutiérrez Girardot también dedicó un interesante artículo a otro país hispanoamericano: su Colombia natal. En medio de una dolorosa y compleja realidad, “El desarrollo de la política colombiana” es una esperanzada mirada al futuro de las naciones de la América hispánica. Sin embargo, más interesante que el sumario mismo del devenir histórico de la política interna colombiana –estudiado en el primer capítulo de esta investigación–, resultan sus reflexiones en torno al estado de su política exterior, cuyo más seguro fundamento encuentra en *El ideal panamericano del Libertador* –título del libro de Cuevas Cancino–, única posibilidad de “salvación, de defensa y de engrandecimiento”⁷⁸¹ frente al complejo escenario de la política internacional.

País caracterizado por una reiterativa tensión interna cuya expresión más evidente ha sido una violencia constante, la Colombia que entra al siglo XX –luego del largo periplo de guerras civiles y de aguda polarización partidista que marca el trascurso del siglo XIX–, deberá enfrentarse a nuevas expresiones políticas que surgidas luego de la Primera Guerra (marxismo, Acción Francesa, socialismo cristiano, fascismo, etc.) acarrearían nuevas tensiones políticas tanto en Colombia como en el resto del continente. A pesar de las reformas constitucionales del 36 y del año 45, la estructura de la vida política colombiana seguía siendo la prolongación tambaleante de viejas formas de exclusión bipartidista. Buscando posibilidades de expresión, las citadas corrientes, “disueltas unas –fascismo–,

⁷⁸⁰ *Ibid.* p. 213. Posteriormente, Gutiérrez Girardot verá en este concepto de “morada vital” o “vididura hispánica” una especie de “alma nacional”, recaída en un *a priori* ontológico, “o como lo llama Francisco Ayala, *esencialismo romántico*”. En su afán por determinar el concepto de lo “español”, de describir los componentes de la “realidad histórica de España”, Américo Castro sucumbió a la posición que de entrada se proponía combatir: el *a priori* ontológico. “Expulsado por la puerta, ha vuelto a metérsele por la ventana de su morada vital” (Rafael Gutiérrez Girardot. “El problema de una periodización de la historia literaria latinoamericana” en Ana Pizarro (coord.). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985, p. 121).

⁷⁸¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Bolívar y la unidad...”, *loc. cit.* p. 111.

independientes y autónomas otras –marxismo–, se ampararon en los dos partidos”⁷⁸², circunstancia que causaría un fuerte impacto de descomposición en el tambaleante entramado de la política colombiana.

A todo ello, añade Gutiérrez Girardot un interesante “paréntesis”: *La república de profesores* que es Colombia⁷⁸³, la cual “se entretuvo en el juego brillante de las ideas, a tal punto, que de la discusión entre positivismo y neotomismo se pasó a disputas bizantinas e ingeniosas, transformándola en juego irónico, que imprimió su carácter lúdico a todas las manifestaciones de la vida nacional”, rasgo tan anómalo como característico que ejemplifica con la *Introducción a la historia de la cultura en Colombia* (1930), del escritor Luis López de Mesa, quien “solazándose largamente” en anécdotas insustanciales y truculentas, juega, en medio de pocas observaciones interesantes, a “hacer de los hombres colombianos Césares, Sócrates, Disraelis y Gladstones”. Cultura retórica y vacía, fue un “brillante juego de abalorios” de una clase política que jugando con todo –también jugaron a ser renacentistas, grecolatinos, goetheanos, etc.– se olvidaron de la realidad nacional. Incapaz de adaptarse a las inaplazables exigencias de la modernidad, la estructura política colombiana posibilita el desbordamiento violento.

Pero si la “tensión interior” era una urgente exigencia, “no puede decirse menos de la exterior”⁷⁸⁴. Aspecto que Gutiérrez Girardot cuestiona citando la pregunta de Julián Marías sobre si los países hispanoamericanos “podían llevar, por legitimación histórica, el nombre concretamente europeo de naciones”, a lo que nuestro orgulloso estudiante responde reafirmando el vigor que actualmente siguen teniendo los “viejos mitos entrevistados por Bolívar”. Hay, afirma con plena certeza, una “política de unidad hispanoamericana, nacida al calor de la evolución paralela de cada uno de los pueblos de Hispanoamérica, cuya necesidad de realización presiona al interior de los países del Nuevo Continente, los cuales buscan su forma”. Al igual que lo percibe en Colombia, “hay en la Argentina, en Bolivia, en

⁷⁸² Rafael Gutiérrez Girardot. “El desarrollo de la política colombiana”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, pp. 100-101.

⁷⁸³ Como señala Henríquez Ureña, nuestros “hombres de letras” fueron durante el siglo XIX, además, “hombres de acción”. Del listado del “buen número” de ellos que llegaron a ser presidentes en sus repúblicas, sobresale Colombia “auténtica *république de professeurs*” (Pedro Henríquez Ureña. *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945). Bogotá: FCE, 1994, pp. 120 y 239. Un testimonio de ello lo constituye la declaración de Alberto Lleras Camargo, siendo presidente de la república (1959): “La poesía era el primer escalón de la vida pública y se podía llegar hasta la presidencia por una escalera de alejandrinos pareados. Se dirá que todo ello era anacrónico y absurdo, pero fue una vocación nacional, un modo de ser espontáneo, una inclinación que nos dio carácter internacional, aun pintoresco” (citado en Juan Gustavo Cobo Borda. *Historia de la poesía colombiana, siglo XX*. Bogotá: Villegas Editores, 2003, p. 178.)

⁷⁸⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “El desarrollo...”, *loc. cit.* p. 102.

Ecuador, en Chile, en Centroamérica, los signos inequívocos de una primera madurez política, en diversos grados”. La revolución mexicana, ejemplo supremo, significó un tomar conciencia de la realidad mexicana.

Movimientos de igual espontaneidad están dando por resultado en Hispanoamérica lo que ya México simbolizó. En este sentido, la vida política hispanoamericana, tan variada, tan incomprendida, se orienta, entre tropezones y vaivenes, con seguridad absoluta a la madurez, cuya forma será la tan anhelada unidad hispanoamericana. Por este camino va Colombia, y este es el sentido que tan dolorosamente descubre hoy en el curso de su historia política⁷⁸⁵.

Palabras con las que finaliza el ensayo, dejando en el ánimo del lector una pregunta: ¿Cómo conciliar el doloroso diagnóstico de la realidad colombiana con el exagerado (sospechoso) optimismo en el mito de la “tan anhelada unidad hispanoamericana”? Producto de su juvenil entusiasmo, el “viejo mito” entrevistado por Bolívar adquiere vigencia plena y la promesa de su inminente cumplimiento gracias a su platónico maestro mexicano – “Imaginemos todavía. Soñemos, para mejor entender la realidad”⁷⁸⁶–, quien supo despertar en el joven estudiante la fe en la capacidad de la imaginación poética para transformar lo real en imagen de una realidad autónoma y superior, verdadera imagen de una América soñada pero posible.

4) Literatura indigenista

En consonancia con el utópico ideario de unidad continental de los textos estudiados anteriormente, el enfoque “social” de los cuatro trabajos dedicados por Gutiérrez Girardot a la llamada literatura “indigenista” establece una estrecha relación entre estos dos grupos de escritos. Motor de un proyecto de integración de la población indígena al “propósito bolivariano” de unidad continental, la literatura enfocada al “problema del indio” (Mariátegui) corrobora la decisiva impronta social y política de las aproximaciones del estudiante madrileño a este ámbito particular de la experiencia literaria hispanoamericana. Su origen, no sobra insistir, se encuentra en aquellas “Notas para una definición de Hispanoamérica” (1951), una de las cuales, orientada hacia la problemática indígena desde una mirada “exclusivamente política”, se constituía para Gutiérrez Girardot en uno de los “factores primordiales” para la definición de Hispanoamérica: no lo “hispanico”;

⁷⁸⁵ *Ibid.* p. 102.

⁷⁸⁶ Alfonso Reyes. “Capricho de América” (1934) en *Última Tule (Obras completas XI)*. México: FCE, 1960, p. 76.

“indoamérica prefieren llamarla”⁷⁸⁷. Desde otra perspectiva, pero en estrecha relación con estas consideraciones políticas, la literatura indigenista aparece inscrita en aquel *movimiento centrípeto* señalado por Fernando Aínsa para designar aquella literatura enfocada hacia lo “primordial y *raigal*”, verdadero inventario de la rica diversidad humana (indios, negros, cholos, gauchos, inmigrantes, etc.) y del espacio circundante (selvas, llanos, desiertos, pampas, etc.) del continente americano⁷⁸⁸. Latente, los moviliza un propósito filológico – amor al *logos* como “arte de leer bien”– y “pedagógico” dirigido, como el mismo Gutiérrez Girardot explicitaría posteriormente, a “explorar y enseñar a explorar la experiencia vital e histórica que ha sido configurada en las obras literarias y la de transmitir esa experiencia a la sociedad y a las generaciones posteriores”⁷⁸⁹, definición que nos permite identificar aquellos tempranos contenidos que posibilitarían –a *posteriori*– dicha definición.

Una elocuente manifestación de la incansable actividad del estudiante colombiano en España puede encontrarse en la ponencia presentada en las “Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana”, celebradas entre el 29 de junio y el 5 de julio de 1953, poco antes de su salida para Alemania. “Organizadas por el Instituto de Cultura Hispánica y la Universidad de Salamanca, como primer acto conmemorativo del VII Centenario de la Universidad salmantina”, se recibieron cerca de “ciento veinte ponencias”, presentadas por los invitados y delegados de los países de “Hispanoamérica y España, y por hispanistas notables de Francia, Italia, Suiza, Alemania, Inglaterra y Holanda”⁷⁹⁰. La ponencia de

⁷⁸⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Notas para una definición de Hispanoamérica”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 26 agosto 1951, p. 3.

⁷⁸⁸ Fernando Aínsa. *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Gredos, 1986, pp. 16 y 124-128.

⁷⁸⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. *Nietzsche y la filología clásica* (1966). Bogotá: Panamericana, 2000, p. 129.

⁷⁹⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “Jornadas de lengua y literatura hispanoamericana en Salamanca”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 44, agosto 1953, pp. 237-241. Se detalla en esta larga noticia información sobre los organizadores del evento; los temas de las distintas Comisiones (Letras coloniales, Lo gauchesco, Novela indigenista, Modernismo, Estudios hispánicos, etc.), así como el listado de algunos de los participantes, entre los que cabe destacar los españoles José María Valverde, Luis Rosales y Alonso Zamora Vicente; los hispanoamericanos José Coronel Urtecho, Ernesto Mejía Sánchez, Benjamín Carrión, Gonzalo Zaldumbide, Daniel Devoto; los colombianos Eduardo Cote Lamus, Hernando Valencia Goelkel y Rafael Gutiérrez Girardot; los alemanes Wilhelm Kellermann y Fritz Schalk; el inglés Leeds Reginald; el canadiense Jack Parker y los italianos Giuseppe Ungaretti y Orestes Macrí, “autor de una *Antología de la poesía española desde el novecientos*”, entre otros. Anota Gutiérrez Girardot *algunas* noticias sobre las respectivas Comisiones, una de las cuales “afirmó la unidad de las letras hispánicas y, de nuevo, la tesis del mexicano José Gaos y de Federico de Onís que propugna el estudio de las literaturas hispánicas sin tener en cuenta el criterio geográfico”, así como algunas de las “recomendaciones” del encuentro, como aquella que pide, “donde se halla abolido o no haya existido el estudio de la lengua latina, se imponga en la enseñanza media y superior”. Aparte del provecho que de ellas pueda sacarse, Gutiérrez Girardot ve en estas Jornadas una prueba de que España es, en verdad, el “puente por el que pasa a Europa la literatura hispanoamericana”. Y una conclusión, que se convierte en una prueba (más) de su profundo arraigo a la cultura hispánica: el “absoluto convencimiento” de que los países hispanoamericanos tienen una “misión que cumplir, para la cual ya están maduros”. Solo que

Gutiérrez Girardot, titulada “Algunos problemas de la novela indigenista a propósito de J. Icaza”,⁷⁹¹ es un texto capital para el estudio de las tempranas consideraciones del estudiante colombiano sobre el conjunto de la literatura indigenista y su relación con el ámbito general de la literatura hispanoamericana en su “búsqueda de nuestra expresión”. El ensayo proporciona el contexto general donde vienen a confluir trabajos anteriores dedicados a José de la Cuadra y Jorge Icaza, y de modo tangencial a César Vallejo, Ciro Alegría, Martín Luis Guzmán, entre otros. Los rige una preocupación esencial: la necesidad de encontrar un equilibrio entre el carácter de justa protesta y reivindicación social que caracterizan la literatura “indigenista” y la calidad estética exigida a la obra literaria (calidad cuestionable en algunas de estas producciones). Preocupación estrechamente vinculada a la señalada “búsqueda” de una expresión propia y genuina, para cuyo abordaje el crítico colombiano recomienda tener a la mano las ideas de Alfonso Reyes para la elaboración de un preciso *deslinde* entre “la literatura como servicio o ancilar” y la “literatura en pureza”⁷⁹². Y si Reyes exigía la necesidad de dicho “deslinde”, Henríquez Ureña implícitamente demandará – dejando en su sitio formulas americanistas y afanes europeizantes– aquella “ansia de perfección” como “única norma” para alcanzar, mediante la “expresión firme de una intuición artística”, la obra auténticamente nuestra y genuina⁷⁹³.

Antes de emprender el estudio de Icaza, enfocado al análisis de *Huasipungo* (1934) y los *Seis relatos* (1952), el estudiante colombiano procede a trazar el contexto histórico-literario que determinaría las dos vertientes que asumirían, a lo largo del siglo XIX, las novelas enfocadas a la cuestión indígena. Hijas de este período, novelas como *Netzula* (1832), del mexicano José María Lafragua; *El cacique de Turmequé* (1871), de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda, o *Cumandá* (1879), del ecuatoriano Juan León Mera, se encuentran determinadas por la concepción propia de la época, que no puede ver en el tema del indio otra cosa que una simple cuestión humanitaria. Las palabras de Montalvo que

esta “solo puede llevarse a efecto bajo la sombra de la cultura española y de su más pura tradición espiritual”. Solo a través de una “poderosa y fecunda” conciencia de unidad hispánica podrán nuestros pueblos “tomar parte directiva en la Historia Universal”.

⁷⁹¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Algunos problemas de la novela indigenista a propósito de Jorge Icaza” (Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana, 29 junio - 5 julio 1953). Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 453-460).

⁷⁹² Rafael Gutiérrez Girardot. “Jorge Icaza y sus cuentos”. Madrid: *Correo literario* 79, septiembre 1953, p. 3.

⁷⁹³ Pedro Henríquez Ureña. “Seis ensayos en busca de nuestra expresión” (1928) en *Obra crítica*. México: F.C.E., 1981, pp. 251-252.

Gutiérrez Girardot transcribe, son un claro ejemplo del acento “moralizante” propio de aquellos años:

¡Inocente, infeliz criatura! Si mi pluma tuviese don de lágrimas yo escribiría un libro titulado *El indio*, y haría llorar al mundo [...] La libertad moral es la verdadera, la fecunda. Decirle a un negro: “eres libre” y seguir vendiéndole; decir a un indio: “eres libre”, y seguir oprimiéndole, es burlarse del cielo y de la tierra.

Era la tendencia de la época, que consideraba la problemática indígena como un “problema moral”, actitud en la que subyace la concepción liberal, humanitarista e ilustrada del siglo XVIII. Además de esta tendencia –segunda de las vertientes señaladas–, también aparece en el siglo XIX una “devoción por lo indígena” que alentado por el movimiento romántico buscaba, desde un punto de vista cultural, una “tradición”, la raíz de nuestra expresión originaria a través de algunos aspectos del mundo americano. Aparecen así, durante el siglo XIX, las dos fuentes principales sobre las que giraría la preocupación por lo indígena: de un lado, “la concepción humanitaria y moralista del pensamiento liberal”; del otro, “la busca de la expresión original y peculiar de América, fundada en tradiciones indígenas”⁷⁹⁴. Y como telón de fondo del drama humano del indígena americano, aparece la ubicua e inmensa naturaleza, que ya desde las tópicas descripciones de Colón emerge como una de las preferencias literarias de la época. Anotaciones del joven ensayista colombiano que coinciden con dos de las tendencias que según crítico argentino Emilio Carilla caracterizan el “americanismo literario” durante el siglo XIX: 1) Paisajismo: predominante durante el Romanticismo, tendencia que entronca con la idea de “color local”: tipos, costumbres, etc.; y 2) Indigenismo: idealizado, no como “objeto de vida o cultura”⁷⁹⁵.

En el tránsito del siglo XIX al XX –paso del movimiento romántico al Modernismo– y gravitando en torno a la Primera Guerra Mundial, comienzan a gestarse fenómenos socio-políticos como la incipiente industrialización, el fortalecimiento de la burguesía, la aparición del proletariado y el “ensanchamiento de la realidad sociológica americana”. A ello se une el afán de buscar la expresión americana, movimiento “fundado en el relativismo filosófico cultural de Spengler, la introducción del pensamiento de Sorel y semejantes, a cuyo camino abrió paso Bergson; la transformación del positivismo rezagado en un materialismo fácilmente abierto al dialéctico”, elementos que componen el “cuadro de la situación espiritual de la América hispánica”, panorama juvenil que nos deja entrever, de paso, uno de

⁷⁹⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “Algunos problemas...”, *loc. cit.* p. 454.

⁷⁹⁵ Emilio Carilla. *Hispanoamérica y su expresión literaria. Caminos del americanismo*. Buenos Aires: Eudeba, 1982, pp. 51-59.

los rasgos más característicos de sus ejercicios de crítica literaria: la capacidad de nuestro ensayista para dibujar con certeros y rápidos trazos lo esencial de un contexto socio-político y cultural y ponerlo en relación productiva con el gran contexto de la literatura y la cultura europeas⁷⁹⁶. Necesariamente, el “cuadro” descrito tenía que afectar a los escritores, dos de los cuales aparecen a sus ojos como representantes de estos cambios: el “maestro” González Prada –“rebelde e intransigente”, emparentado con los jóvenes revolucionarios y considerado el “precursor del indigenismo militante americano, y antecedente y padrino espiritual del partido APRA, de tendencia izquierdista”– y José Carlos Mariátegui, “símbolo de esta generación”, cuya sensibilidad se orientaría hacia la llamada “cuestión social”. En 1928 publica sus célebres *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* donde examina, desde el punto de vista marxista, la cuestión indígena y el proceso de la literatura peruana. Para el ensayista peruano, el “problema del indio” es, naturalmente, económico⁷⁹⁷, tesis que orienta el “nuevo planteamiento” de este ensayo de interpretación:

Todas las tesis sobre el problema del indígena, que ignoran o eluden a este como problema económico-social, son otros tantos estériles ejercicios teóricos –y a veces solo verbales–, condenados a un absoluto descrédito. No las salva a algunas su buena fe [...] La cuestión indígena arranca de nuestra economía. Tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra⁷⁹⁸.

A partir de estos supuestos, Gutiérrez Girardot introduce la diferencia entre la novela sobre “temas indios” del siglo XIX y la del XX, establecida por la escritora Concha Meléndez, cuya definición cita: “Incluimos en esta denominación –novela indianista– toda novela en que los indios y sus tradiciones están presentados con simpatía. Esta simpatía tiene gradaciones que van desde una mera emoción exotista hasta un exaltado sentimiento de reivindicación social”. Gradaciones que “aceptando la clasificación de Concha Meléndez y la aclaración de la argentina A. Cometta Manzoni”, el crítico peruano Luis Alberto Sánchez precisa en su trabajo *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* (1953): “Así, pues, la novela india de “mera emoción exotista” será la que llamemos *indianismo*; y la de un

⁷⁹⁶ Constituyen, en última instancia, los ejes rectores que articulan el sentido y los alcances de sus brillantes ensayos. De los diversos ejemplos que podríamos citar, baste mencionar su ensayo “El 98: ¿Solo un problema de historiografía literaria?”, sucinta exposición de los factores esenciales en torno a los cual debe estudiarse esta “generación” literaria si se pretende una adecuada aproximación: el proceso de “unificación del mundo, que según Hobsbawm se inició en 1848” y la “reacción crítica a la modernidad”, caracterizada por el marxista Ernst Bloch como “la simultaneidad de lo no simultáneo”. En ellos ha de situarse “el grupo del 98 como un capítulo de la ambigüedad que caracteriza esta época en el mundo occidental” (Rafael Gutiérrez Girardot. “El 98: ¿Solo un problema de historiografía literaria?”. Barcelona: *Quimera* 171, junio 1998, pp. 25-32).

⁷⁹⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Algunos problemas...”, *loc. cit.* p. 455.

⁷⁹⁸ José Carlos Mariátegui. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas: Ayacucho, 2007, p. 26.

“sentimiento de reivindicación social”, *indigenismo*”⁷⁹⁹. Diferencias que no solo obedecen a criterios meramente formales sino a dos ambientes sociales que determinan la diversa producción de ambos tipos de escritores y, desde luego, el problema de la “expresión originaria” de América.

Finalmente, el estudiante madrileño registra brevemente algunas novelas indigenistas anteriores a las obras de Icaza. La primera de ellas, *Raza de bronce* (1919), del boliviano Alcides Arguedas, cuyo argumento “narra la tragedia de la india Wata Wara, asesinada por el blanco Pantoja, quien trata de violarla”, episodio central en torno al cual se desenvuelve la marcha atormentada de los indios en su camino a la ciudad. De 1930 es la novela *Tungsteno*, de César Vallejo, de “relativa calidad literaria”, la cual presenta al indio como víctima de ambiciosos patronos y gamonales, “aliados con los norteamericanos en nombre de la civilización y el progreso”. Cinco años más tarde, en *El mundo es ancho y ajeno* (1935), Ciro Alegría retrata la vida de paz y bienaventuranza de la comunidad Rumí, destruida por la ambición de un terrateniente blanco, quien amparado por la ley pretende extender el latifundio. Es el típico esquema –el indio víctima de la crueldad y codicia del hombre blanco (gamonales, gobierno, capitalismo extranjero, Iglesia, etc.)–, al que no escapa *Huasipungo* (1934), la primera novela del ecuatoriano Jorge Icaza, donde “los buenos y humildes indios son explotados, quemados sus ranchos y asesinados sin misericordia, en nombre de la civilización y el progreso”. El propósito de Gutiérrez Girardot es claro: detenerse en la obra de Icaza y en consonancia con el título de su ponencia, recoger “algunos de los problemas que la novela indigenista plantea”⁸⁰⁰, cuya temática se halla tipificada en esta obra.

⁷⁹⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Algunos problemas...”, *loc. cit.* pp. 455-456. Concha Meléndez (1895-1983). Escritora y docente portorriqueña. Realizó estudios de maestría en la Universidad de Columbia (1924) y de doctorado en Filosofía y letras de la UNAM (1932), siendo la primera mujer en la historia de México en obtener este título. Las citas utilizadas por Gutiérrez Girardot pertenecen al libro *La novela indianista en Hispanoamérica* (1934). Aída Cometta Manzoni (?). Escritora argentina. Autora de *El indio en la poesía de América española* (1939) y *El problema del indio en América* (1949). Además de sus lecturas de Luis A. Sánchez, cuyo *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana*, apareció en 1953 –dos años antes de escribir su ponencia para Salamanca–, Gutiérrez debió conocer estas autoras en *Las corrientes literarias en la América hispánica* (1949), donde Henríquez Ureña las cita en diversas ocasiones. Lo constata Luis Alberto Sánchez cuando a propósito de la diferencia entre novela indianista e indigenista, escribe: “De ahí que la escritora argentina Aída Cometta Manzoni, sagazmente dirigida por Pedro Henríquez Ureña, fijara el distingo en su utilísima tesis *El indio en la poesía de América española* (Buenos Aires, 1939)” (Luis Alberto Sánchez. *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* (1953). Madrid: Gredos, 1976, p. 495). Antes había escrito: “Como la estudiosa Aída Cometta Manzoni ha dicho: hay dos formas de enfocar al indio: la indianista y la indigenista. Aquella pictórica, esta social” (Luis Alberto Sánchez. “Nota bibliográfica. Agustín Yáñez. *El contenido social de la literatura iberoamericana*. México. El Colegio de México, 1944”. México: *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 6, N° 2, mayo/agosto 1944, p. 270).

⁸⁰⁰ *Ibid.* p. 456.

Un motivo argumental, la necesidad de trazar una carretera para facilitar la explotación de madera, sacrificando, en consecuencia, la tierra y la vida de los indios, sirve de marco a la trama de *Huasipungo*, cuyo personaje central son los indios, “la comunidad que sufre y ve subyugada su libertad por la explotación de todos y porque se le considera como a un animal de trabajo”. Una esquemática “estructura” piramidal, determinada más por el estado socio-económico que por las clases sociales, orienta la actitud ante la vida y el mundo. En la cumbre de la pirámide social, el rico del país y el extranjero que interviene con él. La burguesía decadente, en segundo grado. Los intelectuales y chagras, y los directores de la vida del pueblo, en tercer término. Los mayordomos, el cuarto. Y los indios –soporte de la pirámide y fuente productora de la que aprovechan para sus ambiciones los restantes–, el último⁸⁰¹.

Siguiendo el esquema, los dos primeros estratos se hallan compuestos por hombres de raza blanca, “cultos y ciudadanos”. Los otros tres se encuentran constituidos por indios, alfabetos y analfabetos, “descastados o auténticos”, todos serviles y temerosos de su patrón e inmersos en una vida política presidida por la “retórica y la demagogia”, elementos en los que, como anota Gutiérrez Girardot, se halla implícita “la concepción del progresismo civilizador del siglo XIX americano”, que bien puede simbolizarse con el paradigmático poema de Rudyard Kipling, “The White Man’s Burden” (“La carga del hombre blanco”, 1898)– que es tanto la tarea que el colonizador se autoimpone como el peso de los pueblos a colonizar–, en el que encuentran expresión las ideas imperialistas, racistas y eurocéntricas que constituyen el andamiaje justificativo de una “ingrata” pero altruista y noble obligación: el dominio del “hombre blanco” sobre las llamadas “razas inferiores”:

Lleved la carga del Hombre Blanco.
Enviad adelante a los mejores de entre vosotros;
Vamos, atad a vuestros hijos al exilio
Para servir a las necesidades de vuestros cautivos;
Para servir, con equipo de combate,
A naciones tumultuosas y salvajes;
Vuestros recién conquistados y descontentos pueblos,
Mitad demonios y mitad niños.

Posteriormente, como señala Gutiérrez Girardot, este indio –una “bestia amable”– cobrará conciencia, haciéndose más humano en sus *Seis relatos* (1953), última obra de Icaza. Lo reafirmará en otro trabajo a propósito de la significativa evolución estética del escritor

⁸⁰¹ *Ibid.* p. 458.

ecuatoriano: “Hay sin duda alguna, una notable diferencia entre su *Huasipungo* y cinco de los seis relatos que componen el libro”. A la “desmesura y exageración” de las situaciones que acompañan a *Huasipungo*, cuyos personajes más parecen “caricaturas grotescas que creaciones emparentadas con el mundo real” que buscaba resaltar, se opone ahora una imagen del indio y de sus situaciones desde una perspectiva diferente, a nivel de “la realidad, de una más humana realidad”. Del indio “despersonalizado y animalizado” de *Huasipungo* al humano y angustiado de *Seis relatos*, hay la diferencia que va “de las máscaras a los rostros preocupados con los problemas religiosos y humanos, auténticos y hondos”⁸⁰², así continúen expresándose de una manera tan elemental.

Estos cambios en la conciencia del indio se manifiestan para nuestro estudiante en cuatro aspectos básicos: 1) En la exigencia y “adhesión” a un redentor endiosado; 2) En el afán de sentirse “como dioses”, es decir, con el mismo respecto que inspiran estos; 3) En su acusación y rebeldía contra los poderes establecidos; 4) En el llamado de la voz de la raza que lo pide todo, hasta el sacrificio por ella. Todo lo cual significa, en último término, una despierta “conciencia de rebeldía” y la consecuente “exigencia de redención humana” que acompaña la literatura indigenista. Finalmente, y con relación a estas obras “en cuanto literatura” –quizá el aspecto más frágil y conflictivo de estas creaciones–, la paralela evolución de la figura del indio encontrará una manifestación en la transformación estética de la obra literaria. Mientras en una obra como *Huasipungo* “los personajes son caricaturas, exageradas las situaciones, la realidad desorbitada”, con una técnica “teatral” escasamente subjetiva, en los *Seis relatos*, las situaciones, “situaciones límites del hombre”, pierden su patetismo para adquirir una positiva carga “dramática”. Historias en las que la modulación del lenguaje alcanza una temperatura “poética” capaz de despojar a la realidad de la habitual desmesura que caracteriza las producciones indigenistas, conquistando una técnica realmente narrativa⁸⁰³.

Lo pondrá de presente nuevamente en la citada reseña sobre los *Seis relatos*, donde nuestro articulista destaca la simultánea publicación en esta misma editorial (Casa de la Cultura del Ecuador), de *Los monos enloquecidos*, de José de la Cuadra⁸⁰⁴, autor al que

⁸⁰² Rafael Gutiérrez Girardot. “Jorge Icaza y sus cuentos”. Madrid: *Correo literario* 79, septiembre 1953, p. 3.

⁸⁰³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Algunos problemas...”, *loc. cit.* p. 458.

⁸⁰⁴ José de la Cuadra y Vargas (1903-1941). Escritor ecuatoriano. Su obra aborda la vida del “montubio” (campesino costeño), muy distinta a la del indígena serrano. Autor de las novelas *Olga Catalina* (1925), *Los Sangurimas* (1934), *Los monos enloquecidos* (inconclusa, publicada en 1951); de los libros de cuentos *El amor que dormía* (1930), *Guashingtón* (1938), y del libro de ensayos *El montubio ecuatoriano* (1937).

también dedicaría una reseña a propósito de esta novela. Perteneciente a la más joven promoción de novelistas ecuatorianos, Cuadra no solo ha escrito una novela superior a *Huasipungo*. Para el estudiante colombiano se trata de “una de las mejores novelas escritas en Hispanoamérica en este medio siglo”. Como señala en esta reseña, la novela de Cuadra ha sido llamada “novela montubia” por ser la costa (o “montubio”) su protagonista. Pero la diferencia con el *Huasipungo* de Icaza no radica en su protagonista, sino en la “discreción y delicia con que está escrita”. Lejos de los tópicos ya señalados, en *Los monos enloquecidos* aparece un clima de “aguda y fina ironía”. Diferencias que no significan una radical oposición, sino modos distintos de enfrentarse a las cuestiones de la vida ecuatoriana. Tanto el montubio como el habitante de la sierra sufren la explotación y padecen sufrimientos y necesidades. Pero mientras Icaza hace su denuncia mediante “el grito y el clamor” –camino “más evidente a primera vista”, pero en extremo “peligroso para la literatura”, toda vez que la “intención estética se ve obstaculizada por la intención política o social”–, José de la Cuadra ha preferido seguir el “camino más eficaz: la ironía punzante”⁸⁰⁵. Las objeciones que Arturo Torres-Rioseco dirige a los novelistas ecuatorianos en *La gran literatura iberoamericana* (1951), pecan para Gutiérrez Girardot de “injustas e inexactas”. Sin duda, el informado estudiante colombiano debe referirse a aquellas anotaciones del crítico chileno sobre estos jóvenes escritores, ecuatorianos en su mayoría, quienes “muestran un categórico menosprecio por la gramática, por el estilo, por la sintaxis y hasta por el sentido común”⁸⁰⁶. El único mérito –“incuestionable”– de esta novelística, consiste en haber mostrado un estado de cosas “espantoso y real”, situación denunciada ante el mundo por los conocidos informes de Sir Roger Casement⁸⁰⁷. En consecuencia, concluye Torres-Rioseco, nada resulta demasiado sombrío o despiadado en las páginas de estos escritores, en su mayoría “marxistas desenfrenados” que tienden a “olvidar que el objeto de la novela es (o deberá ser), en primer lugar, estético y no político o sociológico”⁸⁰⁸. Y sin embargo, para nuestro estudiante, “con *Seis relatos*, de Jorge Icaza y *Los monos enloquecidos*, de José de la Cuadra, el Ecuador se pone a la cabeza de la más reciente novelística americana”⁸⁰⁹. La novela de este último no es

⁸⁰⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “José de la Cuadra”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 44, agosto 1953, p. 216.

⁸⁰⁶ Arturo Torres-Rioseco. *La gran literatura iberoamericana*. Buenos Aires: Emecé, 1951, p. 191.

⁸⁰⁷ Roger David Casement (1864-1916). Diplomático británico. Enviado a Brasil en 1906 durante la fiebre del caucho, reportó las atrocidades cometidas por la Casa Arana contra los indígenas de la región del río Putumayo en un documento conocido como *The Putumayo Black Book*, publicado póstumamente. Mario Vargas Llosa recreó la vida de Casement en su novela *El sueño del celta* (2010).

⁸⁰⁸ Arturo Torres-Rioseco. *La gran literatura...*, op. cit. pp. 191-192.

⁸⁰⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Jorge Icaza...”, loc. cit. p. 3.

novela *sobre* el montubio; en su condición de montubio, José de la Cuadra es un novelista que hace, simplemente, magnífica novela. La primera, de “auténtica calidad universal” que el Ecuador da a las literaturas hispánicas⁸¹⁰.

Los insistentes propósitos de denunciar con la “potencia del grito” las injusticias y los abusos padecidos por la población indígena –a los que deben añadirse la inutilidad de la política indigenista demagógica configuran en último término la tendencia abiertamente política que caracteriza, “con más justa indignación que con destreza literaria”, como escribe Torres-Rioseco, una buena parte de la literatura indigenista. Una tendencia que transforman la literatura en lo que Alfonso Reyes llama “literatura ancilar, es decir, literatura al servicio de...”, reproche que suele hacerse a este tipo de novelas. Una “vía de solución” encuentra el ensayista colombiano en el deslinde mismo elaborado por Reyes, donde la literatura queda “definida” –siempre “provisionalmente”, nos recuerda con frecuencia– como “forma con intención estética”. De modo que cualquier experiencia –científica, filosófica, didáctica, etc.– expresada con “intención” estética, es literatura “aplicada”, no pura, esto es, “literatura en cuanto tal”. Pero como la coexistencia de lo político y lo estético no están en conflicto con una obra literaria, la literatura comprometida políticamente dependerá de que el literato “en pureza” sea un literato “comprometido políticamente”⁸¹¹. De este modo puede el literato ponerse al servicio de cualquier causa sin que ello implique exclusión de la intención estética. El ensayista colombiano Hernando Valencia Goelkel escribe: “No hay arte patriótico, ni filantrópico, ni higiénico, sino arte, sencillamente arte. La propuesta que se les hace a los escritores y a los pintores y a los músicos para que “produzcan” arte terrígena, arte nacional, es estéticamente bastarda porque implica una sujeción a una norma extra-artística”. Su conclusión es impecable: “El artista puede transcribir su patria, pero no como una prueba de su patriotismo, sino como una prueba de su arte”⁸¹². Al novelista indigenista, concluye Gutiérrez Girardot siguiendo a Reyes –e implícitamente a Valencia Goelkel– se le pide que haga literatura “en pureza”. La alta carga de elementos sociológicos, políticos y sociales implícitos en esta novelística, su comprensible afán por mostrar una agobiante situación y motivar un cambio radical, lleva al estudiante colombiano, para “no esquivar la cuestión”, a afirmar que la literatura que no lo sea en pureza puede *estar al servicio* de algo, pero la literatura en pureza puede *prestar un servicio* a distintos propósitos.

⁸¹⁰ Rafael Gutiérrez Girardot. “José...”, *loc. cit.* p. 216.

⁸¹¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Algunos problemas...”, *loc. cit.* p. 459.

⁸¹² Hernando Valencia Goelkel. “Márgenes I” (1966) en *Textos no recogidos en libro. Tomo II*. Bogotá: ICC, 1979, p. 872.

Tácitamente, cumplía nuestro estudiante con una vieja “promesa”, expresada en aquella carta donde le cuenta a Reyes cómo, estando en Madrid, “en la librería Ínsula tropecé con su *Última Tule*. En Bogotá *El Deslinde* me pareció imposible de digerir, y lo dejé en el escaparate como diciendo: algún día lo leeré” (RGG a Reyes. Bonn, 7/11/1956). Sus consideraciones estéticas sobre la novela indigenista derivan en buena medida de sus juiciosas lecturas de *El deslinde*, marco teórico que le permite argumentar contra los citados juicios de Torres-Rioseco y del que extraerá una sólida comprensión de lo que el mismo Reyes llamaría, en términos amplios y comprensivos, la “experiencia literaria”.

2.3.2. “Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros”

El subtítulo de este párrafo, como hemos adelantado, incluye los trabajos de Gutiérrez Girardot orientados hacia el “exterior” del continente americano. Manifestaciones diversas de un mismo movimiento *centrífugo*, se inscriben en aquel contexto de afirmación americanista cuyo cabal cumplimiento exigía, paradójicamente, el “reconocimiento de nuestra incorporación a la historia universal”⁸¹³. En sentido estricto, podrían incluirse aquí algunos trabajos dedicados por nuestro estudiante a la unidad hispanoamericana –cimiento de una política exterior continental “capaz de influir sobre los acontecimientos de fuera del hemisferio”⁸¹⁴–; pero también a la universidad americana y su relación con la filosofía europea; incluso aquella reseña dedicada a *Los monos enloquecidos*, del ecuatoriano José de la Cuadra, novela “indigenista” considerada por Gutiérrez Girardot de “auténtica calidad universal”. Sin embargo, solo consideraremos aquí los trabajos enfocados al ámbito de la literatura como búsqueda de una expresión propia y genuina, culminación de un largo proceso de “incorporación” a la corriente europea que se confunde con los inicios de nuestra vida independiente cuando América, atezada por un Imperio en decadencia, se vería obligada a “buscar su cultura en lenguas diversas, fuera de las órbitas nacionales”⁸¹⁵. Postulado por Bello, el proyecto de autonomía intelectual no solo alentó la noción de un cosmopolitismo abierto y comprensivo capaz de apropiarse del espíritu europeo, esto es, de “discutir la ciencia europea para darle [como Bello decía] *estampa de nacionalidad*”, también proyectó esta tarea a las generaciones futuras. Continuadores de esta tradición

⁸¹³ Rafael Gutiérrez Girardot. “La utopía americana de Alfonso Reyes”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 25, enero 1952, p. 73.

⁸¹⁴ Carlos Dávila Espinoza. *Nosotros los de las Américas*, Santiago: Editorial del Pacífico, S. A., 1950, p. 272.

⁸¹⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “La utopía americana...”, *loc. cit.* p. 75.

universalista, hombres como Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Baldomero Sanín Cano o Jorge Luis Borges, entre otros, plantearon las formulaciones que harían posible nuestra incorporación al gran contexto de la literatura europea.

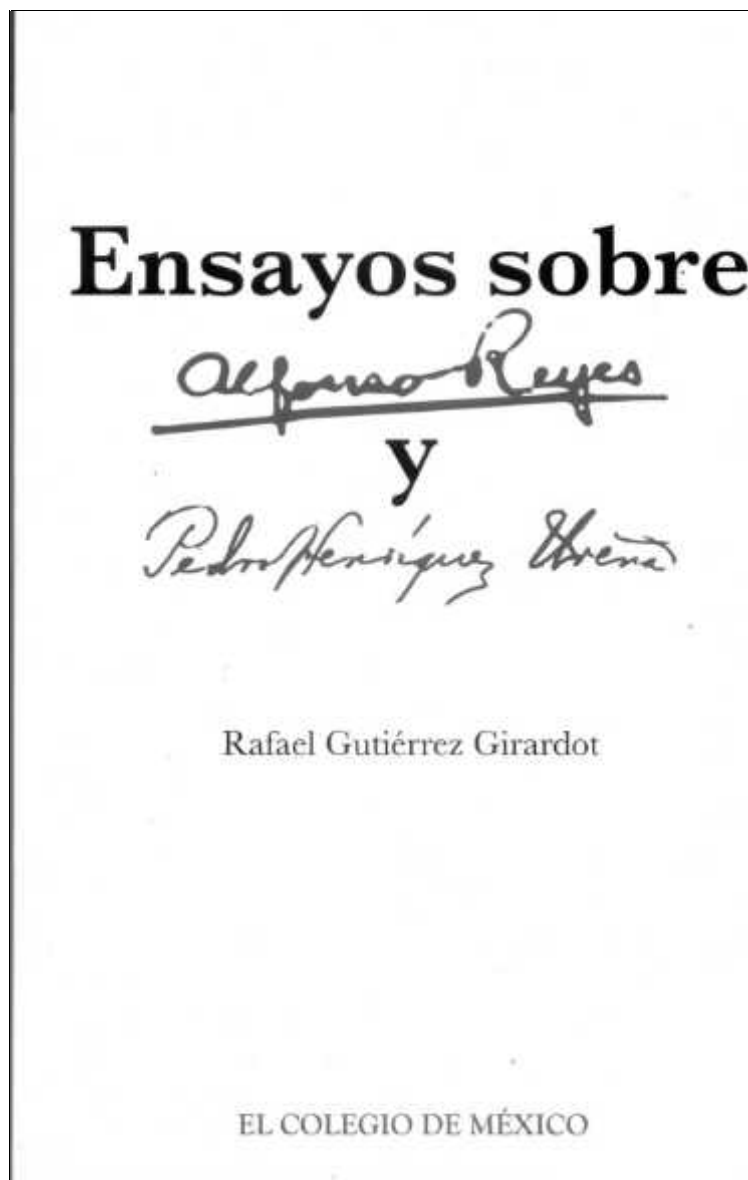
Este largo proceso se constituye en la condición de posibilidad de un ensayo posterior como “América sin realismos mágicos” (1985), ejemplo paradigmático cuyo planteamiento, más allá del implícito cuestionamiento a esta manida clasificación literaria, presenta los frutos maduros, los lúcidos resultados de un proceso de formación iniciado tres décadas antes. En su afán por rastrear las verdaderas “influencias” que posibilitarían el surgimiento del llamado *Boom* de la literatura hispanoamericana –a pesar de las referencias a Faulkner mencionadas por García Márquez y Juan Carlos Onetti cuando trazan su “árbol genealógico” y aun aceptando que el escritor norteamericano haya “suscitado en ellos temas o estilos”–, lo cierto es que

La recepción de Faulkner por Onetti y García Márquez, que aún está por precisar, pesa menos que el largo proceso de la literatura hispanoamericana, iniciado por Andrés Bello y Domingo Faustino Sarmiento en el siglo pasado, planificado por José Martí y Rubén Darío y ya en la aurora del siglo presente por José Enrique Rodó, y que por encima de las vanas disputas entre los *hispanista* como José de la Riva Agüero y los *indigenistas* continuó en Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, en Mariano Picón Salas y Eduardo Mallea, en Borges y Agustín Yáñez entre otros más⁸¹⁶.

Conviene recordar que las tentativas de “incorporación” a la corriente universal que registra la literatura hispanoamericana a mediados del siglo XX son eso, “tentativas”. Es lo que explica el uso de términos como “ansia”, “nueva lucha”, “muy pronto”, “búsqueda”, “escasas joyas”, que ya hemos escuchado, o expresiones como “creciente inquietud” o “afán cada día mayor” utilizadas por Gutiérrez Girardot más adelante. Es el contexto de lo que Luis Alberto Sánchez llamó, en un polémico trabajo, *América, novela sin novelistas* (1933), metáfora del período “cosmopolita” con el que Mariátegui describe el proceso de “asimilación” de diversas literaturas extranjeras, paso previo a la conquista de un período “nacional”, en el que una literatura alcanza la “expresión bien modulada de su propia personalidad”⁸¹⁷. A la vuelta de tres décadas, Sánchez añadió a la segunda edición (1968) de su *Proceso y contenido de la novela hispano-americana* (1953), un capítulo adicional significativamente titulado “América, novela con novelistas”.

⁸¹⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Los olvidados: América sin realismos mágicos”. Barcelona: *Quimera* 46-47, febrero 1985, p. 91.

⁸¹⁷ José Carlos Mariátegui. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas: Ayacucho, 2007, p. 200.



El horizonte, sin embargo, era claro a mediados del siglo: más allá de “fórmulas americanistas” o de “afanes europeizantes”, se trataba de hacer, simplemente, buena literatura (“afinar, definir con ansia de perfección”, como escribe Pedro Henríquez Ureña). Lo mismo que por entonces señalaba José Gaos con miras a la conquista de un “pensamiento hispanoamericano”: dejar de lado los debates sobre la existencia, “posible o de hecho”, de una filosofía hispanoamericana, pues “antes que nada corresponde hacer, en estricto sentido, filosofía”⁸¹⁸.

⁸¹⁸ Pedro Henríquez Ureña. “El descontento y la promesa” (1926) en *Obra crítica*. México: F.C.E., 1981, pp. 251-253; Rafael Gutiérrez Girardot. “La filosofía universitaria en Hispanoamérica”. Madrid: *Revista de Educación* 10, mayo 1953, p. 174.

Con acertada clarividencia, Gutiérrez Girardot dejó testimonio de quien a la vuelta de pocos años sería considerado el “símbolo” de la ruptura en el devenir de nuestra historia literaria: Jorge Luis Borges. Ruptura con el “descontento” y la subsiguiente “promesa” que era el *leit motiv* del creador americano y que como bien señala Valencia Goelkel encontraría en el escritor argentino su certero “ejecutor”⁸¹⁹. Como en el caso de Reyes, sería su compañero de estudios, el nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez, quien lo pondría en relación con Borges, otro de sus decisivos maestros: “conocía mejor a Borges y me informó quién era; así me aficioné a Borges”⁸²⁰. Es bastante probable que el acceso a los libros de Borges, como sucedió con algunos textos de Reyes, entre otros autores, se deba no solo a su amistad con Mejía Sánchez, cuyo permanente contacto con México pondría a su disposición el rico material publicado por el Fondo de Cultura Económica; también debe considerarse la misma coyuntura política de la España franquista. Las fuertes restricciones impuestas por la dictadura al ámbito de la cultura (paradójicamente) incrementaron un mercado subterráneo de libros hispanoamericanos que por diferentes canales llegaban a la España de aquellos años.

Desde el final de la Guerra Civil hasta bien entrados los sesenta, la censura política, la intolerancia católica, el exilio intelectual, el estancamiento de la enseñanza media y universitaria, la atonía de la vida cultural, el aislamiento internacional y la falta de demanda efectiva habían hecho sentir su destructiva influencia sobre la industria editorial española y trasladado a México y Argentina la primogenitura bibliográfica⁸²¹.

Para que libros de editoriales latinoamericanas como Losada, Fondo de Cultura, Sudamericana, Paidós, Siglo XXI, Era, Emecé o Grijalbo llegasen a los escaparates españoles, no solo resultaba preciso vencer todo tipo de dificultades logísticas y económicas. También se necesitaba “sobornar a la censura” o “montar de manera alternativa un circuito clandestino para la circulación de las obras prohibidas”. Como señala Pradera, en toda España existían librerías con una “habitación secreta [...] reservada para los libros prohibidos argentinos y mexicanos”. Quienes en aquellos años completaron las pocas lecturas autorizadas por la censura española con las obras de literatura y de pensamiento traducidas y editadas en Hispanoamérica, tienen una deuda con iniciativas “importadoras y

⁸¹⁹ Hernando Valencia Goelkel. “La mayoría de edad” en Jorge Eliecer Ruiz y Juan Gustavo Cobo Borda (eds.). *Ensayistas colombianos del siglo XX*. Bogotá: ICC, 1976, p. 284.

⁸²⁰ Alfonso Carvajal. “Borges: una novedad permanente”. Bogotá: *Número* 31, diciembre 2001 / enero-febrero 2002, p. 50.

⁸²¹ Javier Pradera. “Desde Madrid” en Antonio Lago Carballo (ed.). *Taurus. Cincuenta años de una editorial (1954-2004)*. Madrid: Taurus, 2004, p. 292.

distribuidoras como la Librería Hispano-Argentina fundada y dirigida por Francisco Pérez González en los años cincuenta. Y también, por supuesto, con la empresa editorial [Taurus] que inició “Pancho” –con sus socios– en el ecuador de la década de los cincuenta”⁸²². Con estas dos últimas iniciativas editoriales tuvo relación nuestro estudiante, quien conoce al librero español en 1952, mientras asiste a los Cursos de Verano de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en Santander. Lo contará el propio Pérez González años después:

Al librero con ganas de acometer proyectos que yo era entonces, se le ocurrió que los asistentes a las conferencias de la UIMP eran una clientela potencial, y uno de aquellos veranos monté, con mesas desplegadas, un puesto de venta de libros en el Palacio de la Magdalena. A José Luis López Aranguren le sorprendió el nivel de calidad de los títulos expuestos y eso me granjeó su amistad. Lo mismo me ocurrió con un profesor en Bonn de origen colombiano, Rafael Gutiérrez Girardot. Nos hicimos tan amigos que decidimos crear juntos una editorial dedicada a libros de pensamiento. Así nació Taurus”⁸²³.

Gutiérrez Girardot también ha dejado testimonio de aquellos fructíferos encuentros, en cuyas gratas charlas sobre los libros que Pérez González les ofrecía “fue madurando el proyecto de fundar una editorial. Invitó a Jaime Suárez, director de la revista *Alcalá*, y a mí a concretarlo”. Después de darle vueltas a un nombre para la editorial –que se constituye legalmente en 1954– se propuso *Taurus*, que sugería la “piel de toro” con que se había designado el mapa de España⁸²⁴. Posteriormente, desde Friburgo, ciudad alemana a la que se traslada en julio de 1953 para continuar sus estudios, envía a Pérez González “informaciones y sugerencias sobre novedades alemanas o libros que era preciso dar a conocer”. En plena época de reconstrucción, lo que para Gutiérrez Girardot era “preciso conocer no se reducía a lo nuevo (Heinrich Böll, por ejemplo)”, sino “sobre todo” a todas aquellas obras que habían sido condenadas al silencio por las turbulencias de la Guerra Mundial y que a partir de los años cincuenta comenzaban a reeditarse⁸²⁵. También sugiere a la editorial la publicación de autores latinoamericanos como Alfonso Reyes, Baldomero Sanín, etc. “Yo le di a Pancho muchos contactos en América latina que él supo aprovechar y mejorar” (CIV-11/12/2000).

Resulta prácticamente imposible determinar cómo llegaron a las manos de estudiante colombiano muchos de los libros que conocería durante su período de formación en Madrid.

⁸²² *Ibid.* pp. 278-279.

⁸²³ Juan G. Ibáñez. *Pancho Pérez González*. Santander: Fundación Barcenillas, 2011, pp. 20-22.

⁸²⁴ Rafael Gutiérrez Girardot. “Los primeros pasos” en Antonio Lago Carballo (ed.). *Taurus. Cincuenta años de una editorial (1954-2004)*. Madrid: Taurus, 2004, pp. 277-283.

⁸²⁵ *Ibid.* pp. 277-278.

Lo que sí resulta evidente es que a pesar de las señaladas dificultades, España resultó un buen entorno para ahondar en su relación con el continente americano a través de su más reciente literatura.

El primer acercamiento de Gutiérrez Girardot a la obra de Borges apareció en un artículo titulado “Dos temas en la literatura hispanoamericana” –el otro pertenece al escritor colombiano Eduardo Caballero Calderón–, reseña dedicada a *La muerte y la brújula* (Ed. Emecé, Buenos Aires, 1951) que envía a la revista *Cuadernos hispanoamericanos* de Madrid. Se trata de “nueve narraciones ya publicadas, revisadas, sin embargo, para esta edición”⁸²⁶. La seguridad con la que el estudiante colombiano afirma que nos encontramos, “sin duda alguna, con uno de los mejores narradores de la literatura en lengua española”, revela un amplio conocimiento de la obra de Borges publicada a la fecha, si bien cabe la posibilidad de considerar este juicio como una muestra del buen ojo crítico de quien comenzaba a asomarse a la obra del escritor argentino. Como lo muestra la crítica de los años 40 y 50, Borges no era todavía “nuestro” Borges, quien apenas comenzaba a figurar en los estudios especializados. Pueden citarse dos obras publicadas en 1945: mientras en *Las corrientes literarias en la América hispánica*, Pedro Henríquez Ureña apenas menciona su nombre entre el grupo de “vanguardistas” argentinos, Arturo Torres-Rioseco lo describe –aunque no menciona una sola de sus obras– como “uno de los primeros intelectuales jóvenes de la Argentina que ha nutrido la admirable riqueza de su espíritu y de su estilo con el conocimiento profundo del español y de las literaturas europeas”⁸²⁷.

Para Gutiérrez Girardot, el mérito de Borges no reside en la “extraordinaria” calidad de su prosa ni en las soluciones inesperadas de sus cuentos. Es lo primero que sale a relucir para una crítica “impresionista”, que deja de lado detalles “menos a la vista” pero de

⁸²⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “Dos temas en la literatura hispanoamericana”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 32, agosto 1952, p. 262. Simultáneamente, envía esta misma reseña –con otro título y con algunas variaciones– a un periódico colombiano (“La muerte y la brújula”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 5 noviembre 1952, p. 4). Los relatos son: “El hombre de la esquina rosada” (*Historia universal de la infamia*, 1935); “Emma Zunz”, “La espera” (*El aleph*, 1949); “Funes, el memorioso”, “La forma de la espada”, “El tema del traidor y del héroe”, “El jardín de senderos que se bifurcan”, “El milagro secreto”, “La muerte y la brújula” (*Ficciones*, 1944).

⁸²⁷ Arturo Torres-Rioseco. *La gran literatura iberoamericana*. Buenos Aires: Emecé, 1945, p.137. Quince años más tarde, en 1960, aparece la *Nueva historia de la gran literatura iberoamericana*, en cuyos nuevos capítulos ya pueden encontrarse diversas referencias a la producción de Borges como poeta, crítico literario, cuentista o “cuento-ensayo”, más precisamente, género en que ha escrito “obras maestras”, y como ensayista, su “expresión genuina”. A las ya mencionadas acusaciones de ser “excesivamente intelectual, deshumanizado, complejo”, Torres-Rioseco responde que en vez de “deméritos” constituyen esas “ponderables cualidades” que le han dado al escritor argentino un “estilo personalísimo, de ricos matices y de rara perfección” (Arturo Torres-Rioseco. *Nueva historia de la gran literatura iberoamericana*. Buenos Aires: Emecé, 1960, pp. 271-272, 309), juicio que coincide, en lo esencial, con la lectura del joven Gutiérrez Girardot.

“especialísima significación”. En primer lugar, el tema del tiempo, que en Borges se encuentra vinculado a dos conceptos de la “filosofía actual”: el de “posibilidad” y, en forma tácita, el de “situación”, conceptos expresados a través de Ts’ui Pen, personaje de *El jardín de senderos que se bifurcan*, quien, como escribe Borges,

creía en infinitas series de tiempo, en una red creciente y vertiginosa de tiempo divergentes, convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, o que secularmente se ignoran, abarca todas las posibilidades. No existimos en la mayoría de esos tiempos; en algunos existe usted y no yo: en otros, yo, no usted: en otros, los dos⁸²⁸.

Elegir una alternativa, implica eliminar las otras. A estas transcripciones, añade el colombiano dos proyectos de Borges, planteados en el prólogo –esto es, por fuera de los mismos cuentos–, que dan cuenta del señalado concepto de “posibilidad” que ronda el universo borgeano: una nueva redacción del cuento titulado *Emma Zunz*, escrita no desde la óptica de “la mujer que ajusticia, sino desde el varón que es ajusticiado”, y “ya redactada esa ficción” –referencia de Borges a la narración que da nombre al libro– “he pensado en la conveniencia de amplificar al tiempo y el espacio que abarca”⁸²⁹. Comentarios que muestra la atenta lectura del colombiano, quien fija sus anotaciones en el problema del tiempo, uno de los temas más reveladores del rico manantial borgeano.

Un segundo aspecto de singular significación en la obra de Borges se encuentra para Gutiérrez Girardot en “la sinceridad con que indica el origen de sus argumentos, que revela su concepción de la obra literaria y la tarea del escritor”⁸³⁰, aspecto este último que mencionaremos más adelante. Y dentro de esta sinceridad, un detalle: la “curiosa aparición de la persona misma de Borges, sin que por ello se desvirtúe la ficción”, situación que se registra en las narraciones *El hombre de la esquina rosada* y *La forma de la espada*, en las que el escritor argentino se encuentra instalado como un “personaje” que se “ilumina, como si hubiera estado en la sombra, en el momento en que se escribe o se pronuncia, milagro de la palabra, su apellido”. Sutil interpretación que en virtud de los conceptos filosóficos mencionados, hace que los personajes de sus ficciones –gracias a las “situaciones” en que los ubica y a las “posibilidades” que le brinda– dejen de ser tales para “convertirse en personas con biografía, con vida real; es decir, con historia”. Para el estudiante madrileño, los protagonistas borgeanos “no son creación, sino re-creación de una personalidad en la mente

⁸²⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “Dos temas...”, *loc. cit.* pp. 262-263.

⁸²⁹ *Ibid.* pp. 263.

⁸³⁰ *Ibid.*

del autor; no son producción, sino continuación de una vida”, acertado juicio sobre la autonomía de la obra literaria y sobre la capacidad de Borges, excepcional en el ámbito de las letras hispanoamericanas, para re-crear y dar continuidad a lo humano que ha sido traducido al campo de la literatura, revelando los alcances de la literaria y la misión del escritor. A pesar de la “vestidura cerebral” que caracteriza la obra borgiana –una de las objeciones más frecuentes– no puede llamarse, “abusando de términos ortegianos”, una literatura *deshumanizada*, según se suele afirmar. Para José Antonio Portuondo, Borges pertenece a la generación más reciente de escritores que en su “afán de superar la desilusionadora y angustiosa realidad, se encierran en juegos de abalorios y conceptos”⁸³¹. El “estupendo” crítico cubano tiene para Gutiérrez Girardot “parte de razón”, pues si bien Borges no hace literatura de “carne y hueso”, hace sin embargo literatura “humanística” en todo el sentido de la palabra. Quizá por todo esto, la frase de Portuondo puede interpretarse de otra manera: Borges “pasa por el cernidor de la mente sus re-creaciones, pero al mismo tiempo salta al humanismo”⁸³², lo que no quiere decir, añade, que con ello quiera abandonar la angustiosa realidad circundante. Para nuestro ensayista, la obra de Jorge Luis Borges se encuentra atravesada por la necesidad de “dar continuidad de lo humano, ahora reclamada por Hispanoamérica en todos los órdenes de la vida”. Preocupación que ha dado en Hispanoamérica un “humanista moderno como Pedro Henríquez Ureña y un intento de solución de la crisis de la cultura y del hombre como el humanismo de Alfonso Reyes”⁸³³, otorgando a la figura de Borges un destacado lugar a la vanguardia de nuestra tradición por virtud de una obra de creación profundamente humana.

Esta lectura borgiana –en contravía de la supuesta “inhumanidad” de su obra–, la volveremos a encontrar en su libro *Jorge Luis Borges. Ensayo de interpretación*, escrito cuatro años después (1956), al final de su período de formación en Alemania, durante una breve estancia como becario en el Instituto Ibero-Americano de Gotemburgo (Suecia), en cuya Biblioteca encontraría el material necesario. Debido a problemas con la censura franquista, que eliminó algunos fragmentos, el libro solo aparecería publicado en 1959. Como anota en este trabajo –uno de los primeros en nuestra lengua sobre el escritor

⁸³¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “La muerte y la brújula”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 5 noviembre 1952, p. 4.

⁸³² *Ibid.*

⁸³³ *Ibid.* p. 264.

argentino⁸³⁴, la excesiva lucidez de su obra es el motivo del que se sirve “cierta crítica literaria hispánica” para reprochar a Borges su “intelectualismo” y su “cerebralismo”, pidiendo de él una obra más “humana”, es decir,

una obra que renuncie a la incómoda inteligencia, a las contradicciones, a la dialéctica y al juego, que abandone la crítica como conocimiento para entregarse al sentimiento, a la intuición o a las embriagueces de la pasiones, como si la inteligencia no fuera también una pasión y excluyera la humanidad, en vez de acentuarla [...] La obra de Borges, que se ha tachado de inhumana, es sin embargo la más humana porque contiene el saber del gozo y es la expresión de la lucidez de la inteligencia⁸³⁵.

Las consideraciones que Gutiérrez Girardot introduce en la “Noticia preliminar” de este libro son premonitorias, pues aparecen en un momento en el que Borges, como hemos dicho, no es todavía “nuestro” Borges. Para Gutiérrez Girardot, no solo representa “el resultado final de una evolución literaria, sino también el posible comienzo de una literatura”. Lo demuestra el hecho de que ningún joven narrador hispanoamericano ignora su obra; por el contrario, “difícilmente habrá uno que no delate su fuerte influencia”. Constituye la “clave” de la literatura hispanoamericana, si esta quiere ser *literatura contemporánea*⁸³⁶.

⁸³⁴ “Fue uno de los primeros –escribe José Emilio Pacheco– en darse cuenta de la que significaba Borges y en dedicarle no nada más una reseña ni un artículo sino todo un breve libro: *Jorge Luis Borges. Ensayo de interpretación* (1959)” (José Emilio Pacheco. “Rafael Gutiérrez Girardot. Al centro de su otra orilla” en *Modernismo* (1983). Bogotá: FCE, 2004, p. 11.

⁸³⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. *Jorge Luis Borges. Ensayo de interpretación*. Madrid: Ínsula, 1959, pp. 84 y 120. Señalemos que las últimas líneas citadas fueron suprimidas por la censura franquista. Copiamos el párrafo completo: “La obra de Borges, que se ha tachado de inhumana, es sin embargo la más humana porque contiene el saber del gozo y es la expresión de la lucidez de la inteligencia. Es, en tal sentido, moralismo, y a él cabe aplicar lo que Hugo Friedrich escribe sobre Montaigne: “Se puede considerar como la mayor pobreza de Montaigne, el que nada quiera saber de lo divino en el hombre. Pero la pobreza ha abierto otro reino: la sabiduría de la resignación en lo terrenalmente real y el gozo de que nuestra finitud es lo suficientemente inagotable como para poder fundar la felicidad de la móvil plenitud”. El propósito de abrir ese reino en el que es posible la dicha solo puede realizarse con la negación, esto es, con el uso de la inteligencia, que tiene su elemento en un mundo sin otra ley que la de su propia, penetrante actividad. Es el propósito de *proponer a los hombres la lucidez en una era bajamente romántica*” (*Ibid.*). Por lo demás, el propio Borges, ya se había expresado, en 1928, sobre el tópico reproche a su “inhumanidad”: “El sujeto es casi gramatical y así lo anuncio para aviso de aquellos lectores que han censurado (con intención de amistad) mis gramatiquerías y que solicitan de mí una obra “humana”. Yo podría contestar que lo más humano (esto es, lo menos mineral, vegetal, animal y aun angelical) es precisamente la gramática” (Jorge Luis Borges. “Indagación de la palabra” en *El idioma de los argentinos* (1928). Madrid: Alianza, 2008, p. 11).

⁸³⁶ Para comprender la novedad de este libro de nuestro ensayista, baste citar el comentario del español José Luis Cano, quien aseguraba (todavía en 1964) que a Borges “no se le puede considerar un gran novelista”, anotación que sirve a Jordi Gracia para denunciar un problema más grave y generalizado: “El *lapsus* es revelador de la desorientación, una vez más, incluso del sector más culto de las letras del tiempo con respecto a Hispanoamérica” (Joaquín Marco y Jordi Gracia (eds.). *La llegada de los Bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España (1960-1981)*. Barcelona: Edhasa, 2004, p. 64). Desorientación tan grave, quizá, como la imagen exótica con la que, a partir de la década de los cuarenta, empezó a considerarse – se sigue considerando– la literatura latinoamericana en Alemania, tópico implícitamente cuestionado por el colombiano en su temprano *Ensayo de interpretación*. A este exotismo se debe probablemente que “un

Simultáneo con la publicación de su *Ensayo de interpretación* (1959), Gutiérrez Girardot envía a la revista *Índice* (1960)⁸³⁷ un extenso artículo sobre el escritor argentino, materiales que aparecen en un momento en que Borges “no es todavía el premio de los editores de Formentor junto con Samuel Beckett, pero en cambio *Índice* intenta ser ya una vía de acceso a aquella literatura, sobre todo argentina”⁸³⁸. Dato elocuente que nos aclara el contexto en el que debe leerse la juvenil clarividencia con la que el crítico colombiano anunciaba la decisiva contribución de Borges al panorama de la literatura hispanoamericana y universal. Teniendo a la vista las consideraciones críticas de Emir Rodríguez Monegal, la crítica norteamericana Suzanne Jill Levine ha precisado los alcances de dicha contribución en un artículo titulado “El *boom*: una perspectiva norteamericana”. Aunque la primera latinoamericana en ganar el Premio Nobel de Literatura fue una poeta –Gabriela Mistral (1945), seguida por Pablo Neruda (1971)–, fue sin embargo la nueva ficción la que “lanzó” la literatura latinoamericana al escenario mundial.

El gran avance –escribió Rodríguez Monegal– tuvo lugar en los sesentas y fue marcado por la concesión del Internacional Premio Formentor en 1961 a Jorge Luis Borges (junto con Samuel Beckett). El galardón reflejó y plasmó, en cierta medida, un reconocimiento definitivo de la ficción latinoamericana como movimiento literario de primera clase⁸³⁹.

Como complemento de las palabras de Monegal, la profesora Levine añade los positivos resultados que para la difusión de la obra de Borges en el mundo occidental significó la concesión de este famoso premio. Dos editoriales vanguardistas de New York sacaron casi simultáneamente las primeras ediciones de Borges en inglés, mientras

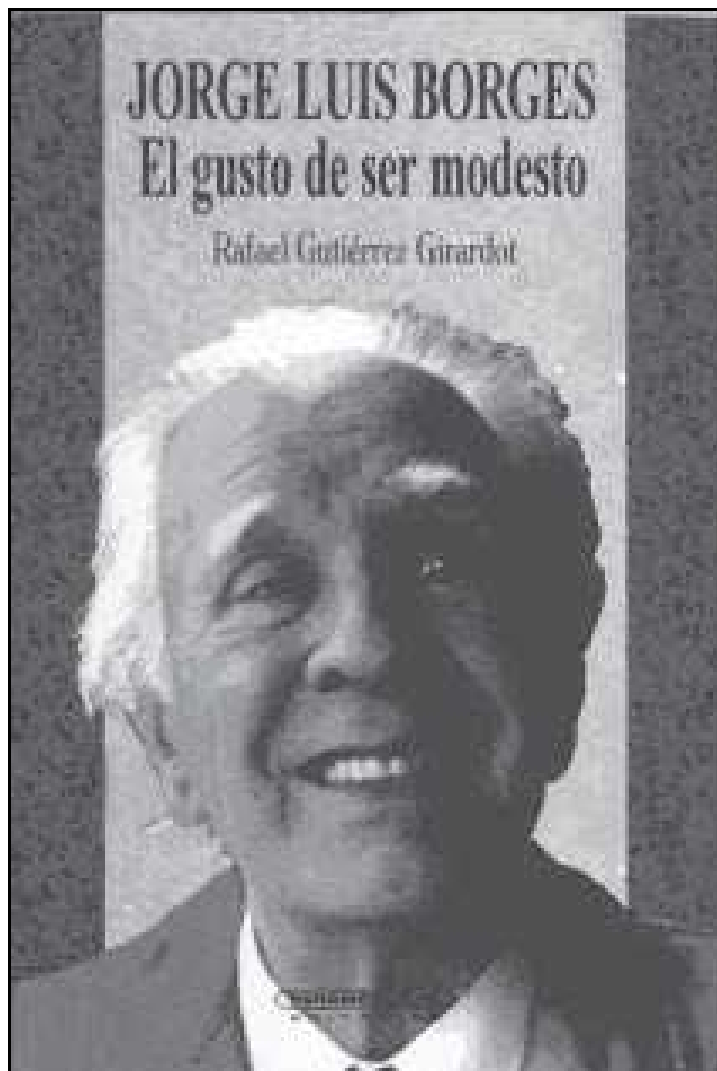
discípulo de Ernst Robert Curtius, Gustav René Hocke, afirmara en su libro *El mundo como laberinto* (1959) que Jorge Luis Borges era un escritor español: no correspondía a la imagen telúrica de Latinoamérica”, imagen construida sobre los tres “clásicos” que se conocían en Alemania: *La vorágine* (1924), *Don Segundo Sombra* (1926), *Doña Bárbara* (1929), y en torno a la cual se elaboraría la “verdadera” expresión del mundo latinoamericano (Rafael Gutiérrez Girardot. “La recepción de la literatura latinoamericana en la República Federal Alemana”. Bonn: *Humboldt* 97, 1989, p. 26).

⁸³⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Jorge Luis Borges. Aspectos de su obra”. Madrid: *Índice* 136, abril 1960, p. 7.

⁸³⁸ Joaquín Marco y Jordi Gracia (eds.). *La llegada de los Bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España (1960-1981)*. Barcelona: Edhasa, 2004, p. 64.

⁸³⁹ Suzanne Jill Levine. “El boom: una perspectiva norteamericana”. Madrid: *Cuadernos Hispanoamericanos* 651-652, septiembre/octubre 2004, p. 13. Premio Formentor (1961-1967). Galardón impulsado por la editorial española Seix Barral con la colaboración de varias editoriales extranjeras y los propietarios del Hotel Formentor (Mallorca). Borges y Beckett fueron los primeros ganadores, a los que siguieron: Uwe Johnson (1962), Carlo Emilio Gadda (1963), Nathalie Sarraute (1964), Saul Bellow (1965), no concedido (1966) y Witold Gombrowicz (1967).

comenzaron a sucederse ediciones de sus obras en Francia y un número especial (1964) de la prestigiosa revista *L'Herne* (París) fue dedicado al maestro argentino⁸⁴⁰.



Rafael Gutiérrez Girardot. *Jorge Luis Borges. El gusto de ser modesto* (1998)

Datos editoriales que complementa con el impacto que para el mundo occidental y muy especialmente para los Estados Unidos tendría la Revolución cubana (1959): “La novela sudamericana adquirió importancia para los lectores norteamericanos porque en 1959, con la revolución cubana, América Latina asumió un papel importante en la política

⁸⁴⁰ *Ibid.* En el monográfico que *L'Herne* dedica a Borges (1964), aparecieron dos ensayos de Gutiérrez Girardot: “Borges en Allemagne” (pp. 205-208) y “Borges, el hacedor” (pp. 245-251), traducidos al francés por J. R. Outin. Entre los colaboradores de este número se encuentran: Alfonso Reyes, Valéry Larbaud, Manuel Mujica Lainez, Ernesto Sábato, Guillermo de Torre, Roger Callois, Roberto Juarroz, Jean Wahl, Ana María Barrenechea, Gérard Genette, André Coyné, Emir Rodríguez Monegal, Paul Benichou, César Fernández Moreno, Daniel Devoto, entre otros.

hemisférica y mundial”. Si la novela es una “historia paralela a la época moderna”, como escribe Levine citando a Milan Kundera, el “escritor de obras de ficción” se había apropiado –en una época como la nuestra, “donde ya no hay narradores omniscientes, donde la historia son cuentos, donde todas las versiones de la realidad son meras versiones”– de las tareas del historiador y del cronista⁸⁴¹.

Bajo el significativo título de “La literatura europea en Hispanoamérica”, el estudiante colombiano publica dos Breves reseñas sobre dos obras publicadas en 1951 por el Fondo de Cultura de México: la traducción –en verso castellano– de Alfonso Reyes de la primera parte de la *Iliada* (“Aquiles agraviado”), “con ilustraciones de Elvira Gascón” y un “delicioso breviario” que expone “una literatura europea casi desconocida en los países de lengua española”: *Las antiguas literaturas germánicas*, segundo libro de Borges reseñado por Gutiérrez Girardot⁸⁴². El trabajo de Alfonso Reyes resulta verdaderamente impresionante: ha vertido los “5.691 hexámetros griegos del original” en “5.763 alejandrinos castellanos”. Además de los datos sobre el despliegue de erudición demostrado por Reyes para su elaboración –problemas que resume en quince puntos (predecesores homéricos, fecha de redacción, procedimientos narrativos, etc.)–, la traducción del maestro mexicano va más allá de un mero ejercicio de despliegue erudito. Su sentido solo puede evaluarse a la luz de la obra del “humanista mexicano: conservar, por medio de la invitación a la lectura, toda obra fundamental de la cultura occidental”. Conservación que no quiere decir simple labor “arqueológica”, sino revelación de la vigencia que los clásicos de Occidente siguen teniendo para el presente y el futuro del continente.

Quien sí viene a exponer una literatura europea “casi desconocida” en los países de lengua española es Borges con *Las antiguas literaturas germánicas*. Escrita en colaboración con Delia Ingenieros, la pequeña obra incluye una antología destinada a que el lector, como señala Borges en el prólogo, conozca los textos directamente, sin la intervención de “juicios ajenos y dictámenes condenatorios que escapan a su control”⁸⁴³. Además del implícito interés de la materia, la obra sigue la evolución de los temas preferidos por el escritor argentino, dándonos una idea clara de una de las características más señaladas del escritor argentino: su magistral erudición, especialmente en el ámbito de las literaturas anglosajonas, cuyas mitologías, leyendas y motivos filosóficos ha sabido aprovechar y vivificar a través de

⁸⁴¹ *Ibid*, p. 11.

⁸⁴² Rafael Gutiérrez Girardot. “La literatura europea en Hispanoamérica”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, pp. 97-99.

⁸⁴³ *Ibid*. p. 98.

sus creaciones. Y no solo en sus creaciones: con fino olfato, el estudiante madrileño percibe en este libro de Borges fragmentos que “parecen pertenecer a algunas de sus narraciones”. De la *Heimskringla*, por ejemplo, cita el siguiente fragmento: “Saxo Gramático, historiador y poeta dinamarqués del siglo XII escribió en su *Gesta Danorum* que a los hombres de Thule (Islandia) les deleita aprender y registrar la historia de todos los pueblos y no les parece menos glorioso publicar las excelencias ajenas que las propias”⁸⁴⁴. Procedimiento que Borges utiliza –invirtiéndolo– en su poema “El enemigo generoso” (*El hacedor*, 1960), que atribuye a unos imaginarios *Anexos a la Heimskringla* (*Anhang zur Heimskringla*, 1893) de un imaginario H. Gering. Especial interés reviste para Gutiérrez Girardot el hecho de que ciertos “excesos metafóricos” que se dieron en el siglo XVII y aún en el XX, fueron “anticipados en Islandia”, referencia de nuestro ensayista a las “menciones enigmáticas o *kenningar*” de la poesía de Islandia, una de las “más frías aberraciones que las historia literarias registran”⁸⁴⁵. La invitación al conocimiento de una literatura desconocida en nuestro medio constituye un claro “testimonio de la creciente inquietud y del afán cada día mayor que siente Hispanoamérica por universalizar su cultura”⁸⁴⁶. Las suscitaciones generadas por estas primeras lecturas producirían su primer resultado a la vuelta de pocos años. Muestra tangible de su capacidad de asimilación y aleccionadora movilidad, libros tempranos como *La imagen de América en Alfonso Reyes* (1955) o *Jorge Luis Borges. Ensayo de interpretación* (1959) son el resultado de un trabajo intelectual sustentado sobre los firmes cimientos de su formación intelectual. En este sentido deben leerse los artículos dedicados a Porfirio Barba Jacob o Tomás Carrasquilla, a la crítica literaria o a la situación de la cultura en Colombia, entre otras anotaciones que estudiaremos a continuación.

Otra muestra del “afán” cosmopolita de la literatura hispanoamericana puede encontrarse en el ensayo “Barba Jacob y el existencialismo”, lectura de Gutiérrez Girardot sobre el poeta colombiano a la luz de la filosofía heideggeriana. Su conocimiento del filósofo alemán, producto de las lecturas y traducciones de algunos de sus textos –ya iniciada durante su etapa de estudios en Colombia–, y de su asistencia a los cursos de Zubiri, permiten al joven estudiante establecer esta aventurada relación. No se trata, por supuesto, de “hacer, por fuerza, existencialista” a Barba Jacob, quien jamás tuvo “intención de pensar,

⁸⁴⁴ *Ibid.* pp. 98-99.

⁸⁴⁵ Jorge Luis Borges. “Las *kenningar*” en *Historia de la eternidad* (1936). Barcelona: Círculo de Lectores, 1975, p. 198.

⁸⁴⁶ Rafael Gutiérrez Girardot. “La literatura europea...”, *loc. cit.* p. 99

sino de poetizar, que es, en última instancia lo mismo”⁸⁴⁷, afirmación que encierra la posibilidad de establecer una iluminación mutua entre la imagen del mundo o cosmovisión (Weltanschauung) “existencial” del poeta colombiano y las indagaciones existencialistas de la reflexión filosófica. Iluminación del ser, cuya

casa es el lenguaje, como escribe Heidegger: “El lenguaje es la casa del ser. En su morada habita el hombre. Los pensadores [Denkenden] y poetas [Dichtenden] son los guardianes de esta morada. Su guarda es la consumación del ser, por cuanto ellos, a través de su decir dan a esta la palabra y la conservan en el lenguaje”.

Las citas, extraídas de la famosa *Carta sobre el humanismo* (*Brief über den Humanismus*, 1949), que él mismo traduce del alemán, ponen de presente el esfuerzo por dar al difícil lenguaje heideggeriano la máxima precisión conceptual, como lo demuestra su anotación sobre los citados *pensadores y poetas*, o como “más precisamente escribe Heidegger, los pensantes y los poetizantes”, términos inusuales –tanto en alemán como en español–, con los que Heidegger busca nombrar el hacer propio y originario del sujeto que piensa y del poeta. ¿Qué es aquel “consumar”? pregunta Gutiérrez Girardot. Para Heidegger, el pensar “lleva a cabo” (“consume”) la relación del ser con la esencia del hombre. El pensar llevar a cabo lo que ya es, y lo que “ante todo *es* es el ser”. En el pensar “el ser llega al lenguaje”. El que piensa y el que poetiza, pensador y poeta, lleva a su plenitud la relación del ser con el lenguaje.

Con estos presupuestos conceptuales, ¿qué analogía existe para nuestro ensayista entre Heidegger y Barba Jacob? Dejando de lado las arduas precisiones conceptuales del lenguaje heideggeriano, puede destacarse la “iluminación”, el “descubrimiento del ser” que llevan a cabo tanto el filósofo como el poeta. O lo que es lo mismo, descubrimiento de la “verdad del ser”, lo que en última instancia significa la “esencia de la verdad”. Esencia que Gutiérrez Girardot traduce, en el plano de la existencia –de aquí el nombre de existencialismo–, como “salir a la verdad del ser”, punto de partida de la filosofía heideggerina y en cierta forma, también, punto de partida de Barba Jacob, posturas que a renglón seguido pasa a precisar en cada uno de ellos, si bien de la “explicación” de Heidegger, como hicimos antes, solo extractamos la síntesis final a la que arriba nuestro ensayista: el “punto de partida del filosofar heideggeriano es, pues, el *estar en-algo* [...] En

⁸⁴⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Barba Jacob y el existencialismo”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 20 mayo 1951, p. 1.

suma: el punto de partida heideggeriano es el *estar tratando de ser* (Zubiri)⁸⁴⁸, como traduce su maestro español.

Ahora bien, si la aproximación al filósofo alemán exige la explicación de sus arduos conceptos filosóficos, para abordar a Barba Jacob basta a Gutiérrez Girardot citar un fragmento de su libro en prosa *La Divina Tragedia*, especialmente aquella frase inicial: “*Vivir es esforzarse*”, a la que siguen estas entusiastas palabras: “Yo he sido el esfuerzo de la intuición anhelante, sin desfallecimientos, semirrevelado, semivelado, que ora se exalta, ora desconfía de sí mismo, viajero del llano al alcor, del alcor a la montaña”. “*Vivir es esforzarse*”: esta es la “clave” de la vida y de la obra del poeta colombiano, vida en peregrinación constantes, en una búsqueda apasionada, quemando en el “fuego endemoniado de su peripecia vital” una existencia empeñada en el esfuerzo por “tratar de ser”, por “estar en algo”. Sus constantes peregrinajes por Centroamérica –Guatemala, Honduras, Costa Rica, El Salvador, Cuba y México– no son meros desplazamientos de afán aventurero: son la búsqueda de un “estar en algo”, estar existencial que nuestro ensayista resume como un “estar en su obra, en el descubrimiento de su ser y en la intuición del ser de América”⁸⁴⁹, referencia a su amado continente, pues “a pesar del zig-zag que dejo en el mapa –escribe el poeta–, mis pasos en América están señalados por más de una obra seria, cuya organización y persistencia pregonan un propósito coherente, una voluntad firme”, confesión en la que Gutiérrez Girardot cree percibir el esfuerzo de Barba Jacob por “salir a la verdad del ser”, traduciendo sus palabras al lenguaje de la filosofía heideggeriana.

A este punto de partida volverá Barba Jacob con invariable insistencia. Escribe en su libro *Claves*: “encontrar en el YO EXISTO el punto de partida, la realidad en torno de la cual es únicamente posible una explicación del universo interior y del universo exterior”, en cuyas “desafiantes mayúsculas” se encuentra para Gutiérrez Girardot el hecho mismo del cual no es posible escapar. De este “yo existo” –“realidad radical” del pensamiento orteguiano, *Dasein* para Heidegger, “esforzarse” para Barba Jacob– emerge la “problemática del ser” para el pensador y el poeta, guardianes de la morada del ser y del lenguaje, cuyo preguntar radical los lleva por vías paralelas aunque por caminos distintos: para Heidegger, el aparentemente seco análisis fenomenológico del *Dasein*, del “estar-en-algo”. Para Barba Jacob, el primer ademán orgulloso de un abrir la puerta para aventurarse en la morada del ser. Es el pórtico de *Antorchas contra el viento*, de su poema “Síntesis”:

⁸⁴⁸ *Ibid.* p. 1.

⁸⁴⁹ *Ibid.*

Yo fuere, yo exaltado, yo anhelante,
opreso en la urna del día,
engreído en mi corazón,
ebrio en mi fantasía,
y la Eternidad adelante...
adelante...
adelante...

Los conceptos filosóficos del lenguaje heideggeriano, por el contrario, son oscuros, inaprensibles, rebeldes. “Su morada es hostil” y solo aproximadamente, “como en éxtasis místico”, llegaremos a él. Vertiente esta última que Gutiérrez Girardot encuentra confirmada en García Bacca, quien dice del pensamiento heideggeriano que “va por vías poéticas” y en José L. Aranguren quien afirma encontrar en Heidegger una voz “mística”, al estilo de San Juan de la Cruz. Escribe Heidegger en el epígrafe de *Holzwege*:

Leño (Holz) dice un viejo nombre para el bosque. En el bosquecillo (Holz) terminan caminos, que la mayor parte de las veces crecen juntándose caprichosamente en pasos no trillados. Se llaman vericuetos (Holzwege: caminillos del bosque). Todos siguen el curso separadamente pero en el mismo bosque. Muchas veces parece el uno igual al otro. Sin embargo solo parece. Los leñadores y los guardabosques conocen el camino. Ellos saben lo que significa estar en un vericuetos (*Holzwege*. V. Klostermann, Frankfurt. 1950)⁸⁵⁰.

“Vericuetos” que nuestro ensayista define como los “tanteos y aproximaciones” a la morada del ser, que Heidegger transcribe aquí en clave “mística”, permitiendo al difícil lenguaje filosófico –por un instante y en virtud del lenguaje metafórico– una hermosa aproximación al decir del poeta. Ambos, si bien cada uno desde su particular despliegue verbal, apuntan al problema central: el problema de la verdad, pero no de la verdad del ser en sí, sino de la “verdad de la revelación del ser”. Ambos, el filósofo y el poeta, lo hace: ellos garantizan al hombre el más seguro acceso a la morada del ser.

Como escribe nuestro estudiante, la “arriesgada y no sé si muy clara o muy forzada, pero honesta”⁸⁵¹ comparación entre Heidegger y Barba Jacob debe leerse como su entusiasta respuesta al compartido anhelo “que toma hoy nuestro continente” por ubicarse en la órbita del movimiento europeo. Sabe que toda posible relación entre el poeta y el filósofo se encuentra en la claridad de su exposición en torno a los presupuestos de la filosofía heideggeriana, cuyo “oscuro” y difícil lenguaje se convierte en un obstáculo considerable para la gran mayoría de sus lectores. Su apuesta es arriesgada desde el comienzo mismo y

⁸⁵⁰ *Ibid.* p. 3.

⁸⁵¹ *Ibid.*

sin embargo la emprende con un entusiasmo juvenil que se encuentra justificado en el señalado esfuerzo compartido por alcanzar nuestra “incorporación” al devenir del pensamiento moderno.

Siempre atento a las últimas novedades, Gutiérrez Girardot dedica una reseña a “*Las Obras completas* de Tomas Carrasquilla”, que la editorial española Epesa (Ediciones y Publicaciones Españolas) publica en 1952 con un prólogo del hispanista español Federico de Onís, a su juicio el único estudio emprendido hasta la fecha con un “criterio moderno”. Onís es considerado, junto con el crítico británico David Arthur Thompson, como los verdaderos “descubridores” de Tomás Carrasquilla, al que sitúan como uno de los “precursores” de la novela moderna hispanoamericana. “El escritor antioqueño, tan escasamente difundido fue hasta hace poco clasificado en el grupo de los costumbristas por los historiadores de la literatura colombiana”⁸⁵², debido en buena medida a que su obra se encuentra dedicada a la vida de su provincia natal (Antioquia) y al uso de los llamados “regionalismos”, muchos de los cuales, a causa del aislamiento de esta región montañosa, no son otra cosa que supervivencias del castellano viejo y desusado en España⁸⁵³. Todo esto ha ocultado al crítico inexperto la verdadera “dimensión universal de su obra”. Más allá de sus característicos personajes –párrocos aldeanos, señoras provincianas, mineros y negros sirvientes–; más allá del “estilo campechano” y coloquial; más allá de su gozosa picardía, el secreto de Carrasquilla radica en el humor, en la perenne alegría

que corre por todas las páginas de sus novelas, que protege la devota obesidad de la marquesa de Yolombó [*La marquesa de Yolombó*], que adorna como una enredadera la actividad de Cantalicia [*Hace tiempos*], que es sabia malicia en Peralta [“A la diestra de Dios Padre”] y exaltación franciscana en Dimitas Arias [*Dimitas Arias*]. Es el secreto de la profunda humanidad de Carrasquilla y de la universalidad de sus criaturas, condenadas por tantos al limbo del regionalismo literario⁸⁵⁴.

Todos estos entrañables personajes conservan también el “optimismo luminoso” de quienes sienten aún un hondo apego por las cosas viejas de su tierra, arraigo que Gutiérrez Girardot interpreta como perteneciente a una “época burguesa sana, saludablemente sencilla

⁸⁵² Rafael Gutiérrez Girardot. “Las obras completas de Tomas Carrasquilla”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, pp. 105.

⁸⁵³ Juicio que nos recuerda las palabras que Unamuno escribiera sobre el *Martín Fierro*, en cuyo lenguaje pudo percibir “un eco de nuestra España del siglo XII [...] el soplo de nuestro *viejo cantar del Mío Cid*, de nuestros primitivos romancesos [...] Por las venas de Juan Moreira o de Martín Fierro corre la sangre bravía de nuestros aventureros de la Reconquista” (Miguel de Unamuno. “Letras hispanoamericanas (1894-1924)” en *Obra Completa*, tomo VIII. Barcelona: Vergara S.A., 1961, pp. 71, 82 y 90).

⁸⁵⁴ Jorge Zalamea. “Tomas Carrasquilla y la literatura colombiana” en *Literatura, política y arte*. Bogotá: ICC, 1982, p. 697.

y hasta ciega”⁸⁵⁵, tiempos que “no han participado angustiosamente de las crisis y problemas planteados por el mundo actual”, temprana interpretación en clave “sociológica” que se convertiría, más adelante, en una de sus contribuciones más enriquecedoras de Gutiérrez Girardot a la crítica hispanoamericana. Por su apego a su propio paisaje, a la tierra y a sus hombres –tiene Carrasquilla “la virtud de no ir a buscar en la literatura extranjera su semilla”– el escritor antioqueño se encuentra para Gutiérrez Girardot casi emparentado con los escritores de la generación del 98⁸⁵⁶. Los diferencia, sin embargo, la actitud crítica del colombiano, en cuyo jovial y despreocupado “humorismo” –en contravía de la gravedad de los españoles– se encuentra el motivo por el cual, a su juicio, la obra de Carrasquilla no ha tenido “consecuencias reformadoras”, nueva interpretación sociológica que atribuye al hecho de que justo en el momento en que la novela moderna estaba en su apogeo, Carrasquilla “siguió encerrado en su provincia, sin más horizonte que el que le ofrecía a sus ojos el límite de la montaña”, juicio que de inmediato matiza al afirmar que pese a este “provincianismo”, Carrasquilla hace universales a todos aquellos personajes que desfilan en sus novelas. Ambigüedad (aparente) que define las constitutivas “antinomias” que caracterizan, para la crítica Jean Franco, el particular devenir de nuestra historia literaria, donde la tradición literaria de origen europeo, “con sus alternativas de atracción y de rechazo respecto a lo popular, se manifiesta en las antinomias de provincialismo y cosmopolitismo, barbarie y civilización, lo indígena y lo europeo”⁸⁵⁷. Polaridades a las que debe sumarse el señalado problema de la clasificación de “costumbrista” o “regionalista” con las que solía designarse –se sigue designando aún– a Carrasquilla, pero que entonces empezaban a ser sustituidas por la de escritor “realista”⁸⁵⁸ o “modernista”, movimiento en el que lo incluye el crítico colombiano Baldomero Sanín Cano⁸⁵⁹. Lúcidamente señala Ángel Rama que la dificultad para clasificar la obra de Carrasquilla se encuentra ligada a la producción misma del novelista antioqueño, cuya primera novela, *Frutos de mi tierra* (1896), aparece publicada el

⁸⁵⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Las obras completas...”, *loc. cit.* p. 106.

⁸⁵⁶ David A. Thompson, por el contrario, anota que su gusto de releer a Carrasquilla coincide con su deseo de “hojear de nuevo los libros de Charles Dickens”. Esta aproximación le permitió descubrir que “lo que le hizo amar las obras del escritor antioqueño fue, antes que nada, su humorismo” (Jorge Zalamea. “Tomas Carrasquilla...”, *loc. cit.* p. 696).

⁸⁵⁷ Jean Franco. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Barcelona: Ariel, 1993, p. 11.

⁸⁵⁸ En *Las corrientes literarias de la América Hispánica*, Pedro Henríquez Ureña solo lo menciona una vez –en una nota– como exponente de la “novela realista”. Arturo Torres-Rioseco, quien cita las novelas *Frutos de mi tierra* (1896) y su “obra maestra”, *La marquesa de Yolombó* (1928), lo llama “secuaz de las tendencias literarias españolas”. Por su crítica de la sociedad colombiana aparece como “miembro de la escuela galdosiana” (Arturo Torres-Rioseco. *La gran literatura...*”, *op. cit.* p. 199)

⁸⁵⁹ Baldomero Sanín Cano. *Letras colombianas* (1944). Medellín: Universidad EAFIT, 1984, pp. 187-191.

año de la muerte de José Asunción Silva, “por lo tanto del ya establecido esplendor del *modernismo* literario”. Por el contrario, su última gran novela, *La marquesa de Yolombó* (1926), es “estrictamente contemporánea” de *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes. Se podría decir, como anota Rama, que “su carrera literaria completa es un anacronismo, si no fuera que hay dudas fundadas sobre el manejo peyorativo de este término y hay certezas sobre su inadecuación para medir la literatura hispanoamericana”. Problema que a su vez encuentra vinculado a los “cultores de la historia lineal”, quienes han fracasado en sus discursos interpretativos porque “no quisieron ver la superposición de tiempos, de culturas, de estratos, que caracterizan a la América Latina”, y que imponen a la historiografía literaria hispanoamericana el uso de otros instrumentos para organizar el discurso crítico. “El costumbrismo, el realismo, el criollismo, el regionalismo, no son anteriores o posteriores al *modernismo*, sino contemporáneos”, toda vez que traducen la variedad cultural del continente en un mismo período.

Esta pluralidad de culturas simultáneas, como no han dejado de subrayar los antropólogos, jamás puede medirse por su ubicación ideal en una única línea de desarrollo, mediante un encadenamiento lógico-temporal que hace de un estadio cultural el antecedente de otro, sino por su interior especificidad. Su legitimidad deriva de su propia coherencia⁸⁶⁰.

Resulta evidente que cualquier aproximación al “caso” Carrasquilla exigía –exige aún– no solo un amplio conocimiento del desarrollo de la literatura hispanoamericana; exige, además, un sólido y fino olfato crítico. A las dificultades para describir adecuadamente la “especificidad” y “coherencia” de la obra del escritor antioqueño a la luz de las problemáticas señaladas por Jean Franco y Ángel Rama, se sumaba la escasa difusión –y la consecuente escasez de estudios críticos– de una obra condenada “por tantos” al mencionado “limbo” del regionalismo literario. La breve noticia de Gutiérrez Girardot sobre la publicación de las *Obras completas* de Carrasquilla por una editorial española –novedad bibliográfica que registra el mismo año de su aparición (1952)–, no solo se constituye en una prueba más de su atenta curiosidad intelectual; su acertado juicio literario demostraba, además, las latentes dotes intelectuales que ocho años después, en 1960, le permitirían escribir un ensayo titulado “Cómo leer a Tomás Carrasquilla” (1960), ejercicio crítico en el que dejando de lado la estéril discusión sobre la clasificación “genérica” del escritor antioqueño, se concentra en lo más importante: el “rico contenido literario y la forma

⁸⁶⁰ Ángel Rama. “Autonomía literaria americana” (1983) en *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Ayacucho, 1985, p. 79-80.

artística de sus obras”. Sin embargo, y puesto en la tarea metodológica de una “clasificación” aproximativa –que se diluye cuando el cometido “metodológico” es la respuesta a “cómo leer a Carrasquilla”: a la luz del contexto de la literatura europea–, Gutiérrez Girardot emprende el análisis del “regionalista” Carrasquilla bajo la óptica del marcado “regionalismo” de

Tomás Mann, cuyas novelas de la primera época, la más famosa entre ellas, *Los Buddenbrooks*, está hecha con el material de su región, más aún, de su ciudad natal, Lübeck; más aún: de una clase social de su ciudad. Regionalista sería, también, un Robert Musil, quien tomó, como material de sus novelas, tanto de la primera, *Las confusiones del pupilo Törless*, como de la más importante de la literatura alemana actual, *El hombre sin propiedades*, su ciudad natal, Viena; más aún: una clase social de Viena. Regionalista sería también el gran novelista austríaco Heimito von Doderer en todas sus novelas, que tienen por material su ciudad natal, Viena, y acontecimientos precisos, reales, regionales de Viena en un determinado período de su historia⁸⁶¹.

No es el momento de entrar en el estudio de este ensayo. Baste decir que las citadas “comparaciones” constituyen uno de los procedimientos críticos más característicos de su modalidad ensayística. Según sus propias palabras, dichos “paralelos no pretenden restar originalidad al autor; antes por el contrario, buscan situarlo en el horizonte contemporáneo y poner de relieve su singularidad”⁸⁶², modalidad que alcanza su más óptimo resultado en un libro como *Modernismo* (1983), implícita lección de una mirada abierta capaz de situar nuestras producciones en su justo y adecuado contexto: el universo.

Dos breves artículos dedicó el estudiante madrileño a la crítica y a los críticos literarios. “Crítica con moldes”, el primero de ellos, es una breve nota al “comentario crítico” que Mario Benedetti publicó en la revista uruguaya *Número*, sobre *La colmena* (1951) de Camilo José Cela. No comprende nuestro estudiante el acento puesto por “Don Benedetti” –como lo llama con clara intención burlesca– a la “nacionalidad” del novelista español o a una circunstancia tan poco literaria como su “filiación política, raíz última de la cualidad de una obra literaria”⁸⁶³ para ciertos críticos literarios como “aquel” redactor de *Les temps modernes*, velada alusión a Jean Paul Sartre, a quien, como hemos visto, nuestro ensayista ya atacaba durante su período de estudios en Bogotá. Los comentarios del texto

⁸⁶¹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Cómo leer a Tomás Carrasquilla”. Bogotá: *Lecturas dominicales*, El Tiempo, 31 julio 1960, p. 1.

⁸⁶² Rafael Gutiérrez Girardot. “Una tentativa de ‘historia social’ en Colombia”. Bogotá: *Lecturas dominicales*, El Tiempo, 27 enero 1963, p. 6.

⁸⁶³ Rafael Gutiérrez Girardot. “Crítica con moldes”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 25, enero 1952, p. 124.

van dirigidos contra el carácter “extraliterario” de esta crítica con moldes, confeccionada convenientemente “como un preparado farmacéutico”, cuyos ingredientes consisten en clichés como “mensajes”, “estructuras”, “problemática humana”, “tensiones”, etc., etc. La novela de Cela contiene valores más hondos: dominio del lenguaje, “materia prima y primerísima con que –así nos parece– trabajan los escritores”. Obra literaria en último término, la función de la crítica debería ser “juzgar literariamente una obra literaria”, cometido que resume la verdadera intención del texto del estudiante colombiano, una abierta defensa de la autonomía literaria frente a cualquier intrusión extraña en sus dominios, pues “por encima de la política contingente está la obra literaria”, y por encima de los “compartimientos políticos” están los valores de la cultura⁸⁶⁴.

El artículo titulado “Sobre Guillermo Valencia”, segundo de los textos dedicados a la crítica literaria, es un comentario de Gutiérrez Girardot al Prólogo de Rafael Maya a una antología de la obra del poeta colombiano. En el mismo sentido, pero desde una perspectiva opuesta, constituye una señal de un “clima de crítica literaria objetiva que en Colombia y en general en Hispanoamérica ha venido pidiéndose hace ya tiempo, sin que hasta ahora se hayan resuelto a darle actualidad”⁸⁶⁵. A pesar de las justas y serenas anotaciones en torno al “mito” de Valencia, el citado prólogo –que ha provocado “no pocas protestas” y airadas respuestas–, no fue publicado debido a la negativa de los familiares del poeta, reacción que en sí misma ayuda a explicar la inexistencia de una crítica literaria “objetiva”, debida –en parte– a los múltiples compromisos (amistosos, familiares, políticos, etc.) a los que debe enfrentarse quien pretenda hacer una crítica semejante. En clave humorística, Baldomero Sanín Cano escribió que para ejercer la profesión de crítico literario en Colombia, era necesario aprender, “antes que literatura o filosofía, un poco de esgrima y manejo de armas de fuego”⁸⁶⁶.

Varias objeciones plantea Rafael Maya al célebre poeta, la primera dirigida a su aureola pública y a las repercusiones de su paso por la historia colombiana. A pesar de su vigencia social y de su probada ortodoxia política y religiosa, Valencia no dejó una “huella profunda en la política nacional, ni legó a su partido o a la República el beneficio de una reforma fundamental, ni siquiera de una página doctrinaria de valor perdurable”. Dicha

⁸⁶⁴ *Ibid.* p. 125.

⁸⁶⁵ Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre Guillermo Valencia”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 37, enero 1953, p. 77.

⁸⁶⁶ Juan Gustavo Cobo Borda. “Sanín Cano: el oficio de lector” en *Escritos. Baldomero Sanín Cano*. Bogotá: ICC, 1977, p. 21.

exigencia tiene para el estudiante madrileño una justificación, pues de Valencia, aparte de su obra poética, “solo queda un recuerdo y no pocas anécdotas”. La causa de su “escasa actualidad” se debe, como escribe Maya, a que Valencia “supo crearse su propio mito en vida” con el objeto de acrecentar su prestigio y su poder. Parte de este “mito” y del consecuente incremento de su celebridad, lo constituye la “leyenda de su humanismo” –otra de sus objeciones–, faceta que no encuentra respaldo en una obra que lo sitúe al lado de los grandes humanistas colombianos, como Caro, Cuervo o Suárez. Su “prodigiosa memoria” le permitía recitar páginas enteras de autores de lenguas vivas y muertas, pero en realidad, “solo conocía a fondo más que el francés”⁸⁶⁷. Objeciones sobre las que Gutiérrez Girardot ahondará posteriormente a partir del concepto de “cultura de viñeta”, expresión con la que describe las pretensiones de una “sociedad señorial” que convierte su “humanismo de sacristía y escuela” en una “estética de la dominación, es decir, una estética que al considerar la *viñeta* y sus supuestos como un valor superior social, legitima la dominación”. Valencia aparece para el crítico colombiano como el más alto representante de esta expresión “estética”, modalidad de la que supo servirse la clase señorial reinante para legitimar una posición cultural que “no es otra cosa, al cabo, que la trivialización de la cultura”⁸⁶⁸. Algo similar a lo planteado por Rafael Maya, si bien con menor densidad sociológica, en su vetado prólogo, donde afirma, con fina y precisa ironía, que antes que un humanista Valencia debe ponerse al lado de los “grandes conversadores”.

Con relación a su obra poética, Rafael Maya ve en Valencia un poeta “parnasiano”, bien que sus planteamientos históricos y sociales lo apartan del parnasianismo “concebido como pura estética formal”. Poesía puramente “cerebral”, de su obra van a desprenderse “todas las corriente espirituales de los últimos treinta años del siglo pasado”. Para el prologuista, Guillermo Valencia aparece como el “símbolo” de un momento histórico. Como escribe Gutiérrez Girardot, las objeciones de Maya implican un severo juicio sobre la sociedad colombiana y la historia cultural de aquella época. Acusación que de nuevo veremos en el citado ensayo de Gutiérrez Girardot, donde Valencia aparece bajo el signo que marcan los inicios de la literatura colombiana en el siglo XX: el signo de la “simulación”. “En la viñeta que dibujó Valencia y que veneraron sus admiradores aparece el Maestro con rasgos realmente inverosímiles: los de Goethe y los de Nietzsche, con los rasgos que inventó

⁸⁶⁷ Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre Guillermo...”, *loc. cit.* p. 78.

⁸⁶⁸ Rafael Gutiérrez Girardot. “La literatura colombiana en el siglo XX” en *Manual de historia de Colombia*, tomo III. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1984, pp. 451-452.

la leyenda provinciana de Guillermo Valencia, y que nada tiene que ver con estas figuras históricas”⁸⁶⁹. Su influencia fue “considerable” y su culto, concluye, parece no tener fin.

⁸⁶⁹ Rafael Gutiérrez Girardot. “Sobre Guillermo...”, *loc. cit.* pp. 78-79.

CONCLUSIONES

La presente investigación sobre los años de formación del ensayista colombiano Rafael Gutiérrez Girardot (1928-1953) constituye una inédita perspectiva de estudio. Dirigida al ámbito de su formación en lengua española, acomete un juicioso acercamiento a las experiencias vitales e intelectuales de los años transcurridos en Colombia y posteriormente en España, hasta su salida para Alemania a finales de 1953. Período caracterizado por las tensiones generadas entre su constitutivo arraigo a la tradición hispana y sus esfuerzos de apropiación del pensamiento moderno, su breve pero intenso transcurso se encuentra estrechamente vinculado al consenso de afirmación americanista transcurrido entre las décadas del 20 al 50, telón de fondo sobre el que se perfila el acontecimiento capital de sus años estudiantiles: el “descubrimiento” –en España– de su propia tradición hispanoamericana.

Sus años de formación en Colombia –desde su nacimiento hasta su salida para la capital española– constituye el presupuesto que posibilitaría la recepción de este rico legado hispanoamericano. Si el ambiente social y cultural en el que transcurre la infancia y primera juventud de nuestro ensayista aparece marcado por una fuerte influencia religiosa, sus años universitarios en Bogotá aparecen inmersos en un contexto marcado por las fuertes polarizaciones ideológicas que enfrentarían uno de los momentos más conflictivos de la historia social y política del país, las tentativas de modernización emprendidas por el liberalismo a la férrea contraofensiva reaccionaria interpuesta por el partido conservador. Tensiones que en el ámbito académico encontrarían su expresión en los opuestos idearios recibidos en las dos instituciones en las que cursaría su estudios universitarios: de derecho en el Colegio Mayor del Rosario –bastión del pensamiento conservador colombiano–, y de filosofía en la recién creada Facultad de filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Colombia –empeñada en la introducción de la filosofía y el pensamiento modernos en la Colombia de mediados del siglo XX–, empuje modernizador que encontraría un límite a sus posibilidades menos en la señalada contraofensiva reaccionaria que en el visceral arraigo a la tradición española que posibilitaría a una sociedad provinciana y tradicionalista como la colombiana absorber el secular reaccionarismo hispánico en virtud de las “homologías” de las condiciones sociales, políticas y culturales que permiten al influido la recepción de las

ideas del influyente –por las similitudes entre aquellas condiciones estructurales–, sin las cuales no hay “influencia” posible.

Desde esta perspectiva, la inicial y entusiasta adhesión del joven Gutiérrez Girardot a la idea de *Hispanidad* constituye una experiencia determinante de su aventura formativa. Expresión plena de su fidelidad a un ideario tradicionalista del que tomaría, más allá de sus contenidos políticos, su fe en la capacidad salvadora de la cristiandad, constituye una de las vías de acceso hacia la plena comprensión de la propia realidad espiritual y su corolario: la posibilidad de superar reflexivamente una concepción encargada de sofocar en los países de lengua española el acceso a una modernidad difícilmente conquistada. No podía el joven Gutiérrez Girardot escapar a las implícitas contradicciones de esta “modernización parcial”, experiencia que habría de determinar el lento y contradictorio proceso de modernización que acompaña la historia de Colombia durante el siglo XX y que habría de manifestarse en su primera producción escrita. Educado bajo la tutela de una larga e inamovible tradición pero abocado por la coyuntura de los tiempos a cuestionar los cimientos que sustentaban la fisonomía espiritual e ideológica de la nación, sus primeros trabajos reflejarán estas mismas contradicciones, las oscilaciones ideológicas entre el marcado carácter reaccionario que caracteriza algunos de ellos y la abierta curiosidad intelectual, tempranamente moderna y cosmopolita, y abierta a una concepción autónoma del pensamiento que orienta otros trabajos.

Que Ortega y Gasset aparezca como el modelo y paradigma de una buena parte de su producción escrita en Colombia, nos ayuda a comprender el campo de fuerzas en las que comenzarían a moverse sus iniciales incursiones en el campo de la filosofía moderna a través de un Ortega entrañablemente “hispanico” pero abierto a los vientos modernizadores encarnados en sus tareas de difusión del pensamiento moderno –especialmente alemán– en el ámbito del pensamiento en lengua española. Su obra representó para el ensayista colombiano la mejor posibilidad para comprender, desde el ámbito de la filosofía, uno de los fundamentos de nuestra herencia hispano-católica: el secular enfrentamiento entre esta herencia secular y el anhelo de participación en las conquistas del pensamiento moderno. En contraste con la incuestionable admiración del estudiante colombiano por el pensamiento de Zubiri, la creciente ambigüedad que preside su trato con Ortega nos permite asignar al período colombiano de Gutiérrez Girardot –simbolizado en su célebre figura– una función dialéctica dentro del conjunto de su trabajo intelectual, función que encontrará en sus posteriores y despiadados ataques a su trabajo intelectual aquel “trabajo de lo negativo” que

se constituye en la esencia misma de un movimiento dialéctico, que el mismo Gutiérrez Girardot define como “el proceso de negación recíproca y la implícita trascendencia de lo negado”, proceso que “corre paralelo al conflicto de autoescisión y autoconciliación permanentes”. Que muy pronto Ortega pasara a representar aquella modalidad de pensamiento que polémicamente llamaría el “arte de la simulación majestuosa” –que haría extensiva al ámbito entero del pensamiento en lengua española–, estaría demostrando la decisiva importancia que el período de formación en Colombia tendría para la fundamentación y consolidación intelectual de nuestro joven estudiante.

Los años de formación en Colombia de Rafael Gutiérrez Girardot aparecen inmersos en la misma coyuntura de *modernización parcial* experimentada por las sociedades hispanoamericanas durante la primera mitad del siglo XX. Las constitutivas ambigüedades y “contradicciones” que caracterizan el material publicado por el joven estudiante durante esta etapa no fueron exclusivamente suyas, fueron propias de un período (de transición) que por encima del estrecho horizonte tradicionalista lentamente empezaba a ponerse a la altura de las exigencias de modernización imperantes en las nuevas sociedades globales y capitalistas. Y si bien puede dirigirse un “reproche” a su inicial fidelidad al ideario hispano-católico en que fuera educado, solo puede hacerse bajo la condición de no ignorar su temprana curiosidad y su abierta disposición hacia los desarrollos del pensamiento moderno, experiencia de formación universitaria que estimularía su decisión de marchar a Europa.

La experiencia de Gutiérrez Girardot en España atesora uno de los acontecimientos capitales de sus años de formación: el descubrimiento de Alfonso Reyes, figura tutelar que representó el encuentro con su vocación por Hispanoamérica. Surgía de este modo, en estrecha comunión con su entraña hispánica y con su temprana inclinación por el pensamiento alemán, una desconocida tradición de la que muy pronto extraería la mejor posibilidad para el hallazgo de una expresión propia y genuina.

En el Colegio Guadalupe de Madrid, a donde llega becado por el Instituto de Cultura Hispánica, el joven estudiante colombiano encontró el ambiente y las amistades intelectuales con aquellos hispanoamericanos que muy pronto lo conducirían al descubrimiento de los hombres y de las ideas sobre los cuales edificaría una comprensión crítica del devenir del continente y su relación con la herencia europea. En Madrid continúa sus estudios de filosofía con Zubiri –otro de los centros de gravedad de Gutiérrez Girardot durante su período de formación en España–, lecciones excepcionales en las que más que filosofía, aprendería algo más esencial: a filosofar. Aprendizaje al que se suman los estudios de

sociología cursados en el Instituto de Estudios Políticos, conformando de este modo – siempre a la luz de su estrecha relación vital con la concepción hispánica de la vida– los presupuestos conceptuales y reflexivos para la recepción del pensamiento moderno.

Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Jorge Luis Borges –para mencionar solo los principales– se constituyeron en el vínculo que ligaría al joven estudiante a una larga tradición iniciada en los albores de la Independencia por Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento y José Martí en el siglo pasado y continuada posteriormente por Rubén Darío, José Enrique Rodó y Mariano Picón Salas, entre otros. Maestros tutelares, los tres representaron la culminación expresiva del consenso de afirmación americanista de las décadas del 20 al 50, contexto en el que se inscribe sus años de formación en Colombia y España. Afortunada coyuntura histórica que le permitiría desde muy pronto y con plena consciencia sumarse a la línea de sucesión de una prestigiosa tradición de la extraería la unidad y coherencia que caracteriza su trabajo ensayístico. Los tres forjarían el talante vital e intelectual del joven colombiano, atándolo a una tradición a la que vitalmente pertenecía y modelando la actitud de un *ethos* intelectual caracterizado por una noción “humanista” del conocimiento como servicio público, *inclinación* civil y moral de transmitir sus conocimientos.

Esta *inclinación* recorre su concepción del ensayo como vehículo ideal para la praxis social y política, debido en buena medida a la plasticidad expresiva de un género que admite la fusión de imágenes y conceptualizaciones. Desde una perspectiva amplia, los textos escritos por el estudiante colombiano se encuentran motivados por la certeza de que sus resultados pueden contribuir a dar validez política a las reflexiones en torno a la formación de nuestra conciencia histórica. Su amplia comprensión de las tensiones que tanto hacia el interior como hacia el exterior del continente configuran la búsqueda de una autodefinición propia y genuina, orientan su producción escrita en suelo español. Quizá porque representan sus primeras tentativas de aproximación, los artículos enfocados al “interior” son más numerosos. Puede afirmarse que ya contienen –*in nuce*– las problemáticas que habrían de orientar su trabajo posterior: el problema de la Universidad y sus relaciones con la sociedad; su interés por la historia y la historiografía literaria hispanoamericana; el tema de la política y de la unidad hispanoamericana como promesa de una utópica “Patria de la justicia” y el tema de nuestra literatura como expresión de un horizonte abierto al encuentro de una expresión propia que nos abra a un diálogo con el universo.

Sería allí, en el Viejo Continente, donde comenzaría la definitiva asimilación y consolidación de su talante universal y cosmopolita. Enmarcada en el ámbito de las tensiones entre su entrañable vinculación a la tradición hispánico-católica y las demandas del pensamiento moderno, su período de formación en Colombia y España se constituye en el fundamento de su posterior reelaboración crítica de dicho enfrentamiento dialéctico desde los presupuestos de la misma filosofía, esto es, no como partes antagónicas de una antinomia irreductible sino como *tesis* y *antítesis* de una contradicción dialéctica. La síntesis, hegelianamente hablando, sería la superación de ambas. “Superación” que significa la “implícita trascendencia de lo negado”, lo que no solo no invalida la presencia de su vinculación a la tradición hispánica sino que la coloca como la posibilidad misma de diálogo con nuestra común herencia europea, toda vez que sin aquel arraigo “no es posible asimilar, sino solo imitar”, y sin este arraigamiento, la asimilación no puede ser crítica ni creadora. Desde esta perspectiva puede afirmarse que su encuentro con la Madre Patria no fue tanto una reacción conservadora como una afirmación de lo propio, condición de posibilidad que convierte sus años de formación en el ámbito de lengua española en una experiencia fundamental para la comprensión de su excepcional y lúcido trabajo intelectual.

BIBLIOGRAFÍA

I. TRABAJOS DE RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT

I.1. Publicados en Colombia (1948-1950)

22 entradas, 1 traducción del alemán

1. “José Ortega y Gasset”. Bogotá: *Avanzada*, 16 octubre 1948, p. 6.
2. “Una novela existencialista”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 13 mar. 1949, pp. 3-4.
3. “Heidegger frente a Sartre”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 9 octubre 1949, p. 4.
4. “Seis poetas españoles de la generación actual: Agustín de Foxa, José Alfaro, Luis Rosales, Dionisio Ridruejo, Federico Muelas y José García”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 421-425, agosto/diciembre 1949, pp. 469-473.
5. “*La meta de dos revoluciones (Comunomía)*, por José Larraz”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 421-425, agosto/diciembre 1949, pp. 481-483.
6. “Bicentenario del nacimiento de Goethe”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 421-425, agosto/diciembre 1949, pp. 488-489.
7. “El Congreso de Intelectuales”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 421-425, agosto/diciembre 1949, p. 490.
8. “Hispanoamérica y España: noticias breves”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 421-425, agosto/diciembre 1949, pp. 491-493.
9. “El 2º Centenario de Goethe”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 15 en. 1950, pp. 2-4.
10. “Dos poetas colombianos actuales: Fernando Arbeláez y Marco F. Chaves”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 426, enero/febrero 1950, pp. 107-108.
11. “*La educación, he ahí el problema*, de Rafael Bernal Jiménez”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 426, enero/febrero 1950, pp. 122-124.
12. “Notas culturales. 1949, otro año de crisis”. Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 426, enero/febrero 1950, pp. 129-133.
13. “Filosofía política y tomismo”. Cali: *Suplemento literario*, Diario del Pacífico, febrero 1950, s/p.

14. "Ortega y Gasset y su influencia filosófica". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 5 marzo 1950, p. 2.
15. "Nota introductoria: sobre la historia nacional en los documentos del Colegio del Rosario". Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 427-428, marzo/junio 1950, pp. 283-284.
16. "Notas culturales". Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 427-428, marzo/junio 1950, pp. 291-294.
17. "La filosofía de la ley según Domingo Soto, por Alfonso Zahar". Bogotá: *Revista del Colegio Mayor del Rosario* 427-428, marzo/junio 1950, pp. 295-296.
18. "Las elegías de Sandua de Ricardo Molina". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 21 mayo 1950, p. 2.
19. "Filosofía y vida: cuatro ensayos sobre actitudes: Nietzsche, Ortega y Gasset, Croce, Unamuno, por Juan Roig Gironella, S. J.". Bogotá: *Revista de las indias* 114, julio/agosto 1950, pp. 408-409.
20. "Metodología del derecho, por Antonio Hernández Gil". Bogotá: *Revista de las indias* 114, julio/agosto 1950, pp. 409-411.
21. "Un Nietzsche desde dentro". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 3 septiembre 1950, pp. 1-4.
22. "Julián Marías en el horizonte de la filosofía". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 15 octubre 1950, p. 1.

Traducción del alemán:

Bochensky, J. M. "El tomismo moderno". Bogotá: *Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario* 418-420, mayo/julio 1949, s/p.

I.2. Publicados en España (1950-1953)

60 entradas, 5 cinco traducciones del alemán.

1. "Cela, personaje de sus novelas". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 19 noviembre 1950, pp. 2-3.
2. "Nuevas tendencias del pensamiento español". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 25 marzo 1951, p. 4.
3. "Situación presente de la cultura en Colombia. *Piedracielistas y Cuadernícolas*". Madrid: *Correo literario* 21, abril 1951, p. 8.

4. "Barba Jacob y el existencialismo". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 20 mayo 1951, pp. 1 y 3.
5. "Visión del mundo" (Una conferencia de Carl Schmitt, resumen de RGG). Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 17 junio 1951, p. 4.
6. "Vida de la filosofía. Carta de Madrid". Bogotá: *Ideas y Valores* 1, junio 1951, pp. 63-65.
7. "Notas para una definición de Hispanoamérica". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 26 agosto 1951, p. 3.
8. "Figuras del pensamiento español contemporáneo". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 7 septiembre 1951, p. 1.
9. "Vida de la filosofía. Cartas de Madrid". Bogotá: *Ideas y Valores* 2, septiembre 1951, 151-153.
10. "Reflexiones sobre Francisco Romero". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 23, septiembre/octubre 1951, pp. 271-273.
11. "El intelectual y la cultura moderna". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 2 diciembre 1951, p. 3.
12. "Vida de la filosofía. Cartas de Madrid". Bogotá: *Ideas y Valores* 3-4, diciembre 1951 / marzo 1952, pp. 268-273.
13. "En torno a los métodos de expresión filosófica". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 6 enero 1952, p. 2.
14. "José Manuel Moreña en la Bienal de Arte de Madrid". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 27 enero 1952, p. 3.
15. "La utopía americana de Alfonso Reyes". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 25, enero 1952, pp. 73-82.
16. "Crítica con moldes". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 25, en. 1952, pp. 124-125.
17. "Un ciudadano del país de las zanahorias". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 27, marzo 1952, pp. 458-459.
18. "Del taller de Alfonso Reyes". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 28, abril 1952, p. 124.
19. "Universidad y cultura en América". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 27 abril, 1952, p. 2.
20. "Vida de la filosofía. Cartas de Madrid" / "Notas bibliográficas: E. Husserl, E. Imaz". Bogotá: *Ideas y Valores* 5, junio 1952, pp. 357-360 / 377-382.

21. “La nueva historia de América” Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 30, junio 1952, pp. 382-384.
22. “Bolívar y la unidad de Hispanoamérica”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 31, julio 1952, pp. 110-112.
23. “Madariaga refutado”. Madrid: *Alcalá* 13, julio 25 de 1952, s/p.
24. “Cultura, ciudades y revistas”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 31, julio 1952, pp. 114-116.
25. “Soledad de México, soledad de Hispanoamérica”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 31, julio 1952, pp. 143
26. “Mariano Azuela, a los cuatro meses de su muerte”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 32 agosto 1952, pp. 253-254.
27. “Real y Pontificia Universidad, y Univ. Autónoma”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 32, agosto 1952, pp. 259-260.
28. “Dos temas en la literatura hispanoamericana”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 32, agosto 1952, pp. 262-265.
29. “Sobre los talentos religiosos”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 5 oct. 1952, pp. 3-4.
30. “La cultura en Hispanoamérica”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 26 octubre 1952, pp. 1-2.
31. “La muerte y la brújula”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 5 noviembre 1952, p. 4.
32. “La literatura europea en Hispanoamérica”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, pp. 97-99.
33. “El desarrollo de la política colombiana”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, pp. 99-102.
34. “El testimonio de la literatura americana”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, pp. 103-105.
35. “Las obras completas de Tomas Carrasquilla”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, pp. 105-106.
36. “Vida de la filosofía. Cartas de Madrid”. Bogotá: *Ideas y Valores* 7-8, diciembre 1952 / mayo 1953, pp. 737-740.
37. “La filosofía en Hispanoamérica”. Milán: *América latina* 3, 1952, s/p.
38. “El problema histórico de América”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 37 enero 1953, pp. 75-77.

39. "Sobre Guillermo Valencia". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 37, enero 1953, pp. 77-79
40. "Nuevas revistas". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 37, enero 1953, pp. 79-80.
41. "Política y literatura". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 37, en. 1953, pp. 80-82.
42. "La revolución de Bolivia y su *estatura estratégica*". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 38, febrero 1953, pp. 211-213.
43. "Dos conmemoraciones". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 38, febrero 1953, pp. 216-218.
44. "Poesía y crítica nuevas en el Perú". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 38, febrero 1953, pp. 221-222.
45. "La filosofía actual en la Argentina". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 39, marzo 1953, pp. 333-335.
46. "Hispanoamericanismo e historia". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 39, marzo 1953, pp. 343-345.
47. "El pensamiento político de Lucas Alamán". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 41, mayo 1953, pp. 259-260.
48. "La vida de las revistas". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 41, mayo 1953, pp. 264-265.
59. "Sobre el estilo hispánico del pensar". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 41, mayo 1953, pp. 268-270.
50. "La filosofía universitaria en Hispanoamérica". Madrid: *Revista de Educación* 10, mayo 1953, pp. 171-176.
51. "Sobre la filosofía en Hispanoamérica.". Madrid: *Correo literario* 71, mayo 1953, p. 10.
52. "Notas bibliográficas" [Karl Mannheim, Carlos Clavería, Melchor Fernández Almagro, Eduardo Cote Lamus]. Bogotá: *Bolívar* 20, junio 1953, pp. 992-995.
53. "Algunos problemas de la novela indigenista a propósito de Jorge Icaza" (Primeras Jornadas de Lengua y Literatura Hispanoamericana, 29 junio a 5 julio, 1953). Salamanca: Universidad de Salamanca, 1956, pp. 453-454.
54. "Notas e informaciones sobre la imagen de América en Alfonso Reyes / Carta de Madrid". Bogotá: *Bolívar* 21, julio 1953, 153-164.
55. "Los setenta años de Karl Jaspers". Madrid: *Correo literario* 75, julio 1953, p. 3.
56. "Carta de Madrid". Bogotá: *Bolívar* 22, agosto 1953, pp. 315-326.

57. "La obra de Andrés Bello". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 44, agosto 1953, pp. 211-213.
58. "José de la Cuadra". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 44, ag. 1953, pp. 214-216.
59. "Una biblioteca de autores colombianos". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 44, agosto 1953, pp. 218-220.
60. "Jornadas de lengua y literatura hispanoamericanas en Salamanca". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 44, agosto 1953, pp. 237-241

Traducciones del alemán:

1. Eugen Fink. El análisis intencional y el problema del pensamiento especulativo. Bogotá: *Ideas y Valores* 7-8, diciembre 1952 / mayo 1953, pp. 596-609.
2. Heidegger, Martin "El retorno al fundamento de la metafísica" (traducción). Bogotá: *Ideas y Valores* 3-4, diciembre 1951 / marzo 1952, pp. 203-220. También en Madrid: *Alcalá* 5, 25 marzo 1952, s/p.
3. _____. "Lección sobre la cosa" (traducción). Madrid: *Cuadernos Hispanoamericanos* 40, abril 1953, pp. 3-20. Con el título "La cosa", también en Bogotá: *Ideas y Valores* 7-8, diciembre 1952 / mayo 1953, pp. 661-678.
4. _____. "Comentarios a la poesía de Hölderlin. *Retorno a la patria*" (1943, traducción). Bogotá: *Bolívar* 18, abril 1953, pp. 577-595.
5. _____. "Abandono del ser y errancia" (traducción). Bogotá: *Bolívar* 27, septiembre 1953, pp. 335-339.

I.2.1. En la revista *Correo literario* (1951-1954)

8 entradas

1. "Situación presente de la cultura en Colombia. *Piedracielistas y cuadernícolas*". Madrid: *Correo literario* 21, abril 1951, p. 8.
2. "Sobre la filosofía en hispanoamérica". Madrid: *Correo literario* 71, mayo 1953, p. 10.
3. "Los setenta años de Karl Jaspers". Madrid: *Correo literario* 75, julio 1953, p. 3
4. "Jorge Icaza y sus cuentos". Madrid: *Correo literario* 79, septiembre 1953, p. 3
5. "Heidegger". Madrid: *Correo literario* 86, diciembre 1953, p. 6.
6. "El Bolívar de un alemán". Madrid: *Correo literario* 4, agosto 1954, s.p.
7. "Sobre la situación del hombre actual, ¿nihilista o positivo?, por Gottfried Benn" (traducción y nota). Madrid: *Correo literario* 7, nov., 1954, s.p.
8. "Russland Heute, por Paul Distelbarth". Madrid: *Correo literario* 7, noviembre, 1954, s.p.

I.2.2. En la revista *Cuadernos Hispanoamericanos* (1951-2004)

54 entradas

1. “Reflexión sobre Francisco Romero”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos*. 23, septiembre/octubre 1951, pp. 271-273.
2. “La utopía americana de Alfonso Reyes”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 25, enero 1952, pp. 73-82.
3. “Crítica con moldes”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 25, en. 1952, pp. 124-125.
4. “Un ciudadano del país de las zanahorias”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 27, marzo 1952, pp. 458-459.
5. “Del taller de A. Reyes”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 28, abril 1952, p. 124.
6. “La nueva historia de América” Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 30, junio 1952, pp. 382-384.
7. “Bolívar y la unidad de Hispanoamericana”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 31, julio 1952, pp. 110-112.
8. “Cultura, ciudades y revistas”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 31, julio 1952, pp. 114-116.
9. “Soledad de México, soledad de Hispanoamérica”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 31, julio 1952, p. 143.
10. “Mariano Azuela, a los 4 meses de su muerte”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 32 agosto 1952, pp. 253-254.
11. “Real y Pontificia Universidad y Universidad Autónoma”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 32, agosto 1952, pp. 259-260.
12. “Dos temas en la literatura hispanoamericana”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 32, agosto 1952, pp. 262-265.
13. “La literatura europea en hispanoamericana”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, pp. 97-99.
14. “El desarrollo de la política colombiana”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, pp. 99-102.
15. “El testimonio de la literatura americana”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, pp. 103-105.
16. “Las obras completas de Tomas Carrasquilla”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, pp. 105-106.

17. "El problema histórico de América". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 37 enero 1953, pp. 75-77.
18. "Sobre Guillermo Valencia". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 37, enero 1953, pp. 77-79.
19. "Nuevas revistas". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 37, enero 1953, pp. 79-80.
20. "Política y literatura". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 37, enero 1953, pp. 80-82.
21. "La revolución de Bolivia y su estatura estratégica". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 38, febrero 1953, pp. 211-213.
22. "Dos conmemoraciones". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 38, febrero 1953, pp. 216-218.
23. "Poesía y crítica nuevas en el Perú". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 38, febrero 1953, pp. 221-222.
24. "La filosofía actual en la Argentina". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 39, marzo 1953, pp. 333-335.
25. "Hispanoamericanismo e historia". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 39, marzo 1953, pp. 343-345.
26. "El pensamiento político de Lucas Alamán". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 41, mayo 1953, pp. 259-260.
27. "La vida de las revistas". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 41, mayo 1953, pp. 264-265.
28. "Sobre el estilo hispánico del pensar". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 41, mayo 1953, pp. 268-270.
29. "La obra de Andrés Bello". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 44, agosto 1953, pp. 211-213.
30. "José de la Cuadra". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 44, agosto 1953, pp. 214-216.
31. "Una biblioteca de autores colombianos". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 44, agosto 1953, pp. 218-220.
32. "Jornadas de lengua y literatura hispanoamericana en Salamanca". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 44, agosto 1953, pp. 237-241.
33. "Congreso de filosofía en Bruselas". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 50, febrero 1954, pp. 250-252.

34. "Nueva revista filosófica". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 50, febrero 1954, pp. 252-255.
35. "Imago Mundi, nueva revista argentina". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 51, marzo 1954, pp. Pp. 398-400.
36. "Palabra y verdad". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 58, octubre 1954, pp. 114-116.
37. "Conmovida existencia: la poesía alemana contemporánea". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 58, octubre 1954, pp. 122-124.
38. "La filosofía en Venezuela". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 59, noviembre 1954, pp. 228-230.
39. "España e Hispanoamérica. Apuntes sobre la Hispanidad". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 68-69, agosto/septiembre 1955, pp. 236-244.
40. "El mundo de la expresión. Notas de lectura a G. Benn". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 70, octubre 1955, pp. 63-78.
41. "Un nuevo libro de Alejandro Gallinal". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 73, enero 1956, pp. 134-136
42. "Hegel: notas heterodoxas para su lectura". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 171, marzo 1964, pp. 565-576.
43. "Problemas de la crítica literaria". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 185, mayo 1965, pp. 307-324.
44. "Literatura y sociedad en Hispanoamérica". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 224-225, agosto/septiembre 1968, pp. 579-594.
45. "Crítica literaria y filosofía en Borges". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 505-507 (Ejemplar dedicado a: Homenaje a Jorge Luis Borges), julio/septiembre 1992, pp. 279-298
46. "César Vallejo y Walter Benjamín". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 520, octubre 1993, pp. 55-72.
47. "Los "Ditirampos de Dionysos" de Nietzsche". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 532, octubre 1994, pp. 69-84.
48. "Hugo Ball o la circunferencia de la vanguardia". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 547, enero 1996, pp. 25-40.
49. "Alfonso Reyes y Goethe". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 588, junio 1999, pp. 103-109.

50. “La poesía de Nietzsche”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 601-602, julio/agosto 2000, pp. 207-222
51. “Carl Schmitt y Walter Benjamin”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 612, junio 2001, pp. 61-78
52. “Georg Heym o la configuración poética del ennui”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 625-626, julio/agosto 2002, pp. 171-188.
53. “La filosofía en Hispanoamérica”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 630, diciembre 2002, pp. 81-88.
54. “Carta de Lord Chandos”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 646, abril 2004, pp. 61-70.

I.2.3. En la revista *Índice* (1954-1970)

14 entradas

1. “Friburgo. *Akzente*, Una revista de poesía. Ortega, autor popular”. Madrid: *Índice* 73, marzo 1954, p. 5.
2. “Friburgo. Dos escritores alemanes desconocidos en España: Gottfried Benn, Eugen Winkler. La poética de Emil Staiger”. Madrid: *Índice* 74-75, abril/mayo 1954, pp. 11-12.
3. *Der Roman*, Bernhard Rang. *Geschichte der Deutschen Dichtung*, Pfeiffer-Belli. Madrid: *Índice* 80, mayo 1955, s.p.
4. “La defensa de Occidente, Ernst Robert Curtius”. Madrid: *Índice* 81, junio 1955, p. 9.
5. “Desde Bonn y desde París. Dos cartas estimulantes” (Emilio Uranga y Rafael Gutiérrez Girardot a Juan F. Figueroa, director de la revista, en su polémica con José Luis Aranguren). Madrid: *Índice* 98, febrero 1957, pp. 5-7.
6. “Karl Kraus”. Madrid: *Índice* 107, noviembre 1957, p. 8.
7. “En torno a F. Schlegel y la hermenéutica literaria”. Madrid: *Índice* 110, febrero 1958, pp. 1, 5 y 6.
8. “Revisión de Nietzsche. A propósito de la nueva edición de sus obras, por K. Schlechta”. Madrid: *Índice* 115, julio 1958, p. 21.
9. “Jorge Luis Borges. Aspectos de su obra”. Madrid: *Índice* 136, abril 1960, p. 7.
10. “Estos hombres han hecho *Índice*” (comentario de Rafael Gutiérrez Girardot sobre la revista). Madrid: *Índice* 154-156 (número especial “A los 10 años”), octubre-diciembre 1961, p. XV.

11. "Renacimiento de Hegel y revisión del marxismo". Madrid: *Índice* 159, marzo 1962, pp. 7-8.
12. "Precisiones sobre el marxismo". Madrid: *Índice* 186, junio 1964, pp. 17-18.
13. "Karl Korsch, revisionista y maestro de Bertold Brecht". Madrid: *Índice* 239, enero 1969, pp. 11-12.
14. "Filosofía y revolución en la obra de Herbert Marcuse". Madrid: *Índice* 261, 1 de enero 1970, pp. 28-29.

I.3. Publicados en Alemania (1953-1956)

21 entradas, 7 trad. del alemán, 1 libro.

1. "Página de noticias". Madrid: *Letras colombianas* 2, agosto/septiembre 1953, s/p.
2. "Jorge Icaza y sus cuentos". Madrid: *Correo literario* 79, septiembre 1953, p. 3.
3. "Heidegger". Madrid: *Correo literario* 86, diciembre 1953, p. 6.
4. "En torno a tres españoles". Madrid: *Guadalupe* 1, 1953, pp. 22-29.
5. "Congreso de filosofía en Bruselas". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 50, febrero 1954, pp. 250-252.
6. "Nueva revista filosófica". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 50, febrero 1954, pp. 252-255.
7. "*Imago Mundi*, nueva revista argentina". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 51, marzo 1954, pp. 398-400.
8. "Friburgo: *Akzente*, Una revista de poesía. Ortega, autor popular". Madrid: *Índice* 73, marzo 1954, p. 5.
9. "Friburgo: Dos escritores alemanes desconocidos en España: Gottfried Benn, Eugen Winkler. La poética de Emil Staiger". Madrid: *Índice* 74-75, abril/mayo 1954, pp. 11-12.
10. "El sentido filosófico de la *Gramática* de Andrés Bello". Bogotá: *Bolívar* 30, junio 1954, pp. 905-922.
11. "Carta a un estudiante de filosofía". Bogotá: *Bolívar* 32, agosto 1954, pp. 325-330.
12. "El Bolívar de un alemán". Madrid: *Correo literario* 4, agosto 1954, s/p.
13. "Palabra y verdad". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 58, oct. 1954, pp. 114-116.
14. "Conmovida existencia: la poesía alemana contemporánea". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 58, octubre 1954, pp. 122-124.

15. “La filosofía en Venezuela”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 59, noviembre 1954, pp. 228-230.
16. “*Russland Heute*, por Paul Distelbarth”. Madrid: *Correo literario* 7, noviembre, 1954, s/p.
17. “*Der Roman*, Bernhard Rang. *Geschichte der Deutschen Dichtung*, Pfeiffer-Belli”. Madrid: *Índice* 80, mayo 1955, s/p.
18. “La defensa de Occidente, Ernst Robert Curtius”. Madrid: *Índice* 81, junio 1955, p. 9.
19. “España e Hispanoamérica. Apuntes sobre la Hispanidad”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 68-69, agosto/septiembre 1955, pp. 236-244.
20. “El mundo de la expresión. Notas de lectura a Gottfried Benn”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 70, octubre 1955, pp. 63-78.
21. “Notas sobre la imagen de América en Alfonso Reyes”. México: *Revista Mexicana de Literatura* 2, noviembre/diciembre 1955, s/p.

Traducciones del alemán:

1. Benn, Gottfried. “Sobre la situación del hombre actual. ¿nihilista o positivo?” (trad. y nota). Madrid: *Correo literario* 7, noviembre 1954, s/p.
2. Heidegger, Martin. “Abandono del ser y errancia”. Bogotá: *Bolívar* 27, septiembre 1953, pp. 335-339.
3. _____. “En la experiencia del pensar”. Madrid: *Correo literario* 2, junio 1954, s/p.
4. _____. “...en poema habita el hombre...”. Caracas: *Revista Nacional de Cultura* 110, mayo/junio 1955, pp. 145-157.
5. _____. “De la experiencia del pensar”. Bogotá: *Mito* 2, junio/julio 1955, pp. 81-84.
6. Pfeiffer, Johannes. “Sobre el contacto con la poesía”. Bogotá: *Bolívar* 29, marzo 1954, pp. 722-724.
7. Scheneider, Reinhold. “Emisión escolar”. Bogotá: *Bolívar* 34, 1954, pp. 731-734.

Libro:

1. *La imagen de América en Alfonso Reyes*. Madrid: Ínsula, 1955.

I.4. Otros trabajos de Rafael Gutiérrez Girardot

I.4.1. Publicados luego de su etapa de formación

1956. “Nota sobre Hegel”. Bogotá: *Mito* 10, octubre/noviembre 1956, pp. 193-215.
1958. “Sobre la universidad y la reforma universitaria”. Bogotá: *Tierra Firme* 2-3, julio/diciembre 1958, pp. 172-185.

1960. "Cómo leer a Tomás Carrasquilla". Bogotá: *Lecturas dominicales*, El Tiempo, 31 julio 1960, pp. 1 y 2.
1963. "Una tentativa de "historia social" en Colombia". Bogotá: *Lecturas Dominicales*, El Tiempo, 27 enero 1963, p. 6
1964. "Hegel: notas heterodoxas para su lectura". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 171, marzo 1964, pp. 565-576.
1964. "La literatura española" (1964). Barcelona: *Revista Anthropos* 226, 2010, pp. 77-90.
1968. "Georg Büchner. Entre el dandismo y revolución" en *El fin de la filosofía y otros ensayos*. Medellín: Antorcha-Monserrate 1968, pp. 81-104.
1968. "Literatura y sociedad en Hispanoamérica". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 224-225, agosto/septiembre 1968, pp. 579-594.
1978. "Pedro Henríquez Ureña" (Prólogo) en *Pedro Henríquez Ureña. La Utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. IX-XXXVII.
1978. "El tema de la naturaleza en la literatura Hispanoamericana". Bogotá: *Eco* 200, abril/junio 1978, pp. 888-896
1981. "Ortega y Gasset o el arte de la simulación majestuosa". Barcelona: *El viejo topo* 54, marzo 1981, pp. 28-32.
1981. "Andrés Bello y la filosofía" (Conferencia pronunciada en 1981 en el homenaje de la Universidad de Ámsterdam a Andrés Bello en el Bicentenario de su nacimiento, 1781-1981). Ámsterdam: *Diálogos hispánicos de Ámsterdam* 3, 1982, pp. 5-14.
1982. "Sobre el problema de la definición de América. Notas sobre la obra de José L. Romero" (1982) en *Pensamiento hispanoamericano*. México: UNAM, 2006, pp. 421-438.
1983. "A propósito del libro de Xavier Zubiri: Siete ensayos de antropología filosófica". Bogotá: *Cuadernos de filosofía latinoamericana* 14, enero/marzo 1983, pp. 92-96.
1983. "Xavier Zubiri". Barcelona: *Quimera* 33, noviembre 1983, pp. 4-5.
1983. "José Ortega y Gasset. En el primer centenario de su nacimiento" (1983) en *Provocaciones*. Bogotá: Ariel, 1997, pp. 75-118.
1984. "La literatura colombiana en el siglo XX" en *Manual de historia de Colombia*, tomo III. Bogotá: ICC, 1984, pp. 445-536.
1984. "José Enrique Rodó, *Revisited*" (1984) en *Pensamiento hispanoamericano*. México: UNAM, 2006, pp. 139-162.

1984. "El eros atormentado: Ramón López Velarde" (1984) en *Pensamiento hispanoamericano*. México: UNAM, 2006, pp. 163-186.
1985. "Los olvidados: América sin realismo mágicos". Barcelona: *Quimera* 46-47, febrero 1985, pp. 91-99.
1985. "El problema de una periodización de la historia literaria latinoamericana" en Ana Pizarro (coord.). *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985, pp. 119-131.
1986. "José Ortega y Gasset y Xavier Zubiri". Manizales: *Aleph* 57, abril/jun. 1986, p. 7-13.
1986. "Problemas y temas de una historia social de la literatura hispanoamericana" en *Aproximaciones*. Bogotá: Procultura, 1986, pp. 47-64.
1986. "Historia y ensayo en Mariano Picón Salas" (1986) en *El intelectual y la historia*. Caracas: La nave va, 2001, pp. 151-157.
1987. "Revisión de la historiografía literaria hispanoamericana" en *Aproximaciones*. Bogotá: Procultura, 1986, pp. 13-27.
1988. "La oligarquía de los muertos". Bogotá: *La Prensa*, 16 agosto 1988, p. 8.
1989. "La introducción de la filosofía moderna en Colombia" en *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Bogotá: Temis, 1989, pp. 308-310.
1989. "La recepción de la literatura latinoamericana en la República Federal Alemana". Bonn: *Humboldt* 97, 1989, pp. 26-33.
1989. "Tradición republicana y cosmopolitismo" en *Hispanoamérica: imágenes y perspectivas*. Bogotá: Temis, 1989, pp. 344-346.
1989. "Hugo Ball y Carl Schmitt" en *Historia, lenguaje, sociedad. Homenaje a Emilio Lledó*. Barcelona: Crítica, 1989, pp. 387-399.
1989. "Notas al margen de El arco y la lira de Octavio Paz" (1989) en *Provocaciones*. Bogotá: Ariel, 1997, p. 15-28.
1990. "La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX" (1990) en Javier Lasarte Valcárcel (coord.). *El intelectual y la historia*. Caracas: La Nave Va, 2001.
1991. "Prólogo" en Alfonso Reyes. *Ultima Tule y otros ensayos*. Caracas: Ayacucho, 1991, pp. IX-XLIII.
1993. "Rubén Darío y Madrid". Madrid: *Anales de literatura hispanoamericana* 22, 1993, pp. 151-164.

1993. “La transformación de la literatura por la ciudad” (“La ville et la littérature”). Lieja: *Marche Romane. Reveu de l'Association des romanistes de l'Univerité de Liège* 1-4, 1993, pp. 121-131.
1997. “La identidad hispanoamericana” (1992) en *Aproximaciones*. Bogotá: Ariel, 1997, pp. 201-209.
1998. “El 98: ¿Solo un problema de historiografía literaria?”. Barcelona: *Quimera* 171, junio 1998, pp. 25-32.
1998. “El ensayo y la crítica literaria en Latinoamérica” en Luz Mary Giraldo (ed.). *Crítica y ficción: una mirada a la literatura colombiana contemporánea*. Bogotá: Cooperativa Editorial Magisterio, 1998, pp. 101-123.
1998. “Alfonso Reyes y la historiografía” (1998) en *El intelectual y la historia*. Caracas: La nave va, 2001, pp. 159-169.
2000. “Estratificación social, cultura y violencia en Colombia”. Manizales: *Aleph* 112, enero/marzo 2000, pp. 10-25.
2000. *Nietzsche y la filología clásica*. Bogotá: Panamericana, 2000.
2004. “Los primeros pasos” en Antonio Lago Carballo (ed.). *Taurus. Cincuenta años de una editorial (1954-2004)*. Madrid: Taurus, 2004, pp. 277-283.

I.4.2. Sobre Alfonso Reyes (1951-2003)

12 entradas, 1 libro

1952. “La utopía americana de Alfonso Reyes”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 25, enero 1952, pp. 73-82.
1952. “Del taller de Alfonso Reyes”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 28, abril 1952, p. 124
1952. “La literatura europea en Hispanoamérica”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, pp. 97-99.
1955. “El humanismo de Alfonso Reyes” (1955) en Cedomil Goic (ed.). *Historia y crítica de la literatura Hispanoamericana*, vol. II. Barcelona: Crítica, 1991, pp. 652-656 (extracto del libro *La imagen de América en Alfonso Reyes*: capítulo “Humanismo, Politeia, ciudad de Utopía”)
1984. “Alfonso Reyes” en *Historia de la literatura latinoamericana*, vol. III. Bogotá: La Oveja Negra, 1984, pp. 265-280.

1990. “La concepción de Hispanoamérica de Alfonso Reyes (1889-1959)”. Madrid: *Revista de Occidente* 106, 1990, pp. 100-114.
1991. “Prólogo”, en: Alfonso Reyes. *Ultima Tule y otros ensayos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991, pp. IX-XLIII.
1999. “Alfonso Reyes y Goethe”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 588, junio 1999, pp. 103-109.
2001. “Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Luis Romero. El intelectual y el científico” en Javier Lasarte Valcárcel (coord.). *Territorios intelectuales: pensamiento y cultura en América Latina: homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*. Caracas: La Nave Va, 2001, pp. 9-16.
2001. “Alfonso Reyes y el futuro de América” (Conferencia leída en el congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, celebrado en Caracas, junio de 1996) en Javier Lasarte Valcárcel (coord.). *El intelectual y la historia*. Caracas: La Nave Va, 2001, pp. 35-43.
2001. “Alfonso Reyes y la historiografía” (1998) en Javier Lasarte Valcárcel (coord.). *El intelectual y la historia*. Caracas: La Nave Va, 2001, pp. 159-169.
2003. “Alfonso Reyes y la España del 27” en Guadalupe Fernández Ariza (coord.). *Literatura hispanoamericana del siglo XX: mimesis e iconografía*. Málaga: Universidad de Málaga, 2003, pp. 23-39.

Un libro:

La imagen de América en Alfonso Reyes. Madrid: Ínsula, 1955.

I.4.3. Sobre Jorge Luis Borges (1952-2001)

20 entradas, 2 libros

1952. “Dos temas en la literatura Hispanoamericana”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 32, agosto 1952, pp. 262-265.
1952. “La literatura europea en Hispanoamérica”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 35, noviembre 1952, pp. 97-99.
1955. “El mundo de la expresión”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 70, octubre 1955, pp. 63-78.
1959. “Jorge Luis Borges”. Bogotá: *Lecturas dominicales*, El Tiempo, 26 julio 1959, pp. 1 y 4.
1960. “Jorge Luis Borges. Aspectos de su obra”. Madrid: *Índice* 136, abril 1960, p. 7.

1961. "El lector de Nietzsche, Borges". Stuttgart: *Merkur* 156, febrero 1961 (publicada en alemán).
1962. "Jorge Luis Borges". Bogotá: *Mito* 39-40, diciembre 1961 / febrero 1962, pp. 119-125.
1964. "Los cuentos de Jorge Luis Borges" en *Der Zahir und andere Erzählungen* (Traducción del epílogo escrito en alemán a la antología de cuentos de Borges *El Zahir y otras narraciones*). Frankfurt/M: Editorial Insel, 1964.
1964. "Borges en Alemania". París: *L'Herne*, 1964, pp. 205-210 (publicada en francés: "Borges en Allemagne").
1964. "Borges, el hacedor". París: *L'Herne*, 1964, pp. 245-251 (publicada en francés).
1987. "Clasicismo y revolución en Jorge Luis Borges" (Conferencia pronunciada en la Universidad de Valencia, 1987) en Rafael Gutiérrez Girardot. *Provocaciones*. Bogotá: Ariel, 1997, pp.55-73.
1989. "Jorge Luis Borges en Alemania. Una fascinación difícil y contradictoria" (publicada en inglés: "Jorge Luis Borges in Germany. A difficult and contradictory fascination") en Edna Aizenberg (ed.). *Borges and his successors. The Borgesian Impact in Literatura and the Arts*. Columbia-London: University of Missouri, 1989.
1991. "Menard o Mallarmé". Bogotá: *Quimera* 8, enero/febrero 1991, pp. 41-48.
1992. "Crítica literaria y filosofía en Borges". Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 505-507, julio/septiembre 1992, pp. 279-298.
1996. "Jorge Luis Borges". Conferencia pronunciada ante el Círculo Cultural Femenino Hispanoamericano de Bonn, junio 1996.
1996. "Avatares de la tortuga: Borges y la filosofía" en *Conjurados. Anuario borgiano* I/1996. Centro de Estudios Jorge Luis Borges. Madrid: Universidad de Alcalá, 1996.
1996. "La literatura como parodia en J. L. Borges". Maryland: *Hispanamérica* 73, abril 1996, pp. 3-14.
1998. "Jorge Luis Borges o: ¿qué se saca del gusto de ser modesto?" (Conferencia pronunciada en el Club de Eméritos de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Bonn, junio 1997) en Rafael Gutiérrez Girardot. *Jorge Luis Borges: el gusto de ser modesto: 7 ensayos de crítica literaria*. Bogotá: Panamericana, 1998, pp. 185-206.
1999. "El ensayo como filosofía y narración en Jorge Luis Borges". Madrid: *Ínsula* 631-632, 1999, p. 36.
2001. "Borges y la Filosofía". Barcelona: *Quimera* 209, diciembre 2001, pp. 36-45.

Dos libros:

1959. *Jorge Luis Borges: ensayo de interpretación*. Madrid: Ínsula, 1959.

1998. *Jorge Luis Borges: el gusto de ser modesto: 7 ensayos de crítica literaria*. Bogotá: Panamericana, 1998.

I.4.4. Sobre Pedro Henríquez Ureña (1961-2001)

6 entradas

1961. “Pedro Henríquez Ureña. A propósito de la edición de su obra crítica”. México: *Rehilete* 1, 1961, pp. 11-15.

1973. “Pedro Henríquez Ureña y la historiografía literaria latinoamericana” (Seminario Románico de Bonn sobre literatura latinoamericana, junio 1973) en *Literatura y praxis en América latina*. Caracas: Monte Ávila, 1974, pp. 29-47.

1978. “Pedro Henríquez Ureña” (Prólogo) en *Pedro Henríquez Ureña. La Utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978, pp. IX-XXXVII.

1984. “La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: promesa y desafío”. La Habana: *Casa de las Américas* 144, mayo/junio 1984, pp. 3-14.

1984. “El ensayo posmodernista. Pedro Henríquez Ureña” en *Historia de la Literatura Latinoamericana*, vol. III. Bogotá: La Oveja Negra, 1984, pp. 233-248.

2001. “Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Luis Romero. El intelectual y el científico” en Javier Lasarte Valcárcel (coord.). *Territorios intelectuales: pensamiento y cultura en América Latina: homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*. Caracas: La Nave Va, 2001, pp. 9-16.

I.4.5. Sobre la Universidad (1952-2011)

12 entradas, 1 libro

1952. “Universidad y cultura en América”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 27 abril 1952, p. 2.

1952. “Real y Pontificia Universidad, y Univ. Autónoma”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 32, agosto 1952, pp. 259-260.

1953. “La filosofía universitaria en Hispanoamérica”. Madrid: *Revista de Educación* 10, mayo 1953, pp. 171-176.

1954. “Carta a un estudiante de filosofía”. Bogotá: *Bolívar* 32, agosto 1954, pp. 325-330.

1954. “La filosofía en Venezuela”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 59, noviembre 1954, pp. 228-230.
1958. “Los estudios universitarios en Alemania” (*Informe cultural* redactado como agregado cultural de la Embajada de Colombia en Bonn, el 13 de marzo de 1958. Tomado del Archivo General de la Nación) en *La encrucijada universitaria*. Medellín: Asoprudea, 2011, pp. 141-168.
1958. “Sobre la universidad y la reforma universitaria”. Bogotá: *Tierra Firme* 2-3, julio/dic. 1958, pp. 172-185.
1964. “La Universidad: vicisitudes, problemas y soluciones”. Bogotá: *Lecturas dominicales*, El Tiempo, 12 julio 1964, pp. 1 y 7.
1965. “Diez tesis sobre el tema: universidad privada y subdesarrollo” en *Grundzüge des lateinamerikanischen Hochschulesens. Eine Einführung in seine Probleme* (comp. Hans-Albert Steger). Baden-Baden: Nomos, 1965, pp. 237-251.
1978. “La encrucijada universitaria” (1978) en *La encrucijada universitaria*. Medellín: Asoprudea, 2011, pp. 67-86
1986. “Sobre el sentido del estudio universitario” en *La encrucijada universitaria*. Medellín: Asoprudea, 2011, pp. 35-50.
1986. “Universidad y sociedad” (1986) en *La encrucijada universitaria*. Medellín: Asoprudea, 2011, pp. 87-110.

Un libro:

La encrucijada universitaria. Medellín: Asoprudea, 2011. Antología de seis ensayos (1958a, 1964, 1965, 1978, 1986a, 1986b).

I.5. Entrevistas

1979. “Respuestas a la encuesta de *Gaceta* de Colcultura”. Bogotá: *Gaceta* 24, marzo 1979, pp. 7-9.
1985. Ruiz, Carlos Enrique. “Realidad y heterodoxia en la cultura” (Reportajes de *Aleph*). Manizales: *Aleph* 54, julio/septiembre 1985, p. 17-24.
1987. Gil, Numas Armando. “Un filósofo enemigo de formar escuela”. Barranquilla: *Revista dominical*, El Heraldo, 27 diciembre 1987, pp. 1-10.
1987. “El desmitificador de lo telúrico” (entrevista). Bogotá: *El Heraldo. Revista Dominical*, 27 dic. 1987, p. 4.

1993. Sánchez Lozano, Carlos. “Entrevista a Rafael Carrillo” en Juan Guillermo Gómez, Bettina Gutiérrez Girardot, Rodrigo Zuleta (eds.). *Caminos hacia la modernidad: homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*. Frankfurt am Main: Vervuert, 1993, pp. 29-33.
1994. Vivas Hurtado, Selnich. “Todo lo contrario a la razón es la autoridad. Diálogo con Rafael Gutiérrez Girardot”. Medellín: *Revista Universidad de Antioquia* 235, enero/marzo 1994, pp. 6-15.
1997. Jaramillo Vélez, Rubén, Juan Carlos Celis Ospina y Carlos Sánchez Lozano. “El partido liberal es una mentira que está en crisis permanente. Diálogo con Gutiérrez Girardot” (1997). Medellín: *Babel* 11, febrero/diciembre 2009, pp. 5-14.
2002. Carvajal, Alfonso. “Borges: una novedad permanente”. Bogotá: *Número* 31, diciembre 2001 / enero febrero 2002, pp. 50-54.
2005. Bechara, Zamir. “Conversación con Rafael Gutiérrez Girardot” (“años noventa”). Barcelona: *Quimera* 259-260, julio/agosto 2005, pp. 73-81.

I.6. Correspondencia

Todas las citas entre paréntesis en el texto:

- Cartas de Gutiérrez Girardot: (RGG a Apellido del destinatario. Ciudad, día/mes/año).
- Cartas a Gutiérrez Girardot: (Apellido del remitente a RGG. Ciudad, día/mes/año).

Listado de apellidos y nombres completos:

<u>Apellido</u>	<u>Nombre completo</u>
Aranguren	José Luis López Aranguren
Hoyos	Bernardo Hoyos
Marías	Julián María
Rama	Ángel Rama
Reyes	Alfonso Reyes
Sobejano	Gonzalo Sobejano
Valente	José Ángel Valente
Valverde	José María Valverde
Zubiri	Xavier Zubiri

I.7. Conversaciones

Doce conversaciones grabadas en Bonn por el Dr. Mario Correa Tascón (2000-2005), la última de las cuales tuvo lugar dos meses antes de la muerte del ensayista colombiano. Todas las “Referencias” entre paréntesis en el texto (Nº de la conversación-año):

<u>Referencia</u>	<u>Nº Conversación</u>	<u>día/mes/año</u>
(1-2000):	Conversación 1	13/6/2000
(2-2000):	Conversación 2	26/7/2000
(3-2000):	Conversación 3	9/11/2000
(4-2000):	Conversación 4	11/12/2000
(5-2001):	Conversación 5	24/5/2001
(6-2001):	Conversación 6	12/10/2001
(7-2002):	Conversación 7	22/11/2002
(8-2003):	Conversación 8	21/4/2003
(9-2004):	Conversación 9	12/6/2004
(10-2004):	Conversación 10	26/6/2004
(11-2004):	Conversación 11	10/8/2004
(12-2005):	Conversación 12	28/3/2005

II. TRABAJOS SOBRE RAFAEL GUTIÉRREZ GIRARDOT

Jaramillo Vélez, Rubén. “En la muerte de Rafael Gutiérrez Girardot”. Ibagué: *Aquelarre* 8, segundo semestre 2005, pp. 7-15.

Lago Carballo, Antonio. “Rafael Gutiérrez Girardot en su entorno madrileño”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 627, septiembre 2002, pp. 117-120.

Moreno Durán, Rafael Humberto. “Gutiérrez Girardot: el magisterio de la disidencia”. Manizales: *Aleph* 134, julio/septiembre 2005, s/p.

- _____. “El magisterio de la disidencia” (Prólogo) en Rafael Gutiérrez Girardot. *Pensamiento Hispanoamericano*. México: UNAM, 2006, pp. 7-29.
- Mosquera, María A. y Patricia Tobón Ricaurte. “Rafael Gutiérrez Girardot, prólogo conservador y epílogo en la izquierda (1928-2005)” (Entrevista, nov. 2004). Medellín: *Babel* 11, febrero/diciembre 2009, pp. 35-41.
- Rubiano, Rafael y Germán Porras. “Las certidumbres del saber: las lecciones intelectuales de Rafael Gutiérrez Girardot a los debates contemporáneos de la sociología hispanoamericana” en Juan Guillermo Gómez García (coord.). *Rafael Gutiérrez Girardot: Un intelectual crítico y creativo de las tradiciones hispanoamericanas*. Barcelona: Anthropos 226, 2010, pp. 56-62.

III. BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Abellán, José Luis. “Prólogo” en José Gaos. *Pensamiento de lengua española* (1945). *Obras completas* VI. México: UNAM, 1990, pp. 5-20.
- Aínsa, Fernando. “Hacia un nuevo universalismo. El ejemplo de la narrativa del siglo XX” (1983) en *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*. Madrid: Alhambra, 1986, pp. 36-46.
- _____. *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Gredos, 1986.
- _____. “Una literatura que hace sociología. El ejemplo de la narrativa latinoamericana”. Varsovia: *Revista del CESLA* 13, 2010, pp. 393-408.
- Alemaný Bay, Carmen. *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica* (1927). *Estudio y textos*. Alicante: Universidad de Alicante, 1998.
- Alfaro, José María. “La misión de España”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 29 abril 1951, p. 2.
- Amat, Jordi. *Las voces del diálogo: poesía y política en el medio siglo*. Barcelona: Península, 2007.
- Anderson Imbert, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana I y II*. México: FCE, 1980.
- Aranguren, José Luis. “Recuerdo del joven Emilio Lledó” en *Historia, lenguaje, sociedad: homenaje a Emilio Lledó*. Barcelona: Crítica, 1989.
- Archila, Mauricio [et al.]. *Cuatro décadas de compromiso académico en la construcción de la nación*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006.

- Azula Barrera, Rafael. “La cultura hispánica”. Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 29 abril 1951, p. 2.
- Basadre, Jorge. *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú* en Rafael Gutiérrez Girardot (prólogo y selección). *José M. Ramos Mejía, Juan Agustín García, Jorge Basadre. Antecedentes de la historia social latinoamericana*. Caracas: Ayacucho, 2009, pp. 422-423.
- Berlin, Isaiah. *Las raíces del romanticismo*. Madrid: Taurus, 2000.
- Betancurt, Cayetano. “El mundo alemán a través de la *Revista de Occidente*”. Bogotá: *Eco*, Tomo III/4, agosto 1961, p. 401-417.
- Bolívar, Simón. *Doctrina del Libertador*. Caracas: Ayacucho, 2009.
- Borges, Jorge Luis. “Las coplas acriolladas” (1925) en *El tamaño de mi esperanza* (1926). Buenos Aires: Seix Barral, 1993, pp. 73-79.
- _____. “Sobre el meridiano de una Gaceta”. Buenos Aires: *Martín Fierro* 42, julio 10 de 1927, s/p.
- _____. “Indagación de la palabra” en *El idioma de los argentinos* (1928). Madrid: Alianza, 2008, pp. 11-14.
- _____. “El escritor argentino y la tradición” (1932) en *Obras en prosa*. Barcelona: Círculo de Lectores, 1975, pp. 100-107.
- _____. “Las kenningar” en *Historia de la eternidad* (1936). Barcelona: Círculo de Lectores, 1975, pp. 198-212.
- Buj, Serge. “Refundación de la Sociología en España (1945-1959)” en *Los intelectuales y la dictadura franquista. Cultura y poder en España de 1939 a 1975*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 2013.
- Campo, Alberto del. “El último curso de Xavier Zubiri sobre *Cuerpo y alma*”. Madrid: *Cuadernos Hispanoamericanos* 22, agosto 1951, pp.122-124.
- Cândido, Antonio. “Literatura y subdesarrollo” en César Fernández Moreno (ed.). *América latina en su literatura*. México: Unesco, Siglo XXI, 1972, pp. 335-353.
- Carilla, Emilio. *Hispanoamérica y su expresión literaria. Caminos del americanismo* (1969). Buenos Aires: Eudeba, 1982.
- Charry Lara, Fernando. “La crisis del verso en Colombia” (1959) en *Lector de poesía*. Bogotá: ICC, 1975, pp. 63-74.
- Chaves, Julio César. *Unamuno y América*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1964.

- Cobo Borda, Juan Gustavo. "Sanín Cano: el oficio de lector" en *Escritos. Baldomero Sanín Cano*. Bogotá: ICC, 1977, pp. 17-33.
- _____. *Historia de la poesía colombiana, siglo XX*. Bogotá: Villegas Editores, 2003.
- Colombi, Beatriz. "Alfonso Reyes y las "Notas sobre la inteligencia americana": Una lectura en red". Mendoza: *Cuadernos del CILHA* 14, 2011, pp. 109-123.
- Cruz Vélez, Danilo. "Nuestro pasado filosófico" en *Tábula Rasa*. Bogotá: Planeta, 1990.
- Darío, Rubén. *España contemporánea* (1901), Madrid: Visor, 2005.
- Dávila Espinoza, Carlos. *Nosotros los de las Américas*. Santiago: Editorial del Pacífico, S. A., 1950.
- D. B. "Colección *Estudios alemanes*". Bogotá Eco 223, mayo 1980, pp. 111-112.
- Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo. *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica, 1939-1953*. Madrid: CSIC, 1988.
- Editorial. "Charla con Ignacio Escobar López. ¿Qué es y qué se propone el Instituto de Cultura Hispánica?". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 2 septiembre 1951, p. 1.
- Fernández, Teodosio. *Los géneros ensayísticos hispanoamericanos*. Madrid: Taurus, 1990.
- Foucault, Michel. "¿Qué es la ilustración?" (1984) en *Estética, ética y hermenéutica*. Barcelona: Paidós, 1999, pp. 335-352.
- Franco, Jean. *Historia de la literatura hispanoamericana*. Barcelona: Ariel, 1993.
- Friedrich, Hugo. *Estructura de la lírica moderna. De Baudelaire hasta nuestros días* (1956). Barcelona: Seix Barral, 1974.
- Fuentes, Carlos. *La nueva novela hispanoamericana*. México: Joaquín Mortiz, 1969.
- Gaitán Durán, Jorge. *Obra literaria de Jorge Gaitán Durán*. Bogotá: ICC, 1975.
- Gaos, José. "El pensamiento hispanoamericano". México: El Colegio de México, Centro de Estudios Sociales, 1943, pp. 9-50.
- _____. *El pensamiento hispanoamericano* (1944) en *Obras completas V*. México: UNAM, 1993.
- _____. *Pensamiento de lengua española* (1945) en *Obras completas VI*. México: UNAM, 1990.
- _____. "O'Gorman y *La idea del descubrimiento de América*". Colegio de México: *Historia mexicana* vol. I, N° 3, Junio/septiembre 1951, pp. 468-493.
- _____. *Sobre Ortega y Gasset y otros trabajos de historia de las ideas en España y la América española* (1957) en *Obras completas IX*. México: UNAM, 1992.

- García, Antonio. “La novela del indio y su valor social. Breve análisis de Ciro Alegría”. Bogotá: *Revista de Indias* XII, diciembre 1941 / febrero 1942, pp. 77-86.
- García Dávalos, Luis Arturo. “La reinención de la historia o las condiciones, posibilidades y método de una historia enraizada en una filosofía: Edmundo O’Gorman por José Gaos”. México: *En-claves del pensamiento*, vol. 1, N° 2, 2007, pp. 97-115.
- Gerbi, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900*. México: FCE, 1960.
- Gómez García, Juan Guillermo. *Colombia es una cosa impenetrable*. Bogotá: Diente de León, 2006.
- _____. “La imagen de España y el tema de la *conquista* en Hispanoamérica del siglo XIX” en *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX*. Medellín: Universidad de Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2011, pp. 61-66.
- _____. “Rafael Gutiérrez Girardot en España” en *Intelectuales y vida pública en Hispanoamérica. Siglos XIX y XX*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia - Universidad de Medellín, 2011, pp.329-364.
- González, Aníbal. “La crítica literaria en Hispanoamérica” en Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker (eds.): *Historia de la literatura hispanoamericana II. El siglo XX*. Madrid: Gredos, 2006, pp. 429-459.
- Goytisolo, Juan. *Coto vedado* (Memorias). Barcelona: Península, 2002.
- Gracia, Jordi. *Estado y cultura. El despertar de una conciencia crítica bajo el franquismo (1940-1962)*. Toulouse: Presse Universitaires du Mirail, 1996.
- Hegel, Georg Wilhelm Friedrich. *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* (1830). Madrid: Alianza, 1985.
- Heidegger, Martin. *Ser y tiempo*. Madrid: Trotta, 2009.
- Henríquez Ureña, Pedro. “La cultura de las humanidades” (1914) en Rafael Gutiérrez Girardot y Ángel Rama (prólogo, selección y cronología). *La utopía de América*. Caracas: Ayacucho, 1978, p. 57-59.
- _____. “La utopía de América” (1925) en Rafael Gutiérrez Girardot y Ángel Rama (prólogo, selección y cronología). *La utopía de América*. Caracas: Ayacucho, 1978, pp. 3-8.
- _____. “Caminos de nuestra historia literaria” (1925) en Rafael Gutiérrez Girardot y Ángel Rama (prólogo, selección y cronología). *La utopía de América*. Caracas: Ayacucho, 1978, pp. 45-56.

- _____. “El descontento y la promesa” (1926) en *Obra crítica*. México: F.C.E., 1981, pp. 241-253.
- _____. “Seis ensayos en busca de nuestra expresión” (1928) en *Obra crítica*. México: FCE, 1981, pp. 241-330.
- _____. *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945). Bogotá: FCE, 1994.
- Hesíodo. *Teogonía*. Madrid: Alianza, 1986.
- Hobsbawm, Eric. “La era de las catástrofes” en *Historia del siglo XX*. Buenos Aires: Crítica, 1999, pp. 28-228.
- Ibáñez, Juan G. *Pancho Pérez González*. Santander: Fundación Barcenillas, 2011.
- Jaramillo Uribe, Jaime. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Editorial Temis, 1964.
- _____. “El proceso de la educación, del Virreinato a la época contemporánea” en *Manual de historia de Colombia*, tomo III. Bogotá: ICC, 1984, pp. 249-339.
- _____. “Esquema histórico de la universidad colombiana” en *La personalidad histórica de Colombia y otros ensayos*. Bogotá: El Áncora Editores, 1994, pp.228-271.
- Jaramillo Vélez, Rubén. “Introducción de la filosofía moderna en Colombia” en *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá: Argumentos, 1998, p. 95-112.
- _____. “La influencia alemana en el surgimiento y desarrollo de la filosofía moderna en Colombia” en *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá: Argumentos, 1998, p. 113-128.
- _____. “En la muerte de Rafael Gutiérrez Girardot”. Ibagué: *Aquelarre* 8, segundo semestre 2005, pp. 7-14.
- Jiménez Panesso, David. *Historia de la crítica literaria en Colombia. Siglos XIX y XX*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1992.
- Krieg, Robert Anthony. “Fe cristiana y literatura en Romano Guardini” en *Romano Guardini: un precursor del Vaticano II*. México: Universidad Veracruzana, 2002, pp. 187-203.
- Lago Carballo, Antonio. “Eugenio D’Ors y América” en *Caminos hacia la modernidad. Homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*. Frankfurt: Vervuert, 1993, pp. 143-155.
- Laín Entralgo, Pedro. “Prólogo” en Antonio Lago Carballo. *América en la conciencia española de nuestro tiempo*. Madrid: Trotta, 1997.
- Levine, Suzanne Jill. “El boom: una perspectiva norteamericana”. Madrid: *Cuadernos Hispanoamericanos* 651-652, septiembre/octubre 2004, pp. 9-23.

- López Alfonso, Francisco José. “En el centenario de Mariátegui”. Madrid: *Cuadernos hispanoamericanos* 531, septiembre 1994, pp. 7-18.
- Mainer, José Carlos. *Falange y literatura*. Barcelona: Labor, 1971.
- _____. *La filología en el purgatorio. Los estudios literarios en torno a 1950*. Barcelona: Crítica, 2003.
- Mallea, Eduardo. *Historia de una pasión argentina* (1937). Buenos Aires: Sudamericana, 1975.
- _____. “Testimonio de un escritor” (1963) en *Poderío de la novela*. Buenos Aires: Aguilar, 1965.
- Mannheim, Karl. *El problema de una sociología del saber*. Madrid: Tecnos, 1990.
- Marco, Joaquín y Jordi Gracia (eds.). *La llegada de los Bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España (1960-1981)*. Barcelona: Edhasa, 2004.
- Mariátegui, José Carlos. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Caracas: Ayacucho, 2007.
- Marichal, Juan. *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana 1810-1970*. Madrid: Fundación Juan March y Ediciones Cátedra, 1978.
- _____. “Modalidades del pensamiento político bajo la tiranía” en *El secreto de España. Ensayos de historia intelectual y política*. Madrid: Taurus, 1995, p. 310-343.
- Martí, José. “Nuestra América” en *En un domingo de mucha luz*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 120-126.
- Martín Puerta, Antonio. *Ortega y Unamuno en la España de Franco. El debate intelectual durante los años cuarenta y cincuenta*. Madrid: Ediciones Encuentro, 2009,
- Martínez, José Luis. “La formación literaria de Agustín Yáñez y *Al Filo del Agua*: formación literaria y temperamento”. Universidad de California: *Mester* 12, 1983, pp. 26-40.
- Martínez Blanco, María Teresa. *Identidad cultural de Hispanoamérica. Europeísmo y originalidad americana*. Madrid: Universidad Complutense, 1988.
- Maya, Rafael. *Baldomero Sanín Cano*. Medellín: Granamérica, 1973.
- Mejía Sánchez, Ernesto. “Literatura y sociedad portorriqueñas”. México: *Anuario de Letras*, vol. XV, 1977, pp. 321-332.
- Melo, Jorge Orlando. “Las revistas literarias en Colombia e Hispanoamérica: una aproximación a su historia” en http://www.jorgeorlandomelo.com/revistas_literarias.htm [15/7/2009].

- Menéndez Pelayo, Marcelino. “Epílogo” (1882) en *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid: Rialp, 1955.
- Domingo Miliani. “Introducción” en Rómulo Gallegos. *Doña Bárbara*. Madrid: Cátedra, 1997, pp.11-105.
- Nuño, Ana. “Quimeras. Entrevista a Miguel Riera”. Barcelona: *Quimera* 197, julio-agosto 2000, pp. 9-15.
- O’Gorman, Edmundo. “Justo Sierra y los orígenes de la Universidad de México, 1910” (1949) en Eugenia Meyer (ed.). *Imprevisibles historias. En torno a la obra y legado de Edmundo O’Gorman*. México: UNAM, 2009, pp. 213-267.
- _____. *La idea del descubrimiento de América. Historia de esa interpretación y crítica de sus fundamentos* (1951). México: UNAM, 1976.
- _____. “Alejandro von Humboldt y la calumnia de América” (1959). México: *Senderos*, abril 2003, pp. 92-94.
- _____. “La idea antropológica del padre Las Casas. Edad Media y modernidad”. México: *Historia Mexicana*, vol. XVI, N° 3, enero/marzo 1967, p. 309-319.
- _____. “La Apologética historia, su génesis y elaboración. Su estructura y su sentido” (1967) en Eugenia Meyer (ed.). *Imprevisibles historias. En torno a la obra y legado de Edmundo O’Gorman*. México: UNAM, 2009, pp. 424-499.
- Onetti, Juan Carlos. “Semblanza de un genio rioplatense” en *Periquito el aguador y otros textos, 1939-1984*. Montevideo: Cuadernos de Marcha, 1994, pp. 169-181.
- Ortega y Gasset, José. *Meditaciones del Quijote* (1914) en *Obras completas. Tomo I (1902-1916)*. Madrid: Revista de Occidente, 1966, pp. 309-400.
- _____. “El deber de la nueva generación argentina” (1924) en *Obras completas. Tomo III (1917-1928)*. Madrid: Revista de Occidente, 1966, pp. 255-259.
- _____. José Ortega y Gasset. “Misión de la universidad” (1930) en *Obras completas. Tomo IV (1929-1933)*. Madrid: Revista de Occidente, 1966, p. 3115-23.
- Ortega, Julio. *La contemplación y la fiesta. Ensayos sobre la nueva novela latinoamericana*. Lima: Editorial Universitaria, 1968.
- Oviedo, José Miguel. *Breve historia del ensayo hispanoamericano*. Madrid: Alianza, 1991.
- Pacheco, José Emilio. “Rafael Gutiérrez Girardot. Al centro de su otra orilla” (prólogo) en *Modernismo* (1983). Bogotá: FCE, 2004, p. 11-18.
- Payne, Stanley G. *Historia del fascismo español*. París: Éditions Ruedo Ibérico, 1965.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad* (1950). México: FCE, 1973.

- Picón Salas, Mariano. "La marmita de Papini" (1942) en *Viejos y Nuevos Mundos*. Caracas: Ayacucho, 1983, p. 284-290.
- _____. *Comprensión de Venezuela* (1949). Caracas: Monte Ávila, 1976.
- Portuondo, José Antonio. "El contenido social de la literatura cubana". México: El Colegio de México, 1944.
- _____. "El rasgo predominante en la novela hispanoamericana" (1951) en *El heroísmo intelectual*. México: FCE, 1955.
- Pradera, Javier. "Desde Madrid" en Antonio Lago Carballo (ed.). *Taurus. Cincuenta años de una editorial (1954-2004)*. Madrid: Taurus, 2004. pp. 289-304.
- Rama, Ángel. *La novela en América Latina. Panoramas 1920-1980*. Bogotá: ICC, 1982.
- _____. "Autonomía literaria americana" (1983) en *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Ayacucho, 1985, pp. 66-81.
- _____. "La modernización literaria latinoamericana, 1870-1910" (1983) en *La crítica de la cultura en América Latina*. Caracas: Ayacucho, 1985, pp. 82-96.
- _____. *La Ciudad Letrada*. Hanover: Ediciones del Norte, 1984.
- Ramos, Samuel. *Perfil del hombre y la cultura de México* (1938).
- _____. *Historia de la filosofía en México*. México: Imprenta Universitaria, 1943.
- Repilado, Ricardo. "Prólogo. Contorno de Alfonso Reyes" en *Alfonso Reyes. Páginas escogidas*. La Habana: Casa de las Américas, 1978.
- Restrepo, Antonio. "Literatura y pensamiento, 1946-1957" en *Nueva Historia de Colombia. Tomo VI*. Bogotá: Planeta, pp. 65-88.
- Restrepo Canal, Carlos. "Mater Hispania". Bogotá: *Páginas literarias*, El Siglo, 18 mayo 1952, p. 1.
- Reyes, Alfonso. *Obras completas* (XXVI tomos). México: FCE, 1955-1993.
- _____. "Notas sobre la inteligencia americana" (1936) en *Última Tule (Obras completas XI)*. México: FCE, 1960, p. 82-90.
- _____. "Pasado inmediato" (1939) en *Pasado inmediato (Obras completas XII)*. México: FCE, 1960, pp. 182-216.
- _____. "Fragmento sobre la interpretación social de las letras iberoamericanas" (1951) en *Marginalia. Primera serie, 1946-1951 (Obras Completas XXII)*. México: FCE, 1989, pp. 155-159.
- Reyna, Wagner de. *La filosofía en Iberoamérica*. Lima: Biblioteca de la Sociedad Peruana de Filosofía, 1949.

- Ridruejo, Dionisio. “Excluyentes y comprensivos” en *Casi unas memorias*. Barcelona: Planeta, 1976.
- Rodó, José Enrique. “La facultad específica del crítico” (1909) en *Obras completas de José Enrique Rodó*. Buenos Aires: Antonio Zamora, 1948, pp. 1041-1054.
- _____. “Juan María Gutiérrez y su época” (1913) en *Obras completas de José Enrique Rodó*. Buenos Aires: Antonio Zamora, 1948, pp. 690-739.
- Romero, Francisco. *El hombre y la cultura* (1950)
- _____. “Eduardo Mallea; nuevo Discurso del método” (prólogo) en *Historia de una pasión argentina* (1937). Buenos Aires: Sudamericana, 1975, pp. 7-12.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1999.
- Rovira, José Carlos. *Identidad cultural y literatura*. Alicante: Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1992.
- Salinas, Mónica. “Diálogo con Alberto del campo”. Montevideo: *Humanidades. Revista de la Universidad de Montevideo*, vol. VIII-IX, N° 1, diciembre 2008-2009, pp. 187-197.
- Sánchez Lozano, Carlos. “Entrevista a Rafael Carrillo” en Juan Guillermo Gómez, Bettina Gutiérrez Girardot, Rodrigo Zuleta (eds.). *Caminos hacia la modernidad: homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot*. Frankfurt am Main: Vervuert, 1993, pp. 29-33.
- Sánchez, Luis Alberto. “Nota bibliográfica. Agustín Yáñez. *El contenido social de la literatura iberoamericana*. México. El Colegio de México, 1944”. México: *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 6, N° 2, mayo/agosto 1944, pp. 265-270.
- _____. *Proceso y contenido de la novela hispanoamericana* (1953). Madrid: Gredos, 1976.
- Sanín Cano, Baldomero. “De lo exótico” (1894) en *Escritos*. Bogotá: ICC, 1977, pp. 340-345.
- _____. *Letras colombianas* (1944). Medellín: Universidad EAFIT, 1984, pp. 187-191.
- Sarmiento Sandoval, Pedro E. *La revista Mito en el tránsito de la modernidad a la posmodernidad literaria en Colombia*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2006.
- Schlegel, Friedrich. *Fragmentos: seguido de Sobre la incomprendibilidad*. Barcelona: Marbot Ediciones, 2009.
- Senabre Sampere, Ricardo. *Lengua y estilo de Ortega y Gasset*. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1964.

- Sierra, Justo. “Prólogo” en *Obras de Manuel Gutiérrez Nájera. Poesía*. México: Impresora del Timbre, 1896, pp. III-XVII.
- _____. *Evolución política del pueblo mexicano* (1902). Caracas: Ayacucho, 1977.
- Sierra Mejía, Rubén. “Temas y corrientes de la filosofía colombiana en el siglo XX” en *Ensayos filosóficos*. Bogotá: Colcultura, 1978.
- Steiner, George. “En una poscultura” (1971) en *El castillo de Barza Azul. Aproximaciones a un nuevo concepto de cultura*. Barcelona: Gedisa, 2001, pp. 83-123.
- Torre, Guillermo de. “Literatura y crisis”. *Papeles de Son Armadans* 83, febrero 1963, p. 128.
- _____. “Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica”. Madrid: *La Gaceta Literaria* 8, abril 15 de 1927, s/p.
- Torres-Rioseco, Arturo. *La gran literatura iberoamericana*. Buenos Aires: Emecé, 1951.
- _____. *Nueva historia de la gran literatura iberoamericana* (1960). Buenos Aires: Emecé, 1972.
- Unamuno, Miguel de. “Carta abierta” (1899) en “Letras hispanoamericanas (1894-1924)”, *Obra Completa*, tomo VIII. Barcelona: Vergara S.A., 1961, pp. 65-71.
- _____. “Cambio de productos literarios” (1904) en *Obra Completa*, tomo VIII. Barcelona: Vergara S.A., 1961, pp. 354-355.
- _____. “Algunas consideraciones sobre la literatura hispano-americana” (1906) en *Obra Completa*, tomo VIII. Barcelona: Vergara S.A., 1961, p. 136-137.
- _____. “Sobre la argentinidad” (1909) en *Obra Completa*, tomo IV. Barcelona: Vergara S.A., 1960, pp. 806-811.
- _____. “De relaciones hispanoamericanas” (1916) en *Obra Completa*, tomo VIII. Barcelona: Vergara S.A., 1961, p. 506-512.
- Valencia Goelkel, Hernando. “La mayoría de edad” (1972) en Jorge Eliecer Ruiz y Juan Gustavo Cobo Borda (eds.). *Ensayistas colombianos del siglo XX*. Bogotá: ICC, 1976, pp. 279-294.
- _____. “Márgenes I” (1966) en *Textos no recogidos en libro. Tomo II*. Bogotá: ICC, 1979, pp. 864-873.
- Valera, Juan. “Cartas americanas” (1888) en *Obras completas*, vol. 3. Madrid: Aguilar, 1949.

- Valero Pie, Aurelia. “José Gaos, Edmundo O’Gorman, Leopoldo Zea y el seminario para el estudio del pensamiento en los países de lengua española”. El Colegio de México: *Historia Mexicana*, vol. LXIII, N° 4, abril/junio 2014, pp. 1761-1808.
- Hugo Verani. “La Vanguardia y sus implicaciones” en *Historia de la literatura hispanoamericana*, vol. 2 (Siglo XX). Madrid: Gredos, 2006, pp. 138-159.
- Villamil Carvajal, Ronald. “La filosofía romántica de la historia en Herder y sus aportes a *La joven Argentina* del siglo XIX”. Bogotá: *Historia crítica* 30, julio/diciembre 2005, pp. 139-161.
- Wilson, Edmund. “El *Ulises* de James Joyce” en Basilio Baltasar (ed.). *Críticas ejemplares*. Palma de Mallorca: Bitzoc, 2001, p. 179-195.
- Yáñez, Agustín. “El contenido social de la literatura iberoamericana”. México: El Colegio de México, 1944.
- _____. *Al filo del agua* (Arturo Azuela, ed.). Madrid: Colección Archivos, 1996.
- Zalamea, Jorge. “Tomas Carrasquilla y la literatura colombiana” en *Literatura, política y arte*. Bogotá: ICC, 1982, pp. 688-701.
- Zambrano, María. *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*. Madrid: Trotta, 1998.
- Zea, Leopoldo. “En torno a una filosofía americana” (1948) en *La filosofía como compromiso de liberación*. Caracas: Ayacucho, 1991, pp. 37-47.
- _____. “Conciencia de América” (1971) en *La filosofía como compromiso de liberación*. Caracas: Ayacucho, 1991, pp. 133-142.
- _____. “Sentido de la filosofía en Latinoamérica” (1971) en *La filosofía como compromiso de liberación*. Caracas: Ayacucho, 1991, pp. 270-275.
- _____. *La filosofía como compromiso de liberación*. Caracas: Ayacucho, 1991.
- Zum Felde, Alberto. *La narrativa Hispanoamericana*. Madrid: Aguilar, 1964.

Agradecimientos

En primer lugar, debo manifestar mi profundo agradecimiento a la Dra. Carmen Ruiz Barrionuevo. Su voz de aliento y rigor académico fueron fundamentales para llevar a buen

término este trabajo. Sin embargo, y más allá de este feliz resultado, debo a estas cualidades y a su inmensa generosidad, mi verdadero y más alto aprendizaje. Ha sido un privilegio trabajar a su lado.

A los miembros del GELCIL, en especial a Juan Guillermo Gómez García (nuestro querido director), quienes leyeron algunas páginas de este trabajo y me animaron a terminarlo poniendo a mi disposición valiosos materiales.

A Bettina Gutiérrez Girardot, hija de nuestro ensayista, al hispanista Gonzalo Sobejano y a Juan Guillermo Gómez García, quienes generosa y desinteresadamente me proporcionaron la correspondencia que ha sido utilizada en esta investigación.

Finalmente, a mis entrañables amigos del doctorado, Carlos, Rodrigo, María José, Matías Núñez, José Agustín, Estelita y a nuestro “eventual” Joserramón. Su afecto, lecturas y discusiones (casi siempre nocturnas) constituyen una buena parte del subterráneo deleite que alienta, entre líneas, cada página escrita.